

Universidad de Huelva

Departamento de Historia, Geografía y Antropología



El megalitismo en el sur de la Península Ibérica : arquitectura, construcción y usos de los monumentos del área de Huelva, Andalucía occidental

**Memoria para optar al grado de doctor
presentada por:**

José Antonio Linares Catela

Fecha de lectura: 18 de diciembre de 2017

Bajo la dirección de los doctores:

Juan Carlos Vera Rodríguez

Luc Laporte

Huelva, 2017





Universidad
de Huelva

**UNIVERSITE
BRETAGNE
LOIRE**

TESIS / THÈSE

UNIVERSIDAD DE HUELVA

En Cotutela Internacional con / En co-tutelle internationale avec

UNIVERSITÉ DE RENNES 1

sous le sceau de l'Université Bretagne Loire

para el grado de / pour le grade de

DOCTOR DE LA UNIVERSIDAD DE HUELVA

DOCTEUR DE L'UNIVERSITÉ DE RENNES 1

Mención / Mention: Patrimonio y/et Archéologie-Archéométrie

Escuela de Doctorado de la Universidad de Huelva

Ecole doctorale Société Temps Territoire de l'Université de Rennes 1

presentada por / présentée par

José Antonio Linares Catela

Elaborada en el Departamento de Historia, Geografía y Antropología
de la Universidad de Huelva

Préparée en la Unité de Recherche UMR 6566 Archéosciences,
Centre de Recherche en Archéologie, Archéosciences, Histoire
(UFR Sciences et Propriété de la Matière)

**El megalitismo en el sur
de la Península Ibérica.
Arquitectura, construcción y
usos de los monumentos del
área de Huelva, Andalucía
occidental**

(Volumen 1)

**Tesis defendida en la / Thèse soutenue à
Universidad de Huelva, 18 diciembre 2017**

delante del tribunal compuesto por /
devant le jury composé de:

Primitiva Bueno Ramírez

Catedrática, Universidad de Alcalá de Henares /
presidenta - examinateur

Ramón Fábregas Valcarpe

Catedrático, Universidad de Santiago de
Compostela /
revisor - rapporteur, secretario - examinateur

Vincent Ard

Chargé de Recherche CNRS, UMR5608 /
vocal - examinateur

António Faustino Carvalho

Profesor Auxiliar, Universidade do Algarve /
revisor- rapporteur, vocal - examinateur

Ana Catarina Sousa

Profesora Auxiliar, Universidade de Lisboa /
vocal - examinateur

Directores de la tesis:

Juan Carlos Vera Rodríguez

Profesor Titular de Prehistoria
Centro de Investigación en Patrimonio
Histórico, Cultural y Natural /
Departamento de Historia, Geografía y
Antropología
Universidad de Huelva

Luc Laporte

Directeur de Recherche CNRS
UMR 6566 CReAAH, Archéosciences,
Université de Rennes 1

Revisor - rapporteur :

João Luís Cardoso

Catedrático, Universidade Aberta
Portugal



Grupo de Los Llanetes, conjunto megalítico de El Pozuelo (Zalamea la Real, Huelva)

INDICE

VOLUMEN 1

AGRADECIMIENTOS	5
RESUMEN	9
RÉSUMÉ	17

BLOQUE I **PROPUESTA DE TESIS** 25

1. INTRODUCCIÓN Y OBJETIVOS	27
1.1. INTRODUCCIÓN	28
1.2. OBJETIVOS	32
1.2.1. Objetivos generales	33
1.2.2. Objetivos específicos	35
1.3. ESTRUCTURA DE LA TESIS	36
2. PROBLEMÁTICAS E HIPÓTESIS DE TRABAJO	39
2.1. PROBLEMÁTICAS	40
2.1.1. Sur de la Península Ibérica	41
2.1.2. Área de Huelva	47
2.2. HIPÓTESIS DE TRABAJO	55
2.2.1. Hipótesis generales: teoría y método	55
2.2.2. Hipótesis específicas: sur peninsular	56
2.2.3. Hipótesis particulares: área de Huelva	57

BLOQUE II **OBJETO DE CONOCIMIENTO** 63

3. EL MEGALITISMO. SU DEFINICIÓN Y ESTUDIO COMO ARQUITECTURA MONUMENTAL EN EUROPA OCCIDENTAL	65
3.1. MEGALITISMO Y NEOLITIZACIÓN	69
3.2. ARQUITECTURAS: DIACRONÍA Y MODELOS REGIONALES	80
3.3. INTERPRETACIONES	91
3.3.1. Las tipologías y las clasificaciones evolutivas de las cámaras funerarias	92
3.3.2. Los primeros estudios de las fases constructivas	94
3.3.3. Interpretaciones sociales desde las arqueologías funcionalista y neomarxista	98
3.3.4. Lecturas desde la arqueología postprocesual	101
3.3.5. Modelos conceptuales, métodos de construcción y proyectos arquitectónicos	110
4. EL ESTUDIO DE LAS ARQUITECTURAS MEGALÍTICAS	121
4.1. CONCEPTOS Y PREMISAS BÁSICAS	122
4.2. EL PROYECTO ARQUITECTÓNICO	125
4.2.1. Modelos, formas y tipos arquitectónicos	126
4.2.2. Principios o parámetros conceptuales	127
4.2.3. Intencionalidades	137
4.2.4. Concepción del espacio construido	146
4.2.5. Temporalidades	154
4.3. LAS CONSTRUCCIONES MEGALÍTICAS	163
4.3.1. Obras de construcción: procesos de trabajo y cadenas operativas	166

4.3.2. Principios y métodos de construcción. Funciones arquitectónicas	182
4.3.3. Organización del trabajo	186
4.4. USOS DE LAS CONSTRUCCIONES MEGALÍTICAS	191
4.4.1. Sepulcros funerarios	191
4.4.2. Espacios rituales	196
4.4.3. Territorialidad	199

BLOQUE III

<u>OBJETO DE ESTUDIO: LOS MEGALITISMOS DEL SUR DE LA PENÍNSULA IBÉRICA</u>	201

5. LOS MEGALITISMOS DEL SUR EN EL CONTEXTO DE LA PENÍNSULA IBÉRICA. FORMAS ARQUITECTÓNICAS Y SECUENCIAS REGIONALES	203
5.1. ELEMENTOS GENERALES DE LA PENÍNSULA IBÉRICA	204
5.2. LOS MEGALITISMOS DEL NORTE	211
5.2.1. Formas arquitectónicas y secuencias del noroeste	211
5.2.1.1. Construcciones tumulares no megalíticas (4500-3600 cal ANE)	211
5.2.1.2. Cámaras megalíticas tumulares (4500-3500 cal ANE)	212
5.2.1.2.1. Cistas megalíticas (4500-3500 cal ANE)	212
5.2.1.2.2. Dólmenes sencillos (4500-3500 cal ANE)	214
5.2.1.3. Dólmenes de corredor con cámara poligonal (3900-3000 cal ANE)	217
5.2.2. Formas arquitectónicas y secuencia del noreste	221
5.2.2.1. Cataluña	222
5.2.2.1.1. Construcciones tumulares no megalíticas (4500-3800 cal ANE)	222
5.2.2.1.2. Dólmenes de corredor corto (4000-3500 cal ANE)	223
5.2.2.1.3. Dólmenes de galería (3500-2500 ANE)	224
5.2.2.1.4. Dólmenes de cámaras simples (2500-2000 ANE)	225
5.2.2.1.5. Cistas megalíticas (2200-1900 ANE)	225
5.2.2.1.6. Recintos de menhires y estatuas-menhires	226
5.2.2.2. Pirineos occidentales y Cuenca del Ebro	228
5.3. LOS MEGALITISMOS DE LA MESETA CENTRAL	230
5.3.1. Formas arquitectónicas y secuencias de la Submeseta Norte	230
5.3.1.1. Túmulos: enterramientos colectivos (4300-3900 cal ANE)	234
5.3.1.2. Dólmenes de cámara simple (4300-3900 cal ANE)	234
5.3.1.3. Los redondiles (3950-3650 cal ANE)	235
5.3.1.4. Tumbas calero (3900-3750 cal ANE)	235
5.3.1.5. Dólmenes de corredor incipiente (3900-3700 cal ANE)	238
5.3.1.6. Dólmenes de corredor largo (3750-3200 cal ANE)	239
5.3.2. Formas arquitectónicas y secuencias de la Submeseta Sur	242
5.3.2.1. El “megalitismo inicial”	243
5.3.2.1.1. Túmulos funerarios (4500-3700 cal ANE)	243
5.3.2.1.2. Dólmenes de cámara simple (4500-3700 cal ANE)	245
5.3.2.1.3. Dólmenes de corredor (4500-3500 cal ANE)	245
5.3.2.2. El “megalitismo avanzado”	254
5.3.2.2.1. Cuevas artificiales (3000-1500 cal ANE)	254
5.3.2.2.2. Los sepulcros de falsa cúpula	257
5.4. LOS MEGALITISMOS DEL SUR PENINSULAR	258
5.4.1. Formas arquitectónicas y secuencias del sur de Portugal	260
5.4.1.1. Megalitismo menhérico	260
5.4.1.1.1. Elementos generales	260
5.4.1.1.2. Menhires individuales	264

5.4.1.1.3.	Alineamientos	270
5.4.1.1.4.	Recintos de menhires	271
5.4.1.2.	Megalitismo funerario	275
5.4.1.2.1.	Elementos generales	275
5.4.1.2.2.	Secuencia diacrónica	278
5.4.1.2.3.	Fase 1: primeras manifestaciones funerarias colectivas (4000-3750 cal ANE)	283
5.4.1.2.4.	Fase 2: emergencia del megalitismo (3750-3500 cal ANE)	290
5.4.1.2.5.	Fase 3: apogeo del megalitismo (3500-2500 cal ANE)	297
5.4.1.2.6.	Fase 4: fin del megalitismo (2500-2000 cal ANE)	320
5.4.2.	Formas arquitectónicas y secuencias de Andalucía y sur de Extremadura	322
5.4.2.1.	Megalitismo menhírico	322
5.4.2.1.1.	Elementos generales	322
5.4.2.1.2.	Menhires de Sierra Morena occidental	325
5.4.2.1.3.	Menhires de Sierra Morena central y campiña de Córdoba	331
5.4.2.1.4.	Menhires de la provincia de Cádiz	333
5.4.2.1.5.	Menhires y estelas de las Tierras de Antequera	334
5.4.2.1.6.	Menhires del sur de Extremadura	336
5.4.2.2.	Megalitismo funerario	338
5.4.2.2.1.	Elementos generales	338
5.4.2.2.2.	Secuencia diacrónica y formas arquitectónicas	348
5.4.2.2.3.	Fase 1: tradición megalítica antigua (4500-3300 cal ANE)	352
5.4.2.2.4.	Fase 2: segunda tradición megalítica (3300-2200 cal ANE)	372
5.4.2.2.5.	Fase 3: tradición megalítica tardía (2200-500 cal ANE)	382
5.4.3.	El área de Huelva	384
5.4.3.1.	Primeras investigaciones e interpretaciones	384
5.4.3.2.	El fenómeno megalítico onubense	391
5.4.3.3.	Proyecto Odiel-Grupo Midas	400

BLOQUE IV

METODOLOGÍA DE INVESTIGACIÓN

6. METODOLOGÍA DE INVESTIGACIÓN DE LOS MONUMENTOS DEL ÁREA DE HUELVA	409
6.1. PLANTEAMIENTOS GENERALES. MÉTODOS Y TÉCNICAS	410
6.2. ANÁLISIS DE LA OBRA DE CONSTRUCCIÓN	415
6.2.1. El emplazamiento y los trabajos de acondicionamiento	415
6.2.1.1. Emplazamiento: topografía y medio geológico	415
6.2.1.2. Trabajos de acondicionamiento. Identificación y tipos	416
6.2.2. Los materiales de construcción: selección y explotación	418
6.2.2.1. Estudio geotécnico del emplazamiento, de los soportes pétreos y arcillas	419
6.2.2.1.1. Estudio geotécnico del emplazamiento	419
6.2.2.1.2. Estudio geotécnico de los soportes pétreos	420
6.2.2.1.3. Estudio geotécnico de las arcillas	422
6.2.2.2. Análisis geológico e identificación de las litologías	426
6.2.2.3. Identificación de las áreas de procedencia	427
6.2.3. Transformación y tratamiento de los materiales	430
6.2.3.1. Soportes pétreos: tipos y tratamientos	431
6.2.3.2. Arcilla/terra: tratamientos	434

6.2.4. Técnicas de construcción, principios constructivos y funciones arquitectónicas	435
6.2.4.1. Elementos estructurantes de las arquitecturas ortostáticas adinteladas	436
6.2.4.2. Elementos estructurantes de los recintos de terrazas	443
6.2.4.3. Elementos estructurantes de las arquitecturas subterráneas y semisubterráneas	448
6.2.5. Organización del trabajo	453
6.3. ANÁLISIS ARQUITECTÓNICO. ELEMENTOS FORMALES Y ESPACIALES	
6.3.1. Análisis de las formas arquitectónicas	456
6.3.2. Identificación y análisis de los principios y parámetros de construcción	458
6.3.3. Identificación y análisis de las intencionalidades	460
6.3.4. Análisis de la concepción del espacio construido y sus usos	460
6.4. ANÁLISIS DIACRÓNICO. CRONOLOGÍA DE LAS ARQUITECTURAS	466
6.4.1. Secuencia estratigráfica y estructural	466
6.4.2. Dataciones radiocarbónicas de los episodios de construcción y periodos de uso	467
6.5. ANÁLISIS TERRITORIAL	472

VOLUMEN 2

<u>BLOQUE V</u>	
<u>ANÁLISIS ARQUEOLÓGICO DE LAS ARQUITECTURAS DOLMÉNICAS Y DE LOS RECINTOS MONUMENTALES</u>	473
7. EL GRUPO DE LOS LLANETES, CONJUNTO MEGALÍTICO DE EL POZUELO (ZALAMEA LA REAL, HUELVA)	475
7.1. EL CONJUNTO DE EL POZUELO. SITUACIÓN, COMPOSICIÓN Y DISTRIBUCIÓN TERRITORIAL	476
7.1.1. Situación geográfica	476
7.1.2. Contexto y medio geológico	477
7.1.3. Composición y distribución territorial	480
7.2. ESTADO DE CONOCIMIENTO DEL CONJUNTO MEGALÍTICO DE EL POZUELO	483
7.2.1. Excavaciones de Carlos Cerdán (1945-1946) y estudios de Georg y Vera Leisner (1951-1959)	484
7.2.1.1. Composición y distribución espacial	485
7.2.1.2. Las arquitecturas	486
7.2.2. Excavación del dolmen 13 (Martín Gil) en 1974	498
7.2.3. Investigaciones del megalitismo onubense en la década de 1980	499
7.2.3.1. Estudio de las arquitecturas megalíticas de Andalucía occidental (1982-1988)	488
7.2.3.2. Intervenciones e investigaciones en los Dólmenes de El Pozuelo (1981-1988)	502
7.2.4. Investigaciones en la década de 1990	516
7.2.4.1. Estudio de la estela del monumento 6	516
7.2.4.2. Investigaciones para la puesta en valor del conjunto megalítico (1998-1999)	517
7.2.4.3. Estudio de las orientaciones	525
7.2.5. Excavaciones arqueológicas y obras de consolidación del grupo de Los Llanetes (2010-2014) y conservación preventiva del monumento 5 (2015)	526
7.3. EL EMPLAZAMIENTO. CONDICIONANTES PARA LA IMPLANTACIÓN TERRITORIAL Y CONSTRUCCIÓN DE LAS ARQUITECTURAS MEGALÍTICAS	531
7.3.1. El poblamiento circundante: ocupación del entorno territorial	533

7.3.1.1. Asentamientos y áreas de actividad del Neolítico Reciente y Edad del Cobre (IV-III milenios ANE)	534
7.3.1.2. Sitios minero-metalúrgicos de la Edad del Cobre y Edad del Bronce (III-I milenios ANE)	539
7.3.2. Topografía, formaciones naturales y organización espacial	547
7.3.2.1. Geomorfología y topografía de la zona	548
7.3.2.2. Formaciones naturales y espacio circundante	550
7.3.2.3. Organización y distribución espacial	555
7.3.3. El medio geológico local y las materias primas	559
7.3.3.1. Tectónica de la zona y geología estructural	560
7.3.3.2. Unidades geológicas y litologías	563
7.3.3.3. Condicionantes de las litologías para la construcción	570
7.3.4. Propiedades, características y condicionantes del sustrato rocoso para la construcción. Estudio geotécnico	572
7.4. MATERIALES DE CONSTRUCCIÓN: SELECCIÓN, PROCEDENCIA, TRANSPORTE, TRATAMIENTOS TÉCNICOS Y PROPIEDADES	580
7.4.1. Filitas	582
7.4.1.1. Afloramientos de filita: morfología estructural y formas de los bloques naturales	583
7.4.1.2. Explotación: áreas de aprovisionamiento en superficie y canteras	585
7.4.1.3. Procedencia de los soportes. Estudio geológico comparativo	591
7.4.1.4. Transporte de los bloques de filitas: rutas y organización del trabajo	607
7.4.1.5. Morfologías y tratamientos técnicos de los soportes de filitas	613
7.4.1.6. Propiedades, características y condicionantes de los soportes de filitas para la construcción. Estudio geotécnico de los ortostatos	625
7.4.1.6.1. Determinación de la resistencia	626
7.4.1.6.2. Cálculo de los pesos y cargas de los soportes pétreos	628
7.4.1.6.3. Cargas y peso/carga crítica de pandeo	631
7.4.1.6.4. Ángulos de inclinación de los soportes verticales	632
7.4.1.6.5. Empujes laterales del túmulo sobre los ortostatos del dolmen	633
7.4.2. Pizarras del Grupo PQ	638
7.4.3. Pizarras del CVS	641
7.4.4. Cuarzo blanco	644
7.4.5. Andesita	645
7.4.6. Arcillas y tierras	648
7.4.6.1. Estudio geotécnico y caracterización de los materiales	648
7.4.6.2. Características de los elementos constructivos de arcilla y tierra	656
7.5. MONUMENTO 1. PROYECTOS ARQUITECTÓNICOS: FASES DE CONSTRUCCIÓN Y SECUENCIA DIACRÓNICA	659
7.5.1. Secuencia diacrónica. Fases de construcción, transformación y usos	659
7.5.1.1. Análisis estratigráfico-estructural: fases y diacronía	659
7.5.1.2. Análisis cronológico de las fases Dataciones radiocarbónicas	662
7.5.2. Fase 1. Monumento I: dolmen de cámara ovalada-alargada (3955-3780 cal ANE). Cámara norte	677
7.5.2.1. El emplazamiento: selección y acondicionamiento	677
7.5.2.2. Análisis constructivo y arquitectónico de los elementos estructurantes	679
7.5.3. Fase 2. Monumento II: dolmen de cámara alargada (3780-3650 cal ANE). Ampliación de la construcción ortostática	689
7.5.3.1. Análisis constructivo y arquitectónico de los elementos estructurantes	690

7.5.3.2. Concepción arquitectónica del dolmen de cámara alargada	703
7.5.4. Fase 3. Monumento III: dolmen de cámaras duales paralelas de accesos independientes (3650-3500 cal ANE). Adosamiento de la cámara sur	704
7.5.4.1. Análisis constructivo y arquitectónico de los elementos estructurantes añadidos al monumento	705
7.5.4.2. Concepción arquitectónica del dolmen de cámaras duales	716
7.5.5. Fase 4. Reformas del Monumento III: transformación de la fachada frontal y reparos (3500-3300 cal ANE)	718
7.5.5.1. Agrandamiento del túmulo y transformación del frontal de acceso	719
7.5.5.2. Reparos y refuerzo estructural de la cámara sur	721
7.5.5.3. Transformaciones en la cámara norte y fachada	724
7.5.6. Fase 5. Primera monumentalización del espacio externo del Monumento III: terraza perimetral y estructuras en el frontal externo (3300-3100 cal ANE)	729
7.5.6.1. Terraza perimetral con pavimento	730
7.5.6.2. Estructuras y dispositivos externos	732
7.5.7. Fase 6. Segunda monumentalización del espacio externo del Monumento III: dispositivos y estructuras en el frontal de acceso y atrio (2850-2600 cal ANE)	737
7.5.7.1. Obras de monumentalización del atrio externo	738
7.5.7.2. Estructuras y dispositivos	739
7.5.8. Fase 7. Mantenimiento y reuso funerario del Monumento III (2550-2250 ANE)	744
7.5.9. Fase 8. Monumento IV: recinto de terrazas con plataforma circular (2250-1900 cal ANE)	745
7.5.9.1. Transformación, acondicionamiento e integración del antiguo monumento funerario	747
7.5.9.2. La plataforma circular	752
7.5.9.2.1. Fase 8A. Construcción de la plataforma circular	753
7.5.9.2.2. Fase 8B. Reestructuración y remodelación espacial: reformas en el muro perimetral y cambio de los accesos	766
7.5.9.2.3. Fase 8C. Reparos en las fábricas del muro perimetral y rampa oeste	781
7.5.9.3. Las terrazas circundantes	782
7.5.10. Síntesis de los proyectos arquitectónicos del monumento 1	789
7.6. MONUMENTO 2. PROYECTOS ARQUITECTÓNICOS: FASES DE CONSTRUCCIÓN Y SECUENCIA DIACRÓNICA	795
7.6.1. Secuencia diacrónica. Fases de construcción, transformación y usos	795
7.6.1.1. Análisis estratigráfico- estructural: fases y diacronía	795
7.6.1.2. Análisis cronológico de las fases. Dataciones radiocarbónicas	798
7.6.2. Fase 1. Monumento I: dolmen de cámara ovalada-alargada. Cámara oeste	808
7.6.2.1. El emplazamiento: selección y acondicionamiento	808
7.6.2.2. Análisis constructivo y arquitectónico de los elementos estructurantes	810
7.6.3. Fase 2. Monumento II: dolmen de cámara alargada. Ampliación de la construcción ortostática	819
7.6.4. Fase 3. Monumento III: dolmen de cámaras duales perpendiculares (3575-3375 cal ANE). Adosamiento de la cámara sur	822
7.6.4.1. Construcción de la cámara sur	824
7.6.4.2. Agrandamiento de la construcción tumular	831
7.6.4.3. Repavimentación de la cámara oeste	835
7.6.5. Fase 4. Reformas del Monumento III: ampliación del túmulo en el frontal este	836
7.6.6. Fase 5. Mantenimiento y reuso funerario del Monumento III como sepultura	

colectiva (2450-2250 cal ANE)	838
7.6.7. Fase 6. Retumulación del sector este: construcción del <i>tholos</i> (2450-2250 ANE)	839
7.6.7.1. Proceso de desmonte e integración de los restos constructivos del monumento megalítico preexistente	842
7.6.7.2. Elementos constructivos del posible <i>tholos</i>	843
7.6.8. Fase 7. Monumento V: recinto de fosos circundante (2250-1900 ANE)	850
7.6.8.1. Foso externo	852
7.6.8.2. Zanja longitudinal perimetral	865
7.6.8.3. Estructuras entre el foso y la zanja	866
7.6.8.4. Estructuras al exterior del foso	868
7.6.9. Síntesis de los proyectos arquitectónicos del monumento 2	870
7.7. MONUMENTO 3. PROYECTOS ARQUITECTÓNICOS: FASES DE CONSTRUCCIÓN Y SECUENCIA DIACRÓNICA	875
7.7.1. Secuencia diacrónica. Fases de construcción, transformación y usos de los monumentos 3-4	875
7.7.1.1. Análisis estratigráfico-estructural: fases y diacronía	875
7.7.1.2. Análisis cronológico de las fases. Dataciones radiocarbónicas de los monumentos 3-4	879
7.7.2. Fase 1. Monumento I: dolmen de cámara ovalada-alargada. Cámara norte	894
7.7.2.1. El emplazamiento: selección y acondicionamiento	894
7.7.2.2. Análisis constructivo y arquitectónico de los elementos estructurantes	896
7.7.3. Fase 2. Monumento II: dolmen de cámara alargada. Ampliación de la construcción ortostática: antecámara	907
7.7.3.1. Análisis arquitectónico de la antecámara y de la construcción ortostática interna	908
7.7.3.2. Agrandamiento del túmulo	913
7.7.3.3. Concepción arquitectónica del monumento	916
7.7.4. Fase 3. Monumento III: dolmen de cámaras duales paralelas con corredor convergente (3350-3200 cal ANE)	918
7.7.4.1. Reformas de la cámara norte: extracción de los soportes verticales exentos, repavimentación y tratamientos pictóricos de los soportes	921
7.7.4.2. Análisis constructivo y arquitectónico de los estructuras ortostáticas añadidas: cámara sur, antecámara, corredor y vestíbulo externo	925
7.7.4.3. Agrandamiento de la construcción tumular	951
7.7.5. Fase 4. Reformas del Monumento III: transformación de la fachada frontal y del acceso	959
7.7.5.1. Corredor longitudinal: reconstrucción del paramento norte	960
7.7.5.2. Adición de un tramo del anillo peristáltico y relleno de masa tumular	963
7.7.6. Fase 5. Monumentalización del frontal de acceso del Monumento III: estructuras en el atrio y espacio externo	964
7.7.6.1. Altar noreste de mampostería y arcilla	964
7.7.6.2. Altar sureste tallado en el sustrato de pizarra	966
7.7.7. Fase 6. Mantenimiento y reuso funerario del Monumento III (2400-2200 cal ANE)	967
7.7.8. Síntesis de los proyectos arquitectónicos del monumento 3	970
7.8. MONUMENTO 4. PROYECTOS ARQUITECTÓNICOS: FASES DE CONSTRUCCIÓN Y SECUENCIA DIACRÓNICA	975
7.8.1. Secuencia diacrónica. Fases de construcción, transformación y usos	975
7.8.2. Fase 1. Monumento I: dolmen de cámara ovalada-alargada con pilares	

centrales (3950-3750 cal ANE)	978
7.8.2.1. El emplazamiento: selección y acondicionamiento	979
7.8.2.2. Análisis constructivo y arquitectónico de los elementos estructurantes	967
7.8.2.3. Concepción arquitectónica del monumento	994
7.8.3. Fase 2. Monumento II: dolmen de cámara alargada. Ampliación de la construcción ortostática: antecámara	995
7.8.3.1. Análisis constructivo y arquitectónico de la antecámara y de la estructura ortostática	997
7.8.3.2. Agrandamiento de la construcción tumular	1003
7.8.3.3. Concepción arquitectónica del monumento	1008
7.8.4. Fase 3. Monumento III: dolmen de “galería cubierta” con corredor externo y fachada con vestíbulo escalonado	1009
7.8.4.1. Construcción del corredor	1011
7.8.4.2. Reforma del frontal de acceso: fachada con vestíbulo externo escalonado	1014
7.8.4.3. Concepción arquitectónica del monumento	1017
7.8.5. Fase 4. Reformas del Monumento III: transformación de la fachada frontal y del acceso	1021
7.8.5.1. Modificación de la fachada frontal	1023
7.8.5.2. Transformación estructural y espacial del lateral norte del frontal del acceso	1024
7.8.5.3. Pavimentación del nivel superior/descanso del vestíbulo	1025
7.8.5.4. Estela y altar cuadrangular	1026
7.8.5.5. Altar del área de entrada	1027
7.8.6. Fase 5. Monumentalización del espacio externo frontal del Monumento III (2900-2700 cal ANE)	1028
7.8.6.1. Pavimento de arcilla del vestíbulo	1028
7.8.6.2. Área externa pavimentada noreste: estela-altar y hogueras	1030
7.8.7. Fase 6. Mantenimiento y reuso funerario del Monumento III (2550-2300 cal ANE)	1032
7.8.8. Síntesis de los proyectos arquitectónicos del monumento 4	1034
7.9. RECINTO DE TERRAZAS EN TORNO A LOS MONUMENTOS 3-4. FASE 7: MONUMENTO IV (2250-1900 CAL ANE)	1039
7.9.1. Transformación y acondicionamiento de las arquitecturas funerarias. Proceso de desmantelamiento e integración en el nuevo monumento	1041
7.9.2. Construcción del recinto de terrazas	1046
7.9.2.1. Trabajos de acondicionamiento del emplazamiento	1048
7.9.2.2. Terrazas talladas en el terreno	1048
7.9.2.3. Terrazas de mampostería de piedra seca	1051
7.9.3. Reutilización del espacio arquitectónico de los dólmenes	1057
7.9.4. Síntesis del proyecto arquitectónico del recinto de terrazas	1057
7.10. MODELOS ARQUITECTÓNICAS DEL GRUPO DE LOS LLANETES: MONUMENTOS PREHISTÓRICOS	1060
7.10.1. Monumentos prehistóricos: modelos y diacronía	1060
7.10.2. Modelo de Monumento I: dolmen de cámara ovalada-alargada (3950-3750 cal ANE)	1067
7.10.3. Modelo de Monumento II: dólmenes de cámara alargada (3750-3650 cal ANE)	1068
7.10.4. Modelo de Monumento III: dólmenes de cámaras duales (3650-3200 cal ANE)	1071

7.10.5. Reformas, monumentalización y reutilización funeraria (3300-2250 cal ANE)	1074
7.10.5.1. Reformas de los accesos y monumentalización de los espacios externos (3300-3000 cal ANE)	1075
7.10.5.2. Monumentalización de los espacios externos (2900-2600 cal ANE)	1076
7.10.5.3. Mantenimiento y reuso funerario de las sepulturas colectivas (2550-2250 cal ANE)	1078
7.10.6. Modelo de Monumento IV: recinto de terrazas (2250-1900 cal ANE)	1079
7.10.7. Modelo de Monumento V: recinto de fosos y zanjas circundantes	1081
7.11. PERMANENCIA Y PERVIVENCIA DE LOS MONUMENTOS DURANTE LA EDAD DEL BRONCE. FORMAS DE ABANDONO, REAPROPIACIÓN Y PRÁCTICAS DE REUTILIZACIÓN DEL ESPACIO ARQUITECTÓNICO ANCESTRAL (1900-850/750 cal ANE)	1084
7.11.1. Abandono de los recintos megalíticos. Edad del Bronce Antiguo-Pleno (1900-1700 cal ANE). Fase 9	1084
7.11.2. Reutilización de los monumentos megalíticos en la Edad del Bronce (1600-850/750 cal ANE). Fase 10	1086
7.11.2.1. Fase 10A. Bronce Pleno-Tardío. Expolio, reutilización funeraria y votiva (1650-1500 cal ANE)	1090
7.11.2.2. Fase 10B. Reutilización funeraria-votiva en el Bronce Tardío (1450-1300 cal ANE)	1093
7.11.2.3. Fase 10C. Reutilización en el Bronce Final (1300/1250-850/750 cal ANE). Reuso funerario y votivo de los monumentos	1094
7.11.3. Formas y prácticas de reutilización de los monumentos de Los Llanetes en la Edad del Bronce	1098
7.12. FORMAS DE REAPROPIACIÓN, PRÁCTICAS DE REUTILIZACIÓN Y TRANSFORMACIÓN DE LOS MONUMENTOS MEGALÍTICOS EN ÉPOCAS HISTÓRICAS	1100
7.12.1. Edad del Hierro II: reutilización de los espacios internos (siglos IV-III cal ANE). Fase 11	1102
7.12.2. Edad Antigua: expolio, reutilización funeraria y espacios de culto (siglos I-VI). Fase 12	1107
7.12.3. Edad Media (siglos VII-XV)	1115
7.12.3.1. Alta Edad Media: construcciones en los espacios externos (670-765 cal DNE). Fase 13	1117
7.12.3.2. Plena-Baja Edad media. Frecuentaciones de los sitios (siglos XI-XV). Fase 14	1121
7.12.4. Baja Edad Media-Edad Moderna (2ª mitad siglo XV-XVIII)	1122
7.12.4.1. Explotación pecuaria y forestal en la Baja Edad Media-Edad Moderna (segunda mitad del siglo XV - siglo XVI). Fase 15	1123
7.12.4.2. Expolio y clandestinidad en la Edad Moderna (1650-1725). Fase 16	1128
7.12.5. Edad contemporánea (siglos XIX-XX)	1136
7.12.5.1. Edad Contemporánea. Expolios, reusos y construcciones (siglos XIX-XX). Fase 17	1136
7.12.5.2. Usos recientes (fases 18-21)	1141

VOLUMEN 3

BLOQUE VI

ANÁLISIS ARQUEOLÓGICO DE LAS ARQUITECTURAS SUBTERRÁNEAS (HIPOGEOS) Y SEMISUBTERRÁNEAS (THOLOI)

1143

8. LAS NECRÓPOLIS DE EL SEMINARIO (HUELVA). CONSTRUCCIONES Y PRÁCTICAS FUNERARIAS DE LAS ARQUITECTURAS SUBTERRÁNEAS Y SEMISUBTERRÁNEAS DEL III MILENIO CAL ANE	1145
8.1. EL POBLADO. SITUACIÓN Y ESTRUCTURAS DEL IV-III MILENIOS ANE	1148
8.1.1. Localización y emplazamiento	1148
8.1.1.1. Medio geológico	1134
8.1.1.2. Paleogeografía. Geomorfología y topografía	1151
8.1.2. El poblado del IV-III milenios ANE	1153
8.2. LAS NECRÓPOLIS. ORGANIZACIÓN ESPACIAL, FORMAS DE LAS CONSTRUCCIONES Y DEPÓSITOS FUNERARIOS	1156
8.2.1. Las necrópolis de fosas neolíticas (mediados del IV milenio ANE)	1158
8.2.2. Las necrópolis de sepulturas colectivas calcolíticas (3000-2400 cal ANE)	1163
8.2.3. Las necrópolis de la Edad del Bronce Antiguo (2300-1900 cal ANE)	1164
8.3. EMPLAZAMIENTO, MEDIO GEOLÓGICO Y CONSTRUCCIÓN	1168
8.4. TUMBA 1336. ARQUITECTURA, CONSTRUCCIÓN Y USO FUNERARIO DE UN HIPOGEO	1172
8.4.1. Excavación y análisis de la secuencia estratigráfica	1172
8.4.2. Análisis constructivo y arquitectónico de los elementos estructurantes	1176
8.4.3. Análisis de la obras de construcción: procesos y trabajos	1181
8.4.4. Análisis espacial y contextual de los depósitos funerarios	1185
8.4.5. Análisis cronológico. Episodios de construcción y uso funerario a través de las dataciones radiocarbónicas	1195
8.5. TUMBA 7016. PROCESOS DE CONSTRUCCIÓN, TRANSFORMACIÓN Y PRÁCTICAS FUNERARIAS EN LAS ARQUITECTURAS SUBTERRÁNEAS	1203
8.5.1. Excavación y análisis de la secuencia estratigráfica	1203
8.5.2. Análisis constructivo y arquitectónico de los elementos estructurantes	1211
8.5.2.1. Hipogeo. Fases constructivas 1 y 2	1211
8.5.2.2. Hipogeo mixto. Fase constructiva 3	1219
8.5.2.3. Covacha subterránea. Fase constructiva 4	1224
8.5.2.4. Estructura cuadrangular: "cista". Fase constructiva 5	1225
8.5.3. Análisis espacial y contextual de los depósitos funerarios	1227
8.5.3.1. Hipogeo: suelos funerarios 1 y 2	1228
8.5.3.2. Hipogeo mixto: suelo funerario 3	1232
8.5.3.3. Covacha subterránea: suelo funerario 4	1233
8.5.3.4. Estructura cuadrangular: "cista". Suelo funerario 5	1235
8.5.4. Análisis cronológico. Episodios de construcción, transformación y uso funerario a través de las dataciones radiocarbónicas	1236
8.6. TUMBA 7055. ARQUITECTURA SEMISUBTERRÁNEA: SEPULCRO DE FALSA CÚPULA	1243
8.6.1. Excavación y análisis de la secuencia estratigráfica	1243
8.6.2. Sepulcro de falsa cúpula (<i>tholos</i>). Fase constructiva 1	1251
8.6.2.1. Análisis constructivo y arquitectónico de los elementos estructurantes del <i>tholos</i>	1251
8.6.2.2. Análisis de la obra de construcción del <i>tholos</i> : procesos y trabajos	1256
8.6.3. Covacha: Fase constructiva 2	1272
8.6.3.1. Análisis constructivo y arquitectónico de los elementos estructurantes de la covacha	1272
8.6.3.2. Análisis de la obra de construcción de la covacha: procesos y trabajos	1274
8.6.4. Análisis espacial y contextual de los depósitos funerarios	1279
8.6.4.1. <i>Tholos</i> : suelos funerarios 1, 2 y 3	1281

8.6.4.2. Covacha: suelo funerario 4	1292
8.6.5. Análisis diacrónico. Episodios de construcción, transformación y uso funerario a través de las dataciones radiocarbónicas	1294
8.7. OTRAS TUMBAS DE LA NECRÓPOLIS SURESTE: ESTRUCTURAS 7005 Y 7049	1300
8.7.1. Tumba 7005	1300
8.7.2. Tumba 7049	1302
8.8. MODELOS Y PROYECTOS ARQUITECTÓNICOS DE LAS TUMBAS DEL III MILENIO CAL ANE DE EL SEMINARIO. FORMAS, PLANTEAMIENTOS E INTENCIONALIDADES CONSTRUCTIVAS	1306
8.9. SÍNTESIS Y CONCLUSIONES	1308

BLOQUE VII

SÍNTESIS Y CONCLUSIONES

9. MONUMENTOS TUMULARES DE CÁMARA SENCILLA: LOS PRIMEROS DÓLMENES	1315
9.1. MONUMENTOS DE CÁMARA OVALADA-ALARGADA DEL GRUPO DE LOS LLANETES (EL POZUELO)	1317
9.1.1. Cronología (3950-3750 cal ANE)	1318
9.1.2. Concepción arquitectónica y características formales	1319
9.1.3. Espacio construido interno: las cámaras ortostáticas	1320
9.1.3.1. Forma, geometría y proporciones métricas	1320
9.1.3.2. Orientación astronómica simbólica	1321
9.1.3.3. Estelas y pilares centrales	1322
9.1.3.4. Percepción del espacio: perspectiva lineal y efectos lumínicos	1324
9.1.3.5. Funcionalidad y uso funerario	1325
9.1.4. Espacio construido externo: los túmulos	1326
9.1.5. Inspiración del modelo: identidad y simbolismo	1327
9.1.6. Proceso de construcción, obras y técnicas de trabajo	1332
9.2. MONUMENTOS TUMULARES DE CÁMARA SENCILLA DE LA PENÍNSULA IBÉRICA	1373
9.2.1. Análisis y problemática regional	1373
9.2.2. Las pequeñas antas y cámaras oblongas del Alentejo	1377
10. MONUMENTOS TUMULARES DE CÁMARA ALARGADA Y GALERÍAS CUBIERTAS	1385
10.1. MONUMENTOS DE CÁMARA ALARGADA DEL GRUPO DE LOS LLANETES (EL POZUELO)	1387
10.1.1. Cronología (3750-3200 cal ANE)	1388
10.1.2. Concepción arquitectónica: parámetros y principios constructivos	1388
10.1.3. Espacio construido interno: las cámaras ortostáticas alargadas	1389
10.1.3.1. Formas y concepción del espacio	1391
10.1.3.2. Estelas y losas transversales	1393
10.1.3.3. Efectos de perspectiva lineal y asimetría lumínica	1394
10.1.4. Espacio construido externo: los túmulos	1396
10.1.5. Proceso de construcción y transformación: obras de ampliación y agrandamiento	1397
10.2. MONUMENTOS DE CÁMARA ALARGADA Y GALERÍAS CUBIERTAS DEL SUR PENINSULAR	1404
10.2.1. Monumentos de cámaras alargadas con adosamientos de estructuras en	

la prolongación del eje axial	1408
10.2.2. Monumentos de cámaras alargadas con corredor adosado desalineado respecto al eje axial	1424
10.2.3. Monumentos de cámaras alargadas con corredor adosado en “L” o en escuadra	1433
11. MONUMENTOS TUMULARES DE CÁMARAS MÚLTIPLES DEL ÁREA DE HUELVA	1435
11.1. MONUMENTOS DE CÁMARAS DUALES DEL GRUPO DE LOS LLANETES (EL POZUELO)	1437
11.1.1. Cronología (3650-3200 cal ANE)	1437
11.1.2. Concepción arquitectónica: principios constructivos y función	1437
11.1.3. Formas arquitectónicas: composición estructural y organización espacial	1440
11.1.4. Espacio construido interno	1443
11.1.4.1. Segmentación y compartimentación espacial	1443
11.1.4.2. Orientación normativa	1444
11.1.4.3. Percepción del espacio	1445
11.1.5. Espacio construido externos: los túmulos	1446
11.1.6. Procesos construcción: obras, reformas, transformaciones y técnicas	1446
11.2. MONUMENTOS TUMULARES CIRCULARES DE CÁMARAS DUALES Y CÁMARAS MÚLTIPLES	1466
11.2.1. Dólmenes de cámaras duales	1467
11.2.2. Dólmenes de cámaras múltiples	1471
12. PROCESOS TRANSFORMACIÓN Y REUTILIZACIÓN DE LOS DÓLMENES EN LA EDAD DEL COBRE (3300/3200-2300/2200 CAL ANE)	1479
12.1. REFORMAS DE LOS ACCESOS Y DISPOSICIÓN DE ESTRUCTURAS EN LOS ESPACIOS EXTERNOS (3300-3000 CAL ANE)	1485
12.1.1. Transformación y reformas de los accesos	1485
12.1.2. Estructuras y dispositivos en los espacios externos	1486
12.2. MONUMENTALIZACIÓN DE LOS ESPACIOS FRONTALES EXTERNOS Y REÚSO DE LOS ESPACIOS INTERNOS (2900-2600 CAL ANE)	1487
12.2.1. Dispositivos en las áreas frontales externas: atrios monumentales	1488
12.2.2. Depósitos de objetos: ofrendas	1491
12.3. REUTILIZACIÓN DE LOS ESPACIOS INTERNOS DE LAS SEPULTURAS COLECTIVAS (2550-2250 CAL ANE)	1493
12.4. RETUMULACIÓN E INTEGRACIÓN DE OTRAS FORMAS ARQUITECTÓNICAS	1495
13. HIPOGEOS Y THOLOI DE EL SEMINARIO EN EL CONTEXTO DE LOS MONUMENTOS SUBTERRÁNEOS Y SEMISUBTERRÁNEOS DEL SUR DE LA PENÍNSULA IBÉRICA	1501
13.1. HIPOGEOS E HIPOGEOS MIXTOS: TUMBAS 1336 Y 7016	1508
13.1.1. Cronología (3000-2400 cal ANE)	1508
13.1.2. Formas arquitectónicas	1508
13.1.2.1. Hipogeo	1508
13.1.2.2. Hipogeo mixto	1510
13.1.3. Técnicas de construcción	1511
13.1.4. Concepción del espacio interno	1512
13.1.5. Parámetros arquitectónicos	1514
13.1.6. Monumentalidad, perceptibilidad visual y simbolismo	1517

13.1.7. El espacio sepulcral colectivo: organización y prácticas funerarias	1518
13.1.8. Análisis comparativo a escala regional	1523
13.2. SEPULCRO DE FALSA CÚPULA: TUMBA 7055	1531
13.2.1. Cronología (2800-2500 cal ANE)	1531
13.2.2. Forma arquitectónica	1531
13.2.3. Técnicas de construcción	1533
13.2.4. Concepción del espacio construido	1533
13.2.5. Parámetros arquitectónicos	1534
13.2.6. Monumentalidad, perceptibilidad visual y simbolismo	1536
13.2.7. El espacio sepulcral colectivo: organización, depósitos y prácticas funerarias	1536
13.2.8. Análisis comparativo del modelo a escala regional	1538
14. LOS MONUMENTOS MEGALÍTICOS EN LA EDAD DEL BRONCE ANTIGUO EN EL SUR DE LA PENÍNSULA IBÉRICA (2250-1900 CAL ANE). LA REAPROPIACIÓN DEL ESPACIO ARQUITECTÓNICO ANCESTRAL	1545
14.1. EDAD DEL BRONCE DEL SUR PENINSULAR. CRONOLOGÍA Y ELEMENTOS DEFINITORIOS DE LA FASE INICIAL (2250-1900 CAL ANE)	1547
14.2. LOS MONUMENTOS MEGALÍTICOS EN LA EDAD DEL BRONCE	1549
14.3. TUMBAS Y MONUMENTOS FUNERARIOS EN LA EDAD DEL BRONCE ANTIGUO (2300-1900 CAL ANE)	1557
14.3.1. Tumbas individuales del suroeste peninsular	1557
14.3.2. Tumbas individuales en sepulturas colectivas de El Seminario. Una forma de monumentalismo funerario de la Edad del Bronce Antiguo (2300-1900 cal ANE)	1559
14.3.2.1. Características generales: formas, técnicas constructivas y espacios sepulcrales	1562
14.3.2.2. Covachas subterráneas	1564
14.3.2.3. Fosas	1565
14.3.2.4. Cista con cubrición tumular	1565
14.4. MONUMENTOS RITUALES DE LA EDAD DEL BRONCE ANTIGUO (2250-1900 CAL ANE)	1566
14.4.1. Monumento IV del grupo de Los Llanetes: recintos de terrazas (2250-1900 cal ANE)	1568
14.4.1.1. Cronología y contextualización en la secuencia regional del suroeste peninsular	1568
14.4.1.2. Concepción arquitectónica y técnicas constructivas	1569
14.4.1.3. Recinto de terrazas con plataforma circular (monumento 1)	1573
14.4.1.4. Recinto de terrazas (monumentos 3-4)	1576
14.4.2. Monumento V del grupo de Los Llanetes: recinto de fosos circundante al dolmen 2	1579
15. CONCLUSIONES FINALES Y PERSPECTIVAS DE FUTURO	1583
15.1. RESULTADOS GENERALES	1584
15.2. MONUMENTOS. ARQUITECTURAS Y DIACRONÍA	1587
15.3. MONUMENTO Y MONUMENTALIDAD	1600
15. CONCLUSIONS FINALES ET PERSPECTIVES FUTURES	1605
15.1. RÉSULTATS GLOBAUX	1606
15.2. MONUMENTS. ARCHITECTURES ET DIACHRONIE	1609

15.3. <i>MONUMENT ET MONUMENTALITÉ</i>	1623
16. BIBLIOGRAFÍA	1629
17. INDICE DE TABLAS Y DOCUMENTACIÓN GRÁFICA	1695
VOLUMEN 4	
18. ANEXO: PLANIMETRÍA	

Agradecimientos

En primer lugar, debo agradecer encarecidamente a mis directores, Juan Carlos Vera Rodríguez y Luc Laporte, la posibilidad de desarrollar esta Tesis con las mejores condiciones posibles respecto a la tutela, guía científica y apoyo personal. A Juan Carlos, agradezco su confianza, compromiso y motivación, demostrados en la planificación, desarrollo, contenidos temáticos y proceso administrativo derivados de la tesis, con una implicación personal que trasciende de su función como director, dada la amistad que nos une. Espero que su estímulo y su apoyo continuo se vea reflejado en este documento, pues los dos sabemos que más allá de los títulos académicos están otros valores, compartiendo la misma vocación y dedicación por la Prehistoria, como hemos podido disfrutar en las intervenciones de varios sitios, caso de los recogidos en esta tesis. A Luc, agradezco su compromiso personal y acogida en el CReAAH de Rennes, y especialmente su dedicación y asesoramiento para que se realizase una tesis con el mayor rigor posible, reconociéndole personalmente su trabajo constante y maestría en el tema, siendo un auténtico catalizador que ha amplificado mi concepción del megalitismo. Espero que este documento, de algún modo, pueda compensar su ardua labor y los buenos consejos que me ha dado en todo momento.

Además, a los dos debo la oportunidad de llevar a cabo esta tesis en convenio de cotutela internacional entre la Universidad de Huelva y la Université de Rennes 1, aunando esfuerzos para dar cumplimiento a todo lo acordado entre ambas instituciones y resolver las dificultades administrativas de la mejor forma posible. Agradezco a las dos universidades implicadas la buena predisposición y colaboración mutua. Al Departamento de Historia, Geografía y Antropología de la Facultad de Humanidades, especialmente a los responsables del Programa de Doctorado de Patrimonio, así como a la Escuela de Doctorado de la Universidad de Huelva. De forma destacada al UMR6566 del Centre de Recherche en Archéologie, Archéosciences, Histoire de la Université de Rennes 1, agradezco la posibilidad de efectuar una larga estancia formativa que fue realmente provechosa. Expreso mi gratitud a los componentes de este Laboratorio por su hospitalidad y ayuda. Al respecto, esta estancia fue posible también gracias a las ayudas concedidas por diversos organismos, tanto españoles como franceses. El Campus de Excelencia Internacional en Patrimonio (CEI) me concedió dos becas de movilidad, destinadas a la obtención de la Mención Internacional en el Título de Doctor. La institución Rennes Métropole me otorgó una beca de movilidad para la estancia en el CReAAH, siendo complementada por una beca por parte de la Ecole Doctorale de Sciences de la Matière (SDLM). Sin este apoyo económico, la estancia y la culminación de la tesis no hubiesen sido posibles, dado que ésta se ha realizado como una empresa personal a todos los niveles, sin contar con subvención o contrato por parte de ninguna institución académica o investigadora, ya que procedo de la denominada arqueología profesional.

Esta meta académica, profesional y personal, del mismo modo, no hubiese sido posible sin el apoyo y el estímulo constante de Primitiva Bueno Ramírez, que como buena madrina hizo

posible la conexión entre los dos directores y que como doctorando asumiese este reto, propiciando una mejor formación de mi parte y una proyección del megalitismo del área de Huelva hacia otras esferas investigadoras y espaciales europeas. A ella y a Rodrigo de Balbín Behrmann, agradezco sus consejos, enseñanza generosa e implicación durante varios años en la investigación de los monumentos del área de Huelva, trascendiendo nuestra relación más allá de la esfera investigadora, ya que se ha fraguado una sincera amistad entre nosotros.

Agradezco fuertemente a los revisores y miembros del tribunal su aceptación para evaluar esta tesis en la Universidad de Huelva: Primitiva Bueno Ramírez, Ramón Fábregas Valcarce, João Luís Cardoso, Vicent Ard, António Faustino Carvalho y Ana Catarina Sousa. Es un honor enorme ser juzgado y valorado por este tribunal de tesis.

El desarrollo de las investigaciones arqueológicas de los sitios estudiados en la tesis no hubiese sido posible sin el concurso y la participación de un conjunto de personas e instituciones, a los que agradezco públicamente. Las excavaciones arqueológicas y los estudios científicos de los conjuntos megalíticos, en especial el grupo de Los Llanetes (conjunto de El Pozuelo), se hicieron gracias a varias actuaciones patrimoniales promovidas por la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, a la que sinceramente reconozco la confianza depositada en mí como director y en el equipo humano y técnico que hay detrás de estos trabajos, al cual estoy muy agradecido. Al respecto, es remarcable la profesionalidad y el buen hacer de la empresa EGM S.L., formada por los geólogos José Antonio Lozano, Gerardo Ruiz y Manuel Hódar, que realizaron unos destacados estudios geotécnicos y geológicos de estos monumentos y sus entornos, conforme a los requerimientos y necesidades que demandamos para el conocimiento de las arquitecturas y las técnicas constructivas. A Mónica Ruiz, del Grupo de Arqueobiología del CSIC de Madrid, por el detallado estudio antracológico que permitió una adecuada selección de muestras de carbón para datar. Al CNA de Sevilla, representado por Javier Santos y su equipo, que hicieron todo lo posible para que contásemos con el mayor número de dataciones radiocarbónicas con resultados satisfactorios. A Primitiva Bueno, Rodrigo de Balbín y Rosa Barroso, de la Universidad de Alcalá de Henares, que realizaron una impresionante labor de estudio de los grafías y estelas de los monumentos megalíticos de Los Llanetes y de Soto, cuyo compromiso ha trasgredido a la complicidad personal. Al equipo de Cota Cero GPH S.L., en especial a David Linares y Coronada Mora, que son artífices conjuntamente conmigo de los trabajos de campo, ejecución técnica, documentación y levantamientos topográficos y planimétricos de las actuaciones arqueológicas y obras de conservación en Los Llanetes y Soto, soportando largas y duras intervenciones, no sólo desde el punto de vista físico sino mental, incluyéndome a mí, siendo dos soportes fundamentales sin los cuales estos trabajos no hubiesen llegado a buen término, por lo que les quedo infinitamente agradecidos.

Respecto a las necrópolis de El Seminario es justo agradecer a Juan Carlos Vera la confianza depositada en mí para que excavase las tumbas analizadas en esta tesis, así como otros sectores de este yacimiento. Estas intervenciones no hubiesen sido posible sin el apoyo y comprensión de los dos directores de las actividades arqueológicas en las que se encontraban

estas sepulturas, Diego González (Grupo Ánfora S.L.) y José Manuel Beltrán, que entendieron y defendieron la necesidad de realizar una minuciosa intervención en estas estructuras a pesar de la urgencia de las excavaciones preventivas. Además, agradezco la profesionalidad de la antropóloga Inmaculada López, con la que desarrollamos un método de trabajo conjunto en la excavación, que ha generado una buena documentación antropológica de base necesaria para el estudio de las prácticas y los gestos funerarios. Las dataciones radiocarbónicas de estas tumbas no hubiesen sido posible sin el soporte financiero de los profesores Víctor Hurtado y Leonardo García Sanjuán, de la Universidad de Sevilla, que brindaron la posibilidad de realizarlas en el marco de sus proyectos dado el excepcional interés que despertaron estas estructuras funerarias y el yacimiento prehistórico de El Seminario para la Prehistoria Reciente de Andalucía.

Además, como en todos los aspectos de la vida, cada etapa se ve acompañada por el apoyo y el afecto de los amigos, que han servido de estímulo. En este sentido, doy las gracias, además de los amigos ya citados, a los compañeros que consuman en la práctica otras formas hacer arqueología y sus complicidades, caso de Francisco Gómez Toscano, José María García Rincón, Jesús de Haro, Rafael Martínez, Antonio Morgado, José Antonio Lozano y Miguel Ángel Rogerio. Del mismo modo, y de forma especial, agradezco a mis queridos amigos y colegas portugueses Rui Mataloto y Rui Boaventura (que pervivirá siempre en nuestra memoria) sus visitas a nuestras excavaciones y yacimientos de Huelva, las largas discusiones y el intercambio de experiencias de campo, documentos e ideas transfronterizas. Igualmente productiva para mí en estos años ha sido la posibilidad de participar en jornadas o encuentros especializados sobre la temática a los que hemos sido invitados a participar, en los que hemos expuesto nuestros trabajos, aprendido y debatido con otros arqueólogos, destacando la confianza de los diversos organizadores: Leonardo García Sanjuán, António Carlos Valera, Primitiva Bueno, Luc Laporte, Chris Scarre, Ramón Fábregas, los dos Rui's, Ana Catarina Sousa, Emmanuel Mens y Vincent Ard. Otras personas me han ayudado y apoyado desinteresadamente en diversos aspectos de la tesis, caso de Berta Morell, dándome valiosas nociones respecto a los modelados bayesianos de las dataciones radiocarbónicas, y especialmente María de los Santos Moureau-Vera, a la que estaré siempre agradecido por las traducciones, revisiones y mejoras de los textos en francés: resumen y conclusiones. Igualmente, reconozco y agradezco a Alejandro Lora y Elena Fernández su ayuda, apoyo y ánimos.

Durante la estancia en la preciosa Bretaña francesa disfruté de los maravillosos monumentos megalíticos, pero igualmente tuve la oportunidad de conocer a un conjunto de personas que desde entonces me han demostrado su complicidad y amistad. La vida en Rennes fue mucho mejor con la ayuda y el afecto de David Cuenca, Pau Olmos y Txell Monrós, que junto con Coro formamos un grupo de amigos ibéricos. En esta tierra también tuve la suerte de conocer a Philippe Gouezin, Florian Cousseau y Hélène Pioffet, conformando un grupo que me enseñaron muchas cosas, apoyaron en todo y con los que he compartido no sólo al mismo director de tesis (Luc Laporte) sino muchos planteamientos profesionales y vitales. Su amistad, apoyo y

complicidad ha sido fundamental, siendo compañeros a los que admiro y referentes en los que mirarse, dado que ellos han sido doctores con anterioridad. Igualmente, quiero incluir a Adrien Delvoyé, que conocí posteriormente, y que creo que seguiremos sendas que espero se crucen en algún momento. Del mismo modo, esta estancia me dio la posibilidad de afianzar mi relación con Emmanuel Mens, que tuvo la gentileza de mostrarme, junto con Florian y Philippe, algunos de los espectaculares monumentos de las regiones francesas del Loira y la Bretaña, además de compartir sus extraordinarios conocimientos.

En esta aventura, la familia juega un especial papel, pues con su apoyo, comprensión y cariño todo ha sido más fácil. Agradezco fuertemente a mi familia natural de Punta Umbría su estímulo emocional y ayuda constante, principalmente a mi madre, Antonia, por su incondicional presencia y creencia en este objetivo personal, hermanos (Silvia, Lourdes y David) y a mi hijo Alejandro. Del mismo modo, agradezco a mi familia de Valverde su apoyo y ánimos.

Por último, y especialmente, no encuentro las palabras para agradecer a Coronada Mora Molina, mi pareja, cuanto ha hecho y sigue haciendo por mí. Sin ella no hubiera sido posible realizar esta tesis, ya que ha sido el soporte emocional en la que apoyarme incondicionalmente a pesar de los contratiempos. Compañera de arqueología y compañera de vida, ha compartido todo y ha estado junto a mí en Rennes y aquí, en casa, aguantando mi humor cambiante y animándome en las fases más complicadas. Me ha apoyado, escuchado, dado buenos consejos que me ha facilitado controlar la ansiedad de toda tesis, hecho sugerencias y comentarios que han mejorado determinados contenidos. Además, ha dedicado mucho tiempo a las correcciones de los capítulos, suponiéndole un gran esfuerzo de su parte. Por todo ello, es a ella a quien dedico esta tesis, que espero recompense de algún modo su confianza, involucración personal y amor.

A Coro
Hoyo de la Viña, Valverde del Camino
Octubre de 2017

Resumen

El Megalitismo en el sur de la Península Ibérica. Arquitectura, construcción y usos de los monumentos del área de Huelva, Andalucía occidental

Palabras clave: Megalitismo. Arquitectura, construcción y usos. Huelva. Sur de la Península Ibérica. IV-II milenios ANE.

El área de Huelva destaca en el contexto del megalitismo del sur de la Península Ibérica por la gran variabilidad arquitectónica y técnicas de construcción de los monumentos, erigidos entre el V-II milenios ANE. Su contrastado medio geológico y la presencia de determinadas materias primas habría que ponerlos en relación con las formas de los monumentos menhíricos y funerarios constatados en los diferentes emplazamientos y unidades geológicas (**capítulo 1**). Especialmente significativos son los monumentos tumulares con estructuras ortostáticas del IV y III milenios ANE, caso de las denominadas «galerías cubiertas», en ocasiones de una escala constructiva monumental (Soto), y los dólmenes provistos de varias cámaras dentro un mismo túmulo (El Pozuelo, Mesa de las Huecas), siendo modelos únicos, particulares y exclusivos de este ámbito territorial, que se han clasificado e interpretado de diversas maneras.

Las recientes excavaciones arqueológicas efectuadas por nosotros en la última década en varios conjuntos megalíticos y necrópolis de la provincia (Los Gabrieles, El Gallego-Hornueco, El Seminario, El Pozuelo y Soto) han proporcionado un registro y una documentación que permiten establecer lecturas alternativas del área de Huelva, contribuyendo a la investigación y discusión de los megalitismos del sur peninsular. En esta tesis se han fijado una serie de objetivos que servirán de guía de trabajo para el análisis y la contrastación de las hipótesis planteadas en torno a estos monumentos y su verificación en los megalitismos del sur. Los objetivos generales están orientados hacia la definición y contextualización del megalitismo como primera arquitectura monumental en piedra de Europa occidental y la formalización de una propuesta teórica y metodológica que permita la investigación integral de estas arquitecturas. Los objetivos específicos se concretan en el análisis y caracterización de los monumentos del sur en el marco de la dinámica de la Península Ibérica, la evaluación de los resultados de las investigaciones efectuadas en el área de Huelva con anterioridad, el análisis arqueológico de los diferentes modelos de monumentos de la zona objeto de estudio, en especial los conjuntos de El Pozuelo y necrópolis de El Seminario, y la realización de una síntesis en la que se caractericen y contextualicen los diferentes monumentos dentro de las secuencias de los megalitismos del sur peninsular, desde el Neolítico Reciente hasta la Edad del Bronce Antiguo, que comprende una temporalidad de inicios del IV a inicios del II milenio ANE.

En el **capítulo 2** se realiza un análisis de las principales problemáticas de investigación y se enuncian las hipótesis de trabajo que rigen el proceso de investigación de la tesis. En el sur peninsular se ha establecido una diferenciación entre dos tipos de megalitismos: 1) el prefunerario o no funerario, representado por las arquitecturas de menhires del VI-IV milenios

ANE; 2) el funerario, compuesto por los dólmenes, hipogeos y *tholoi*, además otras estructuras y manifestaciones, caso de las cuevas sepulcrales / cuevas necrópolis, las fosas con estructuras tumulares y las sepulturas proto-megalíticas, del IV-III milenios ANE. Esta separación formal, no obstante, demanda un estudio conjunto, dada la recurrente asociación espacial de menhires con las arquitecturas funerarias, la integración y/o reutilización de estos soportes y de las estelas en diversos monumentos ortostáticos, y la construcción de los dólmenes de la primera mitad del IV milenio en emplazamientos con ocupación previa o menhires preexistentes.

Los primeros monumentos funerarios se caracterizan por el enorme polimorfismo y la variedad de técnicas constructivas, pudiendo representar la existencia de estilos regionales o especializaciones locales, que se fraguaron c. 4300-3500 cal ANE. En Andalucía, durante el IV milenio ANE se ha puesto de manifiesto una secuencia arquitectónica en la que se suceden varios modelos de dólmenes: de cámara sencilla, de cámara alargada, galerías cubiertas y de corredor. El análisis de las citadas formas requiere una evaluación crítica de sus arquitecturas, dada la confusión terminológica y conceptual entre los modelos, y de su diacronía, por los problemas de acotación temporal de las mismas. El papel más destacado lo ocupan los monumentos ortostáticos alargados: cámaras alargadas y galerías cubiertas, ya que son las arquitecturas más relevantes y destacadas de Andalucía central y occidental, desarrolladas c. 3500-2500 cal ANE. En este sentido, su consideración tradicional como construcciones de espacio no diferenciado exige un estudio más riguroso, dado que en la mayoría de estos monumentos se evidencian cambios de la anchura y altura, quiebras en los paramentos, diversas fábricas ortostáticas, programas gráficos sectoriales, presencias de estelas y elementos transversales (pilares, losas, estelas), etc., que denotan una intencional segmentación y una compleja configuración arquitectónica del espacio interno. En el área de Huelva, además, se presentan los monumentos tumulares dolménicos provistos de varias cámaras, con múltiples composiciones estructurales y organizaciones espaciales. Su análisis permite profundizar en el conocimiento de la arquitectura, en la exploración de las técnicas constructivas y en las formas de monumentalidad desarrolladas en el Neolítico Final.

Los hipogeos y los sepulcros de falsa cúpula son los principales monumentos funerarios de la Edad del Cobre en el sur peninsular, erigidos c. 3300-2200 cal ANE. En el sur de Portugal, los hipogeos se desarrollaron con anterioridad, desde mediados del IV milenio ANE. Estas sepulturas colectivas se diferencian por las técnicas constructivas, siendo los hipogeos arquitecturas subterráneas y los *tholoi* arquitecturas semisubterráneas, con presencia de cámaras abovedadas formalizadas mediante cúpulas de mampostería de piedra y/o barro. Sin embargo, ambas construcciones comparten esquemas formales, concepciones espaciales de los ámbitos internos y dinámicas de funcionamiento de las cámaras sepulcrales; en especial las sepulturas de mediano y pequeño tamaño. En algunas áreas, además, estas sepulturas se presentan en las mismas necrópolis, compartiendo los espacios mortuorios, junto a los hipogeos mixtos, que son construcciones en las que se evidencian soluciones constructivas de los dos

modelos. Además, los sepulcros de falsa cúpula pudieron ser edificados en monumentos tumulares dolménicos, como se ha constatado en diversos sitios del Alentejo y de Sierra Morena. Ello exige un análisis conjunto de las sepulturas colectivas, un estudio de los procesos de transformación y un análisis de las fórmulas de integración de estas arquitecturas en monumentos pretéritos.

Los megalitismos del sur de la Península Ibérica deben contextualizarse dentro del proceso de surgimiento y consolidación de la primera arquitectura monumental en piedra en Europa occidental (**capítulo 3**), que se desarrolló temporalmente entre el VI y III milenios ANE, de forma paralela al proceso de neolitización. Este fenómeno fue arrítmico y asincrónico, con marcadas disimetrías territoriales y regionales, aunque pueden apuntarse cinco elementos comunes en torno a estas arquitecturas: la construcción de monumentos en piedra, la disposición vertical de los soportes, el uso como casa de los muertos, la significación como casa de los ancestros y el funcionamiento como sitios rituales colectivos. Estas arquitecturas se han estudiado e interpretado desde diversos enfoques teóricos y métodos de estudio, remarcándose por parte de un grupo de investigadores la necesidad de estudiar los proyectos arquitectónicos, los procesos y técnicas de construcción y la organización del trabajo a efectos de conocer adecuadamente estos monumentos.

En este sentido, se realiza una propuesta teórica y metodológica que se centra en el estudio de las tres esferas fundamentales de los monumentos megalíticos: la arquitectura, la construcción y los usos (**capítulo 4**), tomando como referencia las principales aportaciones de Europa occidental. El conocimiento de los proyectos arquitectónicos desarrollados requiere el análisis de los modelos constructivos (formas y tipos), los principios conceptuales (simetría/asimetría y efectos de perspectiva), las intencionalidades (monumentalidad, perceptibilidad, reutilización y simbolismo), las concepciones del espacio construido (interno, externo y circundante), las temporalidades de los monumentos (construcción, transformaciones y usos). Para conocer la obra de construcción se precisa el estudio de los procesos de trabajo y de las cadenas operativas articuladas en torno a estos monumentos: trabajos de acondicionamiento de los emplazamientos, selección y explotación de los materiales (áreas de aprovisionamiento y canteras), transporte, transformación y tratamientos técnicos, colocación y disposición. El conocimiento interrelacionado de las esferas proyectuales y constructivas posibilitará determinar los métodos técnicos, funciones arquitectónicas de los elementos y las formas de organización del trabajo. Las funciones de cada monumento son particulares, siendo acordes a las necesidades de cada grupo social. No obstante, pueden destacarse tres usos genéricos: funerario, ritual y territorial, pudiendo ser únicos o combinados en cada sitio.

La identificación de los proyectos arquitectónicos y el estudio de las técnicas constructivas de los monumentos se han llevado a cabo como líneas de trabajo en varias regiones de la Península Ibérica por parte de un conjunto de investigadores, como se destaca en el **capítulo 5**. El análisis

de las formas de los monumentos megalíticos y el estudio de las secuencias diacrónicas regionales a nivel peninsular nos posibilita identificar los grupos territoriales, determinar los procesos de transformación y monumentalización de las arquitecturas así como establecer las cronologías de los diferentes modelos de monumentos menhíricos y funerarios. Se hace especial énfasis en el ámbito del sur peninsular, dado que el conocimiento de los diversos megalitismos permite contextualizar las problemáticas de investigación e interpretaciones del área de Huelva dentro de las secuencias arquitectónicas de los monumentos del Neolítico Tardío-Final y Edad del Cobre de esta zona.

La investigación de los monumentos del área de Huelva precisa de una metodología de trabajo específica (**capítulo 6**), sustentada sobre todo en la arqueología de la arquitectura y en la arqueometría. Al respecto, dado los planteamientos de partida, la singularidad de esta zona de estudio y los sitios analizados en la tesis, se plantea una metodología interdisciplinar centrada en el estudio de tres elementos:

- 1) La obra de construcción, precisándose el análisis de: a) los emplazamientos (topografía, geomorfología, geología) y de los trabajos de acondicionamiento efectuados (unidades de base y de asiento, áreas externas y estructuras de arcilla); b) los materiales de construcción (estudio geotécnico del emplazamiento, soportes y arcilla; estudio y cartografía geológica; identificación de las áreas de procedencia); c) transformación y tratamiento técnico de los materiales; d) técnicas de construcción y funciones arquitectónicas (elementos estructurantes, fábricas y aparejos).
- 2) La arquitectura, haciendo especial énfasis en: a) el análisis formal, métrico y estructural; b) la identificación de los principios y parámetros de construcción; c) la determinación de las intencionalidades; d) el estudio espacial, que permite contextualizar los usos funerarios, rituales y territoriales de cada monumento.
- 3) La diacronía, concretándose la cronología de los monumentos mediante la combinación de las secuencias estratigráfica-estructurales de cada sitio con las secuencias de dataciones radiocarbónicas y sus modelados estadísticos bayesianos.

Esta metodología aplicada en las investigaciones del grupo de Los Llanetes del conjunto megalítico de El Pozuelo (**capítulo 7**), ha posibilitado la identificación del conjunto de proyectos arquitectónicos, obras de construcción y usos vinculados a cada modelo de monumento. Este grupo, compuesto por cuatro monumentos emplazados de forma binaria, al abrigo de la cumbre de Chinflón, conformó un espacio funerario y ritual singular entre inicios del IV a inicios del II milenio cal ANE, configurando un paisaje megalítico de prolongada perdurabilidad, perceptibilidad visual y alta resiliencia. El análisis arqueológico de los cuatro monumentos ha permitido establecer la secuencia arquitectónica de estos sitios monumentales. En todos ellos, se evidencia la consecución de reiterados proyectos desde el Neolítico Tardío-Final hasta la

Edad del Bronce Antiguo, aunque cada sitio cuenta con una historia constructiva particular y unos usos específicos. De forma general, la secuencia arquitectónica del grupo es la siguiente:

- Dólmenes de cámara ovalada-alargada (3950-3750 cal ANE), siendo probable que los cuatros monumentos estuviesen erigidos c. 3800 cal ANE, momento en el que se plantea la irrupción del colectivismo funerario como ritual de la muerte en el sur peninsular.
- Dólmenes de cámara-alargada (3750-3650 cal ANE), con estructuras en las que aparecen las antecámaras. Más tardíamente, c. 3650-3200 cal ANE, como consecuencia de la reiteración de la ejecución de proyectos, el dolmen 4 se conformaría como una «galería cubierta».
- Dólmenes de cámaras duales (3650-3200 cal ANE), cuando se transformaron las construcciones en monumentos tumulares circulares más complejos provistos de: cámaras paralelas con accesos independientes (dolmen 1), cámaras perpendiculares (dolmen 2) y cámaras paralelas con antecámara y corredor convergente (dolmen 3).
- Reformas de las fachadas y monumentalización de los espacios externos (3300-2900 cal ANE), con presencia de estructuras, estelas y altares, entre otros elementos, denotando un incremento de las prácticas rituales en estas áreas.
- Monumentalización de los espacios externos (2900-2600 cal ANE), creándose atrios con múltiples estructuras y dispositivos (pavimentos, estelas, estela-altar, hogueras, etc.).
- Recintos de terrazas (2250-1950 cal ANE), que representa una nueva forma de monumentalidad específica de la Edad del Bronce Antiguo.
- Reapropiación y reutilización de los sitios durante la Edad del Bronce, en paralelo a las explotaciones mineras de Chinflón.
- Reutilización en diversas épocas históricas, que condicionaron la transformación física del sitio.

Estos monumentos fueron erigidos con los materiales del medio geológico local, tanto las rocas (filita, pizarra, andesita y cuarzo blanco) como las arcillas y tierras, destacando la sistematización de la explotación y tratamiento de los soportes de filita. Respecto a la construcción sobresale la alta sofisticación, la habilidad técnica, la planificada organización de los procesos de trabajo y la continuidad de las técnicas de edificación en los monumentos. Estos elementos, permiten plantear junto a las formas de las arquitecturas funerarias, la existencia de un «estilo constructivo» específico del ámbito del Andévalo oriental, caracterizado por la especialización arquitectónica y por el mantenimiento de una tradición constructiva y sociocultural desarrollada en torno a los monumentos funerarios, al menos durante el IV milenio y primera mitad del III milenio cal ANE.

En el caso de la necrópolis de El Seminario (**capítulo 8**), la excavación del lugar ha propiciado el estudio conjunto y comparativo de los diversos modelos de sepulturas colectivas del III milenio ANE (hipogeos, hipogeos mixtos y *tholoi*), abordándose los aspectos arquitectónicos,

constructivos, las prácticas funerarias desarrolladas en los diversos suelos de las cámaras y las prácticas de deposición de objetos en áreas específicas: entradas y corredores. Las arquitecturas subterráneas (hipogeos 1336 y 7016) cuentan con una secuencia diacrónica que comprende c. 3000-2400 cal ANE. El prolongado uso funerario de la tumba 7016 propició que esta sepultura se reformulase y reconvirtiese en hipogeo mixto c. 2600-2400 cal ANE, tras el colapso de la techumbre del hipogeo primario, creándose una cámara en la que se aunaron dos técnicas diferenciadas: parte excavada en el sustrato y parte levantada mediante una falsa cúpula de mampostería. El *tholos* 7055 cuenta con una diacronía como espacio sepulcral colectivo que comprende c. 2800-2500 cal ANE, siendo un modelo de sepultura de pequeño tamaño prácticamente estandarizado en el suroeste peninsular: sepulcro excavado parcialmente en el sustrato, con paredes de lajas de revestimiento y falsa cúpula de mampostería. En ambos modelos, se presentan elementos que favorecieron su perdurabilidad (cuidada ejecución técnica y uso dilatado), perceptibilidad (cubriciones tumulares) y simbolismo (estelas en los accesos y cromatismo de la litologías), en definitiva, su monumentalidad.

Por otro lado, la constatación de estructuras funerarias de uso individual (covachas subterráneas, estructura con cubrición tumular) o colectivas (fosas) construidas en el interior de las sepulturas colectivas, ya derrumbadas y parcialmente colmatadas, a fines del III e inicios del II milenio ANE, se corresponde con una forma de monumentalismo funerario particular de la Edad del Bronce Antiguo.

Las complejas secuencias arquitectónicas, las técnicas de construcción y los usos constatados en los monumentos del grupo de Los Llanetes y en la necrópolis de El Seminario propician plantear nuevas interpretaciones para el área de Huelva, que redundan igualmente en las secuencias de los megalitismos del sur peninsular. Al respecto, en el bloque VII, se lleva cabo una síntesis, estructurada en varios capítulos, en los que se plantean las problemáticas de conocimiento más relevantes y las líneas de discusión actuales de los principales modelos de monumentos del sur peninsular, contrastando los resultados obtenidos del análisis arqueológico del área de Huelva con las arquitecturas y estructuras de otras zonas. La constatación de monumentos tumulares de cámara ovalada-alargada en los Llanetes permite por vez primera en Andalucía fijar el marco temporal de los primeros dólmenes, así como determinar sus características arquitectónicas y técnicas de construcción (**capítulo 9**). Su erección en un marco temporal probable c. 3950-3750 cal ANE y sus características formales, concepción espacial y técnicas de edificación son acordes a los primeros monumentos funerarios de cámara sencilla de la primera fase del megalitismo de la Península Ibérica, de marcado polimorfismo arquitectónico. Su observación en otras áreas, caso del Alentejo portugués, permite vislumbrar la existencia de un modelo de escala regional, en el que destaca su construcción en emplazamientos con presencia de soportes pétreos verticales previos (estelas decoradas) que son integrados como elementos arquitectónicos (estelas axiales, losas de cabecera y lajas de entibación).

La transformación de los monumentos de cámara sencilla mediante proyectos de alargamiento de las estructuras ortostáticas y el agrandamiento concéntrico de los túmulos supuso, en el caso de Los Llanetes, la formación de los primeros monumentos de cámaras alargadas, plausiblemente c. 3750-3650 cal ANE (**capítulo 10**). Estas construcciones se caracterizan por la presencia de estructuras alargadas y segmentadas mediante quiebras en los paramentos y/o disposición de losas transversales (estelas grabadas pretéritas), favoreciendo la discriminación de dos sectores internos: la antecámara, de menor anchura y altura con una alta concentración de estelas reutilizadas en los paramentos, y la cámara funeraria. La realización de reiterados proyectos con similares esquemas conllevó la formación de una «galería cubierta» en el caso del dolmen 4, destacando la división del espacio en tres sectores. Estos parámetros son comunes a muchos monumentos de Andalucía central y occidental, y en menor medida en el sur de Portugal, generando lecturas complementarias sobre la arquitectura y la cronología de los monumentos con estructuras adosadas en el eje axial (dólmenes de cámara alargada y las galerías cubiertas), monumentos con adición de corredores desalineados respecto al eje (galerías cubiertas acodadas y dólmenes con corredores simbólicos) o monumentos con plantas en forma de «L» o en escuadra. Por tanto, el conjunto de estos monumentos podría ser el resultado de la ejecución de sucesivos proyectos arquitectónicos, llevados a cabo sobre dólmenes de cámara sencilla y/o dólmenes de cámaras alargadas.

La culminación de los proyectos arquitectónicos en los dólmenes de Los Llanetes supuso la formación de arquitecturas funerarias complejas: los monumentos tumulares de cámaras duales, c. 3650-3200 cal ANE (**capítulo 11**), destacando la agrupación de estelas reutilizadas y los soportes decorados en las antecámaras y cámaras. Cada sitio cuenta con una morfología particular, producto de su propia historia constructiva y de los usos a los que estuvieron sometidos en el Neolítico Final. Además, durante la Edad del Cobre Antiguo y Pleno, c. 3300-2600 cal ANE, experimentaron diversas transformaciones en las fachadas y en los ámbitos externos, encaminadas a la monumentalización y a la implantación de estructuras acordes a los usos rituales de estos espacios. En el caso del dolmen 2, además, se integró un *tholos* en la mitad este del túmulo (**capítulo 12**). Estos procesos deben ser comunes al resto de los conjuntos y sitios donde se presentan estos peculiares monumentos de cámaras múltiples, caso del grupo de El Riscal-La Veguilla de El Pozuelo, Mesa de Las Huecas, Los Gabrieles, El Labradillo, Lapa del Moro, entre otros, circunscritos a un ámbito geográfico acotado: el Andévalo oriental y zonas periféricas; pudiendo ser igualmente el resultado formal de la ejecución de reiterados proyectos a lo largo del IV milenio ANE en los mismos monumentos y de obras concretas en el III milenio ANE.

La Edad del Cobre supuso la irrupción y la consolidación de dos modelos de monumentos funerarios dominantes: las arquitecturas subterráneas (los hipogeos) y las arquitecturas semisubterráneas (los *tholoi*) (**capítulo 13**). La presencia de estas sepulturas colectivas de forma conjunta en la misma necrópolis de El Seminario, con un desarrollo temporal coetáneo c. 3000-

2400 cal ANE, permite abordar un análisis conjunto de estos modelos, identificando las similitudes y resaltando las diferencias en cuanto a la concepción del espacio sepulcral y el funcionamiento como sitios de enterramientos colectivos, destacando las continuas prácticas funerarias de manipulación y reorganización de los depósitos. La constatación del proyecto de conversión de la tumba 7016 en hipogeo mixto, además permite plantear la existencia de elementos comunes en la configuración de las cámaras abovedadas, como parece acontecer en muchas construcciones de estos modelos del sur peninsular, estableciéndose un análisis comparativo con formas análogas.

Dentro de la secuencia del megalitismo, la Edad del Bronce Antiguo, se concibe como la fase final, experimentándose un proceso de desmonumentalización de las arquitecturas y una reutilización puntual de los espacios sepulcrales (**capítulo 14**). Sin embargo, las evidencias constatadas en el área de Huelva nos permiten apuntar otras casuísticas para esta cronología: a) la condenación de los monumentos, aconteciendo una destrucción deliberada de algunos dólmenes en el Andévalo oriental; b) la creación de otras formas de monumentalidad, caso de los recintos de terrazas del grupo de Los Llanetes, c. 2250-1900 cal ANE, construyéndose grandes centros rituales con plataformas circulares y terrazas de mampostería en torno a los viejos dólmenes, de fuerte perceptibilidad visual y conexiones con los elementos del paisaje circundante; c) un monumentalismo funerario sustentado en la construcción de tumbas individuales (covachas subterráneas, estructuras con cubrición tumular y fosas) en las sepulturas preexistentes, tanto en los hipogeos como en los *tholoi*, con diversas intencionalidades, desarrollado c. 2300-1900 cal ANE. Estas pautas pueden representar las diferentes formas de reapropiación del espacio arquitectónico ancestral por parte de los grupos sociales de la Edad del Bronce y, de algún modo, la perpetuación de ciertos esquemas del megalitismo hasta c. 1900 cal ANE en determinadas zonas del sur peninsular, como se infiere en el área de Huelva.

Las secuencias arquitectónicas y diacrónicas de los sitios estudiados denotan que el principal valor y significación de una construcción megalítica como monumento radica en su grado de perdurabilidad durante una larga temporalidad, siendo usada y transformada de forma consecutiva por generaciones sucesivas (**capítulo 15**). La continuidad de los sitios como monumentos demandaría la realización gradual de proyectos arquitectónicos con diversas intencionalidades (reestructuración, remodelación espacial, reformas, obras con disposición de nuevos elementos, operaciones de mantenimiento, entre otros), acordes a las necesidades sociales y usos de cada grupo. El conjunto de estas acciones favorecía la monumentalización de los sitios, acrecentando la permanencia de la memoria material y la pervivencia de la memoria social de cada lugar en la Prehistoria Reciente. Estos monumentos pudieron funcionar de forma simultánea como casa de los muertos, casa de los ancestros y centros rituales colectivos.

Résumé

Le mégalithisme dans le sud de la Péninsule Ibérique. Architecture, construction et usages des monuments de la région de Huelva, Andalousie Occidentale.

Mots clef : Mégalithisme. Architecture, construction et usages. Huelva. Sud de la Péninsule Ibérique. IV^{ème} – II^{ème} millénaires av. n.è.

La région de Huelva se démarque dans le contexte du mégalithisme du sud de la Péninsule Ibérique par sa grande variabilité architecturale et les techniques constructives des monuments, bâtis entre le V^{ème} et le II^{ème} millénaire av. n.è. Son environnement géologique contrasté et la présence de certaines matières premières doivent être liés aux formes des monuments de pierres dressées et funéraires présents dans les différents sites et unités géologiques (**chapitre 1**). Les monuments tumulaires avec des structures orthostatiques du IV^{ème} et III^{ème} millénaires av. n.è. sont notamment significatifs, par exemple les appelées «allées couvertes», occasionnellement d'une échelle de construction monumentale (Soto), et les dolmens pourvus de plusieurs chambres dans le même tumulus (El Pozuelo, Mesa de las Huecas), ceux-ci sont des modèles uniques, particuliers et exclusifs de ce territoire, qui ont été classifiés et interprétés de diverses façons.

Les fouilles archéologiques récentes que nous avons effectuées au cours de la dernière décennie dans plusieurs complexes mégalithiques et nécropoles de la région (Los Gabrieles, El Gallego-Hornueco, El Seminario, El Pozuelo et Soto) ont fourni un registre et de la documentation qui nous permet d'établir des lectures alternatives de la région de Huelva, contribuant à la recherche et à la discussion sur le mégalithisme du sud de notre péninsule. Dans cette thèse, ont été établis une série d'objectifs qui serviront de guide de travail pour l'analyse et la vérification des hypothèses soulevées autour de ces monuments et leur vérification dans les mégalithismes du sud. Les objectifs généraux sont orientés vers la définition et la contextualisation du mégalithisme comme première architecture monumentale en pierre en Europe de l'Ouest et la formalisation d'une proposition théorique et méthodologique qui permet l'étude intégrale de ces architectures. Les objectifs spécifiques sont concrétisés dans l'analyse et la caractérisation des monuments du sud dans le cadre de la dynamique de la Péninsule Ibérique, l'évaluation des résultats des recherches effectuées dans la région de Huelva précédemment, l'analyse archéologique des différents modèles de monuments de l'espace étudiée, en particulier les groupes d'El Pozuelo et la nécropole d'El Seminario, et la réalisation d'une synthèse dans laquelle les différents monuments sont caractérisés et contextualisés dans les séquences des mégalithismes du sud péninsulaire, du Néolithique Récent jusqu'à l'Ancien Âge de Bronze, qui inclut une temporalité du début du IV^{ème} au début du II^{ème} millénaire av. n.è.

Le **chapitre 2** analyse les principales problématiques de recherche et présente les hypothèses de travail qui régissent le processus de recherche de thèse. Dans le sud de la péninsule, on distingue deux types de mégalithisme : 1) le prefunéraire ou non-funéraire, représenté par les architectures des pierres dressées du VI-IV millénaires av. n.è. 2) le funéraire, composé de dolmens, hypogées et *tholoi*, en plus d'autres structures et manifestations, comme les grottes sépulcrales / grottes nécropoles, les fosses

avec des structures tumulaires et des sépultures proto-mégalithiques, du IV-III millénaires av. n.è. Cette séparation formelle exige toutefois une étude conjointe, étant donné l'association spatiale récurrente des menhirs avec les architectures funéraires, l'intégration et/ou la réutilisation de ces pierres dressées et stèles dans divers monuments orthostatiques, et la construction de dolmens à partir de la première moitié du IV^{ème} millénaire dans des sites ayant une occupation antérieure ou des menhirs préexistants.

Les premiers monuments funéraires se caractérisent par l'énorme polymorphisme et la variété des techniques de construction, pouvant représenter l'existence de styles régionaux ou de spécialisations locales, qui ont été créés entre c. 4300-3500 cal. av. n.è. En Andalousie, au cours du IV^{ème} millénaire av. n.è. une séquence architecturale a été révélée dans laquelle plusieurs modèles de dolmens se sont succédés: chambre simple, chambre allongée, allée couverte et couloir. L'analyse de ces formes nécessite une évaluation critique de leurs architectures, compte tenu de la confusion terminologique et conceptuelle entre les modèles, et de leur diachronie, due aux problèmes de délimitation temporelle. Le rôle le plus remarquable est occupé par les monuments orthostatiques allongés: chambres allongées et allées couvertes, car ce sont les architectures les plus pertinentes et remarquables de l'Andalousie centrale et occidentale, développées c. 3500-2500 cal. av. n.è.

En ce sens, sa considération traditionnelle comme constructions d'espace indifférencié nécessite une étude plus rigoureuse, étant donné que la plupart de ces monuments mettent en évidence des changements de largeur et de hauteur, des décalages de parements, diverses maçonneries orthostatiques, des programmes graphiques sectoriels, la présence de stèles et d'éléments transversaux (piliers, dalles, stèles), etc. qui dénotent une segmentation intentionnelle et une configuration architecturale complexe de l'espace intérieur. Dans la région de Huelva, il y a aussi des monuments tumulaires dolmeniques à plusieurs chambres, avec de multiples compositions structurales et des organisations spatiales, dont l'analyse nous permet d'approfondir notre connaissance de l'architecture, l'exploration des techniques de construction et les formes de monumentalité développées pendant le Néolithique Final.

Les hypogées et les *tholoi* sont les principaux monuments funéraires de l'Âge du Cuivre ou Chalcolithique érigés c. 3300-2200 cal. av. n.è. dans le sud de la péninsule. Dans le sud du Portugal, les hypogées se sont développés plus tôt, depuis le milieu du IV^{ème} millénaire av. n.è. Ces sépultures collectives se distinguent par des techniques de construction, avec des architectures souterraines les hypogées et des architectures semi-souterraines les tholoi, avec la présence de chambres voûtées formées par des coupoles en pierre sèche et/ou en maçonnerie d'argile.

Cependant, les deux constructions ont en commun des schémas formels, des conceptions spatiales des secteurs internes et des dynamiques de fonctionnement de chambres funéraires, en particulier les sépultures de petite et moyenne taille. Dans certaines régions, en outre, ces sépultures se trouvent également dans la même nécropole, partageant les espaces funéraires, auprès des hypogées mixtes, qui sont des constructions dans lesquelles les solutions de construction des deux modèles sont

présentées. Par ailleurs, les *tholoi* ont pu être bâtis sur des monuments tumulaires dolméniques, comme cela a été observé dans divers sites de l'Alentejo et de la Sierra Morena. Cela nécessite une analyse conjointe des sépultures collectives, une étude des processus de transformation et une analyse des modalités d'intégration de ces architectures dans les monuments du passé.

Les mégalithismes du sud de la Péninsule Ibérique doivent être mis en contexte dans le cadre du processus d'émergence et de consolidation de la première architecture monumentale en pierre d'Europe occidentale (**chapitre 3**), qui s'est développée temporairement entre les VI^{ème} et III^{ème} millénaires av. n.è. parallèlement au processus de néolithisation. Ce phénomène était arythmique et asynchrone, avec des dissymétries territoriales et régionales marquées, bien que cinq éléments communs puissent être soulignés autour de ces architectures: la construction de monuments en pierre, l'agencement vertical des dalles et des menhirs, l'utilisation comme maison des morts, la signification comme maison des ancêtres et le fonctionnement comme lieux rituels collectifs. Ces architectures ont été étudiées et interprétées à partir de différentes approches théoriques et méthodes d'étude, un groupe de chercheurs ayant souligné la nécessité d'étudier les projets architecturaux, les processus et les techniques de construction et l'organisation du travail afin de connaître ces monuments correctement.

En ce sens, une proposition théorique et méthodologique est faite qui se concentre sur l'étude des trois sphères fondamentales des monuments mégalithiques: l'architecture, la construction et les usages (**chapitre 4**), en prenant comme référence les principales contributions de l'Europe Occidentale. La connaissance des projets architecturaux développés demande l'analyse des modèles de construction (formes et types), des principes conceptuels (symétrie/asymétrie et effets de perspective), des intentions (monumentalité, perceptibilité, réemploi et symbolisme), des conceptions de l'espace bâti (interne, externe et environnant), des temporalités des monuments (construction, changements et usages). Afin de connaître le chantier, il est nécessaire d'étudier les processus de travail et les chaînes opératoires qui s'organisent autour de ces monuments: travaux d'aménagement des emplacements, sélection et exploitation des matériaux (zones d'approvisionnement et carrières), transport, transformation et traitements techniques, mise en place et disposition. Les connaissances interdépendantes des domaines de la conception et de la construction permettront de déterminer les méthodes techniques, les fonctions architecturales des éléments et les formes d'organisation du travail.

Les fonctions de chaque monument sont particulières, en fonction des besoins de chaque groupe social. Nonobstant, trois usages génériques peuvent être mis en évidence: funéraires, rituels et territoriaux, et peuvent être uniques ou combinés dans chaque site.

L'identification des projets architecturaux et l'étude des techniques de construction des monuments ont été menées à terme en tant que lignes de travail dans plusieurs régions de la Péninsule Ibérique par un groupe de chercheurs, comme souligné dans le **chapitre 5**. L'analyse des formes de monuments mégalithiques et l'étude des séquences diachroniques régionales au niveau de la péninsule nous

permettent d'identifier les groupes territoriaux, de déterminer les processus de transformation et de monumentalisation des architectures ainsi que d'établir les chronologies des différents modèles de monuments de pierres dressées et funéraires. Un accent particulier est mis sur la zone sud de la péninsule, étant donné que la connaissance des différents mégalithismes nous permet de contextualiser les problématiques de recherche et d'interprétation de la région de Huelva dans les séquences architecturales des monuments du Néolithique Tardif-Final et l'Âge du Cuivre dans cette région.

La recherche de monuments dans la région de Huelva nécessite une méthodologie de travail spécifique (**chapitre 6**), basée avant tout sur l'archéologie du bâti et l'archéométrie. A cet égard, compte tenu des points de départ, du caractère singulier de cette zone d'étude et des sites analysés dans cette thèse, une méthodologie interdisciplinaire est proposée, centrée sur l'étude de trois éléments :

- 1) La construction, en proposant l'étude: a) des emplacements (topographie, géomorphologie, géologie) et des travaux d'aménagement réalisés (unités de bassement et d'assise, espaces extérieurs et structures en argile); b) des matériaux de construction (étude géotechnique de l'emplacement, des dalles des parois et de l'argile; étude géologique et cartographie; identification des lieux de provenance); c) de la transformation et du traitement technique des matériaux; d) des techniques de construction et des fonctions architecturales (éléments structuraux, fabriques et outils).
- 2) L'architecture, avec un accent particulier sur : a) l'analyse formelle, métrique et structurelle; b) l'identification des principes et paramètres de construction; c) la détermination des intentions; d) l'étude spatiale, qui permet de contextualiser les usages funéraires, rituels et territoriaux de chaque monument.
- 3) La diachronie, qui concrétise la chronologie des monuments en combinant les séquences stratigraphiques et structurales de chaque site avec les séquences de données radiocarbone et leurs modèles statistiques bayésiens.

Cette méthodologie appliquée dans les recherches du groupe Los Llanetes du complexe mégalithique d'El Pozuelo (**chapitre 7**), a permis d'identifier l'ensemble des projets architecturaux, des chantiers de construction et des usages liés à chaque modèle de monument. Ce groupe, composé de quatre monuments placés de façon binaire, à l'abri du sommet de Chinflón, a configuré un espace funéraire et rituel singulier entre le début du IV^{ème} et le début du II^{ème} millénaire cal. av. n.è., configurant un paysage mégalithique de durabilité prolongée, de perceptibilité visuelle et de grande résilience. L'analyse archéologique des quatre monuments a permis d'établir la séquence architecturale de ces sites monumentaux. Dans tous ces sites, il est évident que des projets répétés ont vu le jour, du Néolithique Tardif-Final jusqu'à l'Ancien Âge du Bronze, bien que chaque lieu ait une histoire de construction particulière et des usages spécifiques. D'une façon générale, la séquence architecturale du groupe est la suivante :

- Les dolmens à chambre ovale-allongée (3950-3750 cal av. n.è.). Il est très probable que les quatre monuments aient été bâtis le c. 3800 cal. av. n.è., moment où l'irruption du collectivisme funéraire en tant que rituel de mort est considéré dans le sud de la péninsulaire.
- Les dolmens à chambre-allongée (3750-3650 cal av. n. è.), avec des structures dans lesquelles apparaissent des antichambres. Plus tardivement, c. 3650-3200 cal av. n. è., suite à la répétition de l'exécution des projets, le dolmen 4 serait formé comme une «allée couverte».
- Les dolmens à chambres doubles (3650-3200 cal. av. n. è.), lorsque les constructions sont devenues monuments tumulaires circulaires plus complexes avec: des chambres parallèles à accès indépendants (dolmen 1), des chambres perpendiculaires (dolmen 2) et des chambres parallèles avec antichambre et couloir convergent (dolmen 3).
- Réformes des façades et monumentalisation des espaces extérieurs (3300-2900 cal. av. n. è.) avec la présence de structures, de stèles et d'autels, entre autres éléments, qui dénotant une augmentation des pratiques rituelles dans ces zones.
- Monumentalisation des espaces extérieures (2900-2600 cal av. n.è.), avec création d'atriums ou d'entrées aux structures et dispositifs multiples (pavage, stèles, stèle-autels, foyers, etc).
- Enceintes de terrasses (2250-1950 cal. av. n. è.), qui représente une nouvelle forme de monumentalité particulière à l'Âge du Bronze Ancien.
- Ré-appropriation et réutilisation des lieux à l'Âge du Bronze, parallèlement aux exploitations minières de Chinflón.
- Réutilisation à différentes périodes historiques, conditionnant la transformation physique du site.

Ces monuments ont été érigés avec les matériaux du milieu géologique local, aussi bien les roches (phyllite, ardoise, andésite et quartz blanc) que les argiles et les terres, mettant en évidence la systématisation de l'exploitation et du traitement des blocs et supports en phyllithe. En ce qui concerne la construction, la haute sophistication, la compétence technique, l'organisation planifiée des processus de travail et la continuité des techniques de construction dans les monuments se distinguent. Ces éléments, ainsi que les formes d'architectures funéraires, permettent de considérer l'existence d'un «style constructif» spécifique de la zone orientale d'Andévalo, caractérisé par une spécialisation architecturale et par la persistance d'une tradition constructive et socioculturelle développée autour des monuments funéraires, au moins pendant le IV^{ème} millénaire et la première moitié du III^{ème} millénaire cal. av. n.è.

Dans le cas de la nécropole d'El Seminario (**chapitre 8**), la fouille du site a conduit à une étude conjointe et comparative des différents modèles de sépultures collectives du III^{ème} millénaire av. n.è (hypogées, hypogées mixtes et *tholoï*), abordant les aspects architecturaux et constructifs, les pratiques funéraires développées aux différents sols des chambres et les pratiques de dépôt d'objets dans des zones spécifiques: entrées et couloirs. Les architectures souterraines (hypogées 1336 et 7016) ont une séquence diachronique comprenant c. 3000-2400 cal. av. n. è. L'utilisation funéraire prolongée de la tombe 7016 a conduit à la reformulation de ce lieu de sépulture et à sa reconversion en hypogée mixte

c. 2600-2400 cal. av. n.è., après l'effondrement de la couverture) de l'hypogée primaire, créant une chambre dans laquelle deux techniques différenciées ont été combinées: partie creusée dans le substrat et partie soulevée au moyen d'une fausse coupole de maçonnerie. La *tholos* 7055 a une diachronie en tant qu'espace sépulcral collectif comprenant c. 2800-2500 cal. av. n.è., étant un modèle de sépulture de petite taille pratiquement normalisée et standardisée) dans le sud-ouest de la péninsule: sépulcre partiellement creusé dans le substrat, avec parois de dalles de revêtement et chambre voûtée de maçonnerie. Les deux modèles présentent des éléments qui en ont favorisé la durabilité (exécution technique soignée et utilisation prolongée), la perceptibilité (couvertures tumulaire) et le symbolisme (stèles aux abords et chromatisme des lithologies), bref, sa monumentalité.

D'autre part, les vestiges de structures funéraires d'usage individuel (caves souterraines, «ciste» recouverte de tumulus) ou collectif (fosses) construites à l'intérieur des sépultures collectives, déjà effondrées et partiellement remplies, à la fin du III^{ème} et au début du II^{ème} millénaire av. n.è., correspondent à une forme particulière de monumentalisme funéraire de l'Âge du Bronze Ancien.

Les séquences architecturales complexes, les techniques de construction et les usages que l'on trouve dans les monuments du groupe Los Llanetes et dans la nécropole d'El Seminario appellent à proposer de nouvelles interprétations pour la région de Huelva, qui ont également des répercussions sur les séquences des mégalithismes du sud de la péninsule. A cet égard, dans le bloc VII, une synthèse est réalisée, structurée en plusieurs chapitres, dans laquelle sont présentés les problématiques de connaissance les plus pertinentes et les lignes de débat et discussion actuelles des principaux modèles de monuments du sud de la péninsule, contrastant les résultats obtenus de l'analyse archéologique de la zone de Huelva avec les architectures et les structures d'autres zones. L'observation de monuments tumulaires à chambre ovale-allongée à Los Llanetes permet pour la première fois en Andalousie de fixer le cadre chronologique des premiers dolmens, ainsi que de préciser leurs caractéristiques architecturales et techniques de construction (**chapitre 9**). Sa mise en place dans un cadre chronologique possible c. 3950-3750 cal. av. n.è. et ses caractéristiques formelles, la conception spatiale et les techniques de construction sont en conformité avec les premiers monuments funéraires à chambre simple de la première phase du mégalithisme de la Péninsule Ibérique, avec un polymorphisme architectural marqué. Son observation dans d'autres régions, comme l'Alentejo portugais, donne une idée de l'existence d'un modèle à l'échelle régionale, dans lequel sa construction sur des sites avec la présence d'anciennes pierres dressées (stèles décorées) intégrés en tant qu'éléments architecturaux (stèles axiales, dalles de chevet et dalles de soutènement) se détache.

La transformation des monuments à chambre simple par des projets d'allongement de structures orthostatiques et d'agrandissement concentrique des *tumuli* a entraîné, dans le cas de Los Llanetes, la formation des premiers monuments à chambre allongés, vraisemblablement c. 3750-3650 cal. av. n. è. (**chapitre 10**). Ces constructions se caractérisent par la présence de structures allongées et segmentées par décalages dans les parements et/ou la disposition de dalles transversales (anciennes stèles gravées), favorisant la différenciation de deux secteurs internes: l'antichambre, de plus petite

largeur et hauteur avec une forte concentration de stèles réutilisées dans les parements, et la chambre funéraire. La réalisation de projets répétés avec des schémas similaires a conduit à la formation d'une «allée couverte» dans le cas du dolmen 4, mettant en évidence la division de l'espace en trois secteurs. Ces paramètres sont communs à de nombreux monuments de l'Andalousie centrale et occidentale, et dans une moindre mesure au sud du Portugal, générant des lectures complémentaires sur l'architecture et la chronologie des monuments avec des structures attachées sur l'axe axial (dolmens de chambre allongée et allées couvertes), des monuments avec ajout de couloirs non alignés sur l'axe (allées couvertes coudées y dolmen avec des couloirs symboliques) ou des monuments avec des plantes en «L» ou en équerre. Par conséquent, tous ces monuments pourraient être le résultat de projets architecturaux successifs réalisés sur des dolmens à chambre simple et/ou à chambre allongée.

L'aboutissement des projets architecturaux dans les dolmens de Los Llanetes a conduit à la formation d'architectures funéraires complexes: les monuments à chambres doubles, c. 3650-3200 cal av. n. è. (**chapitre 11**), mettant en évidence le regroupement des stèles réutilisées et les dalles décorées dans les antichambres et les chambres. Chaque site a une morphologie particulière, fruit de sa propre histoire constructive et des usages auxquels il a été soumis dans le Néolithique Final. En outre, pendant l'Âge du Cuivre Ancien et Plein, c. 3300-2600 cal. av. n.è., les façades et les environnements extérieurs ont vécu diverses transformations visant à la monumentalisation et la mise en place de structures selon les usages rituels de ces espaces. Dans le cas du dolmen 2, une *tholos* a également été intégrée dans la moitié orientale du tumulus (**chapitre 12**). Ces processus doivent être communs aux autres ensembles et sites où ces singuliers monuments de chambres multiples sont présentés, comme le groupe El Riscal-La Veguilla de El Pozuelo, Mesa de Las Huecas, Los Gabrieles, El Labradillo, Lapa del Moro, entre autres, circonscrits à une zone géographique délimitée: l'Andevalo oriental et périphérie, pouvant être aussi le résultat formel de l'exécution de projets architecturaux répétés tout au long du IV^{ème} millénaire av. n.è. dans les mêmes monuments et de travaux concrets dans le III^{ème} millénaire av. n.è.

L'Âge du Cuivre a supposé l'irruption et la consolidation de deux modèles de monuments funéraires dominants: les architectures souterraines (les hypogées) et les architectures semi-souterraines (les *tholoi*) (**chapitre 13**). La présence de ces tombes collectives réunies dans la même nécropole d'El Seminario, avec un développement chronologique contemporain c. 3000-2400 cal. av. n.è., permet d'entreprendre une analyse conjointe de ces modèles, en identifiant les similitudes et en soulignant les différences dans la conception de l'espace sépulcral et le fonctionnement comme sites de sépultures collectives, mettant en évidence les pratiques funéraires continues de manipulation et de réorganisation des dépôts. L'observation du projet de conversion de la tombe 7016 en hypogée mixte permet également de considérer l'existence d'éléments communs dans la configuration des chambres voûtées, comme cela semble se produire dans de nombreuses constructions de ces modèles au sud de la péninsule, en établissant une analyse comparative avec des formes analogues.

Dans la séquence du mégalithisme, l'Ancien âge du Bronze est conçu comme la phase finale, en expérimentant un processus de démontage, perte de monumentalisation des architectures et une réutilisation ponctuelle des espaces sépulcrales (**chapitre 14**). Cependant, les preuves observées dans la région de Huelva nous permettent de relever d'autres casuistiques pour cette chronologie: a) la condamnation des monuments, aboutissant à une destruction délibérée de certains dolmens dans l'Andévalo oriental; b) la création d'autres formes de monumentalité, telles que les enceintes en terrasses du groupe de Los Llanetes, c. 2250-1900 cal av. n.è., créant de grands centres rituels avec des plateformes circulaires et des terrasses en maçonnerie autour des anciens dolmens, avec une forte perceptibilité visuelle et des connexions avec les éléments paysagers environnants; c) un monumentalisme funéraire soutenu dans la construction de tombes individuelles (caves souterraines, structures à couverture tumulaire et fosses) dans les sépultures préexistantes, à la fois en hypogées et *tholoi*, avec des intentions différentes, développé c. 2300-1900 cal av. n.è. Ces lignes directrices peuvent représenter les différentes formes de réappropriation de l'espace architectural ancestral par une partie des groupes sociaux de l'Âge du Bronze et, en quelque sorte, la perpétuation de certains schémas du mégalithisme jusqu'en c. 1900 cal av. n.è. dans certaines zones du sud de la péninsule, comme on peut en déduire dans la région de Huelva.

Les séquences architecturales et diachroniques des sites étudiés indiquent que la principale valeur et signification d'une construction mégalithique en tant que monument réside dans son degré de durabilité sur une longue période de temps, utilisée et transformée successivement par les générations suivantes (**chapitre 15**). La continuité des sites en tant que monuments nécessiterait la réalisation graduelle de projets architecturaux aux intentions diverses (restructuration, remodelage et réaménagement des espaces), réformes, travaux avec disposition de nouveaux éléments, opérations d'entretien, entre autres), en fonction des besoins sociaux et des usages de chaque groupe. La combinaison de ces actions a favorisé la monumentalisation des lieux, augmentant la permanence de la mémoire matérielle et la survie de la mémoire sociale de chaque lieu dans la Préhistoire Récente. Ces monuments pourraient fonctionner à la fois comme une maison des morts, la maison des ancêtres et des centres rituels collectifs.

BLOQUE I

PROPUESTA DE TESIS

CAPÍTULO 1

INTRODUCCIÓN

Y

OBJETIVOS

1.1. INTRODUCCIÓN

La provincia de Huelva es una unidad administrativa y territorial de la comunidad autónoma de Andalucía, situándose en el suroeste de la Península Ibérica, una franja de la fachada atlántica que destaca en el ámbito del megalitismo de Europa occidental por la cantidad y diversidad de arquitecturas de distintas cronologías (Figura 1.1). Su territorio se enmarca por los principales elementos y accidentes naturales del extremo suroccidental de España. Así, queda delimitada al norte por Sierra Morena, al sur por el Océano Atlántico, al este por el río Guadalquivir y afluentes tributarios, y al oeste por los cursos de agua de los ríos Guadiana y Chanza, tributario del anterior. La posición geográfica y la diversidad de recursos en esta franja territorial, conforme a la gran variedad de medios geológicos y ecosistemas, ha propiciado que la zona se caracterice por ser un territorio de constante y fluida interacción, tanto en los aspectos de movilidad e intercambio de bienes de consumo, objetos y bienes de prestigio, como de movimientos poblacionales a lo largo de la Prehistoria Reciente. Estos condicionantes territoriales y la presencia de determinados recursos en dicho ámbito geográfico fueron aprovechados en determinadas fases de la Prehistoria Reciente, emergiendo comunidades con actividades productivas especializadas e intensivas en torno a la explotación y manufactura de varios productos dirigidos en parte al intercambio en el IV y III milenios ANE, caso de la variscita, la riolita y el cobre.



Figura 1.1. Localización del área de Huelva dentro del contexto del megalitismo de Europa occidental y de la Península Ibérica.

Así, destaca la extracción de variscita de las minas de Pico Centeno (Encinasola), orientada a la manufactura de los elementos de adorno de variscita, estando presentes de forma recurrente estas cuentas de collar en los ajueres de las tumbas megalíticas y sepulturas colectivas del suroeste peninsular, caso de Alberite, La Pijotilla, *tholoi* de Perdigões, Anta Grande de Zambujeiro, diversos hipogeos de la región de Lisboa, entre otras; la producción lítica tallada de riolitas de Cerro del Andévalo-Calañas en el Andévalo central, presente de forma mayoritaria y de manera conjunta con las láminas de sílex en las tumbas del Neolítico Final y Edad del Cobre, caso de las necrópolis de La Zarcita, El Seminario, Valencina, Los Millares, entre otras, así como en los poblados; la minería y metalurgia del cobre en los poblados fortificados del Andévalo, caso de Cabezo Juré y Las Juntas, entre otros, cuya producción parece estar dirigida hacia los grandes poblados del valle del Guadalquivir. Estas producciones especializadas y la presencia de “objetos exóticos” de larga distancia en los contextos funerarios y domésticos denotan la existencia de una alta interacción territorial en el sur peninsular, producto de unas sólidas redes de intercambio de escala suprarregional en el IV y III milenios ANE de la Península Ibérica, como manifiesta la presencia de un hacha de sílex del norte de Europa, probablemente procedente de Dinamarca, localizada en el entorno del asentamiento de El Seminario, en el Estuario de los ríos Tinto-Odiel (Morgado et al., 2014).

El área de Huelva pudo ser un territorio clave, dada la presencia de recursos estratégicos y producciones especializadas (cuentas de variscita, láminas de riolita y artefactos de cobre), cuya manufactura, intercambio y posesión debían ser necesarios para la regulación y el sostenimiento de las relaciones comunitarias supraterritoriales y para el mantenimiento del equilibrio o la cohesión social entre los grupos familiares clánicos y los individuos de las mismas comunidades. Con ello, en esta zona del suroeste peninsular, hubo de producirse un flujo constante de ideas y materiales durante la Prehistoria Reciente, como consecuencia de las relaciones entre las diferentes sociedades del sur peninsular. Estas constantes interacciones hubieron de repercutir en los esquemas de organización social, en las esferas de la vida cotidiana y de la muerte de las comunidades que habitaron este territorio, debiendo ser uno de los componentes que pudieron funcionar para la formación y la afirmación de las diferentes identidades culturales de las sociedades de linajes.

Tales elementos de identidad cultural e interacción se vislumbran en los monumentos megalíticos de esta peculiar zona, en donde se evidencian tres procesos complementarios:

- a) La tradición constructiva, técnica y funeraria en torno a las arquitecturas de los dólmenes durante el IV milenio ANE, con diferencias a escala local y comarcal, asociadas a comunidades clánicas con patrones de ocupación del territorio complementarios, con poblados permanentes y áreas habitacionales móviles; manteniéndose incluso en las galerías cubiertas de la primera mitad del III milenio ANE en el ámbito del Andévalo oriental.

- b) La innovación constructiva, técnica y funeraria que supone la introducción de los hipogeos y sepulcros de falsa cúpula a inicios del III milenio, asociados a poblados fortificados estables (Cabezo de Los Vientos) o a asentamientos con ocupaciones temporales (El Seminario).
- c) La reapropiación de los espacios arquitectónicos ancestrales durante la Edad del Bronce Antiguo, por parte de comunidades con otros esquemas de organización social, desarrollándose incluso nuevas formas de monumentalidad de cierta raigambre y tradición megalítica, caso de los recintos de terrazas de Los Llanetes o el monumentalismo funerario de El Seminario.

El área de Huelva destaca en el contexto territorial del sur peninsular por tres elementos básicos: por ser el área de mayor número y concentración de monumentos megalíticos en Andalucía occidental, por la gran variabilidad formal y diversidad de técnicas constructivas de las arquitecturas y por la presencia de monumentos megalíticos particulares y exclusivos en el contexto de la Península Ibérica, destacando los dólmenes provistos de cámaras múltiples.

La provincia de Huelva es una de las áreas de mayor cuantía y diversidad de monumentos megalíticos de Andalucía, ascendiendo actualmente a cerca de 300 sitios constatados (Linares Catela, 2011a, 2011b, 2016). Su variabilidad formal y constructiva es muy contrastada, dado el marcado polimorfismo arquitectónico (Figura 1.2). Así, se presentan monumentos megalíticos muy diferenciados, distinguiendo de forma general tres grandes grupos de arquitecturas: 1) arquitecturas de piedras verticales individuales (menhires individuales) o formando agrupaciones de menhires (círculos y posibles alineamientos) representativos de un megalitismo pre-funerario o no-funerario originado en el V milenio ANE; 2) arquitecturas funerarias erigidas en piedras, los dólmenes del IV-III milenios ANE y los sepulcros de falsa cúpula del III milenio ANE; 3) arquitecturas subterráneas, los hipogeos del III milenio ANE. Destaca la extraordinaria variedad formal, constructiva y técnica de los modelos de los dólmenes, distinguiendo entre monumentos de cámara sencilla (de formas trapezoidales, rectangulares o cistoides), galerías cubiertas y monumentos de cámaras múltiples en los mismos túmulos, cuya mayor concentración se da en la comarca del Andévalo oriental.

Las arquitecturas megalíticas se distribuyen y presentan en todas las unidades geológicas de la provincia: Zona de Ossa-Morena, Zona Sudportuguesa, Cuenca del Guadalquivir y Franja Litoral, que se corresponden de forma genérica con las comarcas geográficas: Sierra, Andévalo-Cuenca Minera, Condado-Tierra Llana y Costa. La observación de la presencia, distribución e implantación territorial de las formas arquitectónicas en los diferentes medios geológicos permite plantear determinados elementos vinculantes entre los modelos de monumentos (su arquitectura y técnica de construcción) y las formaciones geológicas (litología y tipo de afloramiento) (Figura 1.2).

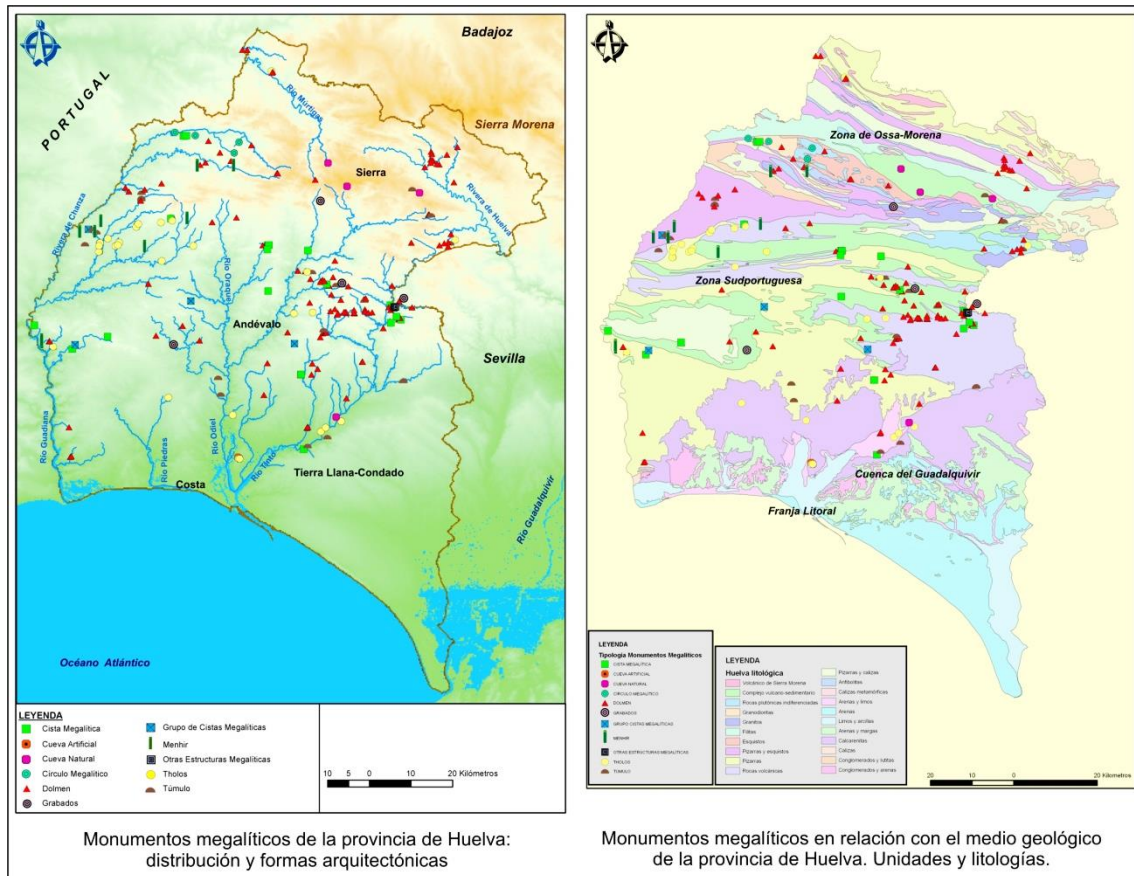


Figura 1.2. Monumentos megalíticos del área de Huelva: distribución, formas arquitectónicas y relación con el medio geológico.

De forma general, se observa que la mayor parte de los menhires se localizan en zonas donde afloran granitos, granodioritas, pizarras, grauvacas o rocas volcánicas básicas con afloramientos masivos y presencia de bloques desprendidos de gran tamaño y consistencia material. Las arquitecturas de dólmenes se localizan, de forma mayoritaria, en emplazamientos donde se presentan en las cercanías afloraciones de rocas masivas susceptibles de ser extraídas, aprovisionadas y talladas como soportes regulares para la formación de ortostatos, destacando especialmente las siguientes litologías: filita, grauvaca, riodacita, granito y calcarenita, que se presentan en la Sierra, Andévalo y franja norte de la Tierra Llana. Los *tholoi* se presentan en diversos ámbitos de la provincia, concentrándose principalmente en zonas donde son predominantes las formaciones de pizarras que se fracturan en lajas finas y regulares que permiten la construcción de las paredes mediante mampostería o lajas de revestimiento y las falsas cúpulas. Los hipogeos, por el momento, sólo se han documentado en el área del Estuario de Huelva, donde las margas arenosas terciarias permiten el desarrollo de arquitecturas subterráneas así como de *tholoi* excavados parcialmente en el sustrato.

El tipo de formación geológica, la disponibilidad y la accesibilidad de materias primas son elementos a considerar para explorar los criterios que debieron llevar a cabo estas comunidades en cuanto a la elección de los sitios, las formas arquitectónicas a edificar en los emplazamientos

y los procesos de construcción operados en cada proyecto arquitectónico, como argumentaremos en esta tesis.

Dentro de las arquitecturas dolménicas uno de los rasgos más destacados es la presencia de monumentos tumulares con cámaras ortostáticas múltiples, sobresaliendo el conjunto de El Pozuelo, así como los monumentos con grandes galerías cubiertas, en especial el dolmen de Soto, y las galerías acodadas, caso de Los Gabrieles. De manera relevante son significativos los monumentos de cámaras múltiples. Se concentran en el área del Andévalo oriental, en ámbitos aledaños al sur de la misma provincia y en la franja suroccidental de la Sierra Norte de Sevilla, siendo la única zona de la Península Ibérica en la que se erigieron. La presencia de estas singulares arquitecturas, únicas por sus formas, composición estructural y organización espacial, tradicionalmente se ha interpretado como la expresión de un megalitismo funerario de escala local y desarrollo cronológico posiblemente más tardío, de fines del IV milenio ANE e inicios del III milenio ANE, planteándose que estos monumentos se edificaron en un único episodio constructivo (Cerdán et al., 1952; Leisner y Leisner, 1956, 1959; Joussaume, 1985; Cabrero, 1985; Piñón Varela, 1987, 2004). Estas peculiares arquitecturas han sido clasificadas e interpretadas de diversas formas. El matrimonio alemán Leisner englobó estos dólmenes compuestos de varias cámaras dentro de la tradición constructiva de los monumentos alargados del sur peninsular (Cerdán et al., 1952; Leisner y Leisner, 1956). Rosario Cabrero (1982, 1985) clasificó estos complejos monumentos dentro del grupo de las galerías cubiertas irregulares de múltiples cámaras, subrayando la diversidad compositiva con estancias principales y secundarias. Fernando Piñón Varela (1987, 2004), denominó a estos monumentos como sepulcros compuestos (convergentes y cruciformes), considerándolas como arquitecturas neolíticas que heredaron los principios constructivos, concepción del espacio y técnicas de los sepulcros de corredor de espacio no diferenciado.

1.2. OBJETIVOS

Con la realización de la tesis *El Megalitismo en el sur de la Península Ibérica. Arquitectura, construcción y usos de los monumentos del área de Huelva, Andalucía occidental*, pretendemos contribuir a un mejor conocimiento de las arquitecturas megalíticas desarrolladas en el sur peninsular.

Se ha seleccionado la provincia de Huelva como área de estudio al concurrir dos circunstancias relevantes en esta zona: 1) La presencia de una extraordinaria variabilidad de monumentos megalíticos, destacando las arquitecturas funerarias del IV y III milenios ANE, especialmente los dólmenes, que han sido remarcados en las síntesis de la Península Ibérica por la singularidad formal de algunos conjuntos; 2) La excavación reciente por nuestra parte de varios sitios con una

metodología arqueológica moderna, centrada en el estudio de las arquitecturas de los monumentos, obras de construcción y usos (funerarios, rituales y territoriales) en su completa secuencia diacrónica, aplicándose múltiples análisis y técnicas, caso del grupo de Los Llanetes, El Seminario y el dolmen de Soto.

Esta documentación permite el desarrollo de una investigación de esta área desde otra óptica, proponiéndose lecturas alternativas a las investigaciones desarrolladas hasta el momento. La tesis pretende establecer una síntesis de los monumentos megalíticos del área de Huelva que debe contribuir a un conocimiento actualizado de los megalitismos de Andalucía. Del mismo modo, los resultados deben abrir nuevas líneas de discusión y plantear perspectivas de trabajo futuras de cara a la investigación e interpretación de los monumentos del sur de la Península Ibérica en el contexto del megalitismo de Europa occidental.

Para desarrollar esta tesis, planteamos la necesidad de alcanzar una serie de objetivos generales y específicos que guían el proceso de investigación conjuntamente con las hipótesis desarrolladas en el siguiente capítulo.

1.2.1. OBJETIVOS GENERALES

Los objetivos generales a alcanzar son:

- Definir los elementos centrales de la propuesta e hipótesis que rigen el proceso de investigación de la tesis. Para esto, se realizan tres tareas básicas: a) un diagnóstico general de las principales problemáticas de investigación conciliadas en torno a los megalitismos del sur; b) una evaluación de las problemáticas de estudio específicas del área de Huelva y las potencialidades de investigación de esta zona; c) el establecimiento de las hipótesis de trabajo que guían el proceso de la tesis, que serán contrastadas en el estudio de las arquitecturas megalíticas del sur peninsular y fundamentalmente en el análisis arqueológico de los monumentos del área de Huelva.
- Análisis de la definición conceptual del megalitismo como fenómeno global y de las propuestas de estudio de la primera arquitectura monumental en piedra de Europa occidental. Para este fin, se realiza un doble estudio. Por un lado, se presentan los rasgos generales del megalitismo en relación con el proceso de neolitización, así como las diversas fases en las que pueden contextualizarse y desarrollarse las arquitecturas y monumentos en las diversas regiones. Por el otro, se hace un recorrido de los distintos enfoques, métodos de estudio e interpretaciones establecidas en torno a las arquitecturas megalíticas.

- Establecer una propuesta teórica para el estudio las arquitecturas megalíticas, abordando los conceptos básicos que la caracterizan y los parámetros de análisis generales. Esta propuesta teórica desarrolla los elementos generales que caracterizan los monumentos en su triple dimensión. Estas tres esferas son: a) la arquitectura, siendo concretada en la definición del proyecto arquitectónico; b) la construcción, que se centra en el análisis de las obras y materiales precisos para la edificación de los monumentos, definiendo los procesos de trabajo y las cadenas operativas; c) las funciones de los monumentos megalíticos, destacando los usos funerarios, rituales y territoriales.
- Propuesta de metodología de investigación de las arquitecturas megalíticas. Este método se aplica al estudio de los monumentos megalíticos del área de Huelva, ofreciendo igualmente elementos de análisis generales que pueden ser útiles para el estudio de los megalitismos del sur así como de Europa occidental. En esta metodología destacamos una serie de apartados básicos:
 - Los elementos estructurantes de las arquitecturas dolménicas, *tholoi* e hipogeos.
 - Determinación de los parámetros que permiten concretar los planteamientos e intencionalidades de los proyectos arquitectónicos.
 - Concreción de los elementos que deben ser estudiados para la identificación de las obras de construcción.
 - Establecimientos de los principales métodos y técnicas que permiten abordar la diacronía y el uso de los monumentos.
- Análisis de las arquitecturas megalíticas del sur en el contexto de los megalitismos de la Península Ibérica, desde el VI al II milenios ANE. El análisis de los modelos de los monumentos megalíticos permite identificar los elementos básicos de las diferentes arquitecturas y las secuencias diacrónicas en los diversos territorios peninsulares. Este trabajo posibilita identificar y especificar los elementos básicos de las arquitecturas peninsulares, así como presentar los rasgos diferenciados de los monumentos del sur, especialmente de las construcciones funerarias, dentro de las cuales el área de Huelva cuenta con un rol destacado en el contexto de Andalucía occidental. Del mismo modo, se hace especial hincapié en aquellos modelos arquitectónicos y en monumentos cuya morfología final es el resultado de varios proyectos arquitectónicos, dado que posibilitan lecturas más complejas acerca de dos elementos que caracterizan el megalitismo de la Península Ibérica: el polimorfismo arquitectónico y las asimetrías cronológicas regionales, como se constata en otras áreas de Europa occidental.

1.2.2. **OBJETIVOS ESPECÍFICOS**

Los objetivos específicos a desarrollar son:

- Evaluar las investigaciones del megalitismo en la provincia de Huelva en el contexto del sur peninsular, al objeto de presentar el estado de conocimiento de las arquitecturas megalíticas de esta zona y las diferentes interpretaciones.
- Análisis y estudio de los diferentes monumentos megalíticos funerarios documentados en el área de Huelva, centrando el estudio de los principales grupos y monumentos megalíticos del Andévalo oriental, Tierra Llana y Estuario de los ríos Tinto-Odiel, que serán contrastados con otros sitios del sur peninsular.
- Análisis arqueológico de los monumentos megalíticos de Los Llanetes, uno de los grupos más significativos del conjunto de El Pozuelo (Zalamea la Real). Este conjunto es un referente del megalitismo del sur peninsular, considerado el máximo exponente de las arquitecturas dolménicas del área de Huelva, por la complejidad constructiva y composición estructural de los monumentos: galerías cubiertas y dólmenes provistos de varias cámaras dentro de un mismo túmulo. Su estudio permitirá identificar y caracterizar los proyectos arquitectónicos, obras de construcción y usos de los diferentes modelos de monumentos desarrollados entre el IV y III milenios ANE, estableciendo las secuencias de las diferentes fases con un completo programa de dataciones radiocarbónicas efectuados sobre los niveles de construcción, transformación y uso.
- Análisis arqueológico de las necrópolis de El Seminario (Huelva), compuestas por sepulturas colectivas del III milenio ANE: hipogeos y sepulcros de falsa cúpula. El estudio conjunto de estas tumbas permitirá abordar los proyectos arquitectónicos, obras de construcción y actuaciones de transformación, que condicionaron la presencia de hipogeos mixtos en el III milenio ANE así como una reutilización en la Edad del Bronce Antiguo, como evidencia la implantación de tumbas individuales (covachas y cistas) y colectivas (fosas) en el interior de las cámaras. Un aspecto crucial es determinar el funcionamiento del espacio sepulcral colectivo, dado que se preservan parte de los restos óseos de los individuos (sobre los que se ha hecho estudio antropológico desde la fase de excavación), los ajuares funerarios y otros objetos muebles votivos. Ello permite un análisis riguroso de las prácticas y gestos funerarios de cada fase de estas tumbas, obteniéndose la secuencia diacrónica completa mediante un extenso programa de dataciones radiocarbónicas realizados sobre huesos humanos.
- Establecimiento de una síntesis, en la que se presentarán los resultados y las conclusiones generales derivadas del análisis arqueológico de los monumentos funerarios del área de

Huelva y su contextualización en el ámbito del sur peninsular. En esta síntesis se abordarán dos trabajos básicos:

- Análisis de las secuencias de los proyectos y diacronía de los monumentos funerarios del área de Huelva, estableciendo los elementos básicos de las arquitecturas, las técnicas constructivas, los usos y las temporalidades de cada modelo: dólmenes de cámara sencilla, dólmenes de cámara alargada/galería cubierta, dólmenes de cámaras múltiples, hipogeos, sepulcros de falsa cúpula; así como de los procesos de transformación y monumentalización.
 - Contextualización y contrastación de cada modelo de monumento funerario con las arquitecturas del megalitismo del sur peninsular, estableciendo un análisis comparativo que permite crear líneas de discusión y abrir nuevas vías de interpretación.
- Establecer un bloque de conclusiones finales, donde se compilen de forma ordenada los resultados más relevantes de la tesis así como la proposición de las principales líneas y perspectivas de investigación futuras del megalitismo del área de Huelva en el contexto del sur peninsular.

1.3. ESTRUCTURA DE LA TESIS

La tesis se estructura en una serie de bloques temáticos, en los que se tratan cuestiones específicas en cada uno de ellos, reuniendo uno o más capítulos. A modo de guía presentamos de forma resumida los bloques:

- Bloque I: propuesta de tesis. Engloba la introducción (capítulo 1) así como la propuesta de tesis (capítulo 2), donde se especifican las problemáticas de investigación y las hipótesis de partida en torno a las arquitecturas megalíticas del área de Huelva y de los megalitismo del sur peninsular.
- Bloque II: objeto de conocimiento. Se aborda el megalitismo en Europa occidental (capítulo 3) y se establece la propuesta teórica para el estudio de las arquitecturas megalíticas (capítulo 4).
- Bloque III: objeto de estudio. Centrado en el análisis de la diversidad de megalitismos de la Península Ibérica (capítulo 5), redactándose dos epígrafes especiales: a) los megalitismos del sur; b) las arquitecturas funerarias del área de Huelva.

- Bloque IV: metodología de investigación. En este apartado se detalla el método de investigación empleado (capítulo 6), incidiendo en los elementos de análisis y técnicas empleadas.
- Bloque V: análisis arqueológico de las arquitecturas dolménicas y de los recintos monumentales. Se toma como caso de estudio sistemático el grupo de Los Llanetes (capítulo 7).
- Bloque VI: análisis arqueológico de las arquitecturas subterráneas (hipogeos y covachas) y semisubterráneas (*tholoi*). En este apartado se hace un análisis arqueológico de las necrópolis de El Seminario (capítulo 8).
- Bloque VII: síntesis y conclusiones. En este bloque se desarrollan los elementos básicos y temas de discusión de los modelos y los procesos de transformación de los monumentos: dólmenes de cámara sencilla (capítulo 9), dólmenes de cámara alargada/galerías cubiertas (capítulo 10), dólmenes de cámaras múltiples (capítulo 11), reformas y procesos de monumentalización de los dólmenes a fines del IV y primera mitad del III milenio ANE (capítulo 12), necrópolis de hipogeos y *tholoi* (capítulo 13), monumentalidad en la Edad del Bronce Antiguo (capítulo 14). Del mismo modo, se abordan las conclusiones finales y las perspectivas de futuro (capítulo 15).

Al final, se incluye la bibliografía, el listado de las tablas y de la documentación gráfica (figuras y fotos). Además, se ha realizado un volumen anexo en el que se presenta de forma ordenada conforme a su listado la planimetría de los monumentos de Los Llanetes y El Seminario.

CAPÍTULO 2

PROBLEMÁTICAS E **HIPÓTESIS DE TRABAJO**

2.1. PROBLEMÁTICAS

Las arquitecturas megalíticas cuentan con un gran desarrollo territorial y cronológico en Europa occidental, desenvolviéndose entre el VI-II milenios ANE, teniendo su origen como consecuencia del proceso de neolitización de las comunidades prehistóricas. Estas construcciones son muy comunes y abundantes en Europa occidental, siendo las áreas que evidencian las mayores concentraciones y variedades de arquitecturas los territorios que componen la fachada atlántica (sur de Suecia, Dinamarca, norte de Alemania, Holanda, Gran Bretaña, Irlanda, Francia, Holanda, Portugal y España) así como otras regiones e islas del Mediterráneo (sureste de Francia, Cataluña, Córcega, Cerdeña, Malta y Apulia). En este marco geográfico se presentan dos grandes grupos de construcciones megalíticas: la arquitectura de menhires y las arquitecturas de cámaras funerarias. El primer grupo, está representado por un conjunto de elementos: menhires, estelas-menhires, círculos de piedras, recintos de morfologías circulares u ovales y alineamientos, que poseían una funcionalidad compleja y múltiple, erigiéndose desde el Neolítico Antiguo a la Edad del Bronce, entre el VI y II milenio ANE. Los menhires pudieron preservar su estado formal y funcional en su lugar de emplazamiento durante la Prehistoria Reciente o pudieron ser reutilizados como materiales constructivos de especial valor simbólico en los corredores, cámaras y en las áreas externas de las arquitecturas funerarias, como es frecuente en la Península Ibérica.

El segundo grupo, se compone de una gran variabilidad de formas arquitectónicas funerarias: túmulos y estructuras no megalíticas, dólmenes, hipogeos, sepulcros de falsa cúpula y cistas megalíticas. Los primeros monumentos funerarios se han documentado en las franjas norte y oeste de Francia, originados a mediados del V milenio ANE, generalizándose su construcción y uso en la fachada atlántica europea desde inicios del IV milenio ANE, destacando dos pautas: a) el desarrollo de un gran polimorfismo arquitectónico regional de este primer megalitismo funerario durante la primera mitad del IV milenio ANE, manifiesto en una enorme diversidad formal y de tamaños de monumentos tumulares con cámaras ortostáticas (dólmenes); b) la expansión y consolidación de las sepulturas colectivas desde mediados del IV milenio ANE, construidas en algunas regiones a una escala monumental, gestándose nuevos modelos arquitectónicos a fines del IV milenio e inicios del III milenio ANE, caso de los hipogeos y los *tholoi* en el sur de la Península Ibérica, que pervivieron hasta la Edad del Bronce Antiguo.

Por otro lado, hay que destacar que en torno a ambas arquitecturas se desarrolló un variado discurso gráfico mediante la recurrente decoración de los menhires, estelas, ortostatos y losas de cubierta, realizadas mediante dos técnicas básicas: grabados y pinturas (rojas, negras y blancas), que se emplearon por separado o combinándose en los mismos soportes pétreos, con representación de motivos decorativos comunes del “arte esquemático”. Lo más destacable de este “arte megalítico” en las arquitecturas funerarias es la reiteración y repetición de los elementos y motivos decorativos que realzaron el carácter antropomorfo de los soportes pétreos

de las paredes (ortostatos y estelas) y soportes exentos (pilares, losas, jambas y estelas), dada la existencia de un intencional discurso ideológico y simbólico de los espacios internos creados en torno a la muerte, donde ocuparon un lugar central la representación de la figura humana y los ancestros (Bueno et al., 2007, 2014, 2015a, 2015b, 2015c, 2016a, 2016b, 2016c). En este sentido, hay que remarcar el valor de las estelas y los programas gráficos como elementos estructurantes de los espacios arquitectónicos internos y externos de los monumentos funerarios. De especial relevancia son las estelas y menhires reutilizados, conformando una estatuaria megalítica que jugó un rol primordial en la organización de los proyectos arquitectónicos y en los procesos de transformación de los monumentos funerarios, caso de las grandes galerías cubiertas de Andalucía: Soto y Alberite (Bueno et al., 2015c: 452).

2.1.1 SUR DE LA PENÍNSULA IBÉRICA

El megalitismo del sur de la Península Ibérica se caracteriza por un extraordinario polimorfismo arquitectónico y por la existencia de una gran variedad de técnicas constructivas, que se manifiesta en una gran pluralidad de formas de monumentos megalíticos y en el particular desarrollo regional o local de determinados tipos o formas arquitectónicas, que en algunos casos se presentan en territorios muy acotados, existiendo diversos megalitismos desde mediados del VI milenio hasta inicios del II milenio ANE.

Los menhires se presentan en áreas concretas del sur peninsular. Destacan dos zonas de Portugal por la alta densidad de estas arquitecturas: el Algarve Litoral, con una gran concentración de menhires individuales en la zona suroccidental (Gomes, 1997a), y el Alentejo Central, presentándose conjuntamente menhires individuales y agrupaciones (*cromeleques*) de fuerte impronta paisajística y territorial (Calado, 2004), construidos durante el Neolítico Antiguo y Medio, desde mediados del VI a mediados del IV milenio ANE, y que representan una fase de megalitismo no funerario anterior a los grandes monumentos funerarios. En España, se ha constatado la presencia en zonas muy concretas de Andalucía occidental, destacando varias zonas de Sierra Morena, rivera del Chanza y margen izquierda del río Guadiana (Linares Catela, 2010a), Sierra de Cádiz (Bueno et al., 2013a) y sur de Extremadura (Peral et al., 2001). No obstante, en Andalucía es recurrente la reutilización de menhires y estelas en los monumentos funerarios de mediados del IV milenio ANE, en especial en los monumentos de cámaras alargadas y galerías cubiertas, preservándose *in situ* como dispositivos arquitectónicos (Gavilán y Vera Rodríguez, 2005) o transformándose para su integración en los paramentos, cubiertas o como soportes exentos (Bueno et al., 2007; Bueno et al., 2013a; Bueno et al., 2014; Bueno et al. 2015a; Bueno et al., 2015c).

En el sur peninsular se presentan de forma genérica tres monumentos funerarios: dólmenes, sepulcros de falsa cúpula (*tholoi*) e hipogeos (cuevas artificiales), que se desarrollaron desde fines del V milenio hasta fines del III milenio ANE, siendo construidos y usados por las comunidades del Neolítico Medio, Neolítico Reciente y Edad del Cobre, con formas de organización social, esquemas ideológicos de la esfera de la muerte, prácticas funerarias y actividades rituales muy diferenciadas. A ello, habría que unir otras estructuras y sitios en los que se desarrollaron enterramientos colectivos y se dispusieron estructuras y elementos (estelas) característicos del megalitismo funerario, destacando fundamentalmente: a) las tumbas en fosa con estructuras tumulares de fines del V e inicios del IV milenio ANE, caso de Atafonas (Albergaria, 2007), Campo de Hockey (Vijande, 2009), Arroyo Saladillo (Fernández Rodríguez et al., 2014-2015); b) los *rundgräber* del sureste peninsular (Leisner y Leisner, 1943), siendo consideradas como sepulturas proto-megalíticas de la segunda mitad del V e inicios del IV milenio ANE (Guilaine, 1996); c) las cuevas-necrópolis o cuevas-sepulcrales desarrolladas en las formaciones kársticas, caso de Lugar do Canto (Carvalho y Cardoso, 2015) o Bom Santo (Carvalho, 2016) en Portugal, y Los Arrastraos (Martínez Sánchez et al., 2014) o Los Cuarenta (Vera Rodríguez et al., 2014) en Andalucía, en las que se evidencia un cambio en las prácticas funerarias c. 3800 cal ANE, emergiendo las prácticas funerarias colectivas (Carvalho y Cardoso, 2015).

Los dólmenes se caracterizan por una enorme variabilidad arquitectónica, manifiesta en una gran diversidad de formas, tamaños y técnicas de edificación, pudiendo discriminarse varios modelos en los diferentes ámbitos zonales, que pueden representar la existencia de “estilos” o “especializaciones” regionales o locales, mantenidas en algunos casos durante largos ciclos temporales, como consecuencia, probablemente, del mantenimiento de una fuerte tradición constructiva e identidad sociocultural que pudieron tener determinadas comunidades en torno a los monumentos y a una determinada ideología funeraria.

En el sur de Portugal, se ha propuesto que los dólmenes se desarrollaron dentro de una secuencia arquitectónica evolutiva de sustitución gradual (Rocha, 2005; Boaventura y Mataloto, 2013; Mataloto et al., 2016/2017), distinguiendo las siguientes formas: a) pequeñas antas, siendo dólmenes de cámaras sencillas de morfologías variadas (rectangulares, trapezoidales, circulares, poligonales, oblongas y ovales) de dimensiones reducidas (Leisner y Leisner, 1956), datados c. 3700-3300 ANE, caso de los grupos del Alentejo (Mataloto et al., 2016/2017) o de Monchique (Gomes 1997a; Gonçalves, 1997); b) antas de corredor corto con cámaras poligonales de diversa geometría, formadas en su mayoría por siete ortostatos, destacando el grupo de Reguengos de Monsaraz (Leisner y Leisner, 1951a; Gonçalves, 1992, 1999, 2013), edificadas entre el 3750-3250 ANE; c) grandes antas de corredor desarrollado con cámaras poligonales, caso de Anta Grande de Comenda de Igreja (Leisner y Leisner, 1959) o el Anta Grande de Zambujeiro (Soares y Silva, 2010), construidas y usadas c. 3500-2700 ANE.

En Andalucía, se constata la presencia de varios modelos de monumentos de cámaras ortostáticas: dólmenes de cámara sencilla, dólmenes de cámaras alargadas, dólmenes de galerías cubiertas y dólmenes de corredor. El establecimiento de unas secuencias diacrónicas y arquitectónicas sólidas que muestren el desarrollo constructivo y cronológico de estos monumentos es una tarea muy complicada, dada la combinación de dos carencias que limitan la investigación: a) la carencia y fiabilidad de dataciones radiocarbónicas, en especial de las fases más antiguas de estos monumentos (García Sanjuán et al., 2011; Cámara Serrano y Molina, 2015); b) la escasez de investigaciones centradas en el estudio de los proyectos arquitectónicos y en los procesos de construcción de los monumentos tumulares con cámaras ortostáticas, que determinen las características formales, las obras de construcción y la biografía arquitectónica de cada sitio de forma paralela a sus usos.

Los dólmenes de cámara sencilla han sido considerados como las formas arquitectónicas más antiguas de Andalucía, como se ha constatado en el resto de la Península Ibérica. Se caracterizan por el tamaño reducido de las cámaras (poligonales, trapezoidales, rectangulares u ovaladas) erigidas dentro de túmulos circulares u ovales, pudiendo estar delimitados por anillos peristálticos; siendo más dominantes en la zona occidental. Se ha planteado una cronología relativa para estos dólmenes c. 4500/4300-3700/3500 ANE (Piñón Varela, 2004).

Los dólmenes de cámara alargada y las galerías cubiertas son las arquitecturas funerarias más características y representativas del megalitismo de Andalucía (Leisner y Leisner, 1956; Ferrer Palma, 1982; Cabrero, 1985; Piñón Varela, 1987, 2004; Aguayo y García Sanjuán, 2006). Son los monumentos funerarios de cámaras ortostáticas mayoritarios en determinadas comarcas de Andalucía central, caso de la Serranía de Ronda y Axarquía de Málaga, o áreas occidentales, abarcando Sierra Morena (provincias de Córdoba, Sevilla y Huelva), Andévalo y Tierra Llana de Huelva, piedemonte y Sierra de Cádiz, Campiña y Los Alcores en Sevilla. A tenor de las dataciones radiocarbónicas disponibles de estas arquitecturas pueden encuadrarse en dos fases: 1) c. 3800/3700-3000 ANE, de primera construcción (monumentos de Menga, Alberite y El Palomar) y consolidación territorial de los modelos, como testimonian las dataciones de Cuesta de los Almendrillos y El Casullo (García Sanjuán et al., 2011); 2) c. 3000-2500 ANE, de continuidad constructiva y de uso en determinados ámbitos locales, caso del Andévalo oriental (Nocete et al., 2004a; Linares Catela y García Sanjuán, 2010).

Tradicionalmente estas formas arquitectónicas engloban a un conjunto de monumentos de cámaras ortostáticas alargadas (de formas trapezoidales, pseudorectangulares u ovaladas) de espacio interno no diferenciado o poco marcado, al no existir según los investigadores elementos que permitan determinar con claridad los límites de sectores o tramos. Esta característica se evidencia en ciertos modelos de dólmenes de cámara alargada o las galerías cubiertas de dimensiones longitudinales reducidas. Sin embargo, la mayoría de estas arquitecturas, en especial los grandes monumentos alargados o grandes galerías cubiertas (Soto, Alberite,

Menga, La Casilla, El Pozuelo 4) presentan elementos verticales (estelas, losas, pilares, losas transversales) dispuestas en puntos concretos, así como cambios en la altura y anchura de las cámaras ortostáticas que propician la segmentación espacial y el reconocimiento de tramos: vestíbulos, corredores, antecámaras y cámaras.

La definición arquitectónica tradicional de estos monumentos no ha estado exenta de problemas y confusiones en el megalitismo del sur peninsular. Así, se han denominado indistintamente de dos formas: a) galerías cubiertas, por ser estructuras de espacio no diferenciado de forma trapezoidal o ligeramente rectangular, en las que no se aprecia una nítida separación entre el corredor y la cámara (Ferrer Palma, 1982; Cabrero, 1992, 1985; Cruz Auñón, 1983-1984); b) dólmenes de corredor (Obermaier, 1924; Piñón Varela, 2004), por la diferencia de alturas y anchuras del espacio arquitectónico interno, a veces de extraordinario desarrollo longitudinal (Soto, Alberite, Menga, La Casilla) y por ser arquitecturas que no se ajustan al canon constructivo del modelo de *allée couverte* o galería cubierta definido por Jean Arnal (1956: 520), que se caracteriza por designar a construcciones ortostáticas de planta rectangular formadas por paredes de igual altura, divididas por elementos verticales o losas perforadas que habilitan su circulación. Para algunos investigadores, incluso estos monumentos se engloban dentro de las cámaras simples, siendo consideradas las formas arquitectónicas primarias y más sencillas del megalitismo del sur de la Península Ibérica (Aguayo y García Sanjuán, 2006). Creemos que todo ello puede obedecer a que los estudios tradicionales han estado orientados predominantemente a la definición de las tipologías arquitectónicas a partir del análisis de las formas.

Estas arquitecturas presentan un espacio arquitectónico mucho más complejo de lo que en principio se ha sostenido de forma convencional (Ferrer Palma, 1982; Cabrero, 1992, 1985; Cruz-Auñón, 1983-1984; Piñón Varela, 1987, 2004; Ramos Muñoz y Giles, 1996; Aguayo y García Sanjuán, 2006, entre otros). A ello habría que unir la recurrente presencia de estelas y menhires reutilizados, fragmentados y transformados para su integración como soportes portantes en las paredes, en las cubiertas o como elementos exentos (Bueno et al., 2013a). Por todo ello, creemos que sería necesario profundizar en otros aspectos del conocimiento de estas arquitecturas: los planteamientos arquitectónicos respecto al espacio construido, las técnicas constructivas, la espacialidad interna, las intencionalidades, las formas y recursos empleados para exhibir material y simbólicamente estas grandes cámaras funerarias, etc., en definitiva, los proyectos arquitectónicos por los que se construyeron estos monumentos. En íntima relación con esto, habría que plantearse si la mayoría de los monumentos de cámaras alargadas y las grandes galerías cubiertas son el producto de varios proyectos arquitectónicos, que incidieron en el alargamiento de las construcciones ortostáticas, el agrandamiento de los túmulos circulares y el constante movimiento de unos soportes de especial significación: las estelas. Parte de la tesis doctoral pretende abordar esta problemática, explorando la historia constructiva de varios monumentos, las formas y la concepción del espacio arquitectónico de algunos monumentos, del mismo modo que otros modelos.

Los dólmenes de corredor se presentan en Andalucía oriental, en la provincia de Granada, destacando los grupos de la depresión de Gor-Gorafe, las necrópolis de Montefrío, Fonelas, Laborcillas, Pantano de los Bermejales o Panoria, con monumentos erigidos desde mediados del IV a mediados del III milenio ANE (Leisner y Leisner, 1943; Ferrer Palma 1986, 1987; Ferrer Palma et al., 1988; Castellano et al., 2001; Montufo et al., 2010; Benavides et al., 2016). Estas construcciones se caracterizan por poseer dos estancias diferenciadas dispuestas en un eje longitudinal: una cámara cubierta (cuadrangular, rectangular, trapezoidal o poligonal) y un corto corredor cubierto, de menor altura, separado por jambas laterales o losa perforada. Tales estructuras suelen erigirse dentro de grandes fosas o zanjas excavadas en el sustrato, adquiriendo algunos monumentos un aspecto semisubterráneo de escasa visibilidad. En una escala de mayor monumentalidad y complejidad constructiva destaca el dolmen de Viera, de largo corredor y cámara cuadrada, edificado en la segunda mitad del IV milenio ANE (Ferrer Palma, 1997a; Aranda Jiménez et al., 2013; Bueno et al., 2013b).

Los hipogeos son arquitecturas subterráneas que se desarrollaron en el Neolítico Final y Edad del Cobre, desde mediados del IV a fines del III milenio ANE. En el sur de Portugal, se presentan en tres ámbitos geográficos: Bajo Alentejo, Algarve Litoral occidental y Estuario del Tajo o región de Lisboa. Los primeros hipogeos aparecen en las centurias centrales del IV milenio ANE, caso de la necrópolis de Sobreira da Cima (Valera, 2013), caracterizados por los accesos en pozo, corredores cortos y cámaras abovedadas. Los hipogeos de las áreas Lisboa y Setúbal, en la Estremadura, se desarrollaron desde mediados y último cuarto del IV milenio ANE, imponiéndose el modelo de cueva artificial de largo corredor con atrio externo, antecámara y cámara circular abovedada, caso de las necrópolis de Alapraia, Quinta do Anjo y São Pedro de Estoril (Soares, 2003; Gonçalves, 2009; Rocha, 2016). Una secuencia similar ofrecen los hipogeos del Algarve, destacando el sitio de Monte Canelas (Parreira, 2010; Parreira y Silva, 2010).

En Andalucía y sur de Extremadura, los hipogeos están integrados dentro de los asentamientos del III milenio ANE, caso de las agrupaciones de Valencina de la Concepción y Marroquíes Bajos, o formando necrópolis en los alrededores, caso de Alcaide, Las Aguilillas, Los Algarbes, entre otras. Conforme a las dataciones, las primeras cuevas artificiales se desarrollaron desde el último tercio del IV milenio (García Sanjuán, et al., 2011), desarrollándose en diversas formas y medios geológicos a lo largo del III milenio ANE. Existen grandes diversidades formales y constructivas dentro de las arquitecturas excavadas en el sustrato. Estas estructuras pueden tener diversos sistemas de acceso, formados por atrios externos, corredores o pozos, una o varias cámaras, generalmente circulares y abovedadas. Presentan elementos constructivos similares a los monumentos contruidos con bloques de piedra, edificándose mediante técnicas mixtas algunas tumbas, presentando techumbres adinteladas, lajas en las paredes o muretes de mampostería, así como pavimentos en los atrios y vestíbulos al igual que los dólmenes, o presencia de nichos laterales como los documentados en los sepulcros de falsa cúpula, como se

ha constatado y se propone para las necrópolis de Las Aguilillas (Ramos Muñoz et al., 1994, 1997, 1999), Paraje de Monte Bajo (Lazarich et al., 2010, 2011, 2015) o La Pijotilla (Hurtado, 1991; Hurtado et al., 2002), incluso estelas colocadas en las zonas externas y áreas de transición de los espacios internos.

Los sepulcros de falsa cúpula son una de las formas más recurrentes y extendidas en el sur de la Península Ibérica. El *tholos* es el modelo de monumento funerario más innovador del III milenio, por la introducción y desarrollo en la zona meridional peninsular de arquitecturas con cámaras abovedadas construidas en vertical. Se erigieron a lo largo de la Edad del Cobre, apareciendo los primeros monumentos durante el comienzo del III milenio ANE y continuando su construcción hasta fines del mismo, en una secuencia que comprende c. 3000-2200 ANE (Lozano Medina y Aranda Jiménez, 2017). Estas construcciones se caracterizan por tener cámaras funerarias provistas de una falsa cúpula, que arrancan desde el suelo, muros de mampostería o sobre el trasdós de las paredes de las cámaras, y un corredor longitudinal de acceso, formado por ortostatos, lajas de revestimiento o muros de mampostería. Las bóvedas fueron levantadas mediante el sistema de aproximación de hiladas, con mampostería de piedra seca o trabada con barro, o mediante una bóveda de marga arcillosa, como se propone para el monumento de Montelirio (Fernández Flores y García Sanjuán, 2016; Segovia et al., 2016). Las estructuras internas son recubiertas por túmulos, pudiendo quedar contenidos y delimitados por anillos perimetrales de mampostería de piedra. Suelen presentar corredores de acceso, formados por ortostatos, lajas de revestimiento o muros de mampostería.

En el sur peninsular, a tenor del tamaño y de las soluciones constructivas, es factible distinguir tres grandes grupos de sepulcros de falsa cúpula:

- Grandes tumbas con largos corredores segmentados de mampostería de pizarra o lajas de revestimiento, cubiertos con losas, y cámaras de mampostería o losas con grandes cúpulas, caso de las necrópolis de Valencina de la Concepción (La Pastora, Matarrubilla, Ontiveros y Montelirio), conjunto de El Gandul (El Vaquero, Cañada Honda y El Término) o *tholos* de El Romeral. Estos grandes monumentos se caracterizan por una alta sofisticación técnica, pudiendo presentar camarillas secundarias dispuestas de forma simétrica al eje axial (*tholos* de El Romeral, Sepulcro de San Bartolomé) o asimétricas (Montelirio, El Vaquero), así como nichos laterales (tumba 7 de la necrópolis de Alcalar), acordes a una concepción de compartimentación para la realización de las prácticas de deposición funerarias y rituales mortuorios acordes al inherente simbolismo de los espacios. Estos grandes monumentos ocupan los lugares centrales de las necrópolis, organizadas en áreas periféricas o circundantes a los asentamientos.
- *Tholoi* de menor escala constructiva, concentrados en torno y dentro de los poblados, formando extensas necrópolis caso de los sepulcros de falsa cúpula de Los Millares o El

Barranquete, o necrópolis más pequeñas, caso de La Zarcita, además de sepulcros aparentemente aislados, caso de El Moro, Centirã 2, Monte Velha 1, etc.

- *Tholoi* integrados en monumentos tumulares con cámaras ortostáticas, como se ha constatado en el Alentejo portugués: Anta 2-*Tholos* de Comenda y Anta-*Tholos* de Farisoa (Leisner y Leisner, 1951a), Vale de Rodrigo 1 (Leisner y Leisner, 1956) y Anta do Olival da Pega 2 (Gonçalves, 1999, 2014), o Sierra Morena: complejo funerario de Palacio III (García Sanjuán y Weathley, 2006), a lo que habría que sumar probablemente el monumento 2 de Los Llanetes.

2.1.2 ÁREA DE HUELVA

Al respecto del conjunto de las problemáticas enunciadas, la provincia de Huelva es una de las áreas más singulares del sur de la Península Ibérica, dada la gran diversidad de arquitecturas funerarias y la fuerte impronta de las construcciones tumulares con cámaras ortostáticas en la práctica totalidad del territorio. Su investigación detenida puede propiciar el establecimiento de un nivel de análisis alternativo y una reflexión mayor sobre el megalitismo de la zona, que se sume al importante bagaje de conocimiento que han supuesto los estudios tradicionales del megalitismo del sur peninsular, ahondado con mayor profundidad en la complejidad arquitectónica y constructiva que encierran estos monumentos.

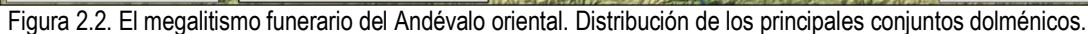
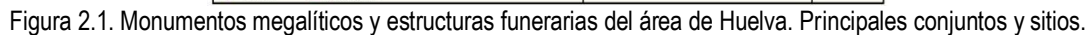
La provincia de Huelva es un área de estudio clásica desde hace cerca de cien años, iniciándose las investigaciones a raíz del descubrimiento del dolmen de Soto (Obermaier, 1924), continuándose años después en posteriores trabajos monográficos por los Leisner (Leisner y Leisner 1943), junto a Carlos Cerdán (1952) y en las monografías del Occidente Ibérico (Leisner y Leisner, 1956, 1959), hasta estudios más recientes (Cabrero, 1982, 1985; Piñón Varela, 1986a, 1986b, 1986c, 1987, 1988, 2004; Balbín y Bueno, 1996; Nocete et al., 2004a; García Sanjuán y Linares Catela, 2009; Linares Catela, 2011b, 2016, entre otros). El conjunto de las investigaciones ha destacado especialmente el número y la gran variedad de dos tipos de arquitecturas:

- 1) Dólmenes, caso del gran monumento de Soto (Trigueros), así como los conjuntos megalíticos con formas diversas de “galerías cubiertas” (longitudinales, acodadas, varias cámaras) o “sepulcros de corredor compuestos” (convergentes o cruciformes) del Andévalo oriental, caso de El Pozuelo, Mesa de las Huecas y Los Gabrieles, con una supuesta cronología tardía, de transición entre el Neolítico Final y Edad del Cobre, de fines del IV milenio ANE e inicios del III milenio ANE, a tenor de las peculiares formas arquitectónicas, ajuares recuperados y reducidas dataciones radiocarbónicas.

- 2) Sepulcros de falsa cúpula, siendo las construcciones representativas de las comunidades de la Edad del Cobre, acordes a las sociedades del III milenio ANE, constatándose dos formas básicas: a) *tholos* con muros y falsa cúpula de mampostería de pizarra trabada con arcilla dentro de túmulos circulares delimitados por anillos, caso de Suerte del Bizco y Cabezo del Molino (Cerdán et al., 1952; Piñón Varela, 2004); b) *tholos* de lajas de revestimiento, caso de Cabezo del Tesoro, San Bartolomé o El Moro (Cerdán et al., 1952; Garrido Roiz y Orta, 1967; Piñón Varela, 2004).

Más recientemente, se han puesto de manifiesto varias cuestiones centrales respecto a la importancia de los programas gráficos de la zona y la mayor variabilidad de las arquitecturas. Al respecto, se ha destacado el papel protagonista del área de Huelva como el resto de Andalucía para el conocimiento de los programas gráficos en el contexto del “arte megalítico” de la Península Ibérica y de la fachada atlántica europea, dada la presencia conjunta de grabados y pinturas (rojas y negras sobre bases de emplaste blanco) en los monumentos funerarios de esta zona, en especial de las galerías cubiertas, por la alta presencia, riqueza, diversidad de motivos y por la alta concentración de estelas, sobresaliendo el dolmen de Soto, siendo uno de los monumentos más decorados de Europa occidental (Balbín y Bueno, 1996; Bueno y Balbín, 1997; Bueno et al., 2007, 2009a, 2013a).

Del mismo modo, otros estudios han puesto de relieve una mayor diversidad de formas y monumentos megalíticos, constatándose un marcado polimorfismo, que responde a los distintos planteamientos arquitectónicos, intencionalidades y técnicas constructivas de las comunidades de la Prehistoria Reciente, estando distribuidos por la práctica totalidad del territorio de la provincia. De forma genérica, puede distinguirse entre un megalitismo no funerario y un megalitismo funerario. El megalitismo no funerario se compone de menhires, círculos de piedras y posibles alineamientos, erigidos posiblemente desde el Neolítico Medio, contando con una diacronía entre V-IV milenios ANE (Linares Catela, 2010a, 2011b; Vera Rodríguez et al., 2010). El megalitismo funerario es muy remarcable (Linares Catela, 2011b; Figura 2.1.), dada la densidad y la gran diversidad de monumentos tumulares con cámaras ortostáticas en algunas comarcas, especialmente en los conjuntos del Andévalo oriental (Figura 2.2.) y la franja norte de Tierra Llana, donde se presentan dólmenes de cámara sencilla, dólmenes de cámara alargada, dólmenes de galería cubierta, dólmenes con varias cámaras contenidas en el mismo túmulo, cistas megalíticas, además de los numerosos sepulcros de falsa cúpula del Andévalo occidental, así como otras manifestaciones funerarias, caso de las cuevas sepulcrales (Cueva de la Mora, Peña de Arias Montano, Cueva de la Umbría, entre otras), y sobre todo las necrópolis de El Seminario, compuestas por fosas del IV milenio ANE, hipogeos y sepulcros de falsa cúpula del III milenio ANE (Linares Catela y Vera Rodríguez, 2015).



Los trabajos de excavación e investigación que hemos desarrollado en los últimos años en los conjuntos dolménicos del Andévalo oriental (El Pozuelo, Los Gabrieles, El Gallego-Hornueco) y en el dolmen de Soto, han facilitado contar con una documentación útil para el análisis de las arquitecturas megalíticas funerarias dolménicas del IV-III milenios ANE, posibilitando el estudio en particular de cuatro formas arquitectónicas: dólmenes de cámara sencilla, dólmenes de cámara alargada, galerías cubiertas y dólmenes de cámaras múltiples; estos últimos de mayor complejidad formal en cuanto a la composición estructural y espacial. Además, la excavación y estudio de otros sitios, caso de El Seminario (hipogeos y sepulcros de falsa cúpula), nos permite concretar y proponer un marco de evaluación empírico mayor, planteando el estudio y análisis conjunto de dos sepulturas colectivas que se presentan en las necrópolis del III milenio ANE en el sur peninsular: los hipogeos y los sepulcros de falsa cúpula, abordando los temas centrales respecto a las arquitecturas, construcción, transformación, reconstrucción, funcionamiento sepulcral y prácticas mortuorias, al preservarse adecuadamente los contextos funerarios.

Los monumentos de cámaras alargadas/galerías cubiertas conforman el grupo de monumentos funerarios mayoritarios del área de Huelva, estando distribuidos por todos los ámbitos, aunque se concentran en la Sierra, Andévalo oriental y franja norte de la Tierra Llana. Predominan los monumentos alargados con estructuras internas de tendencia pseudotrapezoidal, con dólmenes de plantas simétricas y asimétricas, contenidas en túmulos de morfologías fundamentalmente circulares y ovales, estando delimitados en su mayoría por anillos peristálticos. Estas estructuras se disponen predominantemente en un eje con orientaciones de los accesos hacia el sol naciente (este-sureste).

La excavación y el análisis arqueológico de un grupo de dólmenes investigados recientemente en la provincia de Huelva (Los Gabrieles, El Gallego-Hornueco, Los Llanetes y Soto) nos ha proporcionado la posibilidad de identificar una variedad de formas arquitectónicas, técnicas y materiales constructivos desarrolladas en torno a estos monumentos megalíticos del IV y III milenios ANE, que podrían corresponderse con los diferentes modelos arquitectónicos del ámbito territorial de la cuenca del río Tinto. En estos sitios, hemos documentado materialmente que la morfología y la articulación de los elementos arquitectónicos de cada construcción megalítica se deben al desarrollo de diversas fases constructivas, siendo particulares para cada caso. La ejecución del conjunto de acciones, episodios y fases constructivas supone transformaciones materiales en estas arquitecturas dolménicas, conforme a los planteamientos conceptuales de cada proyecto arquitectónico, pudiendo originar el mantenimiento o una superposición espacial y temporal de varios modelos arquitectónicos. El estudio de los monumentos de esta zona nos permite destacar una serie de aspectos que deben tenerse en cuenta de cara a su investigación en el contexto del sur peninsular. Los elementos más reseñables son:

- Que parte de estos monumentos se construyeron en sitios con estructuras neolíticas previas del Neolítico Medio y Neolítico Reciente, ya sean formados por estelas, como se propone

para el caso del grupo de Los Llanetes, y menhires asociados a “estructuras domésticas”, como se infiere del registro arqueológico del dolmen de Soto (Linares Catela y Mora Molina, 2015), reutilizándose estos soportes en los posteriores monumentos funerarios.

- Su arquitectura se caracteriza por una construcción ortostática: cámara alargada o “galería” rectilínea de gran desarrollo longitudinal, de planta relativamente disimétrica, con diferencia en el trazado de los dos paramentos: pared derecha de tendencia recta y pared izquierda más curvada. Esta estructura ortostática se compone de paredes y cubiertas de grandes piedras (ortostatos y losas), incrementándose en anchura y altura progresiva desde el acceso hasta la cabecera.
- Suelen presentar elementos que segmentan su espacio interior (jambas, pilares, losas transversales y estelas).
- En las construcciones ortostáticas se integran los menhires y estelas en las paredes y cubiertas. Destaca la alta presencia de estelas reutilizadas, sometidas a diversos tratamientos, que denotan fases de uso diferenciadas. En estos soportes predominan las formas y los motivos decorativos que realzan los elementos antropomorfos. Al respecto caben varias posibilidades, compatibles y complementarias, que exploraremos en la tesis:
 - Pueden elementos previos a las construcciones dolménicas, que se conservan en el mismo lugar originario, como se propone para El Pozuelo 2.
 - Se tratan de elementos previos a la construcción dolménica, procedentes del mismo emplazamiento, reubicados o recolocados en los paramentos y cubiertas, o como dispositivos de compartimentación: jambas, pilares y estelas; como se observa en el dolmen de Soto, en los cuatro monumentos del grupo de Los Llanetes y en Los Gabrieles 2 y 4.
 - Fueron elementos que pudieron ser elaborados y/o reutilizados a la vez que el resto de los soportes (ortostatos) y colocados tanto como elementos de las paredes o como dispositivos específicos en el interior de las cámaras o galerías, caso de las estelas identificadas en los dólmenes de Puerto de los Huertos, El Casullo, grupo de Los Llanetes, o en las fachadas de acceso, caso de la estela del dolmen 4 de El Pozuelo.
 - Fueron soportes que se reutilizan en otros elementos arquitectónicos posteriores, caso de las estelas colocadas como basamento del muro de la plataforma circular del dolmen 1 de El Pozuelo, o para la conformación de los dispositivos de acceso a la misma, caso del ortostato reutilizado como menhir de la puerta noreste de la plataforma del recinto de terrazas.
- La identificación de fases constructivas distintas, como se ha constatado en el grupo de Los Llanetes y en Los Gabrieles. Esto se manifiesta en el adosamiento de tramos de estructuras en el extremo axial de las cámaras de formas más sencillas, con la clara

intencionalidad de alargarlas, así como en el incremento concéntrico del tamaño de los túmulos. Con estos proyectos arquitectónicos se conformaron grandes construcciones tumulares de formas circulares u ovales en las que se evidencian masas tumulares de piedra y arcilla de desigual composición así como diversos anillos peristálticos.

Con estos elementos, sería factible sostener que los dólmenes de cámara alargada y las galerías cubiertas se desarrollasen constructivamente sobre monumentos previos, compuestos por cámaras ortostáticas sencillas, dando como resultado una arquitectura monumental funeraria desarrollada cuyos elementos centrales son:

- La concepción arquitectónica y los elementos constructivos que la caracterizan, estando compuestas por dos partes interdependientes: 1) una estructura megalítica interna de planta longitudinal alargada y alzado ascendente, erigida mediante una “fábrica ortostática” con paramentos de ortostatos y losas de cubierta; 2) una construcción tumular, que contiene y oculta en el interior la estructura megalítica, de forma circular u ovalada.
- La integración de elementos previos en estos dólmenes (estelas y menhires), manteniéndolos *in situ* o recolocados, en distintas partes: paredes, cubiertas, elementos de segmentación (jambas, pilares, losas, estelas) provenientes de monumentos funerarios previos (dólmenes de cámara sencilla) o de menhires o estelas preexistentes enclavados en el lugar.
- El desarrollo de programas decorativos complejos en los soportes, con motivos pintados y grabados, con predominio de un discurso gráfico de tipo antropomorfo, destacando las estelas.

Estos monumentos de cámaras alargadas se articularon territorialmente en conjuntos compactos, de gran extensión espacial y desarrollo diacrónico, con una estructura de organización en grupos y subgrupos, como se atestigua en el análisis arqueológico de los conjuntos del Andévalo oriental (Los Gabrieles, El Gallego-Hornueco, Las Huecas, El Villar, Rocalero, etc.) y otros grupos de la Tierra Llana (Fuente de la Corcha, Labradillo, etc.). Cada conjunto presenta unas arquitecturas y características constructivas particulares, pudiendo representar sus formas y técnicas empleadas en cada conjunto los diferentes “estilos” y tradiciones constructivas con los que se erigieron estos monumentos, reproduciéndose a través de la arquitectura y en determinados elementos parte de las identidades socioculturales de los diferentes grupos.

La excavación y documentación de los dólmenes de Los Llanetes además nos ha deparado un conjunto de evidencias que requieren un análisis arqueológico profundo, poniéndose de relieve varios aspectos cruciales respecto a los megalitismos del sur y en especial del área de Huelva que abordamos en la tesis:

- Que los dólmenes compuestos de varias cámaras son construcciones de gran complejidad arquitectónica y espacial, producto de múltiples fases constructivas, es decir, del sumatorio de proyectos constructivos a lo largo del IV milenio ANE, que condicionaron la transformación de dólmenes de cámara sencilla, la remodelación de dólmenes de cámaras alargadas, la construcción de dólmenes de cámaras duales, la posterior monumentalización de los espacios externos, etc. Estos elementos deben ser comunes a otros conjuntos con monumentos de cámaras múltiples, caso del resto de El Pozuelo, Mesa de las Huecas, Los Gabrieles, ubicados en la comarca del Andévalo oriental y en zonas aledañas, caso del dolmen del Labradillo y Lapa del Moro. Ello exige evaluar dos problemáticas de estudio:
 - 1) La identificación de las diversas fases constructivas y proyectos arquitectónicos, siendo estas formas arquitectónicas el producto de continuadas obras de construcción desarrolladas en los mismos monumentos megalíticos.
 - 2) La definición de modelos arquitectónicos, como consecuencia de dos procesos probables: a) mediante la transformación conceptual y material de los tipos constructivos primarios; b) como la implantación de modelos únicos de arquitecturas dolménicas monumentales con una mayor complejidad estructural y espacial, aunque parece menos viable.

- La integración en los dólmenes de arquitecturas funerarias con otras técnicas constructivas y prácticas de deposición. Esto supuso la transformación estructural y espacial de las arquitecturas dolménicas, tanto en las estructuras ortostáticas como en los túmulos. Así, se ha documentado la existencia de un “*tholos*” en el monumento 2 de Los Llanetes, que evidencia una marcada retumulación del monumento megalítico en su mitad este.

- La existencia de otras formas de monumentalidad: los recintos de terrazas, con elementos (muros, plataformas y rampas) de gran complejidad constructiva y espacial, siendo posteriores a los dólmenes, en torno a los monumentos 1 y 3-4. Estos recintos se caracterizan por la presencia de un conjunto de dispositivos arquitectónicos que se organizan en torno a los dólmenes, que suponen su transformación material y la remodelación espacial del emplazamiento. Estos monumentos se componen de tres elementos básicos erigidos con técnicas distintas:
 - A) Terrazas perimetrales. Construidas de dos formas: 1) terrazas talladas de manera escalonada sobre el afloramiento de roca; 2) terrazas formadas por muros de contención de mampostería seca, con asiento y rellenos de arcilla, dotadas de pavimentos en la zona superior, que se erigieron sobre el afloramiento previamente rebajado.

- B) Rampas de tres tipos: 1) rampas talladas en la roca; 2) rampas dotadas de muros laterales y rellenas de arcilla; c) rampas construidas con muros de mampostería seca y pavimento interno de lajas.
 - C) Plataformas circulares circundantes en torno a los dólmenes, definidas por muros con paramentos externos de mampostería seca, conteniendo un relleno de arcilla que en el nivel superior conforma el pavimento, caso del monumento 1 de El Pozuelo. En este sitio se ha documentado una plataforma dotada de diferentes accesos: puerta noreste enmarcada por una estela-menhir, umbrales escalonados y rampas, a los que se adosan otras estructuras.
- La presumible existencia de fosos circundantes, excavados en el afloramiento de roca, de trazado discontinuo, dotados de áreas de acceso, en torno al monumento 2 de Los Llanetes, siendo una forma de monumentalidad posterior al dolmen.

Por otro lado, hay que remarcar que El Seminario se constituye como el primer sitio de la provincia de Huelva en el que se constata la presencia de necrópolis de hipogeos, presentándose además en los mismos espacios con los sepulcros de falsa cúpula, evidenciando similares procesos de formación, funcionamiento sepulcral, transformación y reapropiación. La presencia conjunta de hipogeos y *tholoi* en los mismos espacios se ha documentado en otras zona del sur peninsular: necrópolis de Monte do Carrascal 2, Cardim 6 y Monte dos Cortes asociadas al poblado de Porto Torrão (Calvo et al., 2012; Valera et al., 2010a) o la necrópolis del PP4-Montelirio vinculada al asentamiento de Valencina de la Concepción (Mora Molina et al., 2013). El análisis conjunto de los hipogeos y *tholoi* nos permitirá adentrarnos en varias problemáticas de investigación en torno a estas sepulturas colectivas del III milenio ANE, ya que estas arquitecturas subterráneas y semisubterráneas presentan múltiples elementos comunes. El estudio arqueológico de esta necrópolis nos permitirá abordar varios temas de estudio:

- Caracterización de los hipogeos, provistos de atrios pavimentados con estelas, corredores cubiertos y cámaras circulares abovedadas.
- Sus procesos de transformación y conversión en hipogeos mixtos.
- Caracterización de un modelo de *tholos* normativo del suroeste peninsular, caracterizado por su pequeño tamaño (5 m longitudinales), cámara en torno a 2 m de diámetro con cubierta de falsa cúpula arrancando desde el trasdós de la pared de lajas de pizarra, corredor revestido y cubierto por lajas de pizarra, y atrio escalonado.
- Concepción del espacio de las dos arquitecturas.
- Funcionamiento del espacio sepulcral y prácticas funerarias.
- Cronología y diacronía de las tumbas.
- Procesos de reapropiación en la Edad del Bronce Antiguo, construyéndose tumbas individuales (covachas subterráneas, fosas y cistas) o realizándose fosas colectivas con depósitos estructurados de varios individuos.

2.2. HIPÓTESIS DE TRABAJO

2.2.1 HIPÓTESIS GENERALES: TEORÍA Y MÉTODO

El estudio de los monumentos megalíticos requiere el análisis de tres variables complementarias: la arquitectura, la construcción y los usos. En este sentido, se precisa una teoría y metodología que explore y verifique de forma sistemática los siguientes aspectos en los monumentos:

1. En cuanto a la arquitectura, es necesario constatar y confirmar que la edificación de los monumentos megalíticos está regida por un proyecto arquitectónico preconcebido y planificado, que plasma en la obra de construcción los planteamientos formales y las intencionalidades. En este sentido, creemos que desde la arqueología es factible identificar y caracterizar los proyectos arquitectónicos en sus diversas dimensiones: concepto, diseño, forma, estilo constructivo, espacialidad, intencionalidad, etc.
2. En relación con la construcción, consideramos que la edificación de los monumentos en piedra o de las arquitecturas subterráneas requiere una planificación, orden y secuencia de trabajos desarrollados en las obras. Desde la arqueología se precisa investigar los procesos de construcción y las cadenas operativas al objeto de dimensionar en términos de ejecución material los proyectos acometidos.
3. Respecto a los usos, la diversidad de prácticas sociales y funciones funerarias, rituales, simbólicas, conmemorativos, ceremoniales y culturales contenidas en torno a estos monumentos, demanda el estudio arqueológico contextual y espacial de cada sitio, a efectos de establecer los usos específicos conciliados en cada monumento.

La concepción del megalitismo como verdadera arquitectura, el análisis arqueológico de la construcción y la identificación/caracterización de los usos nos debe aproximar a la dimensión completa de cada monumento. Ello requiere una metodología de investigación específica, aplicada a los casos de estudio particulares, sustentada en gran parte en los parámetros de la arqueología de la arquitectura.

2.2.2 **HIPÓTESIS ESPECÍFICAS: SUR PENINSULAR**

A tenor de la problemática de estudio, el estado de conocimiento de los megalitismos del sur peninsular y de la documentación arqueológica del área de Huelva, planteamos una serie de hipótesis específicas de escala regional a contrastar en la tesis:

- La existencia de una primera arquitectura megalítica monumental funeraria representada por los dólmenes de cámara sencilla de diversas formas (ovaladas, trapezoidales, rectangulares, oblongas) y técnicas constructivas.
- La formación de los monumentos con construcciones alargadas (cámaras alargadas y galerías cubiertas) pudo acontecer a partir de la realización de proyectos arquitectónicos consecutivos que incidieron en la transformación de antiguos monumentos, generando el alargamiento de las estructuras internas y el agrandamiento de los túmulos. Estos monumentos se caracterizan por poseer una estructura ortostática interna longitudinal, con elementos que segmentan su espacio interior (jambas, pilares, losas y estelas), contenidas en túmulos de morfologías circulares, compuestos por piedra y tierra-arcilla. Es posible que estas formas arquitectónicas se originasen en las centurias centrales del IV milenio ANE, creándose variables morfológicas, elementos constructivos y nuevos monumentos a lo largo de la segunda mitad del IV milenio y durante la primera mitad del III milenio ANE, a partir de la consolidación de varios modelos primarios o prototipos.
- La proliferación en Andalucía occidental y central de varios modelos de monumentos megalíticos funerarios alargados (cámaras alargadas y galerías cubiertas), con desarrollos territoriales y cronológicos específicos en las diversas áreas geográficas donde se presentan, propiciando la existencia de “estilos arquitectónicos” o “especializaciones constructivas” regionales, como puede ser el área de Huelva.
- La presencia de necrópolis compuestas por hipogeos y sepulcros de falsa cúpula, con planteamientos comunes en cuanto a la concepción del espacio, técnicas constructivas y funcionamiento del espacio sepulcral, como parecen testimoniar las prácticas funerarias documentadas en estas sepulturas colectivas.
- El desarrollo recurrente de procesos de reapropiación de las arquitecturas megalíticas durante la Edad del Bronce Antiguo, concretados en diversas prácticas de reutilización o imitación de los patrones megalíticos, así como en el surgimiento de otras formas de monumentalidad y prácticas de uso de estos sitios, como se deduce de los recintos de terrazas de Los Llanetes y del monumentalismo funerario de El Seminario.

Estos modelos arquitectónicos habría que ponerlos en relación con la implantación y consolidación de grupos sociales con una ideología funeraria fuertemente enraizada en el culto a los ancestros, que precisaban de arquitecturas monumentales para el desarrollo de sus prácticas funerarias y rituales en el Neolítico Reciente, a lo largo del IV milenio ANE. Las transformaciones de los sistemas de organización social, los cambios en la esfera de la ideología y las evoluciones en los sistemas de creencias de cada grupo social demandarían la realización de nuevos proyectos y modelos arquitectónicos, que se formalizarían en los territorios con construcciones de marcada “tradición arquitectónica”, debiendo condicionar la continua reformulación de la casa de los muertos, la casa de los ancestros y los centros rituales colectivos.

2.2.3 HIPÓTESIS PARTICULARES: ÁREA DE HUELVA

El área de Huelva ofrece la oportunidad de contrastar el conjunto de hipótesis establecidas para el sur de la Península Ibérica. Para ello, se desarrolla una investigación exhaustiva del grupo de Los Llanetes del conjunto de El Pozuelo y de las necrópolis de El Seminario, además del examen de los diferentes megalitismos de la provincia, cobrando especial relevancia dos zonas: cuenca del río Tinto (Andévalo oriental, Tierra Llana) y el Estuario de los ríos Tinto-Odiel. El estudio sistemático de estos monumentos debe poner de manifiesto una serie de evidencias arqueológicas que puedan contribuir al conocimiento de las arquitecturas y al desarrollo de planteamientos de trabajos futuros. Así, en función de las premisas teóricas de partida, del análisis de los sitios y de la contrastación de los monumentos megalíticos en una escala regional establecemos una serie de hipótesis particulares a contrastar en el área de Huelva, que se centraran en la verificación de las secuencias diacrónicas y arquitectónicas de los megalitismos funerarios y rituales de la zona.

En relación con los monumentos tumulares dolménicos planteamos una serie de hipótesis básicas a verificar o contrastar:

- La identificación y caracterización de la primera arquitectura monumental funeraria, que debió acontecer en la primera mitad del IV milenio ANE. A tenor de la secuencia regional del sur peninsular es altamente probable que el primer modelo de monumento en piedra del área de Huelva se corresponda con el dolmen de cámara sencilla, al igual que en otras zonas, pudiendo presentarse con estructuras de formas trapezoidales, rectangulares, ovaladas u oblongas. El análisis de los monumentos de El Pozuelo, y en concreto en los dólmenes del grupo de Los Llanetes, permitirá verificar la posible existencia de construcciones que puedan corresponderse con la primera fase del megalitismo funerario en la zona y Andalucía occidental, acaecida en el Neolítico Reciente. En esta tesis se focalizará el estudio en los monumentos tumulares con cámaras ovaladas-alargadas.

- Los monumentos alargados (cámaras alargadas y galerías cubiertas) podrían constituir el grupo arquitectónico más extendido y predominante de los monumentos funerarios. Estas formas pudieron gestarse desde las centurias centrales del IV milenio ANE, de forma paralela a otras zonas de Andalucía, contando con un desarrollo territorial, formal y cronológico diferenciado a lo largo de la segunda mitad del IV milenio ANE. En el área de Huelva, el ámbito territorial más destacado sería la cuenca fluvial del río Tinto: comarcas del Andévalo oriental y Tierra Llana. Los monumentos alargados, además, podrían conformar un modelo arquitectónico generalizado y extensivo, desarrollado en todas las unidades territoriales del suroeste de Andalucía, prolongándose durante el III milenio ANE, en su estado formal primario o transformado, hasta su abandono, destrucción o reutilización a partir de la Edad del Bronce Antiguo. Estos dólmenes se caracterizarían, por tanto, por una gran diversidad de tamaños, empleándose materiales y técnicas particulares, dependiendo de la ejecución de proyectos arquitectónicos concretos y del grupo social que los construyesen y usasen.
- Los monumentos tumulares provistos de varias cámaras podrían surgir como consecuencia de la concatenación de reiterados proyectos arquitectónicos en los mismos monumentos a lo largo del Neolítico Final, fundamentalmente en la segunda mitad del IV milenio ANE. Por tanto, la forma de cada monumento sería particular, contando con una planta, composición estructural y organización espacial conforme a las diversas intencionalidades y planteamientos con los que se llevasen a cabo los proyectos y obras de construcción. La consecución de los múltiples proyectos en los mismos monumentos y la continuidad de las técnicas constructivas durante varias centurias pudieron ser los ingredientes básicos para la perduración de un “estilo arquitectónico” de fuerte raigambre y tradición técnica, que pudo iniciarse en la primera mitad del IV milenio ANE, con la construcción de los dólmenes de cámara sencilla. Por todo ello, a efectos de determinar los modelos de monumentos de cámaras múltiples del área de Huelva, sería preciso identificar las fases arquitectónicas, las unidades constructivas de las obras y los proyectos, que en nuestro caso desarrollamos en el análisis arqueológico del grupo de Los Llanetes.
- La necesaria consecución de proyectos de reformas y transformación de los monumentos de cámaras alargadas, galerías cubiertas y cámaras múltiples, dado el uso prolongado y diferido en el tiempo de estas arquitecturas. Las obras de reparo, remodelación o monumentalización hubieron de desarrollarse tanto en el Neolítico Final como en la Edad del Cobre, desde el último tercio del IV milenio ANE hasta mediados del III milenio ANE.
- La existencia de procesos de reapropiación del espacio arquitectónico ancestral en la Edad del Bronce Antiguo, a fines del III milenio ANE. La reapropiación de los antiguos monumentos por parte de grupos sociales en la transición del III al II milenio ANE con otros esquemas ideológicos pudo condicionar el desarrollo de diversas prácticas sociales:

a) la destrucción deliberada de estas arquitecturas (como se infiere de los dólmenes de Puerto de los Huertos y El Casullo), siendo una conducta intencional de condenación de los sitios; b) la creación de nuevas formas de monumentalidad, como parece apuntar la presencia de los recintos de terrazas de Los Llanetes y las prácticas funerarias de la necrópolis de El Seminario.

- La constante reapropiación y las prácticas de reutilización durante la Edad del Bronce y en diversas épocas históricas, que condicionarían la transformación material de los sitios.
- La existencia de unas estrategias de selección y tratamientos de materiales de construcción acordes a los proyectos arquitectónicos, empleándose las materias primas más óptimas presentes en el medio geológico del entorno. Así, para cada modelo de monumento megalítico hubieron de seleccionarse los materiales (rocas y arcillas) por sus propiedades físicas, tamaño, dureza, consistencia, resistencia, mecánica de fractura, etc. En el caso de los soportes (ortostatos y losas de cubierta) los materiales seleccionados para la erección de los monumentos del área de Huelva parecen concentrarse en las siguientes litologías: filita, grauvaca, riodacita, algunas rocas volcánicas básicas, pizarra, calcarenita, conglomerado y granito. En el área del Andévalo oriental parece acontecer varias pautas: a) un uso exclusivo de una materia prima para la ejecución de las fábricas ortostáticas, caso de la filita en el conjunto de El Pozuelo); b) un uso combinado de materias primas, caso de las riodacitas y pizarras en Los Gabrieles; c) una mayor heterogeneidad de los soportes, caso del dolmen de Soto, existiendo grauvacas, esquistos, calcarenitas, conglomerados, rocas volcánicas y granito. En las construcciones tumulares parecen emplearse dos materiales básicos: a) piedras (de litologías variables), de distintos tamaños y morfologías; b) arcilla, usada tanto como mortero de agarre como de relleno. Las áreas de aprovisionamiento y canteras se pueden localizar en los mismos emplazamientos o en el entorno próximo, como se evidencia en el área de Los Llanetes.
- La articulación y distribución espacial de los monumentos en compactos conjuntos de gran desarrollo territorial y fuerte presencia en el paisaje, con grupos y subgrupos internos, caso de los conjuntos dolménicos de El Pozuelo, Los Gabrieles, El Gallego-Hornueco, Soto, entre otros. En algunos casos, se pudieron emplazar mediante grupos binarios: Los Llanetes, Las Huecas o Rocalero, pudiendo ser un patrón territorial recurrente.
- Los monumentos de estos conjuntos deben presentar y compartir elementos comunes en cuanto a la composición y funciones arquitectónicas en las estructuras megalíticas internas (fábricas ortostáticas) y construcciones tumulares. No obstante, la organización de los elementos arquitectónicos, la disposición de las estructuras y sobre todo las técnicas constructivas podrían ser particulares en cada grupo. Por esto, creemos que en los conjuntos dolménicos pueden identificarse técnicas constructivas específicas de cada comunidad o zona geográfica. Su análisis arqueológico podría proporcionarnos elementos

definitorios de los diferentes estilos técnicos y de las variadas tradiciones constructivas de los monumentos megalíticos durante el IV y III milenios ANE.

- La existencia de continuos procesos de transformación en estos monumentos, condicionado el cambio de las estructuras y los espacios. La ejecución de sucesivos proyectos arquitectónicos en los mismos monumentos megalíticos supondría la creación y modificación de los variados modelos constructivos durante el IV y III milenios ANE. Es probable que las transformaciones en las arquitecturas, pudieran acontecer con los cambios de las prácticas sociales, usos funerarios y rituales llevados a cabo en los monumentos funerarios y rituales, materializándose o reflejándose en las arquitecturas determinados esquemas de la organización o determinadas prácticas sociales de las comunidades de los vivos.

Por otro lado, la excavación y el análisis de las necrópolis de hipogeos y *tholoi* de El Seminario nos permitirá contrastar una serie de hipótesis en relación con las arquitecturas subterráneas y con las construcciones dotadas de cámaras abovedadas, que se desarrollaron de manera paralela a lo largo del III milenio ANE. Pueden destacarse varios elementos de estudio a verificar:

- La proximidad conceptual, constructiva, espacial y cronológica entre las formas arquitectónicas de los hipogeos y los *tholoi* en el área de Huelva. Además, debe explorarse las formas en las que se combinaron las técnicas constructivas en las arquitecturas mixtas.
- La proliferación de estas sepulturas colectivas como principales monumentos funerarios en el área del Estuario de Huelva y en determinadas regiones del sur peninsular.
- La construcción de las arquitecturas subterráneas (hipogeos) deben regirse por la aplicación de principios constructivos regulares y uniformes, del mismo modo que los monumentos megalíticos funerarios, estando sometidos igualmente a procesos de transformación. Este planteamiento, requiere el estudio de los proyectos arquitectónicos en El Seminario, analizando detalladamente los procesos de construcción de los hipogeos y los procesos de formación de los hipogeos mixtos, en los que se emplean soluciones constructivas de las arquitecturas de falsa cúpula. Del mismo modo, a pesar de ser construcciones subterráneas, sería necesario plantearse la existencia en estas tumbas de elementos de cubrición y de estelas en las entradas, que propiciasen su señalización, perceptibilidad y monumentalización.
- Las arquitecturas de falsa cúpula debieron construirse conforme a la ejecución de proyectos arquitectónicos estandarizados muy planificados en el III milenio ANE. El modelo de *tholos* de pequeño tamaño, parcialmente excavado en el sustrato, con lajas de

revestimiento, es muy frecuente y común en el suroeste peninsular, siendo su diseño, tamaño y materiales muy regulares. Los elementos constructivos del espacio interno del *tholos* de El Seminario parecen evidenciar una alta pericia técnica, destacando el equilibrio de las proporciones métricas y la ejecución de la falsa cúpula, compuesta por una bóveda hemiesférica que arranca desde el trasdosado de paredes.

- Estas sepulturas debieron funcionar fundamentalmente como espacios sepulcrales colectivos de larga temporalidad, con depósitos funerarios estructurados en varios niveles o suelos en las cámaras. Su formación parece obedecer a la deposición gradual de individuos y sus ajuares, así como a la manipulación y organización periódica de los restos óseos y objetos mobiliarios, por lo que se evidencia una multiplicidad de prácticas y gestos funerarios. Ello requiere el análisis de las prácticas funerarias de las necrópolis de El Seminario.
- La evidente reapropiación de los espacios arquitectónicos de las sepulturas colectivas en la Edad del Bronce Antiguo. Probablemente esta práctica social responda a una determinada expresión de monumentalismo funerario de fines del III milenio e inicios del II milenio ANE, plasmada en la construcción y uso funerario de varias estructuras (covachas subterráneas, fosas y cista con cubrición tumular) erigidas en el interior de las pretéritas sepulturas colectivas.

BLOQUE II

OBJETO DE CONOCIMIENTO

CAPÍTULO 3

EL MEGALITISMO. **SU DEFINICIÓN COMO ARQUITECTURA** **MONUMENTAL EN EUROPA OCCIDENTAL**

El término megalitismo deriva de la unión de dos palabras griegas: “*mega*” (grande) y “*lithos*” (piedra). Por tanto, de manera genérica y tradicional con el término megalitismo se hace referencia a las construcciones formadas por grandes bloques de piedra, siendo una de las manifestaciones arquitectónicas más antiguas de la humanidad. No obstante, esta definición tradicional del término y sus áreas de distribución no está exenta de confusión, problemática y controversia (Boulestin, 2016).

Su distribución geográfica comprende una escala mundial. Los megalitos se presentan en diversas regiones de Europa, tanto en los países de la fachada atlántica (Francia, Portugal, España, Gran Bretaña, Irlanda, Suecia, Dinamarca, Alemania, Holanda, Bélgica), del centro (Suiza, Polonia), como en las regiones del Este y Cáucaso: Anatolia (Turquía), Armenia, Rusia, etc. También son comunes en las penínsulas e islas del Mediterráneo (Islas Baleares, sur de Italia, Sicilia, Cerdeña, Córcega, Malta, sur de Grecia y Creta), y áreas de Próximo Oriente (Siria, Líbano, Israel y Jordania). Del mismo modo, son muy notorias en regiones del norte y centro de África (Sahara, Argelia, Túnez, Senegal, Camerún, Ghana, Nigeria y Etiopía), en Madagascar, la Península Arábig, el Lejano Oriente (India, Indonesia, Malasia, China, Corea y Japón), Melanesia, Polinesia (Isla de Tahití e Isla de Pascua) y áreas específicas de América del Sur (Colombia, región amazónica de Brasil).

De este modo, el megalitismo se ha definido como un fenómeno de escala planetaria y universal, que cuenta con una gran diversidad de arquitecturas formalizadas a lo largo de la historia por distintas sociedades y en diferentes contextos culturales (Joussaume, 1985, 2003a; Mohen, 1989, 1999; Guilaine, 1998; Gallay, 2006). Su definición, cronología, distribución, formas arquitectónicas, funciones y tipos de sociedades constructoras de megalitos son múltiples y diversas. Su estudio y conocimiento es abordable desde varias aproximaciones y disciplinas científicas, entre las cuales las principales son la arqueología, la etnología, la arquitectura, la antropología física o la geología.

Sin embargo, pocos autores han enfocado el estudio del megalitismo en una escala mundial y desde aproximaciones de conocimiento integradoras. Dentro de ellos, pueden destacarse dos autores que escriben en francés: Joussaume y Gallay.

Joussaume llevó a cabo el primer análisis arqueológico del megalitismo como fenómeno arquitectónico a escala mundial, mostrando la existencia de construcciones megalíticas en distintas partes del mundo con un desarrollo cronológico diferenciado. En particular, define las arquitecturas de los dólmenes, concebidos como las cámaras funerarias integradas en monumentos funerarios más complejos, contruidos o no con grandes bloques de piedra, cuyas funciones están relacionadas con múltiples usos funerarios, prácticas rituales y cultos religiosos (Joussaume, 1985). Por otro lado, desde el profundo conocimiento de regiones con desarrollos de megalitismos recientes y actuales apela a la prudencia en la formulación de modelos teóricos

para las sociedades constructoras de megalitos de la Prehistoria europea a partir de la etnología. Sus estudios de los megalitismos recientes en las regiones de Indonesia (pueblos Sulawesi, Nias y Sumba), Madagascar (grupo Imerina) y Etiopía (grupos Konso, Arsi y Hadiya), le lleva a concluir que con el término megalito se hace referencia a distintas construcciones y realidades materiales, teniendo cada monumento megalítico un significado particular, con funciones rituales y funerarias variables a pesar de las similitudes formales, que dependen de cada grupo social. Por esto, plantea limitar el concepto de “monumento megalítico” a las cámaras funerarias construidas con piedras de gran tamaño y a las piedras erigidas labradas o sin labrar (*pierre dressées*), con independencia de la época de la que proceden (Joussaume, 2011).

Gallay (2006) investiga el megalitismo desde la etnografía y la arqueología, aportando nuevos puntos de vista, conceptos y enfoques para el conocimiento de las sociedades megalíticas, tanto para las constructoras de megalitos en tiempos recientes de África (Etiopía, Madagascar), Asia (área sudeste) y el Pacífico (Melanesia y Polinesia), como para las comunidades de la Prehistoria de Europa. En un trabajo de síntesis realiza una lectura social del fenómeno megalítico, abordando aspectos de las estructuras técnicas, económicas, políticas e ideológicas, interpretando estos monumentos en términos de relaciones de poder y de memoria a los muertos.

A través del estudio etnográfico de sociedades constructoras de megalitos en tiempos recientes (los Naga de la India, los grupos de la isla Nias y Batak de la isla de Sumatra, los Toradja de la isla de Sulawesi, grupos de linajes de la Isla de Pascua y Tahití, los Arsi y Konso de Etiopía), documenta la existencia de dos formas arquitectónicas: piedras erigidas y sepulturas asociadas a otras estructuras. Para Gallay, los monumentos megalíticos representan a la vez el poder de los hombres y la memoria de los muertos. Son la expresión material del refuerzo de la competición social y uno de los signos de desigualdad intragrupal más notorio en el seno de estos grupos, donde existe una fuerte estratificación, tanto en las sociedades de riquezas ostentatorias como en las semi-estatales organizadas en linajes, siguiendo los modelos de clasificación propuestos por el antropólogo Testart. Estas sociedades se caracterizan en el plano económico por carecer de propiedad privada y por la capacidad de acumular excedentes, generadora de la riqueza y de estrategias sociales empleadas para el refuerzo del poder de determinados individuos. Poseen artesanías especializadas, caso del trabajo del metal, de la piedra pulida, o de la arquitectura, destacando el empleo de una gran fuerza de trabajo para la construcción de los monumentos megalíticos. En el terreno político, las construcciones megalíticas participan en las estrategias de competición para adquisición, exhibición y mantenimiento del poder, a las que se asocian diversas formas de intercambio competitivo y circulación de bienes de prestigio; en especial, en las sociedades de jefaturas.

Para este autor, la posibilidad de extrapolar los modelos sociales etnográficos a las realidades arqueológicas de la Europa prehistórica es bastante compleja y difícil, aunque pueden ayudar a

una mejor comprensión del fenómeno megalítico. No obstante, en el estado de conocimiento a través de los datos arqueológicos no es posible correlacionar literalmente estas colosales arquitecturas y sus prácticas funerarias del V al III milenio ANE con los modelos etnológicos de las sociedades de riqueza ostentatoria o de las sociedades de linajes (Gallay, 2006), como ha defendido igualmente en un trabajo más reciente Christian Jeunesse (2016).

La primera arquitectura monumental en piedra surgió en la región de Anatolia (Turquía). En esta zona del Próximo Oriente se erigieron recintos arquitectónicos monumentales entre el X y IX milenio ANE, caso de Glöbeki Tepe, Nevalı Çori y Çayönü Tepesi, construidos y usados por comunidades mesolíticas, por tanto, carentes de una base de subsistencia fundamentada en la agricultura y ganadería. Destaca el sitio de Glöbeki Tepe, siendo un complejo ritual formado por diversos templos, santuarios o centros ceremoniales, construidos mediante paredes levantadas con muros de mampostería de piedras, grandes pilares en forma de “T” y estelas que presentan diversos grabados de animales salvajes y motivos geométricos (Schmidt, 2000, 2010; Dietrich et al., 2013). La documentación de estas arquitecturas ha suscitado el debate y ha reabierto la discusión sobre el concepto del megalitismo, las génesis de la monumentalidad en piedra y la vinculación e identificación de las primeras arquitecturas megalíticas con las sociedades neolíticas.

Al margen de este debate, el marco de referencia y contrastación de nuestro estudio se circunscribe al megalitismo de Europa occidental, en torno al que se ha propuesto un nutrido conjunto de lecturas e interpretaciones que han propiciado que su conceptualización se oriente e interprete desde distintos ángulos. Tradicionalmente, las arquitecturas megalíticas se habían explicado como la materialización de un movimiento religioso con rituales funerarios específicos (Childe, 1925, 1940, 1950). Sus formas y tipos arquitectónicos eran definitorios de las diversas culturas que las construyeron (Daniel, 1950, 1960, 1963; Leisner y Leisner, 1943, 1959, 1965). Otros, han destacado esta arquitectura por su función social, representando sus formas, ajuares de los individuos y estrategias de organización territoriales los distintos modelos de organización social de las comunidades prehistóricas (Renfrew, 1973; Chapman, 1981; Sherratt, 1990). Desde otras lecturas, se ha destacado el papel ideológico y simbólico (Hodder, 1988), entendiéndose que es una forma de pensamiento (Criado, 1993a, 1993b; Thomas, 1993). Para otros autores, destaca por su dimensión paisajística (Tilley, 1994) o como una forma de monumentalización (Bradley, 1998; Scarre, 2002a, 2002b; Laporte, 2011, 2015a; Müller, 2014). Otros, han destacado el valor de estas arquitecturas como sepulturas colectivas a partir del estudio antropológico de los gestos funerarios y de la demografía de los grupos sociales (Masset, 1993; Leclerc, 1999; Chambon, 2003; Chambon y Leclerc, 2008). Incluso, los monumentos megalíticos se conciben como lugares contenedores de la memoria, considerándolos como sitios cargados de una gran significación subjetiva individual y colectiva (García Sanjuán, 2005a) de una dilatada biografía (Holtorf, 1998; Bradley, 2002a; Díaz Guardamino et al., 2015).

3.1. MEGALITISMO Y NEOLITIZACIÓN

El megalitismo de Europa occidental se ha entendido y explicado tradicionalmente en relación con el proceso de neolitización. La emergencia de la arquitectura megalítica ha sido destacada como uno de los hechos más notorios del Neolítico, por cuanto supone la formación de la arquitectura monumental en piedra y el surgimiento de la monumentalidad funeraria (Whittle, 1996; Cauwe et al., 2007; Thomas, 2012: 55).

Sin embargo, en el estado actual de conocimiento no puede establecerse una correlación directa entre la adopción de una economía productora por parte de los grupos sociales del Neolítico y la erección de las arquitecturas megalíticas. Es decir, no puede argumentarse una relación lineal y una vinculación directa entre la evolución diacrónica e implantación en el territorio de las sociedades productoras y el surgimiento de los monumentos megalíticos, como parecen evidenciar las secuencias cronológicas de ambos fenómenos y los estudios comparados de la distribución de los asentamientos, los patrones de subsistencia y el desarrollo de las arquitecturas megalíticas (Whittle, 2012). Los dos fenómenos, neolitización y megalitismo, se caracterizan por tener desarrollos arrítmicos diferenciados, contando con procesos específicos en el tiempo y en el espacio con marcados contrastes regionales, existiendo una extraordinaria diversidad de “neolíticos” y de “megalitismos”.

El proceso de neolitización de Europa, desarrollado entre el 7000-4000 cal ANE (Whittle, 2012), lleva implícito la consecución de tres aspectos: la agricultura y la ganadería como de modo de vida productor, un hábitat sedentario con nuevas prácticas materiales de subsistencia y el incremento de la complejidad social (Whittle y Cummings, 2007). Según estos factores, la neolitización comporta la tendencia a una mayor continuidad de los asentamientos y estabilidad de las estructuras habitacionales (las casas), que cuentan ahora con una organización espacial en la que la esfera doméstica adquiere un mayor protagonismo, a un considerable crecimiento de la población y a un pronunciado aumento de la jerarquización social (Whittle 2012: 14).

Desde que Childe definiera en 1925 el concepto de “revolución neolítica” ha primado en las distintas corrientes de investigación una visión donde la principal característica de estas sociedades es su base de producción alimentaria, es decir, que su subsistencia está fundamentada en una economía de producción de base agrícola y ganadera. Esto supuso la aparición de un modo de vida aldeano sedentario, unas innovaciones tecnológicas (aparición de la cerámica, piedra pulimentada...), cambios en las estructuras sociales (complejización y jerarquización social), transformaciones culturales y la aparición de arquitecturas monumentales en piedra y tierra de diversas funcionalidades. Según el paradigma del *ex Oriente Lux*, el origen y consolidación de la agricultura se explicaba como un proceso de difusión desde el Próximo Oriente por todo el Mediterráneo, hasta llegar al Occidente de Europa, como consecuencia de

migraciones de poblaciones que portaban una nueva forma de subsistencia: la agricultura (Childe, 1925). Para el enfoque funcionalista, el desarrollo de la economía de producción en el Próximo Oriente se originó como consecuencia de las presiones demográficas y de la sedentarización, siendo una respuesta adaptativa de estas poblaciones ante la necesidad de obtener recursos alimentarios, con desarrollos locales autónomos e independientes (Renfrew, 1983).

Otros autores han aportado lecturas alternativas respecto al proceso de neolitización. Hodder (1992) considera el Neolítico como un avance ideológico, pues la domesticación lleva implícita una gran transformación que se caracteriza por el tránsito del ámbito salvaje (*agrios*=naturaleza), concepto representativo de los modos de vida de los grupos de cazadores recolectores, al ámbito doméstico (*domus* = cultura) que define a las sociedades productoras. Otra propuesta es la establecida por Cauvin (1994), que concibe la denominada revolución neolítica como una mutación mental, implicando un proceso de cambio cultural y cognitivo. La presencia generalizada de las figurillas femeninas, interpretadas como divinidades, desde el X milenio en el Próximo Oriente (Israel, Siria, Jordania, Palestina, Anatolia oriental y central), le lleva a plantear la existencia de una religión con un discurso socializado y estructurado en torno un nuevo sistema simbólico: la Diosa Madre, que asegura la unión espiritual necesaria para el mantenimiento de las sociedades, la organización de los linajes, la ancestralidad y el culto a los muertos. Incluso propone la existencia de esta “religión neolítica” como elemento previo a la generalización de la agricultura en el Próximo Oriente.

Por otro lado, hay que destacar que la oposición binaria y tradicional mantenida entre sociedades productoras y sociedades de cazadores-recolectores no permite explicar la multiplicidad de opciones y formas adoptadas por las comunidades prehistóricas durante el largo proceso de neolitización. Así, desde una “perspectiva integradora” se ha propuesto que en diversas áreas territoriales convivieron a la misma vez grupos de cazadores-recolectores con las primeras sociedades agrícolas, pudiendo existir relaciones e intercambios técnicos entre comunidades con diferentes organizaciones sociales, lo que supuso la adopción de nuevas prácticas socioeconómicas y la consolidación de los modos de vida neolíticos, además de la persistencia gestos funerarios mesolíticos en la arquitecturas megalíticas de la franja noroeste de la fachada atlántica (Cauwe, 2001; Cauwe et al., 2007).

En el estado actual de conocimiento de las investigaciones se defiende que el proceso de neolitización en Europa no implica una revolución rápida, gradual o unilineal. Todo lo contrario, como fenómeno de gran escala en el continente europeo se trata de un proceso de larga duración temporal, con formas particulares y desarrollos cronológicos específicos en determinadas áreas de Europa (Whittle y Cummings, 2007), siendo un proceso arrítmico en el tiempo y en el espacio (Guilaine, 2001), caracterizado en sus primeros momentos por la

existencia de una gran diversidad de culturas, difusiones rápidas y por la resistencia de algunos grupos mesolíticos a la adopción de los modos de vida productores (Guilaine, 2003, 2015a).

Las primeras comunidades agrícolas aparecen en el IX milenio ANE en el Próximo Oriente. En Europa occidental los grupos neolíticos se desarrollan en Europa occidental en distintos tipos de organizaciones sociales entre el 6800-2500 cal ANE (Fowler et al., 2015). La cronología de la primera neolitización podría articularse o explicarse en varias etapas o ciclos temporales con un desarrollo regional no lineal y arrítmico (Mazurié de Keroualin, 2007: 224-225; Rasse, 2008, 2015). Entre el 6800-6100 se tiene constancia de los primeros grupos neolíticos en Grecia, como consecuencia de un proceso de colonización que se consolida en el 6500. Entre el 6200-5900, parece acontecer una expansión demográfica hacia los Balcanes y cuenca del Danubio, existiendo grupos inmersos en redes de intercambio de productos lejanos y que desarrollan rituales y prácticas mortuorias locales (Whittle 2012: 21). En las áreas del Mediterráneo central y occidental, entre el 5900/5800, se presenta un mosaico polimórfico de diferentes grupos culturales neolíticos, formados como consecuencia de un proceso de colonización y de una expansión demográfica de escala local o regional, destacándose una sólida presencia entre el 5600-5300 hacia las zonas interiores, interactuando con los grupos mesolíticos. En Europa central, este proceso parece articularse entre el 5500-5300, asistiéndose a la consolidación de los modos de vida productores y técnicas agropecuarias en territorios ya estructurados regionalmente con anterioridad. Por su parte, la neolitización de las Islas Británicas se produce a fines del V milenio (Sheridan, 2010). Concretamente, según los resultados de las dataciones radiocarbónicas, las primeras comunidades productores aparecen a partir del 4100 cal ANE en el sureste de Inglaterra (Whittle, 2012: 21), como consecuencia de una colonización de pequeña escala desde el continente, extendiéndose en dos centurias por toda Gran Bretaña e Irlanda (Whittle et al., 2011). Así, en torno al 4000 cal ANE toda Europa occidental había adoptado la forma de vida neolítica.

Esta primera neolitización de Europa occidental debe entenderse dentro de esquemas explicativos donde debieron existir no sólo cambios graduales, sino cambios rápidos, variaciones temporales, desarrollos no lineales, con reversiones o colapsos, pudiendo existir episodios u eventos similares entre diversas áreas; cuestiones que, en definitiva, están condicionadas por el avance en el conocimiento de las secuencias cronológicas establecidas a partir de las dataciones radiocarbónicas (Whittle, 2012: 20). En este sentido, determinados estudios recientes basados en modelos matemáticos geoestadísticos en combinación con modelos bayesianos de las dataciones radiocarbónicas están poniendo de relieve que la neolitización de Europa no es un proceso monolítico, observándose grandes diferencias a escala suprarregional, regional y local (Whittle et al., 2011), manifestándose los potenciales factores asociados a la adopción del proceso de neolitización (cambios climáticos, condiciones ecológicas de las primeras sociedades agrícolas, expansión demográfica, etc.) de manera desigual y con diferentes ritmos temporales (Vander Linden, 2011).

Por todo ello, algunos autores proponen que más allá de establecerse generalizaciones sobre el proceso de neolitización a través de diversos modelos lineales que expliquen el desarrollo de las sociedades neolíticas, deben realizarse investigaciones interdisciplinares y análisis integrados con lecturas particulares y locales del registro arqueológico, a efectos de comprender los diferentes contextos sociales en una escala espacial y temporal más rigurosa del Neolítico en Europa. Para ello se precisa contar con cronologías fiables, fundamentados en las estadística bayesiana de las dataciones radiocarbónicas sobre especies de vida corta con tafonomía reconocida, en combinación con la documentación de los contextos arqueológicos materiales y estratigráficos, proporcionando datos sobre el diverso ritmo, duración y tiempo de los cambios (Whittle, 2012: 17-19; Whittle y Bickle, 2014). Todo ello, permitirá el conocimiento interrelacionado de los modos de vida, las relaciones sociales y las visiones del mundo de estas comunidades, que desarrollaron sistemas de cooperación en las estrategias de subsistencia agrícolas y ganaderas, y una diversidad de rituales concentrados en torno al culto a los ancestros (Whittle, 1996, 2012: 23), que se plasman fundamentalmente en las prácticas funerarias desarrolladas en los monumentos funerarios: túmulos y tumbas megalíticas.

Los primeros monumentos en Europa occidental, tanto arquitecturas megalíticas en piedra como otros tipos de monumentos, caso de los túmulos no-megalíticos, se consolidaron territorialmente desde mediados del V milenio ANE en áreas concretas del centro-norte y oeste de Europa, un milenio después que se produjese la primera neolitización en gran parte de Europa occidental continental.

El megalitismo de Europa occidental se define como un proceso en el que se desarrolla la primera arquitectura monumental en piedra. Cuenta con un amplio rango cronológico que abarca desde el VI al II milenio ANE, construyéndose arquitecturas por comunidades con estructuras y organizaciones sociales distintas, a las que se asocian unos usos funerarios, rituales y ceremoniales particulares de cada grupo o territorio. Los factores que motivaron la expansión territorial y las diferentes temporalidades de las arquitecturas megalíticas fueron variados, pudiendo destacarse la alta movilidad de los grupos sociales de los primeros agricultores, el incremento demográfico y la difusión de las ideas, valores y conceptos básicos que comporta la neolitización (Scarre, 2002a; Furholt y Müller, 2011; Müller, 2014; Laporte, 2015a).

De manera genérica, podrían destacarse una serie de ideas y valores derivados de la cosmovisión de las sociedades neolíticas que se integran de uno u otro modo en el planteamiento y ejecución formal de las arquitecturas megalíticas, que para Laporte (2015a) podrían enmarcarse dentro de una concepción de domesticación del espacio y del tiempo, implicado la erección de diferentes tipos de construcciones en las que se plasman diversas intencionalidades. De manera esquemática, podrían destacarse una serie de planteamientos comunes e interrelacionados que se concilian e integran en las arquitecturas:

- **La concepción de arquitecturas visibles y duraderas en el territorio: los monumentos en piedra.**

Las arquitecturas megalíticas sirvieron como elementos que remarcaban la domesticación de los espacios durante el proceso de neolitización (Hodder, 1992). Su emplazamiento puede relacionarse con las estrategias de apropiación de los territorios (Sherrat, 1990), siendo referentes útiles para la organización y demarcación espacial de las comunidades neolíticas.

Este planteamiento se traduce en la construcción de monumentos, siendo estructuras con materiales duraderos, piedra y tierra, cuyos objetivos básicos fueron la perdurabilidad en el tiempo, la visibilidad en el espacio y la creación de una memoria colectiva para el conjunto de los individuos que formaban los grupos sociales. Estas arquitecturas adoptaron diversas formas y técnicas constructivas tanto megalíticas (menhires, tumbas) como no megalíticas (túmulos, fosos), en las que pudieron plasmarse materialmente rasgos concretos de las identidades socioculturales de los diferentes grupos. Su erección obedeció a un trabajo colectivo, fomentándose a través del mismo los lazos de cooperación y cohesión social entre las comunidades (Furholt y Müller, 2011).

Por otro lado, en los monumentos megalíticos existió un planteamiento de domesticación del tiempo, construyéndose arquitecturas con unas formas y dispositivos intencionalmente dirigidos a su control, expresándose en éstas tres niveles temporales cíclicos: presente, pasado y futuro, encadenados e interrelacionados. Las arquitecturas megalíticas funerarias han sido interpretadas como lugares contenedores de la memoria, la casa de los muertos en donde se acumulaba una “memoria incorporada” (Bradley, 2002a: 12-13) y una “memoria social” (Furholt y Müller, 2011; Müller, 2014), formada a través de sus usos colectivos y reiteradas prácticas de deposiciones funerarias que aunaban a varias generaciones en un mismo espacio, agrupándose posiblemente en torno a un antepasado común, que puede ser una persona física o un ancestro anónimo.

Las arquitecturas formadas por piedras en vertical, fundamentalmente los círculos y recintos de menhires, parecen estar relacionadas con el control y observación del tiempo mediante elementos estructurales y dispositivos arquitectónicos contruidos de una manera y en una dirección para la observación de los ortos solares, fundamentalmente los que definen los cambios de estaciones naturales (equinoccios, solsticios) y determinados fenómenos astronómicos, en torno a los que se articulaban rituales colectivos (Bradley 1998, 2002b).

- **La concepción de arquitecturas formadas con piedras en vertical: menhires.**

En las arquitecturas de menhires se concilian tres ideas claves: desplazamiento, erección y colocación de grandes piedras en vertical (Laporte, 2015a). Determinados planteamientos conceptuales y constructivos pueden estar inspirados en la propia naturaleza, ya sea por

emulación, imitación o competencia con las formaciones rocosas de similares morfologías (Tilley 1994; Bradley, 1998, 2000a; Scarre, 2004, 2011a), o por las características geológicas de los afloramientos, que están relacionados directamente con la forma de explotación y disposición en las arquitecturas de menhires, caso de Carnac (Mens, 2008, 2013; Sellier, 2013). Ello también se observa en la elección de los soportes pétreos para ortostatos y cubiertas de las tumbas (Dehn y Hansen, 2006a; Mens, 2008; Scarre, 2009).

- **La concepción de arquitecturas donde residan los difuntos: las casas de los muertos.**

En las arquitecturas funerarias se reserva un espacio arquitectónico construido para los muertos: las cámaras funerarias o dólmenes (Joussaume, 2008; Laporte, 2012), dotados de paredes verticales y cubiertas planas o abovedadas. Estos espacios funerarios pueden presentarse bajo el suelo o contruidos en elevación, estando al mismo nivel que el mundo de los vivos. En estas cámaras funerarias se preservaban los restos óseos de los difuntos, definiéndose un espacio sepulcral “colectivo” en el que los vivos depositaban los individuos y sus pertenencias personales (ajuares), almacenaban, renovaban y manipulaban los restos óseos de determinados miembros de generaciones pasadas, que pudieron dar origen a la definición de los ancestros comunes de los grupos sociales (Thorpe, 1984).

La construcción de arquitecturas funerarias megalíticas desde mediados del V milenio ANE lleva aparejada una transformación en la concepción del espacio sepulcral, imponiéndose progresivamente las sepulturas colectivas en Europa occidental. Así, mientras en el Neolítico Antiguo son mayoritarias las tumbas individuales de diversas formas cubiertas bajo tierra (Jeunesse, 1997; Chambon y Leclerc, 2008), a partir del Neolítico Medio aparecen tumbas megalíticas provistas de cámaras funerarias accesibles desde el exterior, en las que se evidencian dos tendencias en la gestión de la muerte: enterramientos múltiples o colectivos, con posibles deposiciones reiteradas de individuos, y la manipulación continua de los restos óseos de los muertos, modificándose el contenido del espacio sepulcral por desplazamientos de los restos óseos durante la descomposición de los individuos, la selección de huesos (cráneos y huesos largos), la circulación de huesos hacia el interior y exterior de la tumba, estando los restos de los muertos en continuo movimiento (Cauwe, 1998; Bradley, 1998). Sin embargo, determinados autores plantean que esta concepción funeraria del megalitismo no supone una ruptura tangencial con todo lo anterior, sino más bien la perpetuación de una tradición funeraria que puede encontrar su herencia en el Mesolítico, como se ha documentado en varios sitios del noroeste de Europa desde el IX milenio ANE, caso de las necrópolis del área de la Francia atlántica (La Vergne, Tévéc, Hoëdic, etc.), con la pervivencia de gestos funerarios, tratamientos y manipulación de los restos óseos en las posteriores arquitecturas megalíticas (Cauwe, 2001). De este modo, para determinados autores la emergencia de monumentalidad neolítica y la ideología del culto a la muerte incorpora elementos de tradición mesolítica (Cauwe et al., 2007; Cassen et al., 2011; Chambon y Thomas, 2011).

La concepción formal, organización espacial y determinadas técnicas constructivas de las casas de los muertos puede encontrar los referentes en la esfera doméstica, en estructuras habitacionales o de almacenamiento (silos), fundamentalmente en las casas (Hodder, 1984; Laporte, 2012). Diversos autores han establecido comparaciones entre los túmulos alargados y las casas de los primeros agricultores del centro y norte de Europa (Migdaley, 1985; Sherrat, 1990), los monumentos circulares (Laporte y Marchand, 2004), que son mayoritarios en el sur de Europa, así como han observado las similitudes en la definición de los espacios internos y distribución de materiales entre determinados tipos de casas y monumentos megalíticos alargados con entrada axial (Davidson y Hensall, 1989) o lateral (Laporte y Tinévez, 2004). Además, del mismo modo que las estructuras domésticas cuentan con una organización espacial en los asentamientos las tumbas se distribuyen territorialmente en conjuntos, pudiendo agruparse en necrópolis compuestas de sepulturas colectivas.

- **La concepción de arquitecturas donde residan los antepasados: las casas de los ancestros.**

La definición del valor de los ancestros en las comunidades neolíticas es bastante compleja y controvertida, debido a las limitaciones de una adecuada comprensión a través de los restos materiales arqueológicos. Su interpretación se apoya, generalmente, en la analogía etnográfica, encontrándose elementos reconocibles y comparables. Así, el ancestro pudo residir en distintas esferas, ser concebido de manera diferenciada y tener significados múltiples en las sociedades neolíticas (Withley, 2002). Por un lado, pudo ser un progenitor común, es decir, un individuo en torno al que se reconoce una misma procedencia y descendencia genealógica (Bradley, 1998). Por otro, el ancestro pudo ser un producto mental, es decir un ancestro imaginario que reside en forma de espíritu en la casa de los ancestros (Lewis Williams y Pearce, 2010).

La construcción de arquitecturas perdurables destinadas a la última morada, la casa de los muertos, está también íntimamente relacionada con la concepción de la casa de los ancestros. La realización de rituales de tránsito, manipulación y mantenimiento de los restos óseos depositados en las sepulturas pudo llevar aparejado la transformación de determinados individuos conocidos en ancestros anónimos, en torno a los que las comunidades encontraron una pertenencia y procedencia común, pudiendo rendirle culto y veneración. Para algunos autores, estas prácticas de culto a los ancestros surge de manera paralela al proceso de neolitización, siendo necesarias para la cohesión y organización de los linajes de los grupos clánicos (Sherrat, 1990), la reivindicación de los territorios (Renfrew, 1973; Chapman, 1981) e incluso para la legitimación social y apropiación de los recursos por parte de ciertos grupos o individuos (Thorpe, 1984). Para otros, por el contrario, la ancestralidad es un elemento o recurso más dentro de la “religión neolítica”, que aparece de manera previa al modo de vida productor, que se fundamenta en un nuevo

sistema ideológico en que la Diosa Madre simboliza la unión espiritual que garantiza la cohesión social (Cauvin, 1994).

En todo caso, el culto a los ancestros y el reconocimiento de un pasado ancestral implica la existencia de un sistema de creencias de las comunidades neolíticas que se puede plasmar materialmente en las arquitecturas megalíticas, a través de formas constructivas, estructuras y símbolos concretos. En este sentido, determinadas transformaciones espaciales de las tumbas megalíticas se ponen en relación con las prácticas rituales asociadas al culto de los ancestros (Bradley, 1998). Del mismo modo, algunos investigadores plantean la existencia de arquitecturas en piedra destinadas a la casa de los ancestros (Parker Pearson, 2000), caso de Stonehenge (Parker Pearson y Ramilisonina, 1998). Otros autores, interpretan que los ancestros son representados mediante diversos soportes y estelas antropomorfas provistas de diversos motivos y grafías (grabados y pinturas) que se integran en las construcciones megalíticas, como se ha puesto de manifiesto en las diversas arquitecturas funerarias de la Península Ibérica (Bueno et al. 2007, 2014, 2015a).

- **La concepción de arquitecturas donde se concilian actividades colectivas: los centros rituales.**

Del mismo modo que para la construcción de las arquitecturas se requirió un esfuerzo comunal, sus usos estaban destinados a rituales colectivos y actividades grupales de diverso significado, tanto en las arquitecturas funerarias como en las formadas por las piedras erigidas en vertical, conformando paisajes ceremoniales de gran carga simbólica (Parker Pearson y Ramilisonina, 1998; Cooney, 2000; Scarre, 2007a). Desde la investigación de los restos materiales de las tumbas megalíticas se propone la existencia de complejos rituales funerarios, actividades de culto a los ancestros y ofrendas periódicas articuladas en los espacios externos. Del mismo modo, la concepción formal de los círculos de piedras evidencia que estas construcciones estaban destinadas a la acogida de un gran público en donde se llevarían a cabo determinadas prácticas culturales, observaciones astronómicas, festines, etc., siendo espacios de encuentro de alta significación territorial (Richards, 1996; Bradley, 1998; Parker Pearson y Ramilisonina, 1998; Cooney, 2000; Scarre, 2008).

La forma en la que cada grupo social resolvió y formalizó materialmente esos planteamientos y valores, puede explicar en parte la diversidad de tipos y modelos arquitectónicos, de tradiciones megalíticas y estilos arquitectónicos regionales, que se plasman de manera particular en cada monumento. En este sentido, partiendo siempre de la premisa de la existencia del enorme polimorfismo arquitectónico que caracteriza el megalitismo y de las múltiples técnicas constructivas, cada tipo de organización social podría haber desarrollado monumentos con sus propias características formales, esquemas de monumentalización y usos, que deben ser

diferentes en función de las respuestas a los valores asociados al proceso de neolitización, a las necesidades sociales y las identidades culturales de cada comunidad. De este modo, las diferentes sociedades o formaciones sociales podrían haber desarrollado monumentos con sus propias características arquitectónicas y formas monumentales (Furholt y Müller, 2011: 20).

La emergencia y creación de las arquitecturas megalíticas debe entenderse en relación con la formación y consolidación de las sociedades agrícolas, desde el Neolítico Medio al denominado Calcolítico, abarcando un gran marco temporal que comprende al menos desde mediados del V al III-II milenios ANE. En este proceso, la construcción de los monumentos megalíticos y no megalíticos (recintos de fosos, túmulos) jugaron un rol determinante para la definición de espacios sociales rituales, cuyas funciones estaban relacionadas con el enterramiento y culto a los muertos, veneración y culto a los ancestros, o como sitios de encuentro en el que desarrollar diversas prácticas sociales (funerarias, rituales o ceremoniales) necesarios para la producción y reproducción de las relaciones de las actividades sociales grupales, de los roles individuales y de las ideologías de las comunidades (Müller, 2014: 182).

Los primeros monumentos se presentan a mediados del V milenio en áreas concretas del centro-norte y oeste de Europa como consecuencia de un proceso de expansión y consolidación territorial de las comunidades agrarias en estos territorios, construyéndose las primeras arquitecturas funerarias monumentales en piedra, caso de los grandes túmulos alargados trapezoidales dotados de cámaras funerarias construidas en piedra seca en el oeste de Francia (Joussaume y Laporte, 2006; Laporte et al., 2011), junto a túmulos construidos con tierra y postes de madera o piedras en el centro y norte de Europa (Migdley, 1985, 2005, 2008). La construcción de estos primeros monumentos funerarios debió implicar el desarrollo de un gran esfuerzo comunal y una planificación central para estas sociedades.

Desde hace varias décadas, hay un consenso generalizado en asumir que los diversos grupos sociales de Europa occidental entre mediados del V milenio y hasta mediados del IV milenio se estructuraban en modelos de organización de sociedades de linajes, fundamentados en el posicionamiento de la familia y del clan por encima del individuo (Renfrew 1973, 1976). Estos modelos sociales se correlacionan con la aparición de nuevas arquitecturas funerarias, con la transformación de las prácticas mortuorias y con la generación de nuevos símbolos, imponiéndose progresivamente la tumba de corredor con cámara funeraria y los enterramientos colectivos, en los que también se presentan inhumaciones múltiples, e incluso para algunos autores podrían evidenciarse ciertos indicios de la presencia de “muertos de acompañamiento” (Gallay, 2006: 86-87). Para Europa central y del norte, los primeros monumentos funerarios se han interpretado en el seno de organizaciones sociales segmentarias. Para el área del oeste de Francia se plantea la presencia de organizaciones sociales estratificadas, existiendo grupos con una incipiente estructura de jerarquización social y especialización para la construcción de estos monumentos (Furholt y Müller, 2011: 25).

Desde inicios del IV milenio, en toda Europa occidental se consolidaron territorialmente los distintos modelos constructivos de las arquitecturas megalíticas funerarias en el seno de diferentes modelos de organización social. Así, por ejemplo, en las regiones de Europa del Norte y Escandinavia, durante el Neolítico Inicial y Medio (4100-3800/-3800-3500 cal ANE), se desarrollaron unos monumentos funerarios en el seno de organizaciones sociales estructuradas en pequeños grupos segmentados y en unidades sociales autónomas con estrategias territoriales de subsistencia de tradición mesolítica, sin poder atestiguar una organización social estratificada. Estos grupos construyeron “dólmenes” de tamaño reducido, con una elaboración técnica limitada, empleándose bloques de piedras sin tratamientos, que no demandaban excesivo esfuerzo en términos de mano de obra y carencia de especialización, pudiendo erigirse por pequeños equipos de trabajo, siendo numerosos y dispersos en el territorio. Estos monumentos fueron transformados frecuentemente por procesos de construcción posteriores, articulados sin un proyecto arquitectónico aparente que definiese una forma y una dimensión específica, pero que contaban con un valor destacado al ser concebidos como “lugares de transferencia de la memoria” (Furholt y Müller 2011: 28; Müller, 2014).

Desde mediados del IV milenio e inicios del III milenio ANE se asiste en múltiples regiones a un incremento, presencia y consolidación de determinadas formas arquitectónicas, documentándose una diversidad de arquitecturas y sistemas constructivos particulares en cada área: sepulturas colectivas (dólmenes de corredor, galerías e hipogeos...) organizadas en necrópolis, círculos de piedras y henges, etc. que se desarrollaron en el marco de sociedades inmersas en un proceso de jerarquización social creciente, denominado en ciertas regiones europeas como Calcolítico (Lichardus-Itten, 2007). En este periodo se siguieron construyendo y usando las arquitecturas pretéritas, sometiéndose en algunos casos a procesos de transformación como consecuencia de nuevos conceptos arquitectónicos e intencionalidades constructivas, y sobre todo se erigieron tumbas megalíticas, algunas de ellas con una escala monumental, en torno a las que se desarrollaron unas prácticas funerarias y rituales colectivos que han permitido establecer distintas propuestas interpretativas e inferencias acerca de las sociedades que las construyeron y usaron. No obstante, es complicado establecer un análisis regional en Europa que aborde la relación entre el proceso de jerarquización social y las arquitecturas megalíticas (Lichardus-Itten, 2007), y qué papel desempeñaron estos monumentos en relación con la fuerte intensificación económica global (Sherrat, 1997), derivada de la revolución de los productos secundarios (fundamentada en la expansión del arado para el cultivo, los productos lácteos y los tejidos), la metalurgia del cobre y la formación de sociedades con estructuras políticas y territoriales complejas: sociedades de jefaturas (Renfrew, 1973) o sociedades con estados prístinos o estados primitivos con sociedades de clases, como se ha propuesto para el sur de la Península Ibérica (Chapman, 2008, 2010).

A modo de ejemplo, destacamos las propuestas establecidas en torno a los grupos sociales constructores de monumentos megalíticos de Europa del Norte y Escandinavia del Neolítico

Final (3500-3000 cal ANE). En este ámbito territorial, el proceso de jerarquización social se interpreta en relación con un fuerte incremento demográfico acaecido en esta región como consecuencia de las mejoras técnicas agrícolas, fundamentalmente por la introducción del arado para el laboreo de los terrenos de cultivo (Furholt y Müller, 2011: 27). En este periodo se ha constatado que las diversas arquitecturas monumentales funerarias se basaron en la interpretación del modelo del dolmen de corredor o *passage grave*; dos formas que aun compartiendo esquemas constructivos similares se han diferenciado en la literatura anglosajona y de Europa del Norte, desvinculándose los *passage grave* de los dólmenes (Laporte et al., 2011: 291). Su construcción, al igual que los recintos de fosos, precisaron de una mayor pericia técnica y aportación de mano de obra que en la etapa anterior, debiendo generarse diversos “rituales cooperativos” para la articulación de los trabajos colectivos. Por el contrario, su uso y funcionalidad reflejan una dinámica de mayor estratificación social que en los momentos precedentes, pues en estas tumbas colectivas se documenta un mayor énfasis en el tratamiento y diferenciación de los individuos, reproduciéndose a nivel ideológico un enmascaramiento de las emergentes diferencias sociales mediante determinados “rituales colectivos” (Müller, 2011a: 283-284; Müller, 2014). Este proceso social se ha constado en diversas regiones del norte de Alemania y Dinamarca, en el seno del Grupo Norte de la Cultura TRK/TRB (Müller, 2011b), así como en la comarca de Falbygden, en Suecia, donde se presenta una alta concentración de dólmenes de corredor construidos por grupos con una marcada jerarquización social y complejidad política, en los que se llevaron a cabo prácticas funerarias que fomentaron la identidad social de determinados individuos a través de la legitimación ancestral en la esfera de la muerte (Sjögren, 2011a: 164).

Para las grandes necrópolis megalíticas en Irlanda (Brú na Bóinne, Loughcrew y Carrowkeel, etc.), edificadas en el tránsito del IV al III milenio ANE, se han realizado propuestas interpretativas similares. Se ha planteado que para la erección de estos monumentos se requería la presencia de sociedades que tuviesen la capacidad de movilización de una gran mano de obra y un compromiso comunitario, existiendo constructores especializados con grandes habilidades técnicas. Las tumbas formaron parte de los rituales y definieron los paisajes ceremoniales, siendo símbolos que actuarían como elementos de la cohesión social y de manifestación de la grandeza o autoridad de determinados grupos o individuos. En este contexto de dinámicas sociales emergentes en vías de una marcada jerarquización social, destaca el conjunto de Brú na Bóinne, donde se construyeron tumbas megalíticas con características arquitectónicas verdaderamente remarcables con un excepcional discurso gráfico y simbólico, plasmado en su “arte”, dentro de las cuales se presentan depósitos funerarios con objetos exóticos singulares (Eogan, 2006: 137).

En todo caso, de manera general, como consecuencia de este proceso de jerarquización social desde mediados del IV e inicios del III milenio ANE, parece constatar en el registro arqueológico una transformación en los modelos arquitectónicos y en las prácticas funerarias en

Europa occidental, imponiéndose la presencia de las tumbas colectivas, integradas o no en monumentos megalíticos, con una mayor dominancia de cámaras funerarias donde se reagruparon los muertos. Para algunos autores, esto supone una ruptura con los modelos de las sociedades neolíticas del oeste de Europa, como consecuencia de los cambios en las formas de organización social de las comunidades de linajes, en las que determinados grupos de linajes se imponen al resto de los miembros mediante la consecución de estrategias de exhibición del poder, que se plasmaron en la esfera de la muerte mediante dos pautas: el acceso restringido y elitista a estas “sepulturas colectivas”, reservada a determinados individuos, y la presencia de espacios sepulcrales colectivos transgeneracionales formados exclusivamente por linajes o castas dominantes (Gallay, 2006: 106).

3.2. ARQUITECTURAS: DIACRONÍA Y MODELOS REGIONALES

El megalitismo de Europa occidental cuenta con una gran diversidad de formas arquitectónicas, en especial los monumentos funerarios, que se distribuyen de manera desigual en el espacio y se desarrollan de manera diferenciada en el tiempo (Figura 3.1). De manera general, pueden destacarse tres aspectos básicos comunes a todas las áreas donde se presenta la primera arquitectura monumental en piedra: el complejo polimorfismo arquitectónico, las particularidades regionales y las arritmias temporales de los episodios de construcción y transformación de los modelos arquitectónicos. Los factores que motivaron la expansión territorial y las diferentes temporalidades de estas arquitecturas fueron variados, pudiendo subrayarse la alta movilidad de los grupos sociales de los primeros agricultores y la difusión de las ideas y conceptos básicos que comportan el proceso de neolitización y el megalitismo, concretándose materialmente en la erección de monumentos en piedra.

La arquitectura monumental en piedra se desarrolló desde inicios del V milenio hasta fines del III milenio ANE, e incluso en determinadas regiones hasta inicios del II milenio ANE, existiendo diferentes megalitismos en Europa occidental. Las diversas formas, técnicas constructivas y funciones se articularon en torno a tres esquemas arquitectónicos básicos:

- a) Piedras dispuestas verticalmente sobre el suelo (piedras erigidas), pudiendo estar colocadas solas (menhires o estelas) o formando grupos de piedras o menhires (alineamientos, recintos, círculos, etc.). En relación con estas construcciones debemos encuadrar los henges, que pueden presentar piedras integradas en su interior o exterior y suelen estar asociados territorialmente a diversos tipos de arquitecturas funerarias tumulares.

- b) Estructuras formadas por paramentos de bloques de piedra o muros de piedra cubiertos por grandes losas (arquitectura adintelada) y/o “bóvedas” construidas mediante aproximación de hiladas (arquitectura de falsa cúpula), contenidas dentro de un túmulo. El conjunto de estas construcciones es lo que tradicionalmente se ha definido como dolmen, un término polémico y confuso, que debe ser concebido como el conjunto de elementos estructurales y materiales que forman la cámara funeraria (Joussaume, 2008).
- c) Estructuras excavadas parcial o totalmente en el terreno: hipogeos o cuevas artificiales. Estas arquitecturas, por sus similitudes formales, concepción espacial como sepulturas colectivas y presencia de determinados elementos debieran englobarse dentro de la categoría de monumentos funerarios “megalíticos”.

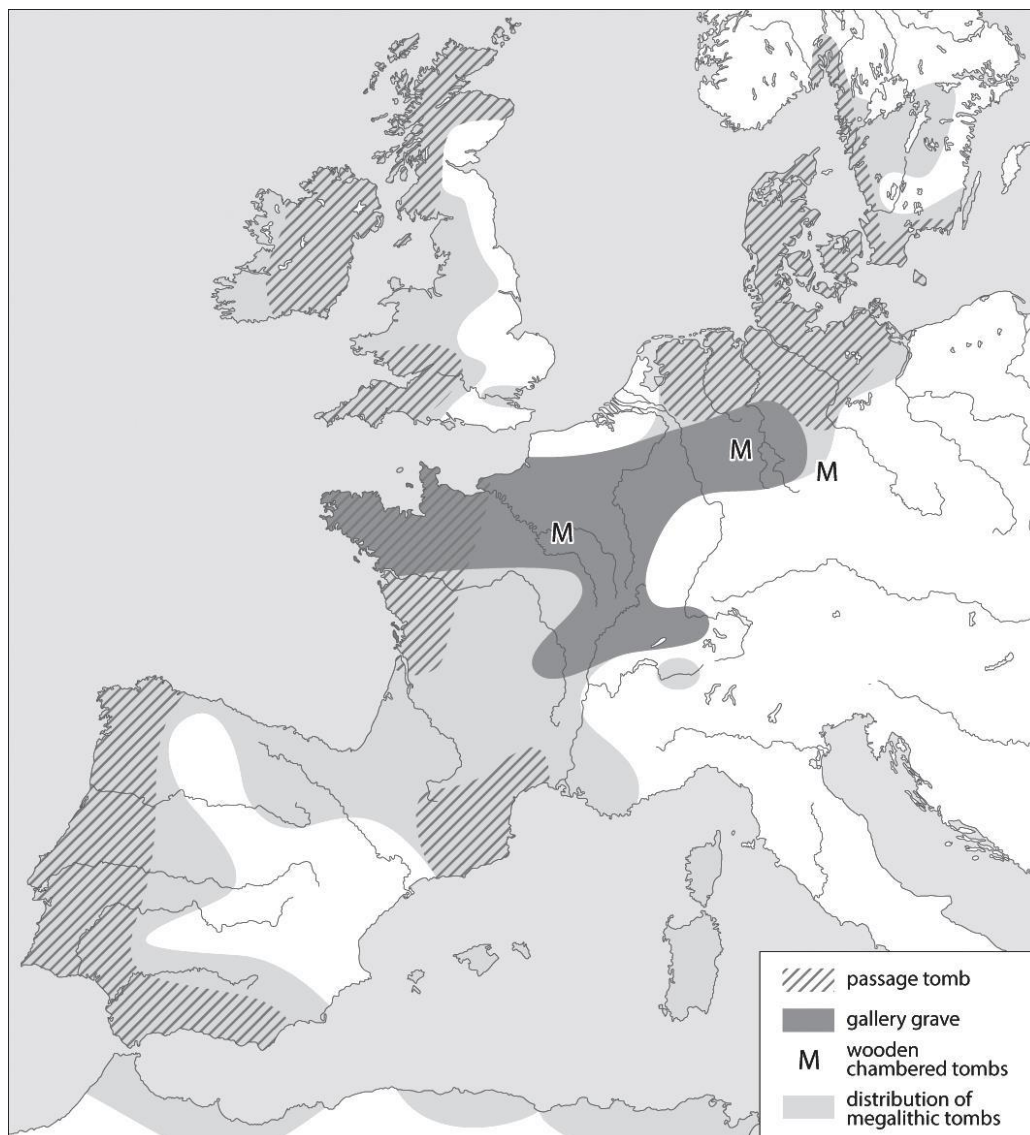


Figura 3.1. Monumentos funerarios de Europa occidental: áreas de distribución y formas principales (Müller, 2014, figura 9.1).

Tradicionalmente, se han distinguido tres categorías básicas de monumentos megalíticos: las arquitecturas de menhires (*menhir* o *pierre dressée* en la literatura francesa, *standing stone* en la anglosajona, *menir* en portugués, etc.) los túmulos (*long mounds*, *long tumulus*, *long barrows*, etc.), y los dólmenes, diferenciándose dentro de este último grupo los dólmenes de corredor (*dolmens à couloir*, *passage graves*) de las galerías (*allées couvertes*, *gallery graves*). La definición de estos grupos de arquitecturas megalíticas es una cuestión muy compleja, al existir una multiplicidad de formas y monumentos así como técnicas constructivas (Joussaume, 1985; Briard, 1995; Joussaume et al., 2006; Furholt et al., 2011; Cummings et al., 2015; Laporte y Scarre, 2016). Incluso hay determinadas construcciones que sin estar formadas por grandes bloques de piedra se han incluido dentro del repertorio de las edificaciones que definen el megalitismo, caso de las construcciones compuestas por materiales no pétreos que pueden incluir o no cámaras mortuorias, como son los monumentos tumulares de tierra (denominados *earth long barrows* en la literatura inglesa), determinadas estructuras de la arquitectura megaxílica o construcciones de madera, caso de las cámaras mortuorias construidas con madera, también interpretadas como “casas de los ancestros” (Cooney, 2000), o las arquitecturas excavadas en el terreno (hipogeos), etc.

El megalitismo en Europa occidental se presenta como un fenómeno de escala suprarregional, existiendo desarrollos convergentes de las distintas arquitecturas y formas de monumentalización desde los primeros momentos del Neolítico, dando origen a un polimorfismo arquitectónico con diferencias regionales contrastadas y desarrollos temporales específicos, creándose construcciones muy diversas en las que se plasmaron los componentes identitarios de los diferentes grupos sociales (Furholt y Müller, 2011; Müller, 2014; Laporte, 2015a). Por tanto, estas arquitecturas se caracterizan por un proceso regional diferenciado, con gran diversidad de monumentos contruidos en tierra (monumentos proto o no-megalíticos) y piedra (monumentos megalíticos), variedades formales, desarrollos cronológicos y patrones de distribución territorial, acordes con los modos de organización social de las distintas comunidades desde el V al III milenios ANE, siendo comprensibles a escala local, dado que las formas constructivas y sus funcionalidades responden a las necesidades de cada grupo social y a las intencionalidades con las que se construyeron, articulando en torno a ellas diversos planteamientos conceptuales, procedimientos técnicos y usos específicos.

En el estado actual de conocimiento, se puede sostener que el megalitismo se caracteriza como un fenómeno arrítmico, presentándose los diversos modelos arquitectónicos en ritmos y ciclos temporales particulares de cada área, con una implantación territorial que discurre en paralelo al proceso de neolitización, que de igual modo es arrítmico en el tiempo y en el espacio. No obstante, desde una concepción de escala de estudio suprarregional, siguiendo las propuestas de diversos autores (Müller, 2014; Laporte, 2015a), centrada en el análisis de los distintos tipos de monumentos, tanto de sus planteamientos conceptuales como formas constructivas, y de los desarrollos cronológicos de los periodos de construcción y uso conocidos por las dataciones

radiocarbónicas, puede plantearse la existencia de cuatro grandes fases de los megalitismos en Europa occidental.

Una primera fase, que comprende desde mediados del V milenio ANE, estaría en relación con la génesis de las primeras arquitecturas monumentales en piedra que aparecieron en el oeste de Francia, caracterizadas por la existencia de diversas formas constructivas simultáneas (túmulos, dólmenes, menhires...), destacándose en algunas de ellas su fuerte presencia en los paisajes, por sus dimensiones y escalas constructivas, que se desarrollaron en paralelo a otras formas monumentales: túmulos de tierra, presentes también en el norte de Francia y en Europa del Norte. Una segunda fase, desde principios del IV milenio, caracterizada por la aparición de las arquitecturas en otras áreas de Europa (norte de Europa e Islas Británicas), que generaron nuevos modelos arquitectónicos y construcciones funerarias con nuevos planteamientos de los espacios funerarios y sepulcrales, tendentes a una progresiva compartimentación de las estructuras internas. Una tercera fase, desde mediados del IV milenio hasta la transición de la Edad del Bronce Antiguo, asistiéndose a una transformación de los monumentos funerarios, ya sea por el surgimiento de otras arquitecturas, desarrollo de nuevas técnicas constructivas como por la articulación de continuados proyectos de monumentalización de los sitios, con una clara tendencia a la consolidación de los espacios sepulcrales colectivos. Una cuarta fase, que se desarrolla desde inicios o mediados del III milenio, según la regiones, y se prolonga del mismo modo hasta la primera mitad del II milenio, asistiéndose a reiterados procesos de transformación arquitectónicos y espaciales en las construcciones.

Fase 1 (4500/4000-3800 cal ANE)

Las primeras arquitecturas monumentales en piedra se desarrollaron a partir de mediados del V milenio cal ANE, existiendo diversos tipos de arquitecturas, que se caracterizan de manera general por el colosal tamaño de sus construcciones, la alta sofisticación técnica y por la fuerte presencia en los paisajes, siendo monumentos de amplia visibilidad territorial. Destacan dos áreas predominantemente: Europa central y oeste de Francia.

Sobresale el ámbito del oeste de Francia, por el desarrollo simultáneo desde el Neolítico Medio de diferentes tipos de arquitecturas megalíticas monumentales: túmulos no megalíticos o proto-megalíticos, dólmenes de corredor, túmulos alargados trapezoidales con múltiples cámaras en su interior, menhires y recintos de menhires (Joussaume y Laporte, 2006; Laporte et al., 2011). Las arquitecturas de menhires (alineamientos y estructuras circulares o hemicirculares) de gran tamaño y gran elaboración técnica se erigieron en la Bretaña francesa desde el segundo y tercer cuarto del V milenio cal ANE (Scarre, 2007b, 2011a). Los primeros monumentos megalíticos con cámaras funerarias construidos en túmulos bajo el suelo con grandes piedras se constatan desde mediados del V milenio cal ANE (Laporte y Le Roux, 2004; Laporte et al., 2011) y los primeros dólmenes de corredor, del mismo modo, desde el 4300-4200 cal ANE (Joussaume y Laporte, 2006), planteándose la existencia de una organización del trabajo para la construcción

de estos monumentos funerarios caracterizada por una división espacial segmentada y la presencia de mano de obra especializada, como se ha evidenciado en el túmulo C de Prissé-la-Charrière (Laporte, 2011: 211). Del mismo modo, se tiene constancia de la presencia de arquitecturas de menhires en la primera mitad del V milenio ANE, como se deduce de algunos sitios con dataciones radiocarbónicas, caso del menhir de Beltz en Morbihan, datado en el segundo cuarto del V milenio ANE (Hinguant y Boujot, 2010), o los alineamientos de Hoedic (Morbihan), fechado c. 4700-4300 cal ANE (Large y Mens, 2016: 191).

Las arquitecturas funerarias tienden a formalizarse en distintos tipos de construcciones, donde el mayor volumen construido suele estar destinado a los túmulos, siendo las cámaras espacios más reducidos en tamaño. Su concepción puede sustentarse en determinados parámetros espaciales y constructivos de la esfera doméstica, extrapolándose formalmente elementos de las casas neolíticas rectangulares alargadas y circulares aplicados a los distintos modelos de las “casas de los muertos” (Laporte y Marchand, 2004; Laporte y Tinévez, 2004). Para su construcción se emplearon materias primas diversas dispuestas mediante un conjunto de métodos y técnicas (fábricas ortostáticas, muros de piedra seca, cubiertas adinteladas, falsas cúpulas, etc.), que pudieron combinarse simultáneamente en los mismos monumentos. La concepción del espacio funerario es múltiple, existiendo estructuras aparentemente cerradas tras la deposición de los individuos y sus ajuares (cofres), y estructuras abiertas, con cámaras que cuentan con dispositivos de accesos. Los espacios sepulcrales estaban destinados a enterramientos individuales o a pocos individuos, funcionando posiblemente más como sepulturas con enterramientos múltiples que depósitos funerarios colectivos.

Al mismo tiempo se erigieron grandes túmulos funerarios alargados de tierra con estructuras funerarias internas (fosas, cámaras de madera o pequeñas construcciones de piedra), denominados tradicionalmente como *long barrows*, en diversas áreas del centro y noroeste de Europa continental, apareciendo los primeros monumentos en torno al 4800 y prolongándose su uso hasta el 3500 cal ANE. Algunos autores han denominado a estas arquitecturas como monumentos no megalíticos o proto-megalíticos (Müller et al., 2014). Existen tres áreas con características y patrones específicos de desarrollo regional: a) el norte y el oeste de Francia, destacando los monumentos tumulares tipo Cerny, los túmulos de Normandía y los túmulos armoricanos, con cronologías entre el 4800-4200 cal ANE para muchos de ellos; b) Escandinavia, norte y centro de Europa (4400-3700 cal ANE), a los que se vinculan los túmulos trapezoidales del ámbito sur de Europa central, con evoluciones diferenciadas, destacando los grandes túmulos alargados con tierra y madera de la Cultura TRB (Midgley 1985, 2005, 2008); c) Franja este de Inglaterra y Escocia, erigiéndose grandes túmulos alargados sin cámara (*long mounds unchambered*) con posterioridad, c. 3800-3500 cal ANE (Scarre, 2006, 2007a).

De este primer momento de emergencia de las primeras formas del megalitismo pueden considerarse un conjunto de arquitecturas funerarias presentes en la Península Ibérica:

construcciones tumulares, dólmenes de cámaras simples y los primeros dólmenes de corredor. Se desarrollan con unos parámetros arquitectónicos de menor escala monumental en los tamaños que en la franja oeste de Francia, norte y centro Europa, pero comparten rasgos comunes en la concepción de los espacios funerarios, caso de los túmulos circulares o elipsoidales sin estructuras megalíticas construidos entre el 4500/4300-3800 cal ANE en el norte de Portugal, Galicia y cornisa cantábrica (Fábregas y Vilaseco, 2003; Arias et al., 2005; Blas Cortina, 2006; Fábregas y Vilaseco, 2016) y la Meseta (Delibes, 2010; Bueno et al., 2010a, 2016a), las cistas megalíticas bajo túmulo, caso del grupo del tipo Taverdet del Pre y Pirineo Catalán (Molist y Clop, 2010), y los pequeños dólmenes con cámaras sencillas dispersos en diversas áreas de la Península, perdurando estas últimas formas en el sur peninsular durante el Neolítico Final y la Edad del Cobre. Además, según sugieren las dataciones radiocarbónicas del monumento funerario de Azután, los primeros dólmenes de corredor contenidos en túmulos circulares aparecen en la Meseta Sur a partir del 4300-4200 cal ANE (Bueno et al., 2005a, 2010a). Habría que reseñar del mismo modo la existencia de menhires y recintos de menhires del área del Alentejo portugués, que se han atribuido a cronologías del Neolítico Antiguo y Neolítico Medio (Calado, 2004).

Fase 2 (4000-3800/3500 cal ANE)

A partir de inicios del IV milenio, y sobre todo a partir del 3800 cal ANE, se observan dos procesos paralelos: las transformaciones en los tipos de construcciones funerarias y la aparición de arquitecturas megalíticas en otras áreas de Europa en relación con el avance del proceso de neolitización en otros territorios, caso de las Islas Británicas. Estas dos pautas cuentan con un desarrollo regional muy diferenciado, originándose nuevas formas arquitectónicas o reformulándose los modelos constructivos existentes con otros planteamientos de monumentalización, perceptibilidad en el paisaje, concepciones del espacio funerario y espacio sepulcral, etc., que se articulan de manera paralela en el espacio y en el tiempo.

Las arquitecturas experimentan en esta fase una transformación estructural que afecta a la concepción de los espacios arquitectónicos. En muchas áreas se generalizaron formas constructivas con un progresivo agrandamiento de las cámaras funerarias, con una segmentación espacial interna, en contraposición con una relativa reducción del tamaño de los túmulos en algunos modelos constructivos. Para Joussaume y Laporte (2006: 338) estas formas arquitectónicas pudieron surgir como un planteamiento conceptual alternativo a los esquemas de multiplicación constructiva de los túmulos provistos de varios dólmenes de corredor. Así, frente al agrandamiento de estos monumentos funerarios tumulares, estas construcciones evidencian una clara intencionalidad de la compartimentación del espacio arquitectónico interno, definiendo unos espacios funerarios y sepulcrales distintos (Laporte, 2011). Esta contraposición confiere un cambio del concepto de monumento, en su perceptibilidad en el paisaje, en la formalización del espacio funerario y en el uso de espacio sepulcral interno. Así, las arquitecturas tienden a una

mayor proporcionalidad en la escala constructiva y en el tamaño entre los túmulos y las cámaras funerarias.

Las cámaras funerarias, construidas con diversas técnicas, se caracterizan por una mayor complejidad estructural en las formas de las plantas y por presentar diversos elementos constructivos destinados a una compartimentación espacial interna, estando dotadas de corredores y múltiples dispositivos de apertura y cierre desde las fachadas externas. Esto puede ser entendido como un cambio en la concepción del espacio funerario, donde se prioriza la accesibilidad al interior de las tumbas y su conexión con el exterior, en los rituales mortuorios y en el uso sepulcral de los mismos, presentándose en el registro arqueológico contextos de deposiciones colectivas en episodios funerarios formados en periodos de tiempo relativamente cortos, que abarcarían a tres o cuatro generaciones, como se ha documentado en el caso de los túmulos del tipo Costwold-Severn (Whittle et al, 2007: 131).

En las regiones del norte de Europa se presenta una tendencia a la reducción de los tamaños de las construcciones tumulares y a la segmentación de las arquitecturas funerarias, como consecuencia de una disminución paulatina de la monumentalidad constructiva y de su presencia paisajística. Esto implicó el desuso progresivo de los túmulos alargados de tierra y la construcción de las primeras arquitecturas en piedra, los “dólmenes”, que se presentan en diversas formas y “estilos regionales” en el sur de Suecia, Dinamarca y Alemania entre el 3700-3500 cal ANE (Midgley, 2008; Furholt y Müller, 2011; Müller, 2014).

En el noroeste de Francia se continúan construyendo los dólmenes de corredor en sus distintas variantes. Sin embargo, se presentan modelos con otros planteamientos arquitectónicos. Así, frente a la multiplicación de los espacios funerarios en los grandes monumentos tumulares pretéritos se originan construcciones a partir del 3600 cal ANE que portan otra concepción del espacio funerario, priorizándose formas arquitectónicas con una marcada compartimentación espacial: dólmenes en transepto construidos en túmulos cuadrangulares, los dólmenes de corredor con compartimentación interna y los dólmenes de “tipo angevino” (Joussaume y Laporte, 2006: 338).

En la Península Ibérica, en la primera mitad del IV milenio cal ANE se continuaron usando formas arquitectónicas precedentes, caso de los dólmenes de cámaras simples, construcciones tumulares diversas, etc. No obstante, aparecen simultáneamente en diversos ámbitos geográficos durante las primeras centurias del IV milenio, a partir del 3800 cal ANE, otras formas arquitectónicas asociadas a usos funerarios colectivos de los espacios sepulcrales: dólmenes de corredor, dólmenes de cámara alargada, “tumbas calero” de la Submeseta Norte, entre otros. Predominan dos modelos arquitectónicos construidos con túmulos de tendencia circular: a) los dólmenes de corredor, con cámaras circulares, poligonales y rectangulares, dotados de cubiertas mixtas, formados por corredores con cubiertas de dinteles de piedra y cámaras con techumbres

planas o “abovedas”, en el caso de las cámaras circulares; b) los primeros dólmenes de cámaras alargadas, contruidos con paredes formadas por fábricas ortostáticas y techumbres planas o adinteladas. Los dólmenes de corredor se consolidaron en sus distintas variantes regionales en torno al 3800 cal ANE: dólmenes de corredor corto con cámaras poligonales en el noroeste (Cruz, 1995; Alonso y Bello Diéguez, 1997; Steelman et al., 2005; Carreras y Fábregas, 2006; Fábregas y Vilaseco, 2016); dólmenes de corredor corto de la Meseta Norte (Delibes, 2010), dólmenes de corredor desarrollados con grandes cámaras circulares en la Meseta Sur (Bueno et al., 2010a, 2016a), dólmenes de corredor corto y estrecho en el centro-sur de Portugal, con variantes morfológicas en las cámaras entre el 3700-3300 cal ANE (Boaventura, 2011; Boaventura y Mataloto, 2013). A tenor de las dataciones radiocarbónicas disponibles, en este momento podrían originarse los primeros modelos de monumentos de cámaras alargadas del sur peninsular contruidos mediante fábricas ortostáticas (García Sanjuán et al., 2011), caso de Menga, con una cronología de construcción c. 3800-3400 cal ANE (García Sanjuán y Lozano, 2016: 5), culminando con las “galerías cubiertas” a mediados del IV milenio ANE, formalizadas en una escala constructiva de tamaño a veces monumental, con alta sofisticación técnica y con presencia de unos programas decorativos (grabados y pinturas) muy complejos, integrándose las estelas antropomorfas como soportes pétreos de las paredes y techumbres de las construcciones, destacando los dólmenes de Soto y Alberite (Bueno et al., 2013a, 2014, 2015a).

Por otro lado, de forma paralela al proceso de neolitización de las Islas Británicas, se generan otros modelos de arquitecturas funerarias, con características formales y técnicas constructivas específicas, así como en las vías de monumentalización de las construcciones y sus paisajes. A partir inicios del IV milenio, sobre todo desde el 3800 cal ANE (Whittle et al., 2011), se ha evidenciado la construcción de manera simultánea de los *portal dolmens* en Gran Bretaña e Irlanda (Scarre, 2007a; Lynch, 2014), los *court tombs* en Irlanda (Schulting et al., 2012), los túmulos con cámaras del tipo Costwold-Severn (Bayliss y Whittle, 2007), los túmulos con cámaras del suroeste de Escocia y las tumbas del tipo Clyde (Cummings y Robinson, 2015), las tumbas de corredor del grupo Carrowmore de Irlanda (Bergh y Hensey, 2013), las pequeñas tumbas de corredor de Gales (Sheridan, 2010) y las tumbas de corredor del tipo Cromarty en las Islas Orcadas (Scarre, 2007a).

Fase 3 (3500-3000/2500 cal ANE)

En varias regiones de Europa se asiste desde mediados y sobre todo en el último tercio del IV milenio cal ANE a una transformación de los monumentos funerarios, surgiendo otras arquitecturas y técnicas constructivas, en torno a las que se articularon nuevas formas de monumentalización, definición de los espacios funerarios y evolución progresiva de los gestos y prácticas funerarias con un predominio de las deposiciones colectivas durante largos ciclos temporales, pudiendo perdurar el uso de las mismas hasta la Edad del Bronce Antiguo, en torno al 2200 cal ANE.

En este contexto, existe una serie de elementos que se producen de manera simultánea en varias áreas geográficas de Europa occidental. Al respecto, puede establecerse una serie de pautas comunes, que se evidencian más claramente en la Península Ibérica: 1) La aparición y consolidación de nuevos modelos arquitectónicos y técnicas constructivas, que adquieren características morfológicas y escalas “estandarizadas”, caso de las grandes antas de corredor del Alentejo, los hipogeos y los *tholoi* (Boaventura, 2011; García Sanjuán, 2011; Boaventura y Mataloto, 2013; Lozano Medina y Aranda Jiménez, 2017); 2) La gran escala y tamaño de determinadas construcciones funerarias articuladas en necrópolis o conjuntos monumentales; 3) El uso dominante de las arquitecturas funerarias (galerías cubiertas, hipogeos y *tholoi*) como sepulturas colectivas con gestos y prácticas funerarias recurrentes; 4) La formación de paisajes monumentales a través de la asociación espacial de varios tipos de arquitecturas; 5) Los continuos procesos de transformación arquitectónicos y espaciales durante el III milenio ANE. No obstante, la formalización de los nuevos modelos arquitectónicos y la constatación de las transformaciones enunciadas en los monumentos funerarios, como en los ciclos anteriores, se produjeron con ritmos temporales y procesos concretos en cada ámbito regional, existiendo múltiples combinaciones posibles, siendo particulares además para cada sitio por su historia constructiva.

En el norte de Europa, fundamentalmente en Holanda, Alemania, Dinamarca y Suecia, a partir de mediados del IV milenio aparecieron y se consolidaron nuevas formas en torno al modelo arquitectónico del dolmen de corredor (*passage grave*), erigidos fundamentalmente entre el 3300-3000 cal ANE con unos métodos constructivos muy sofisticados y especializados (Dehn y Hansen, 2006a; Migdley, 2008; Sjögren 2011a, 2011b; Dehn, 2016). En el oeste de Francia y en la cuenca parisina surgen diversas variantes y planteamientos constructivos en torno a los dólmenes de galería, ya sean estructuras elevadas (galerías cubiertas) como subterráneas (galerías sepulcrales colectivas), construidas entre el 3330-2500 cal ANE (Masset y Soulier, 1995), presentándose también en la franja oeste de Alemania entre el 3500-3000 cal ANE (Raetzl-Fabian, 2002; Schierhold, 2011). Del mismo modo, los hipogeos de la región del Marne, articulados en necrópolis, se usaron en el mismo arco temporal y contaron con una organización espacial interna similar a las galerías sepulcrales (Laporte et al. 2011: 322). En el sur de Francia, eclosionaron una cantidad y variedad de monumentos megalíticos y semi-megalíticos con un gran polimorfismo arquitectónico entre el 3500-2500 cal ANE (Sauzade, 2008; Guilaine 2011a).

En las islas Británicas, destaca el desarrollo de varios modelos de monumentos funerarios construidos entre el 3300-2900 cal ANE en torno al dolmen de corredor, organizados generalmente en necrópolis de marcada presencia paisajística, concentrados en tres áreas geográficas: a) centro y norte de Irlanda, con la existencia de necrópolis monumentales (Brú na Bóinne, Loughcrew, Carrowkeel, Fourknocks) con múltiples variantes formales y técnicas constructivas, con dispositivos en las fachadas y en los espacios internos vinculados al conjunto de prácticas funerarias rituales de los mismos (Eogan, 2006); b) Islas Orcadas, donde destacan

las tumbas de corredor del tipo de Maes Howe, asociadas espacialmente a los círculos de piedra contruidos contemporáneamente (Ritchie, 2006); c) noroeste de Gales, sobre todo en la región de Anglesey, con las tumbas de corredor de planta cruciforme o de cámara poligonal (Scarre, 2007a). Estas complejas y monumentales construcciones funerarias se asociaron espacialmente a otros monumentos coetáneos, sobre todo círculos de piedras y henges, configurando complejos paisajes rituales y ceremoniales (Cooney, 2000; Scarre, 2007a).

Entre el 3200-2200 cal ANE se construyeron un conjunto de arquitecturas en piedra (hengés y círculos), tierra (*cursus monuments*), y madera (*timber circles*) en Inglaterra, Gales, Escocia e incluso Irlanda, que pueden estar asociados espacialmente entre sí y a la tumbas megalíticas, formando paisajes monumentales en los que debieron articularse múltiples prácticas rituales y ceremoniales (Scarre, 2007a).

En la Península Ibérica, al igual que otras áreas, se constatan desde mediados del IV milenio grandes transformaciones en las arquitecturas funerarias, desarrollándose construcciones con mayor protagonismo del espacio funerario compartimentado espacialmente y un uso sepulcral predominantemente colectivo. En la mitad norte peninsular se consolidaron aspectos formales y constructivos de la primera mitad del milenio, construyéndose los grandes dólmenes de corredor largo y cámaras circulares en la Meseta Norte y Alto Ebro entre el 3300-3000 cal ANE (Delibes, 2010; Bueno et al., 2016a), apareciendo nuevas formas constructivas, caso de los dólmenes de galería cubierta de Cataluña en las últimas centurias del milenio (Tarrús, 2010). En la mitad sur peninsular, además, se generaron nuevas arquitecturas basadas en la modificación de aspectos formales y constructivos de determinadas arquitecturas funerarias (dólmenes de corredor y galerías cubiertas) y aparecen otras construcciones (*tholoi* e hipogeos) elaborados con nuevas técnicas constructivas, existiendo además sitios dotados de grandes y complejos monumentos funerarios, que en ocasiones pueden agruparse territorialmente en necrópolis y asociarse espacialmente a otros tipos de monumentos excavados en el terreno: los recintos de fosos, como es del complejo de Perdigões en el Alentejo portugués, provisto de elementos pétreos (estelas) en las puertas de acceso para su monumentalización, hipogeos y enterramientos en fosa con cremaciones en su interior, necrópolis de sepulcros de falsa cúpula, con dataciones que lo sitúan en un arco temporal que abarca desde fines del IV milenio a fines del III milenio, entre el 3330-2200 cal ANE (Valera et al., 2014a).

Desde mediados del IV milenio destaca la presencia en el centro-sur de Portugal y sur de España, sobre todo en Andalucía, de un conjunto de arquitecturas funerarias que convergen entre el 3300-3000 cal ANE, siendo el momento de mayor intensidad constructiva (Boaventura, 2011; García Sanjuán et al., 2011; Boaventura y Mataloto, 2013). Al respecto, pueden destacarse: los dólmenes de corredor con cámaras poligonales de siete ortostatos y corredores alargados de la región del Alentejo portugués (antas), contruidos en granito con un patrón muy regular; los dólmenes de galería de morfologías longitudinales alargadas o de planta trapezoidal

en V; las cuevas artificiales o hipogeos de diversa morfología, con predominio de las que poseen una compartimentación espacial marcada (atrio, corredor y cámara circular); los *tholoi* o sepulcros de falsa cúpula, que se consolidaron a fines del IV milenio e inicios del III milenio cal ANE, que se caracterizan por las cubiertas abovedadas de las cámaras circulares y por el empleo de varias fábricas en las paredes: ortostatos, lajas de revestimiento y mampostería trabada con mortero de arcilla.

Fase 4 (3000/2500-2200 cal ANE)

A lo largo del III milenio se experimentaron reiterados procesos de transformación constructivos y espaciales en las arquitecturas formadas por bloques de piedras verticales y fosos excavados en el terreno de las Islas Británicas: círculos de piedras y henges, sucediéndose diversos episodios y proyectos en los monumentos hasta la transición a la Edad del Bronce, en torno al 2200-2100 cal ANE, con sucesivos programas de monumentalización, como se ha documentado en los grandes sitios de Stonehenge (Chippindale, 2004; Darvill, 2006; Parker Pearson, 2013) o Avebury (Pollard y Reynolds, 2002; Gillings y Pollard, 2004; Gillings et al., 2008).

Del mismo modo, en las arquitecturas funerarias (dólmenes de corredor, dólmenes de galería, galerías sepulcrales, *tholoi*, hipogeos...) se observan similares procesos de transformación y de reestructuración arquitectónica. Esto debe ser interpretado en una doble dirección. Por un lado, en términos de prolongación en el uso funerario de estas estructuras y de modificación continua de los espacios sepulcrales, propiciando la disposición de estructuras externas asociadas a las prácticas rituales, la condenación de los monumentos y sus accesos, y la reutilización funeraria en episodios concretos. Por otro, como consecuencia de la continuidad en la ejecución de nuevos proyectos arquitectónicos de monumentalización durante el III milenio ANE, que se formalizan de dos maneras: a) mediante la construcción de nuevas arquitecturas megalíticas; b) a través de la reapropiación física de los sitios, llevándose a cabo la construcción y reconstrucción de monumentos con planteamientos y significados distintos, perdurando hasta la transición a la Edad del Bronce Antiguo e inicios del II milenio. Así, en diversas regiones de Europa occidental se constata la creación de nuevas construcciones funerarias en la segunda mitad del III milenio, denominadas *wedge tombs* de la mitad oeste de Irlanda erigidas entre el 2400-2100 cal ANE (Scarre, 2007a), los *cairns* de Balnuran Clava en el noreste de Escocia que se desarrollan entre el 2300-1750 cal ANE (Bradley, 2000b, 2002b), así como las “cistas megalíticas” de numerosas regiones de Europa occidental, que prolongan determinadas tradiciones constructivas y funerarias pretéritas durante la transición del III al II milenio.

3.3. INTERPRETACIONES

El megalitismo es un tema profusamente tratado en la investigación de la arqueología prehistórica de Europa. Su definición y conceptualización como primera arquitectura monumental en piedra ha ido cambiando conforme a los distintos enfoques, planteamientos, metodologías de investigación y técnicas analíticas aplicadas para su conocimiento. Cada posicionamiento teórico ha condicionado las interpretaciones establecidas y las metodologías de investigación de las arquitecturas megalíticas, tanto en las excavaciones arqueológicas como en las técnicas de documentación y análisis del registro material. No obstante, no existe un discurso lineal similar para toda Europa. El estado de conocimiento ha dependido de los contextos de debate y discusión de cada área, región o país, centrando sus objetivos de conocimiento en determinados elementos: orígenes, cronologías, tipos y formas, territorialidad, monumentalidad, prácticas funerarias, etc.

Cada aproximación ha desarrollado unas conceptualizaciones específicas para entender la forma y significado de estas arquitecturas, destacándose un conjunto de elementos definitorios para cada caso, formalizándose, de manera consciente o inconsciente, desde unos enfoques teóricos determinados y unos posicionamientos de partida que consecuentemente han generado unas metodologías de investigación y unas interpretaciones concretas. Consideramos, además, que muchos de los conceptos permanecen fosilizados en los discursos arqueológicos como una herencia, caso de las tipologías, a la que se van superponiendo nuevas categorías de análisis, explicaciones y propuestas.

Partiendo de estas premisas, creemos que es necesario realizar un análisis global de las distintas lecturas, aproximaciones y enfoques teóricos que se han realizado en torno al megalitismo de Europa occidental, en especial de los ámbitos de la fachada atlántica, al objeto de conocer las diversas propuestas interpretativas de las arquitecturas megalíticas y las metodologías de investigación desarrolladas.

3.3.1. LAS TIPOLOGÍAS Y LAS CLASIFICACIONES EVOLUTIVAS DE LAS CÁMARAS FUNERARIAS

Desde fines del siglo XIX se propuso que las diversas construcciones en piedra conocidas (túmulos, dólmenes, círculos...), respondían a una misma manifestación de arquitectura, caracterizada por el empleo de grandes bloques de piedra sin labrar. Su presencia se atribuyó a un pueblo o etnia que portaba esta arquitectura, difundiéndose progresivamente mediante las migraciones poblacionales. Desde esta perspectiva migracionista la similitud entre las distintas morfologías se explicó en clave de pertenencia a las mismas poblaciones. A principios del siglo XX, siguiéndose los parámetros teóricos del evolucionismo, se realizaron las primeras clasificaciones y tipologías arquitectónicas, distinguiéndose tres formas fundamentales: dólmenes, tumbas de corredor y tumbas de galería, en función de la distinción entre la cámara y corredor. Desde la arqueología histórico-cultural los debates principales se centraron en el estudio del origen de estas arquitecturas.

Para el conjunto de Europa occidental, desde la publicación de V.G. Childe en 1925, *The Dawn of European Civilization*, retomando los esquemas tipológico de Montelius, se fijan los dos tipos básicos de la arquitectura megalítica funeraria en Europa, distinguiéndose de manera genérica dos formas: dólmenes de corredor (*passage graves*) y dólmenes de galería (*gallery graves*). A éstas se asociaron, del mismo modo las tumbas excavadas en la roca (*rock-cuts tombs*), es decir, los hipogeos, formando parte del repertorio de las construcciones megalíticas (Childe 1940, 1950a). El origen de estas arquitecturas se posicionó en el Próximo Oriente. Su llegada a Europa se explicó como un proceso de difusión de un movimiento religioso que afectó a todas las costas del Mediterráneo, el Atlántico e incluso al Báltico, donde aparentemente se concentraban la mayoría de las tumbas megalíticas, desarrollándose el proceso de expansión por vía marítima como obra de los misioneros megalíticos. Este autor admite que estas arquitecturas fueron edificadas por diferentes culturas, teniendo en común los mismos rituales funerarios. Ello suponía la reiteración de los mismos detalles y características arquitectónicas, aunque con métodos de construcción particulares limitados por el medio geológico local y por los conocimientos técnicos de sus constructores, tal como sostuvo: “in such instances the method of construction must have been dictated exclusively by the traditional prejudice of the tomb’s builders” (Childe, 1950b: 208-209).

Para el caso de la Península Ibérica Childe (1925) rechazó el antiguo paradigma establecido por los hermanos Siret a fines del siglo XIX, según el cual los sepulcros de falsa cúpula de la Cultura de Los Millares, denominados como *tholoi* por comparación con las tumbas micénicas, obedecían a la llegada de colonos orientales venidos del este del Mediterráneo. Al contrario, propuso que las tumbas de falsa cúpula de Los Millares eran anteriores a los *tholoi* micénicos, pudiendo ser considerada esta área como uno de los focos más tempranos de desarrollo del megalitismo de Europa (Childe, 1925). A pesar de esto, el paradigma de los colonos

metalúrgicos perduró como elemento interpretativo en los discursos de la Prehistoria de la Península Ibérica hasta bien entrada la década de 1970, explicándose la presencia de las arquitecturas megalíticas como consecuencia de la llegada de los prospectores mineros en la búsqueda de los ricos filones de cobre. Con esto, el Calcolítico Ibérico se definió a partir de tres elementos básicos: poblados fortificados con bastiones, metalurgia del cobre y tumbas megalíticas con enterramientos colectivos (Almagro y Arribas, 1963). Por estos años, destaca el enorme *corpus* del megalitismo de la Península Ibérica realizado por el matrimonio alemán Leisner, donde se establecen los cuadros tipológicos básicos de las arquitecturas funerarias de la Península Ibérica, que en buena parte han permanecido hasta el presente (Leisner y Leisner, 1943, 1951a, 1956, 1959, 1965).

Daniel (1963) argumentó a partir de estudios comparativos de las tipologías arquitectónicas, las evoluciones cronológicas, los usos funerarios y los patrones de distribución entre diversas áreas de Europa que el megalitismo no era un fenómeno homogéneo para toda Europa, existiendo áreas con arquitecturas que se formalizaron por influencias externas a la vez que centros de orígenes independientes. Para el estudio de las tumbas megalíticas de Inglaterra, Gales y Francia realizó una clasificación de tres formas arquitectónicas básicas: dólmenes de corredor (*passage graves*), dólmenes de galería (*gallery graves*) y túmulos alargados (*long barrows*), destacando, además, que estas construcciones debieron implicar un gran esfuerzo de trabajo en los procesos de transporte de la materia prima, erección de las piedras y formación de los túmulos, para lo que debieron participar “arquitectos” y especialistas o artesanos del trabajo de la piedra (Daniel 1950, 1960). Con posterioridad, a raíz de las primeras evidencias de las dataciones radiocarbónicas, defendió que los megalitos de Europa no tenían un origen único, apareciendo de forma independiente en áreas como Dinamarca, Portugal, Malta, Bretaña francesa e Irlanda (Daniel, 1960: 212-213). En esta línea, Bosch Gimpera (1967) planteó la existencia de un desarrollo local de ciertos tipos de construcciones megalíticas en la Península Ibérica, caso de los dólmenes de corredor de Portugal.

Los estudios tipológicos evolutivos alcanzaron su máximo desarrollo en las décadas de 1960-1970. En cada región de Europa los especialistas desarrollaron sus cuadros de tipos a partir de las morfologías de las estructuras internas, consolidándose una tradición disciplinar de amplio recorrido e influencia para épocas posteriores. Puede destacarse, a modo de ejemplo, los estudios de L'Helgouach y Giot en la región de la Bretaña francesa, siendo trabajos de referencia para otras regiones de Europa, caso de la Península Ibérica. L'Helgouach (1965, 1973) propuso un esquema evolutivo de las arquitecturas megalíticas funerarias a partir del análisis de las características arquitectónicas de las estructuras internas: dólmenes de corredor con cámara simple, dólmenes de corredor con cámara y células laterales (dólmenes en transepto), dólmenes de tipo angevinos y galerías cubiertas (*allées couvertes*), dólmenes evolucionados y sepulturas de entrada lateral. La cronología de estas construcciones fue estimada a partir de la evolución tipológica de cada forma, variante y subvariante.

3.3.2. LOS PRIMEROS ESTUDIOS DE LAS FASES CONSTRUCTIVAS

El esquema de las tipologías de las arquitecturas fundamentadas en los esquemas evolutivos fue cuestionado por algunos arqueólogos desde fines de la década de 1960 en Islas Británicas y Francia, a la luz de la evidencia que mostraban las excavaciones de monumentos megalíticos con nuevos planteamientos metodológicos y la aplicación de técnicas analíticas científicas introducidas por la *New Archaeology*, fundamentalmente las dataciones radiocarbónicas. Así, la excavación en extensión de tumbas megalíticas (cámaras y túmulos) y la observación de las diversas fases constructivas y su comparación con los depósitos funerarios (enterramientos y objetos) llevó a un replanteamiento de la definición y clasificaciones tipológicas tradicionales.

En este contexto, destacan las excavaciones llevadas cabo en las Islas Británicas. Determinados arqueólogos plantearon en sus hipótesis de partida que el desarrollo arquitectónico de estas grandes tumbas respondía a la realización de periodos constructivos múltiples, siendo la morfología final del monumento el resultado de varias fases constructivas distintivas, como demostraron en las excavaciones de las tumbas megalíticas del grupo Costwold-Severn, definidas por grandes túmulos trapezoidales con fachadas planas o cóncavas presentes en el sureste de Inglaterra (Corcoran, 1969a, 1969b; Masters, 1983: 106). Los arqueólogos más destacados fueron Corcoran y Masters, que tomaron como referencia los planteamientos de trabajo desarrollados en el monumento de Wayland's Smithy, donde Atkinson (1965) distinguió dos fases constructivas.

Corcoran desarrolló excavaciones desde 1961 en Escocia en los túmulos de Tulach an-t-Sionnaich (Caithness), Tulloch of Assery A (Caithness), Mid Gleniron (Wigtownshire), mostrando que éstos y otros monumentos del Gales e Irlanda, como Achnacreebeag (Argyll), Dyffryn Ardudwy (Mereioneth), Wayland's Smithy (Berkshire), Annaghmare (Co. Armagh) y Barnes Lower (Co. Tyrone), se conformaron en varias fases constructivas, destacando los procesos de encapsulamiento de las cámaras contenidas en pequeños túmulos dentro de grandes túmulos alargados (Corcoran 1969a: 35; Corcoran, 1969b, 1972), argumentando que este proceso de agrandamiento y extensión de los túmulos podría obedecer tanto a una planificación constructiva como a un momento concreto, no debiendo existir en todos los casos un gran margen temporal entre las distintas fases constructivas (Corcoran, 1972: 35). En esta línea, argumenta que la forma final de algunas tumbas de cámara de Gran Bretaña e Irlanda son el resultado de una o más adiciones a una antigua estructura, evidenciándose la existencia de arquitecturas megalíticas con plantas muy variadas como consecuencia de periodos múltiples de construcción, lo que debe implicar tomar en consideración la historia constructiva de cada monumento megalítico para el estudio de las morfologías, orígenes y desarrollos regionales de las arquitecturas, al estar sometidas a continuas reformas, ampliaciones y ornamentaciones por distintos motivos (Corcoran, 1972: 31-40). Así, ante la evidencia que proporcionaban las

excavaciones de arquitecturas formalizadas en múltiples períodos de construcción, planteaba la necesidad de una metodología de investigación con técnicas de campo centradas en la identificación de las secuencias estructurales de las arquitecturas funerarias y una reconsideración de los monumentos tumulares excavados en el pasado, tal como escribió:

“with the evidence of multi-period construction presently available from excavation, it may be inquired whether or not a more thorough examination of structural features visible in unexcavated cairns may reveal possible indications of comparable data and so permit the presentation of additional hypothesis, to be tested eventually by excavation. To this may be added a reconsideration of certain chambered cairns excavated in the past” (Corcoran, 1972: 40).

Masters, continuó los trabajos de Corcoran en Camster Long, en Escocia, mostrando que este gran túmulo compuesto por dos cámaras poligonales, con accesos por la fachada rectilínea, tenían su propio túmulo interno que lo circundaba, estando contruidos de manera diferencial, caso del túmulo de la cámara norte, delimitado por un muro de piedra seca. Ello le lleva a plantear la existencia de diversas fases constructivas en este monumento con cámaras funerarias de diferentes formas arquitectónicas (Masters, 1978; Masters, 1983: 107).

En Irlanda, destacan las excavaciones arqueológicas desarrolladas en la necrópolis megalítica de Knowth (Eogan, 1984, 1986, 1998) y en el monumento de Newgrange (O’Kelly, 1982), ambas iniciadas en el año 1962 y prolongándose en varias campañas durante años. Las excavaciones arqueológicas sistemáticas de Eogan en Knowth en una superficie de 3,6 hectáreas pusieron de manifiesto la existencia de una compleja necrópolis formada por dieciocho monumentos funerarios, con una gran construcción central y dieciséis tumbas satélites, que se construyeron y usaron en diversas etapas, reutilizándose en épocas históricas que provocaron transformaciones sobre las arquitecturas (Eogan, 1984, 1986), identificándose estructuras habitacionales de un asentamiento neolítico anterior bajo las tumbas de corredor: casas subrectangulares con hoyos de poste y pavimentos, fosos con empalizadas, hogueras y áreas de talla (Eogan, 1986: 197-198). La excavación del túmulo del sitio I proporcionó el conocimiento de su morfología, dimensiones, características de los elementos estructurales, secuencia constructiva y materiales, definición del *kerb*, accesos a las tumbas y el estudio de las características arquitectónicas de las dos tumbas internas, dispuestas de manera opuesta a ambos lados en un eje este-oeste; la tumba este, de planta cruciforme, y la tumba oeste, en forma de corredor alargado. En estas investigaciones abordó cuestiones sobre la construcción de los corredores y cámaras, estudiando los sistemas de colocación de los ortostatos en la zanjas de cimentación, y la disposición de las losas de cubierta en los corredores y la composición y construcción de las falsas cúpulas de las cámaras, además de un amplio estudio de los programas decorativos grabados de los soportes pétreos y de los depósitos funerarios que formaban los espacios sepulcrales. Las tumbas circundantes, todas ellas muy deterioradas, son de distinta forma arquitectónica: cinco de planta cruciforme, diez de forma simple y dos totalmente destruidas, sin que sus formas hayan podido ser determinadas.

Eogan plantea que la larga secuencia cronológica de la necrópolis de Knowth, con dataciones de las tumbas entre el 3200-2200 cal ANE, puede obedecer a la existencia de un desarrollo de múltiples fases (Eogan 1984, 1986). Una de las evidencias de la existencia de multiperiodos constructivos en la necrópolis es la identificación de materiales reutilizados e integrados como ortostatos, losas de cubierta o piedras de las bóvedas que conforman las falsas cúpulas en las dos estructuras megalíticas internas del sitio de Knowth I, que procederían de determinadas tumbas de corredor más pequeñas del conjunto (Eogan, 1998).

En el complejo monumento funerario de Newgrange, O'Kelly realizó excavaciones arqueológicas en su túmulo, tumba interior y tramo externo de la estructura megalítica y parte del *kerb*, abordando cuestiones de su construcción: materiales, métodos de construcción y secuencia cronológica, concluyendo en la existencia de una sofisticada organización del trabajo, que era necesario conocer para abordar su conservación y restauración (O'Kelly, 1982).

En esta línea de discusión Piggot (1973) planteó un rechazo del esquema evolucionista, ya que consideró que no se podía aplicar al estudio de las tumbas megalíticas, por tratarse de una secuencia interpretativa y abarcar cuestiones más complejas. Consideró que los estudios no deberían ceñirse a la cámara funeraria, sino al monumento completo, pues las excavaciones arqueológicas de las tumbas estaban demostrando, por muy sencilla que fuera su tipología, que todas las arquitecturas tenían una larga y compleja historia de transformaciones y reconstrucciones. Por otro lado, destacó que la asociación entre la forma de la cámara funeraria, los tipos de enterramientos y los objetos muebles ("ajuares") era una cuestión muy complicada de clarificar en muchos casos. Planteamientos, que se recogen en el siguiente párrafo:

"Tomb typology in vacuo is today generally admitted to be the nugatory exercise, the more so as increasingly high standards of excavation, applied to the entire structure of the tomb and not only to the interior of its burial chambers, are showing that the comparisons between plans of unexcavated site may be dangerously misleading, and that apparently simple tombs may in fact be composite structures with a long and elaborate history of alteration and rebuilding. Furthermore, as we shall see, the correlation between structure, burials, and portable objects of material culture "grave-goods" are by no means easy to establish in many instances" (Piggot, 1973: 11).

Este modelo de trabajo y la hipótesis de que los monumentos megalíticos pudieron construirse en varias fases, contó con un fuerte desarrollo desde la década de 1970 en las Islas Británicas, perdurando estos enfoques y planteamientos hasta la actualidad. No obstante, el enfoque conceptual de los periodos constructivos múltiples de los monumentos megalíticos ha convivido con investigaciones arqueológicas que conciben las arquitecturas megalíticas dentro de una perspectiva evolucionista, con consideraciones formales de lo simple a más complejo, estimándose que las primeras arquitecturas megalíticas deben corresponderse con las pequeñas

estructuras (cistas o cámaras contenidas en túmulos circulares) y que los grandes monumentos (túmulos alargados trapezoidales) son siempre posteriores, construyéndose a partir del 3800 cal ANE (Scarre, 2007a). Esta visión está siendo cambiada a raíz de las secuencias de dataciones radiocarbónicas con modelos bayesianos, mostrando que no existe una evolución lineal arquitectónica, y donde la asociación entre formas arquitectónicas, fases de construcción y usos funerarios de estos monumentos evolucionan a un ritmo muy diferente en cada sitio, como se ha puesto de manifiesto en varios monumentos de gran complejidad estructural y espacial del área de Cotswold (sureste de Inglaterra): Ascott-Under-Wychwood, (Benson y Whittle, 2007), Hazleton, Fussell's Lodge, West Kennet, Wayland's Smithy (Bayliss y Whittle, 2007), Hazleton North (Saville, 2013).

Paralelamente, en la región de la Bretaña francesa comienzan a generalizarse excavaciones integrales de los túmulos, identificándose las diversas fases constructivas de los monumentos megalíticos. Las primeras excavaciones en este sentido las realizó Giot en los grandes túmulos de Barnenez, Carn y Guennoc. En Barnenez intervino desde 1955 a 1968, llegando confirmar que el monumento megalítico se formalizó en dos grandes fases constructivas, definiéndose como un gran túmulo trapezoidal que cuenta con once dólmenes de corredor en su interior (Giot, 1987). Con posterioridad, estos mismos planteamientos se confirmaron en varios monumentos megalíticos, documentándose las fases constructivas que componían cada uno, pudiendo destacarse los casos de Dissignac (L'Helgouach, 1979) o Petit Mont de Arzon (Lecornec, 1994). Por ello, L'Helgouach (1996), consideró esencial el estudio de los túmulos (definidos como estructuras externas que cuentan con una función monumental), ya que permiten comprender los modos de construcción y las fases de construcción y destrucción de los monumentos. Siguiendo los esquemas evolutivos de las arquitecturas megalíticas, planteó la existencia de numerosas transformaciones de los túmulos, siendo recurrente el agrandamiento de las masas tumulares por adosamientos, como se documentó en los sitios de Carn, Petit Mont de Arzon, Kerleven, Gaignoc III, etc., a los que denominó como túmulos evolutivos al poseer dos o más fases constructivas (L'Helgouach, 1996: 419).

La excavación sistemática de los túmulos y de los espacios externos se efectuó del mismo modo en la gran necrópolis de Bougon (Mohen y Scarre, 2002), Souc'h Plouhinec (Le Goffic, 2006), Er Grah (Le Roux, 2006), Table de Marchands (Cassen, 2009), entre otros, proporcionando las secuencias constructivas evolutivas de los monumentos funerarios, la identificación de las canteras y la localización de múltiples estructuras.

En la Península Ibérica la mayoría de las investigaciones sobre las arquitecturas megalíticas han seguido ancladas en los esquemas tipológicos tradicionales hasta finales de la década de 1980, no introduciéndose nuevos planteamientos de excavación, análisis espaciales y estudios de los contextos funerarios hasta bien entrada la década de los 1990.

3.3.3. INTERPRETACIONES SOCIALES DESDE LAS ARQUEOLOGÍAS FUNCIONALISTA Y NEOMARXISTA

Con el desarrollo de nuevos posicionamiento teóricos, métodos de excavación y de las técnicas de datación radiocarbónicas en el transcurso de la década de 1960 la interpretación difusionista se abandonó paulatinamente, proponiéndose otras lecturas e interpretaciones de las arquitecturas megalíticas. Así, la obtención de dataciones radiocarbónicas en varias tumbas en regiones de la Península Ibérica, Bretaña francesa e Islas Británicas, propiciaron que se desestime el paradigma de la colonización mediterránea como germen de la arquitectura megalítica, caso de la tumbas de falsa cúpula de la Península Ibérica (Renfrew, 1967), y se propusieran en cambio orígenes autónomos y desarrollos regionales múltiples del megalitismo del occidente Europeo (Renfrew, 1973, 1986). Así, desde entonces los estudios se focalizaron en otras direcciones y se desarrollaron otras propuestas interpretativas, centradas predominantemente en el estudio de las sociedades que construyeron estas arquitecturas megalíticas, entrando en la escena otros elementos para comprender la dimensión como fenómeno arquitectónico: la organización espacial, la estructura económica y la función territorial de estos monumentos en el contexto de las sociedades del Neolítico de Europa occidental.

Renfrew marcó una nueva tendencia de los estudios en el ámbito anglosajón desde inicios de la década de 1970, proponiendo una relación directa entre las formas de las arquitecturas megalíticas, su articulación territorial y los modelos de organización social a los que representan, según la aplicación de teorías antropológicas de las sociedades y el desarrollo de estudios espaciales. Parte de la premisa de que los monumentos megalíticos no consisten en simples construcciones sino en auténticas arquitecturas, como denotan su impresionante concepción, maestría en la ejecución y habilidad de su técnica constructiva, definiendo a sus constructores como los primeros arquitectos de la piedra de Europa. Propone el empleo del concepto de monumento megalítico, superando el término restrictivo de tumba, definiéndolo como un centro social permanente en el territorio donde se entierra a sus muertos y en los que se expresa la identidad de los grupos. Establece una interpretación en clave de teoría sobre la existencia de desarrollos autónomos y evoluciones locales de las arquitecturas megalíticas, existiendo divisiones regionales nítidas e independientes de las formas arquitectónicas. Según este esquema, cada sociedad respondería de manera distinta a los mismos principios constructivos: extracción, movimientos de piedras y colocación, sin bien con adaptaciones propias de cada sociedad, como es el caso de los tipos de rocas y materias primas del entorno territorial, lo que determinaría las formas y técnicas de construcción en cada región, condicionando el uso de bloques ortostáticos y/o el aparejo de mampostería de piedra en seco (Renfrew, 1986).

Considera que los megalitos funcionaban como delimitadores territoriales de las sociedades segmentarias clánicas neolíticas, evitando la competitividad por los recursos entre los grupos con patrones de ocupación dispersos, fomentando lazos de solidaridad grupal mediante un trabajo

cooperativo para la construcción de estos monumentos, que sirvieron para la estabilización y legitimación de los territorios agrícolas (Renfrew, 1976). A través del estudio espacial de las Islas de Rousay y Arrán (Escocia), concluyó que las tumbas servían de punto focal comunitario de cada grupo, definiendo y fijando su territorio agrícola a través de la sepultura de los ancestros, constituyéndose en un símbolo duradero de la ocupación continua de la tierra. Del mismo modo, a través del estudio de distribución espacial y tamaños de los túmulos neolíticos del territorio de Wessex propuso la lectura de dos organizaciones sociales diferenciadas, para lo que estimó un cálculo teórico de inversión de esfuerzo u horas de trabajo de cada monumento. La primera, correspondiente al Neolítico Inicial (4000-3000 ANE), sería la propia de una sociedad segmentaria clánica, constructora de grupos de túmulos funerarios alargados con cámaras funerarias, asociados a recintos de fosos con zanjas concéntricas (*enclosure* o *causewayed camp*). La segunda, del Neolítico Final (3000-2000 ANE), característica de las sociedades de jefaturas tribales, con una estructura sociopolítica jerarquizada que construyeron grandes henges (caso de Silbury Hill y Stonehenge), que son considerados centros rituales y lugares de peregrinación periódicos (Renfrew, 1973).

Chapman, llevó a cabo desde fines de la década de 1970 e inicios de 1980 destacados estudios sobre la distribución espacial y las prácticas mortuorias definitorias de las tumbas megalíticas, tomando como problemática de estudio la Cultura Millares que se desarrolló durante el Calcolítico en el sureste de la Península Ibérica, donde se presentan necrópolis asociadas a formaciones sociales complejas en proceso de jerarquización (Chapman 1979, 1983, 1991). Para este autor, las tumbas megalíticas aparecen en sociedades donde hay una rivalidad por la posesión de las tierras. Las tumbas son definidas como la casa de los muertos, siendo su uso familiar, cumpliendo dos funciones básicas: a) como contenedores de los restos óseos de los antepasados, siendo símbolos de los ancestros representativos de los linajes; b) como elementos de territorialidad, ya que mediante su implantación y exhibición los grupos sociales legitiman la posesión y uso de las tierras ancestrales (Chapman, 1981).

Sherrat argumentó que el megalitismo podía ser entendido como un proceso social que se desarrolló en el espacio. Por un lado, considera que en su génesis los monumentos megalíticos fueron hitos fundamentales para las formas de apropiación de la tierra y el desarrollo de las estrategias de territorialidad de las primeras sociedades agrícolas de Europa, siendo elementos centrales en la expansión de nuevos terrenos agrícolas donde habitaban las comunidades mesolíticas (Sherrat, 1990). Por otro, explica que el megalitismo en el noreste de Europa se desarrolló en dos fases, asociadas a procesos sociales específicos: a) Fase 1, con un megalitismo antiguo caracterizado por grandes túmulos (*longmounds*) construidos con madera y tierra asociados a las casas rectangulares alargadas (*longhouses*) de las sociedades neolíticas de Europa del este, norte y centro, que respondería a una forma de organización social que denomina “comunalista”; b) Fase 2, que se gestó en las áreas de expansión de los terrenos agrícolas, donde se originó un modelo de monumentalidad de túmulos funerarios alargados de

piedra y tierra que se correspondería con formas sociales de “conversión”. En función de este proceso, interpreta que las primeras arquitecturas en las génesis del megalitismo fueron la expresión de una colectividad social, donde primaban los lazos de cooperación y comunismo, sirviendo para el mantenimiento de los principios de orden y cohesión social intergrupal (Sherratt, 1995).

Otras lecturas sociales alternativas desde la década de 1980 han propuesto interpretaciones de los monumentos megalíticos como la expresión material de las desigualdades sociales, tomando conceptos teóricos del enfoque marxista de la Historia. Desde este posicionamiento epistemológico se ha destacado la contradicción entre la grandiosidad de algunas arquitecturas monumentales construidas en piedra, que exigía un alto esfuerzo de trabajo colectivo para su ejecución, y el reducido número de miembros depositados en su interior, como se evidencia en muchos casos. Este hecho, ha llevado a algunos autores a plantear que los monumentos megalíticos cumplieron con una función específica: la reproducción ideológica de las diferencias sociales a través de los rituales de la muerte. Por tanto, los monumentos funerarios se conciben como la expresión del ejercicio del poder, construidos para el control social en las comunidades prehistóricas, regulando la competitividad y la rivalidad entre grupos de parentesco clánicos (Bloch, 1981). Para otros, los monumentos sustentarían una ideología funeraria expresada en el ritual colectivo que enmascaraba y naturalizaba realmente las diferencias sociales, dado que debieron ser gestionados a través de individuos que ostentaban un mayor *status social* (Shanks y Tilley, 1982). Desde este enfoque, el rol de la ideología en la construcción de las tumbas megalíticas de la Europa neolítica es determinante, pues las normas ideológicas y culturales cumplieron la función material de la reproducción social. Así, los monumentos megalíticos representan una manifestación ritualizada de la producción organizada a través de la estructura comunal de linaje, en la que los líderes clánicos a través de los festejos rituales y el culto de los antepasados llegaron a apropiarse de los excedentes (Kristiansen, 1984).

Tilley (1984) en su estudio de los megalitos del Neolítico Medio de Suecia determina que estas construcciones se relacionan con el ejercicio del poder en el ámbito de pequeños grupos sociales, en los que determinados individuos manejaban los rituales realizados en los megalitos a efectos de enmascarar la naturaleza arbitraria de su control y legitimar las desigualdades sociales. Así, la mezcla de los individuos en los enterramientos colectivos manifestaba la globalidad orgánica de la sociedad y ocultaba las desigualdades en las esferas del poder y del *status social*. Con esto, las tumbas y los rituales funerarios llevados a cabo en ellas legitimaban un orden establecido, reproduciéndose de manera normal o natural. En este proceso, existen dos variables: 1) la existencia de relaciones sociales disimétricas dentro de los grupos, es decir, desigualdades entre los individuos; 2) el ritual y la ideología funeraria, que enmascaraban y reproducían las contradicciones sociales subyacentes. Con posterioridad, este mismo autor, desde una óptica postprocesualista, considera que las tumbas megalíticas del área de Escandinavia (Dinamarca y Suecia) pueden ser entendidas genéricamente como sitios

“contenedores de poder”, actuando como agentes que favorecían la reproducción social de las diferentes comunidades constructoras de megalitos, siendo elementos materiales y simbólicos esenciales para la formación de la identidad y memoria de los diferentes grupos. En este sentido, el tamaño y forma de las construcciones podría representar la autoestima y el prestigio de cada grupo social, lo que implicaría una manipulación y transformación del espacio arquitectónico de las tumbas a través del tiempo (Tilley, 1996a: 158-159).

En momentos más recientes, un grupo de investigadores alemanes de la Universidad de Kiel sostienen que los monumentos megalíticos y otros tipos de monumentos (recintos de fosos y túmulos no megalíticos) son un producto social necesario para la producción y reproducción de las relaciones sociales de las comunidades neolíticas (Furholt y Müller, 2011: 29). Así, por un lado, su construcción es entendida como una actividad social que fomentaba las identidades grupales. Por otro, su funcionalidad estaba destinada a la creación de espacios colectivos o sitios de encuentro para rendir culto a los ancestros, donde se reproducían socialmente las actividades grupales y los roles de los individuos, además de introducirse nuevas ideas (Müller 2014: 182).

3.3.4. LECTURAS DESDE LA ARQUEOLOGÍA POSTPROCESUAL

Desde mediados de la década de 1980, y sobre todo durante la década de 1990, se desarrolla fundamentalmente en el ámbito anglosajón un conjunto de temas que interpretan los monumentos megalíticos desde otras ópticas al amparo de los postulados teóricos de la arqueología postprocesual, teniendo una gran influencia en la definición de nuevas problemáticas de estudio e interpretaciones alternativas de otros ámbitos geográficos de Europa occidental. Buena parte de los trabajos se centran en la investigación de tres aspectos particulares de las arquitecturas monumentales: el valor simbólico de las construcciones, su concepción como elementos materiales formadores de los espacios sociales: los paisajes, y su rol como sitios contenedores de la memoria de los grupos sociales que construyeron y usaron estos monumentos.

Estos arqueólogos comparten en común la consideración de que el megalitismo es definido como una forma de pensamiento que se desarrolla en paralelo al proceso de neolitización. Representa una nueva cosmovisión, corriendo a la par que los inicios de la agricultura y la construcción de megalitos, ya que ambos procesos son resultado de la misma manera de pensamiento sobre el mundo, siendo concebida la domesticación como un estado mental, en los términos que describió Bradley (1998: 67): “megalith building runs in parallel with the beginnings of agriculture because both processes result from the same way of thinking about the world. Like civilization, domestication was really a state of mind”.

Hodder fue uno de sus precursores, postulando que la arqueología debe centrarse en el análisis el contexto cultural concreto de su sociedad a efectos de conocer los comportamientos humanos del pasado. Así, comenta que “el modo en que los megalitos estaban implicados activamente en las estrategias sociales de la Europa occidental dependía de un contexto histórico existente. La existencia de las tumbas sólo se puede examinar adecuadamente determinado sus significados cargados de valor en la sociedad europea” (Hodder, 1988: 53).

La mayoría de los planteamientos de la arqueología postprocesual se centran en la identificación y definición de los elementos que caracterizan la dimensión ideológica de las arquitecturas megalíticas. Desde este posicionamiento, por tanto, el megalitismo es entendido como una forma de pensamiento que surge como producto de una reflexión conceptual de los individuos en relación con el proceso de domesticación de la naturaleza que comporta implícitamente la neolitización (Hodder, 1992). En este sentido, para las primeras sociedades agrarias los monumentos megalíticos juegan un rol ideológico fundamental, pues con su construcción se configura un orden espacial y mental materializado en los paisajes, que se definen como un espacio social (Criado, 1989, 1993a, 1993b; Thomas, 1993). En esos paisajes y en estas arquitecturas se contiene la memoria genealógica de las sociedades, que se ha formado por dos procesos: a) mediante una narrativa temporal creada generación tras generación que expresa y reproduce una forma de pensamiento inteligible (Tilley, 1994); b) mediante un discurso ideológico fundamentado en el culto y veneración a los ancestros, necesarios para la reproducción del orden social y la legitimación de los poderes sociopolíticos (Hingley, 1996; Bradley, 1998; Parker Pearson y Ramisolina, 1998). Con esto, desde la óptica de la arqueología postprocesualista las arquitecturas del Neolítico se plantean en relación con los elementos del paisaje (afloramientos rocosos, valles de las riveras y montañas), siendo los monumentos megalíticos determinantes para la configuración de la socialización del paisaje en el que se insertan las construcciones. Desde los parámetros del enfoque fenomenológico, la formación de los paisaje se rigen por dos claves conceptuales: la simbología y la experiencia sensorial y cognitiva de los individuos (Tilley, 1994, 2007). En esta línea, numerosas investigaciones han estado encaminadas a la identificación de elementos de la percepción y de la experiencia subjetiva que se presentan en las arquitecturas y en determinados elementos de los paisajes megalíticos. Para Tilley (1994: 17), la arquitectura es la creación deliberada de un espacio tangible, visible y sensible, que delimita ámbitos internos y externos. Estos espacios arquitectónicos, tienen un papel fundamental en la creación y recreación, producción y reproducción del espacio existencial y para la reestructuración del espacio perceptual, tal como sostuvo:

“Architectural space only makes sense in relation to pragmatic, perceptual and existential space, but involves a deliberate attempt to create a bound space, create an inside, an outside, a way around, a channel for movement. Architecture is the deliberate creation of space tangible, visible and sensible. This is why buildings play a fundamental role in the creation and recreation, production and reproduction of existential space and profound structuring effects on perceptual space” (Tilley, 1994: 17).

Desde la arqueología postprocesual se ha planteado que los planteamientos conceptuales, diseños y técnicas de construcción de las arquitecturas megalíticas se rigen por un conjunto de elementos derivados del sistema de pensamiento neolítico que determinan los tipos de las construcciones y formas de monumentalización, pudiendo destacarse: el simbolismo, el valor como sitios transmisores de los sistemas de creencias, la capacidad de contener la memoria genealógica de los grupos sociales, la funcionalidad como sitios de culto y la veneración de los ancestros.

Los monumentos megalíticos son considerados como sitios simbólicos transmisores del sistema de creencias. Se conciben como espacios en los que se plasma la compleja cosmovisión de las comunidades neolíticas a través de una serie de símbolos que representan la naturaleza y su domesticación, la esfera doméstica, la estructura social, los cultos, etc.

Muchos autores han destacado en distintos términos que las arquitecturas megalíticas son una representación simbólica de la naturaleza, planteando que el origen de la monumentalidad prehistórica debe producirse en sitios naturales significativos. Se ha propuesto la existencia de una simbiosis o mimetismo entre las formas de las construcciones megalíticas y las formaciones geológicas naturales (Bradley, 2000a). En este sentido, se ha interpretado que las primeras comunidades agrícolas de la Europa atlántica pudieron encontrar la inspiración en los paisajes escarpados para la génesis de las primeras arquitecturas megalíticas monumentales del Neolítico (Bradley, 1998, 2000a; Scarre, 2002a, 2002b). Este es el caso planteado para los menhires erigidos en la región de Bretaña desde inicios hasta mediados del V milenio ANE, donde su monumentalidad se plasma en el empleo de grandes bloques de piedra en forma de hachas o falos y por su fuerte impronta y presencia en el paisaje, compitiendo con los afloramientos rocosos (Scarre, 2007b, 2011a). También se ha destacado que existe una correspondencia entre los materiales de construcción y la estructura geológica de los paisajes donde se construyeron las arquitecturas funerarias, pudiendo interpretarse como una forma de emulación de la naturaleza, como se ha destacado en la tumba megalítica de Maes Howe, compuesta por un túmulo de arcilla y una compleja estructura interna de piedra (Richards, 1996: 202). Del mismo modo, la concepción constructiva y espacial de las cámaras megalíticas en las arquitecturas funerarias pueden entenderse como una evocación de la caverna o cueva, el sitio primigenio de hábitat y escenario de las creencias del ser humano prehistórico, donde se han documentado las primeras prácticas funerarias en algunas poblaciones de cazadores-recolectores mesolíticos de Europa occidental (Cauwe, 2001; Cauwe et al., 2007).

Otro elemento destacado es la representación simbólica de la esfera doméstica en las tumbas megalíticas y la significación de la “casa de los muertos”. Las grandes similitudes entre las tumbas megalíticas y las estructuras domésticas llevaron a plantear a Hodder (1984) que las primeras arquitecturas funerarias de Europa occidental remitían simbólicamente a las casas neolíticas de Europa central y occidental. Así, argumentó que las tumbas fueron construidas a

imagen y semejanza de las casas, reproduciéndose en los contextos funerarios determinados símbolos que definen las conductas y comportamientos de la esfera doméstica del mundo de los vivos. Estos planteamientos han sido contrastados en determinados estudios arqueológicos más recientes, destacando entre otros los que han puesto de relieve las similitudes formales y técnicas constructivas entre las casas de los asentamientos de Skara Brae y Barhouse y las tumbas del tipo Maes Howe en las Islas Orcadas, que ha sido interpretada como la evidencia de una misma concepción arquitectónica y cosmológica de las comunidades neolíticas (Davidson y Henshall, 1989; Richards, 1996; Downes y Richards, 2002; Ritchie, 2006).

La concepción constructiva y espacial de determinados monumentos megalíticos circulares se plantea dentro de unos esquemas en los que se plasma materialmente una simbología cósmica y astronómica. Esto se ha destacado en el caso de las construcciones circulares formadas por la erección de piedras en vertical (círculos de piedras) o en estructuras circulares excavadas en el terreno (henges), provistas de fosos y piedras verticales en algunos casos, pero también en las arquitecturas funerarias (Bradley 1998, 2002a; Parker y Ramilisonina 1998). De este modo, algunos autores han puesto en evidencia que las arquitecturas megalíticas obedecen a patrones de orientación astronómicos específicos (Ruggles y Clive, 1984; Hoskin, 2001), caso de la Península Ibérica, disponiéndose los ejes axiales de las diferentes tumbas megalíticas hacia el este, dentro del rango de variación de los ortos solares que definen los equinoccios de primavera y otoño y los solsticios de invierno (Hoskin, 2001). Ello debe estar en consonancia con los esquemas mentales de las sociedades neolíticas y sus diferentes formas de domesticación del tiempo y espacio, centrada en la observación y control de los ciclos de la naturaleza y los movimientos de los astros, fundamentalmente el sol, que ha sido interpretado como la posible existencia de un culto astronómico solar. En este sentido, determinados motivos circulares grabados y pintados de las arquitecturas megalíticas de Europa occidental se han identificado comúnmente como representaciones formales de los astros (sol y estrellas), siendo interpretados con múltiples significados simbólicos (Bradley, 2009).

Los temas centrales de investigación de la arqueología postprocesualista en torno a las arquitecturas megalíticas están encaminados a la identificación de los elementos de percepción, experiencia sensorial y cognitiva que se concilian en las construcciones y en los paisajes, pudiendo destacarse el estudio de la monumentalidad, la visibilidad, la morfología de las construcciones, la elección topográfica del emplazamiento de las construcciones, la selección de materiales constructivos, los efectos sensoriales, etc., existiendo una ingente producción escrita en la que se abordan múltiples problemáticas y casos de análisis. Nosotros, sólo destacaremos una serie conceptos básicos desarrollados en los estudios arqueológicos.

Algunos, han destacado que la visibilidad de los monumentos megalíticos es uno de los elementos determinantes para la comprensión de las características de las arquitecturas y sus formas de implantación en el paisaje. La visibilidad es entendida como una cualidad que

comporta dos variables interrelacionadas: la experiencia visual del perceptor y el impacto visual de los monumentos en los paisajes. Para algunos autores, la visibilidad de los monumentos megalíticos determinó la elección del emplazamiento, el tamaño de las construcciones, el empleo de materiales, etc., incluso la morfología, el tamaño y la complejidad constructiva de determinadas formas arquitectónicas, como se ha puesto de relieve en las tumbas de corredor monumentales irlandesas del valle de Brú na Boyne, donde se plantea una relación directa entre una mayor visibilidad en el territorio y la complejidad arquitectónica (Thomas, 1990). Incluso, se explicita que determinados monumentos pueden haber sido construidos para ser mirados desde el exterior, más que para acceder a ellos, como apuntarían la presencia de los atrios y espacios abiertos con dispositivos complejos en las áreas de acceso externas a las cámaras (Thomas, 1993), o en los grandes túmulos alargados del Neolítico Medio del centro-oeste de Francia, como se infiere del estudio paisajístico y arquitectónico del monumento C de Péré de Prissé-la-Charrière (Laporte et al., 2014 a).

Otros autores han destacado, tanto para las arquitecturas funerarias como para las arquitecturas de piedras en vertical, que la elección de la posición topográfica está determinada por unos planteamientos intencionales de visibilidad de los megalitos en el paisaje, llevándose a cabo acciones para que las construcciones sean vistas en el territorio y también para poder ver desde ellas. Esto se ha evidenciado en el caso de los túmulos gallegos, donde se ha constatado una utilización pautada de la topografía con la intencionalidad de incrementar la visibilidad de los monumentos en el espacio, seleccionando los sitios topográficos de mayor visibilidad en el territorio para la construcción de las arquitecturas tumulares (Criado y Fábregas, 1994). Del mismo modo, para las construcciones circulares (henges y círculos de piedra) se ha planteado que la elección del emplazamiento topográfico responde a una intencionalidad de remarcar su posicionamiento en el escenario natural en el que se enclavan, ubicándose y orientándose determinados elementos estructurales (puertas de acceso y avenidas) en relación con los elementos físicos circundantes (montañas, horizontes, cielo), definiéndose unos paisajes simbólicos específicos, como se ha destacado en los círculos de piedras de Escocia (Bradley, 2002b).

Incluso, para algunos autores la morfología de determinados monumentos funerarios, así como su eje simétrico de orientación, disposición de estructuras o cámaras funerarias, responde a un planteamiento constructivo destinado a realzar determinadas características del paisaje en el que se enclavaron, como se ha propuesto para el caso de los túmulos alargados provistos de cámaras funerarias del sureste de Gales (Cummings et al., 2002) e Irlanda (Fowler y Cummings, 2003).

En este sentido, hay que contextualizar el desarrollo de los análisis espaciales de los monumentos megalíticos empleando las técnicas de Sistemas de Información Geográficos (SIG), caso de los estudios de visibilidad de los megalitos en los paisajes, como se ha realizado en la

Bretaña francesa (López Romero, 2008) e Inglaterra (Gillings, 2009), o para la definición de la funcionalidad territorial de los megalitos en relación con las vías de pasos naturales o vías pecuarias, como se ha constatado en los estudios de los paisajes megalíticos de Sierra Morena (Weathley et al, 2010).

Otros estudios están dirigidos a determinar las razones que condicionaron la selección de las materias primas en la construcción. En muchos trabajos, se ha destacado que no sólo deben tenerse en cuenta las propiedades materiales de las rocas, eligiéndose las más idóneas para la construcción por su consistencia, dureza, resistencia, sino que también son importantes determinadas cualidades específicas que las hacen muy peculiares, tales como la textura, el brillo o el color. Así, la selección de estos materiales ha sido interpretada por el valor simbólico de los mismos, que se manifiesta en una intencional disposición en determinados sectores de las arquitecturas, en la representatividad de las litologías del medio geológico, en el uso para crear contrastes entre luces y sombras o en la simbiosis con el paisaje (Bradley, 1989a; Tilley, 1996b; Jones, 1999; Trevarthen, 2000; Cummings, 2002; Scarre, 2004; Laporte, 2013).

Incluso, determinadas investigaciones han puesto de relieve otros posibles efectos sensoriales y cognitivos que debieron provocar una percepción visual determinada de estas construcciones, tanto en los espacios internos como externos, caso de la acústica de las tumbas megalíticas (Watson y Keating, 1999), los efectos entópticos a través de los motivos grabados y pintados (Bradley, 1989b), en especial las formas circulares, cuyas estimulaciones visuales en rituales concretos podrían ayudar a la consecución de estados alterados de la conciencia (Lewis-Williams y Pearce, 2010).

La presencia de varios tipos de arquitecturas de distintas formas, intencionalidades, técnicas constructivas, etc., concentradas en torno a espacios concretos ha llevado a la identificación y definición de los paisajes rituales megalíticos, entendidos como sitios ceremoniales donde se llevaron a cabo un conjunto de prácticas rituales con movimientos organizados en secuencias espaciales y temporales específicas. De manera genérica, los investigadores de las Islas Británicas han propuesto la existencia de diversos paisajes rituales diseñados en torno a dos tipos de arquitecturas monumentales: a) los monumentos circulares formados por piedras erigidas en vertical, los círculos de piedras, que generalmente están provistos de fosos circundantes, los denominados henges; b) las grandes tumbas de corredor.

Richards (1996), propuso a través del estudio de la secuencia constructiva, organización espacial y concepción arquitectónica de los círculos de piedra de Stones of Stennes y Ring of Brodgar, tumbas de corredor de Maes Howe y el asentamiento de Barhouse en la Isla de Mainland (Orcas, Escocia), que la formación de los paisajes rituales obedece a una determinada cosmología de las comunidades neolíticas (Downes y Richards, 2002; Richards et al., 2013). En estos espacios los monumentos funcionaron como elementos de transformación

progresiva del mundo natural, concebidos y formados por una reflexión de la visión del mundo de sus constructores, incorporando metafóricamente a las arquitecturas determinados elementos del paisaje y diferentes características de la esfera de la vida cotidiana (Richards, 1996: 201), lo que explicaría la existencia de similitudes de las formas, materiales y técnicas constructivas entre las estructuras domésticas y las funerarias. Como ejemplo de estas transformaciones, cabe citar la construcción de la tumba de Maes Howe sobre un asentamiento previo, que vincula este monumento con un pasado mítico y ancestral, y el reuso de antiguos menhires y bloques de piedras en la cámara de Maes Howe, extraídas posiblemente del círculo de Stones of Stennes.

En diversas investigaciones se ha constatado que los círculos de piedras y henges se conectarían espacialmente a otras construcciones, caso de los monumentos ceremoniales (*cursus*, avenidas formadas por hileras de piedras, henges, círculos de madera) y monumentos funerarios (tumbas y túmulos de tierra), configurando paisajes rituales de alta significación simbólica que han sido interpretados como espacios sagrados con funciones múltiples relacionadas con prácticas funerarias, prácticas astronómicas, ceremoniales y festines (Scarre, 2007; Pollard, 2012). Para algunos autores, la concepción arquitectónica y paisajística de estos grandes centros ceremoniales se regiría por la compleja simbología cosmogónica de la vida y de la muerte dentro de la forma de pensamiento del Neolítico, que se plasma espacialmente en la definición de dos esferas interrelacionadas: la del dominio de los vivos y la del dominio de los ancestros (Parker Pearson y Ramilisonina, 1998), como se ha propuesto para los renombrados monumentos de Stonehenge (Chippindale, 2004; Darvill, 2006; Parker Pearson, 2013) y Avebury (Pollard y Reynolds, 2002; Gillings y Pollard, 2004; Gillings et al., 2008).

Estos centros rituales o espacios sagrados también han sido interpretados como lugares de peregrinación, al ser sitios de culto de escala supralocal, como denota la concepción arquitectónica de los monumentos y su construcción, siendo estructuras que por sus grandes dimensiones, complejidad constructiva y diversidad de materias primas, algunas de ellas de procedencia lejana, precisan de un trabajo cooperativo que aglutine a gente de diversas comunidades. Estos centros de peregrinación contarían con una capacidad de acogida de una gran audiencia de público al ser estructuras abiertas, del mismo modo que los alineamientos de menhires, por lo que podrían interpretarse como santuarios (Scarre, 2008), como se ha propuesto para el complejo sitio de Carnac (Bailloud et al., 1995).

La articulación y agrupación de las tumbas megalíticas en necrópolis ha propiciado que se consideren, igualmente, como elementos configuradores de paisajes rituales, como se ha interpretado para las grandes tumbas del valle de Brú na Bóinne, siendo monumentos contruidos en largos y continuados periodos de tiempo en asociación espacial con otras arquitecturas coetáneas (círculos de piedras y henges), que ocupan un lugar central para la formación de complejos paisajes ceremoniales (Cooney, 2000; Scarre, 2007a).

Desde la arqueología postprocesual se ha destacado reiteradamente el significado de los monumentos megalíticos como sitios contenedores de la memoria de las comunidades que los construyeron y elementos materiales depositarios del tiempo, siendo considerados como sitios cargados de una gran significación subjetiva individual y colectiva en torno a los que se desarrollaron una narrativa temporal articulada en diferentes escalas temporales: una escala en la que se integra el pasado humano (memoria genealógica), que remite a las genealogías, y otra escala que integra el pasado mítico, en la que se relata y fragua la cosmogonía.

El control del tiempo pasado y la creación de la memoria pudieron articularse por diversas vías. Para la mayoría de los investigadores, el tiempo genealógico se pudo configurar a través de los sucesivos depósitos funerarios de las cámaras, ya sean concebidos exclusivamente como lugares de deposición representativos de un tiempo lineal (Criado, 1988) o como lugares de transformación y control de las antiguas generaciones pasadas (Thomas, 1993), que implicarían el continuo movimiento y manipulación de los restos óseos de las sucesivas generaciones y la existencia de un tiempo cíclico, como se ha constatado en la mayoría de las cámaras funerarias de las Islas Británicas (Bradley, 1998), en las que se ha evidenciado que los cuerpos han sido depositados completos y que una vez se han convertido en esqueletos, los huesos han sido reorganizados parcial o totalmente.

El uso temporal prolongado y reiterado de los monumentos megalíticos se ha constatado en muchas áreas de Europa en la Edad del Bronce, Hierro y etapas históricas posteriores. En Escocia se ha documentado la construcción de viviendas en los espacios de entrada de antiguas tumbas megalíticas, interpretándose como una forma intencional de control del antiguo espacio de acceso de un lugar ancestral (Hingley, 1996). En la Península Ibérica la documentación de inhumaciones de la Edad del Bronce e incineraciones de la Edad del Hierro en las construcciones megalíticas, tanto en los túmulos como en el interior de las cámaras (García Sanjuán, 2005a), así como en posteriores reutilizaciones romanas y medievales (García Sanjuán et al., 2007; García Sanjuán y Díaz Guardamino, 2015), se ha interpretado como una permanencia de la memoria de las construcciones megalíticas, tanto del lugar como del paisaje. Del mismo modo, es muy recurrente la cristianización de los megalitos desde la Edad Media, con la clara intencionalidad de lucha contra los cultos paganos por parte de la Iglesia, articulándose para ello dos vías (Holtorf, 1997): 1) la purificación, que implica la destrucción o rechazo de total de estas estructuras paganas, la transformación de menhires, la construcción de iglesias, capillas o ermitas cristianas en sitios con antiguas construcciones megalíticas, pudiendo generarse tipologías constructivas nuevas, caso de las antas-capelas en el Alentejo portugués (Daniel, 1972); 2) la asimilación, que conlleva su adaptación y transformación, que supone el mantenimiento de las estructuras, como se ha interpretado en el monumento de Avebury (Pollard y Reynolds, 2002). Por todo ello, y a raíz de la documentación de continuas reutilizaciones de los monumentos megalíticos en diversas épocas históricas de la región de Mecklemburgo-Pomerania Occidental (Alemania), Holtorf (1998) propone que las arquitecturas megalíticas

debieran concebirse a modo de biografías, teniendo unos largos periodos de vida: infancia y juventud (construcción y uso original), vida adulta (reutilización posterior por parte de otras comunidades que no lo construyeron) y vida anciana (abandono, desuso e inserción en la mitología y folclore local).

Para algunos investigadores, el uso continuado de estos sitios durante largos periodos de tiempo les ha llevado a plantear y desarrollar el enfoque biográfico como método de estudio de los monumentos megalíticos y de los paisajes en los que se presentan (Bender, 1998; Bradley y Williams, 1998; Holtorf, 1996, 2000; Bradley, 2002a; Díaz Guardamino et al., 2015). Para éstos, los megalitos de Europa occidental cuentan con biografías de larga duración temporal (*long-term biographies*), formadas por la frecuentación, transformación, abandono o reutilización durante largas escalas temporales, que trascienden más allá de las recurrentes reutilizaciones de las Edades del Bronce e Hierro, evidenciándose reiterados procesos de apropiación y reapropiación de los monumentos prehistóricos durante la Antigüedad, Edad Media, Edad Moderna y Edad Contemporánea. Para éstos, esta apropiación simbólica de los monumentos prehistóricos obedece a la significación de estos sitios como espacios sagrados y escenarios de creencias religiosas, interpretados y vistos por las comunidades como “lugares ancestrales”, que llevó a que se hicieran en ellos enterramientos, ofrendas y deposiciones al objeto de afianzar las identidades y tradiciones o acciones para la legitimación política (Díaz Guardamino et al., 2015).

Para estos investigadores, los monumentos se mantienen en los paisajes por su alta resiliencia, durabilidad y perceptibilidad, siendo construidos los monumentos de piedra con una concepción de larga perduración en el tiempo, por asociación a sitios y emplazamientos naturales significativos, dando origen a la primera monumentalidad prehistórica (Díaz Guardamino et al., 2015), como se ha puesto de relieve en el caso del dolmen de Menga, siendo un monumento construido con una intencionalidad de conexiones con el medio circundante y las montañas del entorno (García Sanjuán y Díaz Guardamino, 2015; García Sanjuán y Lozano, 2016). Para el caso de los monumentos megalíticos de Irlanda, Cooney (2015) plantea que el mantenimiento de la memoria de estos sitios se ha logrado por varias fórmulas de tradición oral o por la transformación arquitectónica y material de los monumentos, como se ha evidenciado en los sitios de Mound of the Hostages (conjunto de Tara), con una continuidad del lugar hasta ser incorporado en la tradición oral y escrita en la Alta Edad Media; en Knowth, mediante un intento de apropiación deliberada en la Edad del Hierro por un grupo real emergente que se legitima desde el pasado; o en Newgrange, con la perduración del significado del lugar mediante prácticas de culto y ofrendas votivas romanas, a pesar de la ausencia de actividad hasta el siglo IV. En la Bretaña francesa se constata la reiterada cristianización de menhires neolíticos y estelas de la Edad del Hierro en la Edad Media, reutilizándose estos soportes como elementos de culto religioso, emplazados incluso en sitios con monumentos megalíticos, caso del túmulo de Saint-Michel (Laporte et al., 2015).

Por ello, el conjunto de estos autores han propuesto nuevas categorías conceptuales para la comprensión de los monumentos prehistóricos como sitios de larga duración temporal, donde la permanencia es el principal propósito o intencionalidad en la construcción de las arquitecturas megalíticas y la monumentalidad prehistórica en general (Bradley, 2015), retomándose la consideración de la durabilidad de la casa de los muertos (Bradley, 1998). La permanencia puede ser definida en términos de durabilidad o resiliencia (resistencia), cualidades que se plasman en la monumentalidad mediante diversas vías: la reutilización o reinterpretación de los monumentos tras su abandono, como destacó Bradley (1998) con su concepto de “*afer-life*”; diversas formas de reutilización, reinterpretación y transformación material de los monumentos, como se puso de manifiesto en las biografías complejas (“*life-histories*”) (Holtorf, 1998; Cooney, 2015); la apropiación del pasado (Weiss-Krejci, 2015), como recurso político, manejado por grupos de individuos que quieren legitimar su poder ante situaciones de conflictividad política. En todo caso, un sector de investigadores de este enfoque considera que para la adecuada investigación de la vida de un monumento, el estudio no puede centrarse en un momento en concreto, debiendo tratarse sus distintas vidas (“*lives*”) a nivel paritario (Díaz Guardamino et al., 2015).

3.3.5. MODELOS CONCEPTUALES, MÉTODOS DE CONSTRUCCIÓN Y PROYECTOS ARQUITECTÓNICOS

Tradicionalmente, el estudio de los monumentos megalíticos funerarios se ha venido realizando mediante el análisis de las estructuras internas, estableciéndose las clasificaciones tipológicas de las diversas arquitecturas a partir de las formas en planta de las cámaras funerarias, encontrando su máximo desarrollo dentro de los esquemas evolutivos unilineales establecidos en las distintas regiones de Europa occidental desde mediados del siglo XX (Leisner y Leisner, 1943, 1956, 1959, 1965; Daniel, 1950, 1960, 1963; L'Helgouach, 1973). Como alternativa a estos planteamientos se desarrolló desde la década de 1960 en las Islas Británicas un conjunto de intervenciones que pusieron de manifiesto que las grandes tumbas monumentales eran producto de periodos constructivos múltiples (Atkinson, 1965; Corcoran, 1969a, 1969b, 1972; Masters 1978, 1983; O'Kelly, 1982; Eogan, 1984, 1986; Davidson y Henshall, 1989, etc.) y en Francia una tendencia a excavar sistemáticamente los túmulos al objeto de determinar las fases constructivas de las arquitecturas funerarias (Giot, 1987; L'Helgouach, 1979, 1996; Lecornec, 1994, Mohen y Scarre, 2002), perdurando este tipo de planteamientos e intervenciones arqueológicas hasta la actualidad (Benson y Whittle, 2007; Cassen, 2009).

La propuesta alternativa más destacada a los estudios tradicionales fue desarrollada por Roger Joussaume desde las década de 1970. Este arqueólogo centró su investigación en los monumentos megalíticos del centro-oeste y noroeste de Francia en el Neolítico Medio, poniendo

de relieve la complejidad del fenómeno megalítico en esta región y la diversidad de concepciones y procesos de transformación de las arquitecturas, como después analizaremos, rebatiendo de este modo los modelos evolutivos lineales desarrollados por otros investigadores (L'Helgouach, 1979, 1990; Boujot y Cassen, 1992, 1998, Cassen, 2009).

De manera paralela en el tiempo a los estudios de la arqueología postprocesual, un conjunto de investigadores han desarrollado distintos modelos conceptuales y metodologías de investigación para el estudio arquitectónico y constructivo integral de los monumentos megalíticos, pudiendo destacarse dos líneas directrices básicas: por un lado, la desarrollada por una corriente de arqueólogos daneses centrados en la investigación de los principios y métodos constructivos de los dólmenes de corredor; y, por otro, la desarrollada por arqueólogos franceses centrados en la investigación de los monumentos megalíticos funerarios, que han establecido propuestas alternativas para el estudio y denominación de las arquitecturas del Neolítico Medio (Joussaume, 1985, 1997a, 1997b, 2003b, 2008; Joussaume y Laporte, 2006), defendiendo la existencia de proyectos arquitectónicos que rigen las obras de construcción, desarrollando una metodología de análisis específica para su identificación y definición (Laporte et al., 2002a, 2002b; Laporte, 2010, 2011, 2013, 2015a, 2015b; Laporte et al., 2014b).

La investigación de los principios, métodos y elementos constructivos de los dólmenes de corredor daneses (*jaetttestuer*) se desarrolló desde 1985 en el marco de un conjunto de actuaciones promovidas por el Ministerio de la Naturaleza y Bosques de Dinamarca en cooperación con el Museo Nacional de Dinamarca (Hansen, 1993; Dehn y Hansen, 2000, 2006a, 2006b; Dehn, 2009; Dehn, 2016). El inicio de los trabajos se contextualiza en el marco de un programa de restauración de estos monumentos megalíticos, precisando de la realización de excavaciones arqueológicas de los túmulos y de las cámaras dirigidas al conocimiento exhaustivo de los elementos estructurales y principios constructivos, al objeto de llevar a cabo su adecuada conservación. Ello propició un análisis estratigráfico y estructural exhaustivo de los túmulos y de las cámaras, representándose planimétricamente el conjunto de elementos arquitectónicos y materiales de los dólmenes de corredor, además de la realización de estudios polínicos de muestras extraídas de las masas tumulares con el objeto de conocer el paleoambiente del momento (Hansen, 1993).

Estos investigadores sostienen que los dólmenes de corredor de Dinamarca, contruidos entre el 3300-3100 cal ANE, son arquitecturas de una gran sofisticación técnica, realizadas por artesanos cualificados y especializados con gran conocimiento y experiencia para la construcción de estas complejas estructuras concebidas para la eternidad (Dehn y Hansen, 2000, 2006a). Para su adecuado conocimiento proponen una metodología de investigación centrada en el análisis de los detalles constructivos, con el objeto de determinar los principios técnicos, métodos de construcción y materiales empleados de las diferentes formas arquitectónicas de los dólmenes con estructuras internas en forma de "T" (con cámaras rectangulares, ovales, ojivales o

trapezoidales) así como evaluar sus similitudes y diferencias entre los característicos dólmenes de cámaras gemelas o estructuras duales; cuestiones que abordaremos con más detenimiento en el próximo capítulo.

Así, desde 1985 a 2002 intervinieron en torno a setenta estructuras, llevándose a cabo excavaciones arqueológicas y actuaciones de restauración, concebidas como un proceso de arqueología experimental, que permitieron un análisis de los aspectos constructivos de las arquitecturas en su totalidad, haciendo especial énfasis en el conocimiento de los principios básicos, los métodos, los procesos de construcción y la organización de la secuencia constructiva. Como principios básicos de construcción pueden destacarse el conjunto de medidas constructivas destinadas al cierre hermético de las cámaras funerarias, intentando evitarse la filtración de aguas desde el exterior y así garantizar la perdurabilidad y consistencia de las mismas, lo que explicaría el excepcional estado de conservación de éstas (Figura 3.2). Los métodos de estos dólmenes son sistemáticos, demostrándose la existencia de una secuencia de operaciones constructivas normativizadas, inferidas a partir de la identificación de la “línea del corredor” a modo de eje constructivo en el 86% de los casos estudiados. Los procesos de construcción se regían por una planificación preestablecida del proceso de construcción, determinada por el tipo de arquitectura y diseño contando, por tanto, con una secuencia constructiva continua y lineal (Dehn, 2016: 66-67). Además han constatado, por una serie de dataciones radiocarbónicas de las cortezas de abedul empleadas como material constructivo en los muros de piedra seca de las cámaras, que estas construcciones se suceden en un periodo muy concreto, la mayoría entre 3300-3100 cal ANE (Dehn y Hansen, 2006b).

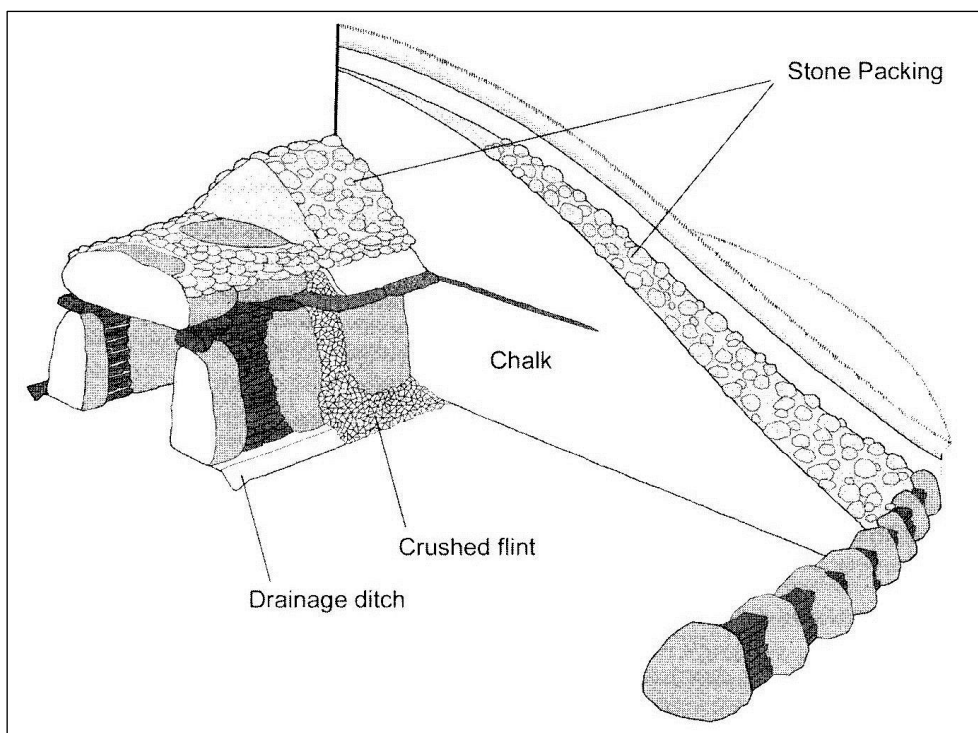


Figura 3.2 Sección constructiva prototípica del túmulo de un dolmen de corredor danés (Midgley, 2008, figura 3.38)

La aplicación de esta metodología, del mismo modo, les permite acercarse a las razones sociales e ideológicas implícitas en las intencionalidades constructivas de los dólmenes de corredor. Por un lado, se ha destacado el “significado social” de éstos durante el proceso de construcción, mediante dos aspectos claves: como sitios donde se concilian las alianzas grupales; y, como lugares de interacción social y de transmisión de conocimientos (Dehn, 2016: 66). Por otro, se ha puesto de manifiesto la concepción de la estructura social a partir de los monumentos duales, en especial a partir de los dólmenes con cámaras gemelas, en los que se plasma materialmente determinados parámetros de organización social y la cosmovisión de estos grupos (Dehn y Hansen, 2000, 2006a; Dehn, 2009),

Los primeros planteamientos conceptuales en tono a la complejidad de los monumentos megalíticos de la arqueología francesa fueron generados desde la década de 1970 por Roger Joussaume. Este autor propuso que para el correcto conocimiento y clasificación de las arquitecturas funerarias es preciso considerar que estas construcciones monumentales están compuestas por dos partes que forman un conjunto indisoluble: la cámara y el túmulo (Joussaume 1985, 2003b). La superación de la definición tradicional del dolmen pasa por dos premisas. La primera, por concebir que el dolmen sólo hace referencia a una parte concreta de un monumento más complejo, es decir, la cámara funeraria, que estaría en origen herméticamente cerrada para la deposición de los individuos y que en la mayoría de los monumentos tras la pérdida de la masa tumular se preserva como un esqueleto de piedra, que puede formarse por bloques megalíticos o muros de piedra, a las que tradicionalmente se las ha denominado como “sepulturas megalíticas”. Por otro lado, la consideración de que el dolmen se encuentra dentro de un túmulo (Joussaume, 1985: 10).

Por esto, plantea la distinción de dos categorías conceptuales: el dolmen y el túmulo (Joussaume 2003: 158; Joussaume, 2008). El dolmen es la cámara funeraria, ya sea una cámara megalítica (formada por ortostatos) o cámara de piedra seca (formada por paramentos de piedra seca) o cámara mixta (formada por bloques verticales y mampuestos), destinada a la deposición funeraria de individuos. El túmulo hace referencia, de manera genérica, a los monumentos formados por tierra (“*tertres*”) o piedra (“*cairn*”). Esta distinción comporta no sólo consideraciones teóricas alternativas sobre las arquitecturas, sino el desarrollo de una nueva metodología de análisis de los monumentos megalíticos, centrada en el estudio sistemático de los elementos estructurales y técnicas constructivas que forman estas arquitecturas, tanto en las cámaras como en los túmulos (Joussaume, 1997a: 66), que permite comprender la arquitectura global de los monumentos (Joussaume, 2006: 69).

Para ello, propone una metodología de excavación que se centre en el análisis de los túmulos fundamentalmente, pero también de las cámaras y depósitos funerarios del interior, canteras de los espacios externos, al objeto de identificar los elementos estructurales, los métodos constructivos y las transformaciones o remodelaciones que definen las fases constructivas de las

arquitecturas megalíticas (Joussaume, 2003), destacando su desarrollo práctico en las intervenciones de los monumentos de Pey de la Fontaine (Joussaume, 1999b) y la necrópolis de Champ Chalôn I (Joussaume, 2006).

A través del análisis exhaustivo de los monumentos megalíticos del centro-oeste de Francia del Neolítico Medio (4700-3600 ANE), determina que las variadas formas de las arquitecturas funerarias responden a un conjunto de remodelaciones acometidas en los túmulos y en las cámaras funerarias mediante diversas fases constructivas (Joussaume, 1997b, 1999b), poniendo de manifiesto dos hechos recurrentes en estas arquitecturas: las transformaciones y las reutilizaciones. Las remodelaciones o transformaciones arquitectónicas, de un lado, son las acciones constructivas acometidas en el mismo periodo de la edificación o en una época posterior, caso de la disposición de varias cámaras dentro de un túmulo, determinadas acciones de condenación que condicionan una concepción alternativa de los monumentos ocultos, reestructuraciones de las cámaras, etc. Las reutilizaciones, por el contrario, no implican la modificación arquitectónica de los monumentos, pudiendo reocuparse las cámaras funerarias por los mismos grupos sociales y otros grupos culturales posteriores, desde el Neolítico Final a la época actual (Joussaume, 2003: 158). Al respecto, realiza una clasificación de las diferentes transformaciones o remodelaciones constructivas identificadas en los monumentos megalíticos del centro-oeste de Francia en tres grandes grupos:

- 1) Transformaciones o modificaciones de los túmulos, por varios procesos de transformación: agrandamiento motivado por la disposición de nuevas cámaras, caso de los túmulos trapezoidales (La Plantí, Barnenez), cuadrangulares (Pey de la Fontaine; Figura 3.3) o en túmulos con dos cámaras yuxtapuestas (túmulo B de Champ Châlon); integración de varios dólmenes o monumentos de diversas formas cubiertos bajo un túmulo alargado (túmulo C de Prissé-la-Charrière, túmulo F de Bougon, etc.); o, por la disposición de una estructura de condenación de piedra que circunda los monumentos (monumento B de la Boixe).
- 2) Transformaciones sin modificación de los túmulos, distinguiendo entre varias posibilidades: la construcción de una nueva cámara dentro de un túmulo sin modificar su volumen (monumento B de la Boixe, Bougon B), la implantación de un cofre megalítico en el interior de un antiguo túmulo y la condenación del tramo de acceso.
- 3) Modificaciones de las cámaras, que pueden implicar su transformación morfológica o el cerramiento o sellado del espacio sepulcral, destacando el caso del túmulo de Bougon E, donde una cámara circular se remodeló en una cámara rectangular.

Esta aproximación del megalitismo desde el exterior, centrada en el estudio de los túmulos, fue desarrollada ampliamente en las excavaciones de la necrópolis de Champ Châlon I, formada por

cinco monumentos funerarios (Joussaume, 2006), abordando cuestiones referentes a la morfología y técnicas constructivas de los túmulos, cámaras, espacios externos y canteras circundantes que proporcionaron los materiales de construcción empleados en los monumentos, además de la secuencia espacial y constructiva del conjunto, destacando la existencia de una organización segmentada del trabajo inferida a partir del sistema de construcción alveolar. Los cuatro túmulos excavados (A, B, C y D) presentan una forma alargada trapezoidal, contruidos mediante el característico sistema alveolar de adición y yuxtaposición de muros de piedra seca y relleno de tierra, hasta conformar su morfología. Distingue tres tipos de monumentos: túmulos A y C, con disposición de cámara en el extremo distal; túmulo D, sin poder concretarse la presencia de cámara funeraria; y túmulo B, formado por la adición de dos masas tumulares conteniendo cada una un dolmen de corredor con cámara cuadrangular con una construcción y secuencia cronológica diferenciada, el primero, definido por un túmulo circular de doble paramento, y el segundo, formado por un túmulo trapezoidal construido al este, que engloba al primer dolmen y su túmulo (Figura 3.4) (Joussaume, 2006: 68). Todas las cámaras funerarias, ya sean de morfologías cuadradas o circulares, están cubiertas mediante una bóveda formada por sistema de falsa cúpula. Las canteras, ubicadas en el entorno inmediato a los monumentos, son de dos tipos: grandes fosas dispuestas a uno y otro lado de los túmulos A y C, guardando similitudes morfológicas con las grandes canteras en forma de fosas alargadas asociadas a los monumentos funerarios de Bougon (Mohen y Scarre, 2002), y una fosa estrecha periférica en el túmulo D, con paralelos a la cantera correspondiente al primer monumento del túmulo C de Prissé-la-Charrière (Laporte, 2013).

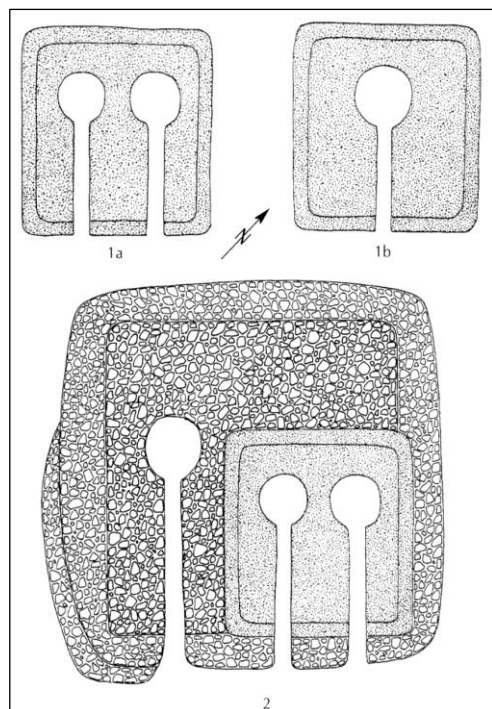


Figura 3.3. Pey Fontanine (Joussaume, 1999, fig. 23).

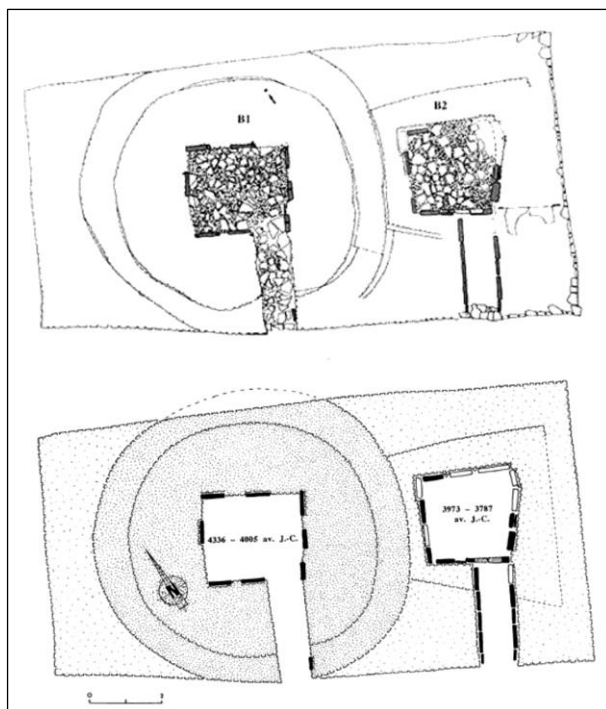


Figura 3.4. Champ Châlon B (Joussaume, 2006, fig.40).

Esta concepción de los monumentos megalíticos está siendo continuada y desarrollada con mayor profundidad desde hace más de una década por Laporte y otros investigadores, sobre todo a raíz de las intervenciones en el complejo yacimiento arqueológico del túmulo C de Prissé-la-Charrière (Figura 3.5) (Laporte et al. 2002a, 2002b; Scarre et al., 2003, Laporte et al., 2006, 2010; Laporte, 2016), generándose nuevos conceptos, métodos de investigación, técnicas de documentación e interpretaciones de las arquitecturas megalíticas, que han contribuido a un planteamiento alternativo de los megalitismos neolíticos del oeste de Francia (Laporte y Le Roux, 2004; Joussaume y Laporte, 2006; Joussaume, 2008; Laporte, 2010, 2011, 2013, 2015b; Laporte et al., 2011; Cousseau, 2016a, 2016b; Gouézin, 2016, 2017) y la apertura de nuevas líneas de debate dentro del megalitismo de la fachada atlántica europea (Laporte, 2015a). Para Laporte, los monumentos megalíticos de Europa occidental deben concebirse e investigarse como arquitecturas reales, en el sentido y significado completo del término. El conocimiento de la primera arquitectura monumental en piedra precisa asumir una serie de premisas: que los monumentos megalíticos cuentan con una concepción previa a su construcción, existiendo para cada sitio un proyecto arquitectónico y unas técnicas constructivas específicas; que todos los monumentos megalíticos son resultado de una superposición de distintos proyectos arquitectónicos llevados a cabo en el mismo lugar a través del tiempo, formalizándose en diferentes fases constructivas, conservándose en la actualidad parcialmente determinados elementos en forma de ruina, correspondientes a los distintos momentos de su compleja historia constructiva; y, que como toda arquitectura, cuenta con un desarrollo particular en el tiempo y en el espacio (Laporte et al., 2002a; Laporte, 2010; Laporte, 2015a; Laporte, 2016).

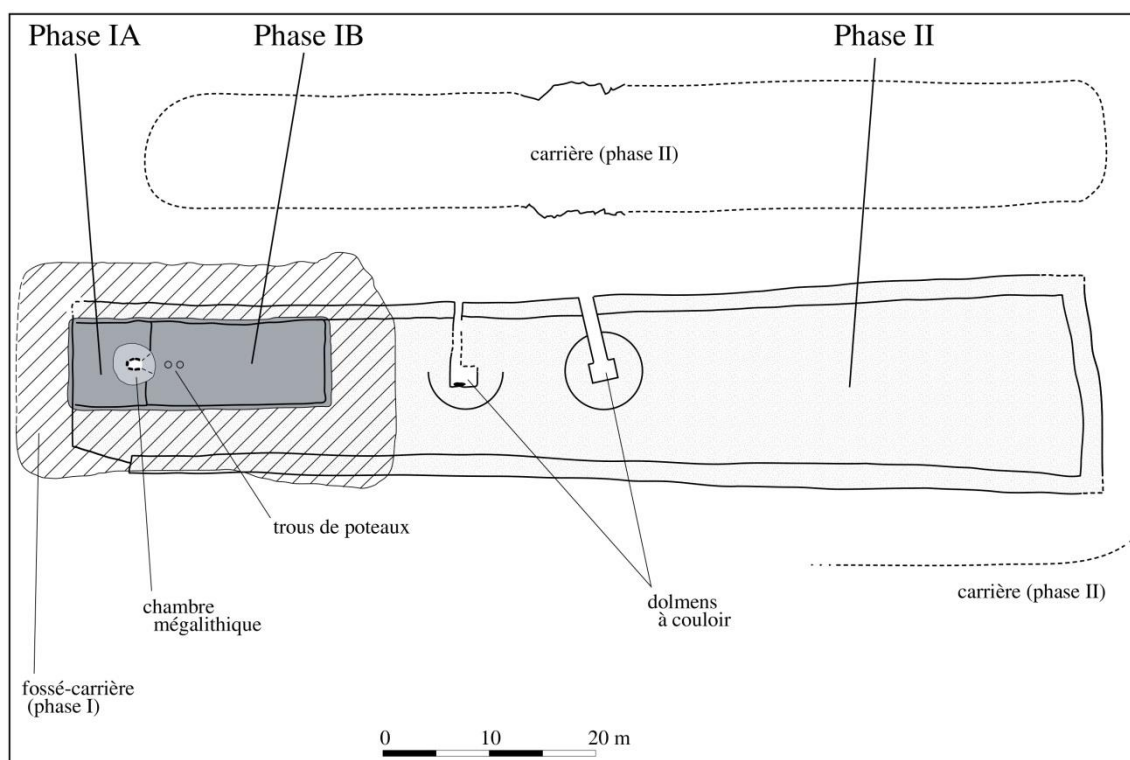


Figura 3.5. Túmulo C de Prissé-la-Charrière (Laporte et al., 2006, figura 1). Planta y fases.

Cada proyecto arquitectónico se inspira en un modelo conceptual formado por el conjunto de valores intrínsecos que los constructores del Neolítico plasman de manera diferenciada mediante diversas intencionalidades constructivas. Los valores que determinan cada proyecto arquitectónico son: la idea de desplazar, erigir y/o levantar grandes piedras; la idea de reservar a los muertos, a los difuntos y a los ancestros un espacio consagrado sobre el suelo que pisan los vivos; la idea de edificar una construcción perenne expuesta a la vista de todos; la idea de acumular los difuntos, de almacenar a los muertos (Laporte, 2015a). Para su ejecución material ha propuesto la existencia de una serie de principios o reglas constructivas basadas en la simetría axial y radial, la asimetría y efectos de perspectivas visuales llevados a cabo en la formalización de los túmulos y las cámaras (Laporte et al., 2002a), caso de la perspectiva lineal y la anamorfosis, provocando una determinada percepción, impacto e impresión visual de las construcciones. La aplicación premeditada de estos principios constructivos en las arquitecturas monumentales en piedra pueden entenderse como una forma intencional de domesticación del espacio y del tiempo, desarrollada de manera posterior a la agricultura y ganadería (Laporte, 2015a).

La identificación de la naturaleza de cada proyecto arquitectónico y el reconocimiento arqueológico de los sucesivos proyectos acometidos en los procesos de monumentalización de las arquitecturas megalíticas deben ser los primeros pasos de trabajo necesarios para comprender los planteamientos conceptuales y la cosmovisión de los constructores, tanto en lo que respecta a la esfera del mundo de la muerte y a la memoria de los ancestros, como a los aspectos cotidianos de la esfera doméstica, que también determinan la forma de los monumentos megalíticos (Laporte, 2015b). Las continuas transformaciones materiales de las arquitecturas suponen una apropiación o perpetuación de la memoria del lugar donde se construye el monumento, así como la formación de la identidad cultural y social de cada grupo, siendo éste el valor intrínseco de la noción de monumento (Laporte, 2016).

Los monumentos megalíticos funerarios del oeste de Francia son especialmente favorables para explorar el concepto de proyecto arquitectónico, ya que permiten la investigación de estructuras que son producto de la implementación de sucesivos proyectos (Laporte, 2010, 2015a, 2015b), en los que se han documentado una enorme diversidad de transformaciones arquitectónicas: modificaciones dentro de las cámaras funerarias (adición de nuevas cámaras en la masa tumular, transformaciones espaciales, consolidaciones de elementos paramentales, accidentes de obra y reparaciones), modificaciones en las fachadas (destrucción de una parte o desmantelamiento total), modificaciones en los túmulos (agrandamiento, integración de diversos monumentos en un túmulo), reutilización de materiales, integración y reuso de menhires (Laporte, 2010, 2015b).

El sitio donde se vienen contrastando empíricamente todas las propuestas conceptuales es el túmulo C de Prissé-la-Charrière. La realización de continuadas excavaciones arqueológicas

desde 1995 ha permitido contar con un gran volumen de documentación de este monumento, explorándose sistemáticamente sus proyectos arquitectónicos y técnicas de construcción (Laporte et al. 2002a, 2002b; Scarre et al., 2003; Laporte, 2010; Laporte et al., 2010; Laporte, 2013, Laporte, 2016). En las últimas campañas se está aplicando el método de la arqueología de la arquitectura/construcción al ser considerada como la herramienta más adecuada para el estudio de tres aspectos centrales: a) la investigación de los proyectos arquitectónicos de sitios con una alta complejidad estructural, adaptada a las grandes construcciones de piedra seca, que precisan de un conocimiento en tres dimensiones; b) la obra de construcción, definida por las técnicas constructivas y los materiales empleados; c) la identificación de los elementos arquitectónicos de las masas tumulares, de las cámaras funerarias y sus funciones arquitectónicas (Laporte, 2016). Ello precisa de un nuevo vocabulario que ha sido desarrollado para el estudio de las arquitecturas megalíticas, creando conceptos que permiten explorar la naturaleza de los proyectos y los elementos materiales que definen la obra de construcción (Laporte et al., 2014b; Cousseau, 2015, 2016).

El conocimiento de la ejecución material de los proyectos, es decir, la obra de construcción, precisa el conocimiento de las técnicas y métodos empleados en la erección de las arquitecturas megalíticas. Sin embargo, su investigación es muy difícil de realizar, ante la dificultad de identificar en las excavaciones arqueológicas claras evidencias materiales. Este autor propone que la obra de construcción se compone fundamentalmente de tres procesos: extracción, transporte y colocación de los materiales en el monumento (Laporte, 2011).

Para la adquisición de materiales de construcción distingue tres modelos globales: apertura de grandes canteras en los flancos de un monumento, excavación de fosas periféricas delimitando un área específica y aprovisionamiento de materiales locales o externos. Considera, además, que las canteras participaron plenamente en el dispositivo monumental de estas arquitecturas, ya que funcionan como elementos de compartimentación de los espacios y se emplearon para la monumentalización del paisaje. Así, las transformaciones topográficas de los lugares, tanto por rebaje de afloramientos rocosos como por excavación de las canteras, obedecen a una razón intencional contemplada en el proyecto, desarrollándose al mismo tiempo que la construcción en elevación de los monumentos propiamente dichos (Laporte, 2013).

La materialización del proyecto arquitectónico del túmulo C de Prissé-la-Charrière se ha formalizado en unidades de construcción básicas y unidades modulares. Las unidades de construcción son los elementos arquitectónicos básicos para la ejecución de la construcción, distinguiendo alveolos, terrazas, rampas, contrafuertes..., cada uno con su función arquitectónica. Estos elementos están formados por paredes de piedra seca de distinto tipo, asentados sobre una capa de cimentación de arcilla roja, con posibles refuerzos internos y rellenos de tierra. El estudio del módulo y de la disposición de los distintos muros o paredes de piedra seca permite concretar sus funciones arquitectónicas. Las unidades modulares se

conforman por la asociación de varias unidades de construcción básicas, que definen el ritmo y secuencia de la obra de construcción, discriminándose las fases del proceso de construcción de una parte concreta del monumento, así como los periodos de ejecución, parada y reanudación de la obra (Laporte et al., 2014b; Laporte, 2016).

Este desarrollo conceptual y la aplicación de esta metodología de investigación han permitido distinguir los proyectos en este complejo monumento megalítico, la obra de construcción y la organización del trabajo. En el estado actual de conocimiento actual este gran túmulo trapezoidal, de hasta 100 m de longitud, 20 m de ancho en la base del extremo este y 4 m de altura, con plataforma superior, se ha determinado que el monumento se formalizó mediante tres grandes proyectos, abarcando desde el 4460-3980 cal ANE (Laporte et al. 2002b: 179; 2006, 2010; Scarre et al., 2003: 239; Deguilloux et al., 2011: 112), ejecutados con la intencionalidad de perduración en el tiempo, es decir, de ser una construcción pétreo para la eternidad. La primera etapa, se corresponde con la presencia de un monumento trapezoidal de 25-30 m de longitud, siendo un *tertre* (estructura de tierra) provisto de una pequeña estructura megalítica circular con cofre interno, ubicado en el extremo occidental, con cantera externa circundante, y un *cairn* circular (estructura de piedra) con un dolmen de corredor en su interior (cámara 3). La segunda, definida por la construcción de la cámara 2, siendo un monumento circular formado por un *cairn* con dolmen de corredor en el interior, y con posible presencia de una construcción tumular en el extremo oriental. La tercera, definida por la construcción del gran túmulo, mediante la prolongación del monumento trapezoidal de la fase 1 hacia el sector oriental, y las canteras a ambos lados, de donde se extrajo el material de construcción, definiendo la morfología definitiva del monumento (Laporte, 2016).

Por otro lado, el estudio de la secuencia de la obra de construcción permite determinar cuestiones relativas a la organización del trabajo. Joussaume (2006) planteó la existencia de un trabajo segmentado para la construcción de los monumentos de Champ Châlon. Laporte, a través de la secuencia lineal y continua de la gran obra de construcción del túmulo C de Prissé-la-Charrière, plantea igualmente la existencia de un trabajo segmentado para la ejecución de los alveolos, existiendo numerosos equipos de trabajo con una organización en el lugar de manera simultánea y desarrollada en periodos cortos de tiempo (Laporte et al., 2010: 12). Además, por la elaboración precisa y la superposición de diferentes unidades de construcción, caso de los alveolos que estructuran las terrazas, plantea la posible existencia de trabajos especializados que pudieran estar organizados y coordinados por individuos con grandes saberes técnicos y dominios conceptuales (Laporte, 2011, 2016).

CAPÍTULO 4

EL ESTUDIO DE LAS

ARQUITECTURAS MEGALÍTICAS

4.1. CONCEPTOS Y PREMISAS BÁSICAS

Tradicionalmente ha habido un planteamiento en la investigación de las arquitecturas megalíticas de Europa de que la mayoría de las construcciones emplean “piedras en bruto”, generalmente no estando trabajadas o transformadas tras su extracción, definiéndose estas piedras de gran tamaño (*pierre-dressé*, menhires, ortostatos o losas de cubiertas) como bloques megalíticos. Esto, posiblemente, ha llevado a que se considere como una arquitectura primitiva, de carácter rudo, confundiendo, una cuestión de elección de la materia prima de muchos grupos sociales neolítico de determinadas regiones de Europa con los planteamientos conceptuales, características constructivas y técnicas de trabajo empleadas en la rica y compleja arquitectura megalítica.

Sin embargo, para nosotros, incluso el hecho de que se empleen grandes piedras sin supuestos tratamientos posteriores a la extracción de las canteras, afloramientos de rocas o provenientes de la superficie, no indica que se trate de una forma de construcción espontánea o de una técnica simple. Es más bien, todo lo contrario, pues puede ser una evidencia de dos aspectos muy relevantes: a) la existencia de estrategias de selección y explotación de materias primas muy depuradas, con una pericia técnica en los sistemas de extracción de las grandes piedras de los afloramientos y canteras, debiendo existir un planteamiento mental de la cadena operativa a desarrollar para su explotación y una concepción del tipo de bloque que se va a extraer y la función como elemento constructivo, como se ha demostrado en las piedras erigidas (*pierres dressées*) que forman los diversos alineamientos de Carnac (Mens, 2008, 2013); b) un significado simbólico y cultural de los bloques extraídos, vinculándose de este modo la arquitectura megalítica con el paisaje, con códigos y significados complejos (Tilley, 1994, 1996b; Scarre, 2004, 2009).

Creemos que la consideración primaria de la arquitectura megalítica ha supuesto una visión reduccionista de parte de un sector de los arqueólogos investigadores del megalitismo y una minusvaloración de las capacidades conceptuales y técnicas de sociedades durante el Neolítico y Edad del Cobre en Europa, que desarrollaron determinados planteamientos constructivos y espaciales en las diversas formas de las arquitecturas, regidas por parámetros, intencionalidades, principios y métodos de construcción, con un fuerte componente territorial, capaces de generar una organización específica de los paisajes, que definimos arqueológicamente desde el presente como paisajes rituales, ceremoniales, simbólicos o funerarios. Estos grupos sociales, además, fueron capaces de dominar unos saberes constructivos y técnicos particulares, que debieron residir en determinados individuos, algunos de ellos posiblemente especializados en la construcción de arquitecturas en piedra de escala monumental, y que debieron transmitirse de generación en generación al igual que otras “artesánías especializadas”, siendo portadores de determinados valores identitarios, plasmados

en las formas de las arquitecturas y maneras de construirlas, con unos usos y significados que podrían representar a la colectividad de estos grupos sociales.

No obstante, esta reflexión general debe ser matizada y entendida en su adecuado contexto geográfico y diacrónico, pues la variedad de formas, técnicas de construcción, usos y funcionalidades de las arquitecturas megalíticas de la Prehistoria Reciente de Europa occidental, con una escala de desarrollo temporal y espacial muy diversa de cada región, obliga a considerar la existencia de diversos megalitismos. En éstos, podemos encontrar nexos de unión en los distintos planteamientos conceptuales y formalizaciones constructivas de las primeras arquitecturas monumentales en piedra, pudiendo identificarse y compararse en ellas un conjunto de valores y significados comunes.

La primera arquitectura monumental en piedra, como toda arquitectura, cuenta con un desarrollo en el espacio y en el tiempo. Por un lado, esta ecuación espacio-temporal es de índole general, habiéndose vinculado de manera indisoluble el megalitismo al proceso de neolitización de Europa, además de la posterior transformación durante el periodo denominado Calcolítico. Por otro lado, existe un espacio y un tiempo particular para cada monumento megalítico, que cuenta con una morfología, cronología, historia constructiva y usos particulares, que se comprenden arqueológicamente desde una escala de análisis local y regional.

Cada construcción es única y particular, contando con unas características formales y espaciales que responden a su historia constructiva y a los usos que haya tenido a lo largo del tiempo. A pesar del empleo de materiales duraderos y de la ejecución de técnicas constructivas muy sofisticadas, la mayoría de las arquitecturas megalíticas se preservan en la actualidad en estado de ruina, conservando sólo parcialmente el conjunto de elementos constructivos con las que fueron pensadas y ejecutadas. Del mismo modo, el estado de conservación de cada monumento depende de la forma en la que fue transformado estructuralmente, de su proceso de abandonado, de cómo se ha reutilizado con posterioridad, de los reiterados usos históricos que haya tenido, de los agentes de alteración naturales y antrópicos, de las propias excavaciones arqueológicas y obras de restauración que se hayan realizado en ellos; en definitiva, de su propia historia constructiva y biografía, que material y documentalmente los hace diferentes.

Así, en la mayoría de los casos los monumentos megalíticos no se conservan integralmente tal como fueron concebidos y erigidos, preservándose materialmente parte del espacio arquitectónico que ocupaban y restos de los elementos constructivos que lo componían, permaneciendo en unos paisajes que se han transformado totalmente y que no permiten comprender fácilmente su función territorial y su valor simbólico. No obstante, desde una adecuada investigación arqueológica podemos aproximarnos a las principales dimensiones que definen esta arquitectura: la concepción arquitectónica y la obra de construcción. Ello exige, que se explicita de manera previa el conjunto de elementos conceptuales teóricos por los cuales

puede ser definida la arquitectura megalítica (al menos los considerados en el estado actual del conocimiento), que se proponga una metodología de investigación centrada en el análisis de estos complejos yacimientos arqueológicos desde la que se estudie todos los aspectos relacionados con la construcción y usos de estos monumentos, en sus componentes espaciales y temporales. Desde esta base, podremos abordar y correlacionar estas arquitecturas con las prácticas sociales (funerarias, rituales, ceremoniales, votivas o culturales), usos llevados a cabo en ellas y las diferentes intencionalidades constructivas y significados contextuales.

Los conceptos y los términos que planteamos en este apartado se enmarcan en un conjunto de líneas de investigación de la arquitectura megalítica orientadas a la discusión de su dimensión proyectual (Laporte, 2010a, 2010b; Laporte et al., 2014a, 2014b; Laporte, 2015a, 2015b; Laporte, 2016), definición de las formas y de los modelos arquitectónicos como producto de varias fases constructivas (Joussaume, 2003b; Laporte, 2010a, 2010b), determinación de principios conceptuales e intencionalidades constructivas (Laporte et al., 2002; Cummings et al., 2002; Scarre, 2004), aproximación a los significados de los monumentos (Bradley 1998, 2000a, 2002a; Furholt y Müller, 2011; Müller, 2014), conocimiento de los métodos constructivos (Dehn y Hansen 2000, 2006a; Dehn, 2009) y procesos de construcción (Cummings y Richards, 2014, 2016; Dehn, 2016) estudio de las técnicas de extracción, transporte y colocación de los materiales (Darvill, 2009, 2014; Mens, 2008, 2013; Scarre, 2009; Laporte, 2013; Westphal, 2016), comprensión del espacio arquitectónico de las sepulturas colectivas y de las prácticas funerarias (Chambon, 2003; Chambon y Leclerc, 2008; Masset, 1993; Leclerc, 1999; Laporte, 2012), establecimiento de la temporalidad y cronología de las construcciones (Baylis y Whittle, 2007; Scarre, 2010, 2011b; Scarre et al., 2003; Lozano Medina y Aranda Jiménez, 2017), entre otras.

La monumentalidad es uno de los temas centrales de definición e investigación de las arquitecturas megalíticas. De partida, la propia definición de estas construcciones como monumentos lleva implícito su consideración como arquitecturas generalmente inmensas, colosales por su tamaño, perdurables en el tiempo y contenedoras de la memoria de los grupos sociales que las erigieron y utilizaron.

Partiendo de estas premisas generales, vamos a desarrollar una serie de principios y consideraciones teóricas que pueden caracterizar a las arquitecturas megalíticas, con el objeto de establecer los elementos clave que guíen a una mejor comprensión como objeto de conocimiento arqueológico y poder articular una metodología de análisis, que se centra en la investigación del área de la provincia de Huelva dentro del contexto del megalitismo del sur de la Península Ibérica.

4.2. EL PROYECTO ARQUITECTÓNICO

Toda arquitectura se desarrolla en el espacio y el tiempo. Del mismo modo, posee dos esferas diferenciadas: su concepción y su construcción. En este sentido, la primera arquitectura monumental en piedra debe ser abordada desde dos elementos de estudio: la arquitectura y la construcción.

El término arquitectura, según el diccionario de la Real Academia de la Lengua Española, deriva del latín *architectūra* y se define como el “arte de proyectar y construir edificios”. Por tanto, por arquitectura se puede entender la proyección, diseño y construcción de espacios por el ser humano (Benevolo, 1994; Villagrán García, 2007). Otra posible definición es la que hace referencia a su raíz etimológica, procedente del griego, pues arquitectura se forma por la conjunción de dos palabras: *arjé*, el principal, el que manda, el primero, y *tekton*, que significa construir, edificar. Por tanto, esta definición recae en la figura del arquitecto, responsable de las tareas de dirección y ejecución de la actividad constructiva (Solá Morales et al., 2000). La palabra construcción deriva del latín *constructiō*, que se define como la “acción y efecto de construir”, “arte de construir” y “obra construida o edificada”. Por tanto, por construcción se entiende la ejecución material de unas obras siguiendo un plan previamente establecido, mediante elementos, normas técnicas y materiales adecuados necesarios para la formalización de una edificación.

Por tanto, y siguiendo estas definiciones, aunque los conceptos de arquitectura y construcción van unidos, tienen significados distintos. La arquitectura lleva aparejado un componente de concepción, es decir, lo que se entiende convencionalmente como proyecto arquitectónico. Mientras tanto, la construcción, hace referencia a la ejecución material del planteamiento plasmado en el proyecto. Creemos que estas dos esferas son posibles de diferenciar, analizar e interpretar en los monumentos megalíticos de la Prehistoria. Desde una metodología arqueológica adecuada es viable esclarecer algunas de las variables que residen en los planteamientos conceptuales y fundamentalmente cómo se ejecutan y formalizan las construcciones, pues contamos parcialmente con los elementos materiales que permiten identificar, estudiar e interpretar las secuencias constructivas, métodos empleados y los procesos de trabajo.

Toda arquitectura megalítica se lleva a cabo mediante una concepción previa de lo que se quiere construir, tomando en consideración la forma del edificio, los parámetros o principios que deben regir su construcción, qué intencionalidades hay detrás, cuál es su espacialidad arquitectónica y su espacialidad paisajística, en qué tiempo se hace y cuánto tiempo dura y evidentemente su funcionalidad, entre otras. Esta concepción previa del monumento megalítico podría concretarse como el proyecto arquitectónico, en los términos que ha definido Laporte (2010a, 2015a, 2016). Consideramos, que la forma de cada monumento megalítico depende de dos variables: a) de la

naturaleza del proyecto arquitectónico, inspirado en un modelo conceptual, que se plasma en una forma construida con una serie de intencionalidades; b) de las técnicas constructivas, es decir, del conjunto de acciones y operaciones de trabajo que se llevan a cabo para ejecutar materialmente la construcción megalítica, que se desarrollan en formas de organización espacial y técnica específicas en cada tipo de sociedad.

4.2.1. MODELOS, FORMAS Y TIPOS ARQUITECTÓNICOS

Cada proyecto arquitectónico plantea la construcción de un monumento megalítico de manera distinta, debiendo regirse por los criterios formales, constructivos y técnicos de un modelo arquitectónico previo.

El modelo arquitectónico cuenta con dos variables: conceptual y material. La primera, remite a los planteamientos, parámetros, ideas, intencionalidades, concepción del espacio y desarrollo temporal en el que debe ejecutarse la construcción. La segunda, la variable material, define la propia arquitectura, es decir, la forma arquitectónica.

Por tanto, la forma es la materialidad que adquiere el modelo arquitectónico, siendo un objeto construido en el que se plasma materialmente las propiedades de un modelo determinado, que lleva asociado unos usos (funerarios, rituales, simbólicos o territoriales) y donde se expresan determinados elementos de las identidades socioculturales.

Los tipos arquitectónicos, por el contrario, son categorías abstractas creadas por los arqueólogos al objeto de clasificar las diversas formas arquitectónicas. La tipología ha sido el principal instrumento de análisis arqueológico que ha permitido la clasificación de los tipos en grupos de arquitecturas. Esta se fundamenta en la identificación de similitudes formales, la discriminación de elementos constructivos en los que se evidencien relaciones y asociaciones estructurales entre las formas arquitectónicas.

Para nosotros la forma arquitectónica de cada construcción megalítica responde a un modelo arquitectónico. La condición fundamental de todo modelo arquitectónico es que la forma se pueda repetir tal cual sin apenas variantes constructivas. Su formación puede sustentarse en un prototipo que da origen al modelo, como consecuencia de las transformaciones continuas de las construcciones. Así, su morfología obedece a la ejecución material de múltiples fases constructivas en los monumentos o a la realización de un único proyecto arquitectónico, cuando éste ya está consolidado.

Todo ello implica que cada modelo arquitectónico cuente con dos elementos reconocibles desde el análisis arqueológico: a) unas formas arquitectónicas, técnicas de construcción y empleo de materiales perfectamente definidos y contrastados, con unos elementos estructurales discriminantes; b) que su construcción sea recurrente en un marco diacrónico y regional concreto, siendo reproducible de manera reiterada con los mismos planteamientos arquitectónicos. Estos condicionantes se cumplen en las arquitecturas megalíticas monumentales en piedra de Europa occidental, contrastándose la existencia de diversos modelos con desarrollos temporales y territoriales bien documentados.

4.2.2. PRINCIPIOS O PARÁMETROS CONCEPTUALES

Las arquitecturas megalíticas se rigen por una serie de principios conceptuales que definen parte de la construcción y ejecución del espacio arquitectónico, destacándose en las investigaciones tres parámetros recurrentes: simetría, asimetría y efectos de perspectivas.

Simetría/asimetría

Simetría significa la correspondencia exacta en forma, tamaño y posición de las partes de un todo. El principio de simetría en arquitectura es un concepto recurrente aplicado en la práctica desde las primeras construcciones que formaliza la humanidad. La simetría es una propiedad geométrica reconocible en la configuración constructiva y distribución espacial de una edificación. La simetría axial o radial se produce cuando existe una correspondencia exacta en la disposición regular entre las partes o puntos de un sector con el otro, en relación con un centro que se conoce como eje o plano. Desde el punto de vista formal se entiende que una construcción simétrica se caracteriza por su proporcionalidad, orden y armonía. Incluso en las construcciones simétricas existen propiedades estéticas, considerándose que son más bellas. Desde el punto de vista constructivo, una edificación simétrica es más estable estructuralmente, presentando una distribución de cargas equilibradas, por tanto con menores riesgos de concentración de esfuerzos. La asimetría es lo contrario, pudiendo definirse como la falta de correspondencia entre las partes de un espacio edificado, presentando un desequilibrio estructural y una desigual distribución espacial.

La simetría y la asimetría son dos conceptos que están íntimamente interrelacionados y muy próximos en las arquitectura megalíticas. Varios autores han mostrado que los grupos constructores de megalitos del Neolítico eran capaces de manejar ciertos conceptos de simetría que fueron aplicados con rigor y precisión en las arquitecturas funerarias, tal como se explicitado literalmente: “neolithic societies were perfectly capable of employing strict symmetry in the design of these early funerary architectures, and implementing in the field with rigour and precision” (Laporte et al., 2002: 78). También se ha destacado que en muchos monumentos megalíticos empleaban para su construcción diferentes materiales obtenidos del medio geológico local con

una clara intencionalidad constructiva de disponerlos de manera opuestas, pareados o simétricos, como ha destacado Scarre (2004: 187): “many megalithic structures appear by intention to incorporate stones of different geological types and origins. This is demonstrated by the fact that the different stones are often arranged not haphazardly but in specific patterns within the monuments. Symmetries, pairings and oppositions are often observed”.

Coincidimos que la simetría es uno de los principios conceptuales más recurrentes de las arquitecturas megalíticas. Sin embargo, creemos que no podemos entender los principios de simetría como elementos de la geometría actual, asociados a unos parámetros cartesianos y matemáticos. Así, difícilmente exista una construcción megalítica que presente una simetría axial exacta, con una planta con dos partes totalmente idénticas en sus proporciones, medidas y unos alzados que se repitan literalmente en las distintas partes, pues el diseño y proceso de ejecución estaban regidos por una lógica racional distinta a la actual, donde debieron primar una serie de elementos cognitivos (principios ideológicos y valores simbólicos) y técnicas constructivas (métodos y materiales) con unos planteamientos de la simetría en unos términos distintos. Así, en las arquitecturas prehistóricas observamos la aplicación de soluciones formales bilaterales, creación de espacios duales, disposición pareada de estructuras y elementos constructivos, uso binario de materiales y distribución de grupos en pares en los emplazamientos, más que una geometría simétrica exacta de las formas arquitectónicas.

Partiendo de estas premisas y consideraciones creemos que existen principios simétricos tanto en las propias arquitecturas como en la distribución espacial/territorial de las estructuras en relación con otras construcciones y/o con el paisaje donde se emplazan, definiendo grupos binarios. Estos conceptos, además, se pueden observar y verificar desde el análisis arqueológico de los métodos constructivos y los materiales empleados, pudiendo plantearse la existencia de ritmos duales en los procesos de construcción de las arquitecturas. En este sentido, analizamos a continuación un conjunto de conceptos de simetría que han sido identificados en varias áreas de monumentos megalíticos funerarios de distintas cronologías y formas. Lógicamente, por oposición también se abordan cuestiones referentes a la asimetría.

Simetría y asimetría estructural: elementos estructurantes de los túmulos y las cámaras

En el oeste y norte de Francia un conjunto de investigadores han destacado la existencia de principios estructurales fundamentados en la simetría para la construcción de los túmulos (Laporte et al., 2002). En el caso de túmulo C de la necrópolis de Champ Châlon I (Benon, Charente-Maritime), se ha puesto de manifiesto la existencia de estructuras celulares o alveolares internas dispuestas de manera simétrica al eje central del monumento. Este eje de simetría, definido por la alineación este-oeste de la estructura funeraria del lateral este, compuesta por un corredor y una cámara de morfología seudocuadrangular contenido dentro de un *cairn* circular, se emplea como elemento de referencia a partir del cual se construyó el túmulo. La organización y secuencia de construcción del túmulo se llevó a cabo a partir de este eje,

disponiéndose de manera consecutiva estructuras celulares de paredes de piedra seca, rellenas de tierra a uno y otro lado, hasta la formalización del gran túmulo alargado de morfología trapezoidal, delimitado por una pared de piedra seca cuadrangular (Joussaume, 2006: 50-61).

No obstante, la mayoría de los grandes túmulos alargados del Neolítico Medio de oeste y centro de Francia presentan plantas asimétricas (Figura 4.1), en especial los túmulos alargados de planta trapezoidal, caso de Guennoc III y Barnenez (Giot, 1987), Er Grah (Le Roux, 2006) y el túmulo C de Prissé-la-Charrière (Laporte et al., 2002a, 2002b; Laporte, 2010, 2011, 2013, 2016) entre otros. Todos estos monumentos presentan elementos asimétricos en las plantas y en las secciones. En las plantas se observa una ligera asimetría, siendo un extremo más ancho que otro, con una marcada deformación respecto al eje central. Las secciones de los dos flancos también son diferentes, presentando el extremo más ancho un perfil escalonado abrupto, mientras el extremo opuesto, más estrecho, es de perfil suave. Esta peculiar forma obedece a dos razones complementarias. Por un lado, se ha evidenciado que el extremo de perfil escalonado suele presentar cámaras funerarias de mayor tamaño. Por otro lado, se ha destacado que la morfología asimétrica debe ponerse en relación con una intencionalidad constructiva de monumentalización, tal como se ha evidenciado en el túmulo de Péré C de Prissé-la-Charrière (Laporte et al., 2002a).

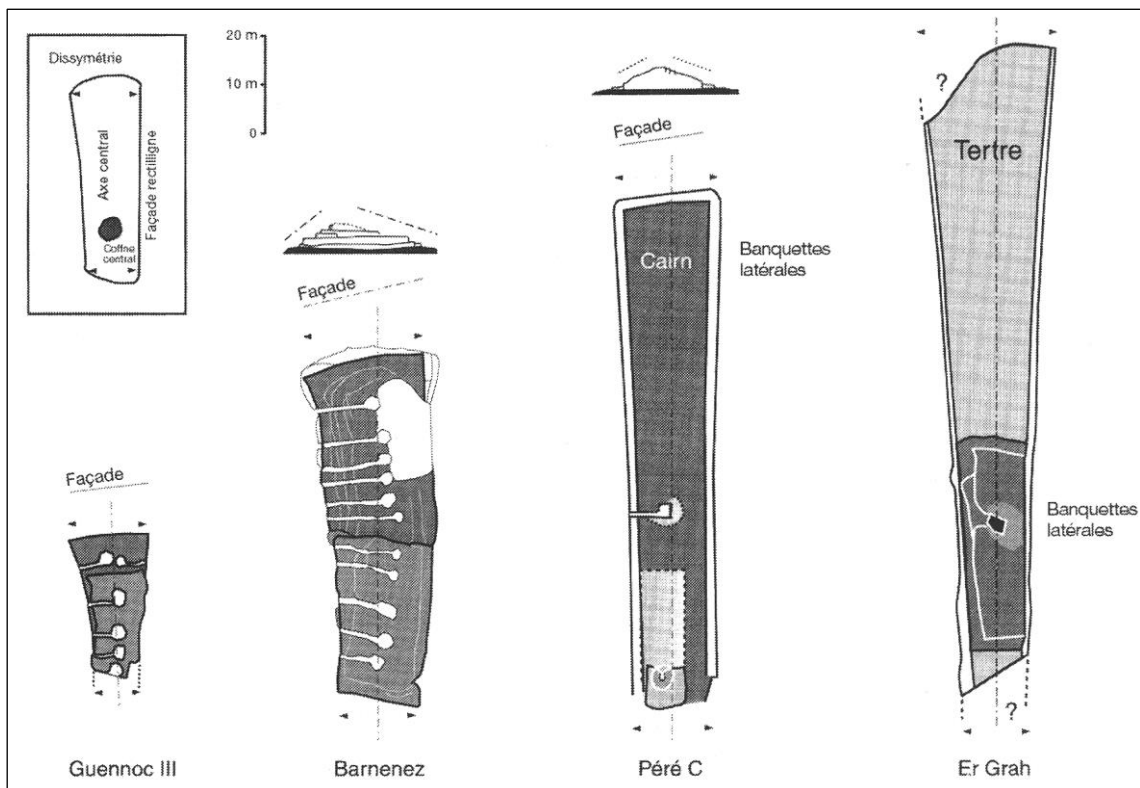


Figura 4.1. Monumentos tumulares alargados de plantas asimétricas del centro-oeste de la fachada atlántica de Francia (Laporte et al., 2002a, figura 5.5.)

En el caso de los monumentos de morfologías cuadrangulares o rectangulares debió existir un planteamiento constructivo de simetría axial, como se ha observado en determinados monumentos del Neolítico Medio-Final del área del Loira Atlántico, destacando las denominadas tumbas en transepto de la bahía de Pornic, caracterizadas por presentar estructuras internas ortostáticas con un corredor y cámaras dispuestas pareadas a ambos lados contenidas dentro de túmulos cuadrangulares o trapezoidales formados por paredes de piedra seca.

En el caso de la tumba megalítica en transepto de La Joselière (Le Clion-sur-Mer), se ha destacado la simetría de la planta de la estructura interna construida mediante ortostatos, definida por un corredor axial que habilita el acceso a las cuatro cámaras, dispuestas de dos a dos de manera enfrentadas a cada lado, presentado las del fondo pequeñas lajas dispuestas en la alineación de las paredes del corredor que refuerzan el concepto de simetría y de compartimentación espacial (L'Helgouach et al., 1989). En el cercano túmulo de Les Mousseaux (Pornic), que contiene dos tumbas de transepto construidas posiblemente en dos fases y enmarcadas dentro de un túmulo de tendencia trapezoidal (L'Helgouach, 1977; L'Helgouach y Poulin, 1984), la simetría se ha aplicado como un criterio constructivo para la disposición de los ortostatos de areniscas de diferentes tonalidades y texturas, combinados de manera dual en cada pared de los corredores y cámaras, que expresan también una clara simbología del color (Scarre, 2004: 193-195). En este sentido, puede argumentarse que existió una intencionalidad constructiva determinada, documentándose la aplicación de patrones constructivos recurrentes. Así, en el corredor del dolmen norte se presentan dos pares de ortostatos de arenisca de color gris y gris-amarillento al exterior, dos pares intermedios de arenisca ferruginosa rojiza y en el tramo interior dos pares de arenisca de color arenisca gris y gris-amarillenta. En el corredor del dolmen sur, por otro lado, se ha constatado dos pares de arenisca gris de diferentes texturas en la entrada, dos pares intermedios de arenisca ferruginosa rojiza y al final dos pares de arenisca fina con inclusiones de cuarzo.

Simetría dual: la paridad en las construcciones

La dualidad es una forma de simetría muy común en determinadas formas arquitectónicas funerarias. Esta puede ser entendida como la disposición de estructuras pareadas y/o gemelas de similares características constructivas y materiales, aunque evidentemente no son completamente idénticas. Estas características duales pueden darse en las estructuras internas (corredores y cámaras), en los elementos constructivos que conforman los túmulos (masas tumulares, paredes y anillos) y en estructuras o dispositivos externos.

Destaca el caso de los dólmenes daneses, donde se ha documentado una reiteración en la morfología de las estructuras con cámaras dobles, cámaras gemelas y piedras duales, sobre todo en las áreas de Zealand y norte de Jutland (Dehn y Hansen 2006a; Westphal, 2016). Son dólmenes que presentan unos métodos y técnicas constructivas muy especializadas y un marco cronológico muy específico, desarrollándose los diversos modelos c. 3300- 3100 cal ANE (Dehn

y Hansen, 2006b). Estos monumentos generalmente contienen dos estructuras internas, definiendo tumbas de corredor en forma de “T”, constituidas por dos cámaras con corredores independientes de distintos tipos: con una cámara dividida en dos partes por ortostatos con dos corredores paralelos de acceso; con dos cámaras dotados con dos corredores independientes dispuestos en paralelo; y, con dos cámaras y corredores de acceso independientes dispuestos ligeramente oblicuos en forma “V” o “V” invertida (Dehn y Hansen, 2000). Estas tumbas con cámaras “gemelas” o “pareadas” fueron construidas en un mismo episodio dentro de un mismo planteamiento y concepción arquitectónica, es decir, en una secuencia constructiva lineal (Dehn, 2016). Las cámaras presentan pequeñas diferencias en el tamaño y en los materiales empleados, siendo más grandes generalmente las de la parte izquierda, empleándose piedras mejor seleccionadas y adaptadas al espacio arquitectónico: ortostatos más regulares y altos, piedras intermediarias (*intermediate stones*) regulares dispuestas entre los ortostatos y losas de cubierta, lajas de mampostería de piedra seca más uniformes, e incluso en las piedras dispuestas en la conexión entre corredores y cámaras (*cornestones*), que sirvieron para la formación del eje simétrico constructivo. Estas diferencias entre las cámaras se ha interpretado como consecuencia del proceso constructivo de los dólmenes de corredor de cámaras dobles y gemelas, articulado en dos etapas: la primera, en la que se construye la cámara mayor con los mejores materiales; la segunda, cuando se erige la cámara menor, empleándose los materiales sobrantes. A este respecto hay excepciones, caso de la tumba de Troldestuene, que presenta dos cámaras con un tamaño idéntico, pudiendo haberse construido a la misma vez, tal como parecen indicar la forma y disposición de las dos grandes piedras claves (*keystones*) de las cámaras (Dehn y Hansen 2000, 2006a).

Esta dualidad se presenta también en el tipo de materias primas y en su colocación dentro de los corredores y cámaras megalíticas, documentándose la disposición de una determinada forma de simetría de “piedras gemelas” en distintos elementos constructivos: ortostatos y losas de cubierta. Así, se emplean predominantemente dos materiales, bloques de gneis y sobre todo bloques de granito procedentes de glaciares erráticos, mediante la colocación de piedras por pares (usándose las dos caras de un mismo bloque) en las paredes de las cámaras y corredores (unas frente a las otras en las dos paredes contrarias o unas al lado de las otras) o unas junto a las otras (Dehn y Hansen 2000, 2006a; Dehn, 2009).

Estos mismos parámetros de dualidad o paridad se han observado en dos dólmenes de corredor y cámara única construidas en emplazamientos cercanos, como han demostrado en el caso de las tumbas de Grønnehoj y Ubbi Dysselod, que están separados 70 m uno del otro. Éstos presentan una planta de morfología y tamaño muy similar, pero se construyeron de manera distinta. El primer dolmen, cuenta con una altura de cámara muy común, en torno a 1,60-1,70 m. El segundo es más singular, alcanzando hasta 2,60 m de altura en la cámara, teniendo además ortostatos de materias primas cuidadosamente seleccionadas, siendo elaborados mediante unas técnicas de trabajo muy precisas (Dehn y Hansen, 2006a).

Para sus investigadores la construcción de las cámaras duales lleva aparejado la existencia de conceptos más complejos que van va allá del planteamiento arquitectónico. En este sentido, la intencionalidad constructiva recurrente de las arquitecturas funerarias duales o simétricas con una separación espacial de las dos cámaras, debe tener también significados simbólicos y sociales, pudiendo remitir al tipo de estructura u organización social, que también es dual, tanto en términos de diferenciación u oposición entre géneros (hombre/mujer) (Dehn y Hansen, 2006a), como en la formación de las alianzas de las sociedades clánicas del área de Escandinavia (Tilley, 1996a). Por ello, en estas arquitecturas funerarias duales se reflejan materialmente la visión del mundo de estas sociedades neolíticas (Dehn, 2009: 21).

Simetría y asimetría espacial: arquitectura y paisaje

La aplicación de principios de simetría en determinadas arquitecturas megalíticas también pueden estar motivados por las diversas formas de inserción en el paisaje y por las relaciones espaciales con otras estructuras a las que se asociaban territorialmente, caso de las necrópolis, que pueden presentar construcciones con una distribución y organización binaria o dual.

Por tanto, creemos, habría que extender los parámetros de análisis a la distribución espacial de los conjuntos de las arquitecturas funerarias, al objeto de evaluar la posible presencia de grupos regidos por los principios de simetría, entendidos en términos de formalización de emplazamientos binarios de arquitecturas, que pueden situarse en el mismo lugar o en enclaves próximos, guardando una estrecha relación visual, conexión espacial y continuidad arquitectónica. Además, creemos que estos principios de simetría en cuanto a la distribución en el espacio y a las elecciones de los emplazamientos topográficos pueden tener su correspondencia con los elementos estructurantes de las construcciones, es decir, con la presencia de elementos regidos también por la dualidad o paridad de los corredores, cámaras y empleo de materiales.

Un caso de análisis, donde se muestra la relación de las arquitecturas con los paisajes, es el estudio realizado sobre los emplazamientos de los túmulos con cámaras funerarias del tipo Costwold-Severn en el sudeste de Gales (Cummings et al., 2002). En este trabajo se concluye que las diferencias entre simetría y asimetría de las plantas de los monumentos megalíticos obedece a una determinada concepción de relación espacial con el paisaje, trazándose los ejes centrales de cada arquitectura en función de una determinada visualización y de los puntos de transición o de contraste identificados en los mismos, generalmente definidos por los principales accidentes topográficos. Con esto, a través de las construcciones se enfatizaron los puntos focales de transición del paisaje, remarcándose los elementos de transición simétricos y disimétricos del espacio.

Estos monumentos del Neolítico, contruidos entre el 3800-3400 cal ANE (Bayliss y Whittle, 2007), se caracterizan por presentar un túmulo alargado de morfología trapezoidal con una

fachada cóncava en la extremidad más ancha, pudiendo darse distintas disposiciones de las cámaras: dos cámaras en cada extremo de las fachadas más largas, dos cámaras opuestas en los extremos o sólo una gran tumba axial en transepto en la fachada cóncava (Scarre, 2007a).

En la investigación de los monumentos de la región de las Montañas Negras, en Gales, se observa que todos los sitios analizados (Ty Isaf, Pipton, Penwyrold, Ty Iltyd, Arthur's Stone, Little Lodge) presentan una simetría básica bilateral en la planta de los túmulos (Cummings et al., 2002). Sin embargo, sus cámaras internas se disponen de manera asimétrica, siendo también asimétricas en sus propias plantas y los tipos de piedras empleadas en su construcción, fundamentalmente las dispuestas en las fachadas de mayor longitud (Figura 4.2). Incluso, los depósitos funerarios localizados en su interior se definen espacialmente por patrones asimétricos. La observación y percepción de estos hechos llevó a proponer a sus investigadores que estos sitios eran espacios de transición el espacio de los muertos, de transformación entre los espacios de los vivos, definidos por la simetría de los cuerpos y caracterizados por sus marcadas asimetrías motivadas por las fragmentaciones y desarticulaciones. Por tanto, entienden que simetría y asimetría no sólo son una simple oposición binaria, sino formas distintas y yuxtapuestas de percibir el mundo por parte de las sociedades neolíticas.

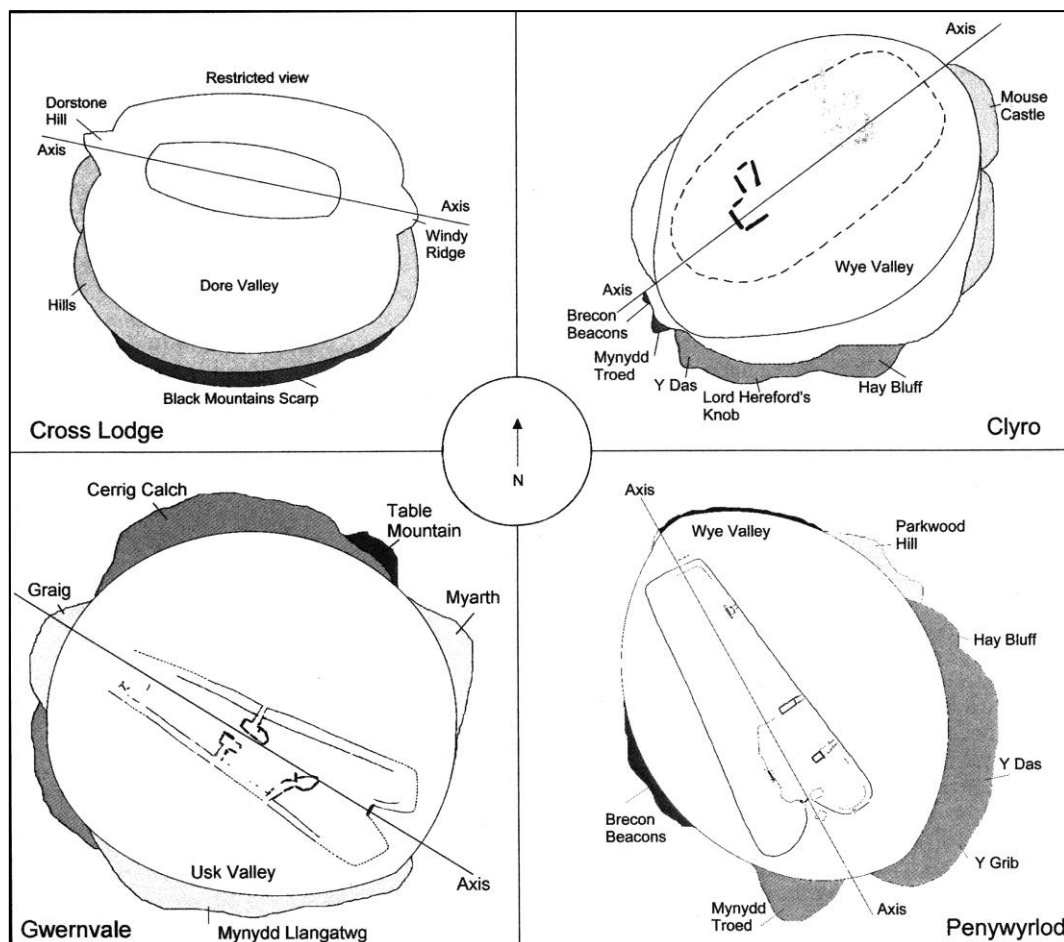


Figura 4.2. Arquitecturas con disposición asimétrica de las cámaras de las Montañas Negras (Gales). Relación con los elementos del paisaje (Cummings et al, 2002, figura 2).

En relación con estas arquitecturas funerarias, argumentan que sus constructores incorporaron de manera deliberada principios asimétricos, a través de las formas, el color, la textura y la procedencia de las piedras, con la intencionalidad de que fuesen percibidos por los individuos, proporcionándoles también una sensación de asimetría desde la experiencia personal subjetiva, tal como explicitan: “since experience is both subjective and culturally-specific, the builders of these monuments seem to have deliberately incorporated as many different asymmetrical attributes as possible. The texture, shape, colour and origin of the stones provide different ways of conveying a similar feeling of asymmetry” (Cummins et al., 2002: 66).

Efectos de perspectiva

Para la construcción de determinadas formas de arquitecturas megalíticas, al igual que en otros estilos o manifestaciones de otras épocas, se manejaron conceptos de efectos de perspectiva al objeto de provocar sobre ellos una determinada visión y percepción. Estos efectos de perspectiva estarían dirigidos a los individuos que contemplaron y usaron estas estructuras, tanto en los espacios internos como externos, debiendo percibir estas construcciones de una manera determinada. La perspectiva, en definitiva, depende de su observador, que a través de los distintos sitios de donde vea el monumento megalítico, teniendo en cuenta las variables de enfoque, altura y distancia, tendrá una diferente percepción del mismo. En la construcción de estas edificaciones suelen destacarse partes concretas, mediante diversos dispositivos, por lo que pudo existir una intencionalidad clara de fijar la mirada hacia esos puntos o sectores para que se produjera una determinada ilusión óptica en la experiencia personal.

Estos efectos de perspectiva se desarrollan en la conceptualización de la arquitectura y se plasmaron, consecuentemente, en la ejecución de la construcción, pudiendo observar desde el análisis arqueológico la posible existencia de efectos de perspectiva intencionales y cómo estos fueron exhibidos materialmente mediante la creación de un conjunto de dispositivos y elementos estructurales. En este sentido, podrían destacarse varios tipos de efectos de perspectiva manejados en las arquitecturas megalíticas: perspectiva lineal, anamorfosis y, quizás, la perspectiva invertida. Éste es un tema no demasiado estudiado y documentado en relación con el megalitismo, existiendo pocas propuestas interpretativas en esta dirección (Laporte et al., 2002a; Laporte, 2015a.)

El efecto de perspectiva lineal se consigue mediante la construcción de elementos lineales dispuestos de manera paralela. Mediante su visión se provoca una ilusión óptica en la que las líneas se van aproximando hasta converger en un punto de fuga, provocándose un efecto de mayor profundidad. Mediante este efecto en arquitectura se pretende generar una visión y sensación para el espectador de mayor espacio, volumen y profundidad. Respecto a las arquitecturas megalíticas, el manejo conceptual de este principio y su aplicación constructiva puede ser entendido como una forma específica de monumentalidad.

En el caso del túmulo C de Prissé-la-Charrière se ha interpretado la existencia de un determinado efecto de perspectiva que provocaba una impresión visual de mayor monumentalización de la construcción, priorizando su visión desde del ángulo sureste externo (Laporte et al., 2002; Scarre et al., 2003; Laporte et al., 2014a; Laporte, 2015a). Esto se consiguió mediante tres acciones constructivas complementarias. La primera, a través de la construcción de un pedestal tallado en la roca de manera escalonada al exterior de la fachada principal del monumento, formando gradas paralelas que disminuyen progresivamente en altura y anchura, con lo que se forzó de una manera consciente la óptica y el encuentro de las líneas de fuga, obteniéndose una visión del monumento de mayor profundidad y, por tanto, de mayor longitud. La segunda, se consiguió mediante la disimetría de la planta del túmulo y del volumen elevado de la masa tumular, existiendo un juego de alturas crecientes y decrecientes. Esta disimetría forzó la perspectiva, creando un punto de vista privilegiado hacia el sureste, donde esta masa tumular es más impresionante y monumental. Así, mediante las líneas de fuga excavadas en el sustrato de roca, otorgando una mayor profundidad y distancia en la fachada, y la disimetría del túmulo, que provocaba una deformación del espacio, se acentuó un efecto de perspectiva visual desde el flanco sureste del túmulo. Con esto, se defiende que el túmulo C de Prissé-la-Charrière presenta una forma y diseño específico planteado en el proyecto arquitectónico del monumento, con efectos de perspectivas y deformaciones ópticas (Laporte, 2015a) que le otorgaría una gran monumentalidad y una determinada percepción espacial en el paisaje en el que se emplazó, introduciendo características específicas en su diseño para manipular la manera la que fue percibido en su dominio espacial y emplazamiento territorial (Laporte et al., 2002: 80).

Este efecto de perspectiva es común en muchos monumentos megalíticos del Neolítico Medio, caso de gran parte de los túmulos alargados trapezoidales del oeste de Francia y en los alineamientos de Carnac. En concreto, en el alineamiento de Kerlescan la altura de las *pierres-dressées* disminuyen y se unen progresivamente al final del alineamiento, forzando un tipo de perspectiva lineal (Le Roux, 1997, 2006).

La anamorfosis o anamorfismo es un efecto de perspectiva utilizado para forzar al observador un determinado punto de vista preestablecido o privilegiado, empleando recursos ópticos que provocan una deformación en la visión. En el caso de la arquitectura se emplean elementos materiales contruidos y dispuestos de una manera determinada para inducir esta ilusión óptica de deformación. Por tanto, mediante la anamorfosis se provoca una distorsión visual sobre un plano que genera una ilusión óptica, apreciándose solamente desde un punto de vista distinto al habitual desde el que se ve la imagen real.

Para Laporte (2015a) un efecto de perspectiva empleado de forma recurrente por los constructores neolíticos de las arquitecturas megalíticas es el de anamorfosis, sosteniendo que

existe un manejo de estos principios constructivos con anterioridad a la Grecia Clásica, como se ha entendido tradicionalmente. Así, literalmente sostiene que:

“La forme la plus aboutie pour les temps anciens en est sans doute l'anamorphose. Cela permettait de compenser les déformations visuelles, liées à un effet de perspective... Un principe similaire permettra de déformer l'espace au fur et à mesure des déplacements d'un observateur autour ou à l'intérieur de l'édifice, donnant alors l'illusion d'un mouvement propre à l'enveloppe de ce qui a été construit en réalité avec une matière inerte. Nous croyons pouvoir démontrer que, déjà, de tels principes avaient parfois été mis en œuvre par les bâtisseurs du Néolithique” (Laporte, 2015a: 44).

El principio de anamorfosis lo ha documentado en el dolmen de Soto (Trigueros, Huelva), observando la planta disimétrica y de la diferente disposición de los ortostatos en un tramo muy concreto de esta gran “galería megalítica”. La pared norte presenta un trazado rectilíneo, con ortostatos dispuestos verticalmente y alineados. Por el contrario, en la pared sur se presenta un tramo curvo de la cámara en conexión con la cabecera. Esto debió aportar al observador una deformación del espacio cuando se desplazaba a lo largo la cámara, sobre todo a la altura del tramo de la pared curva del lateral sur. Este efecto, puede haberse conseguido mediante la colocación de ortostatos en un trazado curvo, dispuestos de manera oblicua y recostados levemente sobre la masa tumular. Esta forma de colocación de los ortostatos de la pared sur se ha interpretado como consecuencia de la proyección en una superficie curva de los ortostatos alineados en la pared contraria, la pared norte con los ortostatos dispuestos en un plano totalmente vertical, provocando un efecto visual determinado de anamorfosis (Laporte, 2015a: 46).

El efecto de perspectiva invertida se caracteriza porque el punto de fuga está situado adelante, cercano al sitio de donde lo contempla el espectador. Así, los objetos se ubican en primer plano, impidiendo que exista una ilusión de profundidad, al no guardar relación en tamaño y forma con la distancia. Es una técnica empleada recurrentemente en las pinturas de iconos rusos de estilo bizantino de los siglos XIII-XV, que genera un sistema espacial propio, representando la estructura de la realidad metafísica (Florenski, 2005: 14). Es una técnica opuesta a la perspectiva lineal, que es la manera en la que observamos y representamos la realidad desde el Renacimiento, momento en el que se impone la geometría euclidiana. Habría que plantearse si los constructores de arquitecturas megalíticas podrían haber manejado determinadas categorías de la perspectiva invertida, sobre todo en lo que confiere en el posicionamiento de las estelas y otros elementos verticales (jambas, pilares y estelas) dispuestos en los tramos de accesos y corredores internos de las tumbas, que no sólo generaron la segmentación y el estrechamiento del espacio y la dificultad del tránsito, sino que pudieron provocar una distorsión en la percepción del espacio, forzando la mirada hacia estos elementos, en algunos casos de mayor tamaño que los huecos dejados para el paso entre los ámbitos espaciales internos y los desarrollados tras éstos, es decir, en un segundo plano.

4.2.3. INTENCIONALIDADES

Monumentalidad

La mayoría de los investigadores e interpretaciones han relacionado la aparición de la monumentalidad con el proceso de consolidación de las sociedades agrícolas, precisando de estas construcciones para fijar los territorios a través de la presencia de los ancestros, proponiéndose distintas lecturas e interpretaciones de su significación (Renfrew, 1983; Sherratt, 1990; Bradley, 1998; Furholt y Müller, 2011; Müller, 2014).

Desde los enfoques procesuales la monumentalidad se ha vinculado al grado de jerarquización social de los grupos constructores de megalitos. Para ello, se sostenía que los monumentos con mayor inversión de número de personas/horas requeridas para la ejecución de las construcciones (según cálculos teóricos del cómputo de miembros de las comunidades) se corresponderían con estructuras de mayor jerarquización social, documentándose una mayor monumentalización conforme a la complejidad de los modelos de organización social: sociedades segmentarias, caso del área de Quanterness o de la Cultura Millares; sociedades en proceso de transición, caso de los grupos tribales del valle del Boyne, donde aparecen individuos con ajuares distintivos que expresan un mayor rango social en estas necrópolis centralizadoras; sociedades jerarquizadas, o de jefaturas, capaces de construir monumentos megalíticos de gran tamaño, como Stonehenge o las complejas arquitecturas de las Islas Orcadas, caso de la necrópolis de Maes Howe, círculos de Ring of Brodgar y Stone of Stennes (Renfrew, 1983).

Con posterioridad, desde los enfoques postprocesuales, se ha interpretado la monumentalización desde otras ópticas, proponiéndose la existencia de significados alternativos, centrados en el valor de los ancestros, la memoria y la formación de los paisajes de diversas formas arquitectónicas, en especial de las tumbas megalíticas, entendidas como la casa de los muertos. Así, desde hace varias décadas el tratamiento de la muerte (tanto en depósitos primarios como secundarios) ha sido conectado con el concepto de la ancestralidad, habiéndose definido como el proceso por el cual los individuos conocidos de un grupo social se han transformado en ancestros anónimos, mediante el tránsito de rituales de enterramiento y estadios liminales, a través de los cuales sus descendientes contenedores de su memoria pueden legitimar la apropiación de las tierras y reproducir el orden social (Thorpe, 1984).

Monumentalidad como ancestralidad: las tumbas megalíticas

Para Bradley (1998), la creación de las arquitecturas megalíticas supone una forma de monumentalidad específica condicionada por la consolidación del culto a los ancestros y la formación de centros rituales durante el Neolítico, lo que lleva aparejado una nueva concepción mental del espacio y del tiempo de las comunidades y una transformación en las formas de monumentalización de las arquitecturas de la Prehistoria de Europa. En el caso de las tumbas, concebidas como la morada o la casa de los muertos, sostiene que existen relaciones complejas

entre estas arquitecturas funerarias y el significado de la ancestralidad. Mediante la presencia de los ancestros en las tumbas megalíticas se fijaría una comunidad a su territorio, definiéndose un espacio mortuario para albergar sus restos óseos y crear una nueva concepción del tiempo a través del control y el manejo de la muerte, que se plasmó en la accesibilidad a los mismos. Este cambio ideológico se tradujo en una transformación en las arquitecturas de los monumentos funerarios, asistiéndose al tránsito de los primeros monumentos funerarios de túmulos alargados (*longmounds*), con cámaras funerarias soterradas bajo tierra, a la construcción de las tumbas con cámara y entrada, tanto los grandes *cairns* circulares como alargados.

Esto supuso unos cambios en la esfera de las prácticas funerarias, ritos de la muerte y también en la morfología de las tumbas, proponiéndose una correspondencia entre las morfologías de los monumentos funerarios y los diferentes tratamientos de la muerte, deposiciones y manipulación de los restos óseos. Según estas argumentaciones, la continua accesibilidad a los muertos depositados en las cámaras a través de los corredores y la manipulación de los restos óseos se convirtió en un recurso para los vivos, tanto para el desarrollo de los rituales asociados al culto de los ancestros como para el control y manejo del tiempo través de los restos óseos de los individuos enterrados, que podían ser visitados, inspeccionados, removidos, acumulados o trasladados de su posición dentro o fuera de la tumba, hacia otros monumentos (Bradley, 1998: 61-62). Con esto, la manipulación continua de los restos óseos condicionó una progresiva transformación estructural y monumentalización de las estructuras, habiendo una mayor elaboración de los espacios internos, un alargamiento de los corredores de acceso a las tumbas y una transformación de sus accesos, creándose grandes espacios externos en las áreas de acceso asociados a los rituales funerarios, como se ha documentado en las tumbas de corredor irlandesas del valle de Brú na Boinne (O'Kelly, 1982; Eogan 1984, 1986; Thomas, 1993).

Con todo ello, según este esquema explicativo tuvo que existir una intencionalidad expresa de los constructores dirigida a la perduración de las arquitecturas en el tiempo, con unos planteamientos previos de cómo fijar el sitio en el paisaje mediante una monumentalización determinada. Esto se lograría mediante las prácticas reiteradas de acceso a los muertos y de culto a los ancestros allí enterrados, generándose una memoria de cada sitio a través de rituales, ofrendas, manipulación y movimiento de los restos óseos de los ancestros, creándose un discurso del tiempo particular de cada comunidad. Como argumentó Bradley:

“Each system has implications for Neolithic conceptions of time and place. Both involved the creations of a conspicuous monument that establish the importance of a particular location. Such buildings provided a focus for later mortuary rites, but only those structures which allowed access to the ancestral remains expressed a clear continuity between the past and the present. This continuity was symbolised by the passage communicating between the outer world and the world of the ancestors within the monument. Such structures also allowed the possibility of further use in the future. Thus the forms of different kinds of ‘tomb’ may have epitomized different notions of time” (Bradley, 1998: 63).

Monumentalidad como ritualización de los paisajes: los círculos de piedras

Estas arquitecturas abiertas monumentales suponen una forma de monumentalización distinta a las arquitecturas funerarias, donde los restos óseos humanos de los ancestros se concentraban mayoritariamente en los espacios internos. Por el contrario, los círculos de piedras cuentan con una funcionalidad y concepción arquitectónica distinta. Su uso como centros rituales está dirigido a la acogida de gran público y a la formación de grandes paisajes ceremoniales, conjuntamente con otros monumentos, como se ha propuesto para los círculos de las Islas Orcadas: Stones of Stenness o Brodgar (Richards, 1996; Richards, 2013), o Stonehenge en Gran Bretaña (Parker Pearson y Ramisilonina, 1998). Su configuración arquitectónica como estructuras abiertas permiten una continuidad de la relación espacial entre su espacio interior y el paisaje en el que se encuentran (Richards, 1996). Su elección topográfica se define por el escenario natural en el que se insertaron, fijando desde el eje de orientación de los accesos y corredores, su relación y visión del mundo circundante y elementos externos (montañas, horizonte, cielo). Desde el sitio se podrían crear relaciones visuales más allá del terreno natural de ubicación, estableciendo referencias con otros monumentos construidos en el entorno, así como con los elementos naturales: cielo, relieve, sol..., ya que estos monumentos se construyeron generalmente en emplazamientos donde los cambios de topografía son muy abruptos, caso de las tierras altas, o en paisajes de topografía llana o plana, desde los cuales se tendría una posición ideal para visualizar, observar y controlar diversos fenómenos astronómicos (Bradley 1998, 2002a).

Monumentalidad como integración en los paisajes: formaciones naturales monumentales

Mediante las arquitecturas megalíticas se ha argumentado la existencia de dos procesos básicos que acontecieron con la construcción de monumentos en el Neolítico: la domesticación de los espacios (Hodder, 1992) y la apropiación de la naturaleza (Thomas, 1993). La presencia de estas construcciones en piedra en los paisajes han sido interpretadas en distintos términos, destacándose que las intencionalidades de los monumentos megalíticos fueron la simbiosis o imitación de la naturaleza, el mimetismo entre las formas de las construcciones megalíticas y las formaciones rocosas naturales, inspirándose las morfologías en los paisajes escarpados de Europa Atlántica (Tilley, 1994; Bradley, 2000, Scarre, 2004), o la representación simbólica de las litologías y materiales del entorno en las construcciones (Richards, 1996). Por otro lado, además, existió una apropiación de determinados emplazamientos con formaciones rocosas que se emplearon y se transformaron para llevar a cabo diversas arquitecturas monumentales en la Prehistoria Reciente de Europa, caso de sitios naturales destacados topográficamente en el paisaje, sobre todo los “santuarios” y abrigos rocosos, donde es frecuente la presencia de estructuras y grabados que reforzaban el sentido simbólico del lugar (Bradley, 2000a). En este sentido, la presencia de las tumbas megalíticas en ámbitos de marcadores gráficos, con grabados y pinturas, caso de la cuenca del Tajo en la Península Ibérica (Bueno et al. 2004a, 2008, 2010, 2011, 2016a), refuerza un discurso donde coexisten en los mismos paisajes elementos naturales y construcciones sometidas a diversos procesos de monumentalización.

Por todo ello, para algunos autores, la integración, emulación o competencia con los elementos de la naturaleza representa la primera forma de monumentalización de las sociedades prehistóricas (Tilley, 1994; Bradley, 2000a; Scarre, 2004, 2011a; Díaz Guardamino et al., 2015).

Monumentalidad como memoria: permanencia y pervivencia en el tiempo

El uso prolongado y reiterado de los monumentos megalíticos y su notoria presencia en los paisajes en los que se ubican han sido utilizados como argumentos desde la arqueología postprocesualista para entenderlos como lugares contenedores la memoria, pudiendo considerarse como sitios cargados de una gran significación en los que concilian los recuerdos y mensajes de los grupos sociales. Por tanto, estas arquitecturas pueden entenderse como elementos materiales depositarios del tiempo, disponiendo de una gran escala temporal en la que se integra el pasado humano (las genealogías) y el pasado mítico (la cosmogonía). Esto ha llevado a entender la historia de los monumentos megalíticos a modo de biografías, caso de los trabajos hechos en Alemania por Holtorf (1996, 1998), entendiéndolos es sus distintas etapas de vida o periodos: infancia y juventud (construcción y uso original), vida adulta (reutilización posterior por parte de otras comunidades que no lo construyeron) y vida anciana (abandono, desuso e inserción en la mitología y folclore local).

En los dos tipos de arquitecturas, tanto en las tumbas megalíticas como estructuras formadas por piedras erigidas o menhires (círculos de piedras, alineamientos), se ha documentado la transformación continua y reiterada de sus elementos estructurales y espacios, como consecuencia de los cambios sociales y de la generación de nuevas prácticas rituales, que suponen otras formas de monumentalización. No obstante, en muchos monumentos megalíticos se ha documentado la integración de cada nuevo elemento con los precedentes bajo diversas fórmulas: tratamientos y mantenimientos de los restos óseos de los ancestros, integración de elementos arquitectónicos de otras estructuras en los nuevos dispositivos, entre otros. La persistencia de elementos contruidos anteriores e integrados en las nuevas fases constructivas ha sido interpretado como un hecho claro de la permanencia de la memoria, constatándose una continuidad masiva de elementos que hacen constantemente referencias al pasado, sobre todo por el mantenimiento de rituales centrados en diversas formas de culto a los ancestros.

Incluso, algunos autores, como Bradley, sostienen la posibilidad de que ciertos monumentos pudieron ser diseñados y contruidos para preservar una particular visión del pasado y para lograr su perduración en el futuro, es decir, para el mantenimiento de la memoria en el futuro (Bradley, 2002a: 85). Pero no todos los monumentos fueron contruidos con las mismas intenciones, dependiendo de la noción de memoria y de tiempo contenida en cada monumento, existiendo unos con un ciclo de vida corta y otros con largas historias, presentando una secuencia estructural compleja, sometidos a renovaciones, destrucciones, transformaciones mediante modificaciones constructivas, y periodos de abandono. En este sentido, los monumentos pueden ser entendidos como memoriales, pretendiendo sus constructores

determinar el modo en cómo las generaciones futuras debían percibir el pasado y formular memorias del futuro, tal como describe Bradley (2002a: 109): “these buildings could have been attempts to formulate the memories of the future”. Las construcciones megalíticas, además pueden ser reutilizadas con posterioridad mediante varias vías (interpretación, confrontación o legitimación) que conectan los tiempos remotos, el pasado, con los nuevos presentes (Bradley 2002a: 122-123).

Sin embargo, los programas de datación sistemáticos en determinados monumentos del sur de Gran Bretaña, tanto en arquitecturas funerarias (Bayliss y Whittle, 2007) como en recintos de fosos (Whittle et al., 2011), están verificando que los procesos de construcción y uso son de muy corta duración, abarcando apenas dos o tres generaciones. Esto supone un cambio en la concepción de la escala temporal de la memoria, pues se acorta a la “esperanza de vida” de los individuos, que incluso pudieron conocer a los individuos constructores y enterrados en las tumbas, es decir, a los antepasados o ancestros directos.

Monumentalidad como “memoria social”: identidades

Otra concepción de la monumentalidad megalítica es aportada por Furholt y Müller (2011), entendiendo que el concepto de monumento está asociado a su rol como construcciones necesarias para la producción y reproducción del orden social de los grupos sociales que los construyeron y usaron, siendo elementos contenedores de la memoria social colectiva, lugares portadores de las identidades sociales y sitios necesarios para la comunicación de los significados y el mantenimiento de la organización social. Estas construcciones podrían destacar en su materialidad por su forma única y distinguida, su posición preeminente en el paisaje y su capacidad de portar elementos de que representan los memoriales, es decir, las memorias culturales generadas en un tiempo remoto, el pasado mitológico. Para estos autores, la funcionalidad de la monumentalidad se entiende como una práctica social necesaria para crear un emplazamiento reservado a los ancestros y para formar una construcción útil para fijar la “memoria social” de las comunidades de los vivos, entendiendo que los monumentos fueron contruidos como elementos estabilizadores del orden social, en contextos de cambio e inestabilidad, funcionando dentro de una “cadena megalítica de transición de la memoria”. Asumiendo estas premisas, proponen que el proceso de construcción de los megalitos fue una actividad social mediante la cual se creaba una identificación familiar y se generaban las identidades sociales. De este modo, estos monumentos deben corresponderse con las estructuras sociales y las identidades de los grupos implicados en el proceso de construcción de los mismos, conteniendo una serie de significados y elementos propios que remiten a los modos de organización social, a los diferentes tamaños de los grupos que participaron en el proceso de construcción de los mismos y a los diferentes grados de especialización del trabajo. Por tanto, las diferencias formales y materiales de los monumentos megalíticos se deben a las diferentes formas de expresión de las identidades sociales de sus constructores, tal como argumentan: “the differences between the material structures of monuments are to be seriously considered for the

background of social identities” (Furholt y Müller, 2011: 17). En este sentido, Müller (2014: 182) sostiene que en las sociedades de la Europa neolítica se produjo la construcción de diferentes tipos de monumentos (recintos de fosos, túmulos no-megalíticos y megalitos) como espacios sociales cuyas funciones estaban relacionadas con el culto a los ancestros o como sitios de encuentro, necesarios para la reproducción social de las actividades grupales, de los roles individuales, así como para la introducción de nuevas ideas.

Perceptibilidad y visibilidad en el paisaje: el impacto visual

En muchos monumentos megalíticos el impacto visual se ha destacado como una de sus principales características.

La relación y vinculación de las arquitecturas con el paisaje donde se enclavan se ha puesto de manifiesto de distintas maneras: a) como una simbiosis o mimetismo con las formaciones geológicas naturales (Bradley, 2000); b) por la elección del emplazamiento topográfico (Tilley, 1994); c) por la continuidad del espacio arquitectónico con el territorio circundante, tanto en términos de conexiones visuales de las construcciones con el paisaje (Bradley, 1998) o mediante relaciones de intervisibilidad con otros sitios (Tilley, 1994), como en términos físicos, existiendo una continuidad entre las arquitecturas y los afloramientos circundantes, sometidos a distintos tratamientos constructivos y a procesos de extracción de las rocas (canteras), que formarían parte de los dispositivos monumentales (Laporte et al., 2002, Laporte, 2013).

Estas diferentes formas de implantación y de conexiones con el paisaje condicionaron la percepción y la visibilidad que se tendría de los monumentos megalíticos por parte de los grupos humanos, provocando un impacto visual determinado. Por otro lado, la necesidad de crear hitos territoriales de fuerte preeminencia y prevalencia visual destacados en el contexto en el que se emplazaron, debió requerir la consecución de un conjunto de operaciones constructivas y dispositivos arquitectónicos dirigidos a conseguir un determinado impacto visual. Estas acciones constructivas podían tener dos intencionalidades: a) potenciación su visibilidad en el paisaje, por tanto, remarcando el valor locacional del territorio; b) amplificación de su contemplación cercana, es decir, redimensionando su propia concepción arquitectónica espacial.

Desde la fenomenología del paisaje se han propuesto lecturas de la visibilidad centradas en la identificación entre los vínculos de las arquitecturas y los paisajes circundantes. Destacan, por ejemplo, los estudios de los túmulos alargados con cámaras funerarias del Neolítico Final del grupo de Costwold-Severn (Ty Isaf, Pipton, Pen-y-Wyrlod / Talgarth, Gwernvale), donde se ha interpretado que la orientación de los ejes de estas construcciones hacia sitios significativos del paisaje (accidentes topográficos o valles) deben entenderse como una estrategia intencional de impacto visual que condicionaría la visibilidad hacia determinados elementos del paisaje por su especial significación (Tilley, 1994: 121). En este sentido, incluso, se ha observado que la morfología asimétrica de sus arquitecturas responde a unos planteamientos que pretenden hacer

más remarcables o enfatizar determinadas características asimétricas del paisaje (Cummings et al., 2002: 66).

En el caso de los grandes monumentos megalíticos del valle del Boyne (Newgrange, Dowth y Knowth), la presencia de múltiples dispositivos externos en los accesos y en los elementos internos de los corredores y cámaras, dotados de complejas representaciones gráficas, se ha interpretado como una intencionalidad nítida de gran impacto visual que provocaría una auténtica saturación sensorial para los que pudieran acceder a ellos (Thomas, 1990). En esta línea, dada la complejidad arquitectónica de las estructuras ubicadas en los espacios externos, como denotan la presencia de atrios y espacios abiertos en las áreas frontales de acceso a las cámaras, se plantea incluso la posibilidad de que determinados monumentos se hayan construido para ser mirados desde el exterior y no exclusivamente para acceder a ellos con fines funerarios o rituales (Thomas, 1993).

La formalización y disposición de un conjunto de elementos constructivos para provocar un mayor impacto visual en las propias arquitecturas, puede relacionarse con varias intencionalidades: incrementar la sensación de tamaño y escala de la construcción (una forma de monumentalización), forzar la mirada hacia determinadas partes de las arquitecturas (perspectivas), o deformar ópticamente la construcción (anamorfosis). Estos elementos han sido observados y destacados en varios monumentos megalíticos de distintas formas.

En el túmulo C de Prissé-la-Charrière se han documentado un conjunto de dispositivos y acciones constructivas que lograron incrementar la perceptibilidad del monumento en el paisaje y su monumentalización: la definición de un pedestal escalonado al exterior, tallado en el afloramiento de roca, que disminuye en altura y anchura de manera progresiva a la altura del monumento; la asimetría en su planta, que puede venir determinada por la presencia de las cámaras funerarias en su interior; y, su perspectiva de visión convergente, mediante el juego de diferentes alturas crecientes y decrecientes del túmulo (Laporte et al., 2002a, 2002b; Laporte et al., 2014).

Los *cairns* de Balnuaran de Clava (Escocia) muestran una particular intencionalidad de crear una falsa perspectiva, como se ha propuesto a partir de la observación de determinadas características constructivas. Por un lado, mediante el incremento de los diámetros de los túmulos hacia el lateral suroeste, donde se presentan los corredores de acceso de las cámaras, orientados en esta dirección, coincidiendo con las puestas de sol de invierno, centrando el foco principal en estos sectores. Por otro lado, mediante la graduación de alturas de los anillos delimitadores de los túmulos, siendo más altos en la zona de entrada de los corredores, provocando que en la línea de perspectiva los túmulos se incrementen hacia el lateral suroeste, pareciendo que se prolongan en el plano horizontal (Trevvarthen, 2000: 296-297). Además, los túmulos, plataformas externas y los círculos de piedras circundantes, erigidos con posterioridad

se entienden en un proceso continuado en relación con los eventos astronómicos, de observación del cielo, existiendo una clara la intencionalidad constructiva de perpetuación de las orientaciones dominantes hacia el suroeste en toda la secuencia estructural, otorgando un específico significado simbólico a estos sitios (Bradley, 2002b: 137).

Simbolismo

Desde la arqueología postprocesual los megalitos se han definido como arquitecturas simbólicas transmisoras de complejos significados, tales como la representación, emulación e inspiración de las construcciones en las formas de la naturaleza, sobre todo en las formaciones rocosas (Bradley, 2000; Scarre, 2011a), la simbología cósmica, por la reiteración de patrones recurrentes de orientaciones de las arquitecturas en función de los ciclos astronómicos (Hoskin, 2001; Ruggles y Clive 2004), el control de los ciclos solares fundamentalmente a través de las construcciones circulares (círculos de piedras, henges o túmulos), o como reflexión del pensamiento y la cosmovisión de las sociedades neolíticas (Bradley 1998, 2002a; Parker y Ramilisonina, 1998).

En términos de intencionalidad constructiva pueden acentuarse fundamentalmente tres aspectos: la selección y empleo de materias primas concretas, la disposición y colocación de elementos significativos (estelas y menhires) y las grafías.

Varios autores han destacado que la selección y el empleo de determinadas materias primas están determinadas por su valor simbólico, teniendo una serie de propiedades visuales y cualidades materiales que las hace singulares: color, textura, brillo, luminosidad y forma (Scarre, 2004, 2009). El color y la textura de los materiales son quizás los elementos más significativos, documentándose en abundantes monumentos megalíticos la existencia de rocas de diferentes litologías que se disponen y se colocan en determinados sectores (corredores, cámaras, anillos...) con unos patrones regulares, lo que ha generado diversas interpretaciones que subrayan la importancia del simbolismo del color (Jones, 1999; Trevarthen, 2000; Cummings, 2002; Rojo Guerra et al., 2013). A modo de ejemplo de disposición intencional en las estructuras internas contamos con los casos de los túmulos de Trois Squelettes y Les Mousseaux, ubicados en la bahía de Pornic del Estuario del Loira, que cuentan con una colocación de los ortostatos en atención a patrones de color y patrones texturales como consecuencia del empleo de las tres litologías (cuarzo blanco, arenisca ferruginosa roja y arenisca gris) presentes en el medio geológico local. En la tumba de planta cruciforme de Trois Squelettes se combinaron estas tres materias primas en distintas partes: bloques de cuarzo en el acceso, arenisca roja ferruginosa en el corredor y arenisca roja junto con arenisca grisácea en las cámaras (Scarre, 2004: 190-197).

Una de las litologías más destacadas y recurrentes es el cuarzo blanco, estando presente en gran parte de las arquitecturas monumentales funerarias de la mayoría de las regiones de Europa occidental, empleándose en diversos sectores como material de construcción de las

fachadas, como elementos de ornamentación de los accesos a las tumbas, como cubrición final de los túmulos, como calzos de cimentación de los ortostatos, etc. Esta roca posee un color y unas propiedades visuales, táctiles, brillos triboluminiscentes y piezoeléctricos significativas, constatándose desde la etnografía que todas las sociedades le han otorgado un sentido y poder especial, vinculándose su presencia a las prácticas y usos rituales diversos, caso del chamanismo.

Por otro lado, a los grabados y pinturas característicos del “arte megalítico”, presentes en la superficie de diversos soportes pétreos de las arquitecturas (ortostatos, losas de cubierta, estelas, bloques y mampuestos), se les ha dotado de altos valores simbólicos. Son recurrentes en diversas formas arquitectónicas de Europa occidental, destacando las regiones de Península Ibérica, Bretaña, oeste y cuenca parisina de Francia, valle de Sion de Suiza, mitad este de Irlanda, Gales e Islas Orcadas (Shee Twohig, 1981; Bradley, 2009; Bueno et al., 2009a, 2013a, 2016b), reforzando mediante su presencia los dispositivos monumentales de las arquitecturas megalíticas. En el caso de las construcciones funerarias de la Península Ibérica, las estelas decoradas y otros soportes pétreos de morfologías “antropomorfas” se interpretan como elementos materiales que representan simbólicamente a los ancestros, articulándose complejos discursos gráficos en torno a estos elementos (Bueno et al. 2004b, 2004d, 2007, 2014, 2015a, 2015b, 2015c, 2016c).

Reutilización de los soportes

En otros casos, se ha propuesto que hay materiales que poseen una fuerte identidad y un especial significado simbólico, destacando el empleo, la disposición y la colocación dentro de las arquitecturas funerarias de bloques reutilizados. En especial, se ha destacado el valor material, ancestral y simbólico de las estelas y menhires, procedentes de estructuras previas, del mismo emplazamiento o de lugares más distantes, comprobándose el reciclaje de estos soportes en numerosas construcciones funerarias de la Península Ibérica, Bretaña e Islas Británicas, en los cuales se constata la recurrente fragmentación y el retratamiento para su integración en nuevas construcciones (L’Helgouach 1983, 1995; Le Roux, 1985; Richards, 1996; O’Sullivan, 2006; Bueno et al., 2007; Cassen, 2009; Robin, 2009, 2010; Richards et al., 2013; Bueno et al., 2014, 2015a, 2015b, 2015c). Este proceso, sin embargo, no debe entenderse exclusivamente en términos cronológicos, es decir, que haya dos fases dentro del megalitismo: una de menhires, la más antigua, y otra funeraria, más reciente, pues el proceso puede ser inverso, pudiendo emplearse bloques de construcciones funerarias (ortostatos) en recintos de menhires y el uso de éstos no siempre debe responder a parámetros simbólicos de sacralización, pudiendo haber estrategias de selección y reutilización de menhires de manera oportunista (Laporte, 2015b).

Del mismo modo, en muchos monumentos se evidencia el reciclado de los soportes de otras construcciones previas, procedentes de las paredes (ortostatos) y de las techumbres (losas de

cubierta), empleados en los procesos de construcción o reconstrucción de las arquitecturas, como se ha documentado en la necrópolis de Knowth (Eogan, 1998). En este sentido, es reseñable el monumento de la Motte de La Jacquille (Fontenille, Charente), un dolmen de corredor del Neolítico Medio, que experimentó un proceso de deconstrucción-construcción de la cámara funeraria, implicando el desmonte, la reutilización y el reciclaje de los antiguos soportes para la edificación de la nueva cámara rectangular, incluyendo su puerta de piedra de cierre (Ard et al., 2016a).

Por todo ello, la lectura del uso de bloques antiguos en construcciones funerarias más recientes, o de bloques ortostáticos en otro tipo de construcciones debe ampliarse y entenderse en otros términos de las secuencias espacio-temporales de las arquitecturas y de sus significados, pues los procesos de reuso de menhires y de estelas en nuevas construcciones hay que relacionarlos con la continua transformación de las arquitecturas y su perpetuación como lugares contenedores de la memoria e identidad sociocultural de sus constructores y usuarios, es decir, con la continua creación y recreación de los monumentos megalíticos, implicando materialmente la reiterada apropiación y reapropiación de estas arquitecturas.

4.2.4. CONCEPCIÓN DEL ESPACIO CONSTRUIDO

El espacio es un elemento primordial e indispensable en la arquitectura, puesto que sin él no existe una expresión formal constructiva. La concepción del espacio, conjuntamente con otros valores e intencionalidades, condiciona el planteamiento arquitectónico y la forma de la obra constructiva. Así, el espacio construido es un componente determinante de la arquitectura, haciendo referencia a un lugar y a una construcción artificial creada por el ser humano.

La construcción de las arquitecturas megalíticas en Europa occidental se rige por la aplicación de una serie de valores y principios conceptuales a través de los que se pretende domesticar el tiempo y el espacio. Mediante la creación de las arquitecturas domésticas (casas), funerarias (tumbas) y rituales (menhires, círculos y alineamientos de piedra), entre otras, aparecen los espacios artificiales, es decir, los espacios arquitectónicos contruidos por el ser humano bajo distintos parámetros conceptuales y diversas técnicas de construcción.

Las primeras arquitecturas monumentales en piedra se erigieron con la clara intencionalidad de permanencia temporal. Para ello, se articularon unas maneras específicas de concepción de los espacios, generándose unos planteamientos conceptuales y unos medios constructivos para la formalización de los diferentes espacios contruidos, que adoptaron una forma material como consecuencia de la transformación artificial de un espacio físico natural o antrópico preexistente determinado por sus funcionalidades e intencionalidades. La existencia de un monumento previo en el lugar de emplazamiento y la toma de conciencia de sus constructores (su memoria), mediante diversas vías de reapropiación e integración del espacio arquitectónico, debió

condicionar los procesos de transformación y el conjunto de modificaciones estructurales acometidas durante las sucesivas obras y proyectos que definen la historia constructiva de los monumentos megalíticos.

El espacio arquitectónico se concibe, por tanto, como un producto social. Éste, ha sido interpretado en múltiples direcciones: como espacios sociales necesarios para la reproducción social de las condiciones materiales de existencia (Shanks y Tilley, 1987), como elemento de imposición de determinados esquemas de la organización social (Locock, 1994), o como escenario provisto de determinados significados simbólicos (Criado y Mañana Borrazás, 2003: 104).

La concepción espacial de las arquitecturas megalíticas ha sido investigada desde diversas ópticas, aunque es muy complicado realizar un análisis exhaustivo de todas las propiedades de los espacios arquitectónicos. Desde la arqueológica evolucionista e histórico-cultural el estudio del espacio construido se reducía exclusivamente al análisis del espacio interno, es decir, a la cámara funeraria, pues a partir de su observación se determinaba la tipología arquitectónica a la que pertenecía y su cultura (Daniel, 1950, 1960, 1967). Desde la aproximación fenomenológica de la arqueología postprocesual Tilley (1994: 17) define el espacio arquitectónico como un espacio físico limitado, creado en el interior, en el exterior o alrededor de una construcción, encontrando sentido en relación con la percepción sensorial y el espacio existencial, que es tangible, visible y sensible. Con esto, la arquitectura y el espacio construido son comprensibles desde la percepción (Mañana Borrazás, 2003a).

Para el caso de los tumbas de corredor de Irlanda en Inglaterra se ha propuesto que la organización espacial se rige por unos sistemas simbólicos determinados, proponiéndose un modelo de tres tipos de estructuras: a) Estructura 1: un sistema de espacios concéntricos, caracterizado por la presencia de túmulos circulares compuestos, separados y/o delimitados por diferentes tipos de estructuras circulares (anillos, fachadas, fosos), siendo acorde a un sistema de representación de un microcosmos estructurado en esferas concéntricas; b) Estructura 2: un eje central como una línea de penetración, que conecta los espacios internos y externos de la tumba, cruzando esta línea axial las diversas esferas de transición espaciales de la arquitectura, representando simbólicamente la comunicación entre la muerte y la vida, jugando un rol especial los motivos grabados; c) Estructura 3: un eje central como línea de oposición, que forma una oposición binaria del espacio arquitectónico, dividido en dos sectores diferenciados, con presencia de motivos grabados, estructuras y depósitos funerarios a ambos lados, siendo un reflejo de la organización social de las comunidades (Robin, 2010: 410-412).

Sévin-Allouet (2014) ha investigado el espacio arquitectónico funerario de los monumentos megalíticos colectivos de Gran Bretaña del IV milenio ANE, poniendo de relieve la complejidad del espacio construido. Este autor, propone la existencia de tres tipos de espacios funerarios: a) el espacio vivido (espacio sepulcral), que es el ámbito de interacción físico entre los individuos y los monumentos, regulado por una serie de prácticas funerarias que se plasman materialmente

en los depósitos de los espacios funerarios; b) espacio percibido (espacio perceptivo), que se ha formado por la reapropiación, agregación o sustitución de un sitio o monumento previo, con la voluntad de generar una memoria social en torno a ellos; c) espacio subjetivado, siendo un sitio o elemento construido por condicionantes simbólicos o religiosos, caso de la elección de los materiales de construcción (Sévin-Allouet, 2014).

En consonancia con las diversas investigaciones proponemos la distinción de tres categorías diferenciadas de los espacios construidos en las arquitecturas megalíticas: espacio interno (cubierto y/o limitado), espacio externo (abierto) y espacio circundante (envolvente). Como en toda arquitectura, en los monumentos megalíticos existen varias formas de concebir y formalizar materialmente estos espacios construidos, dependiendo del planteamiento conceptual y del tipo de construcción (piedras verticales, construcciones funerarias...), desarrollándose de manera diferenciada según las características particulares de los diversos modelos y formas arquitectónicas. Cada construcción megalítica, debe contar con elementos de delimitación físicos específicos para la formación de su espacialidad arquitectónica: estructuras, volúmenes de diversa naturaleza, desniveles o barreras topográficas, e incluso vegetacionales.

El espacio interno

Las arquitecturas megalíticas funerarias cuentan con dos concepciones espaciales. Una, la del espacio construido interno, cerrado y oculto a la visibilidad desde el exterior, reservado al uso funerario y sepulcral. Otra, su espacio construido externo y abierto, formada por el volumen construido del túmulo, que define el tamaño y morfología del monumento funerario.

Las arquitecturas cubiertas, es decir, formadas por las cámaras funerarias de las tumbas megalíticas, presentan espacios internos delimitados por elementos estructurales o volúmenes de diversa naturaleza, siendo estructuras generalmente contenidas dentro de túmulos, estando cerradas mediante diversos dispositivos, con una accesibilidad limitada desde el exterior. Los dispositivos son variados, apareciendo en los dólmenes de corredor del Neolítico Medio, contando con un mayor desarrollo y sofisticación desde mediados del IV milenio ANE, en paralelo a la consolidación del funcionamiento funerario de las sepulturas colectivas, pudiendo remarcarse los sistemas de tapiado de los corredores de acceso y relleno completo de los corredores en los dólmenes de corredor, puertas-gateras, ojos de buey o las tapas de lajas de esquisto, dispuestas en los puntos de conexión de las cámaras y corredores de las galerías cubiertas y galerías sepulcrales, como se ha documentado en la región de la Bretaña francesa (Le Roux, 2000: 269-273).

Las cámaras funerarias están construidas mediante diversas fábricas en las paredes (ortostatos, mamposería de piedra...) y techumbres (dinteles, bóvedas de falsa cúpula...), en múltiples variables formales y con diversas soluciones constructivas para la compartimentación (divisiones de los espacios, multiplicación y adosamiento de cámaras) y segmentación espacial (estelas, jambas, losas transversales, pilares) empleados para la formación de los espacios funerarios y

sepulcrales. Se caracterizan por unas dimensiones relativamente reducidas respecto al tamaño de los túmulos en los que se presentan, siendo ámbitos predominantemente estrechos y oscuros, destinados a funciones de deposiciones funerarias, rituales y sepulcrales, albergando a individuos y sus ajuares. Estos espacios construidos se corresponden con la definición de dolmen propuesta por Joussaume (1985, 2003, 2008).

Sin embargo, la concepción tradicional de que todas las cámaras funerarias o tumbas estaban integradas o cubiertas por túmulos está siendo cuestionada y revisada por recientes investigaciones, existiendo un debate en torno a varios modelos arquitectónicos de Europa occidental que parecen no poseían túmulos que recubriesen las cámaras. Estas construcciones, se denominan de manera genérica como *free-standing structures*, *free-standing chambers* u *open dolmens*, existiendo varias formas arquitectónicas: *round dolmens*, *long dolmens*, *portal dolmens* o tumbas de corredor de tipo Carrowmore, en las que podrían ser visibles las piedras de la tumba: el esqueleto megalítico.

Para el caso de las arquitecturas danesas, se ha propuesto que los *round dolmens* (cámaras cuadradas o poligonales en el interior de un espacio delimitado por un anillo peristáltico), construidos a partir del 3500 cal ANE, no contaban con túmulos que los recubriesen. Para ello, se explicitan tres argumentos derivados de las evidencias materiales de las excavaciones arqueológicas y observaciones de campo. El primero, es la no constatación de masas tumulares en el espacio entre el anillo y la cámara de varios dólmenes, tanto los que se presentan aislados, caso de los sitios de Trollasten, Lunden, Ormslev, como los organizados en grupos y asociados a los recintos de fosos (*causewayed enclosure*), caso de Sarup, que cuenta con una cronología entre el 3400-3200 cal ANE (Andersen, 2016). De manera contraria, se constata la presencia de pavimentos externos dispuestos en el área frontal de entrada a las cámaras. El segundo, por la grandiosidad de las losas de cubierta, con esquemas de exhibición y percepción similares a los documentados en los *portal dolmens* de Gran Bretaña e Irlanda. El tercero, por la existencia de “corredores simbólicos”, compuestos por uno o dos pares de ortostatos de dimensiones muy reducidas respecto a la altura de la cámara, siendo imposible acceder a través de éstos hacia las cámaras si estuviesen cubiertos (Eriksen y Andersen, 2016a: 81-85). Incluso, las construcciones de los denominados *long dolmens* o *long barrows* (Kellerød, Barkaer) que integraban pequeñas construcciones de lajas de piedra (cistas), se interpretan como estructuras dolménicas descubiertas en su fase inicial, y que como consecuencia de un continuo proceso de transformación y modificación se cubrieron totalmente por masas tumulares, testimoniando que los túmulos funcionaron como memoriales de los difuntos de larga duración temporal (Eriksen y Andersen, 2016a: 86), tal como se ha documentado en el monumento funerario de Lønt, en el área de Jutland (Gebauer, 2016). Sin embargo, para Dehn (2016), no existieron tales *open dolmens*, sino que en estas formas arquitectónicas se han perdido las masas tumulares por diversos motivos, preservándose solamente restos constructivos parciales de los túmulos.

Para Gran Bretaña e Irlanda se ha propuesto la existencia de varias formas arquitectónicas que no estuvieron cubiertas o circundadas por túmulos. La mayoría de las interpretaciones se han realizado en torno a los *portal dolmens*, en especial de los *portal tombs* del área de Irlanda, que fueron construidos entre el 4000-3700 cal ANE, interpretándose como estructuras abiertas dentro de plataformas con las losa de cubiertas visibles (Scarre, 2006: 193; Scarre, 2016b: 223-224). Al respecto, los casos mejor documentados son los *portal dolmens* del condado de Burren, que se caracterizan por presentar plataformas de piedras circundantes a cota más baja que las cámaras, tal como se ha evidenciado en el monumento de Poul nabrone (Lynch, 2014). En el suroeste de Gales, estas estructuras se presentan dentro de masas tumulares de escaso desarrollo en altura, caso de los *portal tombs* de Pentre Ifan y Carreg Samson (Scarre, 2006; Scarre, 2016b: 220-222). En las dos áreas geográficas las estructuras megalíticas de tendencia rectangular están descubiertas y visibles desde el exterior. En este modelo arquitectónico destaca el gran tamaño, peso y disposición de la gran losa de cubierta, dispuesta generalmente de manera inclinada hacia la cabecera, que se apoya en pocos puntos, compuestos por ortostatos más pequeños, de morfologías puntiagudas en las crestas, con poca superficie de contacto, que incluso no están contenidos dentro de una zanja de cimentación (Cummings y Richards, 2016: 56). La gran losa de cubierta sobresale hacia el exterior, otorgando un perfil característico a la estructura, provocando el efecto o la apariencia de que las piedras están flotando en el cielo (Cummings y Whittle, 2004). Este efecto, conseguido mediante la disposición intencional de la losa de cubierta, se vería reforzado además con la forma de la misma, presentando una marcada dualidad: la cara externa, definida por una superficie natural, y la cara interna, tallada y piqueteada, generando una superficie plana, como se ha constatado en el dolmen de Garn Turne (Cummings y Richards, 2014; Cummings y Richards, 2016: 55).

Con esto, estas estructuras (clasificada como “dólmenes”) denotan una concepción arquitectónica en la que los esqueletos megalíticos nunca estuvieron cubiertos por túmulos, sino que eran construcciones destinadas posiblemente a la contemplación y exhibición de las grandes losas de cubierta dispuestas sobre los ortostatos (Scarre, 2016a: 71-72), siendo una forma de monumentalidad que aparece en el Neolítico en las Islas Británicas, entre el 4000-3800 cal ANE (Cummings y Richards, 2014). La inexistencia de túmulos en estas construcciones se fundamenta en las evidencias que muestran las recientes excavaciones arqueológicas, constatando que algunos de estos sitios nunca poseyeron un *cairn* o túmulo que los contuviese o cubriese. En otros, donde se ha constatado la presencia de una pequeña y/o baja plataforma alrededor del monumento, caso de los *portal dolmens* del condado de Burren de Irlanda, estas estructuras son interpretadas como elementos dispuestos durante el proceso de colocación de las losas de cubierta (Scarre, 2016a: 73). Finalmente, en los monumentos que se registran masas tumulares circundantes a las estructuras, se ha dilucidado que su presencia obedece a una adición posterior debido a la larga secuencia temporal de uso de estos sitios (Scarre, 2016a). Para algunos autores, esto les lleva a cuestionar la funcionalidad de estos dólmenes como cámaras funerarias, al menos en sus fases iniciales, concluyendo que no estaban

construidos para los enterramientos y deposición de restos humanos, al estar el espacio interior abierto y expuesto a los elementos externos, erigiéndose en cambio por necesidades de monumentalización de los paisajes, pudiendo ser construidos en los mismos emplazamientos donde fueron extraídas las grandes losas de cubierta (Cummings y Richards, 2014; Cummings y Richards, 2016: 56-57).

Del mismo modo, las tumbas de corredor de tipo Carrowmore, en Irlanda, parecen no haber estado cubiertas por túmulos (Scarre, 2016a: 72; Scarre, 2016b: 225-226). Este grupo comprende una concentración de sesenta tumbas construidas con los materiales del medio geológico local. Se caracterizan por tener un corredor y cámaras de morfologías poligonales, compuestas por bloques de piedras que forman las paredes y techumbre, delimitadas por uno o varios anillos pétreos de morfologías circulares ovoides, sin presencia aparente de túmulo que lo recubriese (Scarre, 2007a: 130). Para algunos autores, el conjunto de Carrowmore representa una forma arquitectónica funeraria temprana, siendo un tipo constructivo particular que se fraguó en Irlanda en la transición entre el Mesolítico y Neolítico, como parecen mostrar los resultados de las dataciones radiocarbónicas de estos monumentos, argumentándose que su construcción se llevó a cabo en la transición del V al IV milenios, entre el 4300/4000-3500 cal ANE (Burenhault, 2003). Para otros, sin embargo, no se puede sostener esta secuencia temporal, defendiéndose unas cronologías más tardías para estas construcciones funerarias, a partir del 3750 cal ANE situándose los periodos más intensos de uso entre el 3600-3200 cal ANE, como parecen mostrar los resultados de veinticinco dataciones radiocarbónicas de objetos de huesos y astas de animales de dos sitios: Carrowmore 3 y Carrowmore 55A (Bergh y Hansey, 2013: 357-360).

Incluso, parece ser que algunos dólmenes de corredor pudieron ser en origen *free-standing structures*, caso de los monumentos de Bryn Celli Du o Mound of the Hostages, que contaban con cámaras que no estaban totalmente cubiertas en su primera etapa constructiva. Esto, lleva a plantear que pudieron existir dólmenes de corredor a los que se les añaden los túmulos como un acto de clausura del monumento, a modo de cese de la actividad funeraria, implicando la cubrición total de la cámara (Scarre, 2016a: 74-76; Scarre, 2016b: 226). Por tanto, la progresiva evidencia de que las formas definitivas de los monumentos tumulares dependen de las sucesivas fases de adición y modificación, y que muchas de éstas se correlacionan con actos de clausura, permite sostener que los túmulos megalíticos fueron construidos tanto de manera paralela como posteriormente a la erección de las cámaras de los “dólmenes de corredor”, como se ha puesto de manifiesto en dos grandes túmulos del tipo Costwold-Severn: Ascott-under-Wychwou (Benson y Whittle, 2007) y Hazlenton North (Saville, 2013), con cámaras cubiertas en fases de construcción posteriores. Todo esto, precisa el conocimiento de la secuencia constructiva integral de los monumentos megalíticos y sus múltiples fases (construcción, uso y abandono), pudiendo estar precedida en ocasiones de una actividad mortuoria en el lugar (Scarre, 2016a: 76).

En otro contexto de debate, algunos autores, han planteado que la concepción y la organización del espacio interior de las tumbas megalíticas pueden provenir de esquemas de la esfera doméstica (Hodder, 1984). En este sentido, a través del estudio comparativo de la morfología entre el monumento megalítico de Gávres en Morbihan, una sepultura de entrada lateral de la primera mitad del III milenio ANE, con la casa A de Pléchéâtel, construida en madera, se ha contrastado la similitud entre las grandes casas de madera y los monumentos en piedra, tanto en su morfología como en la distribución de los materiales cerámicos del interior, proponiéndose una serie de consideraciones en torno a la casa de los muertos que sobrepasa incluso la esfera de la arquitectura para la región de la Bretaña francesa durante el III milenio ANE (Laporte, 2012; Laporte y Tinévez, 2004). La primera inferencia incide en que la organización de los depósitos funerarios responde a una serie de normas que de una manera u otra proceden de la organización espacial del ámbito doméstico, con lo que se podría plantear que la casa de los muertos, construida en piedra de manera perenne, y en miniatura, puede ser construida como imagen y semejanza de la casa de los vivos, transportándose a este lugar los elementos simbólicos y cosmogónicos. La segunda inferencia apunta que en el Neolítico Final puede darse un cierto paralelismo entre la estructuración del espacio de las arquitecturas “domésticas” en madera y los monumentos megalíticos contemporáneos: las “*allées couvertes*”, del último tercio del IV milenio, y las “*sépultures à entrée latérale*”, de la primera mitad del III milenio ANE (Laporte y Le Roux, 2004; Laporte, 2009).

La concepción del espacio interno es diferente en las arquitecturas abiertas, es decir, las estructuras de morfologías circulares formadas por piedras en vertical (menhires o *pierres dressées*), denominadas como círculos de piedras o recintos de menhires. En éstas el espacio interno queda delimitado por los propios monolitos hacia el interior, formándose un ámbito abierto desde el que se prioriza la visibilidad hacia el exterior y las conexiones espaciales con el territorio circundante.

El espacio externo

El espacio externo y abierto de las arquitecturas megalíticas funerarias está definido por el túmulo, que representa el volumen construido externo del monumento funerario, su morfología, dimensiones y grado de visibilidad y perceptibilidad en el paisaje, evidenciándose en muchos casos que estos monumentos fueron concebidos y erigidos para ser vistos y apreciados a cierta distancia (Thomas 1990, 1993; Criado y Fábregas, 1994), provocando un fuerte impacto visual en el espacio (Laporte et al., 2014a).

Los túmulos se formalizaron mediante múltiples técnicas constructivas, contando con diversos elementos para su delimitación externa: muros de piedra seca, piedras verticales que marcan su perímetro (anillo peristáltico, *kerbstone*), o resaltes topográficos, además de estructuras asociadas externas: fachadas con materiales pétreos, atrios abiertos de gran desarrollo, plataformas de nivelación, escalonamientos tallados en el afloramiento de roca, terrazas, así

como la disposición de estelas y piedras en vertical, altares, hogueras, y de otras estructuras con materiales perecederos concentradas en los espacios de acceso. Estas estructuras externas se disponen en algunos modelos arquitectónicos con una clara intencionalidad de incrementar el impacto visual externo y de reforzar la monumentalización del lugar.

La morfología de los túmulos obedece a la historia constructiva de cada monumento, pudiendo definirse el volumen constructivo por episodios que responden a planteamientos arquitectónicos diferenciados: construcción en paralelo a las cámaras funerarias; retumulación por procesos de transformaciones o modificaciones; “tumulación secundaria”, por la condenación del acceso al interior de la cámara, mediante disposición de un muro periférico, caso del monumento de Carn, en Ploudalmezeau, o por el adosamiento de una masa tumular, caso de Gavrinis, en Morbihan, o reacondicionamiento integral del túmulo, como se ha evidenciado en dolmen de Château-Bû, con disposición de bloques de cuarzo y estructuras en la Edad del Bronce, ubicados en la Bretaña francesa (Le Roux, 2000: 279-280); adición de túmulo como acto de clausura (Scarre, 2016), como se ha documentado en abundantes monumentos de la Península Ibérica, caso de la tumba 5 de Forno dos Mouros, en la que la construcción de una segunda cámara implicó el sellamiento y clausura de la primera cámara bajo el túmulo (Mañana Borrazás, 2005; Fábregas y Vilaseco, 2016), o en los dólmenes de corredor de la Meseta Norte, en los que se han evidenciado diversas prácticas de clausura o sellado: tumulación, superposición de nueva construcción, “fuego clausurador”, desmantelamiento de estructuras, inhabilitación de las zonas de acceso, sellado del espacio sepulcral y fuegos localizados (Tejedor, 2014, 2015).

El espacio circundante

El espacio circundante es el ámbito espacial que se desarrolla y transforma alrededor de las arquitecturas megalíticas, que conforma, materializa y define los diversos paisajes megalíticos. Se caracteriza por su componente asociativo, capacidad integradora y fuerte dinamismo. Los monumentos y elementos construidos en el entorno forman parte del espacio envolvente, así como el paisaje natural o antropizado forma parte de las arquitecturas, siendo muy difícil precisar los límites entre ambos. El espacio circundante de los monumentos megalíticos puede concretarse bajo diversas fórmulas, pudiendo destacarse dos preferentemente: a) su asociación y relación espacial con los elementos naturales significativos en los paisajes; b) su asociación a otros monumentos, elementos y asentamientos.

La asociación y relación espacial con los elementos naturales significativos en los paisajes (afloramientos rocosos, montañas, ríos, etc.), puede determinar el lugar de emplazamiento, forma arquitectónica y orientación de las estructuras, construyéndose en sitios de alta visibilidad sobre una parte determinada del territorio circundante. Así, se ha interpretado que la integración y emulación de las arquitecturas en los paisajes puede constituirse en una de las primeras formas de monumentalidad prehistórica (Tilley, 1994; Bradley, 2000; Scarre, 2011a).

En este sentido, se ha planteado que la morfología y concepción espacial de las construcciones circulares de piedras verticales pueden estar relacionadas con elementos naturales presentes en el paisaje, caso de los círculos de piedra y henges de las Islas Británicas, en los que los elementos de acceso desde el exterior (huecos, puertas, avenidas o hileras de piedras) suelen estar dispuestos y orientados en relación con las formaciones naturales (Bradley, 2002b), o en los recintos de menhires del Alentejo, construidos en sitios de horizonte despejado desde donde poder observar los ortos solares (Calado, 2002, 2004).

Otra evidencia de disposición intencional de las arquitecturas en relación con las formaciones rocosas destacadas en el paisaje es la proporcionada por el dolmen de Menga, habiéndose documentado que su eje axial constructivo y su visibilidad preferente desde el acceso están condicionadas por su orientación hacia la Peña de Los Enamorados, siendo el principal y más destacado hito paisajístico del entorno (García Sanjuán y Weathley, 2010; García Sanjuán y Díaz Guardamino, 2015; García Sanjuán y Lozano, 2016).

El análisis arqueológico de las arquitecturas debe sustentarse en la comprensión de la concepción espacial de los tres tipos de espacios construidos: interno, externo y circundante. La identificación física en las diferentes arquitecturas de espacios internos cubiertos, espacios externos, limitados, espacios envolventes, etc., son términos que pueden aproximarnos a las ideas y planteamientos de la concepción espacial de las sociedades constructoras de megalitos, así como del significado de estar dentro (espacio cubierto), estar fuera-dentro (espacio abierto limitado) o estar en el entorno (espacio circundante).

4.2.5. TEMPORALIDADES

Las arquitecturas megalíticas cuentan con diversas temporalidades, dependiendo de la historia constructiva particular de cada sitio y de las diversas prácticas de reapropiación y de las reutilizaciones posteriores de estos monumentos. Así, en muchos sitios de Europa occidental se ha documentado que la morfología definitiva de un monumento megalítico es consecuencia de la ejecución de reiterados proyectos arquitecturales sobre el mismo, que originaron transformaciones materiales y espaciales con diversas intencionalidades de monumentalización, que pudieron desarrollarse en cortos periodos de tiempo o en largos ciclos temporales. La reiteración de diversas acciones materiales que transformaron las arquitecturas y la perduración del uso de estos lugares a lo largo del tiempo son los condicionantes que otorgan el significado de monumento a estas construcciones, siendo su concepción distinta para cada caso, teniendo en común el papel de preservar parte de la memoria material y social de los grupos sociales, concretada en la propia arquitectura, en los restos de los difuntos (ya sea la casa de los muertos o de los ancestros míticos), o en la diversidad de prácticas funerarias y rituales llevadas cabo en estos lugares.

La erección de los monumentos implicaría que sus constructores desarrollasen una concepción de tres niveles temporales en torno a las arquitecturas megalíticas: se construyeron en un tiempo presente, conmemoraban eventos o personas de tiempos pasado y preservaban la memoria para el futuro. La mayoría de las interpretaciones sobre su temporalidad han puesto de manifiesto su valor como sitios de tiempo cíclico, estableciéndose un vínculo o conexión memorial con el pasado desde el presente y su perduración en el futuro a través del culto a los ancestros y de los sucesivos depósitos funerarios, que ponían en contacto físico a las sucesivas generaciones (Hinz, 2012: 55-56).

De manera genérica, podríamos distinguir tres tipos de temporalidades en las arquitecturas megalíticas: a) la construcción primaria de un monumento, conforme a su proyecto arquitectónico originario; b) las transformaciones arquitectónicas y modificaciones de los espacios de los monumentos por el desarrollo de nuevos proyectos, conforme a los diversos usos, que pudieron acontecer en periodos o etapas continuas o diferidas; c) las reutilizaciones posteriores, tras el abandono y/o, cese temporal o definitivo de la función como monumentos. La identificación de estos ciclos temporales es recurrente en las arquitecturas funerarias. La comprensión de las diferentes temporalidades de los monumentos megalíticos debe partir de la premisa de la existencia de diferentes ritmos y ciclos temporales, reconocibles en las secuencias estratigráficas, debiendo ser muestreada por los análisis radiométricos.

La primera temporalidad, es la que define la construcción primaria de un monumento. La identificación y datación radiocarbónica de los paleosuelos antropizados y de los niveles de ocupación precedentes pueden ayudar a definir un marco cronológico relativo anterior a la construcción, es decir, un rango para conocer el momento previo de la construcción. El conjunto de unidades de las obras, los elementos estructurales y materiales empleados durante el proceso de construcción pueden proporcionar materiales orgánicos (carbones, restos vegetales), sedimentos (rellenos de tierra), restos de estructuras (hoyos de poste, puntales o estructuras de madera, rellenos de tierra de nivelación, cimentación o disposición de elementos...) que pueden proporcionar dataciones radiocarbónicas relacionadas directamente con la obra de construcción del monumento megalítico.

La segunda temporalidad, que engloba los procesos de transformación arquitectónicas, modificaciones de los espacios y usos, se puede constatar a partir de las dataciones de los restos óseos de los depósitos funerarios de las cámaras, restos orgánicos de los atrios y espacios delanteros de acceso externos en los que disponen múltiples estructuras, entre ellas las hogueras, en el conjunto de estructuras arquitectónicas dispuestas en cada fase constructiva. De manera global, todos estos elementos nos proporcionan diversos rangos posteriores a la construcción originaria, proporcionando la secuencia diacrónica del uso y transformación de las arquitecturas megalíticas, es decir, las diversas fases constructivas que se corresponden con cada proyecto arquitectónico, siendo demostrativas en muchos sitios de los diversos programas

de monumentalización, que conllevaría la apropiación continua de los lugares y la perduración de la memoria material y social de los sitios.

La tercera temporalidad, es la que podría obedecer a los diversos procesos de reutilización de las construcciones megalíticas. Las reutilizaciones de los monumentos son aquellas que se suceden una vez que se hayan abandonado los monumentos durante un lapso temporal, siendo nuevamente reusados por grupos sociales que ya no tienen por qué preservar en su memoria colectiva el valor significativo y simbólico del monumento, desarrollando otras prácticas sociales y usos diferentes. Así, las arquitecturas megalíticas pueden ser reutilizadas y reinterpretadas de diversas formas, usos y significados, pudiendo desarrollarse en ellos variadas medidas de reapropiación de los testimonios materiales del pasado a través de la creación narrativas orales y discursos con otros parámetros sociales e intencionalidades en la Edad del Bronce, Edad del Hierro, Antigüedad, Edad Media, Edad Moderna e incluso en la Edad Contemporánea. La reinterpretación de los monumentos puede implicar también la consecución de transformaciones materiales, como consecuencia de diversos usos funerarios, votivos, culturales, o religiosos, e incluso por sus reiterados expolios, que suponen el deterioro e incluso la destrucción de muchos de ellos.

Estas temporalidades, además, pueden ser abordadas desde dos escalas de análisis diacrónicas. Una escala centrada en los procesos de construcción, uso y transformación de los monumentos megalíticos, que permite el conocimiento de la secuencia de las arquitecturas, tanto de un monumento como de un conjunto o modelo constructivo. Una escala regional o interregional, mediante estudios comparativos de las secuencias cronológicas de los monumentos megalíticos de grandes regiones geográficas en las que se poseen abundantes series de dataciones de diferentes contextos y fases cronológicas que permitan establecer secuencias temporales de amplio rango.

En ambos casos, hay que partir de la premisa de que las arquitecturas son sitios arqueológicos muy complejos en sus dimensiones constructivas, sometidos a continuas transformaciones materiales y espaciales, en los que se ha llevado cabo una multitud de prácticas sociales de todo tipo: funerarias, rituales, ceremoniales o culturales. En todo caso, es preciso conocer detalladamente la secuencia estructural y estratigráfica, con el objeto de poder asociar las muestras que se van a datar con cada episodio de construcción o fase de uso del monumento megalítico, es decir, saber qué contexto arqueológico se está datando. Por otro lado, debe tenerse en cuenta también el tipo de muestra sobre la que se obtiene la datación (carbón, madera, sedimentos...), cada una con sus propias características y limitaciones. Con todo, la datación de las arquitecturas megalíticas se convierte en una tarea bastante complicada, donde se precisa la obtención de secuencias cronológicas que abarquen la historia constructiva y los diferentes episodios de uso, siendo particular y específico para cada caso, precisándose de un alto número de muestras.

Así, establecer las secuencias cronológicas de los monumentos megalíticos es una de las cuestiones más complicadas y controvertidas, existiendo un amplio debate arqueológico en torno a los resultados de dataciones radiocarbónicas, siendo uno de los desafíos de la investigación y comprensión de la compleja diacronía del megalitismo en Europa occidental (Scarre, 2008, 2010, 2011b). En este sentido, en un estudio de síntesis de las dataciones de los monumentos megalíticos de Europa se destacaron que las dataciones radiocarbónicas presentaban tres problemas fundamentales: el tipo y contexto de la muestra, la longevidad de la muestra y la precisión (Scarre et al., 2003). En cuanto al tipo y contexto de la muestra, hay que considerar que en ningún caso ni los carbones ni los huesos recuperados en el interior de los suelos de las cámaras funerarias, túmulos, rellenos de fosas y estructuras, etc., datan el momento exacto de construcción de una arquitectura funeraria. Además, los carbones pueden presentar una limitación grande si se emplean para datación maderas de gran longevidad (caso de los postes), introduciendo en la datación el efecto de “madera vieja”, que puede suponer una datación más antigua de un episodio concreto. Para evitar esto, es preferible la datación de carbones de especies vegetales de vida corta y de contextos arqueológicos bien preservados y sellados, precisando de manera previa de un estudio antracológico que identifique las especies de las muestras a datar así como su parte anatómica. Estos problemas se están corrigiendo parcialmente en los últimos años, dado la mejor cualidad de las muestras a datar provenientes de contextos arqueológicos controlados estratigráficamente y por la aplicación sistemática de modelos estadísticos bayesianos de las dataciones radiocarbónicas (Bayliss y Whittle, 2007).

Temporalidades de construcción, transformación y usos

Las principales dificultades en la investigación de las temporalidades de los monumentos megalíticos residen en la naturaleza de los contextos arqueológicos datados, ya que generalmente se fechan episodios de uso y no la propia construcción originaria de la arquitectura, y en el tipo de muestras recuperadas y seleccionadas para las dataciones radiocarbónicas, sobre todo los materiales orgánicos (carbones, maderas y hueso). En muchos casos no se conoce la cronología inicial de los monumentos megalíticos sino sus fases posteriores, al datarse los contextos funerarios y diversos episodios de usos asociados a estas estructuras, e incluso ulteriores reutilizaciones de los espacios sepulcrales. Por tanto, una de las mayores problemáticas es relacionar los resultados de las dataciones de las muestras con el momento de construcción de un monumento, sus distintas transformaciones arquitectónicas y los diversos usos que tuvo (Scarre et al., 2011).

En el caso de la datación de las arquitecturas funerarias, es muy difícil correlacionar las dataciones obtenidas a través de los restos óseos de las deposiciones funerarias con su construcción (Scarre, 2010, 2011b). Así, cuando se datan los restos óseos de los niveles funerarios de las cámaras se establece una cronología cercana a su construcción, pero en todo caso siempre posterior, obteniéndose una cronología *ante quem* del monumento, por lo que hay que tener en cuenta la representatividad de estas muestras y el valor de las mismas para fechar

las construcciones. En el caso de las sepulturas colectivas la cuestión es aún más complicada, pues son habituales y reiteradas las prácticas de manipulaciones de determinadas partes de los esqueletos, caso de los cráneos y huesos largos, sometidos a distintos tratamientos y movimientos dentro de las tumbas (Masset, 1993, 1999; Leclerc, 1999; Chambon, 2003), como se viene documentado constantemente, caso de La Chaussée-Tirancourt (Leclerc y Masset, 1980, 2006; Blin, 2014), y también con una circulación constante hacia dentro y hacia fuera con motivo de los rituales de culto a los ancestros (Cauwe, 1998; Bradley 1998). Además, la presencia de restos óseos en las tumbas megalíticas no es uniforme en todas las áreas de Europa occidental, existiendo muchas regiones en las que no se preservan, por la alta acidez de los suelos, caso del noroeste de Francia (Bretaña y Normandía) y la franja occidental de la Península Ibérica (Galicia, Alentejo y suroeste de Andalucía).

Para resolver estas limitaciones se han mejorado las técnicas de muestreo en los últimos años, llevándose a cabo un alto volumen de dataciones radiocarbónicas mediante AMS (proporcionando valores típicos de ± 50 años a intervalos de confianza del 95% para materiales de entre 4000 y 5000 años de antigüedad) y se han desarrollado otros métodos de datación alternativos, sobre todo se están muestreando otro tipo de materiales al objeto de lograr una mayor fiabilidad y certidumbre para poder establecer la cronología de las construcciones de los monumentos. Por un lado, las dataciones por Luminiscencia Ópticamente Estimulada (OSL) de sedimentos y de las superficies de los determinados tipos de rocas parecen ser altamente susceptibles de ser integradas al estudio de los monumentos megalíticos de la Europa atlántica, pudiendo ser considerado como un método de datación complementario e incluso alternativo con un importante potencial, necesario en los casos en los que no es posible aplicar el método de radiocarbono (López Romero, 2011). Sin embargo, este método es bastante menos exacto que las dataciones radiocarbónicas mediante AMS, al presentar unos intervalos cronológicos muy grandes, por lo que su aplicación a las arquitecturas megalíticas no está exenta de problemática.

Otros materiales que pueden ser datados y que parecen más adecuados y fiables para conocer la cronología de la construcción de los monumentos pueden ser las dataciones de los pigmentos y las materias orgánicas empleadas como material de ornamentación y construcción. En el primer caso, destacan las dataciones radiocarbónicas por AMS obtenidos mediante la extracción *in situ* de muestras con carbones presentes en las pinturas realizadas sobre los soportes de granito, gneis y esquisto de ocho dólmenes de corredor Galicia. Los resultados de las dataciones proporcionan para algunos sitios (Pedra da Moura, Casota do Paramo, Pedra Cuberta, Mamoa de Monte dos Marxos, Forno do Mouros, Anta de Serramo) unos resultados cronológicos homogéneos y coherentes, agrupándose en la primera mitad del IV milenio, fundamentalmente entre el 3900-3600 cal ANE (Steelman et al., 2005; Carreras y Fábregas, 2006), momento en el que se origina la forma arquitectónica de dolmen de corredor con un notable desarrollo del arte parietal. Estas dataciones, realmente aportan un *terminus ante quem* para la construcción de

estos dólmenes, dado que la decoración pictórica realizada en la superficie de los ortostatos es paralela a la construcción y primer uso de los sepulcros (Scarre, 2010).

En el segundo caso, destacan las dataciones obtenidas en siete dólmenes daneses (ocho dataciones) a partir de muestras de cortezas de abedul empleadas como material constructivo de los muros de piedra seca dispuestos entre ortostatos. Esto permite una datación precisa de la construcción de estos dólmenes, ya que el muro de piedra seca se dispone a la misma vez que los ortostatos de las cámaras. Los resultados además son bastante reveladores, situándose todas las fechas entre el 3300-3100 cal ANE (Dehn y Hansen 2006a, 2006b; Schulz, 2010). Ello posibilita establecer una interpretación plausible donde en un periodo relativo corto de tiempo, en torno a 200 años, se construyeron en esta región miles de dólmenes con unos modelos arquitectónicos muy definidos, mediante técnicas y métodos constructivos especializados, destacando sobre todo las tumbas de corredor en forma de “T” con cámaras “gemelas” y “cámaras pareadas” o “dobles” (Dehn y Hansen 2000, 2006a).

Esta misma situación de procesos cortos e intensos en la construcción, transformación y uso de las arquitecturas megalíticas pudo ocurrir a la misma vez en otras regiones de Europa occidental, tal como están mostrando las evidencias cronométricas de muchos sitios (Scarre, 2010). No obstante, lo más común es que los monumentos megalíticos estén sometidos a transformaciones constructivas y espaciales continuas, llegando a formalizarse verdaderos proyectos arquitectónicos en cada lugar que cambian su morfología original y redimensionan su significado mediante distintas formas de monumentalización, apropiación, reapropiación y reutilización por posteriores generaciones a los que los planificaron y construyeron en un inicio. En todo caso, los ritmos cronológicos son distintos en cada sitio, precisándose de programas sistemáticos e intensivos con un volumen de dataciones fiables y adecuadas que muestren la propia diacronía de cada monumento megalítico y ayuden a fijar los patrones temporales a escala territorial.

En este sentido, destacan los programas de dataciones radiocarbónicas con aplicación de modelos estadísticos bayesianos en varios sitios de Europa, sobre todo las investigaciones desarrolladas en cinco monumentos de gran complejidad estructural y espacial (*long barrows*) del área de Cotswold (sureste de Gran Bretaña): Ascott-Under-Wychwood, Hazleton, Fussell's Lodge, West Kennet, Wayland's Smithy, realizándose un alto número de dataciones radiocarbónicas sobre muestras de restos óseos y carbones de cada sitio (entre 23 y 44 muestras), que han permitido la reconstrucción diacrónica de las diferentes fases de construcción, pudiendo asociarse sus transformaciones arquitectónicas y las prácticas funerarias llevadas a cabo en el interior de las cámaras, entre el 3800-3400 cal ANE, (Bayliss y Whittle, 2007; Benson y Whittle, 2007; Saville, 2013). En este sentido, se pueden destacar tres conclusiones genéricas acerca de la secuencia de construcción y uso de estos monumentos:

- 1) Cada monumento cuenta con un desarrollo diacrónico particular, es decir, que existen procesos arrítmicos de los diferentes episodios en esta región.
- 2) Que estos monumentos fueron edificados y usados en un periodo de tiempo corto, pudiendo indicar la existencia de etapas de actividad constructivos muy intensas, que pudieron ser parados durante un tiempo y reiniciados nuevamente en otros periodos de tiempo por testigos vivos y participantes en los anteriores procesos de construcción (Whittle et al., 2007: 129). Así, la vida de estos monumentos pueden ser medidos en términos de escala de temporalidad humana, llegándose a concluir que su duración media estaba en 75 años, es decir, unas tres generaciones, considerando que cada generación contaría con 25 años, lo que comporta la introducción de nuevos conceptos de debate en torno a la transmisión de las ideas y la formación de la memoria, tal como destacan sus autores: “these also help to give specific shape to discussion of the transmission of ideas and to reflection on the nature of personal memory in relation collective or social memory” (Whittle et al., 2007: 131).
- 3) Que estas arquitecturas, por tanto, fueron construidas y usadas durante dos o tres generaciones, lo que implica que los individuos que sucedieron a los primeros usuarios de estas arquitecturas no sólo transformaron los espacios rápidamente sino que pudieron conocer físicamente a sus antepasados. Ello debe suponer una reflexión sobre los conceptos de ancestro y de identidad, donde la escala temporal de transmisión de las ideas y de la memoria sería la de la esperanza de vida de sus individuos. De hecho, todas las dataciones de los restos óseos humanos de las cámaras mortuorias se agrupan en una centuria o menos, predominando un ritual mortuario de deposición de individuos articulados en periodos cortos de tiempo y en sucesivas deposiciones, existiendo diversidad de ritos funerarios que pueden relacionarse con eventos momentáneos de la vida de estos monumentos (Whittle et al., 2007: 129-130).
- 4) Que los monumentos de similares características formales y constructivas no tienen que corresponderse con la misma cronología, como se ha demostrado en los casos de West Kennet y Wayland’S Smithy II, que muestran una oscilación de 200 años entre el primero y el segundo (Whittle et al., 2007: 133). Es decir cuando Wayland’S Smithy II fue construido, West Kennet ya era un monumento antiguo, pudiendo indicar que West Kennet fue erigido con una apariencia arcaica (Whittle et al., 2008: 68).

Todo esto involucra un cambio de visión sobre los patrones temporales de la construcción y uso de estas arquitecturas funerarias, proponiéndose una nueva concepción temporal de estos sitios entendida en ciclos cronológicos cortos, tal como describen: “this view of the monuments in many ways makes more sense in terms of human agency than the alternative of long, drawn-out building projects...In this sense, the construction of mortuary monuments was possibly a much more immediate” (Whittle et al., 2007: 129). Aunque también existen monumentos, como Wayland’s Smithy, en los que se ha documentado procesos de transformación y reconstrucciones mayores, con una secuencia temporal de larga duración. Por esto, hay que

entender la forma en la que fueron construidos los monumentos megalíticos como una manera de representación de la dimensión del pasado, no recayendo los argumentos exclusivamente en la monumentalización de estos sitios, ya que igualmente pueden ser entendidos en términos de tiempos estratificados: experiencias de lo inmediato, presente instintivo/visceral de hechos de construcción de las arquitecturas y de descomposición de los cuerpos de las personas conocidas (Whittle et al., 2007: 133).

Ello implica reconocer que las arquitecturas varían en periodos cortos de tiempo, presentando unas secuencias históricas como consecuencia del desarrollo de diferentes episodios de actividad constructiva, que en el sur de las Islas Británicas, ocurre durante 200 años en los monumentos de tipo *long barrow* y que, reconociendo que cada secuencia de cada sitios representa un parte del proceso de toda una región, cada monumento está sometido a un desarrollo local propio (Whittle et al., 2008: 68). Estas investigaciones están suponiendo un giro en la visión de muchas interpretaciones establecidas desde la arqueología postprocesual, generándose nuevas líneas de investigación dirigidas al estudio de las secuencias temporales, desarrollos, cambios y contextos arqueológicos particulares de los monumentos megalíticos (Whittle et al., 2007: 125).

Hace unos años, Scarre (2010) argumentaba que estos programas sistemáticos de dataciones que se están llevando a cabo en el sur de Gran Bretaña son los más adecuados para aplicar en numerosas regiones en el noroeste de Europa donde existen monumentos megalíticos con diferentes formas y desiguales desarrollos cronológicos. A esto, hay que unir la problemática de relacionar determinadas formas arquitectónicas o tipologías con las cronologías, una cuestión muy difícil de precisar, pues no siempre hay una correspondencia entre similitudes morfológicas y los resultados que ofrecen las dataciones. Por otro lado, el desarrollo de programas sistemáticos de dataciones radiocarbónicas con modelos bayesianos está demostrando que los periodos de tiempo de construcción y uso de determinadas arquitecturas son de limitada duración, con patrones temporales caracterizados por episodios cortos y posteriores paradas. Esto obliga a reflexionar sobre la tendencia tradicional con la que se ha interpretado la temporalidad de estas construcciones, generalmente concebidas en modelos diacrónicos de larga duración temporal, quizás por la trasposición de la concepción y visión del complejo fenómeno del megalitismo (proceso de formación y desarrollo de un amplio rango cronológico) al terreno de las arquitecturas y a los momentos de construcción.

Como se ha destacado más arriba, los programas sistemáticos de dataciones radiocarbónicas de alta precisión en sitios concretos están demostrando que los procesos de construcción y uso son variables, existiendo una marcada arritmia en cada monumento y unas notorias diferencias en las secuencias temporales regionales (Bayliss y Whittle, 2007), al igual que en otro tipo de yacimientos, caso de los modelos temporales definidos en los recintos de fosos neolíticos del sur de Gran Bretaña e Irlanda (Whittle et al., 2011).

Temporalidades de escala regional o inter-regional

Por otro lado, existe una tendencia actual en los estudios cronológicos de los monumentos megalíticos de Europa de realizar análisis comparativos de escala regional o interregional, lo que posibilita entender los contextos diacrónicos del desarrollo de determinadas formas arquitectónicas en grandes ámbitos territoriales y evaluar las diversas formas de monumentalidad que se dieron en el Neolítico (Scarre, 2011b). Para este tipo de estudios se considera fundamental la aplicación de métodos bayesianos, estableciéndose las secuencias cronológicas a partir del análisis comparado de las dataciones de las diversas fases arqueológicas, asignadas genéricamente a través de sus artefactos (Bronk Ramsey, 2008: 265; Bronk Ramsey, 2009).

En esta visión de realizar trabajos de investigación comparados con un marco de referencia macro-territorial están influenciando los resultados de los estudios de isótopos de estroncio de los esqueletos de los individuos y de los animales domésticos, que están evidenciando patrones de movilidad de las poblaciones humanas y ganaderas a gran distancia, definiéndose esferas de contacto e interacción de amplio rango espacial de las poblaciones neolíticas. Por ejemplo, los estudios de isótopos de estroncio realizados sobre el esmalte de los dientes de 71 individuos enterrados en las tumbas megalíticas de la zona central-oeste de Suecia, sobre todo del área de Falbygden (54) y alrededores (17), donde existe una densa área de concentración de tumbas megalíticas (en torno a 250 sitios) que datan entre el 3300–3000 cal ANE, han demostrado la existencia de un alto porcentaje de ellos (hasta un 22%, casi todos adultos) de procedencia no local (Sjögren et al., 2009: 99). Esto implica, según sus investigadores, la llegada continuada durante varias generaciones de poblaciones inmigrantes, planteándose una hipótesis en términos de existencia de intercambios de matrimonios mixtos con otras áreas (Sjögren et al., 2009: 100). El posterior trabajo de este equipo de arqueólogos en la misma área sobre los dientes de animales domésticos ha demostrado que existe hasta un 25% de ganado de procedencia no local, por lo que plantean la existencia de una economía regional durante el Neolítico caracterizada por la amplia movilidad de personas, objetos y bienes de subsistencia, que pondría en contacto grupos con una fuerte tradición de construcción de megalitos, caso de la región de Falbygden, con otros grupos no constructores de megalitos, siendo una forma de intercambio o contacto común y recurrente, aunque no exclusivo, pues también se documentan otros materiales de procedencia lejana o escala suprarregional (Sjögren et al., 2013: 702).

Todo ello, se circunscribe en un debate reabierto sobre los focos de origen, contacto, interacción y posible relación entre diversas áreas de la fachada atlántica europea, como se ha hecho entre la zona del noroeste de Francia con las Islas Británicas, o entre la Bretaña francesa y el norte de la Península Ibérica, etc., reavivándose quizás de este modo los estudios más tradicionales centrados en los tipos y formas arquitectónicas (Scarre, 2011b).

4.3. LAS CONSTRUCCIONES MEGALÍTICAS

La construcción de monumentos megalíticos llevaría implícito una serie de operaciones y métodos de trabajos necesarios para el acondicionamiento de los emplazamientos y la captación, extracción, transporte, transformación y colocación de los materiales con el objeto de formalizar materialmente los presupuestos y planteamientos que se debieron tomar en cuenta en el proyecto arquitectónico de cada monumento megalítico. Cada proyecto arquitectónico hubo de plantear la construcción de un monumento megalítico de manera distinta, pudiendo regirse por los criterios formales, constructivos y técnicos determinados por los modelos arquitectónicos que se quisieran hacer, encontrándose principios y métodos constructivos similares en los mismos grupos sociales, pudiendo expresar parte de la identidad sociocultural de estas comunidades.

El estudio de la construcción de los monumentos megalíticos es una cuestión ampliamente debatida, tratándose aspectos como los métodos de construcción, las técnicas empleadas, los materiales y el conjunto de trabajos y operaciones técnicas que precisaban para la obra de construcción en emplazamiento elegido. Para su conocimiento, se cuenta con el análisis arqueológico de las arquitecturas megalíticas y con varias disciplinas científicas: la etnografía, la arqueología experimental y la restauración arquitectónica.

A través de la etnoarqueología y del estudio etnográfico de las sociedades en las que se ha desarrollado megalitismos recientes o cuentan con megalitismos actuales se cuenta con un volumen de documentación muy útil para la comparación de los significados de estas arquitecturas y sus procedimientos constructivos con las sociedades prehistóricas de Europa, caso de los desarrollados en Indonesia, Madagascar o Etiopía (Adams, 2009; Joussaume, 2011; Jeuneusse, 2016). Mediante la arqueología experimental se han ensayado en la práctica diversos tipos de métodos de construcción, técnicas y materiales que pudieron ser desarrolladas en la construcción de los monumentos megalíticos, como se ha deducido de la documentación de las excavaciones arqueológicas, caso de las experiencias desarrolladas en Stonehenge (Atkinson, 1956), en los túmulos de Bougon (Mohen y Scarre, 2002) o mediante la construcción experimental de un dolmen corredor en el marco del proyecto CAIRN (Poissonnier, 1996).

Los trabajos experimentales desarrollados por Atkinson (1956) a partir del estudio de Stonehenge en 1954 le llevó a plantear, ya hace más de medio siglo, que la construcción de monumentos megalíticos llevaba implícito el desarrollo de un conjunto de operaciones de ingeniería para el movimiento de piedras de gran peso, empleándose fundamentalmente una serie de elementos que potenciaran la transmisión de la energía producida por la fuerza humana (cuerdas de fibra vegetal o pelo de animal), crear dispositivos para la reducción de su fricción (rampas y trineos) en las pesadas tareas de arrastre y movimientos de piedras y elaboración de herramientas e instrumentos para el manejo de las piedras (polea y tornillo) (Atkinson, 1961: 292-293). La tecnología para la construcción de los monumentos megalíticos (tumbas, círculos de piedras y

menhires) debía contemplar tres operaciones básicas: 1) el transporte de las piedras del área de aprovisionamiento o fuente al sitio; 2) la erección de las piedras en vertical (menhires u ortostatos); 3) la colocación de las piedras en horizontal (caso de las losas de cubierta de las tumbas megalíticas). Para el transporte, según la etnografía y la arqueología experimental, se emplearían trineos y sobre todo una estructura continua de rodillos de madera, compuesta por troncos cilíndricos dispuestos transversalmente, sobre la que rodarían las piedras. Para la colocación de piedras en vertical (ortostatos, bloques y menhires) debieron emplearse estacas de madera colocadas muy juntas como soportes y puntos de apoyo para su disposición dentro de su fosa o zanja de cimentación, que tendría un perfil diferencial (una parte en forma de rampa inclinada para la colocación de la piedra y otra recta donde apoyaría). Para la colocación de las piedras en horizontal, como es el caso de las losas de cubierta de las cámaras funerarias megalíticas, primeramente hubo de construirse el túmulo hasta la cota superior de sus paredes internas, siendo transportadas las losas hasta su sitio de colocación mediante rampas formadas por rodillos de madera. Esta operación era la más complicada, colocándose las piedras horizontales de dos formas: rellenando su interior con material sólido o disponiendo largos postes de madera en el interior. Las losas de cubierta ayudarían a estabilizar los ortostatos, al apoyar directamente sobre los mismos elementos constructivos aportando suficiente rozamiento o fricción, como se comprobó en muchos *passage graves* de las Islas Británicas o en las *allées couvertes* de Francia (Atkinson, 1961: 296-298).

Estos planteamientos, a pesar de su antigüedad, han perdurado hasta la actualidad, explicándose los procesos de construcción de muchos monumentos megalíticos a partir de estas consideraciones. Incluso, las propuestas establecidas por Atkinson (1956) en Stonehenge se han contrastado en construcciones experimentales más recientes, como las desarrolladas por Osenton (2001), donde propone desde un escaso rigor arqueológico que es posible erigir un dolmen con pequeños grupos de constructores habilidosos que empleen la tecnología basada en el eje.

En los túmulos de Bougon se desarrollaron trabajos experimentales en el año 1979 (Mohen y Scarre, 2002: 201-207), recreándose el proceso de transporte de un gran bloque de piedra de 32 toneladas, con el objetivo de comprender cómo se pudo llevar cabo el desplazamiento de la gran losa del túmulo A de la necrópolis, que cuenta con el mismo peso. Para ello se emplearon distintos medios técnicos: troncos de madera dispuestos a modo de rodillos sobre raíles desmontables y cordajes amarrados al bloque, a modo de un “trineo” que fue tirado por una fuerza humana compuesta por 200 hombres, encontrándose grandes dificultades en el intento de elevación.

Por otro lado, destaca la construcción experimental con una docena de personas en el marco del proyecto CAIRN en la región de Vendée (Deux-Sèvres) de un dolmen de corredor de 17 m de diámetro en el túmulo, dotado de cámara circular cubierto por una falsa cúpula y ortostatos en el

corredor. En el proceso de construcción primeramente se colocaron los ortostatos del corredor, seguidamente, y adosado a estos, un tramo de masa tumular para asegurar la estabilidad, para posteriormente colocar las losas de cubierta mediante estructuras de madera y palancas de elevación. Por último, se construyó todo el túmulo hasta la cota de cubrición, precisando la ejecución del escalonamiento externo a modo de rampa para el transporte y colocación de los materiales en el interior del mismo, que fue desmontada tras la obra de construcción. No llegó a concluirse la cámara con la falsa cúpula (Poissonnier, 1996).

Con este último trabajo experimental se demostró la gran demanda de medios técnicos, mano de obra y tiempo que precisaría la construcción de una tumba de este tipo, además de la existencia de estructuras hechas *ex profeso* durante la obra de construcción del dolmen, para posteriormente desmontarse tras la finalización. Esto último, lleva a plantearse la necesidad de observar los restos de estructuras arrasadas, conservadas bajo o asociadas a los túmulos, que han sido interpretadas como elementos preexistentes y que en realidad podrían tratarse de estructuras derivadas del proceso de construcción (Laporte, 2010, 2011, 2015b); como se ha documentado en los dólmenes daneses, donde se han registrado plataformas de trabajo que definen la base de la superficie de la obra de construcción de los túmulos (Dehn y Hansen, 2006a).

Los estudios etnoarqueológicos y la experimentación han aportado una extensa base documental muy útil de conocimiento y comparación, pero creemos que debe ser también desde la propia arqueología la que se genere un conocimiento exhaustivo de los principios, elementos, métodos, características y técnicas de trabajo empleadas para la construcción de las arquitecturas. Para ello, previamente, hay que tomar en consideración dos cuestiones básicas: a) dotar de verdadero significado a la arquitectura megalítica como hecho constructivo, es decir, no solamente es preciso identificar las fases arquitectónicas que se han llevado a cabo en cada monumento y los elementos que los forman o componen, sino que es necesario conocer como se han llevado a cabo los métodos y técnicas de construcción; b) desarrollar una metodología arqueológica que estudie los procesos de construcción que se acometieron, debiendo centrarse el análisis en la identificación del conjunto de elementos estructurales, la organización de los procesos de trabajo y la secuencia de operaciones de la obra de construcción.

En este sentido, estamos de acuerdo con los planteamientos hechos por Dehn y Hansen (2000, 2006a) para el caso de la investigación de los dólmenes daneses, argumentando que no es suficiente hacer un estudio comparativo de las formas arquitectónicas sino analizar las características y detalles constructivos de manera exhaustiva, precisándose de excavaciones arqueológicas que centren su estudio en los métodos y técnicas de construcción empleados (Dehn y Hansen, 2000: 215; Dehn, 2016). Del mismo modo, son muy notorias las aportaciones establecidas desde las investigaciones del túmulo C de Prissé-la-Charrière, desarrollándose una metodología de análisis sustentada en la arqueología de la arquitectura para el estudio

sistemático del conjunto de elementos que definen la obra de construcción (Laporte et al., 2014b; Laporte, 2016; Cousseau, 2016a, 2016b).

4.3.1. OBRA DE CONSTRUCCIÓN: PROCESOS DE TRABAJO Y CADENAS OPERATIVAS

Las arquitecturas megalíticas para su ejecución precisarían, como toda obra de construcción, de un conjunto de trabajos y operaciones técnicas sujetas al planteamiento conceptual que se quisiera llevar a cabo, suponiendo una transformación topográfica y paisajística en su entorno territorial inmediato, que podemos denominar como proceso de construcción.

Este conjunto de trabajos debieron ejecutarse de manera interrelacionada, contando con una articulación espacial y secuencia de laboreo que pueden ser entendidos como una cadena operativa, en los términos que se ha definido para la tecnología lítica tallada (Pelegrin et al., 1988; Pelegrin, 1990; Geneste, 1992; Karlin, 1992), y que ha sido aplicada a los monumentos megalíticos del oeste de Francia (Cousseau, 2016a, 2016b). Cada proyecto arquitectónico cuenta con un proceso de construcción propio, que está condicionado por la forma, tipo o modelo constructivo que se quiera ejecutar y por el conjunto de saberes tecnológicos de cada grupo. El proceso de construcción requiere de la existencia de la una planificación previa (*planning*), que depende del diseño, forma y tamaño del monumento (Dehn, 2016: 59).

No obstante, de manera general, creemos que existen un grupo de trabajos comunes necesarios para la construcción de las arquitecturas megalíticas, pudiendo entenderse como una “cadena operativa” que define la “obra de construcción”. Así, para la construcción de las arquitecturas megalíticas debe articularse un conjunto de trabajos organizados en una determinada secuencia espacio-temporal. Así, de manera genérica, las operaciones y trabajos globales comunes serían:

- Acondicionamiento del terreno y del emplazamiento.
- Selección y explotación de materias primas.
- Transporte.
- Transformación de los materiales.
- Construcción: colocación y disposición.

Mediante el conocimiento integral de toda la secuencia constructiva podremos conocer los principios, métodos y técnicas que regían cada obra de construcción. Cada modelo arquitectónico (*menhires* o *pierres-dressées*, dólmenes o estructuras subterráneas) debe tener un proceso de construcción propio, llevando a cabo las acciones constructivas en un orden y

secuencia determinada por los planteamientos previos de la concepción o proyecto arquitectónico. Incluso dentro del mismo modelo deben existir marcadas diferencias diacrónicas y territoriales en las secuencias constructivas, quizás por la diversidad de identidades socioculturales regionales, que pueden determinar unas formas y maneras de construir específicas de cada grupo, generándose diversos “estilos arquitectónicos”.

Acondicionamiento del terreno y del emplazamiento

La mayoría de los estudios de la arqueología postprocesual, como describimos con anterioridad, han destacado que la elección del emplazamiento para la construcción de un monumento megalítico dependían de las condiciones de visibilidad y percepción de éstos en el paisaje en el que se insertaban, pudiendo obedecer a diversas razones: visibilidad, invisibilidad e intervisibilidad entre los distintos monumentos, integración con los afloramientos rocosos, su impacto visual, monumentalización y su relación con los accidentes topográficos (Tilley, 1994; Bradley 1998, 2000; Cooney 2000, Cummings et al., 2002; Scarre, 2011).

Además, pueden existir otros factores para la elección del emplazamiento o sitio en el que se construyeron los monumentos, dependiendo de un conjunto de variables interrelacionadas: la arquitectura que se pretendía formalizar, las particularidades topográficas y paisajísticas del sitio, la litología y la accesibilidad y disponibilidad de materias primas, el valor social, simbólico o cultural que tuviese el sitio, la presencia de estructuras previas, ya sean domésticas o de otro tipo, la relación directa con otras arquitecturas del entorno territorial próximo, o la vinculación con las áreas de hábitat.

La mayoría de las arquitecturas precisaban de una serie de acciones y operaciones previas que se pueden entender como los trabajos de acondicionamiento. Generalmente, en la secuencia constructiva, la primera etapa de la cadena operativa de un megalito debía ser el acondicionamiento del terreno, presentándose una diversidad de trabajos posibles en función del proyecto arquitectónico que se pretendía formalizar, definiendo el ámbito espacial de la obra de construcción.

Dependiendo del tamaño de la construcción, toda arquitectura megalítica precisaría de la eliminación de la cobertura vegetal o arbórea del lugar del emplazamiento y de su entorno, que sería mayor o menor dependiendo de la escala e intencionalidad de percepción en el paisaje. Una de las características fundamentales que se ha destacado de las comunidades del Neolítico en términos paisajísticos es la deforestación de los bosques, argumentándose que debieron llevarse a cabo reiteradas acciones de limpieza y manejo antrópico de la cobertura vegetal para la creación de espacios de cultivos y pastos para el ganado, ubicación de asentamientos, obtención de recursos y materias primas, y la construcción de los monumentos y recintos de fosos (Hodder, 1992; Tilley, 2007; Whittle, 2012). Para precisar esto con certidumbre, es necesario contar con estudios paleoambientales (palinología, antracología y carpología) de la

secuencia estratigráfica de cada sitio, debiendo obtenerse datos del espacio que ocupaba y del *hinterland*, a efectos de hacer estudios comparativos y poder establecer inferencias acerca de las condiciones paleopaisajísticas en las que se construyeron y desarrollaron estas arquitecturas.

Del mismo modo, cada forma arquitectónica demandaba una serie de trabajos de acondicionamiento que definían espacial y materialmente el área de trabajo de la obra construcción, en la que se articulaba la secuencia constructiva completa. De manera general, se precisaba, como en toda obra de construcción, la formación de un firme o nivel de base de la obra en el que se acomete la construcción, tanto para la disposición de los elementos estructurales que requería la arquitectura como para la ubicación de estructuras efímeras de piedra, madera, tierra o arcilla que eran necesarios para la ejecución de la obra, generalmente desmontados a su término.

Estos trabajos de acondicionamiento debieron ser de diversa índole: transformación e integración de bloques de rocas naturales o afloramientos rocosos, rebajes de las tierras o sustrato de roca, explanación y regularización de tierras, rellenos de tierra y piedras a modo de cimentación. El conjunto de estas labores, además, generarían un gran volumen de material (piedras y tierras), que debieron ser acopiados de manera organizada para su posterior reutilización en la construcción de determinados elementos estructurales. Consecuentemente, estos trabajos de acondicionamiento modificaron la topografía de los emplazamientos.

Selección y explotación de las materias primas

La selección de las materias primas dependería de un conjunto de variables, pudiendo destacarse entre otras la disponibilidad en forma y tamaños de materiales, las cualidades de los materiales, los atributos simbólicos que se les haya otorgado a determinadas litologías (caso del cuarzo), la conexión visual entre las materias primas y los megalitos, la técnica de trabajo y la tradición constructiva de los grupos en torno a determinadas rocas. Este conjunto de elementos implicaría que cada grupo desarrollase unas estrategias de aprovisionamiento de materias primas específicas, pudiendo llevar a cabo una captación de materiales de superficie, la explotación de los afloramientos o la apertura de canteras para la extracción de piedra, tierra o arcilla.

En muchos estudios se ha observado que hay una relación directa entre la situación de los monumentos megalíticos y la disponibilidad y accesibilidad de las materias primas en el entorno geológico, priorizándose las formas y tamaños adecuados de los materiales pétreos, que en muchos casos proceden de afloramientos rocosos cercanos, extraídos mediante diferentes métodos, o incluso de bloques desprendidos que se localizan en superficie. Así, la mayoría de las áreas de procedencia de los materiales explotados se ubican en el medio geológico local, localizándose a una relativa corta distancia (Scarre, 2009). Se ha propuesto, en este sentido, la

existencia de conexiones visuales entre los monumentos megalíticos y las áreas de procedencia de los materiales, sobre todo con los afloramientos rocosos más prominentes y destacados en los paisajes, que pueden presentar grabados en las rocas, configurando paisajes donde los megalitos provocaron una gran presencia visual y unas conexiones directas con los afloramientos del entorno y fuentes de suministro (Bradley, 2002a; Tilley, 1996b). Otros trabajos, han puesto de relieve que unos de los criterios intencionales para la elección de las materias primas debieron ser las propiedades visuales de las rocas, destacando la textura y el color como elementos materiales priorizados según los parámetros simbólicos de los grupos sociales, al objeto de provocar un mayor impacto visual de las construcciones en los paisajes en los que se construyeron (Jones, 1999; Trevarthen, 2000; Cummings, 2002).

En otros casos, se ha propuesto que hay materiales que podían poseer una fuerte identidad o valor simbólico. Así, algunos autores han destacado la vinculación simbólica entre los propios afloramientos rocosos, en especial, los que adquieren en los paisajes un carácter monumental y las estructuras megalíticas, representándose la formación geológica del territorio en las arquitecturas de piedra, existiendo por tanto una vinculación entre los ortostatos o losas de cubierta empleadas en la cámaras funerarias y los ámbitos geográficos donde se localizan las áreas de aprovisionamiento, como se ha destacado para la tumba de Maes Howe en las Islas Orcadas (Richards, 1996), en los dólmenes de la bahía de Pornic del área del Loria Atlántica (Scarre, 2004), o en los grandes monumentos tumulares de Barnenez (Giot, 1987) y Souc'h (Le Goffic, 2009, 2011) de la Bretaña francesa, procediendo los materiales de los acantilados rocosos de la costa.

Otros autores, han puesto de relieve la elección y el reuso de “viejos” menhires y estelas-menhires en construcciones funerarias por su alto valor simbólico, como se ha documentado en numerosas arquitecturas funerarias de la Península Ibérica, Bretaña e Irlanda (L'Helgouach, 1983, 1995; Le Roux, 1985; Richards, 1996; Bueno et al. 2007; Cassen, 2009; O'Sullivan, 2009; Robin, 2009; Bueno et al., 2014, 2015a, 2016c). La fragmentación de menhires y estelas y su reutilización como ortostatos, en las paredes de los corredores o cámaras, y losas de cubierta, se ha interpretado de diversas formas, pudiendo coincidir la mayoría de las explicaciones en tres puntos centrales: la sacralización de materiales procedentes de los ancestros, la reapropiación del pasado y la permanencia de la memoria, incrementándose de este modo el valor simbólico de sus arquitecturas.

En otros casos, ya sea por sus propiedades, tamaños, cualidades visuales o valor simbólico, se emplearon materias primas procedentes de grandes distancias, es decir, de afloramientos ubicados a varios kilómetros. Este es un caso recurrente en los grandes centros rituales de arquitecturas monumentales, caracterizadas por su fuerte proyección territorial y su alto grado de influencia e interacción social, tanto los sitios de peregrinación, caso de Stonehenge (Parker Pearson y Ramilisonina, 1998), como grandes centros ceremoniales, caso de los monumentos

del valle de Brú na Boinne, Loughcrew, Carrowkeel y Carrowmore (Cooney, 2000). Así, para la construcción de las grandes tumbas de corredor del Valle de Brú na Boinne (Knowth, Newgrange y Dowth), se usaron junto a las materias primas locales otros materiales de procedencia más lejanas: grauvaca, para ortostatos y losas de cubierta, procedentes de canteras ubicadas entre 3-5 km al norte; cuarzo blanco, del área de las montañas de Wiclow a 40 km al sur; cantos de granito, granodiorita y rocas sedimentarias cuyas fuentes de suministro se localizan en el área de Dundalk Bay, en torno a 35 km al noreste (Cooney, 2000: 136).

De manera genérica, podían existir dos estrategias de selección y explotación de las materias primas para la construcción de los monumentos megalíticos: 1) el aprovisionamiento de bloques y piedras en superficie, desprendidos de los afloramientos rocosos; 2) la apertura de canteras. Algunos autores sostienen que existió una tendencia preferente de emplear los bloques de rocas desprendidos en superficie por encima de las canteras, incluso cuando se presentaban en el entorno de las construcciones afloramientos con profundas fisuras que podrían facilitar su extracción (Scarre, 2009: 14).

Áreas de aprovisionamiento: selección y explotación en superficie de las materias primas

En muchos estudios se ha destacado la relación entre la presencia de bloques de materias y la elección del emplazamiento para su construcción. Incluso se ha propuesto que los bloques empleados para las construcciones de las regiones del sur de Gran Bretaña, el oeste de Francia, Galicia, se han usado en forma natural, siendo idóneos por sus formatos, tamaños y litologías. Estas estrategias de aprovisionamiento de materiales en superficie debieron implicar un clareo progresivo de bloques en superficie hasta su casi total desaparición (Scarre, 2009: 11).

Esta es una cuestión sujeta a la discusión y debate. En todo caso, hay que considerar la importancia que tendrían los bloques de roca desprendidos de los afloramientos dispersos en el territorio para la organización espacio-temporal de la secuencia constructiva de los monumentos megalíticos, existiendo un conjunto de investigaciones que han estudiado la forma y el método de cómo fueron transformados, incorporados y colocados, caso de: los bloques erráticos de las morrenas del norte de Europa, tanto en los dólmenes de corredor de Dinamarca y Suecia (Dehn y Hansen, 2006a; Dehn, 2009), como en los *hunebedden* del área de Drente (Bakker, 2009); las piedras sarsen en el sur de Inglaterra, sobre todo el área de Wiltshire (Darvill, 2006); los bloques de dolerita desprendidos del afloramiento rocoso de Preseli Hills para la construcción de Stonehenge (Darvill, 2009); los bloques de granito desprendidos, como se ha documentado en los alineamientos de Kerlescan, Carnac (Sellier, 2013); los bloques empleados como menhires y como parte de los monumentos funerarios neolíticos de Gran Bretaña (Scarre, 2013), entre otros.

Canteras

Existe un planteamiento general de que las canteras realizadas para la obtención de bloques durante la construcción megalítica se ubicaban preferentemente en afloramientos visibles y accesibles en superficie, explotándose afloramientos rocosos, acantilados y caos de bloques, que raramente implicaron una excavación profunda del sustrato (Scarre, 2009: 16). Sin embargo, en diversas áreas de Europa occidental se han documentado canteras en las que se articularon diversos métodos de explotación con movimientos masivos de piedras: frentes de extracción, trincheras y grandes fosos. Las canteras se podían localizar en sitios distintos respecto al lugar de construcción de los monumentos, pudiendo discriminarse tres posibilidades: a) canteras ubicadas en el mismo emplazamiento; b) canteras situadas en el entorno próximo; c) canteras de áreas lejanas. No obstante, puede que fuera común la explotación de varios tipos de canteras en combinación con la captación de materiales en superficie de las áreas de aprovisionamiento para el desarrollo integral de las obras de construcción, en función de las materias primas, de los tamaños (bloque o mampuesto), formas de los materiales de construcción y su empleo como elementos constructivos durante la ejecución del proceso de construcción.

En determinados modelos arquitectónicos las canteras se localizaban en el mismo emplazamiento de construcción, caso de los grandes alineamientos de menhires, túmulos alargados trapezoidales y dólmenes. Así, la mayoría de los bloques de granito de los alineamientos de Le Manio (Mens, 2008) y Kermario (Mens, 2009), al igual que el resto de los alineamientos de Carnac, fueron extraídos de los afloramientos de los mismos lugares, precisando de diversos métodos de trabajo y técnicas de cantería cuando se agotaron los bloques de superficie más fácilmente explotables, desarrollando una cadena operativa continua y sistemática de extracción de bloques para su disposición como *pierre dressées* o menhires (Mens, 2009, 2013).

En los túmulos megalíticos alargados del oeste de Francia, caso de la necrópolis de Bougon (Mohen y Scarre, 2002), Champ Châlon (Joussaume, 2006), Er Grah (Le Roux, 2006), túmulo C de Prissé-la-Charrière (Laporte, 2013), se ha documentado la apertura de grandes canteras en los flancos de los monumentos y fosas periféricas excavadas en áreas específicas para la adquisición y transformación de materiales empleados en estas grandes arquitecturas construidas con múltiples estructuras de piedra en seco. Estas canteras, además, se integraron plenamente como dispositivos que favorecieron la monumentalización de los lugares y de los paisajes, preservándose abiertas tras su explotación de manera intencional, funcionando como elementos de compartimentación de los espacios externos conjuntamente con el propio emplazamiento transformado (Laporte, 2013).

La existencia de canteras en el entorno geológico próximo a los megalitos se ha documentado en varias zonas geográficas y formas arquitectónicas. Por ejemplo, en el área de Avrillé, de la región francesa de La Vendée, se ha constatado la existencia de canteras de granito de las que

se extrajeron bloques de morfología antropomorfa para la disposición de alineamientos de filas cortas, en torno a siete piedras, que presentan cazoletas grabadas realizadas de forma previa a la extracción (Benétou-Douillard, 2009, 2013).

La explotación de canteras localizadas a mayor distancia obedecían a razones que excedían de la disponibilidad de material adecuado para la construcción, pues la demanda y suministro de estos materiales pudieron responder además a cuestiones de índole simbólica (Scarre, 2009). En este sentido, es clarificador el caso de los círculos de piedra de Stones of Stennes y Ring of Brodgar, ubicados en Mainland, Islas Orcadas, datados en la primera mitad del III milenio cal ANE. En estos círculos se ha documentado que los bloques o monolitos de caliza proceden de tres canteras de arenisca (Vestra Fiold, Staneyhill y Houton) situadas a una distancia que oscila entre 3 y 6 kilómetros respecto a estos monumentos (Richards et al., 2013). De cada cantera se extrajeron bloques de arenisca que son distinguibles en tamaño, color y textura en los monumentos. El caso de Ring of Brodgar es el más significativo, pues fue construido con diversas litologías, que pudieron representar los diferentes lugares de procedencia de los grupos sociales que participaron en su construcción (Richards et al., 2013: 148). Así, los bloques de mayores dimensiones, con unas morfologías alargadas características, con las caras y aristas planas, con improntas o huellas de laboreo, deben proceder de la cantera de Vestra Fiold (Figura 4.3). En las excavaciones arqueológicas de la trinchera A de esta cantera se han documentado dos monolitos *in situ* de similares características a los empleados en Ring of Brodgar, presente uno de ellos sobre un foso excavado para su extracción, además de los útiles (martillos y percutores) y desechos (fragmentos y lascas) derivados de procesos de trabajo (Richards et al., 2013: 134-138). Para el transporte de los monolitos hasta el emplazamiento de construcción se ha propuesto que debieron emplear trineos de madera (Richards, 2004). La cantera de Staneyhill funcionó como fuente de suministro de monolitos de estos dos monumentales círculos de piedra, y de igual modo, para la construcción del dolmen de corredor de Maes Howe, de finales del IV milenio cal ANE, situado a 3 km al suroeste. Los investigadores han observado que parte de los bloques alargados de arenisca de la cámara central pudieron proceder de esta cantera (Richards et al., 2013: 124).

Transporte

El “transporte megalítico” se asocia al tipo de material explotado y a la distancia del área de procedencia respecto al monumento, determinando la manera en que fueron llevadas las piedras hasta el sitio de construcción. Predomina el transporte a corta distancia (Thorpe y Williams Thorpe, 1991; Patton, 1992), dado que la mayoría de los materiales explotados proceden del entorno geológico local, como se ha demostrado en las áreas del sur y norte de Europa.

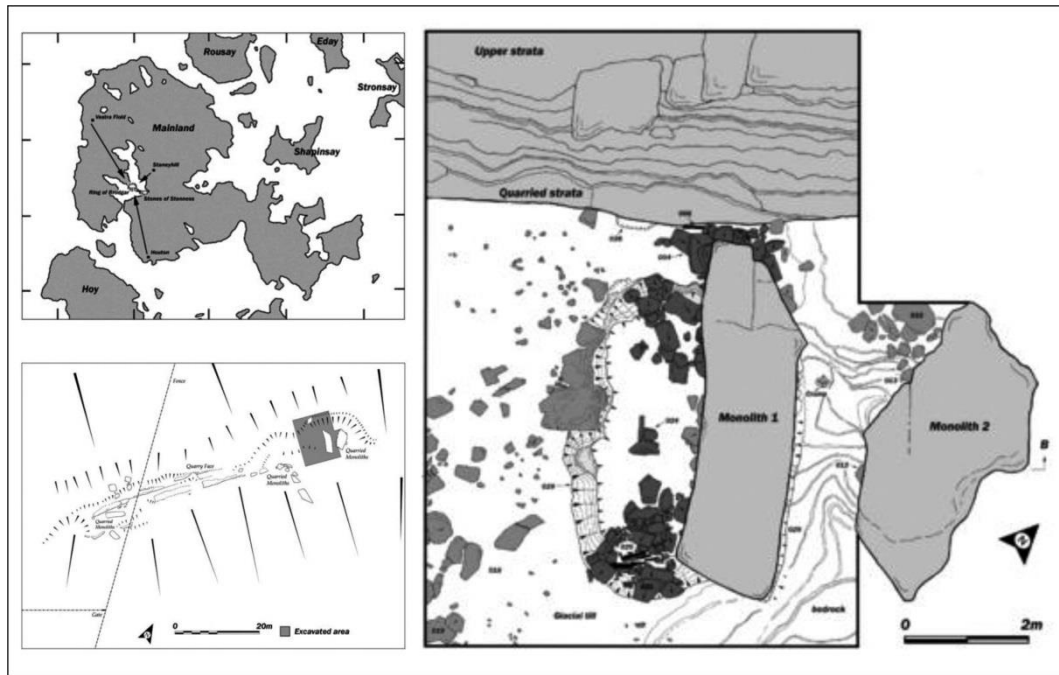


Figura 4.3. Cantera de Vestra Field, Mainland, Islas Orcadas, Escocia (Richards et al., 2013, figuras 5.1, 5.13 y 5.23).

Los transportes de media y larga distancia debieron obedecer a diversas razones de disponibilidad, idoneidad y simbolismo de las materias primas (Scarre, 2009). En algunos casos, la necesidad de disponibilidad de piedras de tamaños determinados implicaría que se transporten materias primas a largas distancias, caso de los dólmenes más monumentales de Vale de Rodrigo, en el Alentejo portugués, donde se emplearon varios bloques de granito provenientes de una distancia de 7 km (Kalb, 1996, 2013).

En otros casos los transportes a larga distancia se han explicado en términos del simbolismo de los materiales. El caso de Stonehenge es el más estudiado del megalitismo de Europa. En su construcción se emplearon materias primas procedentes de grandes distancias, como se ha demostrado a través del estudio de las litologías de las rocas, destacando varios trabajos sobre la procedencia y transporte de las dos materias primas más singulares: las piedras “sarsen” (areniscas) y las “piedras azules” (doleritas). Los bloques de mayores dimensiones están hechos en arenisca (sarsen), cuya fuente de suministro se localiza a 30 km al norte de la región de Avebury. Las “piedras azules” (doleritas, riolitas, tobas, rocas volcánicas), más pequeñas en tamaño, proceden de distintos afloramientos del área de Preseli Hills, en el sudeste de Gales, destacando la cantera de Craig Rhos-y-felin (Parker Pearson et al., 2016). Las áreas de aprovisionamiento de las “piedras azules” se localizan en una rango de entre 160-240 kilómetros en dirección oeste respecto a Stonehenge, proponiéndose que su transporte se realizó por vía terrestre y que su presencia obedece al valor ancestral de estos materiales, representando la genealogía y procedencia de las comunidades que participaron en la construcción de las distintas fases arquitectónicas del monumento megalítico, siendo para éstos un gran centro

funerario y ritual (Parker Pearson et al., 2011; Darvill, 2009, 2013; Darvill y Wainwright, 2014). Así, las piedras, tanto las areniscas sarsen, del sur de Inglaterra, como las diversas piedras azules, podrían haber representado los orígenes ancestrales de los agricultores neolíticos, funcionando como símbolos genealógicos que vincularon a estos grupos sociales con una tierra o lugar de procedencia. La construcción de Stonehenge, en este sentido, representó la personificación física de la ascendencia de los diversos grupos sociales, sirviendo de conmemoración de los primeros orígenes de estos agricultores (“los ancestros”) tanto en Gales (personificados en las piedras azules) como en el sur de Gran Bretaña (personificados en las piedras sarsen) (Parker Pearson et al., 2011).

Transformación de los materiales

Los procesos de transformación y tratamientos técnicos de los materiales de construcción se desarrollaron con posterioridad a la obtención y transporte desde las áreas de aprovisionamiento y canteras al lugar de construcción. Las materias primas y las técnicas de transformación y tratamientos empleadas en la construcción de las arquitecturas megalíticas son diferentes según las formas o modelos arquitectónicos de los diferentes ámbitos regionales, existiendo una multitud de técnicas de laboreo (desbastado, talla, piqueteado, pulimento o abrasión) e instrumentos (percutores, martillos, cinceles), usados según los tipos de soportes (bloques, lajas o piedras) y materiales de construcción, utilizados tanto en las arquitecturas de menhires como en las arquitecturas funerarias.

Por ejemplo, los bloques de granito transformados en menhires, tanto aislados como en estructuras, pudieron estar sometidos a distintos tratamientos de su superficie, como se ha documentado en las estelas-menhires de Bretaña, presentando huellas tecnológicas de piqueteo continuo al objeto de definir una cara muy regularizada (L’Helgouach, 1983, 1995; Le Roux, 1985, 2006; Scarre, 2011), o los menhires del Alentejo, tanto dispersos como formando los recintos (Calado, 2004).

En las tumbas megalíticas irlandesas del valle del Brú na Boinne (Knowth, Dowth y Newgrange) es muy característica y común la técnica de piqueteo disperso (*diffuse-picking*) para el laboreo de los soportes pétreos internos de grauvaca y para la realización de los motivos grabados en los ortostatos y losas de cubierta. Esta técnica se desarrolló de manera diferenciada en dos variedades (piqueteo suave y piqueteo cercano/próximo) en los corredores y cámaras, sirviendo para definir los elementos de transición espacial durante los complejos rituales, reforzando la monumentalidad de estas de estas grandes arquitecturas (Eogan y About, 1990).

En el caso de los túmulos megalíticos trapezoidales alargados del oeste de Francia para la ejecución de los paramentos externos de piedra seca se labraron piedras planas, al objeto de disponerlas con exactitud en las caras externas o ángulos de las estructuras, como se ha

documentado en la fachada norte del *cairn* primario de Er Grah (Gaume 2006; Le Roux, 2006), con bloques y piedras de granito con improntas de golpeo que se corresponden con los percutores localizados *in situ* (Gaume, 2013: 154-155).

En los monumentos de tipo *angoumoisín* del Neolítico Medio de la zona centro-oeste de Francia, caso de los dólmenes de la Motte de la Jacquille y Petite Pérotte del departamento de Charente, destaca el cuidado tratamiento de los soportes. Sobresale especialmente el monumento de la Motte de la Jacquille, pues su cámara rectangular está compuesta por ortostatos manufacturados y retrabajados mediante una tecnología especializada, evidenciando tres tratamientos uniformes: talla, percusión por martilleado y pulimento/alisado, al objeto de configurar soportes muy estandarizados que permitieron construir unas paredes muy regulares (Ard et al., 2016a, 2016b).

Colocación y disposición

El proceso de construcción depende del diseño, forma y tamaño del monumento. Para la ejecución material de este proceso se requería de una planificación previa, entendida como un *planning* (Dehn, 2016: 59) o proyecto arquitectónico (Laporte, 2010a, 2013, 2015a, 2016), que determinaba la ejecución de la obra de construcción por fases, con distintas etapas organizadas en una secuencia espacial y temporal de los trabajos a realizar, pudiendo desarrollarse en una secuencia constructiva continua y lineal o mediante una secuencia con múltiples periodos con paradas. En este sentido, las fases de colocación y disposición de los materiales son esenciales, pues estaban sujetas a una serie de principios y funciones constructivas que debieron cumplir las unidades arquitectónicas y elementos estructurantes. Durante el proceso de colocación de los elementos existieron una o varias fases críticas y complicadas. En el caso de las arquitecturas funerarias se pudo corresponder con la disposición de las losas de cubierta, pudiendo ser el proceso clave de construcción (Dehn y Hansen, 2006 a; Cummings y Richards, 2014; Cummings y Richards, 2016: 56-57; Dehn, 2016: 63), durante el que se ocasionaron accidentes de construcción o colapsos estructurales, que precisarían reparos de los daños materiales causados.

Cada forma arquitectónica cuenta con un proceso de construcción específico y, por tanto, con unas técnicas de colocación y disposición de los elementos constructivos, que en el caso de las arquitecturas funerarias son múltiples. La identificación de las técnicas de colocación, formas de disposición de los elementos constructivos, medios técnicos e instrumentos, accidentes de construcción y reparos relacionados directamente con la ejecución de las obras de construcción son temas poco frecuentes en el conjunto de las investigaciones. En particular, una cuestión muy complicada es la identificación en el registro arqueológico de estructuras (plataformas constructivas, rampas), elementos (hoyos de poste/estacas y estructuras de “piedras de replanteo”) y útiles que estén asociados a las fases de colocación durante la obra de

construcción, siendo muy difícil encontrar vestigios materiales durante la excavación que estén asociados al proceso de construcción de las arquitecturas (Laporte, 2011). No obstante, se cuenta con importantes trabajos al respecto en los dólmenes de corredor daneses (Hansen y Dehn, 2000; Dehn y Hansen, 2006a; Dehn, 2009, 2016), en los túmulos alargados del Neolítico Medio del oeste de Francia, caso de Champ Châlon (Joussaume, 2006) o el túmulo C de Prissè-la-Charrière (Laporte, 2010, 2011, 2013, 2016), en los alineamientos y dólmenes de granito del Estuario del Loria y del Golfo de Morbihan (Mens, 2008, 2009, 2013), o en los dólmenes (*portal dolmens* o *portal tombs*) de Gran Bretaña e Irlanda (Cummings y Richards, 2014, 2016).

El estudio de los procesos de construcción de los dólmenes de corredor daneses es, sin duda, una de las aportaciones más relevantes para comprender las secuencias de operaciones, estructuras y medios técnicos que se precisaban para la erección de estos monumentos (Dehn y Hansen, 2006a; Dehn, 2009, 2016). Para éstos, el proceso de construcción, estaba determinado por un *planning* previo, articulado en varias fases o etapas sucesivas e interrelacionadas, pudiendo determinarse la existencia de elementos de la planificación de la obra por una serie de evidencias materiales: el tamaño y la morfología de las losas de cubierta, que condicionaban la anchura de las cámaras; las piedras de cierre (*closing-stones*) de las cámaras, que se disponían al final, ante la necesidad de contar con un hueco para el transporte de materiales al interior de las mismas y la accesibilidad para la disposición de los medios y elementos constructivos (estructuras de madera); las hileras de piedra, tanto para el replanteo de las cámaras gemelas, caso del dolmen de Ostrup, como para la definición de dirección de la pared del corredor, caso del dolmen de Kong Svends Høj; las líneas de los corredores, definidas por una alineación de piedras dispuesta en una de las caras del corredor (Dehn, 2016: 59-60).

Estos elementos de replanteo se han documentado en arquitecturas funerarias de otros ámbitos geográficos y cronologías, caso de los túmulos alargados del Neolítico Medio del cuadrante noroeste de Francia. En la necrópolis de Condé-sur-Iff, integrada en el sitio neolítico de Derrière-les-Prés à Ernes (Calvados, Normandía), se han documentado hoyos de estacas de madera que han sido interpretados en una doble dirección: por un lado, los hoyos circundantes se han concebido como parte de una cerca compuesta por un entramado de cañizos empleada para la delimitación del emplazamiento de la construcción; por otro lado, los hoyos de poste asociados a las paredes verticales se han explicado como elementos de replanteo que sirvieron de guía para los constructores (San Juan y Dron, 1997). En el monumento megalítico de Pey de la Fontaine, en Deux-Sèvres, se documentó la existencia de piedras blancas dispuestas regularmente y espaciadas en la base del paramento externo, definiendo la planta de la construcción a ras del suelo, siendo colocadas con antelación a la ejecución de los muros de piedra seca (Joussaume, 1999).

Para los dólmenes de corredor daneses se ha propuesto que su proceso de construcción que se desarrollaba en una serie de etapas consecutivas con una secuencia continua lineal (Dehn, 2016: 66):

- Preparación del terreno y del área de construcción, que implicaba la remoción del paleosuelo y la creación de una base de construcción, denominada como plataforma constructiva donde se desarrollaba la obra de construcción (Dehn y Hansen, 2006a).
- Disposición de ortostatos de las cámaras y corredores en las zanjas de cimentación.
- Construcción de estructuras impermeabilizantes de las cámaras, mediante la articulación conjunta de dos trabajos en un espacio abierto a los dos caras, para la formación de los rellenos de sílex (*flint-packing*) dispuestos sobre zanjas de drenaje en el trasdós de las cámaras y los muros de piedra seca (*dry-walling*) entre los ortostatos, hasta la altura de colocación de las cubiertas.
- Colocación de las losas de cubierta, de manera perpendicular al eje simétrico de las cámaras, apoyando sobre los ortostatos más altos o sobre capas intermedias de piedras (*stone intermediate layers*). La disposición de las losas de cubierta podía efectuarse por dos métodos: a) mediante plataformas temporales dispuestas a nivel de la cota superior de los ortostatos o en capas intermedias del túmulo; b) plataformas de piedras, formadas por capas superpuestas de lajas trabadas con arcilla o creta, que circundaban el espacio de trasdosado de las cámaras, y que constituyen el núcleo central del túmulo, como se ha documentado en los monumentos de Jordehøj, Birkehøj, Kong Svends Høj, Trustup, Lundehøj y Kragnaes. El proceso de colocación de las cubiertas demandaba, además, la construcción de otros elementos: rampas inclinadas, para su desplazamiento desde el exterior al lugar de colocación, documentadas en los túmulos, caso del dolmen de King Svend's Mound (Lolland), donde se evidenció un elemento de relleno de tierra/arcilla y pequeñas piedras (*supporting-packing*), que sirvió tanto de rampa de colocación de las cubiertas como de apoyo en la colocación definitiva (Dehn et al., 1992); dispositivos de madera para la elevación (poleas) en los túmulos, como evidencian los hoyos de poste ubicados en el trasdós de los ortostatos; y, estructuras de madera para el soporte de las losas ("andamios", "encofrados" o "puntales"), documentados dentro de las cámaras (Midgley, 2008: 94). La elevación y disposición de las cubiertas era la parte más complicada de todo el proceso de construcción de los dólmenes de corredor, dado que sus extremos y superficies de apoyo estaban modelados y ajustados en relación con los puntos de sustentación sobre los ortostatos más altos o capas de piedras intermedias (Dehn, 2016: 63). Así, durante la colocación de las cubiertas se ocasionaron accidentes de construcción motivados por la caída o colapso de estos grandes elementos pétreos, dañando los elementos constructivos del interior de las cámaras, acarreado

consecuentemente, los posteriores reparos, como se ha documentado en las reiteradas reconstrucciones de los muros de piedra seca (Dehn y Hansen, 2006a; Dehn, 2009).

- Disposición del suelo interno de corredores y cámaras, formados por pavimentos de arcilla, con una capa de gravilla en su base, caso del dolmen de Birkehøj (Dehn, 2016: 64), o arcilla mezclada con fragmentos de sílex blanco triturado y quemado, caso del dolmen de Mogenstrup (Westphal, 2016: 96-97), y pavimentos de piedra, formados por cantos y lajas.
- Construcción del resto del túmulo, distinguiendo tres elementos arquitectónicos básicos: a) capas superpuestas de piedras trabadas con arcilla sobre las losas de cubierta de las cámaras; b) construcción de anillos concéntricos de piedras o de postes de madera (dolmen de Jordehøj) con un relleno interno de niveles constructivos superpuestos, formado por capas alternantes de piedra, arcilla y rellenos de sílex (*flint-filled*), dispuestos desde el trasdós de las paredes de las cámaras hasta estos elementos, al objeto de estabilizar el túmulo dentro del proceso constructivo; c) disposición de diversos rellenos de tierra sobre los elementos anteriores, hasta la definición del volumen del túmulo. Estos elementos garantizaban la estabilidad estructural del túmulo y a la vez su impermeabilización, al evitarse la filtración de las aguas de lluvia mediante el desvío hacia el exterior (Dehn y Hansen 2006a; Dehn, 2016: 64).
- Construcción del anillo (*kerbstone*), al final del proceso. Los anillos peristálticos fueron contruidos por muros de piedra seca, que oscilaban en altura entre 0,5-1,5 m, o piedras verticales con intercalación de muros de piedra seca entre estas.

Además, algunos monumentos pudieron culminar el proceso de construcción con la creación de dos tipos estructuras externas: a) pavimentos de piedra externos, dispuestos de forma semicircular en el área de acceso, definiendo un espacio ritual de ofrendas, caso del dolmen de Nissehøj, o alrededor del anillo perimetral, alcanzando hasta 4 m de anchura, como el monumento de Sarup Gamle Skole II (Dehn, 2016: 65); b) adición de terrazas, dispuestas a modo de plataformas horizontales en los accesos frontales, denominándose plataformas de entrada (*platform entrance*). Las terrazas están formadas por piedras de distintos tamaños y tierra, de en torno a 1 m de altura respecto al terreno circundante, enrasando su nivel superior a cota con los suelos internos de los corredores y cámaras, caso del dolmen de Klekkendehøj (Dehn, 2016: 65).

En el túmulo C de Prissé-la-Charrière se ha investigado, entre otros muchos aspectos de la obra de construcción, las técnicas de colocación y disposición de las calizas en las paredes y muros de piedra seca (Figura 4.4). En este monumento se han distinguido dos tipos genéricos de paredes, internas y externas, que conforman conjuntamente con los rellenos de tierra las

unidades de construcción básicas de este monumento: alveolos, terrazas, rampas y contrafuertes. Las paredes internas están formadas por piedras naturales, sin labrar, o piedras retocadas (con huellas y muescas), dispuestas sobre todo en zonas que presentan cierta dificultad en el montaje. En las paredes y paramentos externos, ante la necesidad de adaptar cada piedra a su sitio de la pared, se observa que los constructores llevaron a cabo tres formas de colocación de las piedras planas (lajas): pareadas (*boutisses*), dispuestas o montadas a ambos lados de la pared, perpiaños (*paneresses*), siendo lajas que dan a los dos lados de la misma pared, y piedras labradas (*épanelage*), procedentes del desmantelamiento de otros paramentos. El proceso de montaje de estas paredes se caracterizaba por la colocación consecutiva de una piedra encima de la otra, definiendo en alzado paredes que son diferentes según su disposición: disposición en hiladas (*disposition en piles d'assietes*) o en dientes de sierra (*coups de sabre*) (Laporte, 2013; Laporte et al., 2014b; Laporte, 2016).

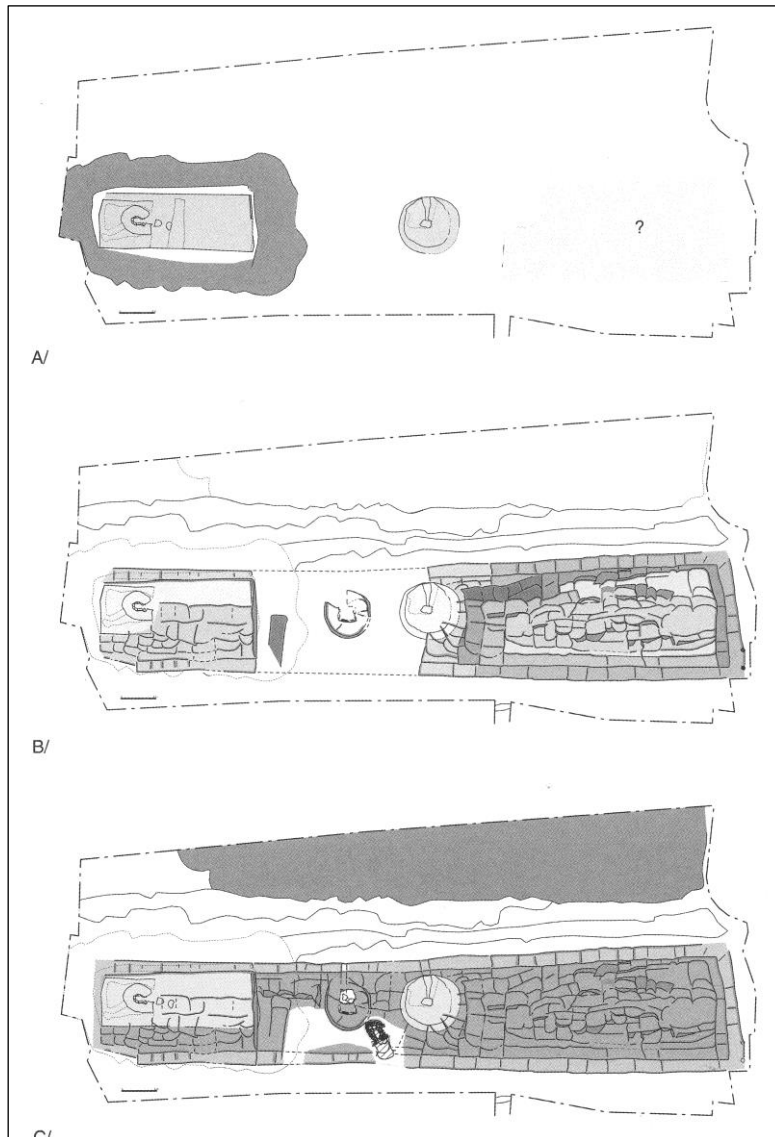


Figura 4.4. Proyectos arquitectónicos y fases constructivas en el túmulo C de Prissé-la-Charrière (Laporte, 2016, figura 2.2).

Además, en el túmulo C de Prissé-la-Charrière se ha documentado la presencia de rampas. Son estructuras necesarias durante el desarrollo de las obras de construcción, que funcionaron para los constructores como elementos de acceso y transporte de materiales, fundamentales para la ejecución del núcleo central de la parte superior del monumento, formalizado por la yuxtaposición de paredes de piedra seca dispuestas en estructuras alveolares (Figura 4.5) (Laporte 2011, 2016, Laporte et al., 2014b; Cousseau, 2016a, 2016b). Elementos e indicios que denotan la existencia de rampas se han constatado en otros túmulos del oeste de Francia, como sugiere la presencia de una estructura que se prolonga, adosa y se superpone al suroeste del monumento primigenio de Er Grah (Le Roux, 2006), que se dispuso posiblemente para acceder a la parte superior de la construcción durante la ejecución de la obra y se demolió su parte más elevada tras la finalización (Laporte, 2011).

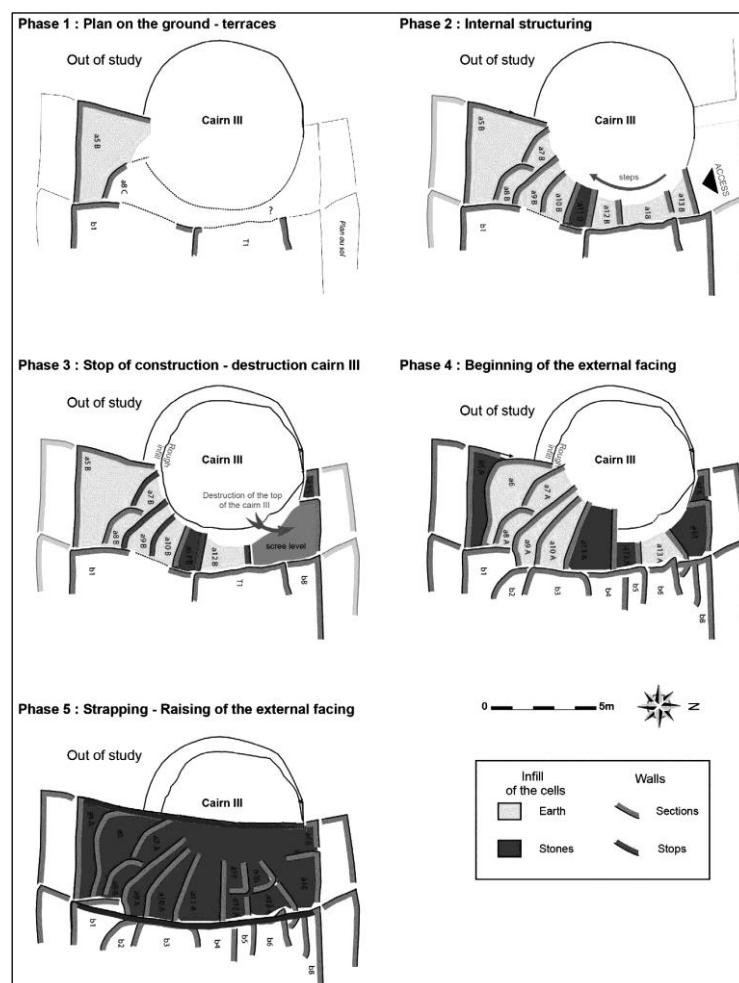


Figura 4.5. Fases constructivas alrededor del *cairn III* del túmulo C de Prissé-la-Charrière (Cousseau, 2016a, figura 4.8).

El modelo explicativo de “remontaje mental” propuesto por Mens se centra en los procesos de extracción, colocación y posicionamiento de los bloques de granito empleados en las arquitecturas de menhires y las arquitecturas funerarias del Estuario del Loria y del Golfo de Morbihan en el noroeste de Francia. Su modelo se fundamenta en la identificación y

correspondencia entre los bloques empleados en estas construcciones con las partes concretas que ocupan en los afloramientos de granito, como ha puesto de manifiesto en los alineamientos de menhires de Le Manio, Kermario, en Carnac, y en el dolmen de Kerborug (Mens 2008, 2009, 2013). Esto, le permite profundizar en dos objetivos de investigación: a) el estudio de la cadena operativa de estas arquitecturas, su orden y secuencia desde la extracción de las canteras hasta la colocación, pudiendo identificar las fases constructivas que implica la erección de los monumentos y la determinación de sus métodos constructivos; b) la correspondencia de los bloques con la parte del afloramiento, el orden en el que se ha extraído y su empleo (colocación y disposición) en la construcción.

Uno de los rasgos más característicos de los dólmenes (*portal dolmens*) de Gran Bretaña e Irlanda es que éstos se construyeron en el mismo emplazamiento en el que se extrajo la gran losa de cubierta, que es el elemento arquitectónico más destacado de esta forma de monumentalidad originada entre el 4000-3800 cal ANE (Cummings y Richards, 2014). La excavación del dolmen de Garn Turne, en el suroeste de Gales, lleva a plantear a sus investigadores que el proceso constructivo de estas arquitecturas se organizaba en seis etapas o fases (Cummings y Richards, 2016):

- Elección del emplazamiento, que viene determinado por la presencia de un afloramiento rocoso de donde se extrajo *in situ* la losa de cubierta.
- Excavación del gran foso para la extracción de la cubierta.
- Extracción de la piedra empleada como losa de cubierta.
- Modelado de la parte inferior de la losa de cubierta, mediante técnicas de tallado y piqueteado con martillos y percutores, al objeto de definir una superficie plana que contraste con la forma natural de la parte superior.
- Elevación y colocación de las losas de cubierta, que debía condicionar todo el proceso de construcción. Este era el proceso más complicado, debiendo ser una hazaña de ingeniería (Cummings y Richards, 2014), pues requería por parte de los constructores una gran habilidad técnica en el manejo y colocación de esta gran y pesada losa de cubierta (60 toneladas) mediante la técnica del balanceo. Para la colocación de las cubiertas *in situ* debieron construir una estructura de madera mediante puntales y cuñas que soportase y estabilizase la cubierta en el proceso de colocación, con la ayuda de cuerdas dispuestas alrededor de piedra para facilitar su balanceo, desplazamiento y disposición exacta mediante la tensión; aunque no se han localizado hoyos de postes de estos elementos.
- Disposición de los ortostatos de apoyo, sobre el suelo, no en fosas de cimentación. En la actualidad, se observa que las losas de cubierta se apoya en pocos puntos, que además cuentan con superficies de contacto mínimas, dada la morfología puntiaguda de estas piedras.

Esta forma de colocación y disposición de las losas de cubierta pudo suponer la existencia de accidentes de construcción irreversibles durante el proceso de construcción o colapsos estructurales, como han documentado en el dolmen de Garn Turne. Para estos investigadores, al objeto de evitar estos accidentes o desastres constructivos, pudo generarse en torno a este modelo arquitectónico una solución constructiva “paliativa”: la disposición de los pequeños túmulos (*low-level cairns*) o plataformas bajas (*platform cairns*), sobre las que construir las rampas que facilitasen el deslizamiento y colocación de las losas de cubierta sobre los ortostatos (Cummings y Richards, 2016: 55-56).

4.3.2. PRINCIPIOS Y MÉTODOS DE CONSTRUCCIÓN. FUNCIONES ARQUITECTÓNICAS

El conocimiento exhaustivo del conjunto de trabajos, que define la cadena operativa de la obra de construcción, permite comprender los principios y métodos que ordenan y regulan la ejecución de los procesos de construcción así como las funciones arquitectónicas de las unidades y elementos estructurantes: estabilidad estructural, estanqueidad o impermeabilización, compartimentación de espacios y relación entre espacios, entre otros aspectos.

Este es un tema escasamente abordado, dado que desde la investigación arqueológica el análisis no se ha centrado en el conocimiento integral de los procesos de construcción y secuencias constructivas. Contamos como referentes esenciales con los estudios de un grupo de arqueólogos daneses en torno a los dólmenes de corredor (Hansen, 1993; Dehn y Hansen, 2000, 2006a, 2006b; Dehn, 2009, 2016; Westphal, 2016) y con los trabajos del equipo de Laporte desarrollados en el túmulo C de Prissé-la-Charrière, Deux-Sèvres, en el oeste de Francia (Laporte, 2010, 2011, 2013, 2015a, 2016; Laporte et al. 2002a, 2002b, 2010, 2014a, 2014b; Laporte, 2010, 2013, 2015a, 2016; Cousseau, 2016a, 2016b).

Desde 1985, un equipo de arqueólogos daneses ha desarrollado un programa continuado de excavaciones arqueológicas de los túmulos y las cámaras de los dólmenes de corredor, que incidieron en la investigación de los principios constructivos y de los elementos estructurales que componen estos monumentos. El estudio arquitectónico de las construcciones megalíticas ha incidido en el análisis de la construcción en su totalidad, tanto de las estructuras internas (corredores y cámaras) como del análisis estratigráfico de los túmulos, definiendo el conjunto de elementos constructivos, los métodos y su funcionalidad arquitectónica, con un detallado sistema de representación gráfica y de documentación planimétrica (Hansen, 1993). Mediante un análisis arqueológico riguroso sostienen que este tipo de construcciones fueron construidas con unos principios técnicos, métodos de construcción y materiales desarrollados por artesanos cualificados y especializados, demostrando un gran conocimiento y experiencia para la edificación de estas complicadas arquitecturas (Dehn y Hansen 2000, 2006a; Dehn, 2016).

Fundamentalmente son reseñables los trabajos de investigación sobre los dólmenes con estructuras internas en forma de “T” con cámaras dobles y gemelas contruidos dentro de túmulos circulares de muros de piedra seca y/o bloques de piedra, específicos de esta región del norte de Europa (Dehn y Hansen 2000, 2006a; Dehn, 2016; Westphal, 2016). Estas construcciones se componen de dos cámaras con largos corredores independientes, con paramentos formados por ortostatos, entre los cuales se dispusieron muros de piedra seca (*drystone walling*) para sellamiento e impermeabilización del espacio interno (Figura 4.6). Las techumbres están compuestas por losas de cubierta que apoyan directamente sobre los ortostatos de mayor altura o sobre piedras intermediarias (*intermidate layer stones*).

Para la disposición de este conjunto de elementos se desarrolló un proceso de construcción interrelacionado, con una secuencia de trabajo donde cada elemento arquitectónico fue colocado en una forma y orden en relación con los demás, ejecutándose integralmente las estructuras megalíticas internas con anterioridad a su soterramiento bajo el túmulo, tal como describen en el siguiente párrafo:

“Megalithic graves are complex constructions, erected in a continual process without major pauses. Both the form of the stone construction and the measures employed around the chamber and the passage of the passage grave show that this is a complex and cohesive structure which was not intended to stand totally or partially exposed to the elements. A pre-condition for its existence as a monument is that it is completely encapsulated in an earthen mound” (Dehn y Hansen, 2006a: 50).

El proceso de construcción de estas arquitecturas requiere de la existencia de la una planificación previa (*planning*), que depende del diseño, forma y tamaño del monumento (Dehn, 2016: 59). Además, cada elemento se ejecuta mediante un método constructivo cumpliendo una función arquitectónica específica, por lo que sus investigadores han planteado la existencia de una serie de principios constructivos básicos: cierre hermético de las cámaras; estabilidad estructural mediante la compensación de fuerzas y apoyos de las piedras; incremento de la altura del techo de las cámaras mediante la disposición de capas intermedias de piedra; y, dualidad constructiva (Dehn y Hansen 2000, 2006a; Dehn, 2009, 2016; Westphal, 2016).

Mediante el cierre hermético y sellado de las cámaras se evitaba la entrada de tierras y filtraciones de aguas al interior, asegurándose la perennidad de los monumentos, la accesibilidad y la posibilidad de uso continuado de las cámaras, al preservarse en condiciones cerradas y secas (Midgley, 2008: 82-83). Este principio se cumplía mediante la disposición de una serie de elementos en el interior de las cámaras, trasdosados de los ortostatos y en los túmulos (Figura 4.6). En el interior de las cámaras, en el espacio entre ortostatos, se levantaron muros o paramentos de piedra seca (*drystone-wallig*), de entre 10-20 cm de anchura, desde la base hasta las cabezas de ortostatos, compuestos por pequeñas lajas planas, entre las que se disponían pequeñas láminas de corteza de abedul y barro gredoso aplicado como mortero a

modo de lechada, sellando todas las juntas entre las piezas. Estos muros cumplieron diversas funciones constructivas: a) como impermeabilizante, evitando la filtración de aguas; b) como sellante, imposibilitando la entrada de tierras del túmulo; c) como estabilizador estructural, evitándose el movimiento entre ortostatos y el amortiguamiento de las cargas transmitidas entre los elementos. Incluso, puede entenderse que estos muros funcionaron como un elemento decorativo, ya que es un paramento visto en el que contrasta el color blanquecino del barro y de las cortezas de abedul con los colores oscuros de las areniscas, granitos y gneis empleadas en este muro, así como con los ortostatos, losas de cubierta y piedras intermedias (Dehn y Hansen, 2006a).

En el trasdós de ortostatos de las cámaras, a la misma vez que la ejecución del muro de piedra seca, se disponía un relleno con trozos de sílex machados, en diversos paquetes o niveles compactos (*flint-packing*), colmatando una zanja de drenaje excavada en la base del terreno, hasta la cota de apoyo de la techumbre o losas cubierta, al objeto sacar las aguas hacia el exterior, evitándose la filtración y la entrada de tierras procedentes del túmulo (Dehn, 2016: 61).

En los túmulos se dispusieron diversos sistemas de drenaje que propiciaron la evacuación y canalización de las aguas pluviales hacia el exterior de las construcciones, habiéndose documentado dos tipos de soluciones constructivas: a) capas superpuestas de piedras trabadas con arcilla o barro gredoso sobre las losas de cubierta de las cámaras, evitándose la filtración de aguas, b) capas constructivas superpuestas, formadas por piedra, arcilla y rellenos de sílex triturados (*flint-filled*), dispuestos desde el trasdós de las paredes de las cámaras, sobre el elemento de relleno de sílex (*flint-packing*), propiciando el desvío y drenaje de las aguas del túmulo hacia el exterior (Dehn y Hansen, 2006a; Dehn, 2016: 64). Sobre éstos niveles constructivos, se disponían diversos rellenos de tierra hasta la definición del volumen del túmulo conjuntamente con el anillo perimetral (*kerbstone*), formados por muros de piedra seca o piedras verticales con intercalación de muros de piedra seca entre éstas.

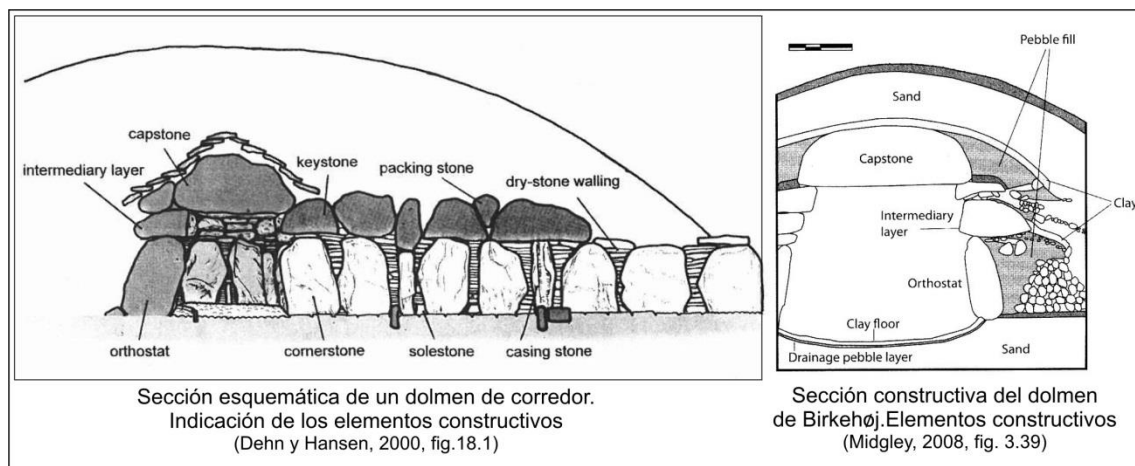


Figura 4.6. Secciones esquemáticas con los principales elementos constructivos de los dólmenes de corredor daneses (Dehn y Hansen, 2000, fig.18.1; Midgley, 2008, fig. 3.39).

Esta sofisticación constructiva ha posibilitado la conservación excepcional de las cortezas de abedul empleadas en los muros de piedra seca, a través de las que se ha podido realizar la datación radiocarbónica exacta de la construcción de ocho monumentos, situándose estos métodos y técnicas constructivas entre el 3300-3100 cal ANE (Dehn y Hansen, 2006b) al evidenciarse que estos muros se disponían a la misma vez que los ortostatos, en paralelo a los rellenos de sílex triturados (*flint-packing*) en el trasdosado de los mismos, configurando un espacio de trabajo abierto previo a la colocación de las losas de cubierta (Dehn, 2016: 61).

La estabilidad estructural de estos dólmenes de corredor se consiguió mediante la compensación de fuerzas y apoyos de las piedras unas sobre las otras, debiendo haber aplicado estos constructores determinados principios de ingeniería de compresión de los materiales. Esto, se traduce en que las piedras se dispusieron unas sobre las otras en una determinada forma, posicionamiento y secuencia constructiva con funciones arquitectónicas concretas, caso de los muros de piedra seca del interior de las cámaras (*drystone-wall*), de las piedras en vertical (*cornestones*) y horizontal (*keystones*). Las *cornestones* son las piedras que se situaron en la transición entre los corredores y las cámaras. Estos ortostatos soportan a las *keystones*, que son piedras regulares (en torno a 70 cm de anchura), necesarias para la formación de los techos de las cámaras y como soportes de las losas de cubierta, que cuentan con un espesor suficiente para soportar las fuerzas y los empujes a compresión generados por el peso del túmulo. Además, al objeto de evitar las roturas de las *cornestones* o accidentes durante el proceso de construcción por transmisión de cargas, colocaron unas piedras de morfologías puntiagudas (*pointed keystone*) en el trasdós de las cámaras, empleadas para el apoyo de las *keystones* y losas de cubierta (Westphal, 2016: 90-91).

El incremento de la altura del techo de las cámaras respecto a los corredores de acceso se lograba mediante la colocación de capas intermedias de piedra (*intermediary layer stones*), sobre las que apoyan las losas de cubierta, como es común en los dólmenes de corredor de las regiones de Zealand y Jutland. Este elemento constructivo, dispuesto entre los ortostatos y las losas de cubierta, está formado generalmente por una capa de bloques de mediano tamaño, asentados sobre los ortostatos y sobresaliendo hacia el interior, no perdiéndose volumen del espacio interno (Midgley, 2008: 95). Ello otorgaba a las cámaras una apariencia de “falsa cúpula”, proporcionando no sólo una mayor altura del espacio arquitectónico interno sino una ilusión óptica de mayor tamaño y amplitud. El uso reiterado de esta técnica constructiva, con los consecuentes riesgos de accidentes durante el proceso de colocación de las cubiertas, supone que estos constructores tenían una gran capacidad y habilidad técnica para la ejecución de estos trabajos (Westphal, 2016: 94).

La dualidad constructiva se manifiesta en la ejecución y forma de las cámaras dobles, cámaras gemelas y piedras duales (Dehn y Hansen 2000, 2006a; Westphal, 2016). El principio arquitectónico de dualidad más recurrente es la simetría, aunque no aplicado de manera

geométrica exacta, existiendo diferencias en cuanto al tamaño y elección de materiales de las cámaras dobles y gemelas, siendo más altas y con mejores tratamientos técnicos las de la parte izquierda. Gran parte de los monumentos con corredores y cámaras dobles fueron construidos en un proceso sincrónico, es decir, durante una única fase de construcción. Sin embargo, los dólmenes con cámaras gemelas, provistos de ortostatos compartidos por dos cámaras, fueron construidos en un proceso de construcción asincrónico, es decir, durante varias fases constructivas. Las piedras gemelas, formadas por una rotura natural, se suelen disponer de manera enfrentadas a ambos lados de las paredes de los corredores (Westphal, 2016: 92-94).

Por otro lado, son ejemplares las investigaciones llevadas a cabo en el túmulo C de Prissé-la-Charrière. En este monumento se ha realizado un estudio del módulo y disposición de los distintos muros o paredes de piedra seca, de las distintas unidades de construcción de alveolos, terrazas, rampas y contrafuertes. Esto, ha permitido clasificar las paredes por las diferentes funciones arquitectónicas para: dar solidez y consistencia a ciertas partes de la construcción (*“parois raidisseurs”*), evitar los derrumbes y roturas (*“parois harpage”*), asegurar la cohesión de los rellenos de tierra y definir las paredes externas de la fachada (*“parois de parament”*) (Laporte et al., 2014b; Laporte, 2016).

4.3.3. ORGANIZACIÓN DEL TRABAJO

A partir de un análisis arqueológico de la obra de construcción podremos aproximarnos a una cuestión central: la organización del trabajo. Si el estudio de la forma arquitectónica y su espacialidad nos posibilita comprender cuestiones acerca de los planteamientos, conceptos e intencionalidades que hay detrás de cada monumento megalítico, la investigación de la secuencia de procesos de trabajo articulados en el tiempo y en el espacio puede aproximarnos al conocimiento de la organización del trabajo. En este sentido, es vital el conocimiento de los métodos, técnicas y materiales empleados en la secuencia constructiva o cadena operativa.

Organización social del trabajo

El conocimiento de los procesos de trabajo articulados espacialmente en las construcciones megalíticas, permitirá conocer determinados aspectos de la organización social del trabajo, pues la obra de construcción genera estructuras, restos materiales y huellas tecnológicas que representan el tipo de trabajo desarrollado, tanto en sus aspectos de división espacial, ejecución técnica e incluso de identidad sociocultural.

Para ello, es necesario definir el concepto de trabajo y cómo éste se plasma materialmente en la obra de construcción en las arquitecturas megalíticas. El trabajo es una categoría abstracta, entendida como una acción humana regida por una planificación mental (Marx, 1998) y fenoménica o material (Kosik, 1967), que representa cualquier actividad humana a partir de una

serie de medios materiales: materias primas, instrumentos y medios técnicos. Así, el trabajo se entiende como una actividad o proceso compuesto por varios elementos: el propio trabajo humano (los individuos constructores), el objeto de trabajo (las materias primas), los medios de trabajo (la tecnología: instrumentos y medios técnicos) y el producto (la arquitectura y construcción). Por otro lado, el trabajo como toda actividad humana es una actividad social, y por tanto, cada tipo de trabajo puede entenderse en el contexto de la sociedad que lo desarrolla, adquiriendo formas específicas de la sociedad (Marx, 1998). Además, los diferentes tipos de trabajo pueden asociarse a los diferentes escenarios productivos (Marx, 1967), pudiendo identificarse cuestiones relativas a la especialización o división técnica.

Desde la arqueología podemos reconocer los testimonios que representan el trabajo, pues parte de la materialidad que se preserva en estos sitios es la expresión directa de una actividad humana concreta, centrada en la creación de arquitecturas monumentales en piedra y que consecuentemente se desarrollaba bajo unos parámetros determinados de organización social del trabajo. El trabajo desarrollado en las construcciones megalíticas cobra sentido en el conjunto de las relaciones sociales, parámetros ideológicos y simbólicos de las sociedades prehistóricas. Por tanto, la organización social del trabajo en estos sitios debía ser coherente con las formas de organización y las estructuras sociales de las diferentes comunidades. La construcción de los monumentos megalíticos se conformaba como grandes proyectos colectivos de las sociedades prehistóricas, que precisaban de abundante mano de obra y de grandes esfuerzos físicos en algunos casos, adquiriendo una escala monumental en tamaño y en significados, conciliándose en torno a ellos una alta capacidad de organización del trabajo y de ingenio técnico (“ingeniería”), que requería la existencia de mano de obra cualificada e individuos especializados en la ejecución de determinados proyectos arquitectónicos. El estudio de la organización del trabajo requiere el análisis de la secuencia espacial y división técnica del trabajo en la obra de construcción. Para ello, se precisa una metodología de investigación que identifique en cada monumento megalítico el planteamiento o proyecto arquitectónico, las fases constructivas, los elementos estructurantes que lo conforman, los métodos de construcción y las técnicas de laboreo.

Organización espacial y temporal del trabajo

La organización espacial y temporal de la secuencia constructiva (cadena operativa) viene definida por el conjunto de trabajos que son llevados a cabo para la ejecución de la obra de construcción. Sin embargo, las investigaciones arqueológicas han prestado escasa atención a esta cuestión, no identificándose y documentándose en muchos casos la secuencia constructiva espacial, por lo que el estudio de la sucesión trabajos durante la obra de construcción se ha tratado como un tema secundario en la investigación de las arquitecturas megalíticas (Laporte 2010, 2011). En el caso de la Península Ibérica destaca el estudio realizado sobre los procesos de construcción de los poblados fortificados, caso de la propuesta de edificación de la Línea I de la muralla del asentamiento de Los Millares, cuyo levantamiento se ha interpretado como

producto de la agregación de segmentos de diversos proyectos constructivos (Díaz del Río, 2008: 134). Para este autor, este modo de construcción refleja la existencia de un sistema de trabajo colectivo ordenado en segmentos de gran conocimiento práctico y planificación en la esfera de la arquitectura doméstica y defensiva, caracterizado por la agregación y movilización comunal de la fuerza de trabajo, como se propone para los diferentes modelos de organización social de las comunidades calcolíticas del sur peninsular (Díaz del Río, 2004a, 2004b, 2008).

El estudio de la secuencia espacial y temporal del desarrollo de la obra de construcción permite determinar cuestiones relativas a la organización técnica y espacial del trabajo. Así, para la construcción de los grandes túmulos alargados del Neolítico Medio del oeste de Francia se plantea que existía una organización espacial segmentada del trabajo para la ejecución de las estructuras alveolares, como se ha puesto de manifiesto en los monumentos de Champ Châlon (Joussaume, 2006) o en el túmulo C de Prissé-la-Charrière, en el que la identificación de la secuencia lineal y continua de esta gran obra de construcción lleva a sostener que su ejecución demandaba numerosos equipos de trabajo con una organización en el lugar de manera simultánea y desarrollada en periodos cortos de tiempo (Laporte et al., 2010: 12). Su elaboración precisaba de la superposición de diferentes unidades de construcción, caso de los alveolos contruidos en las terrazas, planteándose la posible existencia de trabajos especializados que pudieran estar organizados en grupos de trabajos yuxtapuestos y coordinados por individuos con grandes saberes técnicos y dominios conceptuales (Laporte, 2011, 2015b).

Para la construcción de los dólmenes de corredor daneses se propone que la organización del proceso de construcción pudo articularse en dos secuencias constructivas: mediante múltiples periodos con paradas o a través de un trabajo continuo y lineal (Dehn, 2016). La secuencia constructiva de múltiples periodos con paradas se ha atestiguado a partir de dos evidencias arqueológicas: a) la presencia de un horizonte edáfico de vegetación sobre las plataformas de piedras destinadas a la disposición de las cubiertas, que puede ser una huella de ruptura o parada del proceso de colocación de las losas; b) la compactación de algunas capas de relleno de sílex (*flint-packing*) dispuestas en el trasdós de los ortostatos de las cámaras, que pueden ser un indicio que estos niveles constructivos han estado sometidos a un pisoteo prolongado y, por tanto, que en su proceso de construcción, conjuntamente con el muro de piedra seca (*dry-wall*), acontecieron paradas de larga duración en algunos monumentos. No obstante, a pesar de estas evidencias, se sostiene que los procesos de construcción de los dólmenes de corredor (*passage graves*) se caracterizaban por una secuencia continua y lineal, gracias a una planificación de la obra en etapas sin interrupciones y mediante un esfuerzo continuo de los constructores hasta la conclusión de las obras (Dehn, 2016: 66-67). Lo que no exime que en estas arquitecturas, en su dilatada historia, se llevaran a cabo posteriores procesos de mantenimiento, modificaciones, adaptaciones, transformaciones y reconstrucciones, dando origen a grupos de monumentos tumulares, caso de la necrópolis de Lønt, Jutland, que integra varias formas arquitectónicas: *long barrows*, *round dolmens* y *passage graves* (Gebauer, 2016).

Organización técnica del trabajo

En este apartado es de especial relevancia el planteamiento de la existencia de una especialización técnica del trabajo para la construcción de las arquitecturas megalíticas, que se enmarca en un debate de mayor alcance. El reconocimiento de individuos con una alta especialización, con conocimientos técnicos precisos en determinadas artesanías, así como de una mano de obra cualificada en grupos sociales clánicos o de linajes durante el Neolítico y Edad del Cobre, representa para algunos investigadores la existencia de una organización social del trabajo característica de las sociedades complejas o de jefaturas, con estructuras sociales jerarquizadas (Flannery, 1968; Renfrew, 1986; Brumfield y Earle, 1987; Service, 1990; Peregrine 1991).

En este contexto, la posible presencia de mano de obra especializada en la construcción de las arquitecturas megalíticas es interpretada de diferentes formas. Para algunos autores, la inexistencia de mano de obra especializada se corresponde con organizaciones sociales no estratificadas, caso de los grupos sociales clánicos segmentados en pequeñas unidades autónomas del Neolítico Inicial y Medio (4100-3500 cal ANE) de Europa del Norte y Escandinavia, que construyeron monumentos megalíticos de tamaño reducido (“dólmenes”), con una elaboración técnica limitada y que demandaban para su construcción pequeños equipos de trabajo. De otro lado, la existencia de mano de obra especializada se concibe en sociedades con claros indicios de estratificación y diferenciación social, como se ha constatado en el área noroeste de Francia en el Neolítico Medio, con una variedad de arquitecturas megalíticas (túmulos no o proto-megalíticos, túmulos alargados con múltiples cámaras en su interior, menhires y dólmenes de corredor) de la segunda mitad del V milenio ANE, coherentes con una organización especial segmentada del trabajo, un gran dominio técnico y una abundante mano de obra (Furholt y Müller, 2011; Müller, 2014). Sin embargo, para otros, la especialización de la construcción de monumentos megalíticos no debe implicar directamente que éstas se hayan formalizado en el marco de sociedades jerarquizadas, sino que existían grupos e individuos especializados en la ejecución de los mismos (Laporte, 2011). Para el caso de los dólmenes de corredor de Dinamarca, construidos entre el 3300-3100 cal ANE, se plantea la existencia de artesanos cualificados con una alta sofisticación de los métodos de construcción y tratamiento de materiales (Dehn y Hansen, 2000, 2006a; Dehn, 2009). Incluso, se argumenta que debieron existir “artesanos maestros viajeros”, dentro de los cuales algunos individuos serían los responsables de la ejecución de las diversas fases constructivas contempladas en el *planning*, acumulando un gran conocimiento de las técnicas y experiencia durante el proceso de construcción de las arquitecturas. El resto de los individuos debieron participar en otras etapas de los procesos de producción que requerían más mano de obra y mayor fuerza de trabajo, fundamentalmente en la captación y transporte de materiales, para lo que hubo de existir alianzas intergrupales (Dehn, 2016: 65-66).

Por tanto, la construcción de determinados modelos de arquitecturas monumentales en piedra requiere una marcada especialización técnica del trabajo. Creemos que para su correcta identificación en el registro arqueológico es necesario que se documenten dos elementos: a) la normalización y regularización de los métodos y técnicas constructivas; b) la existencia de una división técnica y espacial del trabajo articulada en una secuencia planificada y reiterativa durante la obra de construcción con reparto de tareas. La sofisticada pericia y el alto grado de conocimiento técnico de un trabajo puede suponer la existencia de individuos especializados en determinadas tareas, que incluso podría tratarse de personas concretas que marcaran las directrices de los planteamientos conceptuales y controlase toda la secuencia temporal y espacial durante la obra de construcción, poseyendo una gran maestría y unos saberes técnicos exclusivos. Creemos que es necesario asumir que la construcción de arquitecturas monumentales en piedra, al igual que otras actividades del Neolítico y Edad del Cobre (cerámica, producciones líticas talladas y pulimentadas, minería y metalurgia del cobre), podría regirse en determinadas regiones y ámbitos cronológicos como un trabajo especializado, pues debió demandar un conjunto de conocimientos y habilidades técnicas muy específicas para la selección de materiales y el dominio de técnicas de trabajo de la piedra en bloques de grandes tamaños en los procesos de extracción, transporte y manufactura (laboreo, tratamientos de tallados, percusión, piqueteado, grabados o pintura) de los soportes. Su comprensión requiere el estudio comparado con otros trabajos y materiales, caso de la madera, tierra y arcilla, y ámbitos distintos a los de las construcciones megalíticas, caso de los contextos domésticos y productivos, pues comparten esquemas y planteamientos técnicos comunes. Ello además, puede permitir establecer inferencias sobre la identidades socioculturales de los grupos constructores y usuarios de estas arquitecturas, que se manifiestan de manera interrelacionada en los proceso de trabajo y formas de los megalitos, en los símbolos representados (grabados y pinturas), en los materiales depositados en ellos (ajuares funerarios y ofrendas) y en las prácticas funerarias documentadas a partir de una gran diversidad de tratamientos de los cuerpos y rituales mortuorios.

En la ejecución de los trabajos durante la obra de construcción y en las formas arquitectónicas, podrían haberse expresado determinados valores de la identidad sociocultural. La existencia de diversas formas y maneras de construir puede ser un terreno a explorar y definir desde la arqueología. Las distintas identidades sociales y culturales que se concilian en las arquitecturas megalíticas, se pueden manifestar en los distintos “estilos arquitectónicos” y “territorios megalíticos”, tanto a escala local como regional. La identificación y el reconocimiento de los individuos en torno estas construcciones, en las que se tuvo que contener parte de la memoria social colectiva, reforzaría los vínculos de identidad entre los individuos, que podrían haber encontrado en estos sitios un origen y procedencia común, sustentado en una ideología de culto a los ancestros y en una materialidad construida: los monumentos megalíticos (Bradley, 1998; Furholt y Müller, 2011; Müller, 2014; Laporte, 2015a).

4.4. USOS DE LAS ARQUITECTURAS MEGALÍTICAS

La construcción de las arquitecturas requirió una planificación colectiva y un esfuerzo comunal. Sus usos, del mismo modo, están destinados a la colectividad de los grupos sociales, tanto en sus funciones funerarias y rituales como territoriales, sirviendo para la cohesión de las relaciones colectivas y el mantenimiento de las organizaciones sociales.

4.4.1. SEPULCROS FUNERARIOS

El uso funerario de las arquitecturas megalíticas es un sujeto de investigación controvertido y problemático, tanto por la definición como por la significación como sepulturas colectivas, planteándose su concepción como una forma específica de monumentalismo funerario (Chambon y Leclerc, 2008: 312). La consideración de determinadas construcciones como casa de los muertos radica en que ellas se reserva un espacio arquitectónico concreto para la deposición de los muertos: la cámara funeraria (Joussaume, 1985, 2003, 2008). Por tanto, el uso de las cámaras estaba reservado predominantemente a un uso funerario, documentándose en éstas restos óseos de varios enterramientos, que pueden definir espacios sepulcrales colectivos o múltiples, en el que los vivos depositaban a los difuntos y sus pertenencias (ajuares), almacenaban, renovaban y manipulaban los restos óseos de los miembros de generaciones pasadas.

Los sepulcros funerarios integrados en las arquitecturas megalíticas se han definido funcionalmente como “sepulturas colectivas” (Masset 1993, 1999; Leclerc, 1999; Chambon, 2003; Chambon y Leclerc, 2008). La sepultura colectiva es el espacio sepulcral donde se realizaban deposiciones continuas de individuos, que requería de un esquema conceptual y planificación temporal de la muerte, precisando de una estructuración y organización permanente que previera las próximas deposiciones funerarias (Leclerc, 1999).

Los principios básicos de la sepultura colectiva son: la perennidad, la socialización y la reorganización continua del espacio funerario. La perennidad del espacio sepulcral se producía por la deposición reiterada de individuos, que supone su formación como lugar de permanente recuerdo y memoria para los vivos. Para tal fin se precisaba que los sepulcros dispusieran de elementos de apertura y cierre en los accesos, que los protegiese respecto a los elementos externos y a la vez los hiciera accesibles, abiertos, facilitándose un acceso repetido, pero restringido a su interior. La socialización del espacio sepulcral se generaba por el contacto físico entre los restos óseos de los individuos de los mismos grupos sociales, creándose un espacio funerario compartido formado por las deposiciones diferidas en el tiempo. La reorganización continua del espacio funerario se producía como consecuencia del tratamiento de los restos óseos durante el proceso de deposición y descomposición de los cadáveres, que se desarrollaban en una gran diversidad de gestos y prácticas funerarias: manipulación,

remodelaciones, acondicionamientos o reorganización de los espacios internos, que en definitiva, representaban las diversas formas de gestión de las estructuras funerarias.

Por tanto, la sepultura colectiva es una tumba caracterizada por la realización de depósitos funerarios sucesivos de individuos. El número de individuos depositados es consecuencia del tiempo de uso de la tumba. Las sepulturas múltiples y las sepulturas individuales son, por el contrario, tumbas de deposiciones únicas. Los depósitos funerarios pueden ser primarios o secundarios. Los depósitos primarios se corresponden con inhumaciones de individuos colocados en el espacio sepulcral de manera previa a que se inicie la descomposición del cuerpo, pudiendo determinarse el posicionamiento o colocación del cuerpo e identificarse las conexiones anatómicas entre las articulaciones. Por tanto, el proceso de descomposición sucede completamente en el mismo lugar de entierro, siendo común en las inhumaciones la conservación de los esqueletos en evidente conexión anatómica. Los depósitos secundarios, por oposición, son aquellos en el que se ha realizado un tratamiento diferido de los cuerpos, habiendo comenzado la descomposición, terminado la putrefacción de los mismos o cuando ya están totalmente esqueletizados (Chambon, 2003: 19), con una representatividad y una disposición intencional de los huesos previamente seleccionados, que implica la reducción de los restos óseos como consecuencia del vaciado de un sector del espacio sepulcral ante la deposición de un nuevo difunto o la recolocación de restos óseos pertenecientes a una inhumación pretérita. Por tanto, los depósitos secundarios se caracterizan por la alta concentración o presencia de grupos de huesos desarticulados como consecuencia de la manipulación intencional de los huesos.

Para Leclerc (1999), la creación de las sepulturas colectivas construidas desde el Neolítico Medio supone una nueva concepción humana de la muerte, caracterizada por el sentido colectivo del espacio sepulcral, el control del tiempo mediante la programación y previsión del sitio que ocuparán los futuros difuntos, y por una restricción del acceso a los miembros de los grupos sociales que gestionaban las prácticas funerarias.

Si asumimos esta consideración, la construcción de monumentos funerarios pétreos que integraban sepulturas colectivas significaría una voluntad expresa de dominar el tiempo. Esto debe plasmarse en dos esferas: una, en la arquitectura, al concebirse como construcciones hechas para la eternidad; dos, en el espacio sepulcral, donde se mantiene como sitio destinado a continuas deposiciones funerarias, constituyéndose en auténticos memoriales de los difuntos. La ideología funeraria derivada del concepto de sepultura colectiva del Neolítico, sustentada en el valor colectivo del espacio sepulcral con el desarrollo de múltiples prácticas funerarias que socializan permanentemente este espacio funerario, se prolonga bajo distintas concepciones funerarias y fórmulas hasta fines del III milenio ANE o Edad del Bronce Antiguo en Europa occidental, cuando se impusieron las sepulturas individuales, como ya evidenciaban los pretéritos “enterramientos campaniformes” que se integraban bajo distintos tipos de estructuras y

prácticas funerarias en las arquitecturas megalíticas, reapropiándose del espacio funerario de las tumbas colectivas.

Las sepulturas colectivas aparecen desde el Neolítico Medio en el oeste de Europa, como consecuencia de un nuevo modelo de organización social, caracterizado por el posicionamiento de la familia y del linaje por encima del individuo, que supuso unas transformaciones en las arquitecturas, prácticas funerarias, símbolos y rituales de la muerte (Gallay, 2006: 86).

Así, desde mediados del V hasta mediados del IV milenio ANE se desarrollan arquitecturas funerarias con sistemas de acceso desde el exterior. En las tumbas de cámara sencilla el espacio sepulcral lo define el volumen interno de la estructura, no existiendo diferencias en la superficie. Por el contrario, los dólmenes de corredor, al ser unas arquitecturas más elaboradas, cuentan con una organización espacial más compleja, con una diferenciación entre los elementos constructivos que propiciaban la compartimentación y segmentación del espacio sepulcral, existiendo sectores reservados a la deposición funeraria, así como dispositivos de cierre de las mismas que garantizaban su accesibilidad y aislamiento respecto a los elementos externos. En este sentido, destacan los grandes túmulos con cámaras funerarias internas del cuadrante noroeste de Francia y del sur de Gran Bretaña. En las tumbas de corredor de la Bretaña se han documentado dos tipos de dispositivos de cierre: a) tapiado del corredor, mediante un murete de mampostería de piedra seca, caso de la tumba central de Carn, en Finisterre, y el monumento B de Benon, en Charente-Maritime; b) relleno completo del corredor, en la tumba G de Barnenez y Kerleven, en Finisterre, dolmen de Gavrinis, en Morbihan, Château-Bû, en Ille-et-Vilaine, formado por una colmatación de piedras que podrían corresponderse tanto con dispositivos de cierre como con los episodios de la condenación definitiva de estos monumentos (Le Roux, 2000: 269-271).

En las cámaras funerarias de estas tumbas megalíticas se constata la existencia de enterramientos colectivos, con una tendencia a las deposiciones progresivas de individuos, y unas prácticas de manipulación continua de los restos óseos de los muertos. El contenido del espacio sepulcral se modificaba por desplazamientos de los restos óseos durante la descomposición de los individuos, la selección y circulación de huesos (cráneos y huesos largos) hacia el interior y exterior de la tumba, estando los restos óseos de los muertos en continuo movimiento (Cauwe, 1998). Sin embargo, el carácter colectivo de estas sepulturas es muy discutido por la escasez en el número de individuos registrados en el interior, no pudiendo determinarse que tengan una funcionalidad de verdaderas sepulturas colectivas. Con esto, se constata una contradicción en cuanto a la construcción y el uso funerario de estos monumentos, que se evidencia en otras regiones y cronologías. La paradoja se presenta en la contraposición del trabajo comunal y colectivo, precisando de la aportación de abundante número de individuos, en el proceso de construcción, que requiere la suma de una fuerza de trabajo y un esfuerzo común, frente al reducido número de enterramientos de determinados individuos en las cámaras,

que contarían con un acceso y probablemente con un rol o *status* social privilegiado. Por ejemplo, en las cámaras de los dólmenes de corredor integrados en grandes monumentos tumulares del oeste de Francia, los depósitos funerarios apenas presentan una docena de individuos como máximo, caso de la tumba B de la necrópolis de Bougon (Mohen y Scarre, 2002) o Champ Chalôn, con siete u ocho individuos (Joussaume, 2006), o la cámara III de Prissé-la-Charrière, donde se ha documentado seis individuos (Laporte et al., 2010; Deguilloux et al., 2011). En este caso, se propone una concepción del espacio sepulcral colectivo con deposiciones múltiples, caracterizándose los depósitos funerarios por la presencia de restos óseos de cuerpos yuxtapuestos.

Desde mediados del IV milenio ANE la concepción de las sepulturas colectivas sufre un proceso de transformación, que se plasma en las arquitecturas megalíticas (Furholt y Müller, 2011; Müller, 2011, 2014; Laporte, 2012, 2015a), modificándose las formas y planteamientos constructivos de los dólmenes de corredor (Dehn y Hansen, 2006a; Scarre, 2007a; Migdley, 2008; Sjögren, 2011) y apareciendo otras nuevas formas arquitectónicas, caso de los hipogeos, galerías cubiertas y galerías sepulcrales (Masset y Soulier, 1995; Raetzel-Fabian, 2002; Schierhold, 2011; Laporte et al., 2011). Estas formas arquitectónicas presentan espacios sepulcrales generalmente alargados, contando con una organización espacial más compleja debido a una mayor compartimentación y segmentación. Los accesos a las tumbas son, generalmente, más reducidos en tamaños, contando con dispositivos de cierre muy sofisticados: puertas o losas de piedras, tapiados mediante muretes de mampostería, cerramientos con elementos de madera, entre otros. Estos dispositivos se encuentran del mismo modo en el interior de las tumbas. En los corredores, es frecuente la presencia de elementos de cerramiento y de compartimentación, caso de las puertas perforadas, jambas y umbrales. En los puntos de conexión entre las cámaras, antecámaras y corredores, se ha documentado la existencia de elementos que separan estos sectores, definiendo funcionalmente dos espacios: un espacio sepulcral dominante (la cámara) y un espacio funerario (corredores y antecámaras) a modo de vestíbulos, que estaban destinados al paso, a la deposición de objetos e individuos. En el caso de la región de la Bretaña se ha documentado la presencia de puertas, “gateras”, ojos de buey y tapas de lajas de esquisto en las *allées couvertes* (longitudinales, en “V”, de entrada lateral o en escuadra), colocadas en los puntos de tránsito de las arquitecturas, pudiendo definir los diferentes límites físicos de “acceso libre” a las tumbas (Le Roux, 2000: 269-273). En los dólmenes de corredor daneses, caso del monumento de Mogenstrup, se sugiere la presencia de un dispositivo de cierre de la cámara mediante un cerramiento formado por arcilla y fragmentos quemados y triturados de sílex blanco (Westphal, 2016: 96-97).

De manera genérica, en las sepulturas colectivas desde mediados del IV milenio ANE, integradas o no en monumentos megalíticos, se constata en el registro arqueológico una mayor tendencia al reagrupamiento de los muertos de generaciones sucesivas en el seno de un mismo espacio sepulcral y una larga continuidad temporal de los conjuntos funerarios. Los depósitos

funerarios se forman como consecuencia de deposiciones sucesivas separadas por un lapso de tiempo que excede de los procesos de descomposición de los cuerpos (Gallay, 2006: 94), formando contextos funerarios muy variables, que oscilan entre una decena de individuos a varios centenares, estando generalmente representados los dos sexos y las diferentes franjas de edades. Las prácticas funerarias de inhumación eran comunes y recurrentes en toda Europa occidental, evidenciándose una reorganización del espacio sepulcral cada vez que se depositaban nuevos individuos, con una gran variedad de gestos funerarios reiterativos en la disposición de los cuerpos que estaba determinada por el espacio funerario, siendo los más recurrentes: el reordenamiento de los restos óseos, el vaciado de los espacios sepulcrales o el descarnamiento de esqueletos posteriormente a la deposición (Chambon y Leclerc, 2008: 316).

Los dólmenes de galería cubierta o "*dolmens en allée couverte*" (Joussaume, 2008), galerías sepulcrales ("*allées sépulcrales*") (Masset y Soulier, 1995) e hipogeos estaban destinados predominantemente a enterramientos colectivos, habiéndose documentado en estas tumbas deposiciones funerarias sucesivas de larga duración temporal (Masset, 1993), con un fuerte dinamismo de los gestos funerarios, caracterizados por diversos episodios de construcción y ritos de condenación que se desarrollaban durante más de un milenio de uso de estas sepulturas, con una multiplicidad prácticas funerarias (Chambon, 2003; Chambon y Leclerc, 2008), caso de las sepulturas de Chaussée-Tirancourt (Leclerc y Masset 1980, 2006; Masset, 1995; Blin, 2014) y Bazoches-sur-Vesles (Leclerc, 1999).

Creemos que esta concepción de la muerte afecta y se manifiesta materialmente en el espacio sepulcral de las tumbas colectivas, ya que el uso reiterado y continuo del mismo espacio funerario durante largos ciclos temporales debe llevar aparejado su transformación con el objeto de lograr su mantenimiento como espacio sepulcral cubierto y cerrado. En este sentido, debemos plantearnos que muchos de los monumentos funerarios de estas cronologías debieron estar sometidos a continuas remodelaciones internas. Con esto, la disposición de nuevos elementos constructivos por razones de perdurabilidad de las estructuras o por la introducción de nuevas concepciones del espacio sepulcral suponía la transformación espacial de los corredores y cámaras, en algunos casos contruidos con técnicas diferentes. Esta evidencia material no sólo debe suponer la constatación de continuas fases constructivas sino la ejecución de nuevos proyectos arquitectónicos con planteamientos alternativos de la concepción del espacio sepulcral. Además, las transformaciones arquitectónicas del espacio sepulcral podían discurrir en paralelo a las modificaciones de las prácticas funerarias, debiendo reflejarse en el registro antropológico y en los ajuares la introducción de nuevos gestos funerarios y rituales de la muerte.

4.4.2. ESPACIOS RITUALES

Los usos de determinadas arquitecturas megalíticas estaban relacionados directamente con el desarrollo de rituales colectivos y comunales de diverso significado, enraizados en el sistema de creencias de las comunidades. Puede distinguirse espacios rituales de diversa naturaleza (paisajes, centros rituales y espacios arquitectónicos), así como una gran variedad de prácticas rituales asociadas a estas arquitecturas: constructivas, fundacionales, funerarias, votivas, culturales..., específicas de cada monumento o región, contando con un rango cronológico particular.

Los paisajes rituales se definen como grandes espacios o ámbitos territoriales en los que se reproducían materialmente los esquemas ideológicos derivados de la cosmovisión de las sociedades de grupos constructores de megalitos. En éstos, las arquitecturas megalíticas expresaban espacialmente la compleja simbología cosmogónica de la vida y de la muerte derivada de la forma de pensamiento y de los valores que se originaron como consecuencia del proceso de neolitización, destacando la constante interacción espacial entre las esferas del dominio de los vivos, el dominio de los ancestros y el dominio de los muertos (Richards, 1996: 201; Parker Pearson y Ramilisonina, 1998; Downes y Richards, 2002; Richards et al., 2013).

Los paisajes rituales se pueden formalizar en torno a dos tipos de arquitecturas monumentales: los monumentos circulares compuestos por piedras erigidas en vertical y los monumentos funerarios, que configuraban centros rituales o sitios ceremoniales en torno a los que se llevaron a cabo un conjunto de prácticas con pautas de movimiento ritualizadas y con secuencias espaciales y temporales específicas. La concepción formal y espacial de las estructuras abiertas (grandes círculos de piedras, monumentos ceremoniales y alineamientos de menhires) se ha relacionado con la necesidad de acogida de un gran público con el objeto de llevar a cabo determinados rituales colectivos. Su funcionalidad como espacios de encuentro de fuerte presencia en el territorio lleva a algunos investigadores a su interpretación como lugares de peregrinación o santuarios (Scarre, 2008).

Los círculos de piedras se suelen asociar espacialmente a otras construcciones. Así, por ejemplo, en las Islas Británicas es común la presencia conjunta de círculos de piedras y henges vinculados a monumentos ceremoniales (*cursus*, avenidas formadas por hileras de piedras, círculos de madera) y monumentos funerarios (tumbas y túmulos de tierra), configurando paisajes rituales de alta significación simbólica y espacios sagrados en los que se desarrollaban múltiples prácticas rituales: funerarias, astronómicas, ceremoniales, festines (Richards, 1996; Parker Pearson y Ramilisonina, 1998; Cooney, 2000; Downes y Richards, 2002; Scarre, 2007a; Pollard, 2012; Richards et al., 2013).

En los monumentos funerarios es común la existencia de áreas con elementos singulares (estelas, altares y hogueras) y depósitos estructurados de materiales de diverso tipo, que pueden

definir espacios arquitectónicos en los que se llevaron a cabo complejas prácticas rituales, actividades de culto a los ancestros y ofrendas periódicas articuladas tanto en los ámbitos externos como internos, consagrándose determinados espacios arquitectónicos para tales fines.

Para algunos autores la deposición reiterada de materiales en espacios concretos de los monumentos megalíticos deben concebirse como ofrendas (Mohen 1990: 83), realizadas en el marco de prácticas rituales con una organización espacial concreta, tal como se ha puesto de manifiesto en la necrópolis de Bougon (Mohen y Scarre, 2002). Estas ofrendas se componen de materiales de un alto valor simbólico de distinto tipo colocados en partes concretas de las arquitecturas megalíticas.

En los espacios internos, los rituales estaban relacionados predominantemente a las prácticas mortuorias y con las deposiciones de materiales votivos u ofrendas. En las cámaras de las sepulturas colectivas, sobre todo desde mediados del IV milenio ANE, se ha documentado una multiplicidad de formas de tratamientos de los cuerpos y de deposiciones de objetos que responden a las prácticas funerarias y rituales de la muerte de cada grupo social. Del mismo modo, además, es recurrente la presencia de determinadas estructuras y elementos asociados a los rituales de la muerte que se desarrollaron en su interior: “pilas funerarias”, como las de las tumbas monumentales de corredor del valle de Brú na Bóinne en Irlanda, caso de Newgrange (O’Kelly, 1982), Knowth (Eogan 1984, 1986), o en el dolmen de Matarrubilla en Valencina de la Concepción (Obermaier, 1919); “celdas” definidas por lajas dispuestas transversalmente a los paramentos murarios de las tumbas con cámaras compartimentadas de tipo Cromarty de las Islas Orcadas, destinadas a la deposición secundaria de restos óseos de los individuos (Scarre, 2007a: 49-52; Sévin-Allouet, 2014); pavimentos compartimentados con lajas dispuestas transversalmente en los dólmenes de corredor del norte de Europa (Midgley, 2008), entre otros.

En los corredores, desde mediados del IV milenio ANE suelen presentarse depósitos agrupados de materiales, caso de las hachas pulimentadas y cerámicas en las sepulturas colectivas de Europa del Norte y de la fachada atlántica (Guilaine, 2012), o conjuntos estructurados (hachas, placas antropomorfas decoradas, vasos cerámicos y puntas de flecha) de los dólmenes del interior de la cuenca del Tago en la Península Ibérica, caso de los sitios de Trincones 1, sobre el suelo, o La Lagunita, sobre un “altar”, que han sido interpretados como “depósitos fundacionales”, depósitos de “objetos sagrados” u “ofrendas rituales” (Bueno, 2008; Bueno et al., 2010a, 2016a).

En los espacios externos, se ha documentado la presencia de estructuras y áreas de deposición de materiales asociadas al desarrollo de determinadas prácticas rituales, fundamentalmente en las fachadas de los monumentos y en sus espacios externos inmediatos, definiendo unas áreas que conforman grandes atrios abiertos o “plazas” donde eran recurrentes y reiteradas las

deposiciones de materiales durante grandes lapsos temporales, como consecuencia del desarrollo de rituales comunales y de la frecuentación periódica de estos sitios.

En las arquitecturas funerarias es común la presencia de deposiciones de objetos en los espacios externos, predominando los depósitos en las fachadas de acceso a los monumentos, sobre los elementos delimitadores (paramentos o anillos) o base de los túmulos. Los materiales predominantes son las hachas pulimentadas y los recipientes cerámicos en estado completo o fragmentario, que generalmente han sido interpretados como ofrendas. Delante de los paramentos externos de los túmulos es frecuente la constatación de múltiples objetos, como se ha documentado en el monumento funerario de Gavrinis, que quedaron ocultos y enterrados tras su condenación (Le Roux, 1985).

Desde mediados del IV milenio ANE, en relación con las transformaciones de las arquitecturas funerarias y la implantación de las sepulturas colectivas con diversos sistemas de cierre y accesibilidad a las estructuras se generalizaron los depósitos en las áreas frontales externas, como se ha constatado recurrentemente en los dólmenes provistos de corredor del 3500-3300 cal ANE del norte de Europa (Midgley, 2008: 58) y en los dólmenes de corredor daneses del 3300-3100 cal ANE (Dehn y Hansen, 2006a), con diversas fórmulas de depósitos votivos de vasos cerámicos ubicados en distintos espacios: en las entradas a las tumbas, en los accesos frontales, alrededor del anillo delimitador, sobre los paramentos externos del túmulo (Midgley, 2008: 150-151). Incluso, se realizaron nichos u oquedades entre las piedras del anillo, como se ha documentado en el monumento de Kong Svends Hoj (Dehn et al., 1992, 1995).

De la misma cronología se ha documentado en los espacios frontales externos de las tumbas monumentales varios tipos de estructuras y elementos que definen contextos rituales y votivos específicos. A modo de ejemplo, en el caso de la tumba central de la necrópolis de Knowth del valle de Brú na Bóinne, destaca la presencia de varios conjuntos de estructuras ubicadas en las áreas frontales de acceso de los dos corredores de las tumbas: estructuras circulares de pequeñas piedras en el área de acceso o en forma de “U” dispuestas contra el anillo, piedras erigidas en vertical y acumulaciones de piedras “exóticas” o “simbólicas” (cuarzo, caliza y granito), organizadas sobre un pavimento de piedras. Algunas de estructuras eran huecas y otras presentaban su interior relleno de materias primas de significación simbólica: cuarzo, caliza y bloques erráticos glaciares (Eogan, 1986: 46-48).

Otros elementos son los depósitos de pequeñas figurillas antropomorfas de piedras, conocidos como “betilos”, documentados en los atrios de diferentes tipos de arquitecturas funerarias de la Península Ibérica, caso del dolmen de corredor de Dombate en Galicia (Bello Diéguez, 1992-1993), o la tumba 9 de falsa cúpula de Los Millares en Almería (Almagro y Arribas, 1963), o las estelas propiamente dichas, dispuestas en las áreas de entrada a las tumbas, que enmarcaban

los accesos de algunas de las grandes galerías megalíticas de Andalucía, caso del dolmen de Alberite (Bueno et al., 2004a, 2007, 2013a, 2015a, 2015c).

4.4.3. TERRITORIALIDAD

El valor territorial de las arquitecturas megalíticas ha sido interpretado en múltiples direcciones en relación al proceso de neolitización y posterior desarrollo de las sociedades con estructuras sociales complejas, que creemos ofrecen lecturas y propuestas complementarias acerca de las diferentes funciones que debieron cumplir los megalitos. La elección del emplazamiento, el sitio de construcción y el espacio que ocupa toda arquitectura megalítica responde a una serie de planteamientos de territorialidad. La funcionalidad territorial de los megalitos puede explicarse en tres niveles diferenciados: la apropiación, la organización espacial y la definición de límites espaciales.

Apropiación del emplazamiento y territorio circundante

La erección de toda arquitectura megalítica suponía la transformación de un emplazamiento natural y la formación de un espacio humano artificial con el objetivo de apropiarse física y simbólicamente de ese ámbito, conformando un espacio construido o demarcador espacial. En el caso de las arquitecturas funerarias se han destacado varias casuísticas del valor territorial de estas construcciones, destacando su uso para la fijación de las tierras de las comunidades clánicas segmentarias (Renfrew 1973, 1976), la legitimación y posesión de las tierras por parte de unos grupos sociales determinados (Chapman, 1981) o su apropiación (Sherrat, 1990). Así, mediante la construcción de la casa de los muertos o casa de los ancestros, donde habitan los antepasados comunes, se reivindicaba y justificaba la posesión territorial de estos espacios.

La continua reiteración de acciones constructivas y la transformación de las arquitecturas por los mismos miembros de la comunidades o por otros grupos supondría la reapropiación física del lugar, incorporando nuevas categorías conceptuales, planteamientos arquitectónicos y elementos constructivos que hacían prolongar la permanencia material de los monumentos, dotándolos de un valor acumulado y propiciando su pervivencia mental, que consolidaría la memoria colectiva de estos sitios y su formación como espacios sagrados. En todo caso, la función territorial de apropiación precisaría de continuadas estrategias de construcción y monumentalización que, en algunos casos, incrementaban la visibilidad y presencia de las arquitecturas en el espacio circundante, favoreciendo la legitimación y pertenencia de un espacio construido a un grupo social determinado e incluso la formación de espacios sociales colectivos y sitios de encuentro (Müller, 2014).

Organización espacial y ordenamiento territorial

Los megalitos participaron en las estrategias de ordenación territorial desde las primeras sociedades constructoras de arquitecturas monumentales pétreas (Sherrat, 1990, 1995). Por su

consideración como estructuras permanentes y de marcada preeminencia visual funcionaron como elementos de organización espacial y de ordenamiento territorial. Por un lado, la construcción lleva aparejado su configuración como espacios reservados a usos destinados al dominio de los muertos y de los ancestros, siendo las moradas de los difuntos en el caso de las arquitecturas funerarias, o espacios sagrados de los antepasados en el caso de estructuras formadas por piedras dispuestas en vertical: círculos y alineamientos.

Por otro lado, la articulación ordenada, bajo determinados parámetros selectivos para la elección del emplazamiento, de varias construcciones o tipos de arquitecturas supondría la existencia de estrategias planificadas de una ordenación territorial. En el caso de las arquitecturas funerarias las agrupaciones de tumbas megalíticas definen necrópolis de distinto signo, en algunos casos con conexiones visuales y espaciales entre sí y con los asentamientos, localizándose a veces concentradas dentro del poblado o en sus cercanías, caso de Los Millares (Chapman, 1981, 1991; Molina et al., 2004; Molina y Cámara Serrano, 2008; Cámara Serrano et al., 2010). En otras ocasiones, se ha constatado que la organización territorial de las tumbas megalíticas pudo estar relacionada con las vías de comunicación o rutas de paso, como se ha propuesto en el estudio espacial de las vías pecuarias y los megalitos de Almadén de la Plata en Sierra Morena (Weathley et al., 2010).

Del mismo modo, otros investigadores han destacado que la articulación y agrupación de las tumbas en necrópolis en espacios concretos obedece a una estrategia de formación de paisajes rituales de gran presencia territorial, como se ha propuesto para los grandes monumentos del valle de Brú na Bóinne, construidos en largos y continuados periodos de tiempo, ocupando un lugar central de complejos centros ceremoniales (Cooney, 2000; Scarre, 2007a).

Delimitación de “territorios megalíticos”

La identificación de modelos arquitectónicos con planteamientos conceptuales, intencionalidades, formas y técnicas constructivas con esquemas similares y patrones recurrentes en determinados ámbitos geográficos, pueden ayudar a discriminar áreas territoriales pertenecientes a grupos sociales que podían compartir incluso determinados aspectos identitarios. Así, el estudio asociado de los patrones de distribución y de las arquitecturas puede permitir definir “territorios megalíticos” de grupos sociales con identidades técnicas y culturales semejantes, como se ha propuesto para diversas comunidades del sureste de la Península Ibérica, caso de Los Millares y los grupos de Tabernas y Gor-Gorafe, proponiéndose que los monumentos se emplazaron en sitios que reforzaron las delimitación de las fronteras territoriales y las vías de desplazamiento de las comunidades del Neolítico Final y Edad del Cobre (Cámara Serrano, 2001; Cámara Serrano y Molina, 2004; Cámara Serrano et al., 2010; Afonso et al., 2010).

BLOQUE III

OBJETO DE ESTUDIO:
LOS MEGALITISMOS DEL SUR
DE LA PENÍNSULA IBÉRICA

CAPÍTULO 5

LOS MEGALITISMOS DEL SUR **EN EL CONTEXTO DE LA PENÍNSULA IBÉRICA.** **FORMAS ARQUITECTÓNICAS** **Y SECUENCIAS REGIONALES**

5.1. ELEMENTOS GENERALES DE LA PENÍNSULA IBÉRICA

El conjunto de las investigaciones ha puesto de manifiesto tres elementos básicos que caracterizan el megalitismo de la Península Ibérica: el marcado polimorfismo de las arquitecturas, la diversidad territorial de las construcciones y el desarrollo temporal arrítmico en las diferentes secuencias diacrónicas regionales. Con esto, de igual modo que se ha evidenciado y propuesto en gran parte de los ámbitos geográficos de Europa occidental, en el territorio peninsular existe una gran variedad de megalitismos que se presentan en una compleja y larga secuencia diacrónica desde el Neolítico Medio hasta fines de la Edad del Cobre e inicios de la Edad del Bronce, que en términos cronológicos abarca desde mediados del V milenio hasta principios del II milenio ANE.

El polimorfismo arquitectónico se manifiesta por la existencia de una enorme variabilidad de edificaciones proto-megalíticas y megalíticas erigidas mediante diversas técnicas constructivas, siendo en este sentido una de las áreas más destacadas de Europa occidental. Ello ha sido observado, caracterizado e interpretado de diversas maneras. Para algunos investigadores, este polimorfismo se plasma en la diversidad de estructuras constructivas, contextos culturales y evoluciones cronológicas de cada territorio (Ferrer Palma, 1982: 122; Jorge, 1986, 1987; Arribas y Molina, 1984; Muñoz Amilibia, 2001: 189; Delibes y Rojo, 2002; Fábregas y Vilaseco, 2003, 2006; Aguayo y García Sanjuán, 2006: 456; Cámara Serrano y Molina, 2015: 602, entre otros). Para otros, el polimorfismo de determinadas regiones, caso de la Submeseta Norte, evidencia la existencia de diversos estilos constructivos (Delibes, 2010: 17, 25), así como una monumentalidad funeraria que representa una determinada concepción social y ritual de la muerte, cuyo máximo apogeo aconteció en el IV milenio cal ANE en torno a las tumbas megalíticas (Rojo y Garrido Pena, 2012: 24). Para otros autores, este polimorfismo arquitectónico se caracteriza por una gran variedad de tipos constructivos coetáneos en el tiempo, por la existencia de especializaciones, tradiciones megalíticas e identidades regionales, y por el temprano desarrollo de un arte megalítico asociado fundamentalmente a las representaciones de figuras antropomorfas en diversos soportes (menhires, estelas y estatuas) y relacionado con los rituales mortuorios, que se iniciaría a mediados del V milenio y llegaría hasta inicios del II milenio ANE (Bueno et al., 2007, 2014, 2016a, 2016d). Este polimorfismo se presenta predominantemente en los primeros modelos de monumentos funerarios de fines del V milenio y primera mitad del IV milenio, constatándose una gran variedad de formas arquitectónicas en las tumbas (Laporte y Bueno, 2016: 227).

El estudio del megalitismo peninsular, como en otras áreas de Europa, se ha centrado mayoritariamente en el análisis de los monumentos funerarios, dado que tradicionalmente se ha considerado que el denominador común que define el fenómeno megalítico es el ritual de enterramiento colectivo en construcciones de piedra, dotadas de estructuras de acceso para habilitar la consecución de reiteradas deposiciones funerarias (Arribas y Molina, 1984: 63; Ferrer Palma, 1995: 73-74; Cámara Serrano, 2001: 23; Boaventura, 2009, 2011: 176; Rojo y Garrido

Pena, 2012: 24; Boaventura y Mataloto, 2013; entre otros). El fenómeno del colectivismo funerario en la Península Ibérica se desarrolló en torno a diferentes monumentos megalíticos (dólmenes y sepulcros de falsa cúpula), construcciones subterráneas (hipogeos y fosas) y cuevas naturales (cuevas sepulcrales o cuevas-necrópolis), con una variedad extraordinaria de prácticas y rituales mortuorios desde el Neolítico Medio hasta la Edad del Bronce Antiguo, al igual que aconteció en toda la fachada atlántica y en el Mediterráneo occidental, proponiendo algunos autores su arranque desde inicios del IV milenio ANE, como parece atestiguar en la secuencia diacrónica del centro-sur de Portugal (Boaventura y Mataloto, 2013: 96). Del mismo modo que ocurre en las diferentes arquitecturas y estructuras destinadas a los muertos en los enterramientos colectivos se observan unas prácticas funerarias características de cada ámbito territorial, reforzando el sentido diacrónico arrítmico y asincrónico del megalitismo peninsular. No obstante, es posible encontrar elementos comunes en los depósitos funerarios de las tumbas y estructuras sepulcrales en las diferentes áreas, con patrones recurrentes en las prácticas mortuorias, que revelan esquemas similares en torno a la concepción de la muerte en la Prehistoria Reciente.

La clasificación de las formas de las construcciones funerarias y el establecimiento de las cronologías de construcción, usos y reutilizaciones ha conformado la base documental a partir de las que se han elaborado las secuencias diacrónicas de los modelos arquitectónicos en los diferentes contextos regionales. Este megalitismo funerario peninsular se caracteriza por una gran diversidad de monumentos: construcciones tumulares no megalíticas, “paramegalitos”, dólmenes, sepulcros de falsa cúpula e hipogeos. Una de las funcionalidades principales de estas arquitecturas estuvo asociada al enterramiento de individuos junto a objetos mobiliarios en el espacio interior y a la deposición de ofrendas en distintos sectores (cámaras, corredores, accesos, túmulos), desarrollándose un conjunto de normas, códigos, conductas, cultos y prácticas funerarias que revelan diversas concepciones de la muerte en el Neolítico, Edad del Cobre y Edad del Bronce. Las arquitecturas funerarias se desarrollaron desde las últimas centurias del V milenio hasta fines del III milenio ANE e inicios del II milenio ANE, pudiendo acotarse cada modelo en rangos temporales específicos en su contexto regional. Parte de las formas arquitectónicas primarias de cronologías antiguas, caso de las construcciones tumulares no megalíticas, cistas megalíticas, dólmenes de cámaras sencillas de fines del V milenio y primeras centurias del IV milenio ANE, estuvieron destinadas mayoritariamente a enterramientos únicos o de escaso número de individuos. Por el contrario, otras formas arquitectónicas, caso de los “dólmenes de corredor” y “dólmenes de galería”, con desigual desarrollo diacrónico y territorial desde fines del V e inicios del IV milenio ANE hasta fines del IV milenio, funcionaron predominantemente como sepulturas colectivas, en torno a las que se diversificaron las prácticas funerarias, rituales y votivas. Las arquitecturas semisubterráneas (sepulcros de falsa cúpula) y subterráneas (hipogeos) de la mitad sur peninsular se expandieron a partir del último tercio del IV milenio, prolongándose a lo largo del III milenio ANE. Estas sepulturas colectivas se caracterizan por ser edificadas mediante unas técnicas constructivas diferentes a los anteriores monumentos y por el desarrollo de prácticas funerarias y rituales mortuorios más normativizados socialmente.

No obstante, en las últimas décadas se ha puesto de relieve la relevancia constructiva y paisajística de las arquitecturas de menhires en varios ámbitos regionales. El megalitismo menhérico, engloba a piedras verticales (menhires y estelas), agrupaciones lineales, estructuras circulares y recintos de diversa morfología. Las mayores concentraciones se presentan en las áreas portuguesas del Alentejo y Algarve portugués (Gomes, 1994, 1997a, 1997c, 1997d; Gonçalves, 1999; Oliveira, 1997a; Oliveira y Duarte, 2002; Calado, 1997, 2002, 2004, 2015). En el sur y centro de Portugal se han constatado numerosos menhires “aislados” así como construcciones complejas anteriores a las construcciones dolménicas, destacando los recintos o *cromeleques* en el Alentejo Central, que según las evidencias materiales (cerámicas e industrias líticas) documentadas en estos sitios y su conexión con los asentamientos datan del Neolítico Antiguo y Medio, arrancando en el V milenio ANE (Calado, 2004, 2015). Del mismo modo en Andalucía central y occidental, más recientemente, se han documentado menhires individuales y agrupaciones (alineamientos y círculos o *cromlechs*), así como una gran cantidad de menhires y estelas reutilizadas como soportes estructurales o espaciales en muchos monumentos megalíticos funerarios de diversas formas: dólmenes de cámara alargada, dólmenes de galería y dólmenes de corredor (Gavilán y Vera Rodríguez, 2005; García Sanjuán et al., 2006; Bueno et al., 2007, 2010c; García y Weathley, 2009; Linares Catela, 2010 a; Vera Rodríguez et al., 2010; Bueno et al., 2013a, 2014, 2015a, 2015c). Para algunos autores, dada la reiterada constatación de menhires y estelas reutilizadas en las construcciones dolménicas de Andalucía, debió existir en esta región un megalitismo no funerario o un megalitismo prefunerario previo a las arquitecturas funerarias (Gavilán y Vera, 2005; Linares Catela, 2011a, 2011b; Bueno et al., 2013a: 35-36). Del mismo modo, en Cataluña se ha incrementado en las dos últimas décadas el número de sitios que integran menhires o estelas-menhires en su construcción, formando recintos de menhires complejos (Tarrús y Carreras, 2012) o reutilizándose como elementos constructivos de cámaras funerarias del III milenio ANE, proponiendo un grupo de investigadores el desarrollo de una estatuaría megalítica de grandes proporciones con anterioridad a la construcción de los dólmenes desarrollada en el Neolítico Final (López Melcion et al., 2015), entre fines del IV e inicios del III milenio ANE, que se focalizó fundamentalmente en las comarcas del Vallés y Segre-Solsona (Martínez Rodríguez et al., 2015). Con todo, en el estado actual de conocimiento, debió desarrollarse un megalitismo menhérico en la Península Ibérica con anterioridad y/o de forma paralela a los primeros monumentos funerarios, implantándose en diversas regiones peninsulares al menos desde mediados del V milenio ANE, aunque es probable que existiesen arquitecturas de piedras verticales en la zona sur portuguesa desde el VI milenio ANE como se deduce de las dataciones radiocarbónicas (Bueno et al., 2014: 9-10; Bueno et al., 2015a.: 55; Bueno et al., 2015c: 447; Calado, 2015: 244-245).

El área de distribución de los monumentos megalíticos abarca gran parte de la superficie de la Península Ibérica, constatándose construcciones de distintas formas y cronologías en buena parte del territorio (Figura 5.1). Las áreas en las que no parecen los megalitos son la franja oriental de la Meseta Interior, con grandes zonas sin sitios registrados (Albacete) o donde son conocidos un único lugar aislado (provincias de Cuenca, Ciudad Real y Guadalajara), así como la zona central de levante (comunidad de Valencia y provincia de Tarragona en Cataluña) y zona

En Portugal, la mayor concentración de megalitos se evidencia en provincias del Alto Alentejo (distritos de Évora y Portalegre), Beira Alta (distrito de Viseu), Douro Litoral (distritos de Oporto y Braga), Minho (distrito de Viana do Castelo), Tras-os-Montes y Alto Douro (distrito de Vila Real), así como en la margen occidental de la provincia del Algarve, en el suroeste peninsular. En Galicia los monumentos se diseminan por toda la región, registrándose las agrupaciones más numerosas en la cuenca interior del río Miño (provincia de Ourense), en los valles entre las cuencas fluviales de los ríos Tambre y Ulla y zonas montañosas de las provincias de Pontevedra y Lugo, márgenes costeros de la provincia de La Coruña (Costa Ártabra, Costa de la Muerte y Sierra de Barbanza). Del mismo modo, se ha evidenciado altas concentraciones en otros ámbitos geográficos: a) noreste peninsular, caso de las zona del Prepirinero, Altiplano central y Pirineo catalán y Pirineo aragonés (Huesca) en el noreste; b) en el Pirineo occidental (norte de Navarra y País Vasco) y cornisa Cantábrica (Cantabria y Asturias); c) en la cuenca del Tajo, en la zona central (Toledo), Tajo Internacional (comarca de Valencia de Alcántara en Cáceres y distrito de Castelo Branco de la Beira Baja), y área del Estuario (distritos de Lisboa y Setúbal); d) áreas de Andalucía, donde se desarrollan extensos conjuntos o necrópolis concentradas en ámbitos específicos, caso de la comarca del Andévalo (Huelva), el Aljarafe y Los Alcores (Sevilla), Sierra de Cádiz, Depresión de Antequera (Málaga), Montefrío en la comarca de Loja y depresión de Gor-Gorafe en Guadix (Granada), y cuenca del río Andarax, Sierra de Gádor y Depresión de Vera en Almería.

El conjunto de estas investigaciones ha puesto de relieve que determinadas formas arquitectónicas se circunscriben a ámbitos territoriales concretos, pudiendo asignarse los diferentes modelos constructivos a zonas geográficas relativamente acotadas. Ello, ha llevado a discriminar la existencia de grupos arquitectónicos por grandes áreas geográficas. Tradicionalmente, se ha propuesto la diferenciación de cinco grandes grupos arquitectónicos en la Península Ibérica que se corresponden con grandes regiones: el noroeste (norte de Portugal, Galicia, Asturias, Cantabria, País Vasco), el noreste (Navarra, Aragón y Cataluña), la Meseta Interior (La Rioja, Mesetas Norte y Sur, sobre todo en torno a las cuenca del Duero y Tajo, englobando parte de Extremadura española y portuguesa), el suroeste (Alentejo y Algarve portugués, sur de Extremadura y Andalucía occidental) y sudeste (Andalucía oriental). En todos estos ámbitos, se ha evidenciado la existencia de formas arquitectónicas y técnicas constructivas reiteradas, presumiblemente arraigadas a las identidades culturales de los grupos sociales de cada zona, que pueden representar la existencia de “estilos arquitectónicos” regionales o locales. No obstante, la definición física de los límites territoriales de estos grupos arquitectónicos regionales es imprecisa, dado que entre los diversos territorios se atestiguan fuertes conexiones y relaciones, como testimonian la presencia de monumentos de formas comunes, patrones arquitectónicos compartidos, técnicas constructivas similares, prácticas funerarias análogas, rituales recurrentes y objetos muebles elaborados sobre materias primas endógenas o alóctonas semejantes. La existencia de monumentos y materiales afines entre los territorios limítrofes de los distintos grupos arquitectónicos propuestos tradicionalmente revela la existencia de sólidas interacciones a distintas escalas regionales de la península e incluso extrapeninsulares, acaecidas por las relaciones entre las comunidades por cuestiones diversas (políticas, sociales y

económicas) y la existencia de complejas redes de intercambio de productos a larga distancia. Por citar algunos casos, esto explicaría, la existencia de elementos comunes entre las arquitecturas funerarias de las zonas noreste de Cataluña y sureste de Francia, en las que se presentan los mismos modelos arquitectónicos, destacando los dólmenes de corredor con cámaras cuadrangulares en la zona del Pirineo catalán y en la región de Languedoc, así como los dólmenes de “galería” provistos de un largo corredor y cámara rectangular del tipo Aude en ambas regiones (Joussaume, 1985: 186-187; Guilaine, 2006: 270; Guilaine, 2011: 89). Del mismo modo, ello permite contextualizar mejor la presencia de los dólmenes de corredor largo y cámaras circulares construidos en túmulos circulares mediante elementos concéntricos a ambos lados del río Tajo, evidenciándose en el interior de los espacios sepulcrales de las dos mesetas objetos muebles recurrentes, caso de los ídolos-espátula en hueso del tipo San Martín-El Miradero (Bueno et al., 2016a: 158).

En el estado de conocimiento actual, los polimorfismos regionales se caracterizan por tres variables: 1) por la coexistencia temporal de diversos monumentos en los mismos ámbitos geográficos; 2) por un desarrollo diacrónico arrítmico y disimétrico de los diferentes modelos de arquitecturas en cada ámbito territorial, descartándose completamente las secuencias evolutivas unilineales; 3) por la existencia de “estilos arquitectónicos” locales o regionales definitorios de una tradición constructiva, reconocibles en las formas y en los detalles técnicos de edificación, que pueden remitir a las diferentes identidades socioculturales de las comunidades.

No obstante, a grandes rasgos, desde el punto de vista de las formas arquitectónicas, sería factible realizar un análisis del megalitismo de la Península Ibérica distinguiendo tres grandes sectores territoriales: zona norte, zona central y zona sur. La discriminación de estas tres áreas geográficas podrían corresponderse con tres grandes bloques arquitectónicos de los megalitismos peninsulares: a) los megalitismos del norte, que comprenden los grupos arquitectónicos distribuidos por el cuadrante noreste (Pre y Pirineo catalán y oscense), los Pirineos occidentales, cornisa Cantábrica, Galicia y norte de Portugal; b) los megalitismos del interior, que abarcan la superficie de la Meseta Central Ibérica, incluyendo las zonas españolas (Submeseta Norte, Submeseta Sur y parte de Extremadura) y portuguesas (regiones de las Beiras Bajas y norte de Extremadura); c) los megalitismos del sur, que se circunscriben a las regiones del Estuario del Tajo, Alentejo y el Algarve portugués, así como las regiones del sur de Extremadura y Andalucía en España. Esta separación o división territorial no es rígida, dado que se documentan modelos y formas arquitectónicas compartidas en uno y otros sectores, reflejando las interacciones y conexiones entre las áreas.

Al respecto, se ha destacado el rol territorial de la zona interior de la península, pues la Meseta Central se concibe como un espacio de conexión y comunicación entre los distintos ámbitos territoriales peninsulares, como se deduce de la coexistencia de formas arquitectónicas propias conjuntamente con construcciones que se desarrollaron a ambas márgenes de la cuenca del río

Tajo, caso de túmulos no megalíticos, los dólmenes de corredor y los hipogeos (Bueno et al. 2005a, 2016a).

El hecho de encontrarse elementos comunes en las construcciones en ámbitos territoriales diferenciados puede ser el reflejo de la existencia de interacciones y de un flujo constante de diferentes ideas en torno a la arquitectura monumental en piedra (menhires y tumbas) y otras manifestaciones funerarias subterráneas (hipogeos, cuevas sepulcrales o cuevas-necrópolis y fosas), que girasen en torno a la concepción de la casa de los muertos, la casa de los ancestros y los centros rituales. Estas concepciones debieron transitar por el territorio peninsular durante cerca de tres milenios, desde el Neolítico Antiguo-Medio hasta fines del Edad del Cobre e inicios del Bronce Antiguo, pudiendo desarrollar cada grupo sus propios monumentos, erigidos con un “estilo arquitectónico” en el que se plasmasen las técnicas constructivas y las identidades socio-culturales. En este sentido, la identificación de los planteamientos, procesos de construcción e intencionalidades de los proyectos arquitectónicos en cada monumento y su estudio contextualizado en ámbitos territoriales específicos pueden ayudar a identificar con más certidumbre qué formas y qué técnicas son las que definen a los distintos grupos, así como discriminar los posibles “estilos arquitectónicos” específicos de áreas locales o regionales.

Uno de los testimonios del polimorfismo arquitectónico es la constatación recurrente en determinadas regiones peninsulares de monumentos que cuentan con una larga historia constructiva, sometidos a diversos episodios de construcción, transformación y usos. Estos sitios se caracterizan arqueológicamente por ser el resultado de varios modelos arquitectónicos sintetizados en el mismo monumento y/o emplazamiento, con complejas secuencias estratigráficas y estructurales, formadas por la ejecución de varios proyectos constructivos, en las que se constata la fusión e integración material de elementos de diversos periodos o fases.

Quizás, una de las vías de conocimiento de las formas y de las secuencias diacrónicas sea la exploración, investigación y estudio de estos complejos monumentos en diferentes escalas: a) de manera individualizada, ya que cada sitio adopta una forma particular en función de su propia biografía arquitectónica; b) en un escala de conjunto, si forma parte de un grupo concreto, permitiendo establecer elementos de análisis comparativos; c) en una escala territorial local-regional, al objeto de encontrar patrones y recurrencias entre los modelos arquitectónicos, pudiendo discriminarse grupos o “estilos” regionales. De ello, da cuenta y testimonio varios monumentos de la Península Ibérica, cuya morfología es el resultado acumulativo de varios proyectos arquitectónicos, y que posteriormente destacaremos en el análisis de los megalitismos de la Península Ibérica por sus complejas secuencias arquitectónicas.

5.2. LOS MEGALITISMOS DEL NORTE

5.2.1. FORMAS ARQUITECTÓNICAS Y SECUENCIAS DEL NOROESTE

Este ámbito comprende los monumentos del Norte de Portugal, Galicia, Asturias, Cantabria y País Vasco. La secuencia diacrónica de las formas arquitectónicas se caracterizan por la existencia de un conjunto de monumentos que se construyeron y usaron en unos ámbitos temporales de larga duración, desde mediados del V a inicios del III milenio ANE, atestiguándose además diversos procesos de reutilización en el III milenio ANE. Esta área se caracteriza por un marcado polimorfismo y por la coexistencia diacrónica de las diversas construcciones, como atestigua el solapamiento cronológico entre los modelos arquitectónicos. Las diversas construcciones funerarias pueden ser agrupadas en tres categorías de monumentos, contando cada una de ellas con una secuencia diacrónica de construcción específica:

- 1) Construcciones tumulares no megalíticas (4500/4300-3800/3500 cal ANE).
- 2) Cámaras megalíticas tumulares: cistas megalíticas y “dólmenes sencillos” (4500-3500 cal ANE).
- 3) Dólmenes de corredor largo y cámara poligonal (3900-3600 cal ANE /3600-3000 cal ANE).

5.2.1.1. CONSTRUCCIONES TUMULARES NO MEGALÍTICAS (4500/4300-3800/3500 CAL ANE)

Se trata de túmulos circulares y elipsoidales sin estructuras megalíticas internas, destacando por una enorme diversidad estructural y cronológica. Estas estructuras son comunes y abundantes en el norte de Portugal y Galicia, presentándose igualmente a lo largo de la cornisa Cantábrica (Asturias y Cantabria). En el cuadrante noroeste aparecen entre mediados y el último tercio del V milenio cal ANE, en torno al 4300 cal ANE, produciéndose una expansión entre el 4000-3900 cal ANE, momento en el que se evidencia una cierta homogeneidad de las prácticas funerarias (Cruz, 1995; Monge Soares, 1999; Arias et al., 2005, Arias, 2007; Fábregas y Vilaseco, 2003, 2006). Su reutilización como estructuras funerarias se prolonga en diversas áreas de la cornisa Cantábrica y Galicia hasta la Edad del Bronce, generando transformaciones constructivas y remodelaciones espaciales que reforzaron la monumentalización de estos sitios (Fábregas y Vilaseco, 2013, 2016).

En el Norte de Portugal y Galicia prevalecen los túmulos contruidos con tierra y posible coraza pétreo de morfologías circulares o elipsoidales de pequeño tamaño y escasa altura, de en torno a 12-15 m de diámetro por 1-1,5 m de altura y que en su interior contienen diversas estructuras funerarias destinadas a enterramientos individuales. Predominan dos tipos de construcciones: 1)

fosas internas rodeadas de piedras con laja de cubrición (Cotogrande 1, Châ de Santihnos 2, Pena Mosqueira); 2) fosas delimitadas por estructuras de madera (Ponte da Pedra), algunas de ellas quemadas previamente a su sellamiento por la masa tumular (Illade 0), pudiendo además presentar estelas en la cima de los túmulos (Jorge, 1986, 1987; Criado y Fábregas, 1989; Cruz, 1995; Vaquero Lastres, 1999; Fábregas y Vilaseco, 2006; Rodríguez Casal, 2010).

En Asturias, Cantabria y País Vasco estas construcciones tumulares estaban organizadas en necrópolis compuestas por túmulos con fosas internas o pequeñas estructuras de piedra (Silvota de Bobes I, Peña Oviedo, Cotobasero 2, Larrarte, Trikuaizti) (Blas Cortina, 1997; Arias et al., 2005). Destacan los túmulos circulares asturianos (Monte Areo V, Monte Areo XII, Sierra Plana de la Borbolla 24, La Llaguna A, La Llaguna D y La Xorenga), que alcanzaron hasta 20 m de diámetro y 1,50 m de altura, conteniendo en su interior estructuras formadas por muretes circulares de pequeñas piedras con postes centrales de madera y pequeños bloques de piedras destinados al enterramiento de individuos y deposición de ofrendas mortuorias (Figura. 5.2). En el túmulo D de la necrópolis de la Llaguna de Niévares, se constató la presencia de una pseudocámara en forma de “U” compuesta por cuatro lajas de pequeño tamaño, datada en el 3990-3800 cal ANE 2σ (Blas Cortina, 2006: 244-245). En su conjunto, estos túmulos funerarios fueron contruidos y usados entre el 4300-3800 cal ANE (Blas Cortina, 2006: 252).

Fuera de este ámbito, este tipo de construcciones se ha documentado en áreas locales de la Meseta Interior, caso del túmulo de El Castillejo, en el valle de las Higueras (Huecas, Toledo) (Bueno et al., 1999a).

5.2.1.2. CÁMARAS MEGALÍTICAS TUMULARES (4500-3500 CAL ANE)

Las pequeñas cámaras ortostáticas cuentan con el mismo desarrollo temporal que las construcciones tumulares no megalíticas, apareciendo a mediados del V milenio cal ANE y prolongándose su construcción hasta mediados del IV milenio cal ANE. En función de la morfología interna de las estructuras pétreas y, sobre todo, por su accesibilidad se han distinguido dos grandes modelos: cistas megalíticas, permaneciendo generalmente cerradas tras la deposición funeraria, y dólmenes de cámaras sencillas provistas de diferentes dispositivos de accesos a su interior.

5.2.1.2.1. Cistas megalíticas (4500-3500 cal ANE)

Se presentan fundamentalmente en la cornisa Cantábrica, y son similares a otras construcciones documentadas en Cataluña, la Meseta Norte (El Valle) y norte de Portugal (Antela de Portelagem). Se caracterizan por ser construcciones rectangulares pequeñas, contenidas dentro

de túmulos de tendencia circular, que se cierran en su parte superior por una losa de cubierta. Se corresponden generalmente con enterramientos individuales, destinadas a un único episodio de deposición funeraria. Sin embargo, se han constatado construcciones destinadas a múltiples inhumaciones, caso del túmulo de Monte Areo VI (Asturias), que presenta una cámara ortostática a modo de cofre, formada por una laja a cada lado, con otro más de cubrición, dentro de un túmulo delimitado por un anillo de bloques de piedra de 20 m de diámetro y 2 m de altura. Cuenta con una fecha de la primera mitad del V milenio, entre el 4900-4600 cal ANE 2σ (Figura 5.2) (Blas Cortina, 2006: 241).

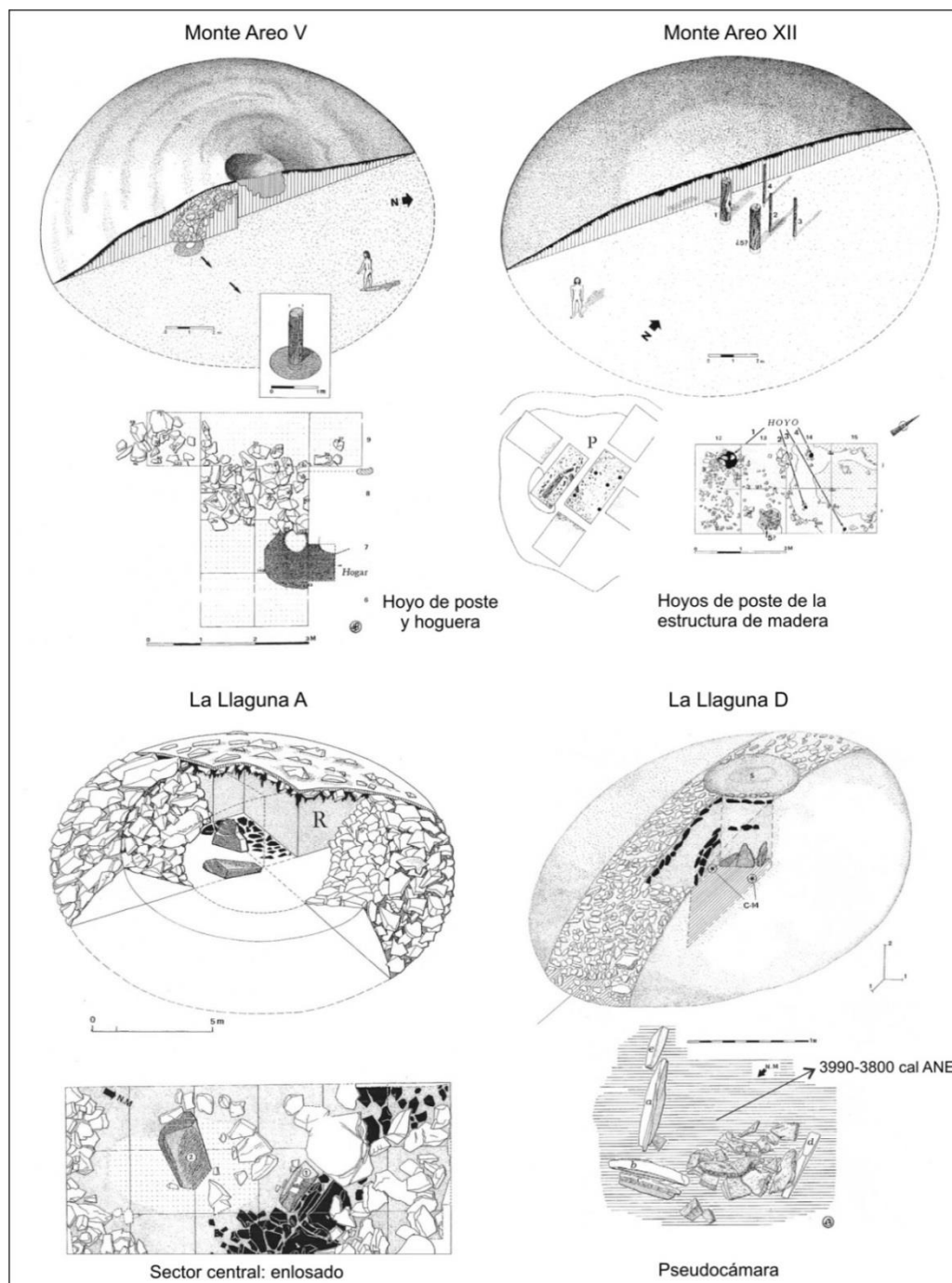


Figura 5.2. Túmulos no megalíticos de Asturias, 4300-3800 cal ANE (a partir de Blas Cortina, 2006, figuras 6, 8, 10 y 11).

5.2.1.2.2. Dólmenes sencillos (4500-3500 cal ANE)

Los dólmenes sencillos son estructuras formadas por ortostatos que forman cámaras cuadrangulares, rectangulares, circulares u ovaladas de pequeño tamaño, con un sistema de cubrición adintelado de una o varias losas, contenidas dentro de túmulos circulares compuestos de piedras y/o tierra. Esta forma arquitectónica se distribuye por diversas áreas del noroeste peninsular y la cornisa Cantábrica, guardando similitudes con otras formas del noreste, mesetas centrales e incluso con las construcciones ortostáticas iniciales de la zona sur.

En Galicia destacan las construcciones tumulares con cámaras sencillas presentes en túmulos de pequeño diámetro y escasa altura, contruidos en tierra y con coraza pétrea. Estas construcciones aparentemente simples se presentan en un único estado constructivo, caso del conocido sitio de Chão da Cruz (Rodríguez Casal, 1990, 2010), o formando parte de una etapa de monumentos tumulares más complejos, como consecuencia de la ejecución de sucesivos proyectos en el mismo emplazamiento, como se ha documentado en Dombate I, Forno dos Mouros 5 y Monte de A Romea 1, siendo contruidos en sitios de ocupación previa, como se ha constatado en Chousa Nova 1.

En el túmulo de Forno dos Mouros 5 (Ortigueira, A Coruña) se identificaron hasta cinco fases de construcción que transformaron reiteradamente el espacio arquitectónico (Figura 5.3, A). En la etapa más antigua (fase 1), de mediados del V milenio (4552-4351 cal ANE 2σ), el monumento se componía de una cámara poligonal exenta circular con corredor incipiente, de 1,60 por 1,30 m, formada por siete ortostatos y una losa de cubrición, y suelo interior enlosado y corredor de bloques de cuarzo orientado al sureste, donde se desarrollaba un acceso intratumular. Esta cámara fue posteriormente recubierta de forma parcial en la fase 2, por la ejecución de un túmulo delimitado por un anillo lítico, siendo interpretado como una práctica de condenación intencional del monumento en un episodio entre el 4410-4306 cal ANE 2σ . El segundo túmulo se construyó de forma adosada y yuxtapuesta al monumento pretérito (fase 4), estando precedidas según su investigadora de una fase previa de erección de una cámara ortostática poligonal de siete piedras con corredor o acceso intratumular (fase 3), que se llevaría a cabo probablemente a mediados del IV milenio. La datación de una muestra de la base del corredor fija una etapa de la vida de uso de esta cámara ente el 3103-2899 cal ANE 2σ , correspondiéndose con el cierre del acceso al monumento. Este monumento fue retumulado integralmente (fase 5), recubriéndose completamente la primera cámara ortostática en un momento indeterminado del III milenio. Para finalizar, el espacio fue reutilizado o alterado en la Edad del Bronce Antiguo (fase 6), como evidencia una datación de la coraza tumular, situada entre el 1982-1857 cal ANE 2σ , momento en que el monumento ya estaba parcialmente desmantelado (Mañana Borrazás, 2005: 50-61, 66-72).

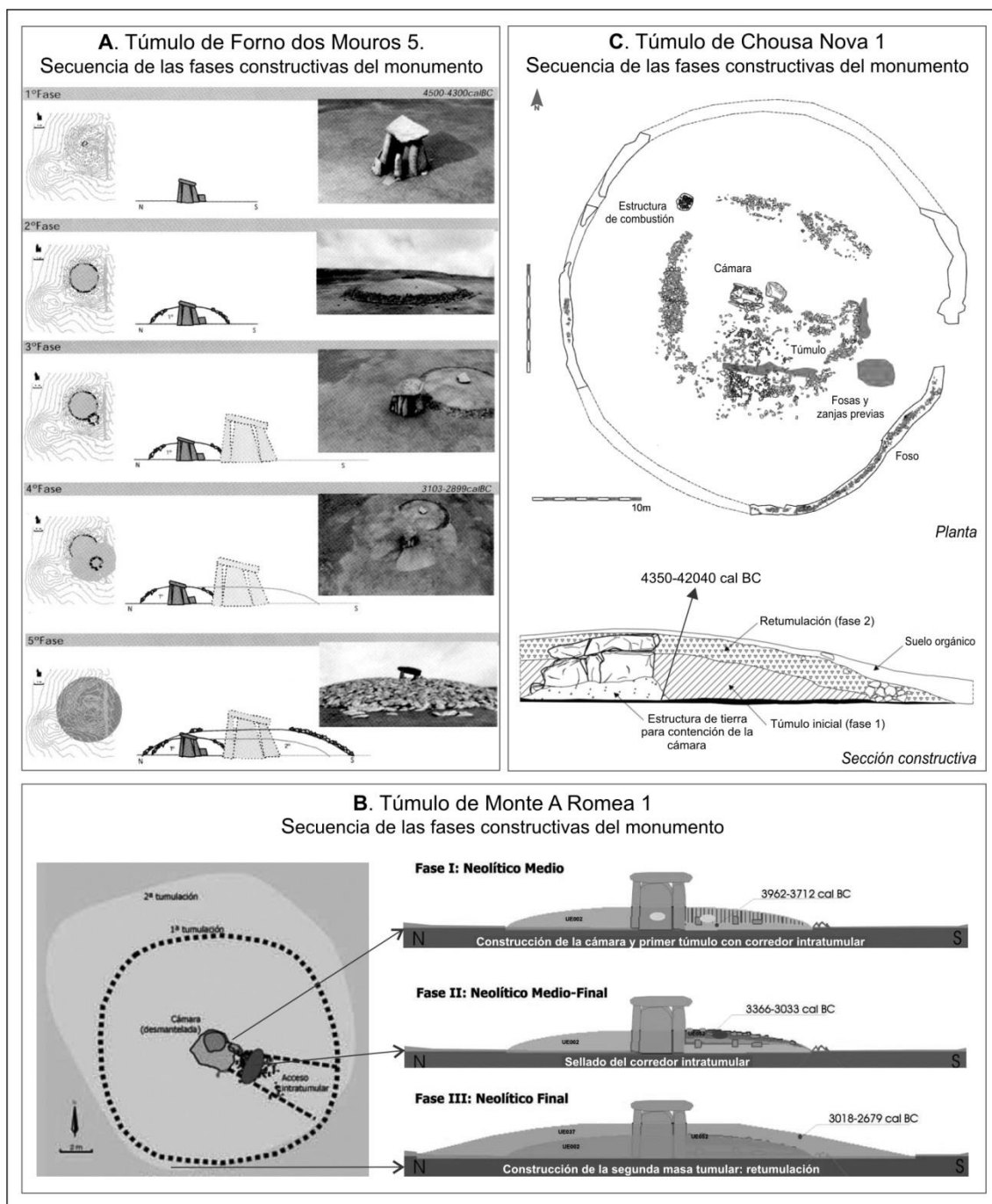


Figura 5.3. Túmulos con cámaras megalíticas en monumentos de múltiples proyectos arquitectónicos: Forno dos Mouros 5, Monte A Romea 1 y Chousa Nova 1 (a partir de Mañana Borrazás, 2005, figura 19; Mañana Borrazás y Prieto Martínez, 2010, figuras 5, 6 y 7; Fábregas y Vilaseco, 2013, figura 4B; Bóveda y Vilaseco, 2015, figura 1).

En el túmulo de Monte de A Romea 1 (Lalín, Pontevedra), se registraron tres fases constructivas, confirmando las dataciones radiocarbónicas la larga vida del monumento (Figura 5.3, B). En su estado inicial (Fase 1: Neolítico Medio), se conforma como una construcción tumular de tierra de 15 m de diámetro con cámara megalítica de 2 m de diámetro en su interior, abierta hacia el sureste con sistema de acceso intratumular, erigida a inicios del IV milenio, entre el 3962-3712 cal ANE 2σ . Sobre este monumento se realizaron dos transformaciones constructivas: a) Fase 2,

Neolítico Medio-Final, de sellado del corredor intratumular, entre el 3366-3033 cal ANE 2σ ; b) Fase 3, Neolítico Final, de construcción de la segunda masa tumular o retomulación del monumento, ente el 3018-2679 cal ANE 2σ . Posteriormente, se llevó a cabo la reutilización del espacio arquitectónico en el Bronce Antiguo y Bronce Final con fines votivos, como se deduce de las deposiciones de materiales sobre y en la periferia del túmulo (Mañana Borrazás, 2003b; Mañana Borrazás y Prieto Martínez, 2010: 52-59).

En el monumento de Chousa Nova 1 (Silleda, Pontevedra) se ha documentado la existencia de dos fases constructivas o proyectos arquitectónicos (Figura 5.3, C): a) fase 1, en la que se construyó una cámara rectangular cistoide, abierta y contenida dentro de un túmulo circular de 19 m de diámetro y 1,5 m de altura, construido con varios tipos de tierra, circundado por un foso de 34 m de diámetro abierto al sur-sureste, cuya cronología *post quem* de construcción lo fecha en el 4350-4240 cal ANE 2σ ; b) fase 2, en la que se realizó la retomulación y el sellamiento intencional del monumento con una tierra de color amarillenta tras el derrumbe de las losas de cubierta en el interior, como consecuencia de un colapso estructural. El monumento se construyó sobre un sitio de ocupación previa, como revela la presencia de estructuras bajo el túmulo: zanjas, fosas y una estructura de combustión (Fábregas y Vilaseco, 2013: 508-509; Bóveda y Vilaseco, 2015: 568-569; Fábregas y Vilaseco, 2016:104).

Del mismo modo, en el Norte de Portugal, predominan las cámaras ortostáticas, pudiendo distinguirse dos formas básicas: dólmenes cerrados, muy comunes en la sierra de Aboboreira (monumentos de Outeriro de Ante, Mina de Simante), y dólmenes abiertos dotados de vestíbulos intratumulares que definen sus accesos al interior (sitios de Carapito I, Outeiro de Gregos 2 y 3, Châ de Parada 4, Châ de Santihnos 1). Ambas construcciones se inscriben dentro de túmulos circulares de entre 6-30 m de diámetros, conocido de igual forma que en Galicia como “mamoas” por su característica volumetría y perfil. Estas tumbas, de notorio polimorfismo, se organizaban espacialmente en necrópolis de gran extensión territorial (Jorge, 1986, 1987).

En Asturias y Cantabria las cámaras megalíticas son de planta rectangular, trapezoidal o poligonal de pequeño tamaño, cubiertas bajo túmulo, caso del túmulo de Monte Areo XV, formada por una estructura ortostática provista de pórtico de acceso, datada en el primer tercio del IV milenio cal ANE (Blas Cortina, 1997). En el País Vasco las construcciones tumulares de cámara sencilla se concentran en las sierras de Aralar, Altzania, Aitzkorri, Urbasa y Entzi, donde se presentan construcciones funerarias definidas por pequeñas cámaras ortostáticas, de tendencia rectangular, enmarcadas dentro de una estructura tumular formada por bloques, lajas de piedra y tierra, de las que se han obtenido dataciones radiocarbónicas que se concentran en la primera mitad del IV milenio cal ANE, caso de los dólmenes de Larrarte, Mandubi Zelaia, Trikuazti I, Hirumugarrieta 2, Boheriza 2, La Cabaña 2, Otsaarte, San Martín, entre otros, documentándose del mismo modo en la mayoría de estas construcciones diverso procesos de reutilización funerarios en el III milenio ANE (Mujika Alutiza, 2009: 27; Fernández Eraso et al.,

2010: 258-259). Estas cámaras pueden contener ortostatos con grabados y estelas, como se ha evidenciado en el dolmen de Katillotxu V (López Quintana, 2009).

5.2.1.3. DÓLMENES DE CORREDOR CON CÁMARA POLIGONAL (3900-3000 CAL ANE)

Los dólmenes de corredor aparecen en Galicia y norte de Portugal en el primer tercio del IV milenio cal ANE, siendo construidos en los dos tercios restantes del IV milenio y reutilizados en diversos periodos del III milenio ANE. En Galicia son numerosos en las comarcas de Barbanza y Miño litoral, existiendo una diversidad morfológica y geográfica contrastada (Ramil Rego, 1996; Fábregas y Vilaseco, 2006; Rodríguez Casal, 2010; Fábregas y Vilaseco, 2016). La forma arquitectónica más dominante es la definida por un monumento funerario ortostático construido en el interior de un túmulo circular de tierra y coraza pétrea de dimensiones variables. La estructura interna se compone por un corredor corto cubierto de perfil bajo y una cámara poligonal formada por siete ortostatos de mayor altura, que era cubierta por una gran losa. La mayoría de las cámaras son de formas poligonales, estando compuestas por siete ortostatos, caso de los monumentos de las áreas de Costa da Morte (Dombate Antigo, Casa dos Mouros, Pedra Cuberta y Mina de Parxubeira), Barbanza (Argalo, Axeitos, Arca do Barbanza y Casota do Páramo) y de las zonas interiores (Forno dos Mouros y Anta dos Muiños). Aunque, existen variedades locales en cuanto al diseño y composición de ortostatos, caso de los monumentos de la comarca de la Costa de la Muerte, donde hay dólmenes de corredor formados por cinco soportes (Arca da Piosa) o seis ortostatos (Pedra Moura), construidos en la misma cronología que los dólmenes con cámaras de siete ortostatos (Fábregas y Vilaseco, 2016: 105-106) (Figura 5.4.). Estas construcciones suelen estar dotados de un acceso intratumular o atrio en donde es recurrente la presencia de ídolos de piedra antropomorfos (cantos, betilos o estelas) y deposiciones de materiales asociados a los rituales funerarios, caso del monumento de Dombate (Bello Diéguez, 1992-1993) y Mina de Parxubeira (Rodríguez Casal, 1990, 2010). Muchos de los soportes pétreos del interior fueron decorados mediante grabados y pinturas rojas y negras sobre revoco blanco, con predominio de motivos geométricos y algunos elementos antropomorfos (Carrera, 2006, 2011).

Para determinar las temporalidades de construcción y uso de los dólmenes de corredor gallegos se cuenta con series de dataciones radiocarbónicas de varios monumentos. Por una lado, se han datado varios monumentos que cuentan con una amplia secuencia estratigráfica en los que se han documentado varias fases constructivas, caso del dolmen de Dombate (Alonso y Bello Diéguez, 1997) y del túmulo de Forno dos Mouros 5 (Mañana Borrazás, 2005). Por otro lado, se ha realizado un extenso programa de dataciones directas de pigmentos de los ortostatos de las cámaras de ocho monumentos de las provincias gallegas de La Coruña y Pontevedra (Steelman et al. 2005; Carrera y Fábregas, 2006; Carrera, 2011).

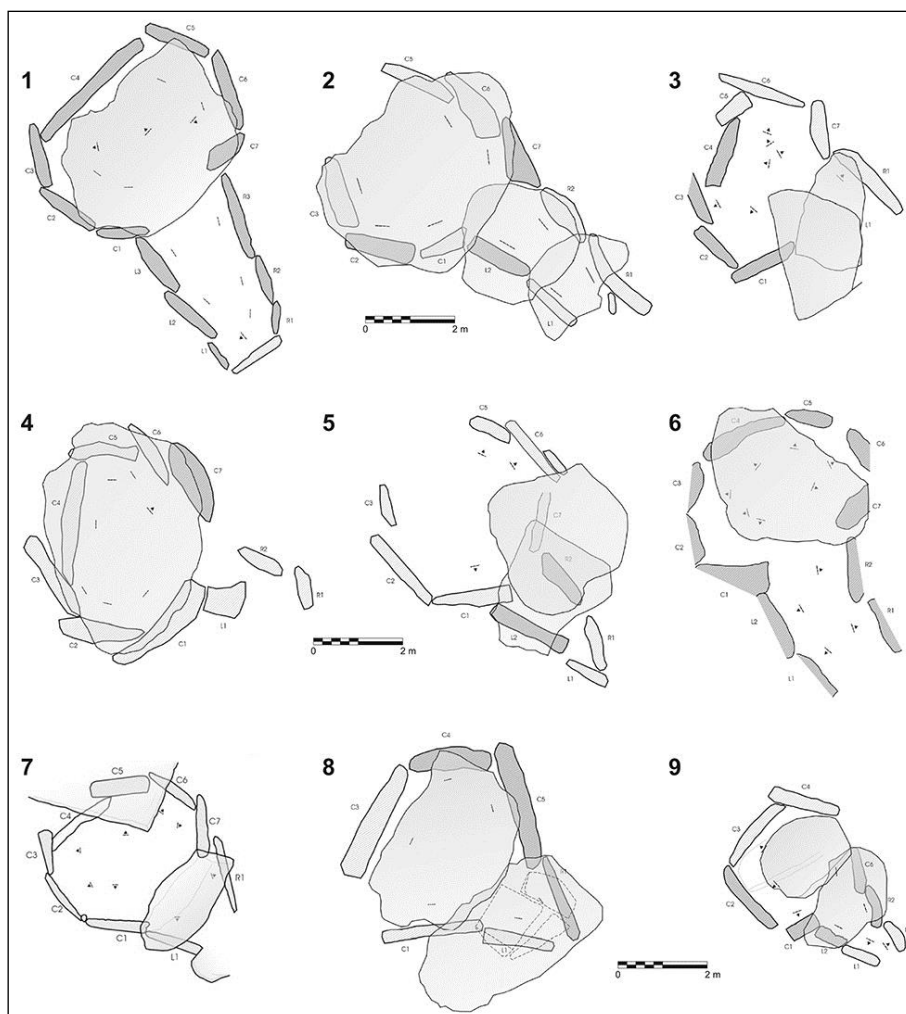


Figura 5.4. Dólmenes de corredor con cámaras poligonales del área de Galicia: 1, Dombate; 2, Casa dos Mouros; 3, Casota do Páramo; 4, Axeitos; 5, Arca de Barbanza; 6, Forno dos Mouros; 7, Anta dos Muíños; 8, Arca da Piosa, 9, Pedra da Moura (Fábregas y Vilaseco, 2016, figura 10.4).

La compleja secuencia constructiva y diacrónica del monumento de Dombate (Cabana de Bergantiños, A Coruña) muestra que es un monumento funerario en el que pueden distinguirse cinco fases (Figura 5.5, A). La fase 1 (Dombate Antiguo), se define por la construcción de dolmen con cámara simple (de 3,40 por 1,90 m), inserto en un túmulo circular de tierra con coraza pétrea de 10,5 m de diámetro, que debe ser anterior al 3800 cal ANE, siendo integrado posteriormente en el nuevo túmulo del siguiente proyecto arquitectónico. La fase 2 (Dombate Reciente), marca la construcción del dolmen de corredor corto con cámara poligonal de siete ortostatos, con atrio externo, construido en un túmulo de tierra con coraza pétrea de cubrición, de 24 m de diámetro, que fue erigido entre el 3800-3660 cal ANE, como atestiguan las dos dataciones obtenidas de esta etapa: 3789-3637 cal ANE 2σ y 3940-3630 cal ANE 2σ . La fase 3 (3100-3030 cal ANE), se corresponde con la formación de un atrio de lajas de piedras con disposición de los “ídolos” en el frontal de acceso. La fase 4, supone la clausura y cierre del corredor, con una datación del 2817-2691 cal ANE 2σ . Finalmente, la fase 5 se asocia a un episodio de reutilización funeraria, con materiales campaniformes, datada en el 2589-2469 cal ANE 2σ (Bello Diéguez, 1992-1993; Alonso y Bello, 1997; Lestón, 2011).

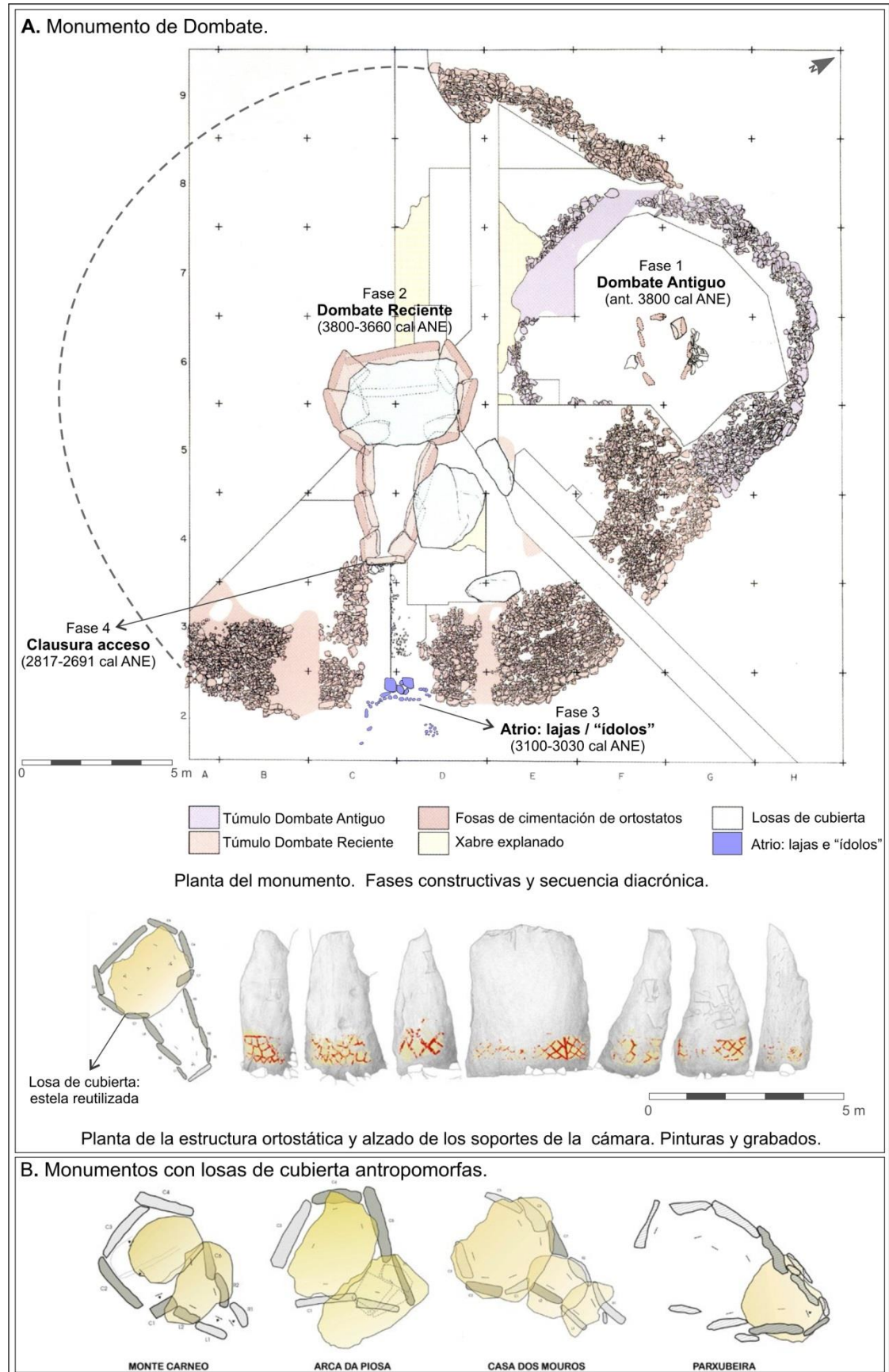


Figura 5.5. Fases del Monumento de Dombate y dólmenes de corredor con losas de cubierta antropomorfas de Galicia. A. Monumento de Dombate; B. Monumentos con losas de cubiertas antropomorfas (a partir de Bello Diéguez, 1992-1993, figura 1; Lestón, 2011, p. 177; Bueno et al. 2016c, figuras 4 y 6).

Más recientemente, se han identificado, en el espacio externo del monumento, un conjunto de estructuras de dos etapas: 1) dos fosas y cuatro hogueras, asociadas a contextos habitacionales, y dos zanjas longitudinales de drenaje del monumento, que se correlacionan con las diversas etapas de uso del dolmen de corredor 8 (fases 2-3); 2) una zanja perimetral circundante al monumento, realizada con posterioridad a la clausura del monumento (fase 4), cuya función se interpreta como el establecimiento de una delimitación simbólica del espacio, debiendo ser paralela o posterior en el tiempo a la fase 5 (Lestón, 2011: 221).

En la ejecución del dolmen de corredor del proyecto de la fase 2 se ha destacado que la mayoría de los soportes verticales de las paredes y la losa de cubierta tienen unas morfologías antropomorfas (Lestón, 2011: 222; Bueno et al., 2016a: 6). Así, en la mayor parte de los ortostatos, en especial losa de cabecera, se ha evidenciado que los soportes presentan una forma que insinúa el contorno de la cabeza, hombros y cintura, presentando el motivo grabado de *"The Thing"*. Estos soportes fueron tratados con pigmentos rojos, blancos y negros, creando un programa gráfico integral en la cámara con predominio de los motivos geométricos (Carrera, 2011: 431). La losa de cubierta se corresponde con una estela antropomorfa reutilizada como elemento de cubrición de la cámara. Estas evidencias abren la posibilidad a interpretar que la construcción de este monumento se efectuó sobre el viejo túmulo abandonado (Dombate 1), reutilizándose los soportes (ortostatos y estelas) del dolmen anterior para la erección del nuevo monumento, siendo refacturados morfológicamente y tratados mediante pinturas y grabados. Esta práctica de reutilización de soportes y estelas antropomorfas de antiguas construcciones para la creación de nuevos monumentos debió ser extensiva en el ámbito regional de Galicia. Así, la presencia de losas de cubierta antropomorfas en varios monumentos (Monte Carneio, Arca da Piosa, Casa dos Mouros, Parxubieria, Pedra Coberta, Monte dos Marxos, Os Muiños y Anta do Serrano; Figura 5.5, B) abre la posibilidad de explorar esta hipótesis (Bueno et al., 2016c: 6-10).

Otra forma de determinar la temporalidad de construcción de estas arquitecturas funerarias ha sido mediante la realización de dataciones radiocarbónicas de los restos de carbones contenidos en las pinturas de los dólmenes de corredor, dado que se concibe que la decoración pictórica de los ortostatos fuese paralela a la erección y primer uso de estos monumentos. Los resultados de las dataciones han proporcionado para algunos sitios (Pedra da Moura, Casota do Paramo, Pedra Cuberta, Mamoa de Monte dos Marxos, Forno do Mouros, Anta de Serramo) unos resultados cronológicos homogéneos y coherentes, agrupándose en el primera mitad IV milenio, fundamentalmente entre el 3900-3600 cal ANE (Steelman et al., 2005; Carrera y Fábregas, 2006; Carrera, 2011). Con esto, se plantea que es en el primer tercio del IV milenio ANE cuando se origina la forma arquitectónica de dolmen de corredor, al que se asocia un notable desarrollo de arte parietal. Este modelo de monumento coexistió en estos primeros momentos con otras arquitecturas funerarias: dólmenes de cámaras simples y construcciones tumulares. Desde el

3600 cal ANE el dolmen de corredor se constituyó en el monumento funerario exclusivo en Galicia, que se prolonga hasta el primer tercio del III milenio (Alonso y Bello Diéguez, 1997: 514). En el norte de Portugal, las mayores concentraciones de dólmenes de corredor se presentan en las regiones de la Beira Alta (Viseu y Guarda), Beira Litoral (Aveiro, Coimbra y Leiria), donde también existe un notorio desarrollo de motivos pintados (pinturas rojas y negras). En este ámbito geográfico predominan dos formas arquitectónicas básicas: a) el dolmen de corredor con cámara poligonal (generalmente de siete ortostatos) inserto en un túmulo circular, con dispositivos constructivos en los atrios para el desarrollo de los rituales, de características constructivas y dimensiones semejantes a los dólmenes de Galicia, caso de Chã das Arcas o Chã de Parada 1 (Jorge, 1987: 117 y 119); b) dólmenes más alargados, formados por una cámara menos marcada y un corredor más desarrollado longitudinalmente y de progresivo estrechamiento hacia el acceso, cuyas paredes se caracterizan por sus fábricas ortostáticas solapadas, estando insertos en túmulos consistentes de corazas pétreas más prominentes en tamaño, caso los monumentos de Barrosa (Minho litoral) o Santa Marta (Douro litoral) (Jorge, 1987: 117 y 119), o los grupos del distrito de Viseu en la Beira Alta: necrópolis de Areita (Gomes et al., 1998) y necrópolis de Senhora do Monte (Carvalho, 2012). En el interior de las cámaras, generalmente en la mitad sur, se pueden presentar estructuras rectangulares de lajas que compartimentaban el espacio sepulcral, como se evidenció en el dolmen de Areitas 1, que fue interpretada como un receptáculo destinado a las ofrendas y deposición funeraria de cuerpos/huesos (Gomes et al., 1998; Carvalho, 2012: 23). Estos monumentos se construyeron en el primer y segundo cuarto del IV milenio cal ANE, como atestiguan los resultados de las dataciones de las dataciones de los momentos de construcción y primer uso de los dólmenes de Chã de Parada 1 (3700-3510, 3550-3300 cal ANE), Chã de Parada 3 (4050-3600 cal ANE) y Antelas (3980-3700 cal ANE), siendo testimonio de periodos temporales muy cortos. No obstante, en otros sepulcros se ha constatado un uso prolongado durante todo el IV milenio, e incluso la existencia de continuos episodios de reutilización funeraria en el III milenio ANE. En este sentido, destaca el caso del dolmen de Antelas (Viseu), dando como resultado las dataciones efectuadas sobre los soportes decorados con pinturas rojas y negras unas fechas que oscilan del 3625 al 3140 cal ANE (Cruz, 1995).

5.2.2. FORMAS ARQUITECTÓNICAS Y SECUENCIAS DEL NORESTE

Este ámbito comprende los monumentos de Cataluña, pirineo oscense, comarcas pirenaicas navarras y cuenca media del Ebro. Del mismo modo que en el cuadrante noroeste los monumentos de estas zonas se organizan en una secuencia diacrónica de larga duración temporal, desde mediados del V a fines del IV milenio ANE, registrándose a lo largo del III milenio ANE la reutilización de los espacios funerarios de los dólmenes.

5.2.2.1. CATALUÑA

El megalitismo de Cataluña presenta conexiones geográficas y similitudes morfológicas con las arquitecturas del sudeste de Francia, especialmente con las áreas pirenaicas de Rosellón, Corbières, Ariège y Aude (Joussaume, 1985: 186-187; Tarrús et al., 1987, 2010; Guilaine, 2006). Se concentran al norte del río Llobregat, en las comarcas del Alto Ampurdán, Prepirineo, Pirineo y altiplano central. En esta área se presentan mayoritariamente construcciones megalíticas funerarias. Las principales formas arquitectónicas se desarrollaron en la siguiente secuencia diacrónica:

- 1) Construcciones tumulares no megalíticas (4500/4300-3800 cal ANE).
- 2) Dólmenes de corredor corto con cámara trapezoidal o circular (4000-3050 cal ANE).
- 3) Dólmenes de “galería catalanes” (3500-2500 ANE).
- 4) Dólmenes de cámara simple (2500-2000 ANE).

5.2.2.1.1. Construcciones tumulares no megalíticas (4500/4300-3800 cal ANE)

Las cistas megalíticas tumulares se presentan como construcciones rectangulares pequeñas contenidas dentro de túmulos de tendencia circular, que se cierran en su parte superior por una losa de cubierta (Figura 5.6, A). En Cataluña estas construcciones se denominan como túmulos de tipo Taverdet, estando destinadas predominantemente a enterramientos individuales. Algunos autores han considerado que esta forma arquitectónica define una fase premegalítica o protomegalítica, a tenor de las características constructivas, desarrollándose en una cronología, según las dataciones radiocarbónicas, de la primera mitad del V milenio cal ANE. Se distribuyen y organizan en necrópolis en las áreas del Pre y Pirineo catalán. Estas tumbas se caracterizan por presentar dos elementos estructurales diferenciados, siendo construidas las “cámaras” en el centro de “túmulos complejos”. Las cámaras o cistas son de pequeño tamaño y de planta cuadrangular (Font de la Vena, Collet de Rajols) o rectangular (Padró II y III), oscilando de 1,40 - 1,85 m de longitud, 5-1,7 m de anchura, y entre 0,5-1,25 m de altura. Están formadas por cuatro losas subrectangulares de materiales calcáreos. Los túmulos son circulares, comprendiendo unas dimensiones variables de entre los 11-22 m de diámetro y una altura de hasta 2 m. Están formados por un relleno de tierra y se delimitan al exterior por potentes anillos de piedra seca yuxtapuesta, que fluctúan de los 0,7 a 2,5 m de anchura en los monumentos de mayor tamaño, que pueden llegar hasta 70 m de perímetro circular (Font de la Vena y El Padró II) (Molist y Clop, 2010: 218-219).

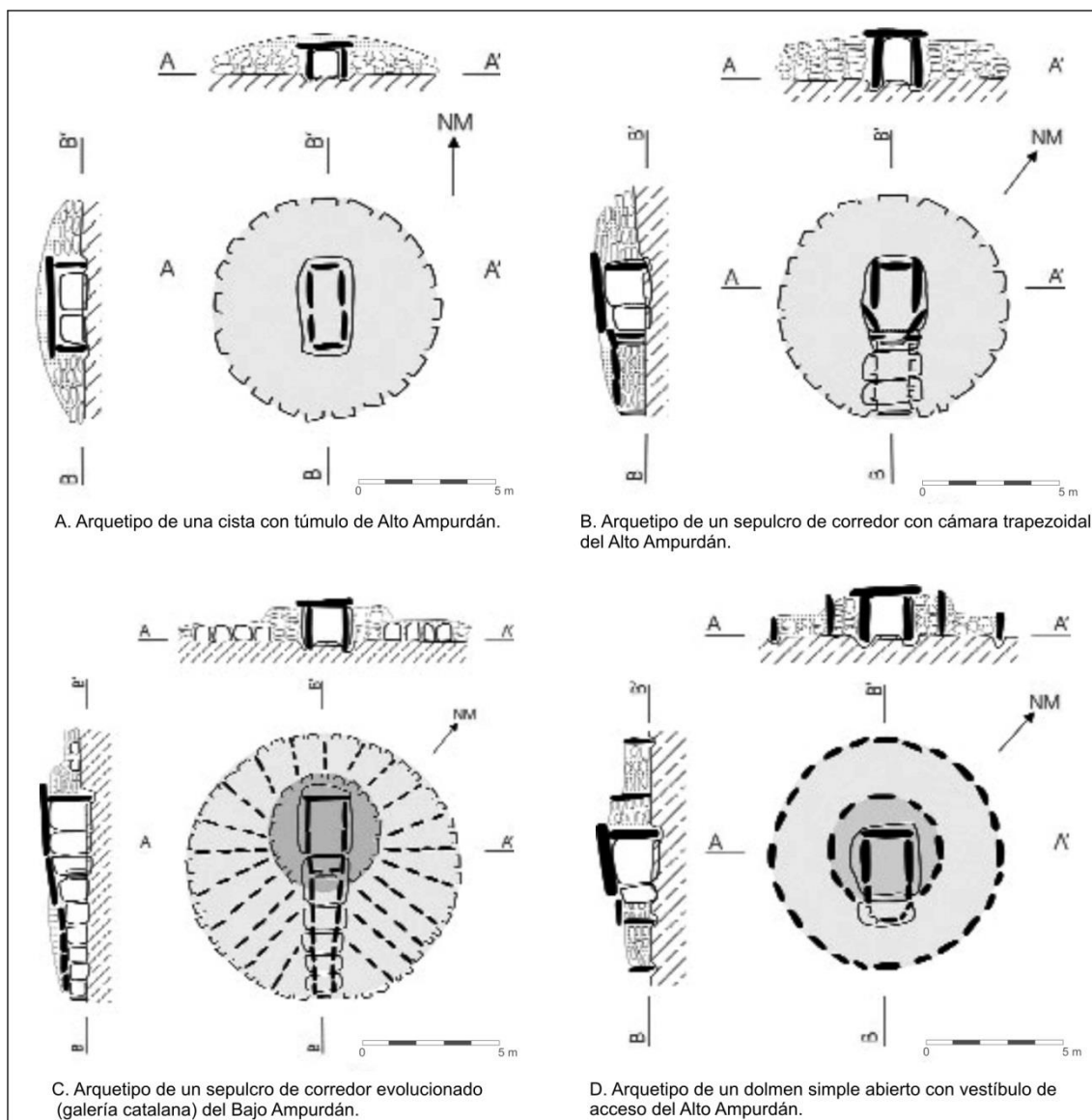


Figura 5.6. Arquetipos de monumentos funerarios de Cataluña (a partir de Tarrús, 2010, figuras 2, 3 4 y 5).

5.2.2.1.2. Dólmenes de corredor corto (4000-3500 ANE)

En Cataluña, estos dólmenes presentan un corto corredor y una cámara, estando precedidos en ocasiones por una antecámara. Se concentran al este del Llobregat y en el Alto Ampurdán. La desigual geometría de la cámara y la composición estructural interna ha posibilitado la clasificación, distinguiendo tradicionalmente cuatro grandes variables formales: a) sepulcros de corredor de cámara subcircular y antecámara; b) sepulcros de corredor de cámara poligonal y antecámara; c) sepulcros de corredor de piedra seca o lajas con cámara poligonal; d) sepulcros de corredor lateral de losas y cámara cuadrangular (Castell, 1986: 111; Tarrús et al., 1987: 214). En los sepulcros de cámara cuadrangular, en ocasiones, los corredores se presentan desalineados respecto al eje de las cámaras, siendo una forma arquitectónica recurrente del área del Languedoc francés.

En la actualidad, estos grupos se simplifican a dos grandes tipos en función de las formas de las cámaras: trapezoidales y circulares, siendo construidos durante la segunda mitad del IV milenio ANE (Tarrús, 2010: 192). Los sepulcros de corredor con cámara trapezoidal son monumentos de pequeño tamaño (Figura 5.6, B). Los corredores están compuestos por lajas o mampuestos y las cámaras por ortostatos, siendo cubiertas por una gran losa. Estas estructuras están contenidas dentro de túmulos circulares de 8-12 m de diámetro, formados por una masa tumular de piedra y tierra, delimitados por anillos compuestos por muros de piedras seca de 1 m de altura, característicos del Alto Ampurdán, caso de los dólmenes de Arreganyats y Tires Llargues, que arrojaron unas dataciones de la primera mitad del IV milenio cal ANE. Los sepulcros de corredor con cámaras circulares presentan elementos constructivos comunes, siendo particulares la presencia de losas perforadas o puertas en la conexión entre cámara y corredor (Tarrús, 2010).

5.2.2.1.3. Dólmenes de galería (3500-2500 ANE)

Los dólmenes de galería se concentran al este del río Llobregat. Pueden discriminarse dos formas: falsas galerías cubiertas y galerías cubiertas catalanas, construidas ambas desde fines del IV milenio e inicios del III milenio cal ANE (Molist y Clop, 2000; Guilaine, 2006; Tarrús, 2010). Las “falsas galerías cubiertas” o sepulturas de corredor evolucionadas, desde una concepción evolucionista, están formadas por paredes de ortostatos que se solapan, en las que se presentan diferencias entre el área de cabecera y el resto de la galería. Estas formas arquitectónicas se concentran en el Alto Ampurdán (Figura 5.6, C), destacando las galerías de Mas de la Mata y Port de la Selva. Las galerías cubiertas están insertas en túmulos complejos de morfología circular u ovalados provistos de plataformas de piedra escalonadas (dolmen de Puig d'Arques, St. Cebría dels Alls Cruïlles), muros de contrafuertes en los trasdosados de las galerías (Mas Pla de Valldossera, Querol, Alt Camp), hileras de piedras radiales dispuestas desde las cámaras hasta los anillos peristálticos, o círculos concéntricos de anillos combinados con muros de piedra seca (Cova d'en Dayna, Romanyà de la Selva). Sus estructuras internas se componen de paredes ortostáticas alineadas de morfologías en “U” o “V” y techumbres adinteladas. Se desarrollaron en dos dimensiones: a) grandes galerías, de 10-13 m de longitud, planta rectangular alargada compartimentada con jambas y losas o puertas perforadas, contando con túmulos de 15-20 m de diámetro, o incluso de mayores dimensiones (dolmen de Torre dels Moros de Llanera, que alcanza 24 m); b) pequeñas galerías, de 3-5 m de longitud, más bajas y estrechas hacia la entrada, dentro de túmulos de 8-12 m de diámetro, siendo mayoritarias en todo el territorio (Tarrús, 2010:192-193).

Parte de estas características constructivas son comunes a monumentos del departamento de extremo suroccidental de Francia, dado que estos dólmenes, se extienden desde los Pirineos a la Llanura del Aude, ocupando la región del Languedoc-Rosellón. Estos monumentos se conocen como dólmenes de galería de Aude (“*allées de l'Aude*”). Para algunos autores, esta

forma arquitectónica no se trata de una galería en el sentido estricto, pues presentan una disminución progresiva en altura desde la cabecera hasta la entrada, siendo los corredores ligeramente más estrechos (Guilaine, 2006: 268; Guilaine, 2011a: 89). Este grupo se caracteriza por su mayor heterogeneidad en las formas, aunque el modelo más extendido es el que presenta estructuras megalíticas internas subrectangulares alargadas con elementos de compartimentación o divisiones espaciales (puertas perforadas), construidas por fábricas mixtas: ortostatos y paramentos de piedra, que oscilan en longitud entre los 5 y 10 m, contenidas dentro de túmulos circulares que pueden presentar piedras radiales (Saint-Eugène, Fournes 2), similares a las grandes galerías cubiertas de Cataluña (Guilaine, 2006: 270; Tarrús, 2010). Los monumentos pueden ser de mayores dimensiones, caso del dolmen de Fades, con una estructura interna que alcanza 24 m.

5.2.2.1.4. Dólmenes de cámaras simples (2500-2000 ANE)

En Cataluña constituye la forma arquitectónica más numerosa y presente en la mayoría de los territorios, extendiéndose por las llanuras y montañas del interior (Castell, 1986: 129). Se han situado tradicionalmente en la segunda mitad del III milenio ANE. Predominan las cámaras de planta rectangular, compuestas por cuatro ortostatos laterales y una losa de cubierta, realizándose el acceso a través de un pequeño hueco abierto en una de las lajas laterales, caso del dolmen de la Cabaña del Moro. Sus túmulos son de formas circulares, estando contruidos con capas de tierra y/o piedra (Tarrús et al., 1987: 217).

5.2.2.1.5. Cistas megalíticas (2200-1900 ANE)

Es otra de las formas frecuente en Cataluña, situándose en las mismas áreas que los dólmenes simples, con mayor presencia en las comarcas de Solsona, Berguedá, Osona, Alt Urgell y Alto Ampurdán. Se ha planteado convencionalmente que su construcción y uso se produjo en la transición de la Edad del Cobre Final e inicios de la Edad del Bronce Antiguo, reutilizándose hasta el Bronce Pleno para enterramientos individuales (Guilaine, 2006: 271). Estas “cistas pirenaicas” son pequeñas cajas de en torno a 1 m de longitud, de formas cuadrangulares o rectangulares, estando formadas por cuatro lajas laterales y una losa de cubierta, que se insertaron generalmente en túmulos circulares o rectangulares. Los pequeños túmulos están compuestos por tierra y/o piedras (Tarrús et al., 1987: 218).

Unas formas peculiares son un conjunto de construcciones “paramegalíticas”, denominado como hemidólmenes (Tarrús et al., 1987: 218). Son estructuras que presentan bloques ortostáticos integrados en su arquitectura, produciéndose diversa combinaciones constructivas: cuevas-dolmen, abrigos, hipogeos o fosas cubiertas por una losa y túmulo.

5.2.2.1.6. Recintos de menhires y estatuas-menhires

Junto a los monumentos funerarios cabe añadir un conjunto de recintos megalíticos circulares, ovales o rectangulares formados por agrupaciones de menhires que representan una forma de monumentalidad del III milenio ANE, característico de la zona del Alto Ampurdán. El recinto más destacado es el de Mas Baleta III (La Jonquera), estando formado por tres estructuras de menhires solapadas por la ejecución de dos fases constructivas durante el Calcolítico Reciente (2500-2200 ANE), sumando una composición arquitectónica de un centenar de piedras verticales de formatos pequeños, a la que se adosa una necrópolis posterior de la Edad del Hierro (750-650 ANE), compuesta por cinco tumbas tumulares circulares con estructural central que albergaba urnas cinerarias dispuestas en los extremos norte y sur (Figura 5.7, A). El primer recinto, erigido en la fase 1 se correspondía con un crómlech de morfología rectangular de tamaño reducido, del que se preservaron dieciocho soportes verticales de granito del lateral norte tras la remodelación del sitio en el proyecto posterior. En la fase 2 se construyeron los otros dos recintos de menhires. El segundo recinto, se define como una estructura rectangular (de 7 m de longitud y 4,5 m de anchura) provista de corredor de acceso (de 4 m de longitud y 7 m de anchura) orientado a poniente (220° SO), trazado en relación al ocaso de los ortos solares de los solsticio de invierno. Está formada por pequeños menhires, disponiéndose en el centro un menhir de mayor tamaño (2,3 m de altura) de forma fálica. El tercer recinto se construyó adosado al anterior, en su lateral noroeste, siendo una estructura cerrada de tendencia circular de 5 m de longitud por 2,5 m de anchura (Tarrús y Carrera, 2012: 128-130). Este sitio se ha interpretado como un santuario megalítico, posiblemente destinado a ofrendas fúnebres, al estar asociado espacialmente a un área de hábitat y a dos dólmenes de cámaras simples (Tarrús, 2010: 199).

A ello, hay que añadir la presencia de estatuas-menhires o estelas reutilizadas en monumentos funerarios del III milenio, tanto en dólmenes de corredor de cámara poligonal como en dólmenes de cámara sencilla o cistas megalíticas, confirmando la existencia estructuras de piedras verticales neolíticas (menhires, alineamientos) ubicadas en los alrededores o en los mismos emplazamientos de los posteriores monumentos de cámaras sepulcrales, al igual que se ha constatado en diversas áreas peninsulares (Bueno et al., 2007: 612; Bueno et al., 2014: 9). Las estelas-menhires de Els Reguers de Seró atestiguan el desarrollo de una estatuaria de grandes proporciones con anterioridad a la construcción de los dólmenes en la región de Cataluña (López Melcion et al., 2015: 390), desarrollada en el Neolítico Final entre fines del IV e inicios del III milenio ANE, que se focalizó sobre todo en las comarcas de Vallés y Segre-Solsona (Martínez Rodríguez et al, 2015).

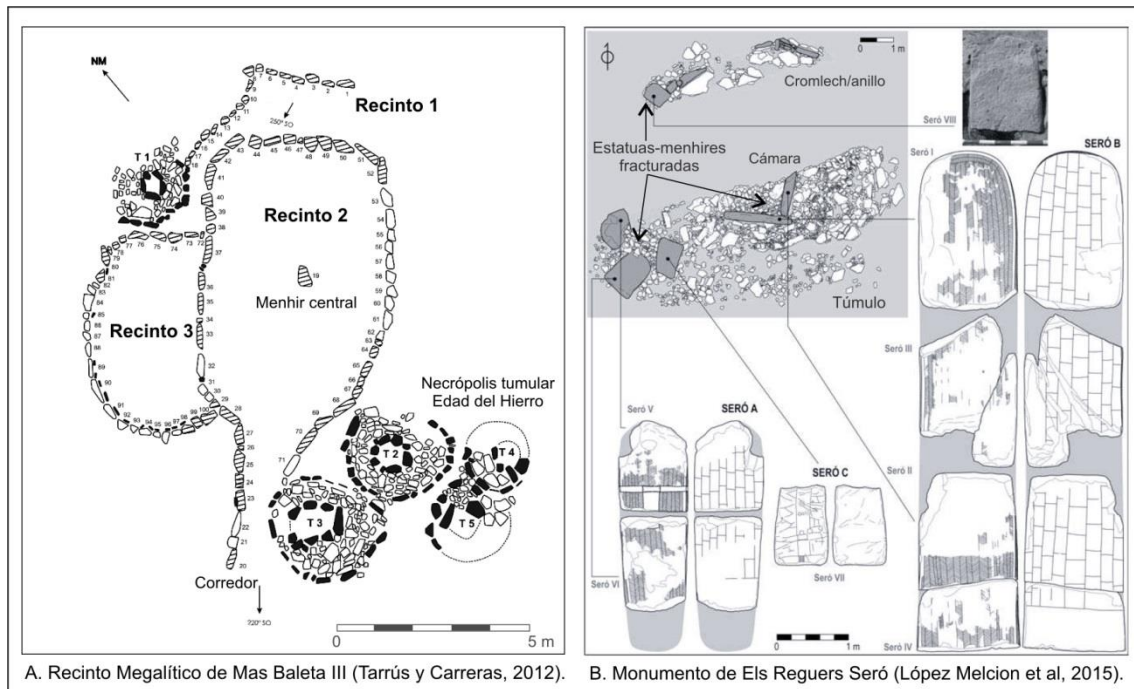


Figura 5.7. Recintos de menhires y estatuas-menhires de Cataluña. Recinto de Mas Baleta III y monumento de Els Reguers de Seró (a partir de Tarrús y Carrera, 2012, figura 3; López Melción et al., 2015, figura 3).

En este sentido, el sitio de Regers de Seró (Artesa de Segre, Noguera, Lleida) abre otras perspectivas de investigación, dada la complejidad de la secuencia estratigráfica y estructural del monumento. Se trata de una cámara funeraria rectangular que se construyó a partir de la destrucción de una o varias estructuras precedentes, presentando una secuencia compleja de destrucción-construcción y de utilización-destrucción, habiéndose identificado tres fases con tres monumentos diferenciados: estatuas-menhires del Neolítico Final, crómlech y cámara funeraria del Calcolítico (López Melción et al., 2010; López Melción et al., 2015: 383). El estudio detallado de los fragmentos de las estatuas-menhires ha revelado que en origen conformaban tres soportes (Seró A, B y C) de grandes dimensiones, que fueron fracturados intencionalmente para su reutilización como parte de una cámara funeraria y de un crómlech o anillo peristáltico que delimitaba el túmulo, sin poder determinarse por el momento la diacronía de estos dos últimos elementos (Figura 5.7, B). Los restos del crómlech se corresponden con un tramo del círculo en el lateral norte, compuesto por varios soportes pétreos, entre los que destacaban dos fragmentos de estatuas-menhires en posición: Seró V y Seró VI, que casaban y formaban parte en origen de la estatua-menhir Seró A, alcanzando ambos fragmentos de 2,60 m de altura por 1 m de anchura. El resto del círculo lítico se componía de lajas, entre las que se identificaron seis fragmentos de estelas, dando algunas la sensación de que componían en origen una misma pieza, caso de Seró VIII y IX. La estatua-menhir Seró C, registrada bajo la masa tumular, formaba parte también del crómlech. La cámara funeraria, a tenor de los restos conservados, es definida por sus investigadores como una tumba de inhumación encuadrada dentro de las formas de los “dólmenes pirenaicos” o sencillos. Estaría compuesta por cuatro losas laterales y una cubierta adintelada, cuyo acceso debía realizarse a través de un hueco, a modo de

“ventana”, realizado en una de las paredes laterales. Esta estructura se inscribía dentro de un túmulo circular de piedras que no recubría completamente esta estructura. En su interior se recuperaron los restos óseos de dos individuos (joven adulto e indeterminado) junto a los depósitos muebles u ofrendas, siendo datados mediante radiocarbónico, arrojando dos momentos diferentes: 2881-2581 cal ANE 2σ y 2217-1903 cal ANE 2σ , apuntando que la tumba fue usada en los tres últimos cuartos del III milenio cal ANE (López Melción et al., 2015: 384).

En la cámara funeraria se recuperaron dos fragmentos de estatuas-menhires en posición (Seró I y Seró II), formando un ángulo de la estructura y otros dos fragmentos desplazados (Seró III y IV), que en origen formaban parte de la misma pieza de formato rectangular: la estatua-menhir Seró B, que en totalidad llegaría a alcanzar hasta 4,50 m de altura por 1,35 m de anchura, siendo una de las más altas de Europa. Las estatuas-menhires de Seró A y Seró B presentan decoraciones geométricas y lineales esculpidas en bajorrelieve en toda la superficie, presentando la misma composición gráfica. La estatua-menhir Seró C, mostraba motivos decorativos diferentes, realizados mediante incisiones profundas en un lateral del soporte (López Melción et al., 2010, 2015).

5.2.2.2. PIRINEOS OCCIDENTALES Y CUENCA DEL EBRO

El megalitismo del área de los Pirineos occidentales (provincia de Huesca y Navarra) y cuenca del Ebro, presenta serias dificultades a efectos de realizar una síntesis de las secuencias arquitectónicas por varias dificultades: la carencia de investigaciones publicadas, la inexistencia de trabajos que aborden estudios de conjuntos regionales y la escasez de dataciones radiocarbónicas.

Algunos investigadores plantean para el territorio de Navarra una secuencia general que agruparía al conjunto de arquitecturas y construcciones funerarias: 1) Manifestaciones premegalíticas; 2) Construcciones representativas del megalitismo funerario colectivo y otras formas coetáneas; 3) Manifestaciones postmegalíticas (Beguristain et. al., 2010: 228). Dentro de las construcciones del megalitismo funerario de la región se han identificado las siguientes formas arquitectónicas: dólmenes simples, dólmenes de cámaras alargadas con corredor, dólmenes de corredor e hipogeos. La forma más mayoritaria son los dólmenes simples. Se distribuyen en las serranías y áreas montañosas, al igual que en la provincia de Huesca, junto a menhires y estelas-menhires. Las cámaras son de formas variadas (rectangulares, cuadrangulares, poligonales o de tendencia circular), contenidas dentro de pequeños túmulos de tendencia circular (Andrés Rupérez, 1986: 137).

La excavación del dolmen de Aizibita, de planta rectangular, ha posibilitado definir la secuencia de deposiciones funerarias colectivas en siete episodios, datándose nueve muestras de restos

óseos humanos. El resultado de estas dataciones radiocarbónicas sitúa el uso de esta tumba en sus fases iniciales entre el 3300-2900 cal ANE (Beguiristain et. al., 2010: 231).

En diversas áreas de Navarra, se han localizado sepulcros rectangulares de cámara alargada con puerta perforada, caso de los dólmenes de La Mina y del Portillo de Enériz (Artajona, zona de la Navarra Media) y el dolmen de Bardaxilo (Baztán). Los dólmenes de La Mina y del Portillo de Enériz se componen de dos estructuras internas de dimensiones simétricas (corredor rectangular y cámara rectangular alargada) separadas por una losa perforada a modo de puerta ovalada (Andrés Rupérez, 1986: 138). El dolmen de Bardaxilo presenta una cámara de planta rectangular de 2,2 m de largo por 1,4 de anchura, y cubierta adintelada, precedida de una losa perforada que conformaba su puerta de entrada, separándola de un corredor estrecho (0,8 m) orientado al sureste (140° SE). Esta construcción ortostática está contenida dentro de un túmulo circular de 7 m de diámetro delimitado por un anillo peristáltico (Armendáriz Martija, 2001-2002: 34; Cabodevilla y Zabalza, 2006: 126). Estas construcciones presentan rasgos morfológicos y constructivos comunes con los monumentos de “estilo pirenaico”, en especial con las denominadas “galerías cubiertas” de tipo Aude y con las “galerías cubiertas catalanas”, siendo atípicos o peculiares en la zona (Joussaume, 1985: 191).

Otra forma arquitectónica común son los sepulcros de corredor, caso de los de Charracadia e Igaratza, siendo similares en diseños y tamaños a los del vecino País Vasco. La datación radiocarbónica del primero sitúa el uso del monumento a mediados del III milenio cal ANE (Beguiristain et. al., 2010: 231).

Los hipogeos se presentan en las tierras fértiles de los valles de la cuenca del río Ebro y en La Rioja alavesa, construyéndose al igual que las regiones del sur peninsular a fines del IV e inicios del III milenio ANE. El hipogeo de Longar (Viana, Navarra) es una estructura excavada en la roca, que posee una cámara subterránea revestida por un murete de piedra seca y cubierta adintelada compuesta por dos losas transversales, estando precedida de un corredor dotado de puerta perforada. Esta una sepultura colectiva albergó un alto número de muertos, documentándose restos óseos pertenecientes a 114 individuos. Seis dataciones confirman que esta estructura se usó entre 2650-2500 cal ANE (Armendáriz y Irigaray, 1994). El hipogeo de Tres Montes (Tudela, Navarra) se compone de un corredor formado por tres ortostatos dispuestos de manera simétrica a cada lado y una cámara rectangular excavada en el sustrato, que estaba cerrada por una losa a modo de puerta. Las paredes de la cámara se forraron mediante postes de madera empleados para la sustentación de la cubierta de entramado vegetal. En su interior se recuperaron varias deposiciones funerarias, entre las cuales destaca un individuo con ajuar campaniforme marítimo. Las dataciones realizadas sobre carbón vegetal sitúan el uso del monumentos en el Cobre Pleno, en las centurias centrales del III milenio cal ANE (Beguiristain et a., 2010: 233-234).

5.3. **LOS MEGALITISMOS DE LA MESETA CENTRAL**

En la Meseta Central existen elementos comunes a ambos lados del río Tajo, presentándose grandes similitudes en los monumentos funerarios (túmulos no megalíticos y dólmenes de corredor), en las representaciones antropomorfas, con análogos motivos elaborados en diversos soportes (placas e “ídolos” espátulas o figuras de hueso del tipo San Martín-El Miradero), y en las prácticas funerarias, regidas por unos patrones rituales y una concepción de la muerte con esquemas compartidos (Bueno et al., 2005a, 2010a). Esto, puede significar la existencia de una tradición arquitectónica desde el Neolítico Medio al Calcolítico, que se manifiesta de forma más notoria en las formas arquitectónicas. Probablemente, las diferencias de las construcciones y de los rituales funerarios expresarían el conjunto de identidades de los grupos sociales, que se plasmarían ideológicamente en variadas formas y soportes, caso de los elementos antropomorfos. Por esto, para algunos investigadores, la fuerte tradición megalítica de la Meseta Interior convierte esta zona geográfica en un área esencial respecto a las otras regiones de la Península ibérica, aportando, sus más de cuatrocientos monumentos, elementos claves para la comprensión del fenómeno peninsular y estableciendo vínculos de conexión con el megalitismo europeo, en especial con la fachada atlántica (Bueno et al., 2016a: 157, 163).

La variedad de las estructuras funerarias es el testimonio de un marcado polimorfismo arquitectónico y de especializaciones regionales (Bueno et al, 2005a, 2006, 2010a, 2016a): túmulos funerarios, construcciones megalíticas (dólmenes), cámaras de mampostería e hipogeos. Este polimorfismo se originó de forma contemporánea, como han evidenciado las secuencias de las dataciones radiocarbónicas, pudiendo sostenerse que las formas que representan una fuerte tradición funeraria se originaron entre el 4500-3700 cal ANE (Bueno et al., 2010, 2016; Delibes, 2010).

A tenor de las características del extenso territorio, variabilidad constructiva y diversidad arquitectónica de los monumentos es factible hacer una división en dos grandes ámbitos geográficos, que se corresponde con las dos Submesetas: Norte y Sur, permitiendo una comprensión regionalizada del fenómeno megalítico de la Meseta Central.

5.3.1. **FORMAS ARQUITECTÓNICAS Y SECUENCIAS DE LA SUBMESETA NORTE**

El área de la Submeseta Norte comprende la extensión territorial de las cuencas media-alta del río Duero y el Alto Ebro. Esta gran zona central del interior peninsular destaca por el gran polimorfismo arquitectónico, que se manifiesta en las diferencias estructurales y formales de los monumentos, coexistiendo un conjunto de construcciones no-megalíticas (túmulos), arquitecturas funerarias megalíticas (dólmenes) y estructuras “alternativas megalíticas”

(redondiles y tumbas calero), que se desarrollan a escalas territoriales locales, como se ha constatado en la comarca de la Lora burgalesa (Delibes y Rojo, 2002). Las razones de este polimorfismo radican en varios factores complementarios, destacándose como elementos centrales la disponibilidad de materias primas adecuadas a la edificación, la alternancia de los estilos constructivos, la concepción social y ritual de la muerte (Delibes, 2010: 17, 25) y la existencia de una monumentalidad funeraria en el IV milenio cal ANE desarrollada en torno a las tumbas megalíticas (Rojo y Garrido Pena, 2012: 24).

La variabilidad de las arquitecturas funerarias se ha interpretado como un testimonio de la adopción de diferentes resoluciones formales y fórmulas de construir los enterramientos colectivos por parte de las comunidades de este territorio a lo largo del tiempo. De forma global, los investigadores de la zona admiten que estos monumentos funerarios cumplieron tres funciones complementarias: a) tumbas destinadas a la deposición, exposición y exhibición de los depósitos funerarios; b) construcciones que participaron en las estrategias de monumentalización de los paisajes; c) sitios que sirvieron como elementos de reivindicación de los territorios y de expresión de la fuerza de trabajo de los grupos sociales (Delibes, 2010: 25). En líneas generales, tal como evidencian las series de dataciones de los monumentos funerarios de la Lora Burgalesa y del valle de Ambrona en Soria (Delibes y Rojo, 1997; Delibes y Rojo, 2002; Rojo et al 2005 a; Delibes, 2010: 29-31) la secuencia arquitectónica regional tradicional estaría compuesta por cuatro monumentos funerarios: túmulos no megalíticos, dólmenes de cámara simple, dólmenes de corredor corto o incipiente y dólmenes de corredor largo (Figura 5.8), a lo que habría que unir otras de formas: redondiles y tumbas-calero, siendo algunos monumentos coetáneos en el tiempo.

Sin embargo, el estudio detallado del conjunto de procesos de construcción, transformación y reutilización de los monumentos de la cuenca del Duero y el tratamiento estadístico bayesiano de las dataciones radiocarbónicas (202 muestras), por parte de Tejedor (2015: 265-266, 593-626, 601, 627-634), posibilita definir una secuencia mucho más compleja, caracterizada por siete fases dentro de las que los monumentos megalíticos fueron contruidos, remodelados y transformados consecutivamente. Estas fases son:

- Fase 1 (4300-3900 cal ANE), en las centurias finales del V milenio cal ANE, cuando comienzan a erigirse las primeras construcciones funerarias: túmulos no megalíticos y dólmenes simples. Estas formas arquitectónicas se formalizan a la par que las documentadas en las regiones del cuadrante noreste: Galicia, Asturias y País Vasco. En torno c. 4000 cal ANE se constata la construcción de los primeros redondiles.
- Fase 2 (3900/3750 cal ANE), que supone la implantación de unas peculiares arquitecturas funerarias asociadas al funcionamiento como sepulturas colectivas de ciclo de vida corta (dos generaciones): las tumbas calero. En estas construcciones no megalíticas se lleva a

cabo una práctica deliberada: el fuego clausurador, a efectos de condenar el monumento y su posterior tumulación, significando el desarrollo de diversas acciones de cierre de los monumentos, retumulación y posterior construcción. Se siguieron construyendo y usando los dólmenes simples, los túmulos no megalíticos, los redondiles y las tumbas-calero. Además, aparecen los primeros dólmenes de cámara y vestíbulo, conocidos tradicionalmente como dólmenes de corredor corto.

- Fase 3 (3750-3200 cal ANE), de larga duración temporal, que se corresponde con la continuación de los dólmenes con cámara y vestíbulo y con la consolidación y expansión territorial del modelo arquitectónico de dolmen de corredor largo, con predominio de los monumentos de gran tamaño en las áreas de la Lora burgalesa, Rioja Alavesa y zona occidental de la Meseta.
- Fase 4 (3200-2750 cal ANE). Periodo de larga duración temporal en el que se llevaron a cabo la clausura e inhabilitación de los espacios internos (accesos y cámaras) de los sepulcros de corredor, y, de forma más minoritaria, la remodelación, retumulación, remonumentalización y determinados procesos de cierre de algunos monumentos.
- Fase 5 (2500-2200 cal ANE). Reutilización funeraria de los monumentos en “época campaniforme”, tras un gran periodo de abandono, realizándose diversos tipos de estructuras (cistas y fosas) destinadas a enterramientos de individuos, con predominio de ajuares campaniformes.
- Fase 6 (2250-1200 cal ANE). Reutilización funeraria-votiva en la Edad del Bronce Antiguo, Pleno y Tardío, con una multiplicidad de prácticas asociadas.
- Fase 7 (1200-800 cal ANE). Reutilización en la Edad del Bronce Final para múltiples usos.

De manera genérica, por la composición estructural y por el desigual uso funerario de las arquitecturas de la Submeseta Norte pueden distinguirse dos grupos básicos de formas constructivas:

- a) Construcciones colectivas tumulares, cuyos espacios funerarios internos permanecen sepultados e inaccesibles desde el exterior tras la deposición (túmulos no megalíticos).
- b) Sepulcros megalíticos, caracterizados por poseer cámaras funerarias sometidas a deposiciones funerarias sucesivas y a prácticas de organización del espacio sepulcral. Estas sepulturas colectivas están provistas de diferentes sistemas de acceso: corredores, ortostatos desplazados o huecos en las techumbres vegetales en las cámaras simples.

Se parte de la premisa de que la mayoría de estos monumentos contaron con una vida corta, constatándose el uso funerario de las cámaras sepulcrales en torno a tres siglos de máxima duración (Delibes, 2010: 31). Otros fueron empleadas para deposiciones funerarias colectivas apenas durante dos o tres generaciones, caso de las tumbas-calero de La Peña de la Abuela y La Sima, a tenor de la superposición y solapamiento de las dataciones radiocarbónicas de los niveles funerarios, acotándose las dataciones de la primera fase de estos monumentos entre el 3900-3750 cal ANE (Rojo et al., 2005; Tejedor, 2015: 629). No obstante, gran parte de los monumentos estuvieron sometidos a continuos procesos de transformación tras las construcciones iniciales, como viene defendiendo Tejedor (2014: 76-82). Esta autora, en un análisis detenido del registro arqueológico a efectos de identificar las prácticas de reapropiación del espacio arquitectónico ha distinguido en los distintos modelos de monumentos las siguientes acciones o “tipos de evento”: clausura (retumulación, “fuego clausurador”, “desmantelamientos”, “inhabilitación de los espacios interiores”, “fuegos localizados”), prácticas de remodelación y añadidos de elementos arquitectónicos (“bloqueo”, “retumulación”, “ampliación o yuxtaposición del recinto sepulcral”, “superposición constructiva”, “modificación y añadido de elementos de acceso”, “estructuras secundarias”), acciones combinadas de clausura/añadido/remodelación, mantenimiento, alteraciones y deposiciones funerarias (Tejedor, 2016: 478-518, 566-577).

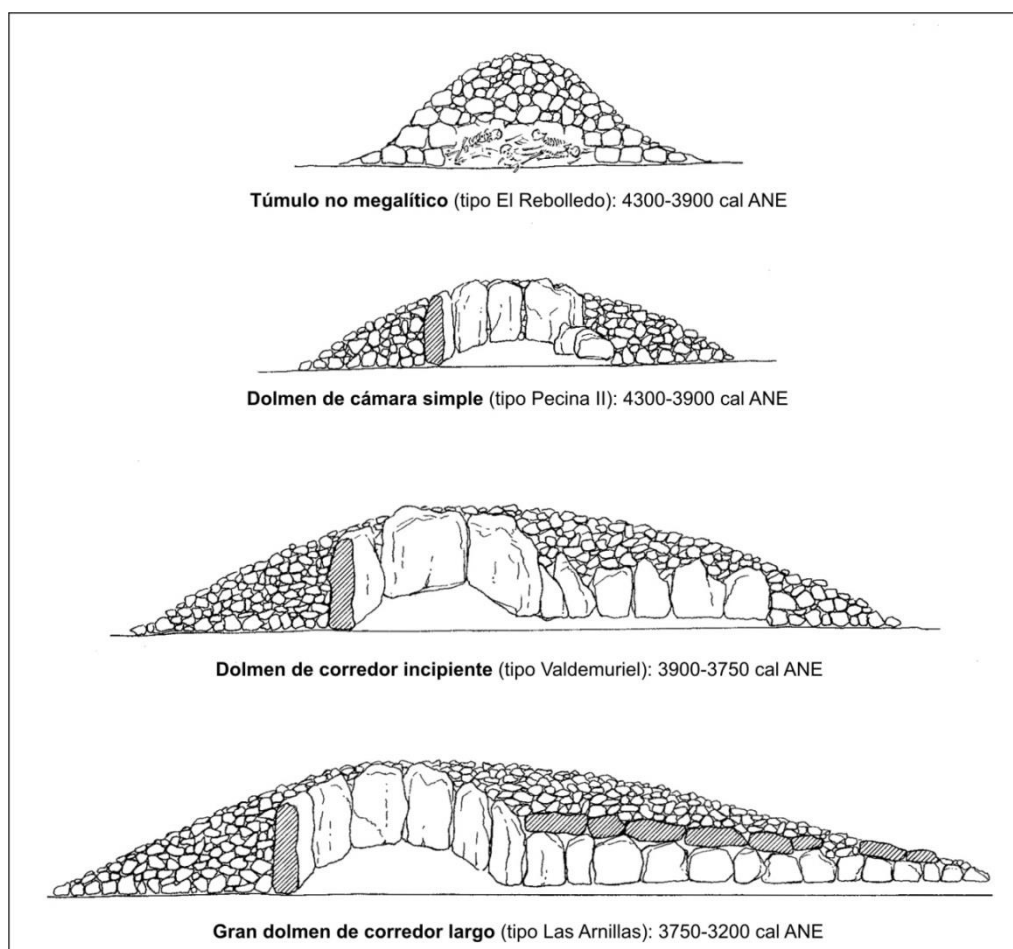


Figura 5.8. Secuencia arquitectónica y diacrónica de los monumentos funerarios de la Lora burgalesa (a partir de Delibes y Rojo, 2002).

5.3.1.1. TÚMULOS: ENTERRAMIENTOS COLECTIVOS (4300-3900 CAL ANE)

Son los monumentos funerarios más antiguos de la cuenca del Duero. Se trata de construcciones de carácter monumental, dada su escala constructiva y fuerte presencia en el paisaje. Los túmulos están formados por un montículo de tierra y piedra. Contienen en su interior diversos tipos de estructuras de piedra o fosas destinadas a enterramientos colectivos, que tras la deposición de los individuos eran sepultados definitivamente. Sobre los túmulos o asociados espacialmente a estos sitios se han documentado menhires, caso de del lugar de Piedra Alta, en la provincia de Burgos. Estas construcciones son más numerosas en la comarca de la Lora burgalesa, implantándose en el último tercio del V milenio cal ANE, caso de el túmulo de El Rebolledo, que estuvo sometido a la acción del fuego como mostró su estratigrafía. Los resultados de las dataciones radiocarbónicas de este sitio confirmaron que la secuencia arquitectónica de esta comarca se inició con esta forma de monumentalidad (Delibes y Rojo, 1997; Delibes y Rojo, 2002). No obstante, el uso de estos monumentos en esta área se prolongó en el primer tercio del IV milenio, como evidencia la datación del túmulo de El Silo, cuyo resultado fue 3791-3658 cal ANE 2σ (Villalobos, 2014), o del túmulo de Villayerno-Morquillas. Estos monumentos se han documentado en otras áreas de la misma provincia de Burgos, caso del túmulo de San Quilez, y en otras zonas de la Submeseta Norte: túmulos de Teso del Oro (Zamora) y Vegabaño (León) (Delibes, 2010: 24).

5.3.1.2. DÓLMENES DE CÁMARA SIMPLE (4300-3900 CAL ANE)

Los dólmenes de cámara simple se construyeron en “microtúmulos” de 5 a 10 m de diámetro, contando con una pequeña estructura ortostática interna de forma circular o poligonal con posible cubierta vegetal o techumbre lígnea y accesos orientados hacia el sureste, coincidente en algunos casos con el solsticio de invierno, formados por pequeñas escotaduras laterales. Este tipo es el más frecuente y común en la comarca de la Lora burgalesa, caso de los sitios Fuente Pecina II, Villaescusa y Ahedo de las Puebas. La datación del dolmen de Fuente Pecina II, con un túmulo de 15 m de diámetro y 1 m de altura, sitúa este modelo constructivo en las tres últimas centurias del V milenio cal ANE, pudiendo haber sido una construcción de vida corta, usándose en torno a dos o tres centurias (Delibes y Rojo, 1997: 408; Delibes, 2010: 29, 31). Construcciones similares y de un rango cronológico análogo son los dólmenes de Pedro Toro y El Guijo I (Salamanca) y San Adrián (Zamora).

De forma general, esta forma constructiva fue el monumento funerario mayoritario y dominante en torno al 4000 cal ANE.

5.3.1.3. LOS REDONDILES (3950-3650 CAL ANE)

Es un modelo de arquitectura funeraria propio de la Submeseta Norte, con un desarrollo local en las tierras de campiña de la cuenca Media del Duero. Son tumbas construidas con piedra y tapial, estando compuestas por cámaras circulares formadas por un zócalo de bloques grandes de piedra (caliza y conglomerados) dispuestos en horizontal, paredes y cubiertas de barro, como se ha identificado en el monumento de La Velilla (Osorno, Palencia). Estas estructuras alcanzaban hasta los 2 m de diámetro, pudiendo estar dotadas de corredores, como en el túmulo o sepulcro de los Zumacales en Valladolid, con orientación hacia el noreste. El espacio interno estuvo destinado a enterramientos colectivos, como muestra la documentación de deposiciones funerarias (siete decenas de individuos en La Velilla). Por esto, se ha interpretado que estas tumbas funcionaron al igual que los dólmenes como tumbas de exposición-exhibición. La secuencia de dataciones radiocarbónicas de estas dos tumbas acotan su uso al primer tercio del IV milenio, concentrándose entre el 3950-3700 cal ANE, revelando que se tratan de sitios de larga duración en su uso sepulcral. Otra tumba que podría tratarse de un redondil es la Dehesa del Río Fortes (Ávila), estando compuesta por un túmulo con cámara circular u oval no ortostática, de la que se obtuvo una datación entre el 3950 y 3640 cal ANE (Delibes, 2010: 28).

5.3.1.4. TUMBAS CALERO (3900-3750 CAL ANE)

La principal característica de este modelo constructivo es que su formación se debe a un planteamiento intencional de condenación de la estructura en un momento determinado de la vida del monumento, que implica la clausura del mismo mediante la quema de la estructura constructiva y el sellamiento de los depósitos funerarios (Rojo et al., 2002, 2005 a, 2010). La aplicación del fuego sobre los materiales calcáreos con los que fueron construidos conlleva la destrucción de la tumba, la desintegración de los materiales de construcción y la alteración de los depósitos funerarios, identificándose estos monumentos por la presencia de una potente costra calcárea en la que aparecen los restos óseos y los materiales de los individuos. Con posterioridad, la práctica de clausura se veía complementada con la retumulación completa del lugar, ocultando los restos derivados de la condenación, sellándose los depósitos quemados.

Estas tumbas estuvieron destinadas a las deposiciones colectivas de individuos y objetos en una secuencia diacrónica de corta duración, o no excesivamente largos. Para algunos autores las tumbas-calero comparten elementos comunes con los sepulcros megalíticos, considerando que durante su funcionamiento fueron igualmente tumbas de exposición, de exhibición o de descarnación, aunque a tenor de las evidencias antropológicas no pueden considerarse como verdaderas sepulturas colectivas, sino que son construcciones que estaban destinadas a albergar depósitos funerarios colectivos formados en periodos de corta duración (Delibes, 2010: 23). Las dataciones radiocarbónicas de El Miradero (Valladolid) posibilitan establecer un tiempo

de uso de en torno a una centuria, como evidencia el solapamiento de los resultados cronométricos realizados sobre grandes fragmentos de enebro empleados en el entramado leñoso que fue quemado como acto de condenación del túmulo, concentrándose todas ellas entre el 4000 y 3900 cal ANE (Delibes, 2010: 28). Resultados similares se obtuvieron en La Tarayuela, datada entre el 3780-3650 cal ANE, en la que se registró la presencia de un depósito funerario colectivo formado por diecisiete individuos (Rojo et al., 2005a).

Sin embargo, otros monumentos se usaron durante una mayor escala temporal, como testimonia la compleja y larga secuencia arquitectónica de los monumentos sorianos de La Peña de la Abuela y La Sima, ubicados en el valle de Ambrona, dada la continua transformación de los sitios en diversas etapas del IV y III milenios (Figura 5.9). Para sus investigadores, el ritual funerario del fuego y la práctica de condenación de la primera tumba implica la formalización de un monumento funerario como tributo a la memoria de los antepasados, conteniendo los restos (depósitos de cenizas, huesos humanos y ajuares) de los antecesores, siendo preservados para la eternidad en los nuevos monumentos. Por ello, los primeros monumentos fueron erigidos entre el 3900-3600 cal ANE conforme a unos parámetros intencionales de perdurabilidad, perpetuidad, simbolismo de los materiales de construcción y monumentalización paisajística, demarcado un espacio central de los ancestros, que fue reutilizado en la segunda mitad del III milenio ANE (Rojo et al., 2003, 2005a, 2005b, 2010, 2011; Garrido Pena et al., 2012).

En el monumento de La Peña de la Abuela (Ambrona, Soria) se identificaron tres fases (Figura 5.9, A) (Rojo et al., 2005a, 2010, 2013):

- Fase 1. Tumba formada por una estructura circular de mampuestos calcáreos blancos, de 4,5 m de diámetro, con cerramiento de falsa cúpula, sin túmulo, construida en un promontorio natural. Esta tumba preservaba en su interior dos cistas construidas con lajas de arenisca roja. Se usó con un espacio de enterramiento colectivo (con nueve individuos identificados) en un periodo de dos o tres generaciones, conforme a las seis dataciones radiocarbónicas, que se concentran y solapan en torno al 3900-3750 cal ANE.
- Fase 2. Clausura del monumento mediante la aplicación de fuego y sellamiento de los depósitos quemados, como una práctica de condenación ritual, y posterior remonumentalización del lugar, mediante la construcción de un túmulo de piedras de sobre la costra calcárea, coronándose por un menhir en la zona superior. Este proyecto hubo de ejecutarse en con anterioridad al 3650-3500 cal ANE.
- Fase 3. Reutilización en “época campaniforme” (c. 2400 cal ANE), realizándose varias fosas de inhumación dentro del túmulo de piedras.

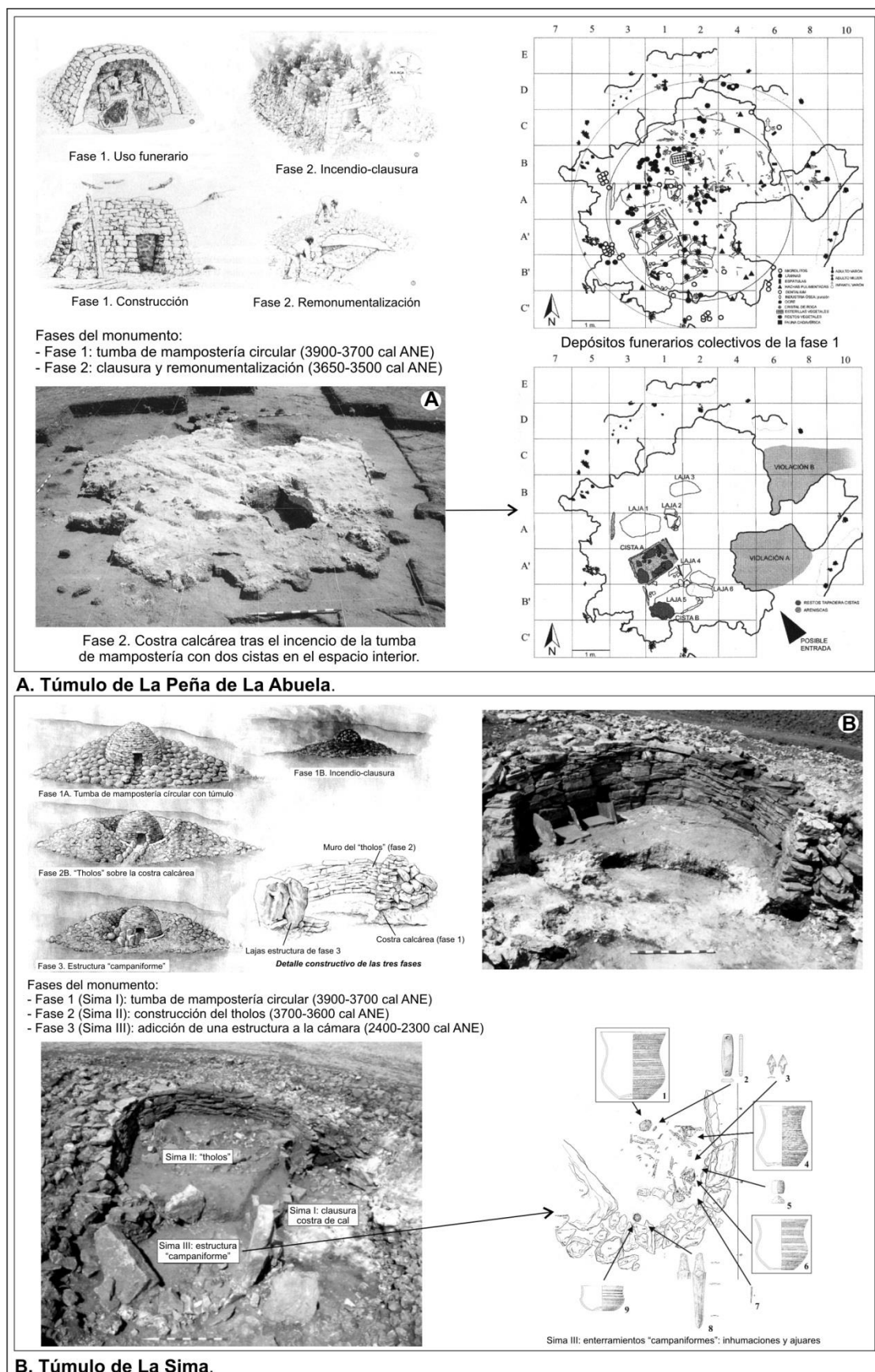


Figura 5.9. Monumentos funerarios del valle de Ambrona: La Peña de La Abuela y La Sima (a partir de Rojo et al., 2002, p. 31; Rojo et al., 2005 b, figuras 2, 3 y 5; Rojo et al., 2010, figura 2; Garrido Pena et al., 2012, figuras 1 y 2).

En el monumento de La Sima (Miño de Medinaceli, Soria) se identificó la siguiente secuencia (Figura 5.9, B) (Rojo et al., 2003, 2005 a, 2005b, 2010, 2013):

- Fase 1. Sima I: tumba-calero similar al anterior monumento. Construida dentro de un gran túmulo de 25 m diámetro de arenisca roja que contrastaba cromáticamente con la estructura circular interna de color blanquecino. Esta cámara de 5,4 m de diámetro, fue erigida con una mampostería de sillarejo de bloques calcáreos, que formaba sus paredes y bóveda de falsa cúpula. Del mismo modo, presentaba en su interior una cista rectangular. Fue clausurada y condenada mediante la aplicación de fuego. Se usó con un espacio de enterramiento colectivo durante un rango temporal del 3900-3700 cal ANE.
- Fase 2. Sima II: construcción de una nueva tumba sobre la costra calcárea generada con el incendio de clausura y condenación del anterior monumento. Se trata de un *tholos* formado un muro de mampostería de sillarejo en seco de calizas blancas y areniscas rojas construido sobre los restos del anterior túmulo, que fue acondicionado para la ejecución de esta estructura. Los bloques de arenisca roja se dispusieron en el espacio de trasdosado de la cámara, orientándose hacia la zona del valle donde afloran. En su interior se construyeron dos cistas con finas lajas de arenisca roja, destinadas a la deposición de individuos y materiales, destacando el carácter simbólico de este sector dentro del espacio sepulcral, dado que sería una parte delimitada y visible de la cámara respecto a las otras áreas donde se realizaron deposiciones colectivas (con veintiséis individuos identificados). En esta fase es subrayable la presencia de ajuares más significativos, caso de las espátulas tipo San Martín-El Miradero, alfileres de hueso, láminas de sílex de mayor formato, adornos personales (cuentas de variscita y lignito). Este monumento fue clausurado c. 3700-3600 cal ANE.
- Fase 3. Sima III: adición de un estructura de acceso a la cámara (c.2400-2300 cal ANE). Este corredor permitiría la entrada al interior del monumento y el control en el acceso a los restos de los ancestros. El espacio se reutilizó con fines funerarios, documentándose los restos esqueléticos y ajuares campaniformes (cerámicas y elementos metálicos) pertenecientes a los enterramientos de seis individuos.

5.3.1.5. DÓLMENES DE CORREDOR INCIPIENTE (3900-3700 CAL ANE)

Se trata de dólmenes de cámara simple con vestíbulo dispuesto en su entrada axial (Tejedor, 2016: 380). Son los denominados tradicionalmente como dólmenes de corredor corto. Las dataciones de estos monumentos es controvertida, dado que la mayoría de las muestran proceden de contextos infratumulares y de los depósitos funerarios, no pudiendo concretarse el evento temporal de construcción. Se poseen dataciones de varios sitios (Fuente Pecina I,

Valdemuriel y Ciella) que fijan un *terminus post quem* de esta forma arquitectónica a partir de c. 4000 cal ANE (Delibes y Rojo, 1997; Delibes, 2010: 26).

5.3.1.6. DÓLMENES DE CORREDOR LARGO (3750-3200 CAL ANE)

El dolmen de corredor largo es un monumento funerario que se extiende a lo largo de la práctica totalidad del territorio de la Submeseta Norte, abarcando la cuenca del río Duero (provincias de Salamanca, Zamora y Ávila), alto valle del Ebro (Burgos y La Rioja), por la Submeseta Sur, presentándose en el tramo occidental de la cuenca del Tago (provincias españolas de Toledo, Cáceres y Badajoz), e incluso se constatan formas arquitectónicas análogas en las provincias portuguesas de la Beira Alta y Beira Baja de Portugal (Bueno et al. 2005a: 192 , 2010: 162; Delibes, 2010: 31).

Este modelo arquitectónico se compone de varios elementos característicos. Su estructura ortostática interna está formada por un corredor largo con jambas que lo segmentan espacialmente y una cámara poligonal de tendencia circular, formada por un alto número de soportes (generalmente más de siete ortostatos), no existiendo una losa de cabecera que ejerza como elemento guía o que marque el eje axial de la construcción. La techumbre del corredor se compone de una cubierta adintelada formada por losas dispuestas transversalmente. El sistema de cubrición de las cámaras ofrece problemas de interpretación, ya que la inexistencia de grandes losas documentadas y el gran espacio a cerrar (cámaras de dimensiones medias de 4-5 m de diámetro) ha llevado a plantear la existencia de varias formas: a) cubierta pétreo adintelada formada por varias lajas superpuestas, como se plantea para las sepulturas de El Teriñuelo y La Casa del Moro en la provincia de Salamanca (Tejedor et al., 2017: 44-45), b) cubrición de tosca cúpula de mampostería, como se deduce de la presencia de mampuestos aparejados en el trasdós de las cámaras de los dólmenes de corredor de la comarca de la Lora burgalesa, formando un basamento de apoyo de la estructura pétrea, caso del sepulcro de Las Arnillas (Delibes et al., 1987: 186); c) una cubierta vegetal, como se plantea para algunos monumentos del valle de Sedano, comarca de la Lora y del alto Ebro (Delibes y Santonja, 1986). Esta construcción ortostática se presenta dentro de túmulos circulares u ovales, compuestas de tierra y piedra dispuestos en un orden compositivo que propicia su solidez y estabilidad estructural, estando provistos de anillos concéntricos circulares que refuerzan el monumento, además de un anillo peristáltico en el borde externo (Delibes y Santonja, 1986: 147), como se ha identificado en el dolmen de El Teriñuelo (Salamanca) (Tejedor et al., 2017: 47-48). Los monumentos mejor documentados son los de la comarca de la Lora burgalesa (Las Arnillas, La Cabaña, El Moreco), con túmulos que miden entre 20-50 m de diámetro, que han arrojado unas dataciones que confirman que estuvieron en funcionamiento como sepulturas colectivas en torno a 200-300 años, conforme a las fechas del sepulcro de Las Arnillas, fechándose sus depósitos funerarios entre el 3500-3300 cal ANE (Delibes y Rojo, 1997). De grandes similitudes constructivas y

cronológicas son otros monumentos ubicados en otras zonas, caso el sepulcro de Cubillejo de la Lara (Burgos), los sepulcros de la provincia de Salamanca, como el de Casa del Moro (Gejuelo del Barro), o los sepulcros del área de La Rioja alavesa: El Encinal, San Martín y Chabola de la Hechicera.

Algunos autores consideran que la construcción de estos dólmenes de mayor tamaño y monumentalidad llevó aparejado un proceso inicial de condenación simbólica del anterior modelo arquitectónico, como parecen evidenciar las operaciones intencionales de tapado y sellamiento deliberado de los accesos de varios dólmenes de corredor corto o de cámaras con vestíbulo de la comarca de La Lora (La Nava Negra, Valdemuriel) y en la provincia de Salamanca (dólmenes de Galisancho y Terradillos). Con esto, para algunos investigadores, es probable que el dolmen de largo corredor se impusiera de manera progresiva al anterior modelo en la segunda mitad del IV milenio ANE, dado el incremento del tamaño del espacio sepulcral y el mayor desarrollo de los rituales funerarios colectivos en estos nuevos monumentos, donde se priorizó una continua accesibilidad a las tumbas para la manipulación de los depósitos funerarios, concebidos como verdaderas reliquias de los ancestros (Villalobos, 2014).

Estos monumentos fueron transformados en las centurias finales del IV milenio, durante el primer cuarto y en la segunda mitad del III milenio ANE, como sugiere el conjunto de evidencias y dataciones radiocarbónicas obtenidas, que para Tejedor (2016: 627-634) representan las fases 4 y 5 dentro de la secuencia arquitectónica regional. La Fase 4 dentro de la secuencia diacrónica de las arquitecturas del valle del Duero, situada entre el 3200-2750 cal ANE, se caracteriza por la clausura e inhabilitación de los espacios internos (accesos y cámaras) de los sepulcros de corredor, y, de forma más minoritaria, la remodelación, retumulación, remonumentalización y cerramientos de algunos monumentos. La fase 5, tras una gran periodo de abandono de los monumentos (en algunas áreas de hasta un milenio, a excepción de la zona de Salamanca) se concreta en la reutilización funeraria de los monumentos en “época campaniforme” (2500-2200 cal ANE), donde se han documentado muchos sitios en los que se realizaron diversos tipos de estructuras (cistas y fosas) destinadas al enterramientos de individuos. La reapropiación por parte de estos grupos sociales, del espacio arquitectónico ancestral, al que otorgarían un valor simbólico de poder, se ha interpretado como una práctica de legitimación de las nuevas estructuras políticas, en las cuales todavía las relaciones de dominio social eran inestables (Rojo y Garrido, 2012: 26).

En el caso del monumento de El Teriñuelo (Aldeavieja de Tormes, Salamanca), se ha documentado que tras las dos primeras fases de mediados del IV milenio, correspondientes a la construcción y uso fundacional del sepulcro de corredor, se articularon dos “eventos”: 1) Fase III, de clausura y cerramiento monumento, a inicios del III milenio cal ANE, cuando se produjo el cegamiento del corredor mediante un relleno compacto de tierra y bloques de cuarzo y cuarcita y el sellado de la cámara mediante la disposición de bloques y cantos de cuarcita blanca en su

entrada (Figura 5.10), documentándose en estos niveles de colmatación abundante cerámica fracturada (Tejedor et al., 2017: 51-52); 2) Reutilización campaniforme, en la segunda mitad del III milenio cal ANE, documentándose en excavaciones antiguas diversos enterramientos en la cámara y en el corredor, que implicaron el desmantelamiento parcial del dispositivo de cierre de la práctica de clausura anterior (Tejedor et al., 2017: 55-56).

En el distrito de Castelo Branco, en la Beira Interior, se presenta un modelo arquitectónico muy similar a los presentes en las Submeseta Norte y Sur, siendo monumentos funerarios de mayores dimensiones que los dólmenes de corredor de la Beira Alta y Beira Litoral. Estos monumentos se caracterizan por ser dólmenes provistos de grandes cámaras circulares compuesta por más de siete ortostatos de pizarra y corredor largo, construidos dentro de grandes túmulos compuestos por bloques de cuarzo blanco, caso del Anta 2 de Couto da Espanhola (Cardoso 2008: 105).

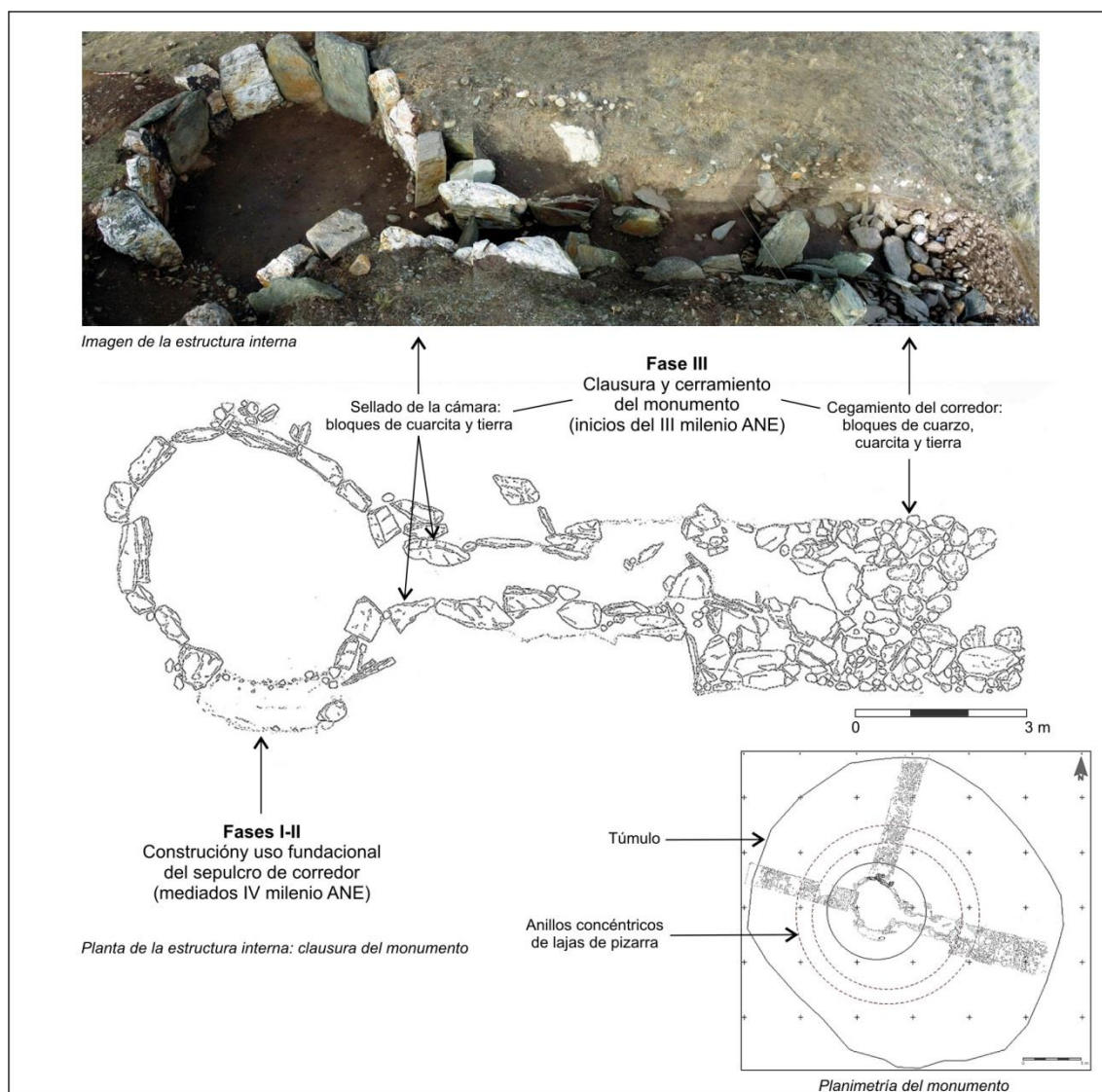


Figura 5.10. Dolmen de El Teriñuelo: fotografía y planimetría. Planta y estructura de clausura del monumento (fase III) (a partir de Tejedor et al., 2017, figuras 4, 5 y 7).

5.3.2. FORMAS ARQUITECTÓNICAS Y SECUENCIAS DE LA SUBMESETA SUR

El megalitismo de la Submeseta Sur se corresponde geográficamente con la cuenca del Tajo y las áreas septentrionales de las Extremaduras portuguesa y española. El megalitismo de este extenso ámbito presenta similitudes y conexiones territoriales con las zonas de la Submeseta Norte, Beira portuguesa y La Rioja alavesa.

El megalitismo de la Submeseta Sur se desarrolló en dos grandes fases o bloques temporales que permiten ordenar las secuencias de las formas arquitectónicas diferenciadas (Fig. 5.11) (Bueno et al., 2010a; Bueno et al. 2016a: 158):

- Fase 1, el “megalitismo inicial”, desde el último tercio del V y a lo largo de casi todo el IV milenio ANE, que se corresponde con los primeros agricultores constructores de megalitos. Esta fase se caracteriza por la existencia de una gran diversidad arquitecturas funerarias, acordes al gran polimorfismo regional: túmulos no megalíticos, dólmenes de cámara sencilla, dólmenes de corredor y cámaras de mampostería.
- Fase 2, de “megalitismo avanzado”, desde el último tercio del IV y a lo largo del III milenio ANE, caracterizada por la multiplicación de arquitecturas funerarias, y la diversificación de las sepulturas colectivas, organizadas en necrópolis y estructuras en torno a los poblados, caso de la los sepulcros de falsa cúpula y los hipogeos o cuevas artificiales. Esta fase culmina con la reapropiación de los monumentos en “época campaniforme”.

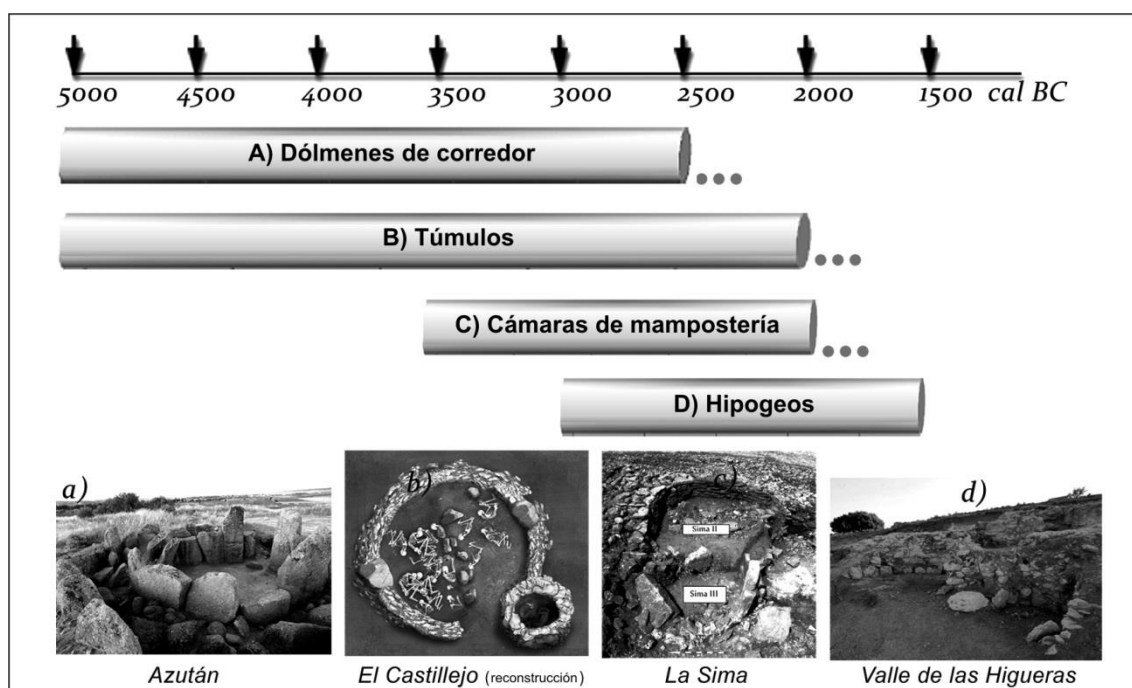


Figura 5.11. Monumentos funerarios colectivos de la Meseta Central: formas arquitectónicas y secuencia diacrónica (a partir de Bueno et al., 2016a, figura 15.10).

5.3.2.1. EL “MEGALITISMO INICIAL”

Las primeras arquitecturas se inician en el Neolítico Medio, apareciendo simultáneamente desde mediados del V milenio e inicios del IV milenios cal ANE los túmulos, los dólmenes de corredor y los dólmenes de cámara simple, siendo el área que ha arrojado las cronologías más antiguas para la mayoría de estos modelos de monumentos del interior de peninsular (Bueno et al. 2005a: 16; Bueno et al., 2010a: 164-165). En este sentido, destaca la aparición de los dólmenes de corredor desde mediados del V milenio cal ANE, como evidencia la cronología del dolmen de Azután (Toledo) (Bueno et al., 2005a: 195), que por el momento ha arrojado las dataciones más antiguas de la Península Ibérica y una de las primeras de Europa occidental, conjuntamente con los monumentos del centro-oeste de Francia (Bueno et al., 2016 a: 157). Las arquitecturas ortostáticas fueron construidas con dos materias primas según el medio geológico de emplazamiento: pizarra y granito, existiendo una variedad en función de la litología. En el área de la cuenca del río Sever, los monumentos de esquistos presentan estructuras con un número variado de ortostatos, tanto en la cámara como en el corredor, mientras que en las sepulturas de granito las cámaras estaban formadas invariablemente por siete ortostatos (Oliveira, 1997a: 220, 223). En todas estas formas arquitectónicas se desarrollaron unos programas gráficos destacados en distintos soportes y elaborados mediante diversas técnicas de grabado y pinturas en torno a las figuras antropomorfas, generándose unos discursos simbólicos centralizados en los ancestros (Bueno et al., 2007).

En la Meseta Central es recurrente la presencia menhires, representando una tradición megalítica neolítica resuelta de varias formas: a) se reubicaron en el interior de las cámaras, caso de los soportes reutilizados del dolmen de Navalcán; b) se dispusieron sobre los túmulos, caso de La Peña de la Abuela o las Vegas de Samburiel; c) se emplazaron en sitios conectados espacialmente con estructuras más complejas, caso del menhir de La Alcubilla (Soria) (Bueno et al., 2016 a: 161).

5.3.2.1.1. Túmulos funerarios (4500-3700 cal ANE)

Los túmulos funerarios sin cámaras ortostáticas se presentan en una gran variedad formal, por razones constructivas y por la diversidad morfológica en la que se plasmaron los enterramientos colectivos. El túmulo de El Castillejo fue un monumento de larga duración temporal, como evidencia su estratigrafía y secuencia de uso funerario (Bueno et al., 2009 c: 48-51; Bueno et al., 2012 b: 29-31). Se emplazó en un área habitacional previa, coexistiendo en el tiempo a la vez que el poblado, que fijaría el lugar de construcción, como se ha documentado en muchos túmulos de áreas peninsulares (Galicia, Submeseta Norte y Andalucía) en incluso en la propia región, caso del dolmen de Azután (Bueno et al. 2002 a: 68-69).

En su interior poseía una estructura interna de escasa consistencia arquitectónica, de forma análoga a los túmulos de la Submeseta Norte y a otras zonas europeas. Esta estructura se componía de una “cámara” circular construida con mampostería de piedra seca de losas calcáreas y algunos bloques pétreos mayores, a modo de pilares, con cubierta abovedada de piedra y barro, contando con un murete que la separaba en dos mitades (Figura 5.12). En el espacio funerario se documentó la existencia de un depósito funerario de más de quince individuos, formado en su mayoría por jóvenes y niños. El espacio funerario de este túmulo data de la segunda mitad del V milenio cal ANE, conforme a la fecha radiocarbónica del nivel de enterramiento: 4935-4265 cal ANE 2σ (Bueno et al., 1999: 149). Con posterioridad, se realizó una fosa en el lateral del túmulo que albergó un enterramiento colectivo formado por varios individuos, que arrojó una fecha de inicios del III milenio: 2895-2620 cal ANE 2σ (Bueno et al. 2005c: 71). Más tardíamente, a mediados del III milenio cal ANE, en el extremo sureste del túmulo se construyó un “*microtholos*” de 1 m de diámetro de espacio interno, formado por muretes de mampostería y falsa cúpula, que según la datación sobre el resto óseo de uno de los dos individuos se sitúa 2467-2041 cal ANE 2σ (Bueno et al. 2002a: 70).

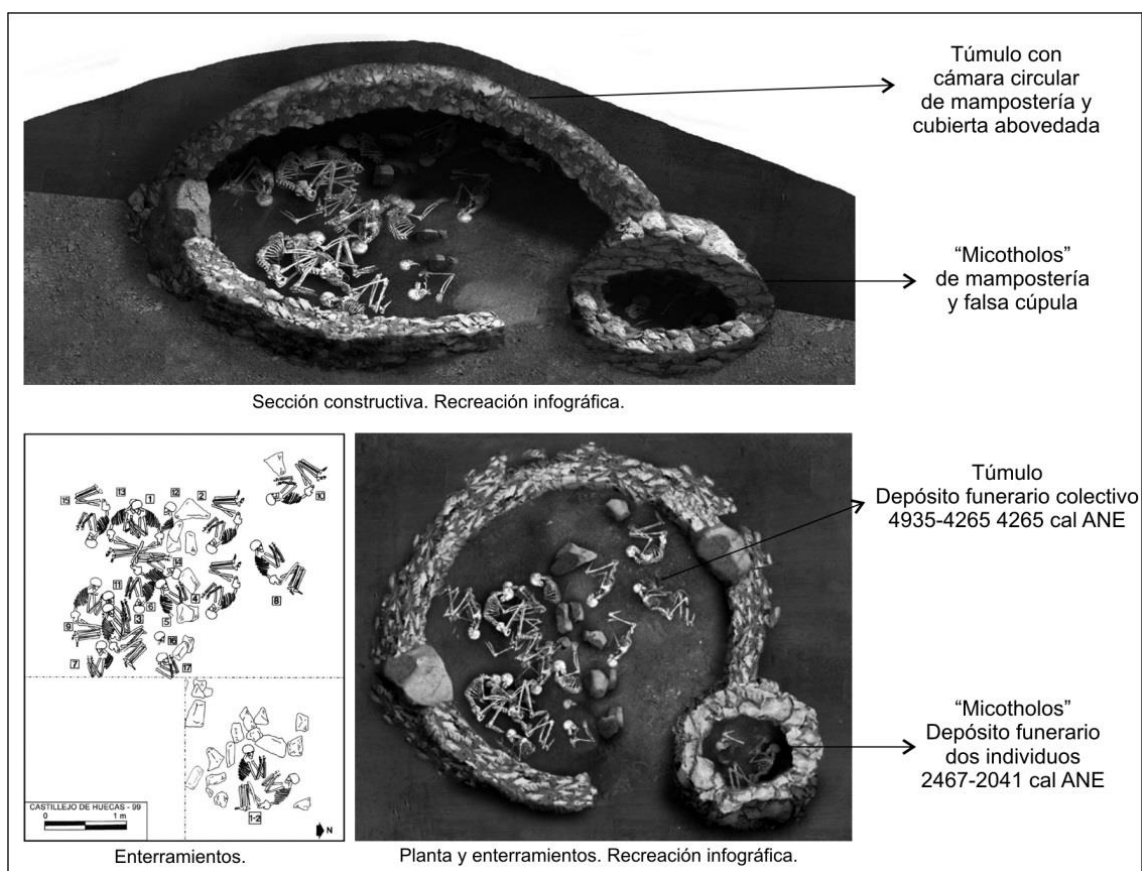


Figura 5.12. Túmulo de El Castillojo, valle de Las Huecas (Toledo). Arquitecturas y depósitos funerarios colectivos (a partir de Bueno et al., 2012b, p.31).

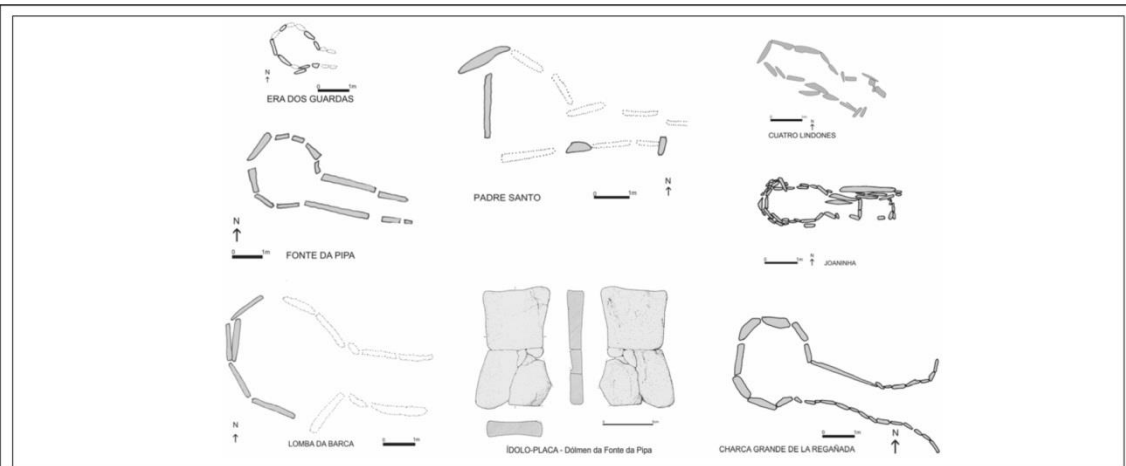
5.3.2.1.2. Dólmenes de cámara simple (4500-3700 cal ANE)

Esta forma arquitectónica se caracteriza por ser construcciones provistas de una cámara simple dentro de túmulos, siendo abundantes en la cuenca del río Sever (Figura 5.13, A). Se pueden discriminar dos tipos en función de las cámaras ortostáticas, erigidas exclusivamente con pizarra: cámara simples cerradas o abiertas. Los dólmenes de cámara cerrada, emplazados en altozanos, poseen estructuras ortostáticas formadas por múltiples soportes, presentando plantas subcirculares o subrectangulares, con orientación predominante hacia el sureste, cuyo nivel funerario estaba por debajo de la cota del suelo externo. Los túmulos son de morfologías circulares, estando formados por tierra, piedra y bloques de cuarzo. Los dólmenes de cámara abierta, por el contrario, se construyeron en emplazamientos de mayor altitud, presentando dos sectores diferenciados: cámara y corredor orientado al este. Estas estructuras estarían cubiertas por lajas transversales, formando una techumbre adintelada. Los túmulos se formaron como una compacta coraza de piedras, incorporando del mismo modo bloques de cuarzo blanco (Oliveira, 1997a: 230-231). Las dataciones radiocarbónicas obtenidas en estas arquitecturas muestran que su ámbito cronológico comprende desde el último tercio del V milenio hasta las primeras centurias del IV milenio ANE, tal como se ha obtenido del dolmen de Joaniña (Cedillo, Cáceres), cuya construcción se data entre el 4700-3700 cal ANE, atestiguándose su reutilización a mediados del III milenio (Oliveira, 1997 b; Oliveira, 2008: 122).

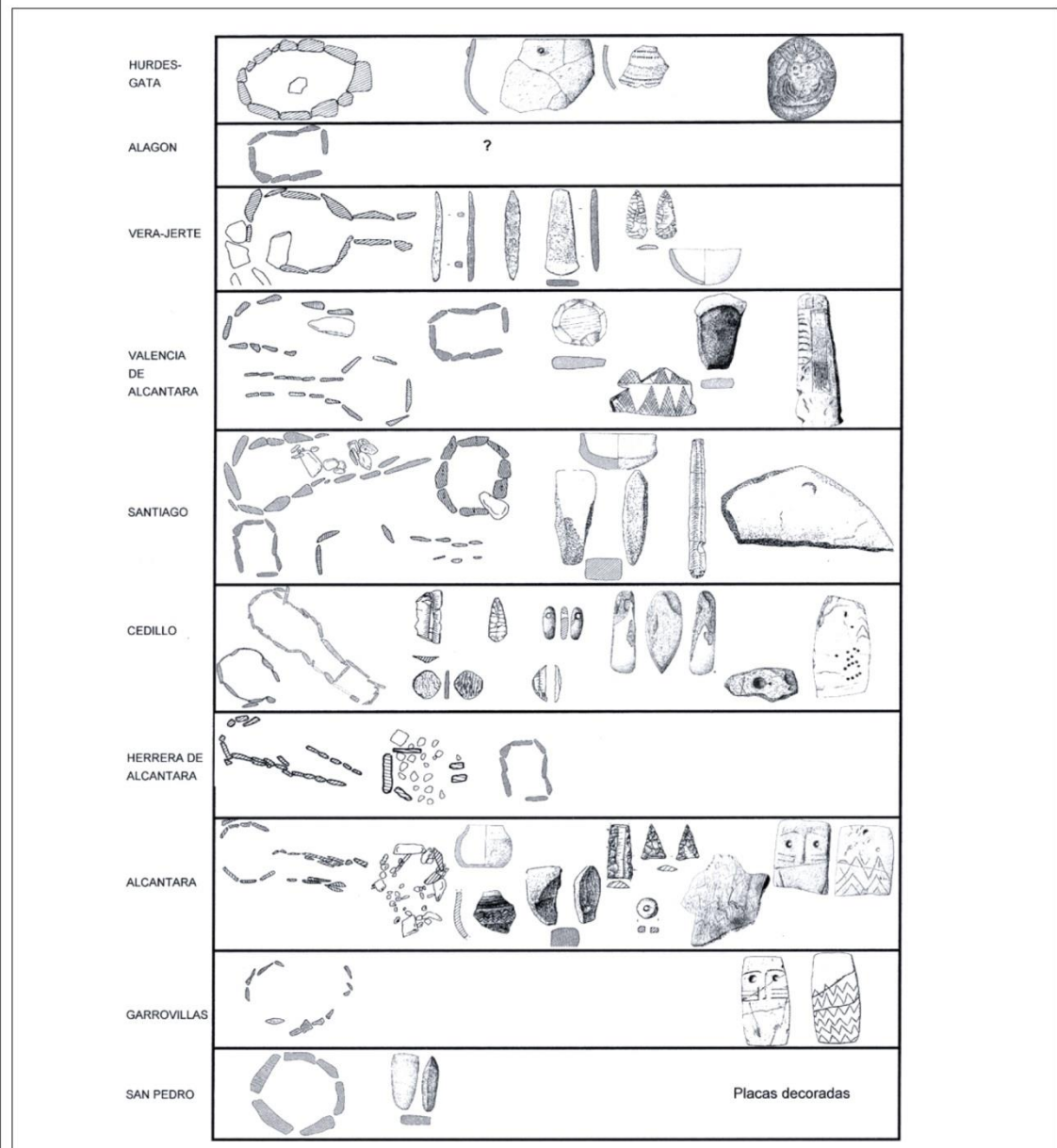
Del mismo modo, los dólmenes de cámara simple se presentan en la provincia de Cáceres, en torno a la cuenca interior del río Tajo, organizándose en necrópolis dolménicas compuestas por monumentos de pequeño tamaño. Estas construcciones se presentan junto a otras formas arquitectónicas (dólmenes de corredor), y que se desarrollaron en una larga secuencia temporal, desde el Neolítico Medio hasta la Edad del Bronce, como se ha constatado en los conjuntos de Las Hurdes-Gata, Alagón, Vera-Jerte, Valencia de Alcántara, Santiago de Alcántara, Cedillo, Alcántara y San Pedro (Figura 5.13, B), contruidos y reutilizados reiteradamente desde mediados del V milenio hasta el II milenio ANE (Bueno et al., 2004c).

5.3.2.1.3. Dólmenes de corredor (4500-3500 cal ANE)

El dolmen de corredor es un modelo arquitectónico de amplio desarrollo cronológico y territorial en el interior de la Península Ibérica, distribuyéndose en gran parte de la superficie de las dos submesetas, a uno y otro lado de la cuenca del río Tajo, en la Rioja Alavesa y en las Beiras Alta y Baja de Portugal (Bueno et al, 2006: 443-44; Bueno et al. 2010a: 162, Bueno et al. 2016a: 158). Se compone de dos estructuras ortostáticas internas: una cámara funeraria (circular, poligonal o trapezoidal) y un estrecho corredor de acceso, contenidas dentro de un túmulo de tendencia circular, formado por una coraza de tierra y piedras que los recubría.



A. Monumentos de la cuenca del río Sever: dólmenes de cámara simple y de corredor (Oliveira, 2008, fig. 11.3).



B. Monumentos de la cuenca interior del Tajo (Cáceres): arquitecturas y materiales (Bueno et al, 2004 c, fig. 4).

Figura 5.13. Arquitecturas funerarias ortostáticas de la cuenca interior del Tajo: dólmenes de cámara simple y dólmenes de corredor (a partir de Bueno et al., 2004c, figura 4; Oliveira, 2008, figura 11.3).

Las estructuras internas pueden presentar elementos que compartimentaban el espacio interior, caso de las puertas perforadas y de las estelas dispuestas en los corredores y tramos de conexión con las cámaras. Tradicionalmente, se han distinguido dos formas en función de la longitud del corredor: a) dólmenes de corredor corto, que no se prolongan hasta el final del túmulo; b) dólmenes de corredor largo, arrancando desde el borde perimetral del túmulo, donde pueden desarrollarse accesos monumentales con diversos dispositivos constructivos, conformando atrios abiertos. No obstante, a tenor del estado actual de conocimiento de la región, es más pertinente hacer una distinción en función del tamaño de los monumentos, distinguiendo entre dólmenes de corredor corto, de tamaños relativamente reducidos, y grandes dólmenes de corredor, resolviéndose su estructura de acceso de forma más corta o alargada.

Dólmenes de corredor corto (4500-3500 cal ANE)

Los dólmenes de corredor corto se caracterizan por poseer cámaras poligonales y un corto corredor construidos dentro túmulos circulares, edificados mediante diversas técnicas y materiales. En la cuenca del río Sever este modelo constructivo se erigió exclusivamente con granito, formando generalmente agrupaciones o necrópolis en zonas de topografía alomada, ocupando los emplazamientos de antiguos poblados, como se constata en buena parte de la cuenca interior del Tajo (Bueno et al., 2004c). Las estructuras están formadas por cámaras poligonales de siete ortostatos, en el que se marca por su mayor tamaño y disposición central la losa de cabecera, estando cubiertas por una gran losa. El corredor, de perfil más bajo y estrecho, y contenido más simbólico que funcional, estaba orientado predominantemente hacia el este-sureste (entre 85°-150°), caso de las antas de la necrópolis de Coureleiros (I, III), el Dolmen II de São Gens (Oliveira, 1997 a: 231, 234) o el de Era dos Guardas (Figura 5.13, A). Los túmulos suelen estar delimitados por anillos de bloques de cuarzo lechoso (Oliveira, 2008: 119). En esta área este modelo se desarrolló desde finales del V milenio cal ANE, prologándose la construcción durante las primeras centurias del IV milenio cal ANE, como muestran las dataciones de los monumentos de Castelhanas, Cabeçuda y Figueira Branca, así como su uso en diversos episodios de uso del espacio sepulcral hasta fines del IV milenio, e incluso su reutilización en la Edad del Bronce (Oliveira, 1997a, 1997b, 2008: 122).

En la provincia de Cáceres, esta forma arquitectónica se presenta en las comarcas de Valencia de Alcántara y en la zona norte (Figura 5.13, B), destacando los dólmenes de Cajirón I, Anta de Marquesa y Datas II (Figura 5.14), que evidencian rasgos formales y constructivos que los conectan con las antas alentejanas (Bueno, 1991; Bueno et al., 2010a: 162). La excavación y datación del dolmen de Tremedal de la necrópolis de la Dehesa Boyal (Montehermoso, Cáceres), confirma que este modelo constructivo se prolongó en la zona durante la primera mitad del IV milenio, conforme a la secuencia diacrónica obtenida, situando su uso entre el 3950 y 3550 cal ANE (Ruiz-Gálvez, 2002: 192).

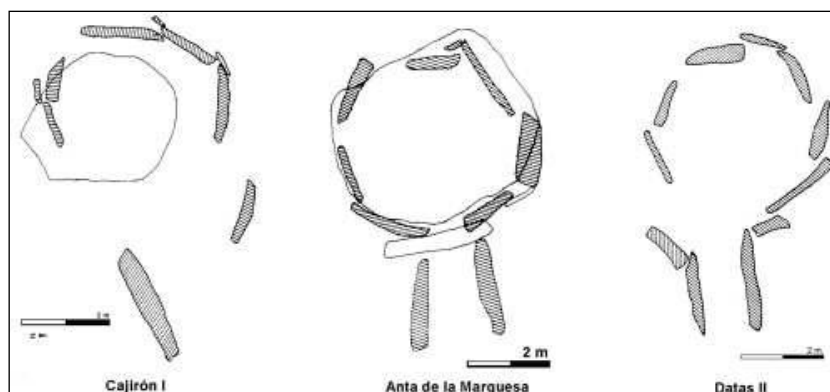


Figura 5.14. Dólmenes de corredor corto de la provincia de Cáceres similares a las antas alentejanas (Bueno et al., 2010a, figura 142).

En el área de la cuenca del Tajo internacional este modelo arquitectónico se desarrolló en monumentos de una escala constructiva intermedia con tamaños variados, con cámaras de diferentes formas (circulares, poligonales y trapezoidales) y compuestas por un alto número de ortostatos, corredores de desigual longitud y diversidad de materias primas con las que fueron edificados, empleándose mayoritariamente el granito y la pizarra. Estos dólmenes (caso de Baldío Morchón, Juna Ron I, Maimón I y II, Garrapata I, Lagunita III, Trincones I; Figura 5.15, A) se organizaron en necrópolis de fuerte presencia territorial y de larga duración temporal (Bueno et al., 2006; Bueno et al., 2008b).

Grandes dólmenes de corredor (4500-3500 cal ANE)

Este modelo se caracteriza por poseer construcciones ortostáticas compuestas de corredores y cámaras de amplios diámetros, contruidos dentro de túmulos circulares provistos de complejas estructuras circulares de contención, dispuestas de forma concéntrica a efectos de garantizar la estabilidad estructural y consistencia de los monumentos. Los corredores destacan por un mayor desarrollo longitudinal respecto a los dólmenes de corredor corto, estando orientados hacia el este, pudiendo disponer de elementos de segmentación o de cierre transversales. Las cámaras se formalizan con múltiples ortostatos, oscilando entre nueve y catorce soportes, siendo dispuestos en torno a la losa de cabecera alineada respecto al eje axial de la estructura, alcanzando unos diámetros medios de 3-5 m. Las cubriciones de estas cámaras adoptaron diversas soluciones formales: mediante techumbre adintelada con una única losa de gran tamaño, varias piedras de mediano tamaño, o bóvedas de falsa cúpula (Bueno et al., 2016a: 159). En el interior de las cámaras se pueden presentar estructuras rectangulares o cajones compuestos de finas lajas dispuestos en la mitad sur que compartimentan el espacio, como se ha evidenciado en varios monumentos (Fig. 5.15, B), siendo interpretados estos espacios reservados de diversas maneras: a) altar del dolmen de Azután en la cuenca del Tajo, conformado por lajas laterales, entre las que pudo identificarse un fragmento de estela, sobre el que se colocó un fragmento de menhir de granito con una cazoleta (Bueno et al, 2005a: 97-98; Bueno et al., 2010a: 178); 2010b) “cista” con monolito cilíndrico ubicado en la entrada en el

dolmen Bola da Cera; c) altar en el dolmen de Pombais en el río Sever (Oliveira, 1997a: 396-397 y 416). Este tipo de estructuras se ha documentado en los sepulcros de corredor de la Beira Alta de la segunda mitad del V milenio cal ANE, caso del dolmen de Areita del distrito de Viseu, en el que esta estructura fue interpretada como un receptáculo que albergó ofrendas y deposiciones de cuerpos/huesos (Gomes et al., 1998; Sobral de Carvalho, 2012: 23). Del mismo modo, se han evidenciado estelas-menhires de una cronología anterior integradas en las cámaras, siendo soportes reutilizados en los monumentos funerarios como dispositivos arquitectónicos espaciales de gran valor simbólico. El caso del dolmen de Navalcán es el más notorio, presentando tres soportes de este tipo con complejas decoraciones (motivos serpentiformes, cazoletas, líneas geométricas y surcos) que evidencian claras similitudes con los programas gráficos de los monumentos del suroeste peninsular (Bueno et al. 1999b; Bueno et al. 2007: 627-628).

La observación de la reiteración de las dimensiones de las cámaras y del desarrollo de similares técnicas constructivas, se ha interpretado como la existencia de un módulo constructivo que rigió la edificación de estos monumentos así como la intervención de especialistas en su ejecución, como se observó en los dólmenes de Azután y La Estrella (Bueno, 1991: 105).

Destacan los monumentos de la cuenca interior del Tajo, caso de los dólmenes de Azután y La Estrella (Figura 5.15, C) en la provincia de Cáceres, el de Portillo de las Cortes en Guadalajara (3940-3700 cal ANE), y el de Entretérminos en la comunidad de Madrid. Estas arquitecturas encuentran grandes similitudes con los dólmenes de similar naturaleza documentados en las Beiras Altas, así como con los grandes conjuntos de la Meseta Norte, estructurados en torno a la cuenca del Duero, en especial con los monumentos salmantinos así como los de la comarca de la Lora burgalesa (Bueno et al., 2010a: 162).

El dolmen de Azután (Toledo) se construyó integralmente con ortostatos de granito, diferenciándose la cámara, de gran diámetro, del corredor que conectaba con un atrio desarrollado en la zona perimetral del túmulo (Figura 5.16). Esta estructura se contenía dentro de un túmulo de morfología circular de 18 m de diámetro, que contaba con tres anillos concéntricos internos, disponiéndose las grandes lajas del primero en posición vertical al objeto de reforzar la estructura ortostática. Los huecos entre los anillos se rellenaron de cantos de cuarcita y tierra. Su estructura interna se compone de un corredor corto y una cámara de 5 m de diámetro, que contiene catorce ortostatos con diversos motivos grabados y pintados, creando un programa gráfico en torno a la representación antropomorfa de los ancestros. El estudio de la estratigrafía y el análisis de las dataciones permiten establecer la compleja secuencia de este monumento. Se emplazó en un sitio con un área habitacional previa, documentándose varias estructuras con abundante material doméstico, entre la que destaca una cabaña bajo el túmulo datada mediante carbón vegetal en el 5250±40 BP: 4220-3970 cal ANE 2σ (Bueno et al., 2002: 68-69; Bueno et al., 2005a: 57-58, 74-75, 117).

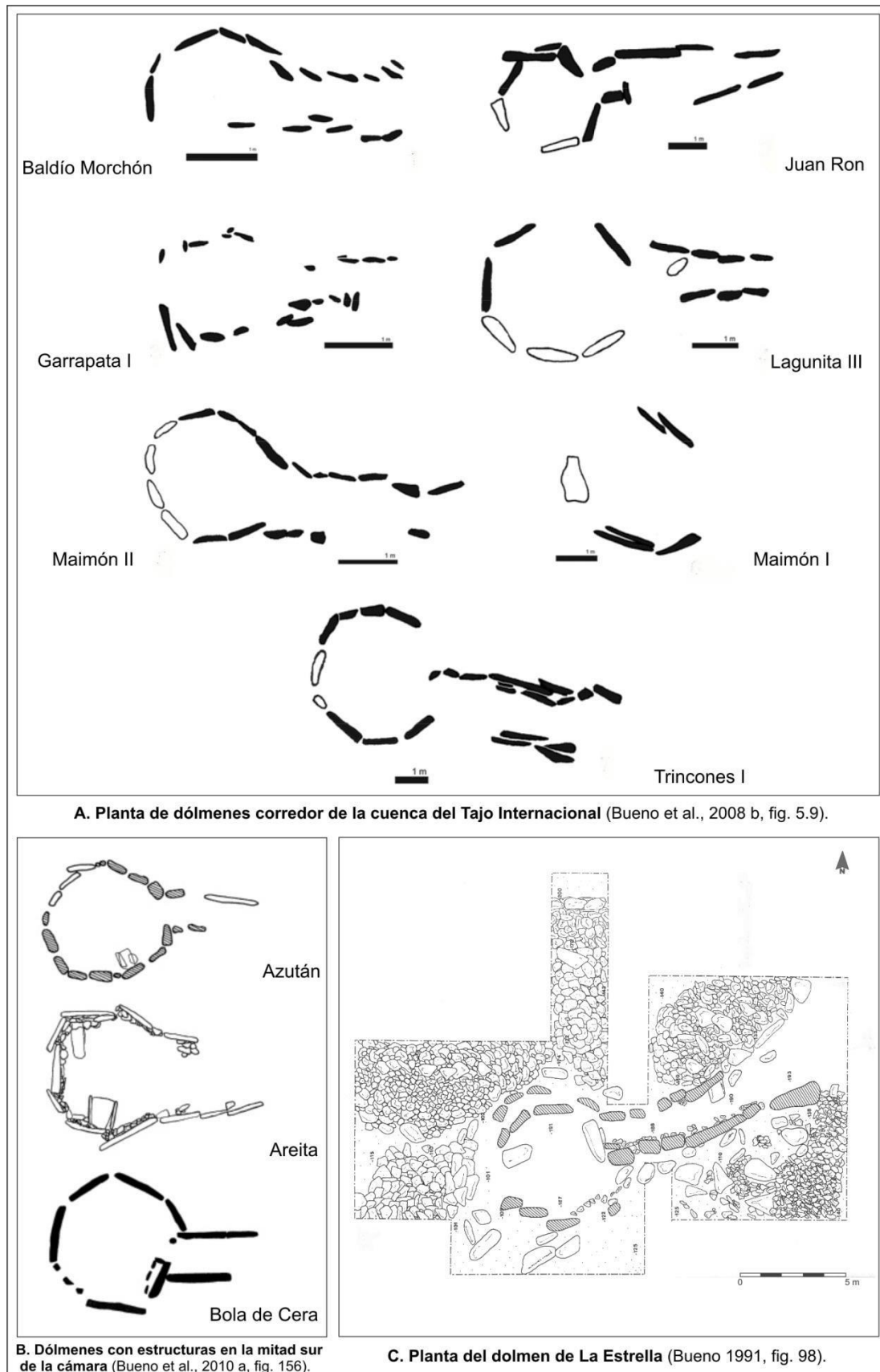


Figura 5.15. Dólmenes de corredor de la Meseta Interior: cuenca del Tajo (Bueno et al., 2008b, figura 5.9; Bueno et al. 2010a, figura 156; Bueno et al. 1991, figura 98).

La construcción del dolmen de Azután se produjo dentro de la segunda mitad del V milenio, en sus últimas centurias, como atestigua las dos dataciones del nivel de base de la cámara: 4950-4300 cal ANE 2 σ , 4620-4220 cal ANE 2 σ . Este monumento mantuvo su funcionamiento como espacio sepulcral colectivo hasta mediados del IV milenio, a tenor de los resultados de un episodio de uso de la cámara, que arrojó unas fechas de: 3650-3000 cal ANE 2 σ , 3520-3138 cal ANE 2 σ , pudiendo estimarse que la cámara se empleó como espacio sepulcral entre el 3510-3340 cal ANE 2 σ . Posteriormente, se produjo su reutilización en “época campaniforme” (Bueno et al., 2005a: 195). Este monumento se erige como el dolmen de corredor datado de cronología más antigua de la Península Ibérica, atestiguando que este modelo arquitectónico aparece a la vez que en el foco tradicional primigenio del megalitismo europeo occidental: la franja centro-oeste de Francia, donde el *dolmen à couloir* se desarrolló en distintas formas y se construyó con técnicas variadas (Bueno et al., 2010a, 2016a).

Otros monumentos del interior de la cuenca del Tajo que han revelado una compleja y larga secuencia arquitectónica son los pertenecientes a la necrópolis de Era de La Laguna (Santiago de Alcántara, Cáceres) (Bueno et al., 2008b). El dolmen de Lagunita I se trata de un monumento complejo en el que se ha identificado tres fases (Figura 5.17, A): 1) monumento de túmulo circular de cantos de cuarzo y lajas de pizarra, que conforma un gran anillo tumular en el que hubo de existir un dolmen de corredor del IV milenio; 2) cámara trapezoidal, similar a las “cistas del suroeste”, construida sobre el monumento anterior en la Edad del Bronce, implicando una retumulación del sitio y la construcción de un segundo anillo retranqueado al interior, dotado de un plataforma pétrea con estela de pizarra tumbada junto a cantos de cuarcita; 3) encanchado sobre el túmulo anterior de época protohistórica, que contiene al menos dos tumbas de incineración en fosas hechas en la masa pétrea de la Edad del Hierro, de fines del siglo VI ANE, conforme a los resultados de la datación radiocarbónica: 770-416 cal ANE 2 σ (Bueno et al., 2008b; Bueno et al., 2010a: 182; Barroso et al., 2012: 100-104).

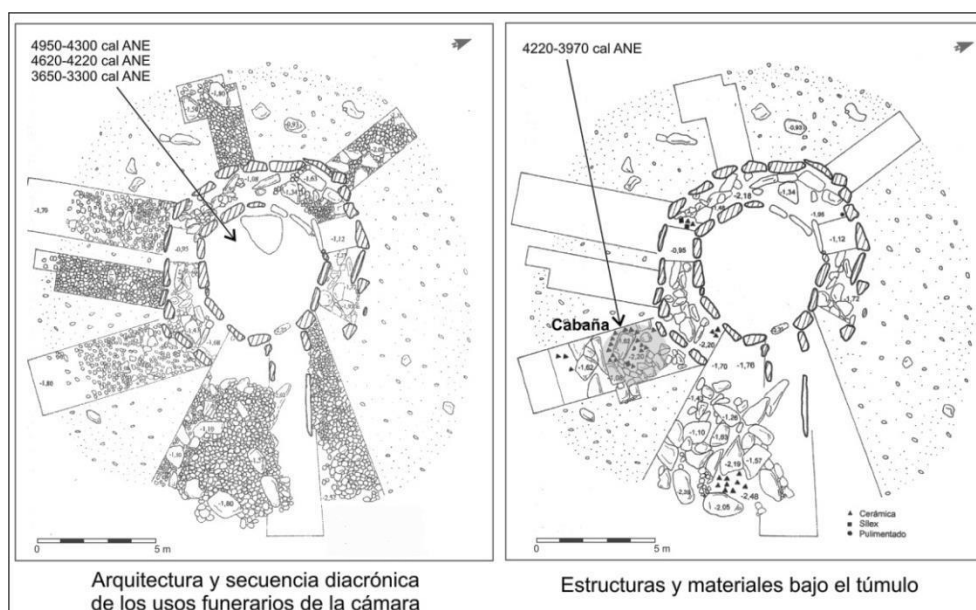


Figura 5.16. Monumento de Azután (Toledo): secuencia y arquitectura (a partir de Bueno et al., 2005a, figuras 36 y 39).

El dolmen de La Lagunita III, ofrece el interés de ser un gran dolmen de corredor construido con ortostatos de pizarra y túmulo ovalado, que evidencia en su secuencia arquitectónica varias transformaciones estructurales y remodelaciones espaciales (Figura 5.17, B). Se erigió como un dolmen de corredor largo con la forma “normativa” característica de la Meseta Interior. Sin embargo, se construyó conforme a los parámetros y técnicas constructivas propias de los monumentos edificados con pizarra, comunes de los dólmenes de corredor corto o dólmenes simples. Su estructura interna destaca por la gran losa de cabecera rectangular que ocupa el lugar central de la cámara, alineada con el eje axial del corredor, presentando similitudes formales con las cabeceras las antas del Alentejo portugués. En torno a esta losa se distribuyeron los soportes de las paredes, con una disposición estructurada en grupos de tres a cada lado, siendo ortostatos de espesores más finos y secciones esbeltas que la pesada losa de cabecera. Esta estructura se contuvo dentro de un túmulo ovalado muy compacto, compuesto de varios elementos constructivos: varias hileras de grandes piedras concéntricas a la construcción ortostática, relleno de cantos de cuarzo y tierra, y arcilla junto a los trasdosados de las paredes. El túmulo estaba contenido por una estructura peristáltica de esquisto/pizarra y cuarcita gris, presentando en el frontal de acceso elementos de delimitación más complejos (hileras de piedras de cuarcita, a modo de pequeños menhires señalizadores, y lajas de pizarra a cada lado) que enmarcaba un área abierta que precedía a la entrada, a modo de vestíbulo. El corredor, en un momento determinado del uso del monumento fue clausurado, mediante un dispositivo de cierre que integró una estela trasladada del espacio interior a efectos de que se viese desde el espacio externo, donde se desarrollaba una fachada monumental, compuesta por dos partes: a) el atrio externo, que albergó un zócalo de piedra, fosas y posibles estructuras de madera destinadas a la deposición de ofrendas (puntas de flecha, recipientes cerámicos, placas decoradas y productos pulimentados) efectuadas durante los eventos públicos de uso y rituales del monumento; b) la estela-menhir, ubicada en el centro, justo en la entrada clausurada del monumento (Bueno et al. 2008b: 49-50, 53-56; Bueno et al., 2010a: 181).

En la Cuenca del Río Sever los dólmenes de corredor largo se organizaron en necrópolis, definiendo extensos grupos conjuntamente con los dólmenes de corredor corto, ocupando los lugares centrales de estas agrupaciones. En esta comarca fueron construidos predominantemente con granito, estando formados por cámaras poligonales de siete ortostatos, con la losa de cabecera en la zona central, caso del Anta de Coureleiros IV (Castelo de Vide), Anta de Fonta da Pipa (Montalvão), además de un corredor alargado trazado axialmente en un amplio rango desde el noreste al sureste, oscilando de 30° a 130°, que habilitaba el tránsito interno (Oliveira, 1997a: 231, 234). El diseño y morfología de las cámaras varía en función del tamaño de la losa de cabecera y de la regularidad de los ortostatos (Oliveira, 2008: 119-120). Dada la gran anchura de la cámara se plantea que este espacio pudo estar cubierto por una estructura de madera, formada por postes anclados en hoyos en el interior de la estructura, un entramado vegetal y un nivel superior de cubrición formado por pequeñas lajas de pizarra (Oliveira, 2008: 121).

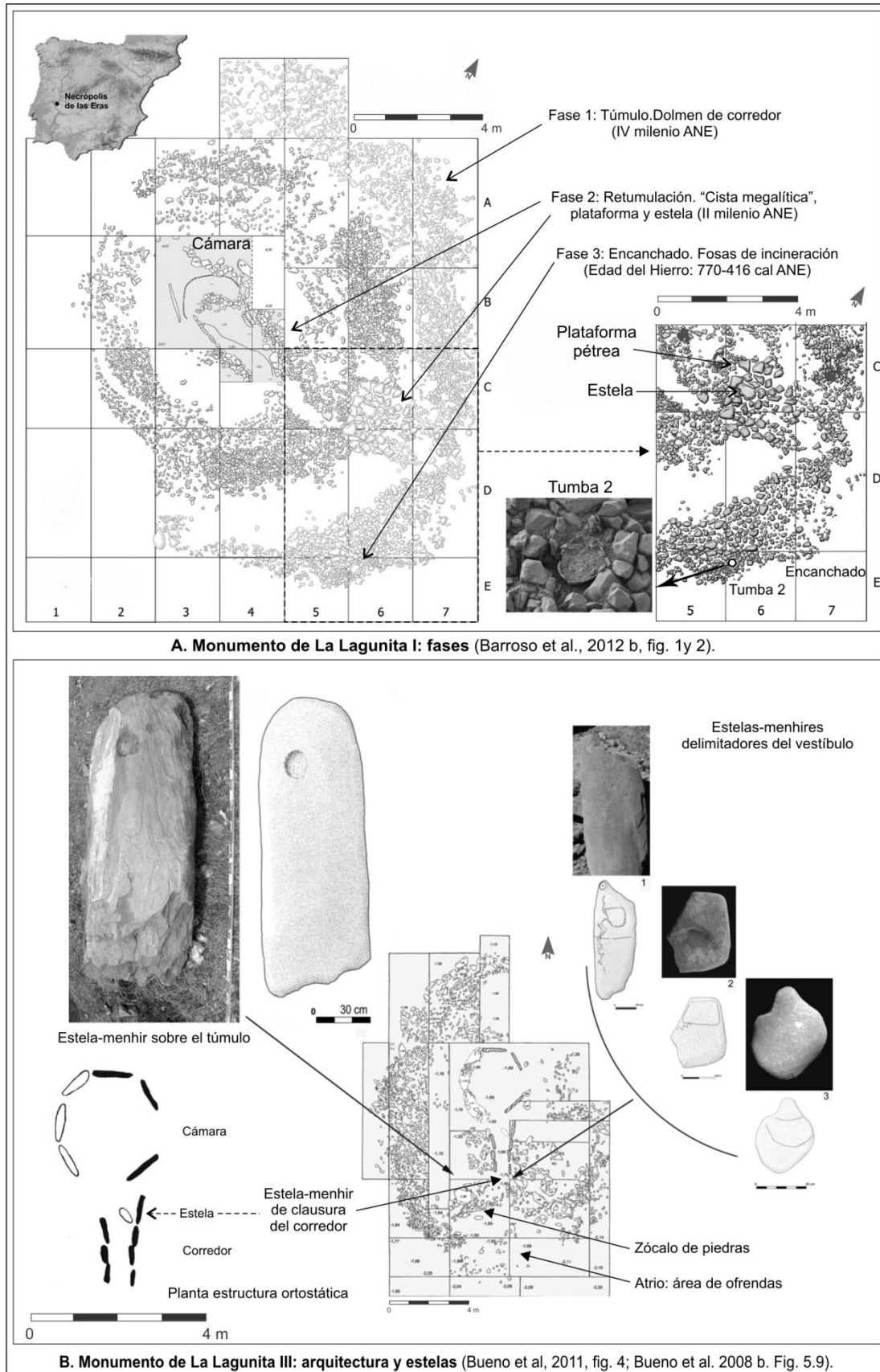


Figura 5.17. Necrópolis de Era de La Laguna: monumentos de Lagunita I y III (Cáceres). Arquitecturas, fases y función de las estelas (a partir de Barroso et al., 2012, figuras 1 y 2; Bueno et al., 2008b, figura 5.9; Bueno et al., 2011, figura 4).

En la cuenca del río Sever, del mismo modo, existen dólmenes de corredor largo contruidos con soportes de pizarra, caso del monumento de Charca Grande de la Regañada, formado por una construcción ortostática dispuesta en una estructura de cimentación excava en el sustrato. Presenta una cámara circular y un corredor largo y de perfil bajo que desemboca en un vestíbulo externo abierto de amplia superficie, delimitado por lajas frontales, definiendo un espacio destinado a la deposición de materiales en el transcurso de las prácticas rituales. Los elementos están contenidos dentro un túmulo circular, formado por una masa compacta de lajas de pizarra, estando delimitado por un anillo de bloques de cuarzo blanquecino (Oliveira, 2008: 121). En esta área este modelo se desarrolló a lo largo del IV milenio cal ANE, manteniendo en uso algunos monumentos en el III milenio y reutilizándose el espacio sepulcral hasta en la Edad del Bronce Pleno, como se ha documentado en el monumento de Bola da Cera, donde se llevó a cabo el enterramiento de dos individuos en la cámara (Oliveira, 1997a: 398-399, 616; Oliveira 1997b; Oliveira, 2008: 122).

5.3.2.2. EL “MEGALITISMO AVANZADO”

Desde finales del IV milenio e inicios del III milenio ANE se desarrolla otra etapa en el megalitismo del interior de la Península Ibérica, caracterizado por la multiplicación de las arquitecturas y la variabilidad de las sepulturas colectivas. En esta fase aparecen nuevas arquitecturas funerarias (cuevas artificiales/hipogeos y sepulcros de falsa cúpula), organizadas en necrópolis colectivas y estructuradas espacialmente en torno a grandes poblados, cuyas prácticas funerarias y objetos muebles expresan y reproducen las desigualdades sociales de las comunidades que experimentaron una mayor intensificación económica y social y un mayor nivel de integración territorial, como indica las redes de intercambio de materiales a larga distancia (Bueno et al., 2005c, 2010a: 166-167, 2012a, 2012; 2016a: 163).

5.3.2.2.1. Cuevas artificiales (3000-1500 cal ANE)

Los hipogeos o cuevas artificiales se distribuyeron en la zona de las llanuras del interior del Tajo, presentándose asociadas o dentro de grandes poblados. Pueden destacarse las necrópolis de Ciempozuelos, Yuncos, Camino de las Yeseras y Valle de las Higueras, que evidencian una actividad funeraria de las tumbas en una larga secuencia diacrónica, documentándose en todas ellas registros funerarios en el III y primera mitad del II milenio cal ANE, es decir, durante el Calcolítico, Edad del Bronce Antiguo y Pleno (Figura 5.18). Uno de los aspectos más relevantes es la construcción de tumbas *ex novo* o la incorporación a mediados del III milenio de los rituales funerarios y ofrendas campaniformes dentro de estas sepulturas colectivas.

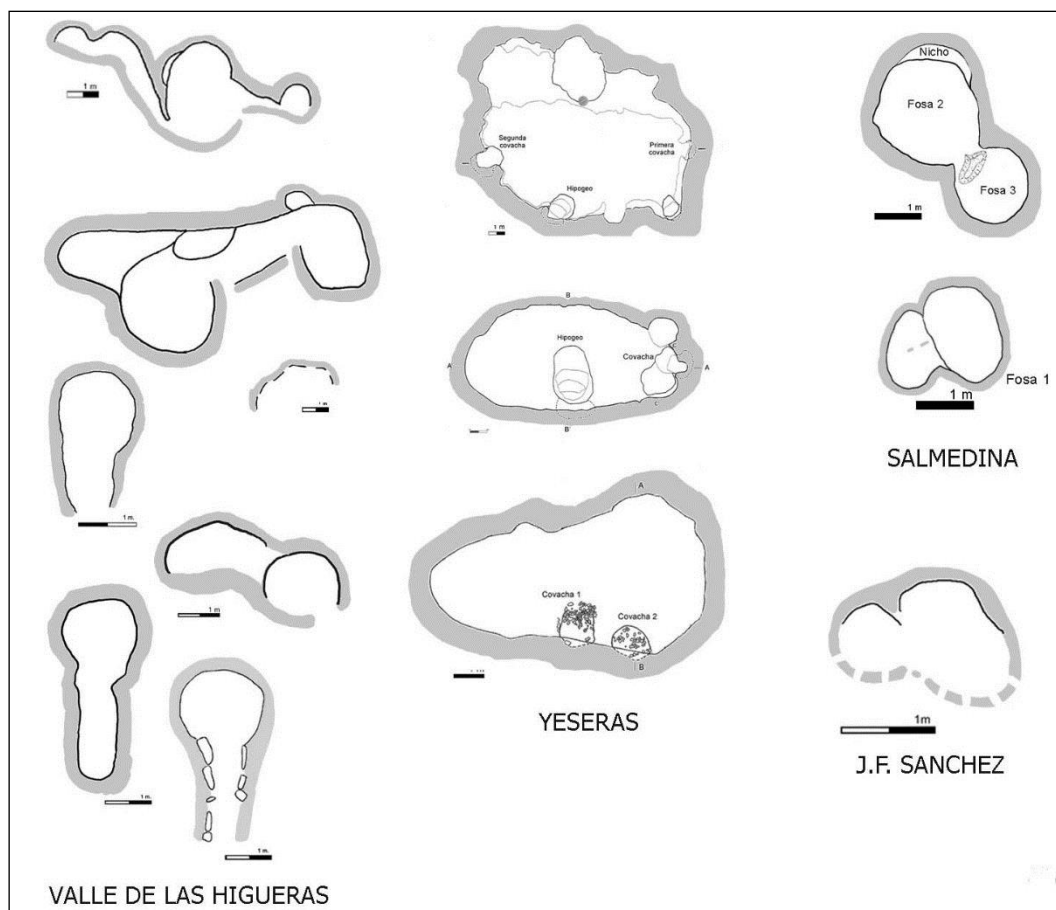


Figura 5.18. Necrópolis de hipogeos de la Meseta Interior (Bueno et al., 2012b, p.77).

Estas necrópolis de hipogeos de carácter megalítico se componen de cuevas artificiales subterráneas o de arquitecturas mixtas construidas en sustratos de calizas o yesos. Existe una gran variabilidad arquitectónica, pudiendo distinguirse en función de las formas, organización espacial y técnicas constructivas los siguientes tipos de tumbas:

- a) Fosas con murete de compartimentación con pozos verticales de acceso, caso de la necrópolis de Yuncos en la región de Madrid.
- b) Pequeñas fosas circulares u ovales (de 1-1,5 m de diámetro) con cubriciones o cierres de piedras, que podrían conformar pequeños túmulos con entradas selladas por lajas-estelas, caso de la necrópolis de Ciempozuelos, Juan Francisco Sánchez, Perales de Río, La Aldehuela y Arenero de Soto de la región de Madrid (Aliaga, 2008: 27).
- c) Hipogeos y covachas múltiples conectadas a un espacio central, que en el caso de la necrópolis campaniforme del Camino de las Yeseras (San Fernando de Henares, Madrid) se compuso de dos áreas funerarias semiexcavadas de planta oval, conformando “patios centrales” donde desembocan los accesos de las tumbas (área funeraria 1 compuesto por

un hipogeo y una covacha; área funeraria 2, formada por un hipogeo y dos covachas), señalizadas mediante acumulaciones de cantos rodados (Liesau et al., 2008: 111-114).

- d) Hipogeos mixtos con atrio de acceso y cámara circular en la necrópolis de Salmedina (Vallecas, Madrid) (Berzosa y Flores, 2005). Las estructuras de acceso de estas tumbas (corredores o antecámaras) son similares a los hipogeos de corredores alargados del Estuario del tajo, caso de la necrópolis de Alapraia, o a la tumbas 1 y 3 de La Pijotilla, de la cuenca media del Guadiana (Bueno et al., 2010a: 170)
- e) Estructuras diversas complementadas con muros de piedra seca y barro, como se ha documentado en la necrópolis del valle de Las Higueras (Huecas, Toledo), contando con una secuencia cronológica de uso desde el 2870-1515 cal ANE (Bueno et al., 2005c, 2007/2008, 2012a, 2012b; Barroso et al., 2015: 168; Bueno et al., 2016a: 162).

La necrópolis del valle de las Higueras se ubica en la cumbre de una meseta, contando con al menos con diez tumbas distribuidas en derredor de la cumbre a intervalos constantes de entre 20-40 m de distancia, estando contenidas al exterior por estructuras lineales de piedras. Se trata de construcciones mixtas en las que se distinguen dos sectores: la parte interna excavada en el sustrato calizo y la parte externa con muros de mampostería. Los paramentos externos están formados por mampostería de piedra seca de caliza y/o por una mezcla de barro con pequeñas piedras, conformando los cerramientos, techumbres y los accesos de las tumbas, visibles desde el exterior. Estas estructuras son muy diversas en forma y composición estructural, variando de estructuras circulares a formas más complejas, presentando diversas estancias internas: cámaras, antecámaras y nichos laterales, caso de la cueva 3, nichos e incluso corredores de acceso desarrollados (cuevas 5, 8 y 9), similares a la tumba 3 de La Pijotilla en la Cuenca Media del Guadiana. En esta necrópolis destaca la convivencia y asociación espacio-temporal de enterramientos colectivos e individuales durante la primera mitad del III milenio cal ANE, como testimonia la existencia de depósitos funerarios colectivos en la mayoría de las tumbas con enterramientos individuales en estructuras concretas. El mejor testimonio lo constituyen la cueva 9, un hipogeo provisto de un corredor sellado con piedras y una cámara circular, en el que se enterró un único individuo adulto, acompañado de una olla cerámica globular y un puñal de sílex, cuya datación, a partir de una pieza dental, sitúa el uso funerario de la estructura en un momento de las centurias centrales del III milenio, entre el 2870-2490 cal ANE 2σ (Barroso et al., 2015: 166, 168-169).

De igual manera que en otras de la Meseta Interior, la presencia de construcciones y depósitos funerarios colectivos campaniformes son numerosos, desarrollándose las prácticas funerarias y rituales mortuorios campaniformes de forma normativa desde el 2600 cal ANE. Estos depósitos funerarios (primarios y secundarios), generalmente colectivos, estaban formados por individuos de distinta edad y sexo (hombres, mujeres y niños), compuestos en algunos casos por dos o tres personas, a los que se asociaban objetos muebles y ofrendas de recipientes cerámicos, metales

(puñales y punta de lanza de tipo Palmela), elementos de adorno de ámbar y variscita e incluso objetos de oro (Bueno et al, 2005b, Bueno et al., 2012a, 2012b; Barroso et al., 2015; Bueno et al. 2016a).

5.3.2.2.2. Los sepulcros de falsa cúpula

En diversas zonas de la cuenca interior del Tajo se ha evidenciado la presencia de sepulcros de falsa cúpula calcolíticos: noreste de la provincia de Cáceres y Toledo (Bueno et al., 2002; Bueno et al., 2007-2008: 774; Bueno et al., 2010 a: 167). Destaca la necrópolis de El Canchal (Jaraíz de la Vera, Cáceres), asociada al poblado amurallado homónimo del III milenio ANE. Esta necrópolis está compuesta por al menos veintiocho tumbas distribuidas en siete agrupaciones en torno al asentamiento. Los monumentos son de pequeño tamaño, reproduciendo formatos recurrentes y sistemas de construcción estandarizados, que evidencian una fuerte tradición constructiva regional o local (Figura 5.19). La mayoría de los sepulcros se forman por una cámara ortostática circular y un corto corredor con diferentes orientaciones, contenidos dentro de pequeños túmulos circulares de entre 5 y 7 m en el eje mayor. Las cámaras son de tendencia circular y diámetro inferior a 2 m, estando compuestas por entre ocho y diez soportes de escasa altura (0,50-1 m). En el trasdosado de algunas tumbas se preservan el nivel constructivo de arranque de la falsa cúpula. Los corredores son de trazado corto y estrecho, construyéndose mediante uno o dos ortostatos a cada lado de las paredes, disponiéndose en algunos casos elementos verticales a ambos laterales enmarcando las entradas (Bueno et al. 2002b: 222-225, 227-228).

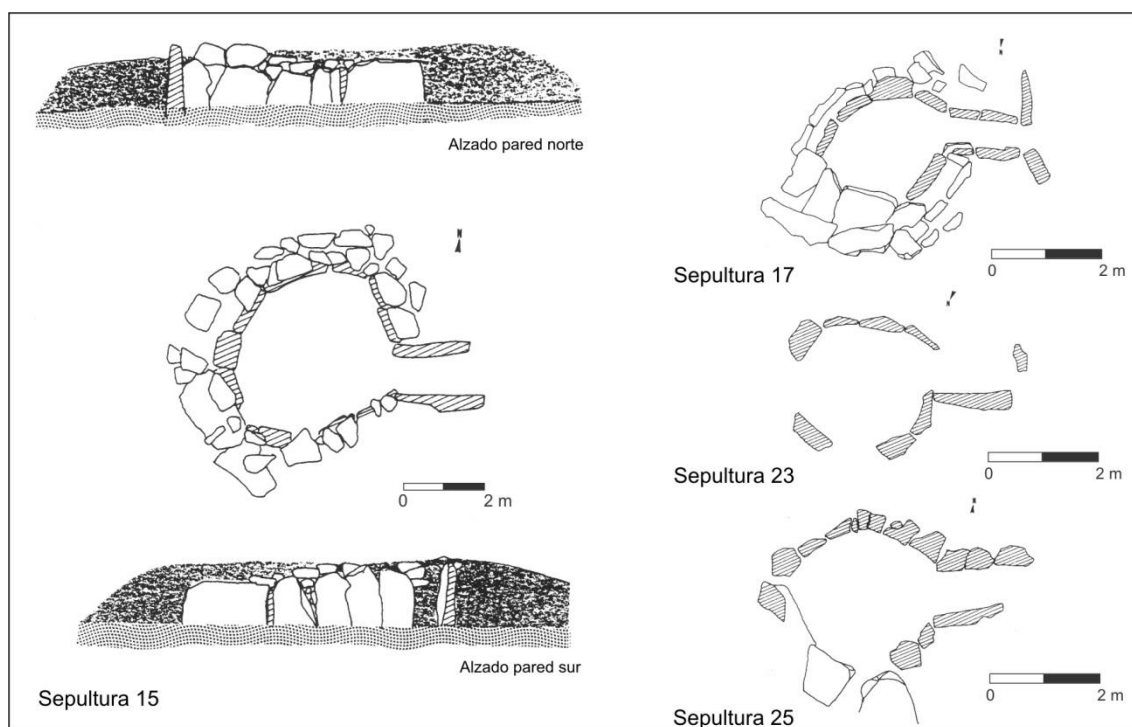


Figura 5.19. Necrópolis de El Canchal (a partir de Bueno et al., 2002b, figura 18 y 20).

5.4. LOS MEGALITISMOS DEL SUR PENINSULAR

El área de los megalitismos del sur abarca las regiones portuguesas del Alentejo y Algarve, cuenca media del Guadiana y Andalucía. En este extenso ámbito geográfico se presenta, al igual que en los dos otros dos sectores peninsulares, una enorme variedad de formas de monumentos y técnicas constructivas desarrolladas en territorios diversificados desde el Neolítico Antiguo-Medio hasta la Edad del Bronce Antiguo.

De forma genérica, el conjunto de las investigaciones ha consensuado la existencia de cuatro grupos de estructuras y arquitecturas vinculadas al megalitismo: 1) los menhires, tanto individuales como formando agrupaciones; 2) los dólmenes, que engloban un grupo de arquitecturas ortostáticas tumulares de amplia variabilidad compositiva, evidenciándose monumentos con cámaras pequeñas, cámaras alargadas, galerías cubiertas, corredor y cámara, cámaras múltiples, entre otros; 3) hipogeos o cuevas artificiales, tratándose de diversas construcciones subterráneas y semisubterráneas; 4) sepulcros de falsa cúpula (*tholoi*), que designan a construcciones provistas de corredor y cámara circular abovedada. A ello, cabría la posibilidad de unir otras estructuras y lugares en los que se presentan elementos constructivos y espaciales característicos del megalitismo, caso de: a) las necrópolis de fosas con elementos pétreos y/o cubriciones tumulares, caso Atafonas (Albergaria, 2007), Campo de Hockey (Vijande, 2009; Ramos et al., 2013) o Arroyo Saladillo (Fernández Rodríguez et al., 2014-2015); b) las cuevas naturales destinadas a enterramientos colectivos, en las que se presentan elementos constructivos y una organización espacial similar a los monumentos en piedra, denominadas como cuevas sepulcrales o cuevas-necrópolis (Vera Rodríguez et al., 2014; Martínez Sánchez et al., 2014; Carvalho, 2016); c) los recintos de fosos, formados por estructuras circulares concéntricas excavadas en el terreno, que expresan otra forma de monumentalidad surgida en el Neolítico Final y prolongada hasta fines de la Edad del Cobre, a la que pueden asociarse espacialmente piedras verticales y tumbas, caso de Perdigões, donde se han documentado recintos de menhires previos y estructuras funerarias del IV-III milenios ANE (fosas y sepulcros de falsa cúpula) y estelas flanqueando las entradas (Valera et al., 2002, Valera et al., 2014a) .

Esta gran diversidad de arquitecturas (monumentos en piedra y estructuras subterráneas), lugares naturales acondicionados con fines funerarios (cuevas y cavidades naturales) y sitios conmemorativos (recintos de fosos), elaborados mediante múltiples técnicas constructivas, puede obedecer a las diferentes maneras constructivas y espaciales en las que las comunidades del sur, al igual que en las otras regiones peninsulares, materializaron los cuatro planteamientos básicos inherentes del megalitismo: la erección de piedras verticales, la casa de los muertos, la casa de los ancestros y la creación de sitios rituales.

Estos megalitismos se desarrollaron en una secuencia diacrónica que abarca en términos cronológicos desde mediados del VI milenio hasta inicios del II milenio ANE. Para algunos autores, la construcción de monumentos megalíticos se desarrolló entre c. 4500-1900 cal ANE (García Sanjuán et al, 2011). Para otros, el megalitismo debe circunscribirse a los monumentos y estructuras funerarias de uso colectivo, que según la secuencia diacrónica del sur del Portugal comprende c.3800-2000 cal ANE (Boaventura y Mataloto, 2013; Carvalho y Cardoso, 2015). Además, algunos autores plantean la permanencia del fenómeno megalítico durante la Edad del Bronce e Edad del Hierro, a tenor de los procesos de reapropiación de los monumentos y la reutilización funeraria durante el II y I milenio cal ANE (Lorrio y Montero, 2004; García Sanjuán, 2002, 2005a, 2005b, 2008; Mataloto, 2007; García Sanjuán, et al. 2011; Aranda Jiménez, 2013, 2014, 2015; Costela, 2015).

El análisis de las formas de los monumentos y la evaluación de las prácticas de uso de los sitios, permiten discriminar dos pautas genéricas. Por un lado, existen determinadas arquitecturas que se circunscriben a áreas geográficas, pudiendo conformar grupos y estilos constructivos que representan las diversas identidades socioculturales locales o regionales. Este es el caso de las arquitecturas de menhires del V milenio ANE y de los primeros monumentos funerarios del IV milenio ANE. Los menhires, dispuestos de forma individual o en grupos, se concentran en las zonas del Algarve suroccidental y fundamentalmente en el Alentejo central y norte, destacado los recintos o *cromeleques* del Neolítico Medio del distrito de Évora. En Andalucía occidental, se ha constatado igualmente en determinados sectores la presencia de menhires que son anteriores a las arquitecturas dolménicas, caso de Sierra Morena (valle del Chanza y cuenca baja del Guadiana en la provincia de Huelva, y valle del Guadiato y Los Pedroches en Córdoba) y Sierra de Cádiz. Las arquitecturas funerarias de los dos primeros tercios del IV milenio ANE se caracterizan por un gran polimorfismo constructivo, pudiendo corresponderse determinados modelos a territorios de escala regional o local, caso de las pequeñas antas del segundo cuarto del IV milenio en el Alentejo central y Algarve suroccidental, así como los posteriores dólmenes de corredor con cámaras poligonales de siete ortostatos en el Alentejo de la segunda mitad del IV milenio ANE, las galerías cubiertas de Andalucía occidental de mediados del IV milenio ANE, los dólmenes de corredor corto con cámaras rectangulares, poligonales o trapezoidales del área de Montefrío, depresión de Gor-Gorafe, Hoya de Guadix-Baza en la provincia de Granada, erigidos desde mediados del IV milenio ANE, entre otros.

Por otro lado, existen arquitecturas funerarias que reproducen similares planteamientos formales y esquemas constructivos, caso de los hipogeos y de los sepulcros de falsa cúpula, que se presentan en la práctica totalidad del territorio del sur peninsular, aunque se detectan evidentes variables formales y rasgos constructivos específicos en cada zona. Las cuevas artificiales aparecen a mediados del IV milenio ANE, expandiéndose y consolidándose como modelo funerario desde el último tercio del IV milenio hasta mediados del III milenio ANE (Boaventura, 2011; García Sanjuán et al., 2011; Boaventura y Mataloto, 2013; Valera, 2013). Los *tholoi*

aparecen en el último tercio del IV milenio ANE, siendo más frecuentes y contruidos de formas estandarizadas en la primera mitad del III milenio ANE (Lozano Medina y Aranda Jiménez, 2017). Ambos modelos constructivos se organizaron en agrupaciones asociadas a los poblados, presentándose incluso conjuntamente en las mismas necrópolis, como es común en Andalucía occidental y en el Bajo Alentejo.

Por tanto, el sur peninsular a tenor de las formas de determinados monumentos y de las desiguales trayectorias de las investigaciones arqueológicas puede dividirse en dos grandes zonas: por un lado, el sur de Portugal, y por el otro, sur de Extremadura y Andalucía. No obstante, los límites territoriales de estas dos grandes áreas son imprecisos, existiendo formas arquitectónicas comunes en uno y otro sector (caso de los dólmenes extremeños de aspecto alentejano), dada las interacciones sociales de las comunidades de la Prehistoria Reciente.

5.4.1. FORMAS ARQUITECTÓNICAS Y SECUENCIAS DEL SUR DE PORTUGAL

El sur de Portugal comprende de la mitad meridional del país, englobando las regiones de Extremadura (península de Lisboa), Alentejo (Alentejo central y Bajo Alentejo) y Algarve. Existe una tradición disciplinar en distinguir dos grandes bloques de megalitismos a tenor de las diferentes concepciones arquitectónicas y usos de los sitios: a) megalitismo no funerario o menhírico, compuesto por piedras verticales y estructuras de menhires: *cromlechs* y alineamientos, para el que se propone un inicio en el Neolítico Antiguo, en el VI-V milenios ANE; b) megalitismo funerario, que engloba a un conjunto de arquitecturas y estructuras destinadas a enterramientos colectivos: cavidades naturales, dólmenes o antas, hipogeos, *tholoi* y fosas, que se desarrolló desde el Neolítico Final hasta la Edad del Cobre Pleno, abarcando una temporalidad entre el segundo cuarto del IV milenio hasta mediados del III milenio (3750-2500 cal ANE) según las secuencias diacrónicas propuestas.

5.4.1.1. MEGALITISMO MENHÍRICO

5.4.1.1.1. Elementos generales

El megalitismo menhírico del sur de Portugal se caracteriza por una serie de elementos generales: a) el desarrollo de una arquitectura monumental con piedras verticales, destinada a su funcionamiento como elementos de demarcación territorial y uso como centros rituales o ceremoniales colectivos conectados con el paisaje; b) su cronología inicial en el Neolítico Antiguo, anterior a los monumentos funerarios, con un desarrollo en paralelo al proceso de “neolitización” regional, en el Neolítico Medio, y su continuidad constructiva y de uso en el

Neolítico Final y Calcolítico; c) su presencia en la práctica totalidad del ámbito territorial meridional, evidenciando patrones de distribución espaciales asociados a poblados, frecuentemente en el Algarve occidental.

Los menhires representan la primera arquitectura monumental en piedra en el suroeste peninsular, desarrollándose en cuatro formas básicas: piedras individuales (menhires, estelas-menhires), grupos pareados, agrupamientos circulares (recintos o *cromlechs*) e hileras de menhires (alineamientos). Las tres primeras formas (menhires individuales, grupos binarios de piedras y recintos) son frecuentes y numerosas, atribuyéndose a una cronología del Neolítico Antiguo-Medio. Sin embargo, los alineamientos son más escasos, peor conocidos y de dudosa atribución cronológica neolítica, como testimonia el único sitio excavado del sur de Portugal, el sitio de Monte de Tera (Pavia, Mora), que se erigió en la Edad del Hierro (Rocha, 2000a, 2000b, 2003a, 2003b).

Sobre la funcionalidad de estas arquitecturas se han propuesto diversas interpretaciones. Algunos autores han destacado el papel de los menhires como elementos de apropiación de la tierra, constatándose una ubicación recurrente de éstos en el entorno de los suelos más fértiles, funcionando como referentes territoriales que propiciaron la demarcación simbólica de los espacios y la monumentalización de los paisajes en relación con el proceso de domesticación neolítico (Gonçalves, 1999: 58; Cardoso et al., 2002: 131). Otros autores destacan adicionalmente que los menhires y estelas-menhires son evidentes representaciones antropomorfas. El conjunto de investigaciones ha destacado el papel de la estatuaria antropomorfa de los menhires, donde el protagonista principal es la representación de la figura humana: los ancestros (Bueno y Balbín, 1996; Bueno et al, 2007, 2015c; Calado, 2004, 2015; Gomes, 2011). En el caso de los recintos y de los posibles alineamientos, se destaca el papel de estas arquitecturas por su mayor dimensión social (Calado, 2015: 249-250). Por un lado, se propone que en estas construcciones pudo expresarse el orden social de los grupos neolíticos, infiriéndose a modo de hipótesis que la posición de los menhires puede reproducir el *status* social de cada individuo o ancestro representado en piedra. Por otro lado, la propia forma circular de las construcciones monumentales remite, según la etnografía, a un uso destinado generalmente a prácticas rituales (Calado, 2004: 147-148). Y, finalmente, la orientación y disposición de los recintos y su alineación con otros menhires del entorno evidencia una intencional relación con los fenómenos astronómicos (Calado, 2015: 250). Por todo ello, los recintos de menhires pudieron erigirse como los primeros grandes centros rituales colectivos de Europa occidental: santuarios.

En el estado de conocimiento actual de la región existe un consenso generalizado en admitir que todas las arquitecturas de menhires cuentan con una cronología anterior a los más viejos monumentos funerarios, siendo anteriores a las construcciones ortostáticas y a otras estructuras asociadas a los enterramientos colectivos. Sin embargo, existe una problemática y un profundo

debate en torno a la génesis y temporalidad inicial del megalitismo menhirico, dada las pruebas empíricas que lo sustentan, siendo muy discutidas y controvertidas las diversas interpretaciones. Las secuencias cronológicas se han establecido a partir de la estratigrafía de los sitios excavados y en función de las dataciones radiocarbónicas de tres sitios, de las cuales dos se realizaron sobre muestras de materiales orgánicos, carbón vegetal en el menhir de Meada y moluscos en los menhires de Padrão 1 y 2, y una mediante datación OSL, el menhir de Quinta de Queimada. Sus resultados han generado una amplia discusión, estableciéndose diversas propuestas acerca de la temporalidad de erección de estas piedras, génesis y relación con el proceso de implantación de las primeras comunidades productoras en la región (Calado, 2015: 244-245). Al respecto, algunos investigadores, tomando en consideración los resultados de la datación radiocarbónica mediante OSL del menhir de Quinta da Queimada y la recurrente asociación a asentamientos mesolíticos, establecen que los menhires surgieron en el área del Algarve litoral desde al menos a fines del VII milenio cal ANE (Calado et al., 2004: 198, Calado et al., 2010: 13). Otros, para el mismo ámbito territorial a tenor de las evidencias estratigráficas del sitio de Caramujeira, en el que se encuentra un menhir dentro de un poblado del Neolítico Antiguo, y de los resultados radiocarbónicos del contexto de los menhires de Padrão 1-2, determinan que este fenómeno se inició en el Neolítico Antiguo, al menos desde mediados del VI milenio cal ANE, en el marco de las primeras sociedades agropecuarias (Gomes, 1994: 331; Gomes, 1997a: 176). Para el Alentejo, se propone del mismo modo un arranque en el Neolítico Antiguo, en función de las fechas radiocarbónicas del menhir de Meada (Oliveira, 1997b; Oliveira y Duarte, 2002: 109), y de las estratigrafías y materiales de diversos sitios excavados: recinto de Xarez, menhires de São Sebastião y recinto de Vale Maria do Meio (Calado, 2004) y recinto de Fontainhas (Calado et al., 2007), que han arrojado materiales de la primera mitad del V milenio ANE (Calado, 2015: 245).

Los menhires siguieron erigiéndose y usándose en el Neolítico Medio (c. 4500-3500 cal ANE), en paralelo al proceso de neolitización regional, siendo estructuras de referencia para la domesticación del territorio de unas comunidades en progresivo proceso de sedentarización, propiciando la apropiación, demarcación espacial y la creación de paisajes rituales (Diniz, 2000; Calado, 2004; Calado et al., 2007; Neves y Diniz, 2014). Del mismo modo, las arquitecturas de menhires perpetuaron su funcionalidad como monumentos y soportes de especial valor simbólico durante el Neolítico Medio, Neolítico Final y Calcolítico, pudiendo advertirse varias pautas comunes en el sur peninsular:

- a) La erección de nuevas piedras verticales y agrupaciones, caso de muchos menhires del Barlovento Algarvio, de probable cronología del Neolítico Medio, caso de Caramujeira II (Gomes, 1997a: 169), o los menhires de Lavajo (Alcoutim) en el Algarve oriental, erigidos en el Neolítico Final (Cardoso et al., 2002).

- b) La transformación de arquitectónica de sitios del Neolítico Antiguo, como se propone para el caso del *cromeleque* de Los Almendres (Évora) (Gomes, 1994: 334-335; Gomes, 1997c: 27-28) o la adición de estructuras a elementos previos, caso de un menhir del recinto de Perdigoões (Reguengos de Monsaraz), en el que dispuso una estructura de mampostería de lajas de esquisto en torno al soporte vertical, creando un área pavimentada con restos de una hoguera, donde se depositaron vasos cerámicos a modo de ofrendas (Gomes, 1994: 327).
- c) La integración *in situ* y reutilización de los menhires como soportes de los sepulcros megalíticos en el IV milenio ANE. Al respecto, pueden discriminarse dos prácticas diferenciadas: el mantenimiento de los menhires en su emplazamiento original y la reutilización como soportes de los sepulcros megalíticos (Bueno et al., 2014: 4; Bueno et al. 2015a: 58; Bueno et al., 2015c: 446).

Incluso, se ha documentado la continuidad del fenómeno menhírico en la Edad del Bronce y Edad del Hierro. En la Edad del Bronce los sitios con menhires pudieron ser reutilizados con fines rituales, no documentándose por el momento la erección de piedras en esta cronología, a atestiguándose exclusivamente la realización de depósitos de vasos cerámicos en dos sitios: en torno a los menhires de São Sebastião (Calado, 2004: 92-105) y en el recinto de Portela dos Mogos (Gomes, 1997c). Sin embargo, en la Edad de Hierro I se tiene constancia de la construcción de menhires, como se ha constatado en el monumento da Tera (Pavia, Mora), ubicado en las cercanías del recinto neolítico de Vale d'El Rei, que le pudo servir de modelo e inspiración constructiva (Calado, 2004: 76-83).

Los menhires se presentan en todo el ámbito geográfico meridional de Portugal, a diferencia de la zona norte donde son más escasos, existiendo dos áreas de especial concentración: Alentejo central, donde existe una diversidad de elementos y recintos monumentales, y el Algarve suroccidental, con un predominio de menhires individuales. En ambas zona se ha constatado un patrón de distribución territorial de constante asociación entre los poblados y estas arquitecturas. Así, en el Alentejo se ha confirmado que en los alrededores de los recintos se disponían asentamientos del Neolítico Antiguo con evidentes conexiones espaciales, caso de Los Almendres (Calado, 2004) y Fontainhas (Calado et al., 2007), en torno a los que se presentan asentamientos ubicados en los afloramientos rocosos más conspicuos (Calado, 2002). En el Algarve occidental, la mayoría de los menhires documentados se encuentran erigidos en los espacios circundantes o dentro de las asentamientos, caso de Caramujeira y Padrão (Gomes, 1997a), Quinta da Queimada (Calado, 2000; Calado et. al., 2004, 2010).

5.4.1.1.2. Menhires individuales

Los menhires del Algarve litoral generalmente se asocian a los poblados permanentes o estables, apareciendo desde el VII-VI milenios ANE. Para algunos investigadores, estas arquitecturas se erigieron en la segunda mitad del VI milenio ANE, en el marco de primeras comunidades agropastoriles, siendo dispositivos esenciales para la configuración de los paisajes de gran valor ritual, asociados a prácticas sagradas de culto a la fertilidad y de simbolismo de regeneración (Gomes, 1994: 331, 339; Gomes 1997a: 186-187; Gomes, 2008: 69). Para otros, sin embargo, los menhires aparecieron en el VII milenio ANE, estando su génesis de forma paralela a las últimas sociedades cazadoras-recolectoras mesolíticas, de forma previa a los grupos productores agrarios (Calado, 2000; Calado et al., 2004: 199, Calado et al., 2010: 8).

Los poblados-menhires se presentan en el extremo occidental del Algarve, contabilizándose actualmente en torno a 230 menhires repartidos entre los municipios de Loulé (5), Silves (22), Albufeira (5), Portimão (9), Lagoa (40), Lagos (28) y Vila do Bispo (121) (Gomes 1997 a: 156-157, Gomes, 1997 b, Gomes, 2008; Calado, 2000). Al respecto, destacan tres zonas por su alta densidad de monolitos: a) Vila do Bispo, en Finisterre, entre el cabo de San Vicente y Sagres, donde se presentan la mayor concentración de menhires del sur de Portugal; b) Lagoa, sobresaliendo en los sitios de Caramujeira, con hasta una treintena de menhires dentro del poblado, y Areitas, con una decena, c) el interfluvio Bensafrim/Odiáxere, con diecisiete sitios con abundantes menhires.

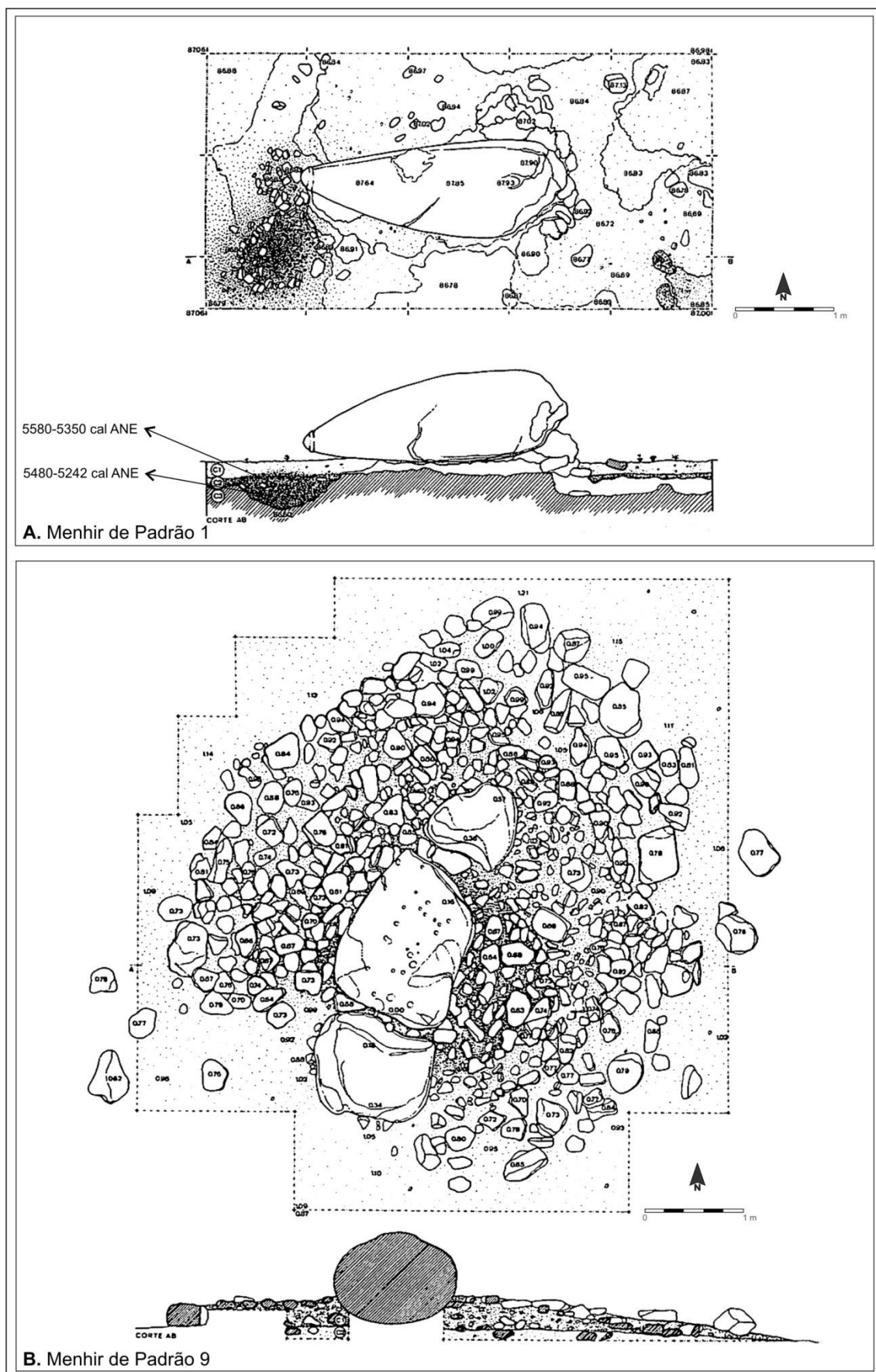
La mayoría de los monolitos se disponen de forma individual. Estos monolitos destacan por su polimorfismo, pudiendo diferenciarse varios grupos: a) grandes monolitos alargados apuntados (de formas cilíndricas, ovoides o paralelepípedas) y de aspecto fálico, a los que se les puede esculpir el glande, siendo los más dominantes, pudiendo alcanzar hasta 3-3,8 m de altura, caso de Pedra Mourinha, Amantes I, Padrão 10, Figueria I, Caramujerira, entre otros; b) estelas-menhires; c) subcónicos u ovoides: betilos, de apenas 0,40 m de altura (Gomes, 1997a: 159). Así, presentan unas dimensiones variables entre 0,4 y 3,80 m, cambiando extraordinariamente entre los asentamientos, pudiendo alcanzar algunos bloques hasta una tonelada de peso. La inmensa mayoría de los menhires han sido manufacturados sobre rocas del medio geológico local, seleccionándose varios tipos de calizas (oolítica, crinoidal o micrítica) del entorno de los asentamientos por sus cualidades de dureza y fracturación (Calado et al., 2010: 10), siendo muy abundantes estas materias primas de color blanco o amarillento del Barrocal Algarvio y en Litoral del Barlovento (Gomes, 1997a: 158). No obstante, se tiene constancia de menhires de arenisca roja en el municipio de Silves, uno de los cuales (Abrutiais) alcanza hasta 3,10 m de altura (Gomes, 1997a: 161).

Los motivos decorativos representados en los grandes monolitos alargados apuntados de aspecto fálico, se reducen a tres modelos gráficos básicos realizados en alto relieve o grabados: a) cordones ondulantes con tres o cuatro líneas verticales, que pueden alternar con formas

triangulares adosadas a la línea del glande; b) cadenas de elipses dispuestas en vertical y unidas por una línea central; c) bandas ovales adosadas a un cordón que delimita el glande. Las estelas-menhires presentan exclusivamente cadenas de elipses. Los betilos contienen decoraciones de líneas ondulantes en relieve o grabadas (Gomes, 1997a: 161-162).

Los primeros menhires conocidos en la región, caso de Caramujeira y Areias (Lagos), se adscribieron a una primera etapa de uso de los monolitos encuadrada en el Neolítico Antiguo Evolucionado, a tenor de los restos materiales de los poblados en los que se ubican, que en términos cronológicos relativos se enmarca en la segunda mitad del VI y primera mitad del V milenio ANE. Estos monolitos se colocaron verticalmente dentro de fosas de cimentación, preservándose en la actualidad la mayoría tumbados y fracturados. La excavación del sitio de Padrão (Vila do Bispo), proporcionó la obtención de una cronología absoluta para estos primeros menhires. Se excavó una zona en la que se encontraban dos menhires tumbados (Padrão 1 y 2) junto a su fosa de cimentación, que se asociaban espacialmente a una estructura de combustión y a un empedrado anexo, estando parcialmente cubiertos por la misma unidad estratigráfica (Figura 5.20 A). De la hoguera se dataron mediante radiocarbono dos valvas de especies marinas distintas (*Cerastoderma edule* y *Tapes decussatus*) que ofrecieron los siguientes resultados calibrados tras la corrección del efecto de reservorio oceánico: a) Icen 645: 6440±60 BP, 5480-5242 cal ANE 2σ; b) Icen 873: 6560±60 BP: 5580-5350 cal ANE 2σ. La homogeneidad de los resultados radiocarbónicos y la probada contemporaneidad estratigráfica de los menhires con el contexto arqueológico lleva a proponer que la erección de estos monolitos se produjo en la segunda mitad del VI milenio, en el Neolítico Antiguo, en un intervalo entre el 5484-5366 cal ANE 2σ (Gomes, 1994: 331; Gomes, 1997a: 176). Para otros menhires, a tenor de las evidencias materiales del sitio (cerámicas y productos líticos) y de los motivos decorativos, se propone una cronología del Neolítico Medio (c.4500-3500 cal ANE) e incluso del Neolítico Final (c.3500-3000 cal ANE). Este puede ser el caso del menhir 9 de Padrão (Vila do Bispo), que se emplaza asociado a un túmulo de planta subcircular de 4 m de diámetro y 0,80 m de altura, formado por bloques calcáreos, gres y grauvaca mezclados con tierra, que custodiaba un “depósito votivo” formado por una gran molino y moledera, un objeto elaborado en caliza, fragmentos de un vaso y varios restos malacológicos (Figura 5.20 B) (Gomes, 1997a: 165-166).

En el área del interfluvio Bensafrim/Odiáxere se presenta una alta concentración de poblados con menhires, documentándose diecisiete sitios (Quinta da Queimada/Monte Don Luis, Odiáxere, Pinheiral, Monte Alto, Figueiral, Pedra Branca, Salgados, Montinho da Rocha, Maranhão Novo, Monte de Castanheiro, Sabrosa, Colinas Verdes, Montes Juntos, Portela do Padrão, Palamares y Torres), en los que predomina una industria lítica microlaminar de tradición epipaleolítica. En estos sitios habitacionales se constató la presencia de menhires elaborados con las calizas del entorno, en cantidades variables, de entre uno y ocho menhires en cada sitio, de distinto tamaño, morfología y tratamientos decorativos que representan símbolos recurrentes: vulvas, mamas, glándes, ondas y zigzags (Calado, 2000).



La excavación del menhir de Quinta Queimada y la datación mediante OSL de un sedimento de la base del relleno de la fosa de cimentación ha permitido determinar la fecha del mismo en el de 9095 ± 45 BP, argumentándose que su erección se produjo con un 95% de probabilidad entre el 7983 y 6203 cal ANE (Calado et al., 2004: 196; Calado et al., 2010: 13). Esta evidencia cronológica y la recurrente constatación de poblados-menhires lleva a plantear a sus investigadores que estos monolitos se levantaron en el suroeste peninsular desde, al menos, fines del VII milenio cal ANE, con antelación a la irrupción de las comunidades agrarias, que aconteció c.4500 ANE (Calado et al., 2010: 12). Con esto, para estos autores los menhires surgieron en el marco de sociedades del mesolítico, apareciendo en el contexto de grupos inmersos en un proceso de sedentarización y concentración poblacional, como refleja el modelo de organización territorial de tipo locacional de Bensafrim-Odiáxere, correspondiente a grandes poblados con menhires cuya superficie oscilaba entre 6-40 hectáreas (Calado et al., 2004: 197-199; Calado et al., 2010: 8).

En este patrón de distribución territorial los menhires funcionaron como elementos materiales que manifestaban la identidad de los grupos sociales de linajes totémicos. En los menhires, entendidos como tótems, se plasmaba la identidad de ellos mismos y la de sus ancestros, siendo elementos reproductores de la cohesión social intergrupal. En éstos, se representaba los falos con glandes esculpidos, diversos atributos femeninos (mamas o pechos, vulvas con uno o más labios abiertos, vulvas con labios cerrados), y motivos ondulantes. Estos símbolos representan la identidad de los linajes totémicos dentro de los poblados, pudiendo corresponderse con las diferentes unidades domésticas o conjunto de casas, siendo el más común en esta área el motivo de la mama. En este sentido, los menhires pudieron funcionar como elementos de demarcación espacial dentro de los poblados y como hitos para el establecimiento de fronteras en estos grupos de la costa del Algarve, denotando una alta complejidad social. Los asentamientos se ocuparon entre fines el VII y mediados del V milenio ANE, evidenciándose un proceso de abandono generalizado, como se ha documentado en el sitio de Quinta da Queimada. Por tanto, la erección de piedras verticales en el oeste del Algarve se contextualiza en el final de una etapa de una sociedad mesolítica en procesos de desarticulación (Calado et al., 2010: 9, 12).

En el Algarve oriental, del mismo modo, se presentan menhires diseminados por el territorio. Los mejor conocidos se localizan en el municipio de Alcoutim, siendo monolitos de grauvaca, caso de del menhir de Afonso Vicente (Gomes, 1997a: 157) o el conjunto de menhires de Lavajo (Cardoso et al., 2002). Este conjunto está compuesto por dos agrupaciones de menhires de grauvaca del Neolítico Final-Calcolítico, de fines del IV milenio ANE e inicios del III milenio, cumpliendo funciones de demarcación de los terrenos agrícolas y de monumentalización del paisaje (Cardoso et al., 2002: 131). Lavajo I está compuesto por tres menhires, cuya altura máxima está en torno a 3 m, estando todos profusamente decorados mediante grabados: círculos, cazoletas, alineamiento de cazoletas, líneas ondulantes, serpentiformes, motivos triangulares, entre otros. Lavajo II, ubicado a 250 m del anterior grupo, está compuesto por

cuatro estelas-menhires no decorados de pequeño tamaño, que estarían dispuestas linealmente dentro de una gran fosa de cimentación, que podría conformar un alineamiento con dirección este-oeste. La excavación de esta de estructura permitió documentar la existencia de un depósito asociado al ritual de fundación de Lavajo II, estando compuesto por materiales del Neolítico Final: placa de grauvaca lisa perforada, fragmento de vaso cerámico y pico de grauvaca, además de varios productos colocados o desechados en la fosa: microlito subtriangular, gubia pulida, punta de flecha de base cóncava, fragmento de martillo.

Los menhires del Alentejo presentan unos tamaños variables de entre 1 m y 4 metros de altura, estando elaborados en distintas materias primas. En el Alentejo central predominan los soportes en granito, atestiguándose la presencia de grandes monolitos de hasta 5 m de altura en Reguengos de Monsaraz, caso de las estelas-menhires de Outeiro, Bulhoa, Monte de Ribeira y Barrocal, ubicadas predominantemente en el espacio central de este grupo megalítico y en áreas potencialmente fértiles de los valles para prácticas agropecuarias, funcionando como marcadores paisajísticos que propiciasen la apropiación simbólica del territorio (Gonçalves, 1992: 212; Gonçalves, 1999: 58). Estos soportes son de morfologías alargadas o fálicas, de secciones cilíndricas o planas, presentando la mayoría complejas decoraciones grabadas o en bajo relieve. El menhir de Outeiro o Penedo Comprido, mide 5,6 m de altura, un diámetro máximo de 0,9 m y cuenta con un peso próximo a las 8 toneladas, es de aspecto fálico por su morfología curvada y presencia de meato urinario tallado en su extremidad superior (Gonçalves, 1992: 215). La estela-menhir de Bulhoa o Belhoa destaca por la prolija decoración de la superficie en la mitad superior del soporte conservada, reproduciéndose los mismo motivos decorativos en las dos caras: báculos, líneas ondulantes y elementos circulares (Gonçalves, 1999: 56), apuntando este tratamiento decorativo “especular” en las dos caras del soporte la existencia de una intencionalidad simétrica, una continuidad técnica de los grabados y, por tanto, un largo uso temporal, como es común en el sudoeste peninsular (Bueno et al., 2007: 604). La estela-menhir de Monte de Ribeira mide 4,70 de altura, contando con una anchura máxima de 1 m y un espesor de 0,50 m. Destaca, al igual que el menhir de Belhoa, por su tratamiento tallado esteliforme y abundante decoración en ambas caras, elaborados mediante diversas técnicas de grabado (piqueados con sección en “U”), bajo relieves e incisiones finas, presentando los siguientes motivos: hacha trapezoidal, líneas en zigzag, líneas sinuosas verticales, báculo, serpentiformes, cinturón, hachas simples y hachas enmangadas, halteriformes, círculos, paracírculos, cazoletas (Gonçalves, 1999: 61-64). Estas estelas-menhires se han interpretado como representaciones de figuras humanas (Bueno y Balbín, 1996; Bueno et al., 2007, 2014, 2015a). En Reguengos de Monsaraz estos elementos antropomorfos cuentan con unos formatos estereotipados, con tamaños medios de 5 m de altura, y que poseen báculos en bajo relieve junto a armas y elementos serpentiformes, definiendo elementos de prestigio, símbolos de poder y marcas territoriales de los grupos sociales, para los que se ha propuesto una cronología de la segunda mitad del IV milenio ANE e inicios del III milenio ANE, a tenor de los motivos

representados, que son comunes en los ajuares mobiliarios de los monumentos funerarios, caso del báculo (Gonçalves, 1999: 64-65).

La estela-menhir de Herdade do Barrocal alcanzó una altura total de 5,72 m, una anchura máxima de 1,68 m y espesor de 0,80 m, siendo manufacturada mediante técnica de lascado de las aristas, abujardado y pulimento de la superficie. Presenta decorada las dos caras, distinguiéndose diversos motivos y tratamiento que permiten proponer la cronología del soporte y su evolución como monumento: a) Erección a fines del Neolítico Antiguo, en el V milenio ANE, acorde a los elementos grabados de grandes líneas onduladas; b) Grabados del Neolítico Medio, caso de los dos posibles idoliformes y báculos; c) Grabados de bandas en zigzag, del Neolítico Final o Calcolítico; d) Derrumbe intencional en el Calcolítico, permaneciendo tumbado; e) Grabados en la superficie boca arriba en la Edad del Bronce, con presencia de motivos circulares simples o concéntricos con puntos o cazoletas en su interior (Gomes, 2007). Se ha interpretado que esta estela-menhir formaba parte de un recinto ovalado con orientación axial este-oeste de 72 m en el eje mayor por 60 m en el lado transversal, ocupando una posición central y dominante respecto a los demás monolitos de menor tamaño, que fueron tallados en el afloramiento de granito (Gomes, 2007: 60).

En el área norte del Alentejo la mayor concentración de menhires se evidencia en el distrito de Partalegre, donde se ha constatado la existencia de varios monolitos de granito y dos probables recintos megalíticos, ubicados en los municipios de Castelo de Vide, Marvão, Nisa, Crato, Campo Maior, Monforte y Ponte de Sôr, que ocuparon generalmente emplazamientos amesetados o cumbres de amplia visibilidad, en las inmediaciones de poblados neolíticos-calcolíticos o sepulcros megalíticos y cercanos a los suelos potencialmente óptimos para la agricultura (Oliveira y Duarte, 2002: 119). El monolito más destacado del municipio de Castelo de Vide y de la zona noreste del Alentejo es el menhir de Meada (Castelo de Vide), por ser el de mayores dimensiones y por haberse datado en a inicios del V milenio cal ANE, estableciendo un *terminus post quem* para la implantación de las arquitecturas de menhires en el Alentejo en el Neolítico Antiguo. Este menhir alcanzó una altura de 7,52 m respecto al suelo, un diámetro máximo de 1,25 m y un peso de 18 toneladas. Es de forma cilíndrica y su aspecto es fálico, presentando en la extremidad superior un resalte que delinea un glante. La excavación de su fosa de cimentación permitió recoger un carbón de especie de no identificada de su base, realizándose una datación radiocarbónica que arrojó una fecha de 6022±40 BP: 5017-4801 cal ANE 2σ (Oliveira, 1997a, 1997b; Oliveira y Duarte, 2002: 109). Otro menhir significativo por su morfología triangular, orientación hacia el norte (5° N) y dimensiones (3,20 de altura desde el firme y 6,3 toneladas) es el monolito de Carvalhal. En el municipio de Marvão se localizan los menhires de Água da Cuba, Corregedor y Pombais, siendo los dos primeros de formas fálicas e inferiores a 1 m de altura, y el tercero, de forma cilíndrica tallado en un afloramiento natural ubicado en un asentamiento neolítico y calcolítico. En el municipio de Nisa, se encuentran los menhires pareados de Charneca do Vale do Sobral, de forma cilíndrica y con cazoletas, y el

menhir de Saragonheiros junto al dolmen homónimo. En el municipio de Crato es conocido el menhir de Casa Nova, de forma pseudocilíndrica, de 1,50 m de altura y 0,45 m de diámetro. En Monforte destaca el menhir natural de los Sete, tallado en un bloque de afloramiento de forma cilíndrica de hasta 3 m de altura, y el monolito de la Carrilha, de forma cilíndrica y en torno a 1,65 m de altura.

Las arquitecturas de menhires representan una forma de monumentalidad en la que evidencia una pauta constante de conexión espacial y simbólica con el paisaje circundante. Al respecto, algunos autores han puesto de manifiesto la relación de los menhires con los afloramientos naturales circundantes en el Neolítico Antiguo, discriminando dos patrones de interacción de las arquitecturas con el paisaje en el Alentejo central (Calado, 2002):

- a) La disposición de menhires en zonas inmediatas a los afloramientos de granito, emulando incluso las formas naturales las rocas. Así, la mayoría de los menhires se localizan en zonas cercanas a afloramientos destacados, que formaron parte de la configuración de los paisajes, dado que en estos sitios suelen localizarse asentamientos coetáneos y se usaron como áreas de aprovisionamiento y canteras. En este sentido, destaca el caso del menhir de Barrocal, localizado en las cercanías de un afloramiento de granito en el que se encuentra el negativo de extracción se corresponde exactamente con las dimensiones y forma del bloque con la oquedad de la cantera (Calado, 2015: 249).
- b) La implantación de menhires disociados de los afloramientos rocosos, implicando el transporte de bloques de grandes distancias hasta el lugar de construcción, siendo los minoritarios, caso del menhir de Vale de Rodrigo I (Kalb, 1996, 2013).

5.4.1.1.3. Alineamientos

Los alineamientos son escasos y mal conocidos en el sur de Portugal. En el Algarve se han documentado varios sitios en el extremo occidental, reproduciendo las mismas pautas de implantación en el territorio que los menhires individuales.

En el Algarve occidental se ha constatado la presencia de pequeños alineamientos, atribuidos al Neolítico Antiguo, debiendo erigirse en la segunda mitad del VI o primera mitad del V milenio ANE conforme al contexto del megalitismo del Barlovento Algarvio (Gomes, 1997a; Gomes 2008: 72). Son conocidos los alineamientos de Portela do Padrão (Bensafrim, Lagos), orientado de noreste a suroeste, o de los ubicados en Vila do Bispo, compuesto por cuatro o cinco menhires, caso del alineamiento Padrão 10-14, compuesto por cinco menhires o el alineamiento de Aspadrantes, de 16 m de longitud, formado por un gran menhir y tres menores dispuestos en un eje noroeste-sureste, o incluso los formado por pequeñas piedras (entre tres y cinco) orientados con sentido norte-sur o noroeste-sureste: Carriços, Marmeleiro, Marreiros I-II (Gomes, 1997a:

164). El alineamiento de Vilarinha (Silves) está formado por cuatro monolitos de arenisca roja, con orientación noreste-suroeste, a lo largo de 1 km de extensión, ocupando las elevaciones de una estribación (Gomes, 2008: 55). Los monolitos son de diferentes formas: uno subcilíndrico, dos ovoides alargados con aspecto fálico y una estela, manufacturados por un proceso técnico de lascado, abujardado, piqueteo y pulimento. En su superficie presentan una decoración compuesta mayoritariamente por motivos serpentiformes (líneas ondulantes), además de “báculos”, armas y numerosas cazoletas. La disposición noreste-suroeste (de naciente a poniente) puede ponerse en relación con una orientación intencional hacia el solsticio de verano. Este alineamiento se erigió en la segunda mitad del VI o primera mitad del V milenio, contando con una larga vida, como testimonia la realización de grabados en los soportes en el Neolítico Medio-Final (“báculos”) y la conversión del menhir 1 en una estatua-menhir durante el Neolítico Final-Calcolítico (Gomes, 2008: 68-69, 72).

En el Alentejo central se conocen dos posibles alineamientos neolíticos. Uno de ellos se presenta asociado al *cromeleque* de Portela dos Mogos (Évora). Este alineamiento de 30 m de longitud, está formado por seis monolitos de granito con intervalos de separación equidistantes, contando con una orientación de naciente a poniente (Gomes, 1997d: 36). El alineamiento de Piedra Longa (Montemor-o-Novo), con orientación noroeste-sureste, preserva tres menhires distantes entre los extremos 178 m (Gomes, 2008: 69).

El alineamiento de Monte de Tera (Pavia, Mora) está formado por cinco menhires, alcanzando una extensión de 9 m de longitud al que se asocia un necrópolis de incineración de la Edad del Hierro I, con enterramientos de los siglos VII-V ANE, en la que presumiblemente se reutilizaron soportes neolíticos (Rocha, 2000a, 2000b, 2003a, 2003b). Este alineamiento está formado por monolitos de diferente morfología y dimensiones a los menhires neolíticos, siendo de formatos alargados y angulares y de tamaños más pequeños (Calado, 2004: 186-188).

5.4.1.1.4. Recintos de menhires

La región del Alentejo central destaca por la presencia de recintos de menhires monumentales y de marcada presencia en el paisaje, caso de Almendres, Vale Maria do Meio, Portela de Mogos, Cuncos, Tojal, Vale d’El Rei, Fontainhas, Monte da Ribeira, Casa de Baixo, Sideral, entre otros, datados en el Neolítico Antiguo-Medio, a partir de mediados del V milenio ANE (Calado, 1997, 2004, 2015). Son recintos megalíticos de morfología circular, elípticos, con planta en forma de herradura o en “U” formados por menhires de granitos de distintos tamaños y formas, representando un valor de atributos individuales dentro del colectivo de la construcción (Calado, 2004). En la mayoría de estos recintos (Almendres, Vale Maria do Meio, Portela dos Mogos, Tojal y Fontainhas) existe un menhir central posicionado en la parte interna lateral oeste mayores dimensiones que el resto, estando presente en levemente desplazado respecto a la línea del eje axial del monumento. Esta pauta, junto al número, forma y distribución de los menhires, es

interpretada como una evidencia plausible de la pervivencia de terminados restos de alineamientos previos en los mismos lugares de emplazamiento de los recintos, pudiendo subsistir una o dos hileras de piedra en cada monumento (Calado, 2015: 247) (Figura 5.21).

Con esto, la conformación de los recintos de menhires puede obedecer a la ejecución de varios proyectos arquitectónicos y la concatenación de diferentes monumentos en el mismo lugar, en la que puede intuirse, una fase previa de uno o dos alineamientos, a la que se sucede la construcción de un recinto circular en el Neolítico Antiguo, en un única etapa o varias, como se propuso para el *cromeleque* de Los Almendres, formalizado en tres fases constructivas: Neolítico Antiguo, Neolítico Medio y Neolítico Final (Gomes, 1994: 335). Este monumento presenta una morfología resultante de la yuxtaposición de dos recintos con diferentes cronologías erigidos en una dirección axial este-oeste, en relación con los equinoccios (Figura 5.22). En la primera fase, un momento avanzado del Neolítico Antiguo, se erigió el primer recinto, estando formado por tres círculos concéntricos de pequeños monolitos que alcanzaba un diámetro externo de 18,80 m. En la segunda fase, en el Neolítico Medio, se construyó el segundo recinto, adosado al oeste. Esta estructura estaba compuesta por menhires de mayor tamaño y monolitos reutilizados del anterior monumento, describiendo un diseño de dos elipses concéntricas e irregulares, cuyas dimensiones eran mayores: 43,60 m en el eje mayor por 32 m en el menor. En la tercera fase, en el Neolítico Final, se llevó a cabo la remodelación de los dos recintos. En el más antiguo se extrajeron diversos monolitos del lateral este a efectos de crear una especie de atrio que marcara la entrada alineada con el monumento y propiciara una mayor conexión visual con el paisaje circundante. En el recinto mayor se dispusieron diversos menhires y estelas decoradas, acordes a una mayor complejidad de las prácticas rituales llevadas en el lugar (Gomes, 1994: 334-335; Gomes, 1997c: 27-28). Al respecto, Calado (2015: 248) interpreta la evolución arquitectónica de este monumento de diferente manera, proponiendo que el primer recinto es el de mayor tamaño y en forma de herradura, construido en el Neolítico Antiguo, al que se adosa en su extremidad este un segundo recinto, siguiendo la prolongación del eje axial.

Todos los recintos presentan un diseño geométrico sustentado en una planta en forma de herradura. Manuel Calado (2015: 248), ha constatado que varios recintos del Alentejo central (Portela dos Mogos, Vale Maria do Meio, Tojal y Vale d'El Rei) reproducen a diferente escala constructiva y dimensión la planta del recinto de Los Almendres, que podría ser el primer monumento construido en forma de herradura, lo que lleva a establecer que todos los recintos se basaron en este modelo arquitectónico original común. Por tanto, las dimensiones de los monumentos son variables. El de mayor tamaño es el de Los Almendres, llegando a alcanzar 60 m lineales en su eje mayor por 43,60 de máxima anchura (Gomes, 1997c). Otros presentan unos tamaños intermedios, superiores entre 20-40 m de longitud axial, caso del recinto de Vale Maria do Meio, de 37 m de largo por 25 m de anchura, (Calado, 2004: 64), y Portela dos Mogos, de en torno a 25 por 15 m de anchura (Calado, 2004: 40), así como los de Cuncos y Tojal. Los más

pequeños son inferiores a 10 m de longitud, caso de Vale d'El Rei, 10 m de longitud por 8 m de anchura (Calado, 2004: 87), y Fontainhas, de similares dimensiones (Calado et al., 2007: 87).

Los menhires de los recintos son de distintos formatos y dimensiones, predominando los soportes cilíndricos, ovalados alargados, ovalados, prismáticos y en forma de "láminas de puñal". Todos fueron manufacturados en granito. La mayoría de los menhires de los recintos, al igual, que en los que se presentan sólo o formando grupos binarios, evidencian formas y rasgos antropomorfas y atributos personales (cara, nariz, ojos, hombros), siendo recurrente la presencia de motivos grabados en sus superficies: cazoletas, círculos, líneas ondulantes, báculos, crecientes lunares, formas cuadradas, e incluso bajo relieves (Gomes, 1994, 1997c, 2011; Calado, 1997, 2004; Ferraz, 2015). Esta estatuaria antropomorfa destaca por la representación humana, estableciéndose en las estelas-menhires y estatuas-menhires un complejo discurso arquitectónico y gráfico en torno a los ancestros, proceso común el sur peninsular desde el Neolítico Antiguo-Medio (Bueno y Balbín, 1996; Bueno et al, 2007, 2014, 2015a, 2015c).

Los recintos fueron contruidos generalmente en emplazamientos geomorfológicos divisorios de los principales cursos de agua que delimitan espacialmente fronteras naturales entre los territorios, siendo zonas coincidentes con las vías de paso y rutas de trashumancia tradicionales. Estos monumentos se ubican en las cimas de unidades de relieve amesetadas, estando desprovistas de afloramientos rocosos y contando con una cierta altura respecto al medio circundante. De estos sitios destaca la amplia visibilidad sobre un horizonte despejado, generalmente, abiertos a naciente del sol, por lo que se han relacionado con prácticas astronómicas de observación de los ciclos solares y lunares, como testimonia la orientación axial de los mismos hacia el este. Por esto, se ha destacado el complejo significado ritual y simbólico de estas arquitecturas, como evidencia su intencional emplazamiento, organización, disposición y orientación hacia los episodios astronómicos de los ortos solares solsticiales y equinocciales (Gomes, 1994, 1997a, 1997c; Calado, 2004, 2015).

El único monumento del Alentejo central que es diferente en planta es el recinto de Xarez (Reguengos de Monsaraz), que es forma cuadrangular, disponiéndose con un menhir de mayor tamaño en el centro, que podría ser un producto de una reconstrucción en 1972 (Calado, 2004; Calado, 2015: 246). Recientemente, otros autores han propuesto que el monumento de menhires de Alto da Cruz (Pavia, Mora) presenta una planta cruciforme, estando formado por seis piedras (Alvim y Rocha; 2012: 44). Interpretación que es rechazada por Calado (2015: 248), argumentando que debe tratarse de los restos de un recinto con planta en forma de herradura, cuyos menhires fueron tumbados fruto de un desmantelamiento posterior, como se evidenció en lo cercanos recintos de Vale d'El Rei (Calado, 2004: 85-89) y Fontainhas (Calado et al., 2007), ubicados en el mismo municipio

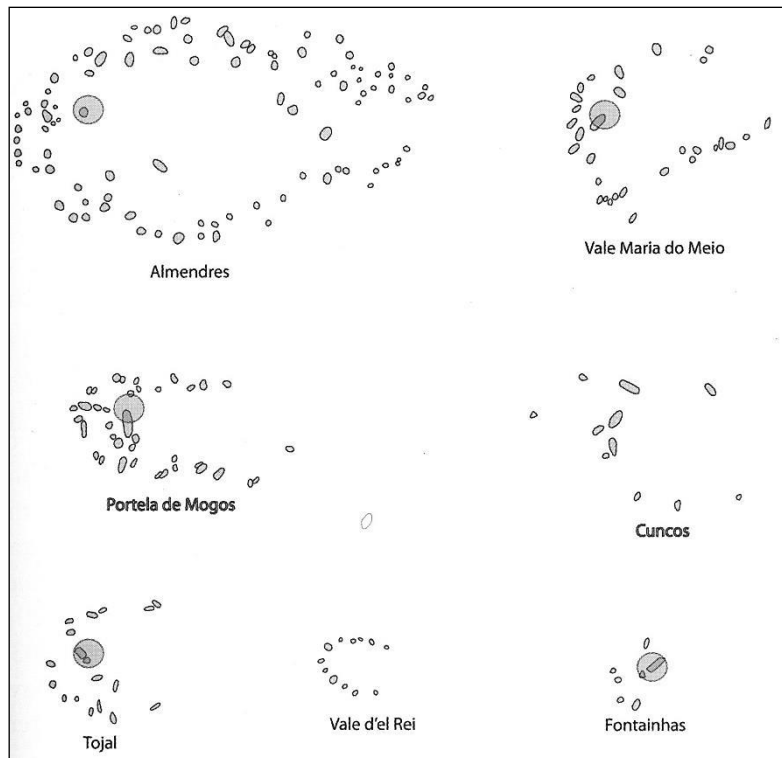


Figura 5.21. Recinto de menhires del Alentejo central con indicación del menhir central (Calado, 2015, figura 4.)

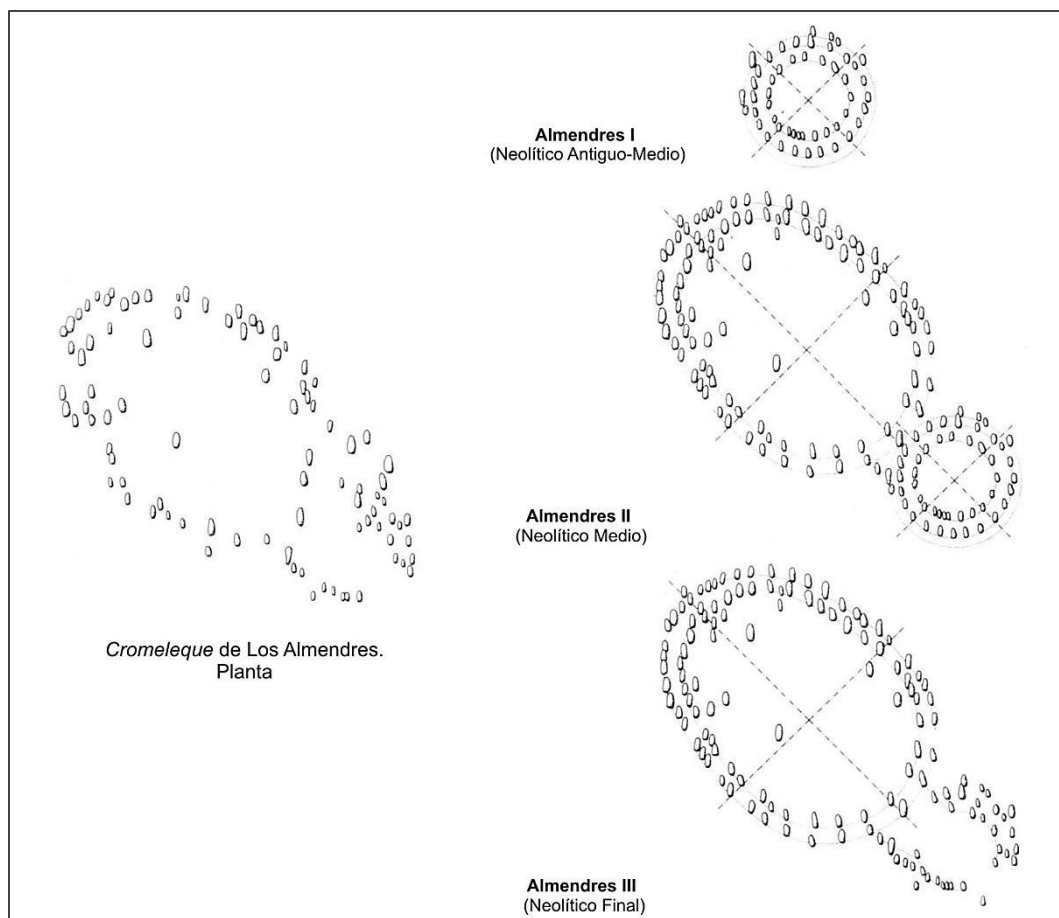


Figura 5.22. Cromeleque de Los Almendres (Évora, Alentejo central) (a partir de Gomes, 1994, figura 9).

Fuera del ámbito central del Alentejo se han localizado varios *cromeleques* en la zona norte, en el distrito de Portalegre, caso del grupo de menhires del Alminho (Ponte de Sôr), que se presentan tumbados y fracturados, pudiendo formar un recinto megalítico (Oliveira y Duarte, 2002: 117). En el municipio de Elvas es conocido el *cromeleque* de Cabeço de Torrão, del que se preservan doce menhires de granito de pequeñas dimensiones, inferiores a 1 m de altura, de formas subcilíndricas, ovoides y subparalelepípedas. No ha podido determinarse su planta, al estar casi todos tumbados sobre la plataforma en la que se erigió, sin haberse identificado las fosas de cimentación. En torno al menhir 4, que permanecía erguido, se constató una estructura pétrea, creando una tumulación similar al menhir 9 de Padrão (Vila do Bispo). El eje axial y organización de los menhires de este recinto pudo disponerse con una orientación hacia el sol nascente, como es común en los *cromeleques* alentejanos (Albergaria y Lago, 1995; Albergaria y Dias, 2000: 42-45; Lago y Albergaria, 2001: 48-51).

En el Algarve se ha propuesto la existencia de dos recintos de planta elíptica en el municipio de Vila do Bispo: Amantes I y II. El *cromeleque* de Amantes I mide 35 m en el eje mayor por 26 m en el eje menor, contando con una orientación de naciente a poniente, del que se preserva siete monolitos tumbados. A tenor de los restos materiales cerámicos y líticos esa construcción dataría del Neolítico Final (Gomes, 1997a: 164-165, 172).

Con todo, las arquitecturas de menhires representan la primera arquitectura monumental del sur peninsular, destacando especialmente los recintos por ser los primeros monumentos en los que se evidencian conceptos, planteamientos y formas de implantación en los paisajes característicos del megalitismo, que posteriormente se reproducirán en los monumentos funerarios, caso de la geometría de las construcciones (estructuras circulares y ovales de los recintos), el posicionamiento de las piedras centrales, los patrones decorativos, la orientación en relación con los episodios astronómicos de los ortos solares, el valor simbólico de ancestralidad de los soportes, la configuración de centros rituales colectivos, entre otros (Calado, 2004; Bueno et al., 2014: 8-9). Buena muestra de ello, es la posterior incorporación y reutilización de los menhires y estelas-menhires en los monumentos funerarios del IV y III milenios ANE, habiéndose evidenciado su presencia en todas las formas arquitectónicas.

5.4.1.2. MEGALITISMO FUNERARIO

5.4.1.2.1. Elementos generales

Para algunos investigadores el megalitismo designa a un complejo conjunto de prescripciones, normas y código mágico-religiosas relacionadas con la muerte y no con el tipo de arquitectura, dado que los espacios sepulcrales colectivos se desarrollaron de forma coetánea en el IV y III milenios ANE en diversos lugares naturales (cuevas y abrigos rocosos), arquitecturas pétreas de aspecto cavernoso (antas y *tholoi*) y estructuras excavadas en el terreno (hipogeos y fosas),

provistos de estructuras que habilitaban su accesibilidad periódica (Gonçalves, 2003b: 263-264; Boaventura, 2009; Boaventura, 2011: 176; Mataloto y Boaventura, 2009; Boaventura y Mataloto, 2013: 8). Por tanto, el elemento más definitorio del megalitismo sería el uso funerario colectivo de estos espacios sepulcrales, en los que los muertos fueron depositados junto a ajuares recurrentes de forma secuencial, siendo modificados reiteradamente por las prácticas de reorganización de los ámbitos mortuorios (Boaventura y Mataloto, 2013: 82). El denominador común de los variables monumentos y estructuras del Neolítico Medio-Final es que funcionaron como contenedores funerarios colectivos, acumulándose en algunos casos hasta centenares de inhumaciones que conformaron auténticos osarios (Carvalho, 2012: 189). Según las secuencias diacrónicas establecidas por las dataciones radiocarbónicas en el centro-sur de Portugal, el inicio de las construcciones y el uso funerario colectivo de las cuevas naturales, antas (grandes y pequeñas) e hipogeos se produjo al unísono en el sudoeste peninsular durante el segundo cuarto del IV milenio cal ANE. Así, entre el 3750-3500 cal ANE, se documenta en los edificios funerarios un conjunto de prácticas mortuorias que enfatizaban el uso colectivo y consecutivo de estos espacios reservados al dominio de los muertos, que se prolongó hasta mediados del III milenio cal ANE (Boaventura y Mataloto, 2013: 98; Mataloto et al., 2016/2017: 60, 135). Los inicios de la colectivización de los espacios funerarios surgen primeramente en las cuevas naturales, c. 3800 cal ANE, atestiguándose el desarrollo de contextos sepulcrales colectivos diferenciados respecto a las anteriores deposiciones funerarias individuales, caso de la gruta de Lugar do Canto, del distrito de Santarém (Carvalho y Cardoso, 2015: 46).

El megalitismo funerario del sur de Portugal se caracteriza por tres elementos generales: el polimorfismo o diversidad estructural, la coexistencia temporal de varios modelos de arquitecturas y estructuras en las mismas áreas territoriales y la separación física entre las esferas domésticas y funerarias.

De un lado, el marcado polimorfismo de las arquitecturas y estructuras funerarias (Gonçalves, 1992: 233-234; Gonçalves, 2003b: 264), al igual que en todas las regiones peninsulares, se traduce en la existencia de cinco tipos de contenedores funerarios destinados a deposiciones colectivas: cuevas naturales, dólmenes (antas), hipogeos y fosas funerarias, coexistiendo diversos modelos durante el IV y III milenios ANE. Estas estructuras fueron elaboradas mediante diversas técnicas constructivas en piedra (antas, sepulcros de falsa cúpula), excavadas en el sustrato (hipogeos y fosas), así como aprovechándose las cuevas o cavidades naturales (Boaventura y Mataloto, 2013: 81), denominadas como grutas-necrópolis, en las que se han documentado elementos similares a las construcciones megalíticas y prácticas mortuorias colectivas, caso de las cuevas de Lugar do Canto (Carvalho y Cardoso, 2015) y de Bon Santo (Carvalho, 2016).

De otro lado, estos contenedores coexistieron temporal y territorialmente, existiendo una variedad de “áreas megalíticas” diversas, determinadas por razones físicas (geología y

geomorfología) y variables socioculturales, caracterizadas por la presencia conjunta de varios modelos arquitectónicos y estructuras mortuorias (Mataloto et al., 2016/2017: 129), constatándose a la vez diversas combinaciones: a) pequeños sepulcros con las antas de corredor, caso del Alentejo central: Reguengos de Monsaraz, Elvas, Montemor-o-Novo, Mora, Redondo, y Monforte (Gonçalves, 1992, 1995, 1999, 2013; Gonçalves y Sousa, 1997, 2000; Lago y Albergaria, 2001; Calado, 2003; Rocha, 2005; Mataloto et al., 2016-2017); b) cuevas naturales con pequeños sepulcros, caso de la gruta de Escoural enclavada en la zona del grupo de pequeñas antas de Montemor-o-Novo-Coruche (Araújo y Lejeune, 1995); c) hipogeos y pequeñas antas, como es frecuente en el Bajo Alentejo, como testimonio la presencia de las necrópolis de Sobreira da Cima donde existen sepulcros de cámara sencilla (Valera, 2013); d) hipogeos, *tholoi* y fosas funerarias en las mismas necrópolis, como se ha constatado en varios sitios del Bajo Alentejo, caso de las áreas funerarias circundantes al poblado de Porto Torrão: Cardim 6, Monte do Carrascal 2 y Monte dos Cortes (Valera, 2010; Calvo et al., 2012; Valera et al., 2014b), así como en Brinches (Serpa), con hipogeos construidos en la Edad del Bronce (Valera y Filipe, 2010, 2012; Valera et al., 2014c).

Además, algunos autores han enfatizado la separación física entre el espacio de los vivos y el espacio de los muertos en el IV y primera mitad del III milenios cal ANE. Esta separación de las dos esferas a inicios del IV milenio ANE se ha interpretado de diversas formas. Por un lado, representa un cambio en la estructura mental que rompe con la tradición mesolítica de coincidencia entre los asentamientos y las áreas de enterramiento en los mismos lugares, representando la construcción de los monumentos megalíticos la “domesticación de la muerte”, que implicó una nueva concepción de la muerte y de los muertos, con nuevos rituales funerarios colectivos, la conversión de los difuntos en antepasados y la creación de un nuevo paisaje (Diniz, 2000: 113-114). Esto es acorde con el nuevo sistema de ocupación del territorio a partir del Neolítico Medio Pleno (c. 3500 cal ANE), caracterizada por la definitiva implantación de las comunidades productoras, coincidiendo con la emergencia del megalitismo funerario, como se ha constatado en el Alentejo (Neves y Diniz, 2014: 56). Por otro lado, significa la consolidación de un proceso de apropiación del paisaje, iniciado en la fase inicial del Neolítico Medio (c. 4500-3500 cal ANE) con el megalitismo no funerario (*menhires* y *cromeleques*), manteniéndose parte de los elementos de la tradición megalítica menhírica en los monumentos funerarios, destacando tres aspectos: a) la domesticación espacial del territorio y el control simbólico de los ciclos naturales, como testimonia la continuidad de los patrones de orientación preferente de los sepulcros megalíticos hacia el este (coincidiendo con los episodios astronómicos de los ortos solares equinocciales y solsticiales); b) los rituales y cultos solares asociados a estos sitios; c) la veneración a los antepasados (Calado, 2004). Con esto, se concibe que a lo largo del IV milenio ANE se produjo una profunda transformación de los paisajes del sur peninsular portugués, funcionando los monumentos funerarios como marcadores territoriales colectivos, sitios monumentales y sitios contenedores de los muertos, en los que las comunidades de los vivos conferían periódicas ofrendas votivas (Mataloto et al., 2016/2017: 136).

Este distanciamiento entre los lugares de habitación, considerados como sitios sedentarios, y los espacios funerarios se prolongó hasta mediados y el tercer cuarto del III milenio cal ANE, momento en el que se mezclan ambos contextos, como consecuencia del declive de las prácticas funerarias características del megalitismo (Mataloto y Boaventura, 2009; Boaventura y Mataloto, 2013: 81).

No obstante, las esferas domésticas y funerarias ofrecen en determinados casos lecturas complementarias. Por un lado, en los momentos iniciales del megalitismo funerario, es recurrente la una pauta de construcción de dólmenes en sitios con ocupación habitacional previa, como se ha constatado en los sitios de Vale de Rodrigo 2 y 3 (Larsson, 2000; Ambruster, 2006, 2008). Por otro lado, se advierte que el periodo de máximo apogeo del megalitismo es coetáneo en el tiempo a la emergencia de los recintos de fosos y poblados delimitados con fosos, que se implantan en el territorio alentejano en el último tercio del IV milenio cal ANE (Valera, 2010b; Valera et al., 2014a, 2014d), pudiendo funcionar determinados lugares funerarios como espacios de agregación al igual que los recintos de fosos (Boaventura y Mataloto, 2013: 85, 98).

5.4.1.2.2. Secuencia diacrónica

La secuencia diacrónica tradicional de las arquitecturas funerarias del sur de Portugal fueron establecidas a partir de las tipologías arquitectónicas y los ajuares registrados en su interior. La primera secuencia fue establecida por el matrimonio alemán Georg y Vera Leisner desde el estudio sistemático de los monumentos de Reguengos de Monsaraz y el análisis de las arquitecturas del megalitismo del Occidente Ibérico, distinguiendo genéricamente tres tipos de construcciones desarrolladas en una cronología evolutiva lineal: a) las antas sin corredor o “cistas megalíticas”, con cámaras de formas poligonales, alargadas o rectangulares; b) las antas con corredor; c) los sepulcros de falsa cúpula (*tholoi*) contruidos con lajas de pizarra (Leisner y Leisner, 1951a: 19; Leisner y Leisner, 1956).

Esta secuencia fue revisada en la década de 1980, proponiéndose un esquema alternativo por parte de Claudio Tavares Silva (1987: 85-86), posteriormente ampliada conjuntamente con Joaquina Soares (Soares y Silva, 2000), para las zonas del Alentejo litoral, margen sur del Bajo Alentejo y el Alto Algarve, que se ha mantenido en vigor hasta fechas recientes en las cuales otros investigadores han añadido matices, destacando la propuesta de Leonor Rocha (2005). Estos autores (Silva, 1987, 1997; Soares y Silva, 2000), estimaron que el megalitismo funerario se desarrolló en la siguiente secuencia evolutiva (Figura 5.23):

1. Fase 1 (proto-megalítica), de transición del Neolítico Antiguo Evolucionado al Neolítico Medio, desde mediados del V milenio ANE. Se caracteriza por la presencia de pequeñas

cámaras simples cerradas en túmulo, distinguiéndose dos formas: a) cámaras ovaladas, caso del anta 10 de Herdade das Areias de Reguengos de Monsaraz, anta 6 de Couto da Espanhola en Indanha-a-Nova; b) cámaras rectangulares (“cistas”), caso de Palmeira de Caldas y Marco Branco de las necrópolis de Monchique (Soares y Silva, 2000: 118-121).

2. Fase 2 (megalitismo medio), que aconteció en la transición del Neolítico Medio al Neolítico Final, abarcando de la primera mitad del IV milenio ANE. En esta fase se erigieron diversos tipos de antas: a) cámaras rectangulares con corredor estrecho contenidos de estructuras tumulares complejas en el Alentejo litoral (dolmen de Palhota); b) cámaras rectangulares abierta sin corredor en el Bajo Alentejo; c) cámaras poligonales con corredor pequeño en el Alto Alentejo (antas Poço de Gateira y Gorginos 2).
3. Fase 3 (apogeo del megalitismo), en el Neolítico Final y Calcolítico Inicial, correspondiente a la segunda mitad del IV milenio e inicios del III milenio ANE. En esta etapa son predominantes los grandes sepulcros de corredor de cámara poligonal construidos dentro de túmulos prominentes, tanto en el Alentejo central (Anta I do Sival, Anta de Olival da Pega 2, Anta Grande de Zambujeiro, Anta Grande da Comenda da Igreja) como en el Alentejo litoral (Pedra Branca). En el Algarve predomina otra forma arquitectónica: los dólmenes de cámara alargada de planta ovalada, oblonga o piriforme, con el corredor poco diferenciado.
4. Fase 4 (fin del megalitismo), en el Calcolítico, desde inicios hasta fines del III milenio ANE. La fase final se ha identificado con dos elementos: a) la aparición de los *tholoi*, formados por cámaras y corredores construidos mediante ortostatos/lajas de revestimiento (*Tholos* de Farisoa) o mampuestos (*Tholos* dos Tasos), generalmente organizados en necrópolis asociadas a poblados fortificados; b) reutilización de los dólmenes.

El incremento de las dataciones radiocarbónicas y de la documentación de nuevas estructuras funerarias asociadas al fenómeno megalítico en los últimos años, ha llevado a confirmar a algunos autores que el megalitismo funerario se trata de un fenómeno de larga duración temporal, abarcando al menos dos milenios, iniciándose a mediados del V y prolongándose hasta mediados del III milenio cal ANE, como se ha propuesto para las zonas norte y sur de Portugal (Cruz, 1995; Monge Soares, 1999; Oosterbeck, 2003a, 2003b). Sin embargo, para otros, la secuencia tradicional de la cronología del megalitismo de Portugal es muy cuestionable, ya que las seriaciones de las dataciones radiocarbónicas presentan grandes limitaciones, dada la disparidad de las muestras datadas y los contextos de procedencia, con un predominio de fechas establecidas a partir de carbones (Boaventura, 2011), por lo que se considera incluso que la “cronología propuesta para la aparición y desarrollo del megalitismo portugués tiene aún un marcado carácter hipotético” (Carvalho, 2012: 186).

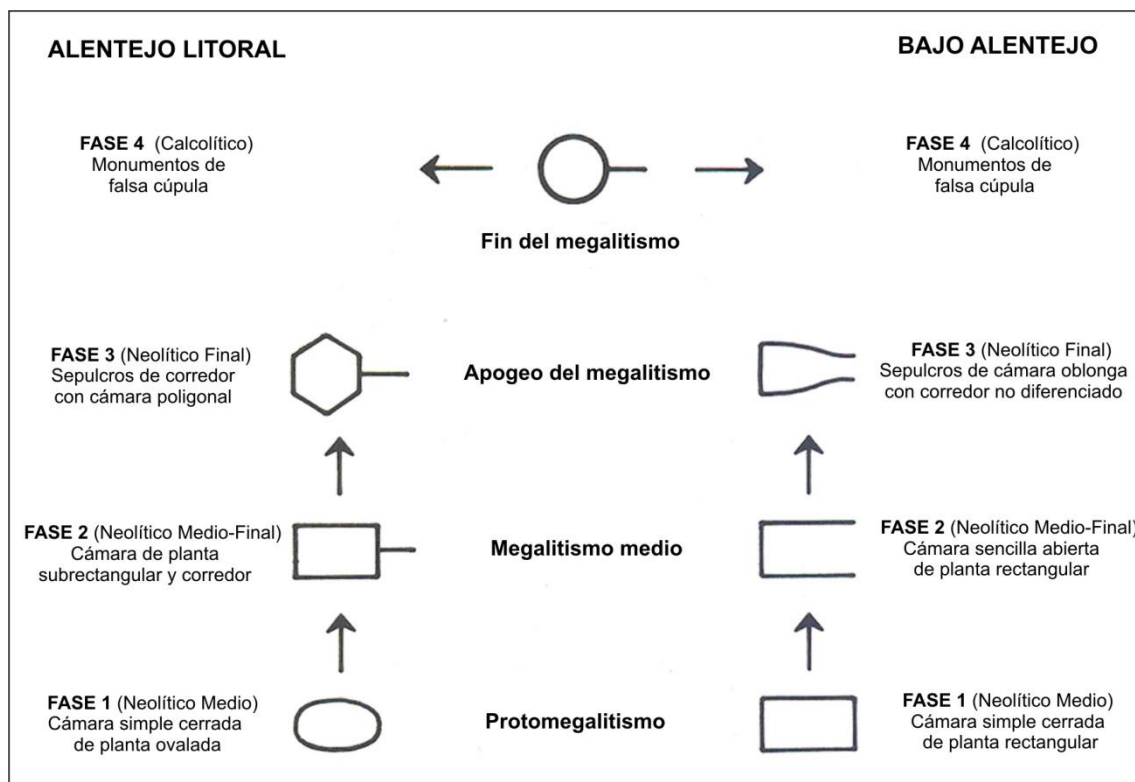


Figura 5.23. Secuencia evolutiva de las arquitecturas megalíticas funerarias del sur de Portugal (modificado de Silva, 1987, figura 2).

Sin embargo, otros autores han realizado propuestas alternativas, destacando la secuencia establecidas por los arqueólogos Rui Boaventura y Rui Mataloto para el desarrollo cronológico del Megalitismo del Suroeste peninsular (Boaventura, 2009; Boaventura y Mataloto, 2009; Boaventura, 2011; Boaventura y Mataloto, 2013; Mataloto et al., 2016-2017). Para su elaboración han asumido dos limitaciones: la primera, la baja representatividad y la exigua cantidad de muestras datadas que permitan elaborar un diagrama cronológico riguroso, siendo escasos los sitios en los que se hayan realizado tres o cuatro dataciones (Boaventura, 2011: 178), aunque sí suficiente como para trazar un cuadro temporal hipotético; y, la segunda, la existencia de asimetrías regionales derivadas del medio físico y de la diversidad de los grupos sociales (Boaventura y Mataloto, 2013: 94). La periodización se ha elaborado a partir de análisis crítico de las dataciones radiocarbónicas disponibles de los poblados y de las estructuras funerarias, del modelado bayesiano de fases secuenciado, del estudio de los ajuares que componen los espacios sepulcrales colectivos y de la evaluación de las cronologías relativas anteriores (en especial de los Leisner, 1956, 1959, 1965). Esta propuesta se sustenta en el establecimiento de una secuencia en cuatro fases, considerando como límites de inicio y fin del proceso dos elementos principales (Boaventura y Mataloto, 2013: 90-92, 94-96): a) las dataciones infratumulares del monumentos de Vale de Rodrigo como fechas de inicio, que obedecen a una ocupación habitacional anterior de inicios del IV milenio cal ANE (Larsson, 2000: 450; Armbruster, 2008: 86); b) las dataciones de contextos de reutilización de mediados del III milenio cal ANE de varios monumentos funerarios, que representan el momento final del megalitismo, caso de Santa Margarida 3 (Gonçalves, 2003a: 46-50), Vale de Rodrigo 2 (Larsson,

2000: 450), Anta Grande de Zambujeiro (Soares y Silva, 2010: 100-101), *Tholos* de Monte Velha 1 (Monge Soares, 2008: 47-48) y *Tholos* de Alcalar 7 (Morán y Parreira, 2004: 106-117).

A diferencia de las secuencias anteriores, circunscriben el megalitismo funerario a poco más de un milenio de duración, entre la primera mitad del IV milenio y mediados del III milenio cal ANE, definiéndolo como un fenómeno de relativa corta duración temporal, cuyo momento de máximo apogeo o explosión se corresponde con el intervalo de mediados del IV a mediados del III milenio cal ANE (Boaventura y Mataloto, 2013: 85). Con esto, se plantea una secuencia del megalitismo del sur de Portugal estructurada en cuatro fases:

- Fase 1: momentos previos al megalitismo y primeras manifestaciones funerarias colectivas (4000-3750 cal ANE), caracterizada por la existencia de enterramientos en cuevas-necrópolis y en sepulturas protomegalíticas.
- Fase 2: emergencia y generalización del megalitismo funerario (3750-3500 cal ANE), coexistiendo las grutas-necrópolis y las pequeñas antas.
- Fase 3: apogeo del megalitismo (3500-2500 cal ANE), plasmado en una diversidad de arquitecturas funerarias: hipogeos, antas con corredor y grandes antas (sepulcros de corredor con cámaras poligonales), *tholoi* y fosas.
- Fase 4: final del megalitismo (2500-2000 cal ANE), manifiesto en prácticas funerarias y rituales diferenciadas en el interior de los espacios sepulcrales reutilizados, así como en la condenación y clausura de gran parte de los monumentos.

Dentro de esta secuencia diacrónica, se considera válida la propuesta del polimorfismo evolutivo establecida anteriormente para el Alentejo, según la cual los distintos modelos arquitectónicos se sucedieron en una cronología en tres grandes bloques desde el Neolítico Medio-Final a la Edad del Bronce Antiguo: a) monumentos primitivos, formados por cámaras rectangulares, trapezoidales, circulares de aspecto cistoide y cámaras trapezoidales o circulares con corredor incipiente; b) monumentos evolucionados, que engloban las arquitecturas de cámara circular y corredor, gran cámara circular y corredor y construcciones con atrio desarrollado; c) hipogeos, *tholoi* y cistas megalíticas (Rocha, 2005: 265-271). De este modo, se reformula la cronología tradicional de las anteriores secuencias. Se rechaza el planteamiento de una secuencia evolutiva lineal anclada en los principios de progresión de lo simple a lo complejo, que implica la sustitución inmediata o espontánea de cada nueva arquitectura funeraria, que suplanta a la anterior. En cambio, se propone un esquema diacrónico evolutivo de sustitución progresiva de un modelo por otro, según el cual fueron coetáneos en el tiempo varios modelos arquitectónicos. Para ello, se asume el planteamiento realizado por Manuel Calado (2003: 360), según el cual es necesario verificar la existencia de dos formas y módulos arquitectónicos para confirmar la contemporaneidad de los modelos, no siendo suficiente el reconocimiento de formas intermedias

o de las asimetrías regionales. Con esto, a tenor de lo que muestran las dataciones radiocarbónicas, se plantea la convivencia temporal entre varios modelos de arquitecturas sepulcrales y la coexistencia de rituales funerarios a mediados del IV milenio cal ANE, destacándose la coetaneidad de los últimos sepulcros cistoides con las antas de cámaras alargadas y primeros sepulcros de corredor, así como las antas provistas de corredor con los hipogeos y sepulcros de falsa cúpula (Boaventura y Mataloto, 2013: 85; Mataloto et al., 2016-2017: 125-127). Esta secuencia evolutiva se concreta en la aparición, coexistencia y reemplazamiento gradual de varios modelos arquitectónicos y estructuras funerarias a lo largo del IV-III milenios en el sur de Portugal: pequeños sepulcros, cuevas naturales, sepulcros de corredor, hipogeos y *tholoi* (Figura 5.24). Este esquema, no obstante, debe ser matizado por las particularidades territoriales, siendo variables en función de las dinámicas socio-culturales locales, el polimorfismo arquitectónico, los rituales funerarios de cada área y los procesos de reutilización de los monumentos, existiendo secuencias evolutivas regionales (Mataloto et al., 2016/2017: 56-57), como se ha puesto de relieve en varios ámbitos territoriales del Alentejo, caso del grupo megalítico de Reguengos de Monsaraz (Gonçalves, 1992, 1995, 1999; Gonçalves y Sousa, 1997, 2000), conjunto de Tojal en Montemor-o-Novo (Calado, 2003), el grupo de Pavia en el municipio de Mora (Rocha, 1999, 2005; Rocha y Calado, 2006), entre otros.

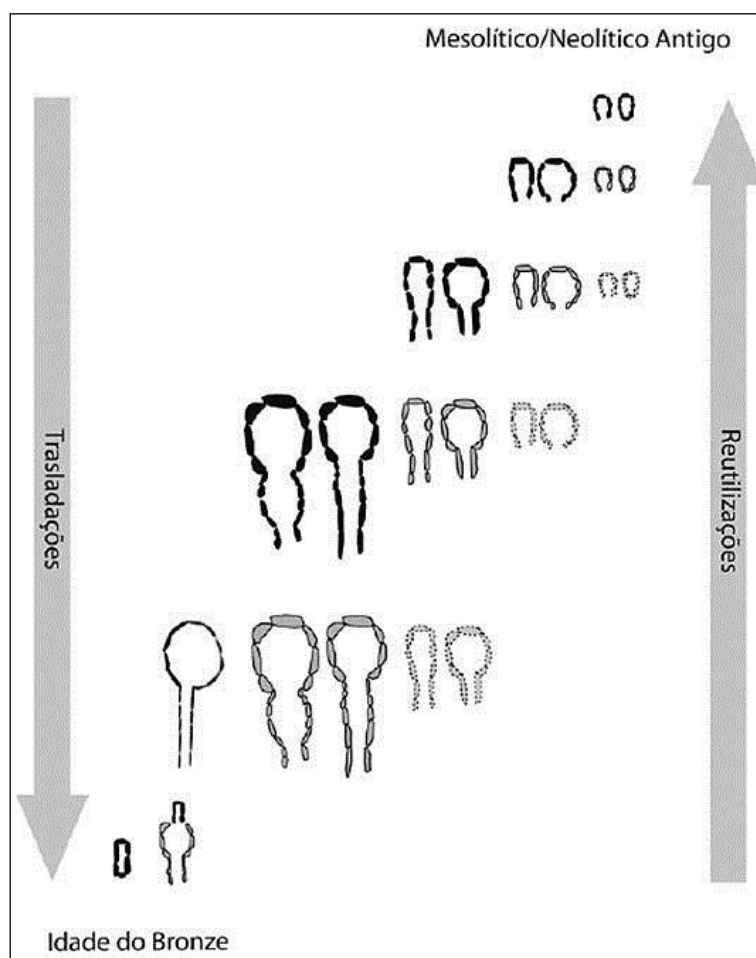


Figura 5.24. Secuencia evolutiva de las arquitecturas megalíticas funerarias del Alentejo (esquema de Rocha 2005, figura 10. 3, reelaborado por Mataloto et al., 2016/2017, figura 11).

5.4.1.2.3. Fase 1: primeras manifestaciones funerarias colectivas (4000-3750 cal ANE)

La fase 1 (4000-3750 cal ANE) se caracteriza la aparición de los primeros sepulcros megalíticos, que se consolidaron a lo largo de la primera mitad del IV milenio cal ANE, y por el desarrollo de las primeras prácticas funerarias colectivas asociadas al megalitismo en las cuevas naturales.

Sepulcros proto-megalíticos

En el Neolítico Medio, que cuenta con una diacrónica regional c. 4500-3500 cal ANE, se ha constatado la existencia de una serie de manifestaciones funerarias que preludian los patrones constructivos y prácticas mortuorias del megalitismo, caso de las los enterramientos en fosas con lajas y cubriciones tumulares, los sepulcros protomegalíticos y los primeros sepulcros megalíticos.

En el sitio de Atafonas (Torre de Coelheiros, Évora), se ha excavado una necrópolis asociado a un poblado del Neolítico Medio, que cuenta con dos fases de construcción y uso, desarrolladas entre mediados del V y mediados del IV milenio ANE: a) una primera fase, con enterramientos en fosas del Neolítico Antiguo; b) una segunda fase, con sepulturas proto-megalíticas del Neolítico Medio, siendo arquitecturas subterráneas con elementos constructivos característicos del megalitismo de la primera mitad del IV milenio (Albergaria, 2007). El monumento funerario 1 se componía de una estructura tumular de 12 m de diámetro delimitada por un anillo de piedras que contenía dos cámaras funerarias, erigidas en dos fases diferentes (Figura. 5.25). La sepultura 1, se define como una fosa destinada al enterramiento de un único individuo. La cámara funeraria 2, construida dentro de una fosa, era de planta ovalada y estaba formada por una pared de tres lajas con bloques de mampostería laterales y una cubierta de dos lajas pétreas, con un suelo interior de arcilla. En su interior se constató un depósito funerario formado por varios individuos, a modo de osario (Albergaria, 2007: 18, 21-22, 26-30). El monumento 2, erigido parcialmente sobre el anterior, implicó una transformación arquitectónica de la necrópolis, condicionando el desmonte parcial del túmulo preexistente, la construcción de una estructura tumular de grandes dimensiones (de hasta 70 m de diámetro máximo) y la creación de otra cámara funeraria, dispuesta de forma simétrica respecto a la anterior. Esta cámara, excavada en el sustrato, estaba delimitada por una estructura de mampostería de bloques de dimensiones medias sobre los que reposaban dos losas de cubierta de granito de grandes dimensiones. Estaba circundada por dos anillos de piedra. En su interior se constató un depósito funerario formado restos óseos de varios individuos ("osario"), así como materiales de la primera mitad del IV milenio ANE: dos hachas ovales, una azuela, dos láminas no retocadas y un fragmento cerámico (Albergaria, 2007: 18, 21-22, 26-31).

Los sepulcros protomegalíticos se caracterizan por ser arquitecturas funerarias formadas por pequeñas cámaras abiertas o cerradas de formas variadas (ovaladas, seudocirculares, cuadradas, rectangulares) erigidas en pequeños túmulos o excavadas en el terreno, lo que propiciaría una limitada visibilidad de estos monumentos en el paisaje. Se caracterizan por el pequeño tamaño de los soportes y por el reducido espacio sepulcral, por lo que tradicionalmente se ha interpretado su pertenencia a enterramientos individuales, como se ha inferido para las tumbas de Marco Branco y Pessegueiro en el Alentejo Litoral (Silva y Soares, 2000).

Estas sepulturas se presentan en el Alentejo y en el Algarve, pudiendo conformar necrópolis o grupos de dos o tres construcciones. En la zona norte del Alentejo, en el distrito de Portalegre, se han excavado dos tumbas en el complejo de Cabeço de Torrão (Elvas) que pueden ejemplificar este modelo de arquitectura funeraria del Neolítico Medio, y más concretamente de la primera mitad del IV milenio ANE. Estas tumbas fueron construidas en fosas excavadas en el terreno, estando formadas las paredes de las cámaras por fábricas mixtas de granito, con empleo alterno de ortostatos con muretes de bloques entre éstos, cerrando los huecos, con un sistema de acceso en rampa. En las dos se reutilizaron menhires para la edificación de las cámaras, procedentes de un recinto de menhires previo ubicado en el lugar, a 100 m al noreste de la sepultura 2 y algo más distante respecto a la sepultura 3, ubicada en un cerro más destacado al norte. La sepultura de Torrão 2 se compone de una cámara de dimensiones reducidas (2,70 por 1,70 m) con abertura hacia el este, integrando un menhir en la estructura, aunque pudo contar con más dada la presencia de otros monolitos en su entorno próximo (Figura 5.26). Esta tumba presenta un reducido espacio sepulcral, de apenas 2 m², lo que unido al escaso ajuar mobiliario encontrado en ella (un hacha, una azuela, una lámina retocada y un geométrico trapezoidal) lleva a proponer un uso funerario individual (Lago y Albergaria, 2001: 45-46)

Estas primeras arquitecturas funerarias suelen situarse en las mismas áreas habitacionales o poblados, caso del sitio de Atafonas (Albergaria, 2007), en sitios con ocupación previa, caso de los monumentos de Vale de Rodrigo 2 y 3 (Larsson, 2000: 450; Armbruster, 2008: 86), o en lugares con presencia de menhires o recintos de menhires del Neolítico Antiguo-Medio, caso del complejo de Cabeço de Torrão (Lago y Albergaria, 2001). Esta constante recurrencia y las dataciones radiocarbónicas de los niveles infratumulares de los monumentos de Vale de Rodrigo 2 y 3 posibilita plantear la existencia de una fase previa a la implantación de las arquitecturas megalíticas y el límite cronológico inicial de los primeros sepulcros megalíticos (Boaventura y Mataloto, 2013: 90 y 96).

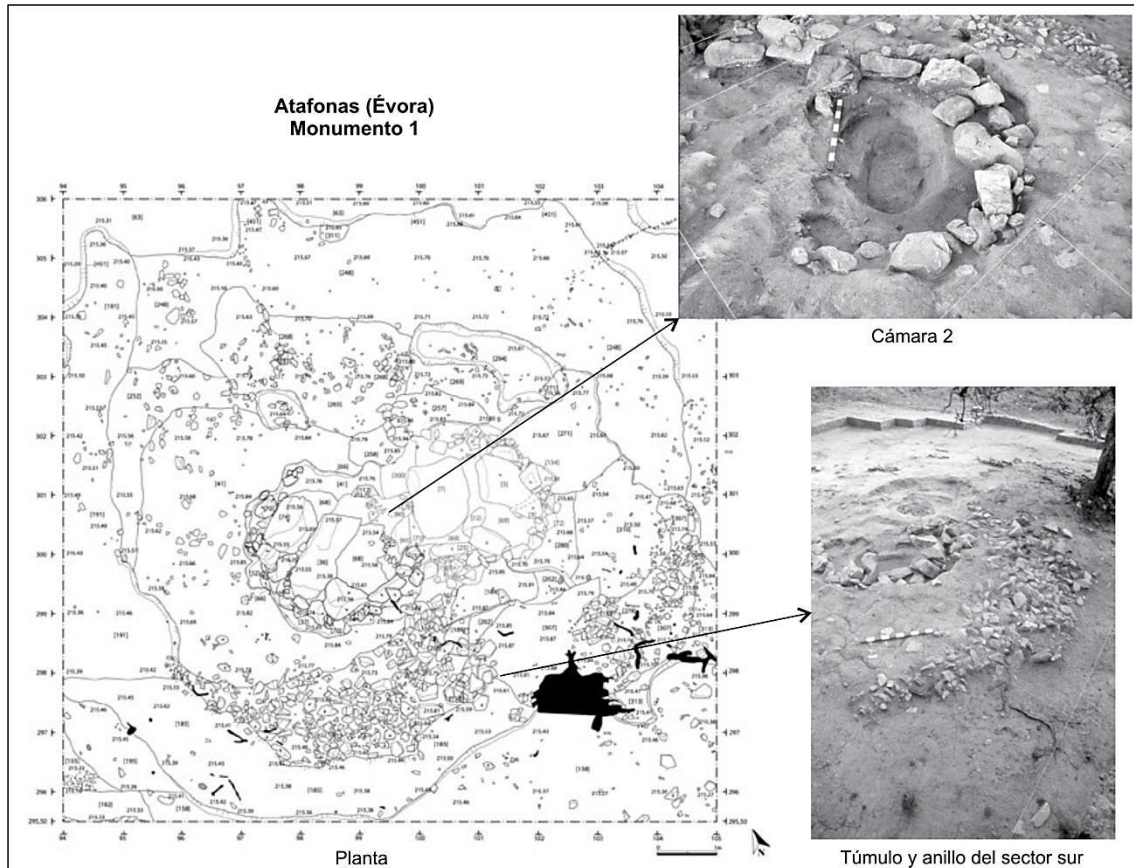


Figura 5.25. Monumento 1 de Atafonas (Torre de Coelheiros, Évora, Alentejo).
Planta e imágenes del túmulo y cámara 2 (a partir de Albergaria, 2007, figuras 12, 13 y 16).

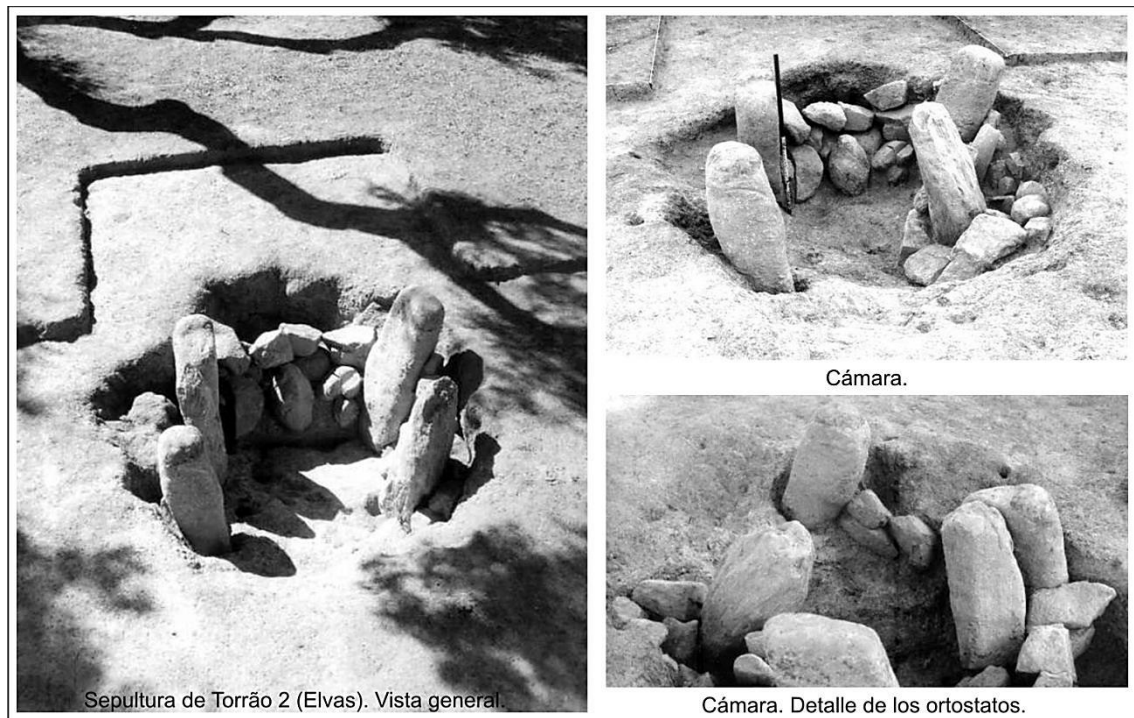


Figura 5.26. Sepultura de Torrão 2, complejo de Cabeço de Torrão (Elvas, Alentejo) (Fuente: Dirección General de Patrimonio Cultural, <http://www.patrimoniocultural.gov.pt/pt/patrimonio/patrimonio-imovel/pesquisa-do-patrimonio/classificado-ou-em-vias-de-classificacao/geral/view/73621>).

En este sentido, en los monumentos de Vale de Rodrigo 2 y 3, se han constatado contextos habitacionales de una ocupación previa, cuya datación los sitúa en el primer cuarto del IV milenio cal ANE. En los dos sitios, se constató la existencia de niveles estratigráficos infratumulares que se correspondían con áreas domésticas previas a la erección de los dos monumentos megalíticos del mismo grupo, siendo Vale de Rodrigo 2 un anta con cámara de tendencia trapezoidal y Vale de Rodrigo 3 un anta de cámara oblonga de 8 m de longitud por 3 m de anchura máxima (Kalb y Höck, 1995; Höck y Kalb, 2000; Kalb, 2004; Kalb, 2013). En Vale de Rodrigo 2 se realizaron dos dataciones sobre carbón de especie indeterminada procedentes del nivel de ocupación previa a la construcción del monumento detectado bajo el túmulo: a) la primera, arrojó un resultado de 4905 ± 70 BP: 3940-3520 cal ANE 2σ (Larsson, 2000: 450); b) la segunda, proporcionó un rango cronométrico de 5175 ± 70 BP: 4230-3790 cal ANE 2σ (Armbruster, 2008: 86). En Vale de Rodrigo 3 se realizó una datación sobre carbón de especie indeterminada procedente del nivel infratumular, arrojando un resultado de 4996 ± 30 BP: 3940-3700 cal ANE 2σ (Armbruster, 2008: 86), lo que ha llevado a plantear tras el estudio de la secuencia y estratigráfica y de los restos materiales (cerámicas decoradas y artefactos líticos del Neolítico Medio) la existencia de una ocupación del emplazamiento anterior a la construcción del monumento, entre el 4500-3700 cal ANE, con una cronología posiblemente más temprana que Vale de Rodrigo 2, situado a 750 m al sureste del anterior (Armbruster, 2006: 58-59; Armbruster, 2008). Por tanto, estas dataciones aportan un *terminus post quem* para definir el momento a partir del cual fueron edificados estos dólmenes, estimándose el 3700 cal ANE como límite temporal inicial de construcción de los monumentos (Larsson, 2000: 456; Kalb, 2002; Armbruster, 2006: 59; Armbruster, 2008; Boaventura, 2011: 184; Boaventura y Mataloto, 2013: 94).

Cuevas o grutas-necrópolis

Los enterramientos colectivos se desarrollaron en primera instancia en las cuevas o cavidades naturales, pudiendo fijarse el inicio del colectivismo funerario en las grutas-necrópolis c. 3800 cal ANE, como se constata en Lugar do Canto, verificándose el desarrollo de contextos sepulcrales colectivos diferenciados respecto a las anteriores deposiciones funerarias individuales en torno a ese límite temporal (Carvalho y Cardoso, 2015: 46).

El uso de cuevas para enterramientos colectivos se presenta en dos regiones con formaciones kársticas de la mitad meridional de Portugal (Carvalho, 2012: 182), caso de las grutas de Lugar de Canto (Cardoso y Carvalho, 2008; Carvalho y Cardoso, 2015), Bom Santo (Carvalho et al., 2012; Carvalho, 2014, 2016), Algar do Barrão (Carvalho et al. 2003) en la península de Lisboa y Estremadura, o de la gruta de Escoural en el Alentejo Central (Araújo y Lejeune, 1995). En estas grutas se evidencian prácticas funerarias, secuencias de uso, estructuras y elementos espaciales similares a los monumentos megalíticos, que son similares a los pequeños dólmenes e hipogeos, atestiguándose su existencia desde inicios o mediados del IV milenio cal ANE (Carvalho, 2016: 122).

A tenor de las dataciones radiocarbónicas y del análisis estratigráfico de las cuevas se evidencian dos patrones de uso de las grutas-necrópolis (Carvalho y Cardoso, 2015: 47):

- 1) Sitios de una única fase de ocupación, con un uso intensivo del espacio de pocas centurias, caso de la gruta de Escoural (Araújo y Lejeune, 1995) y cueva de Bon Santo (Carvalho, 2014), de tres o cuatro centurias, centradas a mediados del IV milenio cal ANE.
- 2) Sitios con diferentes periodos de ocupación sucesivos, como se ha evidenciado en las cuevas de Casa de Moura, Poço Velho y Porto Corvo, con varias fases estructuradas a lo largo del Neolítico Medio, Neolítico Final y Calcolítico.

La gruta de Lugar do Canto (Alcacena, Estremadura) está formada por dos corredores paralelos (galerías superior e inferior) unidos por una galería y transversal, restringiendo el uso sepulcral de las misma al ramal lateral de la galería superior y a un divertículo. En estos espacios se han documentado un número mínimo de 48 individuos (identificándose 19 mujeres y 14 hombres), que fueron depositados de forma escalonada en la superficie de la gruta, conformándose el deposito funerario mediante la combinación de dos gestos funerarios: deposiciones primarias, como evidencian las conexiones anatómicas, y deposiciones secundarias, producto de la reorganización del espacio sepulcral (Figura 5.27). Junto a los individuos se dispusieron ajuares votivos (pequeñas láminas, geométricos trapezoidales, hachas, azuelas y gubias, punzones de hueso y adornos personales: cuentas de esquisto o de *Dentalium Sp.* y brazaletes de *Glycimeris Glycimeris*), destacando la ausencia de cerámica, sin observarse patrones disimétricos de pertenencia entre los difuntos, por lo que estas prácticas funerarias se encuadran dentro de esquemas de sociedades igualitarias (Cardoso y Carvalho, 2008; Carvalho, 2012: 197-201; Carvalho y Cardoso, 2015: 37-38). El conjunto de las dataciones marca un uso funerario entre c. 4000-3400 cal ANE, distinguiendo dos periodos: a) Fase 1 (“fase de fundación”), entre el 4000-3700 cal ANE, caracterizada por el desarrollo de prácticas funerarias singulares, compuestas por deposiciones de un individuo, siendo acordes al funcionamiento las sepulturas proto-megalíticas, caracterizadas por el tamaño pequeño de las cámaras, a las que se les ha presupuesto un uso individual de; b) Fase 2, entre el 3700-3400 cal ANE, en la que se conformó el lugar como una necrópolis colectiva, evidenciándose diversos periodos de uso con deposiciones reiteradas intercalados con momentos de abandono, como evidencia la cubrición de ciertos individuos con sedimentos de la cueva del sector B. Con esto, como debió acontecer en el conjunto de las grutas-necrópolis del sur de Portugal, la sustitución de las prácticas funerarias individuales por las colectivas hubo de producirse c. 3800 cal ANE, como evidencian igualmente el nivel D de la gruta de Cadaval y la fase final de Castelo Belinho (Carvalho y Cardoso, 2015: 45-46).

En la gruta de Algar de Bon Santo (Lisboa, Estremadura) se presentan determinados elementos que vinculan su concepción espacial y las prácticas funerarias con los monumentos megalíticos (Carvalho, 2016). Se localiza en la montaña de Montejunto, en el curso bajo del valle del río Tajo, funcionando este hito paisajístico de manera similar a los monumentos funerarios, ya que pudo jugar un rol determinante en la estructuración del territorio. Esta cueva contó con 400 años de duración, entre el 3800-3400 cal ANE, de manera paralela a la aparición de las sepulturas megalíticas y los hipogeos del sur de Portugal (Carvalho, 2014; Carvalho y Cardoso, 2015; Carvalho, 2016: 117). Su duración temporal intensiva en un único episodio se debe a que la entrada de la cueva fue cerrada por un pesado bloque de caliza esculpido de forma cúbica, que implicó la condenación de la estructura funeraria, siendo dispuesto intencionalmente al igual que los monumentos megalíticos, encontrando similitudes por el tiempo de duración (cuatro centurias) y la presencia de dispositivos de cierre de clausura con los hipogeos coetáneos del Bajo Alentejo y del Alentejo litoral, caso de la sepultura 1 de la necrópolis de Sobreira da Cima, en la que se presentaba un sistema de cierre de arcilla mezclado con lajas de esquisto, donde se introdujeron depósitos de bloques/lingotes de anfibolita (Valera, 2013: 15), y en el hipogeo de Barrada, que tenía cerrada la entrada de la cámara con una acumulación de bloques de piedra y tierra (Barradas et al., 2013: 409). El espacio interior se estructura topográficamente en tres niveles: la entrada en el nivel superior; 11 salas destinadas a la deposición de los individuos en el nivel medio, que comprende una superficie de 285 m²; y el nivel inferior, que está relleno de bloques naturales derrumbados. En el nivel medio, en el *Clúster-B* o “Sala de los Brazaletes”, se presentan dos elementos singulares (Figura 5.28): a) una “construcción megalítica”, especie de “altar”, formado por bloques y una laja horizontal dispuesta sobre el suelo natural de caliza, que conforma una especie de plataforma, documentándose sobre la laja dos azuelas de anfibolita dispuestas de forma simétrica a cada lado. Detrás y debajo de la laja superior de esta construcción se presentaban restos óseos fracturados y quemados; b) una estela-menhir de caliza dispuesta en frente de la anterior estructura, coronando la plataforma del lado oeste (Carvalho, 2016: 115- 116).

En las Salas A y B se ha identificado diferentes prácticas funerarias. En la Sala A se ha documentado la existencia depósitos primarios y secundarios, acordes a los espacios sepulcrales con gestos funerarios colectivos de los monumentos funerarios megalíticos, con complejas prácticas funerarias de exhumación, transporte y deposición parcial de los esqueletos. Por el contrario en la Sala B sólo se han identificado depósitos secundarios, siendo introducidos desde cualquier sala de la cueva o desde fuera, que pueden evidenciar la existencia de reiteradas prácticas de “fragmentación” de los restos óseos. En cuanto a los ajuares mobiliarios también se han constatado marcadas diferencias espaciales, dado que los elementos de piedra pulida se presentan junto a los restos óseos en las dos salas, y los adornos y cerámicas se depositaron exclusivamente en la Sala A (Carvalho, 2016: 117).

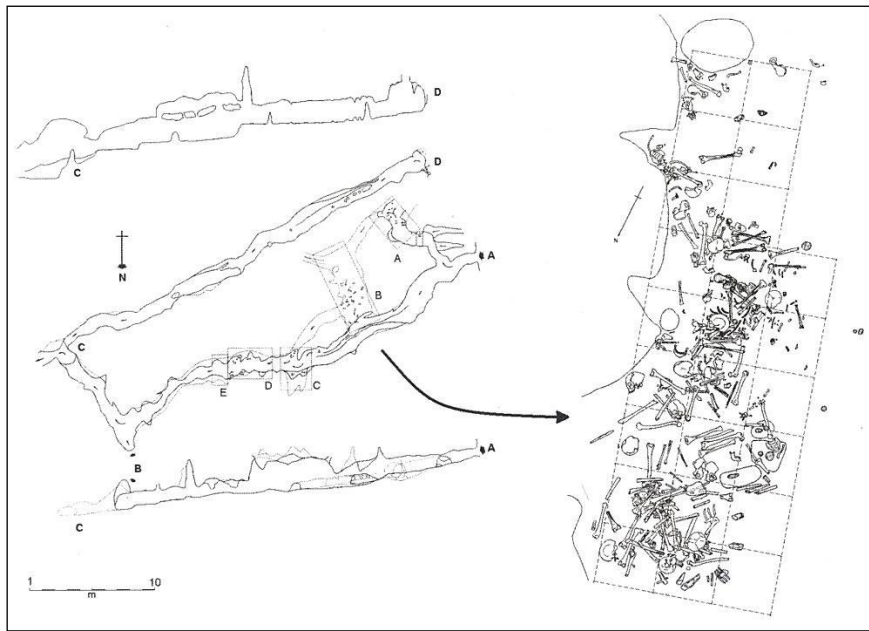


Figura 5.27. Gruta-necrópolis de Lugar do Canto (Alcacena, Estremadura). Topografía, sectores de excavación y planta del Sector B con las deposiciones funerarias (Carvalho, 2012, figura 2).

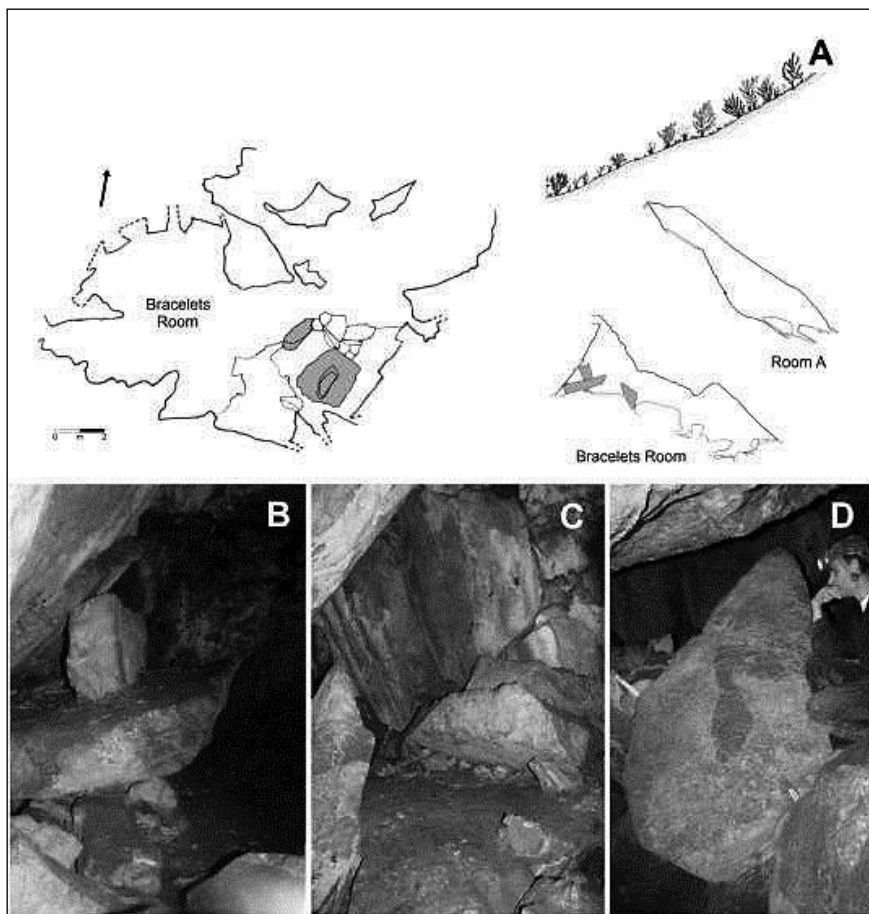


Figura 5.28. Gruta-necrópolis de Algar Bon Santo, montaña de Montejunto (Lisboa). Sala de los Brazaletes: A) Topografía con indicación en gris de la estela antropomorfa y “construcción megalítica”; B) “Estructura megalítica”; C) Plataforma con la “estructura megalítica” (a la derecha) y restos óseos fracturados y quemados en el centro; D) Estela antropomorfa (Carvalho, 2016, figura 2).

Las evidencias de Bon Santo, supone asumir dos consideraciones genéricas respecto al estudio de las conductas o hábitos megalíticos en el sur de Portugal (Carvalho, 2016: 121):

- 1) La existencia de prácticas funerarias, rituales y cultos dentro de las cuevas a modo de las cámaras funerarias megalíticas, actuando la montaña como una cámara dolménica. En este sentido, es destacable la presencia de un “estructura de condenación” en la entrada, clausurando el monumento, la construcción de piedra interna y la existencia de una estela en el interior de la Sala de los Brazaletes, testimoniando la existencia de estos soportes desde inicios/mediados del IV milenio cal ANE en las cuevas-necrópolis.
- 2) La función de la montaña de Montejunto en el paisaje circundante, actuando esta unidad de relieve como un túmulo. Destaca en el paisaje por su prominencia, contando con una alta visibilidad en el territorio del bajo valle del Tajo y el borde costero del Atlántico. Su forma y aspecto evoca a los túmulos gigantes neolíticos.

5.4.1.2.4. Fase 2: emergencia del megalitismo (3750-3500 cal ANE)

La fase 2 (3750-3500 cal ANE), se corresponde con la emergencia y generalización del megalitismo funerario, constatándose la construcción de las pequeñas antas, que fueron usadas como espacios sepulcrales colectivos, a la par que las cuevas naturales (Boaventura y Mataloto, 2013: 96, 98). Esta etapa, también denominada como “pre ídolos-placa”, se caracteriza por la presencia de depósitos funerarios formados por un número reducido de individuos y por ajuares compuestos por materiales esencialmente utilitarios y de aspecto arcaico, caso de los geométricos, láminas talladas poco retocadas, artefactos de piedra pulida y escasos recipientes cerámicos. A tenor del análisis de las dataciones y del estudio de los ajuares se infiere que las pequeñas antas se construyeron predominantemente a mediados del IV milenio cal ANE, como parece confirmar el retratamiento de las dataciones obtenidas por termoluminiscencia en varios monumentos de Reguengos de Monsaraz (Gorginos 2 y Poço de Gateira) en la década de los 1970 (Whittle y Arnaud, 1975), y los resultados de los trabajos y excavaciones recientes en la región del Alentejo, destacando los sitios de Cabeçeira, Rabuje 5 y Sobreira 1 (Boaventura, 2009; Boaventura y Mataloto, 2013: 90; Boaventura et al., 2013: 75).

Pequeñas antas (3700-3300 cal ANE)

En un trabajo reciente se ha defendido que la gran mayoría de los pequeños sepulcros del sur de Portugal pertenecen a una etapa inicial del megalitismo, atestiguándose que el periodo de máxima construcción y uso se produjo entre el 3700-3300 cal ANE (Mataloto et al., 2016/2017: 55, 121) Esta forma arquitectónica es coetánea a los espacios sepulcrales colectivos de las cuevas cuevas-necrópolis, siendo anterior a los pequeños sepulcros de corredor corto, como evidencian las dataciones del anta de Santa Margarida 2 (Gonçalves, 2001: 172) y Pedra Branca

(Soares, 2010: 75). Esta forma arquitectónica se asocia a la implantación de las poblaciones del Neolítico Final y al inicio de las prácticas funerarias colectivas que, según el tratamiento estadístico de las dataciones radiocarbónicas, se desarrolló a partir del segundo cuarto del IV milenio cal ANE, pudiendo construirse la mayoría en las centurias centrales, entre el 3750-3500 cal ANE (Boaventura, 2009; Boaventura, 2011: 178; Boaventura y Mataloto, 2013: 94; Carvalho y Cardoso, 2015: 98).

Los Leisner (1951a, 1956), argumentaron que estos pequeños sepulcros se corresponden con una fase inicial del megalitismo funerario del occidente de la Península Ibérica, desarrollada en el Neolítico Antiguo Evolucionado, estableciendo una clasificación de cuatro tipos en función de la morfología de las cámaras (Figura 5.29): sepulcros poligonales con o sin corredor, sepulcros alargados, sepulcros rectangulares y cistoides (Leisner y Leisner, 1956: 51-59, 60-63, 69-74; Tafel 24). Según una reciente propuesta de clasificación métrica y tipológica, las construcciones funerarias tumulares pueden ser agrupadas en dos categorías básicas independientemente de la geometría de las cámaras: a) antas de cámara simple, con dimensiones inferiores generalmente a 1,50 m de longitud o diámetro máximo; b) antas de cámara alargada, oscilando sus ejes longitudinales entre 1,50 y 3 m (Mataloto et al., 2016-2017: 61-62).

Estas arquitecturas funerarias se distribuyen en varias zonas del Alentejo y el Algarve. En el Alentejo se presentan diseminadas a lo largo de todo el territorio, evidenciándose un área central originaria en torno los municipios de Montemor-Coruche, Montargil y Mora y dos zonas periféricas, circunscritas a los municipios de Monforte y Redondo, en la zona occidental de la región. Estas sepulturas presentan una variabilidad grande de formas, siendo este polimorfismo arquitectónico un rasgo característico de la fase inicial del megalitismo. Las pequeñas antas se corresponden con un conjunto de pequeñas sepulturas compuestas por una sola cámara de formas diversas: rectangulares, trapezoidales, circulares, poligonales, oblongas y ovales, con dimensiones máximas en los ejes longitudinales de entre 1-3 m de longitud y una altura que no suele superar 1 m. Estas edificaciones ortostáticas son las primeras arquitecturas funerarias provistas de estructuras tumulares, compuestas por rellenos de lajas pétreas y/o tierra, delimitadas en algunos caso por anillos peristálticos, con diámetros variables de entre 4-10 m.

En los municipios de Montemor-o-Novo y Mora los monumentos fueron excavados por Manuel Heleno en la década de 1930. Más recientemente, se han estudiado sus arquitecturas y ajuares (Rocha, 2005), caso del sitio de Cabeço de Areia (Montemor-o-Novo), siendo un sepulcro de cámara simple, de forma rectangular y tamaño reducido. En su interior se recuperó un ajuar votivo característico de esta fase inicial del megalitismo funerario, compuesto por armaduras geométricas y láminas poco retocadas (Mataloto et al., 2015: 64). De éste se ha realizado una datación sobre resto óseo, que arrojó un resultado cronométrico de mediados del IV milenio cal ANE (4650 ± 50 BP: $3621-3356$ cal ANE 2σ) (Rocha y Duarte, 2009: 776), que se ha interpretado como un episodio de reuso de la tumba de un momento previsiblemente más antiguo.

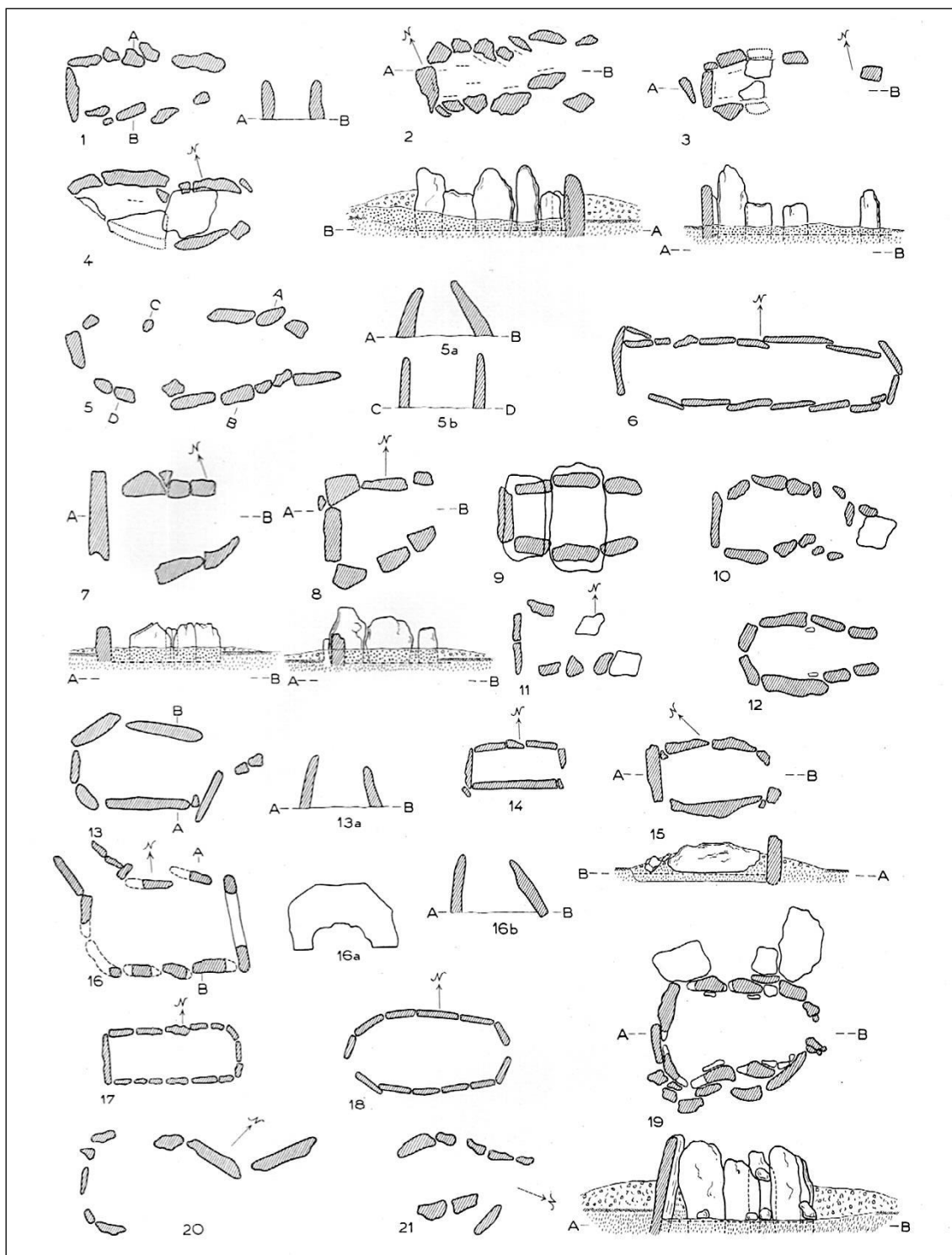


Figura 5.29. Pequeñas antas del Alentejo y Algarve portugués: sepulcros poligonales, alargados, rectangulares y cistoides [1. Casas de Baixo 2, Montemor-o-Novo. 2. Negrita 2, Moura. 3. Couto da Madalena, Alter do Chão. 4. S. Miguel, Mora. 5. Anta de Barrada, Montemor-o-Novo. 6. Palmeira 4, Monchique. 7. Alamo 5, Évora. 8. Poço Pereiro, Elvas. 9. Casarão da Figueira, Mora. 10. Cabeço da Guarrita, Coruche. 11. S. Martinho 2, Avis. 12. Madre de Deus, Mora. 13. Aldeia dos Bertianados 4, Arraiolos. 14. Palmeira 3, Monchique. 15. Areias 10, Reguengos de Monsaraz. 16. Vale do Freixo, Montemor-o-Novo. 17. Eira Cavada, Monchique. 18. Palmeira 7, Monchique. 19. Azinhal 3, Coruche. 20. Caldereira 2, Estremoz. 21. Entreaguas 5, Mora.] (Leisner y Leisner, 1956, Tafel 24).

En zona oriental del Alentejo, recientemente, se han excavado varias sepulturas de este tipo, en dos municipios: Redondo (sepulcros de Godinhos, Barroca y Chãs) y Monforte (Rabuje 5, Lacrau 2, Lacrau 3 y Enxava de Cima 1), posibilitando su análisis arquitectónico, el estudio de los ajuares y su contextualización diacrónica (Mataloto et al, 2015; Mataloto et al., 2016/2017). Estas antas se presentan en agrupaciones reducidas de dos o tres tumbas, localizadas en las cercanías de monumentos más complejos, o en conjuntos o necrópolis, asociadas a antas con corredores de tamaños medios y grandes (Rabuje y Lacrau). Estas sepulturas fueron construidas mediante una técnica constructiva sofisticada. Presentan unas cámaras ortostáticas pequeñas, de morfologías subrectangulares, elípticas, ovaladas, o en forma de “herradura”, con una sola losa de cabecera, con paredes ortostáticas tendentes a una posición y número simétrico de los soportes, que oscilan en tamaños de 1,5-3,5 de longitud y una anchura máxima de 1-1,5 m, generalmente no superando 1 m de altura máxima (Figura 5.30). Las cámaras se posicionan en la extremidad axial del monumento, dentro de complejas estructuras tumulares, formadas por masas de lajas y tierra compactas y bien aparejadas, delimitadas en algunos casos por anillos peristálticos formados por lajas hincadas oblicuamente (Barroca) o por bandas pétreas (Rabuje 5, que contaron con unos diámetros variables de entre 4-11 m, evidenciándose la presencia en algunos de ellos anillos concéntricos internos (Barroca). En algunos de estas antas se evidencia que se tratan de monumentos erigidos y formalizados en una única fase constructiva, caso de los sepulcros de Godinhos, Chãs, Lacrau 2, Lacrau 3 y Enxava de Cima 1. En otros casos, en estos monumentos se ha identificado varias fases constructivas, caso de la adición del corredor simbólico de Rabuje 5 (Figura 5.31) o el agrandamiento de la construcción tumular y clausura del anta de Barroca (Boaventura, 2006, 2009; Mataloto et al., 2015; Mataloto et al., 2016/2017).

Estas tumbas presentan unos ajuares votivos recurrentes, característicos de la fase inicial del megalitismo, estando compuestos por armaduras geométricas, láminas talladas alargadas no retocadas y artefactos de piedra pulida (hachas y azuelas) (Mataloto et al., 2016/2017: 122). Sólo se ha documentado un vaso cerámico en el caso del sepulcro de Godinhos, siendo testimonio de un momento más avanzado de utilización en la segunda mitad del IV milenio ANE (Mataloto et al., 2015: 64), como hubo de acontecer en el anta de Poço de Gateira, un sepulcro de cámara simple provisto de corredor en el que se recuperaron varios vasos cerámicos dispuestos en línea sobre el suelo funerario (Leisner y Leisner, 1951a: 39).

En el municipio de Elvas, del mismo modo, es común la presencia de antas pequeñas con cámaras simples. El monumento de Sobreira 1 se trata de una cámara simple de planta ovalada o subelíptica, con orientación hacia el este, formado por una losa de cabecera, con paramentos ortostáticos curvos que delimitan un espacio sepulcral de 2,5 m de longitud por 1,5 m de anchura (Leisner y Leisner, 1959, Tafel 10, 2). La datación de una muestra de hueso humano arrojó una datación de mediados del IV milenio cal ANE, situando la construcción del sepulcro en el 4770±40 BP: 3643-3381 cal ANE 2σ, siendo usada hasta fines del IV milenio ANE según la presencia de hachas de sección subcircular. En su interior se recuperaron los restos óseos

pertenecientes a seis individuos, tres adultos y tres no adultos, además de un numeroso ajuar con materiales de la segunda mitad del IV milenio (instrumentos líticos pulidos y láminas) e inicios del III milenio ANE (puntas de flecha de base recta y cóncava) (Boaventura et al., 2013: 75).

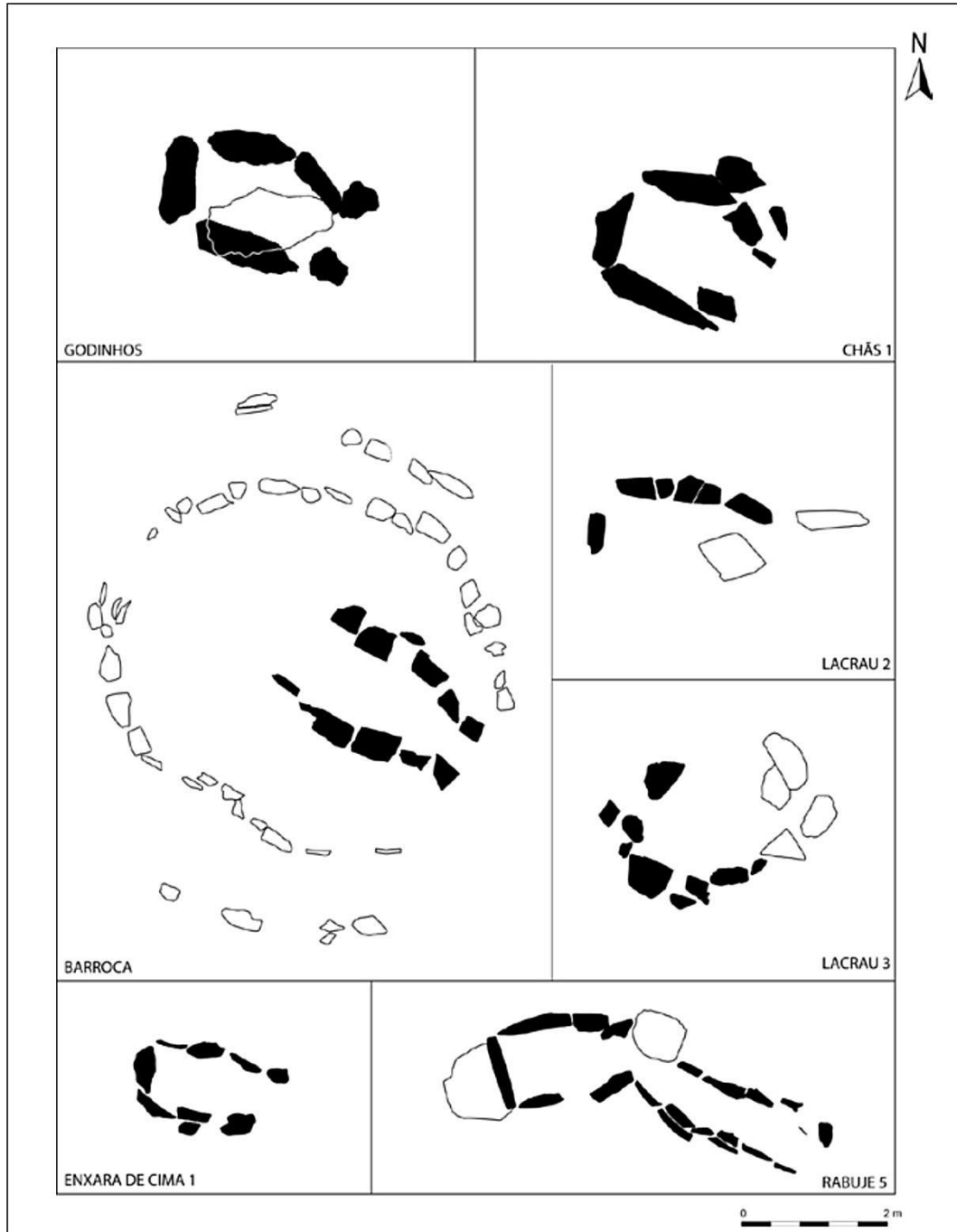


Figura 5.30. Plantas de las pequeñas antas al sur de la Sierra d'Ossa y de Monforte (Alentejo) (Mataloto et al., 2016/2017, figura 48).

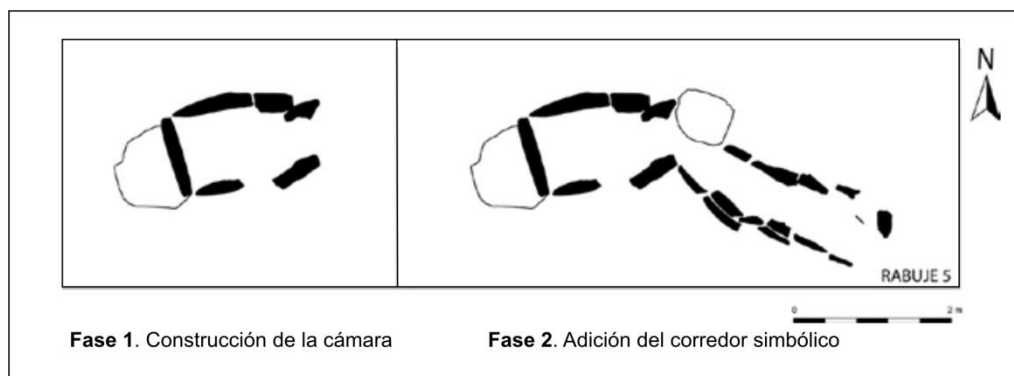


Figura 5.31. Sepulcro de Rabuje 5 (Monforte, Alentejo).

Propuesta evolutiva de su arquitectura en dos fases constructivas (Mataloto et al., 2016/2017, figura 45).

En el Algarve, destaca la necrópolis de Monchique, en el extremo suroccidental, siendo considerado el paradigma clásico de las construcciones proto-megalíticas o de la fase inicial del megalitismo (Silva, 1987, Soares y Silva, 2000). La treintena de sepulturas de este grupo se caracterizan por ser pequeñas estructuras cistoides, de formas rectangulares o trapezoidales, formadas por dos paramentos laterales de entre 1-4 ortostatos cada uno y una losa de cabecera o varios soportes verticales, estando orientadas mayoritariamente al sureste o este y, excepcionalmente, al sur o suroeste (Figura 5.32). Estas construcciones se presentan aisladas o formando grupos dentro de los mismos túmulos, caso de las sepulturas Buço Preto 3, 4 y 5 (Gonçalves, 1997: 164-166). En este grupo se evidencia la presencia de dos formas básicas: 1) Pequeñas cámaras cerradas y cistas en túmulos, caso de las tumbas de Eira Cava 2, Palmeira 2, 3, 6, 9, 10 y 11, con cámaras de entre 2 ó 3 m de longitud en su eje axial, en las que se registraron ajuares de carácter arcaico, con predominio de armaduras geométricas, láminas retocadas y cerámicas lisas; 2) Monumentos de cámaras alargadas contenidas dentro de construcciones tumulares, caso de Buço Preto 6 y 7, Palmeira 7 y Belle France 1, con dimensiones que rondan entre 3 y 5 m de longitud en su eje mayor, que aportaron ajuares mobiliarios más evolucionados del Neolítico Final e incluso Edad del Cobre, caso de las placas grabadas y grandes láminas talladas (Leisner y Leisner, 1956, Tafel 24.; Leisner y Leisner, 1959, Tafel 45 y 46; Gomes 1997 a: 152-155 ; Morán y Parreira, 2007: 91-92). Por tanto, este grupo presenta una secuencia diacrónica particular, de escala local, originándose las primeras construcciones de cámaras simples a partir del segundo cuarto del IV milenio, al igual que en el Alentejo, siendo probable que se prolongara la construcción y uso de los sepulcros pequeños y los monumentos de cámaras alargadas hasta fines del IV milenio ANE, representando una secuencia arquitectónica de evolución regional (Mataloto et al, 2016/2017: 127).

Este proceso pudo ser extensivo a todo el territorio del Algarve, pudiendo construirse y usarse igualmente pequeños sepulcros de cámara sencilla a fines del IV milenio e inicios del III milenio ANE en la zona oriental, como evidencia la arquitectura y el conjunto artefactual de la cista megalítica de Cerro de Malhão (Alcoutim), formada por lajas laterales de pizarra y una losa de cubierta de grauvaca, de 2 m de longitud por 1,5 m de anchura y altura de entre 0,8-0,9 m, contenida dentro de un túmulo de 9 m de diámetro (Cardoso y Gradim, 2003: 170).

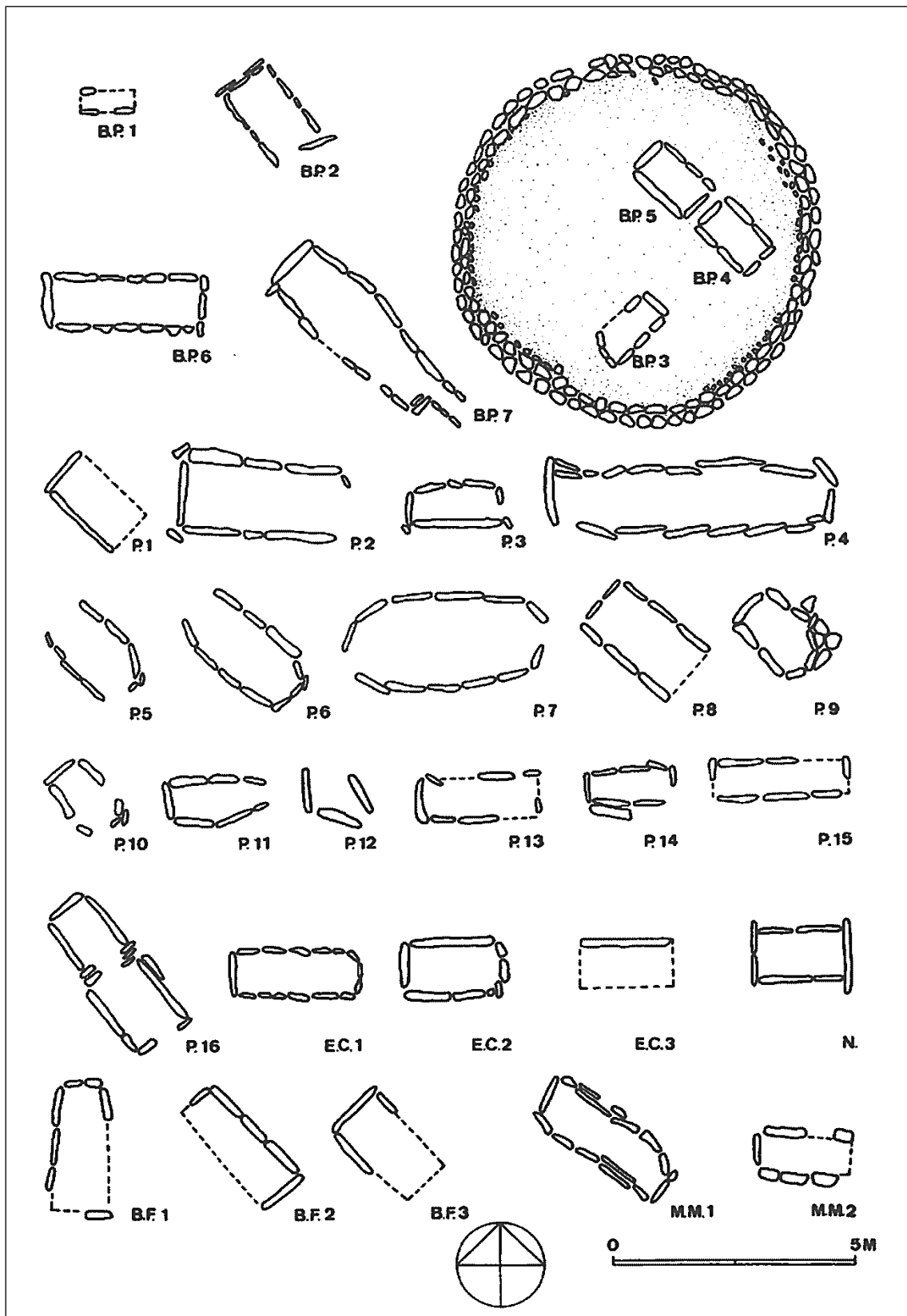


Figura 5.32. Sepulturas de la Sierra de Monchique (Algarve) [B.P: Buço Preto; P: Palmeira; E.C. Eira Cavada; N: Navare; B.F. Belle France; M.M: Mirante da Mata] (Gomes 1997a, figura 7).

5.4.1.2.5. **Fase 3: apogeo del megalitismo (3500-2500 cal ANE)**

La fase 3 (3500-2500 cal ANE), es en la que se produjo la explosión del fenómeno megalítico en el sur de Portugal, desarrollándose desde mediados del IV a mediados del III milenio cal ANE, coincidiendo de manera simultánea con un proceso de poblamiento sedentario, donde son dominantes los poblados fortificados, asentamientos delimitados por fosos y recintos de fosos, en los que se evidencia una nítida separación física del espacio de los vivos respecto a los muertos, concentrados en necrópolis (Boaventura y Mataloto, 2013: 85, 98). El apogeo del megalitismo se manifiesta en una multiplicación de los contenedores funerarios colectivos en este milenio, coexistiendo temporalmente diversas estructuras (Boaventura, 2011: 178-179; Carvalho, 2012: 188; Boaventura y Mataloto, 2013: 91-92, 94-96): pequeñas antas con corredor, grandes antas (sepulcros de corredor con cámaras poligonales), hipogeos, sepulcros de falsa cúpula y fosas. Los pequeños sepulcros siguieron erigiéndose en esta fase, atestiguándose su uso como estructuras funerarias hasta el 3250 cal ANE.

En los espacios sepulcrales de los diferentes monumentos se evidencia un proceso acumulativo de deposiciones funerarias y una multiplicidad de gestos y rituales mortuorios (Carvalho, 2012: 189). Las tumbas y las cavidades naturales estuvieron en uso durante la primera mitad del III milenio cal ANE, como demuestra los resultados de las dataciones radiocarbónicas sobre restos óseos humanos, concentrándose mayoritariamente en este intervalo temporal. Los ajuares se caracterizan por su mayor diversidad y riqueza, componiéndose de materiales votivos de alto contenido simbólico, caso de los “ídolos-placa”, además de otros objetos muebles: puntas de flecha, recipientes cerámicos abiertos y cerrados, alabardas, grandes láminas talladas de formato alargados y ovoides muy retocadas. Dada la singularidad de los “ídolos-placa”, este objeto mueble se ha considerado como un indicador cronológico y cultural que puede fechar de forma relativa los contextos funerarios, por lo que esta etapa ha sido denominada como fase “ídolos-placa” (Boaventura y Mataloto, 2013: 91-92, 94-96).

Para algunos autores, esta fase de apogeo del megalitismo puede representar un “*historical trend*” plasmada en las arquitecturas sepulcrales colectivas en el sur de Portugal, con una duración de un milenio, entre mediados del IV y mediados del III milenio cal ANE, que representa la emergencia y consolidación de una tradición funeraria. Este proceso aconteció de manera paralela a una intensa dinámica de crecimiento poblacional y complejización social de las comunidades, agregados en grandes grupos humanos, capaces de generar complejas arquitecturas en piedra, a veces monumentales, con un mismo sistema de creencias sustentadas en el culto a los muertos (Boaventura, 2011: 185; Boaventura y Mataloto, 2013: 98). La diversificación formal y la multiplicación de los monumentos funerarios en la fase de apogeo, se constituyen para algunos investigadores en un signo notorio del crecimiento demográfico en el Neolítico Final como consecuencia de la implantación de la economía de producción en todo el territorio (Carvalho, 2012: 189).

Antas de corredor corto (3750-3250 cal ANE)

Las antas de corredor representan un cambio en el modelo arquitectónico y en el módulo constructivo respecto a las pequeñas sepulturas, desarrollándose con diversas morfologías y volumetrías, pudiendo discriminarse dos grandes grupos: a) antas de tamaños medianos, con cámaras inferiores a 3 m de eje mayor y corredores cortos; b) antas de gran tamaño, con cámaras superiores a 3 m de eje mayor con corredores desarrollados.

El modelo de anta de cámara poligonal y corredor corto se presenta a lo largo de todo el ámbito del Alentejo. Se caracteriza por ser arquitecturas tumulares provistas de cámaras con formas geométricas simples compuestas por siete ortostatos y un corredor corto o incipiente. Existe una gran variedad formal, compositiva y de tamaños, con cámaras con un espacio sepulcral entre 1,5-3 m en su eje mayor y corredores de entre 1-3 m de longitud, siendo generalmente inferiores o iguales al máximo tamaño de las cámaras. Son numerosas y frecuentes en Reguengos de Monsaraz (Leisner y Leisner, 1951a; Gonçalves, 1992, 1999, 2013). Atendiendo a la geometría de las cámaras es posible distinguir cinco categorías en cuanto a sus formas: rectangular longitudinal (Vale Carneiro, Arraeira, Monte Novo, Horta de Bengala), rectangular transversal (Farisoa 2, Cebolinhos, Barrocal 12, Vale Carneiro, Piornal 1), subcircular (Peroliva, Quinta, Cavaleira 1, Azinheira 2, Barrocal 2, Passo 2, Piornal 2, Xarez 1), elipsoidal (Vidigueiras 1, Cebolinhos 4) y poligonal (Passo 1, Barrocal 10, Gorginos, Comenda 2, Piornal 3) (Figura 5.33). Casi todas las cámaras de esta zona están formadas normativamente por siete ortostatos de granito, aunque se han documentado igualmente que algunas están compuestas por cinco, seis u ocho, que se evidencian en los monumentos con cámaras circulares, subcirculares o elipsoidales. Los monumentos que presentan una gran losa de cabecera central, suelen tener una planta más angulosa, de forma trapezoidal o rectangular. Los corredores se construyeron con soportes más bajos, colocándose de forma pareada, estando compuestos por uno o dos en cada paramento (Gonçalves y Sousa, 2003: 209-213; Gonçalves, 2013: 479).

En las antas de la margen oriental se ha constado que estas construcciones fueron erigidas dentro de construcciones tumulares complejas. El monumento de Piornal 3, tiene un corredor bajo de 2,60 m de longitud, 1 m de anchura y hasta 0,80 m de altura, formado por dos ortostatos dispuestos a cada lado, orientado al sureste, y una cámara poligonal, compuesta de siete ortostatos, con un espacio interior algo inferior a los 3 m en su eje axial y una altura de 2 m (Figura 5.34). Preserva un soporte en forma de estela-menhir, ubicado en el punto de conexión con la cámara, en su lateral izquierdo, de 2,20 m de altura que pudo ser retallado en una segunda fase del monumento, como elemento de señalización tras el probable colapso de la tumba. Esta estructura está contenida dentro de un túmulo delimitado por un anillo peristáltico que sirvió de contención de la masa tumular, que estaba compuesta por lajas de grauvaca y granito trabadas con tierra, alcanzando 16 m de diámetro máximo en el eje longitudinal (Gonçalves, 2013: 151-153).

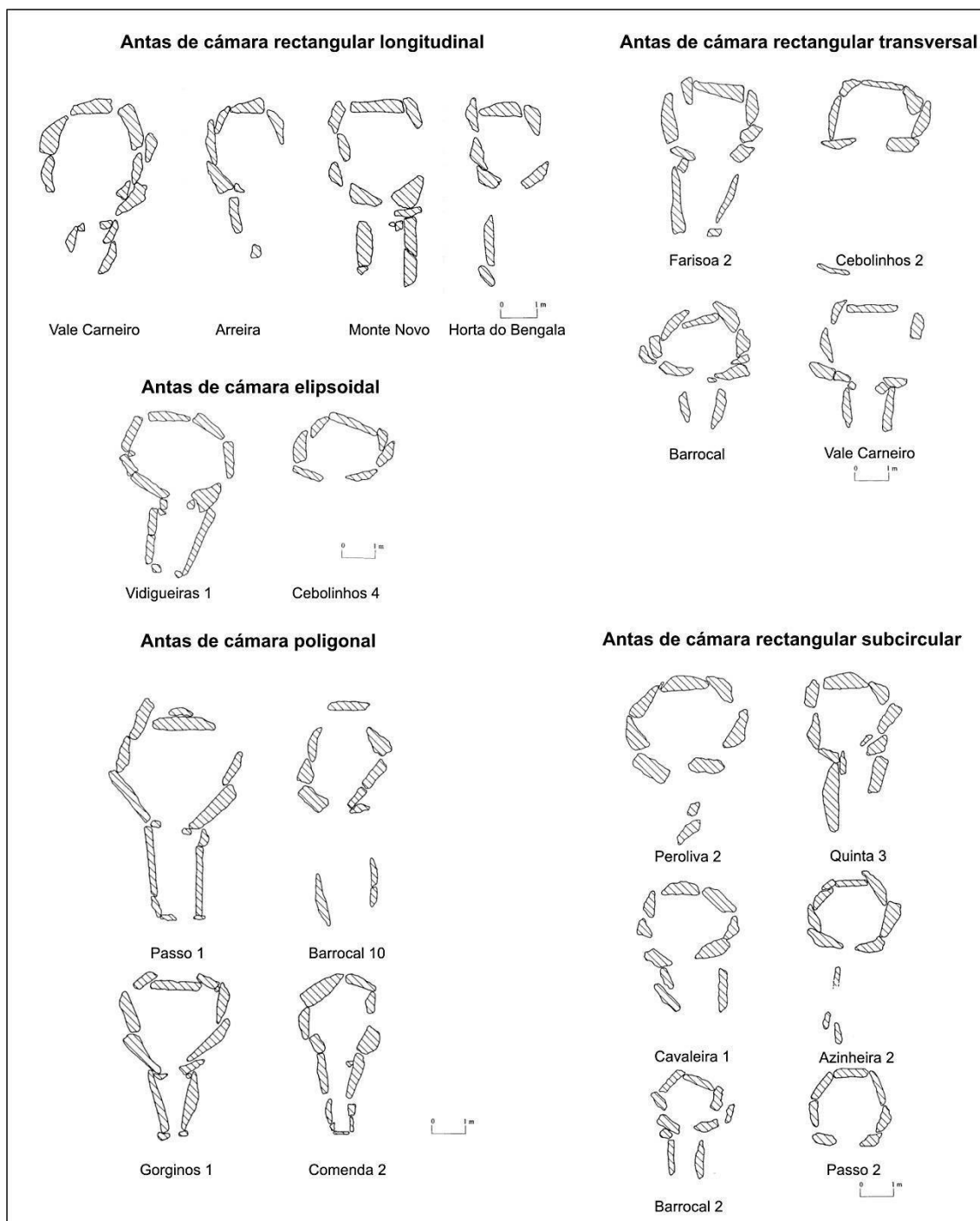


Figura 5.33. Antas de corredor corto del área de Reguengos de Monsaraz (Alentejo) (a partir de Gonçalves y Sousa, 2003, figuras 3, 4, 5, 6 y 7).

En el anta de Xarez I, del mismo grupo, se ha identificado hasta siete fases correspondientes a la construcción, uso funerario y reutilización del monumento (Gonçalves, 2013: 275-280):

- La fase 1 (mediados del IV milenio ANE), se corresponde con la construcción y primera utilización funeraria de la tumba. El monumento se compone de una cámara subcircular formada por siete ortostatos, con un espacio sepulcral de 3 m de longitud en el eje axial, y

un corredor bajo de 2 m de longitud compuesto por un soporte a cada lado. Esta estructura estaba circundada por un anillo de bloques medianos de grauvaca, cuarzo, granito, que delimitaba un túmulo de diámetro indefinido (Gonçalves, 2013: 485).

- Fase 2 (segunda mitad del IV milenio ANE): utilizaciones funerarias de la cámara y del corredor.
- Fase 3 (inicios del III milenio ANE): deposiciones de placas de esquisto grabadas.
- Fase 4 (primera mitad del III milenio ANE): violaciones y probable disposición de estructuras secundarias en un área anexa a la cámara. Clausura o sellamiento de la entrada al corredor con cantos y guijarros.
- Fase 5 (Calcolítico Pleno y Edad del Bronce): reutilización oportunista, con fines funerarios y deposición votiva de cerámicas.
- Fase 6 (Edad Moderna-Contemporánea): usos agrícolas.
- Fase 7 (actual): preservación subacuática en el Pantano de Alqueva.

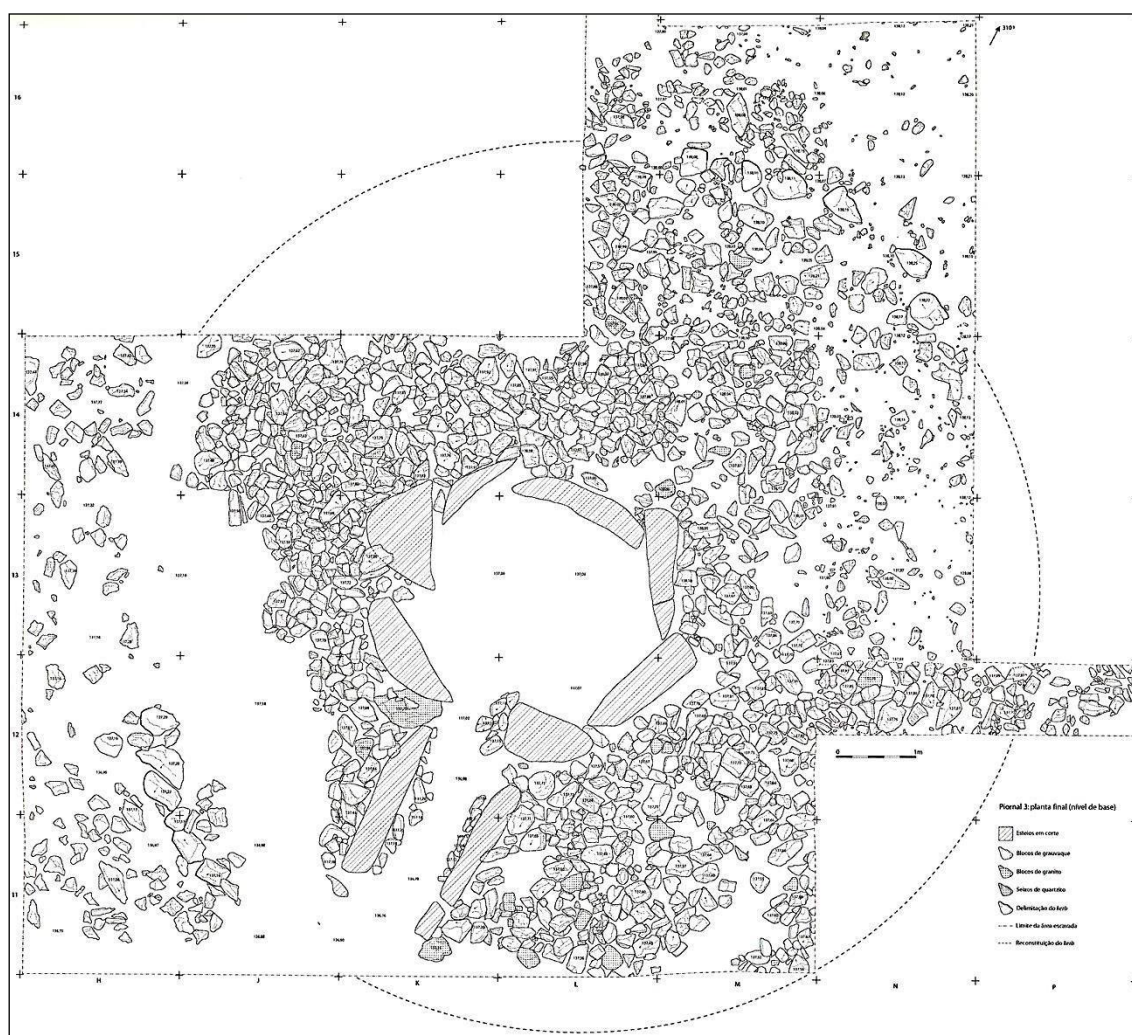


Figura 5.34. Anta de Piornal, Reguengos de Monsaraz (Gonçalves, 2013, figura, 5-02).

El análisis de las dataciones disponibles permite apuntar que estas antas cuentan con un mayor desarrollo temporal entre el 3750-3250 cal ANE. En el anta de Cabeçeira 4 (Mora), con una cámara de tendencia circular y corredor de tamaño medio, se realizaron tres dataciones sobre huesos humanos de los tres individuos identificados (dos adultos y un niño). Sus resultados cronométricos homogéneos focalizados en el segundo tercio del IV milenio cal ANE, permiten proponer que su utilización se produjo entre el 3600-3500 cal ANE (Rocha y Duarte, 2009: 771; Carvalho y Rocha, 2015), confirmando la cronología antigua de esta tumba y su consolidación como modelo monumento funerario a mediados del IV milenio cal ANE en el Alentejo. El anta de Santa Margarida 2 (Reguengos de Monsaraz), de tamaño medio, compuesta por corredor corto y cámara poligonal, se construyó y usó en las centurias finales del IV milenio cal ANE. Así, la datación radiocarbónica sobre muestra de carbón de especie de vida corta (*Erica umbellata*), asociada a una estructura de condenación dispuesta entre el corredor y la cámara, que proporcionó una cronología 3340 y 2900 cal ANE 2σ , puede considerarse un *terminus ante quem* para el uso de este sepulcro, situando el último uso de la cámara en este intervalo temporal, dado que su cronología es anterior a la clausura del monumento (Gonçalves, 2001: 171-172).

Las antas medianas con corredor corto siguieron empleándose como estructuras funerarias durante las primeras centurias del III milenio ANE, como se atestigua en Santa Margarida 3. Este monumento se define como un anta “clásica”, compuesta por una cámara poligonal con corredor corto y de perfil bajo, con el eje axial orientado a 130° SE, contenida en una estructura tumular. La cámara estaba compuesta por siete ortostatos, alcanzando el espacio interior una longitud axial máxima de 3 m. El corredor, de 2,30 m de largo y 1,15 m de altura, estaba compuesto por dos ortostatos laterales. En esta fase se realizaron varias deposiciones funerarias acompañadas de ajuares mobiliarios, destacando la presencia mayoritaria de los ídolos-placa como único artefacto ideotécnico. De los niveles de base del espacio sepulcral de la cámara se han obtenido tres dataciones radiocarbónicas sobre huesos humanos, correspondientes a la fase de primera utilización funeraria del monumento, concentrándose los resultados cronométricos de forma homogénea entre el 3000-2700 cal ANE (Gonçalves, 2003a: 46, 5, 297). Estas fechas son coetáneas a los primeros sepulcros de falsa cúpula, como se ha constatado en los *tholoi* del complejo de Anta de Olival da Pega 2 (Gonçalves, 2003a: 297; Gonçalves, 2014). En estos momentos se observa una mayor diversificación de los ajuares mobiliarios y especialmente una complejización en las prácticas funerarias, con una constante manipulación y reorganización de los restos óseos humanos dentro del espacio sepulcral, común a todas las formas arquitectónicas (antas, hipogeos, *tholoi* y fosas), que se evidencia desde fines del IV y durante todo el III milenio ANE (Valera et al. 2014d).

Grandes antas con cámaras poligonales y corredor desarrollado (3500-2700 cal ANE)

El modelo de gran anta o sepulcro de corredor con cámara poligonal eclosionó en el Alentejo en la segunda mitad/último tercio del IV milenio cal ANE, como testimonia la datación del anta de

Pedra Branca (Soares, 2010: 75), continuando su edificación durante el primer tercio del III milenio cal ANE, como revelan las dataciones de los monumentos de Santa Margarida 3 (Gonçalves, 2003a: 46-50, 297) y Estria 3 (Boaventura, 2009: 67).

Este modelo se caracteriza por la construcción normativa y regular de cámaras poligonales formadas siete ortostatos y corredores largos, con longitudes superiores o incluso el doble a los ejes mayores de las cámaras, que suelen superar los tres metros de diámetro. Estas estructuras están contenidas dentro estructuras tumulares de mayor complejidad y sofisticación técnica. Estos monumento destacan por el desarrollo de una escala constructiva de mayor tamaño que las antas con corredor corto, adquiriendo en algunos casos soluciones arquitectónicas y dimensiones monumentales, caso del Anta Grande de Comenda de Igreja (Montemor-o-Novo) (Figura 5.35) (Leisner y Leisner, 1959, Tafel 25) y el Anta Grande de Zambujeiro (Évora) (Soares y Silva, 2010) y Anta Grande de Olival da Pega (Leisner y Leisner, 1951a).

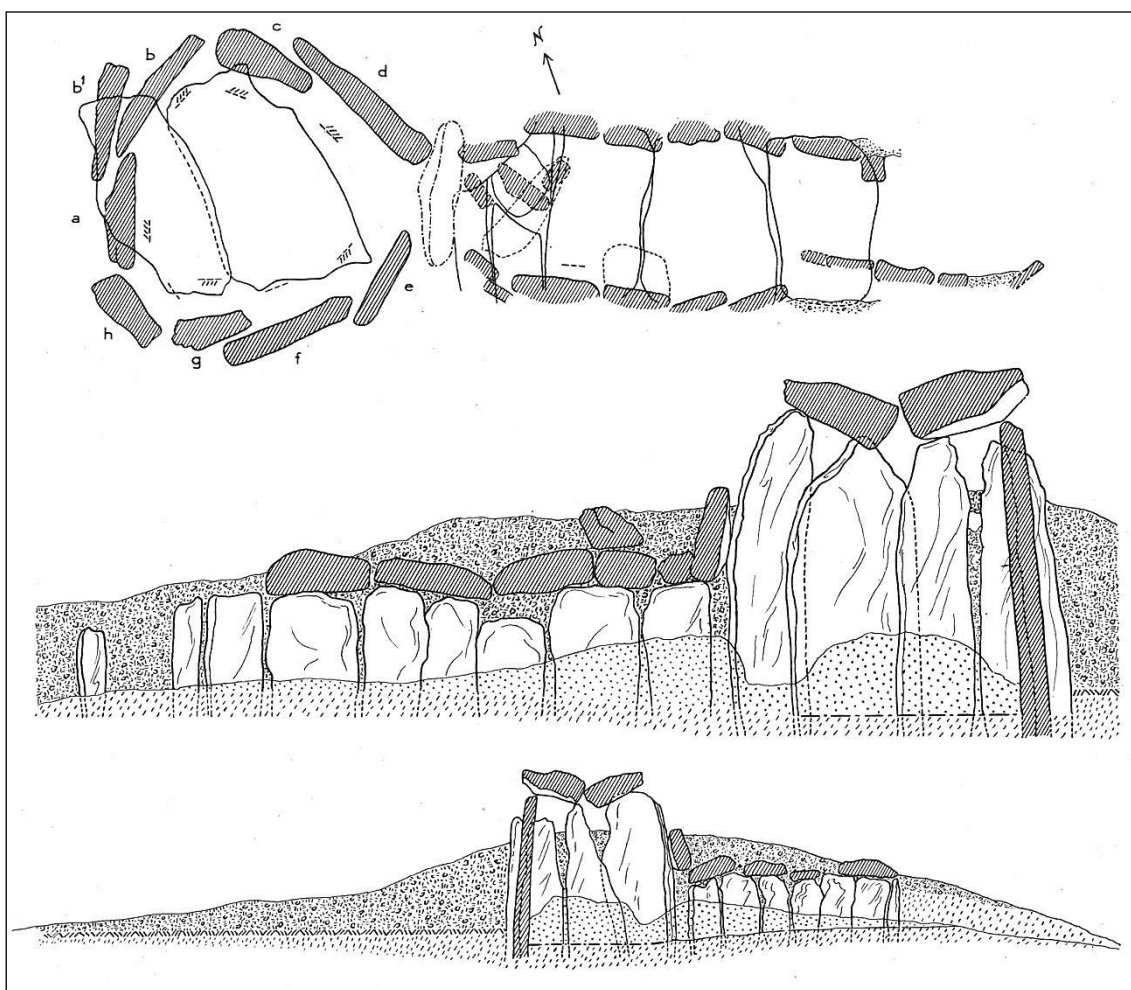


Figura 5.35. Anta Grande de Comenda de Igreja (Montemor-o-Novo, Alentejo) (Leisner y Leisner, 1959, Tafel 25, 1).

En este modelo, al igual que en algunas antas de corredor corto o de dimensiones más pequeñas, es frecuente la integración *in situ* y reutilización de los menhires como soportes de los sepulcros megalíticos en el IV milenio ANE. Al respecto, pueden discriminarse dos prácticas diferenciadas: el mantenimiento de los menhires en su emplazamiento original y la reutilización como soportes de los sepulcros megalíticos (Bueno et al., 2014: 4; Bueno et al., 2015a: 58; Bueno et al., 2015c: 446). Así, por un lado, se ha evidenciado en varios sitios el mantenimiento de los menhires en su emplazamiento original, formando parte de las estructuras de los monumentos funerarios, como se propone para del Anta de Soalheira (Alter do Chao), que contenía un monolito posicionado en su fosa fundacional, que se preservó en el túmulo (Oliveira, 2010: 372); y para el Anta de Granja de São Pedro (Indanha-Nova), con dos menhires dispuestos de forma pareada en el borde perimetral del túmulo que flanqueaban el lateral del monumento (Almeida y Ferreira, 1971). Por otro lado, se ha constatado la reutilización de los menhires como soportes de los sepulcros megalíticos en diversas partes y posicionados en horizontal o vertical, evidenciándose su funcionamiento como ortostatos de las paredes, losas de cubierta, y estelas en las áreas de entradas, caso del anta de Vale de Rodrigo 1, en donde se localizó un menhir decorado en el extremo axial frontal del túmulo (Leisner y Leisner, 1956, Tafel 4 y 38), así como en el Anta de Telhal (Arraiolos), en el que documentó una estela-menhir decorada, posicionada en un lugar central, similar a las que se encuentran en los *cromeleques* del entorno (Bueno et al., 2014: 6), entre otros casos.

El anta de Pedra Branca se localiza en Grândola (distrito de Setúbal) en el Alentejo litoral, siendo un monumento de dimensión media. Se construyó en un emplazamiento de amplia visibilidad circundante, de hasta 5 km de radio, observándose el Océano Atlántico al oeste. Fue erigido con soportes de materias primas locales: caliza, gres y cuarcita. Este monumento tumular está formado por una cámara poligonal y corredor. El espacio sepulcral de la cámara mide 3,85 m por 3,40 m. En su interior presenta lajas de esquisto dispuestas radialmente en el suelo que segmentaban el espacio. Contaba también con un pilar central de cuarcita. Su corredor, orientado hacia el este, mide 3,50 m de longitud y 1,50 m de anchura máxima, estando dividido mediante dos elementos transversales. Presenta dos fases de utilización:

- Fase 1, de construcción y uso mortuario, donde se identificaron hasta 65 depósitos funerarios, del Neolítico Final y Calcolítico precampaniforme, contándose con dos dataciones que fijan una duración máxima de 700 años, desde mediados-tercer cuarto del IV milenio hasta el primer tercio del III milenio ANE. La datación del resto óseo de la cámara arroja una cronología del 3529-3312 cal ANE 2σ . La datación sobre muestra de hueso humano del corredor del corredor se sitúa entre el 2880-2566 cal ANE 2σ .
- Fase 2, de reutilización campaniforme, cuando la cobertura del monumento debía haber colapsado (Soares, 2010: 72-76).

El Anta Grande de Zambujeiro (Évora) es un monumento gigantesco (Figura 5.36). Destaca por poseer una estructura ortostática de grandes dimensiones, alcanzado 14,5 m lineales, con una orientación del eje longitudinal hacia el sureste (108° SE). Fue construido con tres variedades de granito, uno de los cuales (granito cuarzo-diorítico) procede de 9 km de distancia.

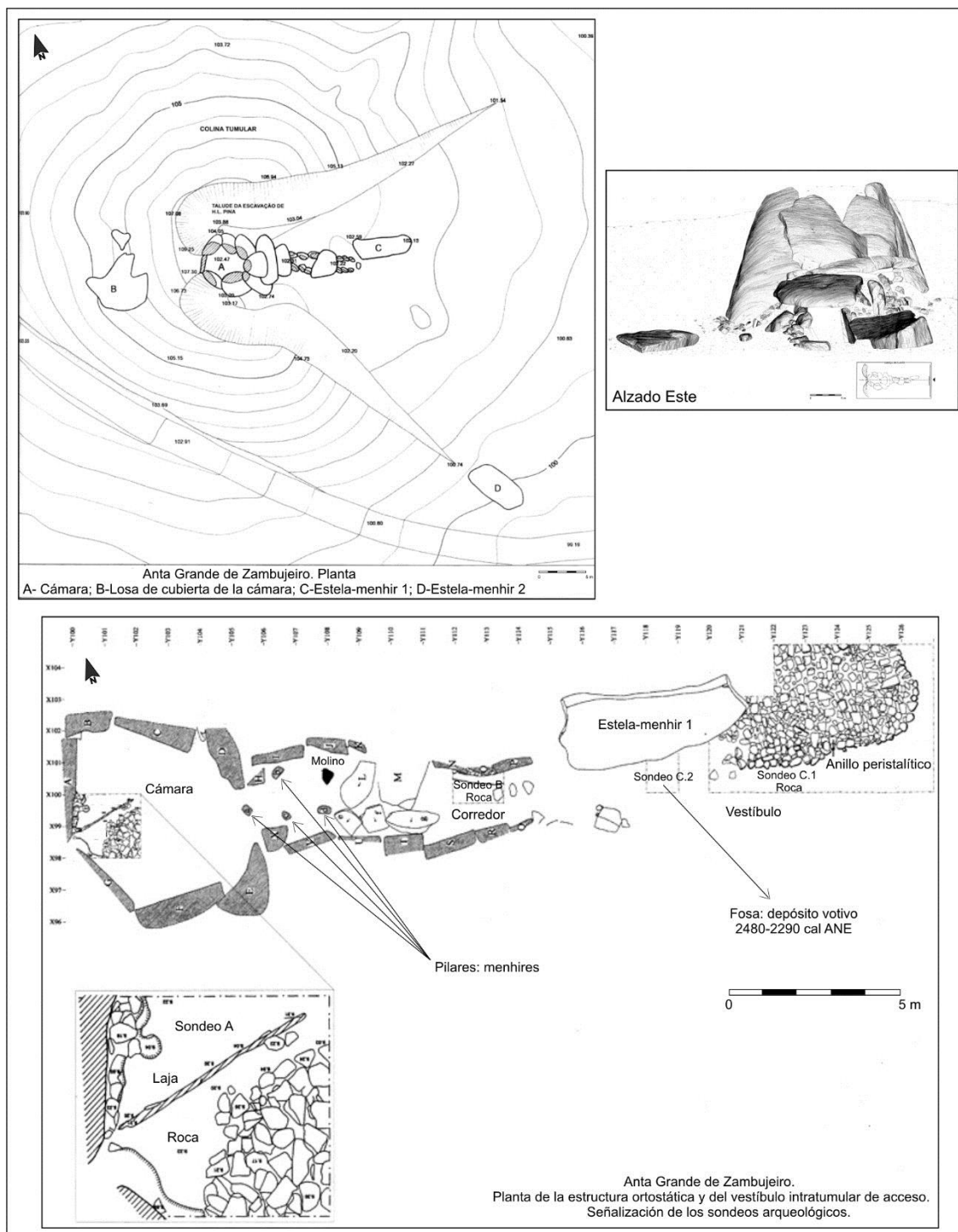


Figura 5.36. Anta Grande de Zambujeiro (Évora, Alentejo).
Plantas y alzado frontal este (modificado de Soares y Silva, 2010, figuras 8, 10 y 13).

El corredor del monumento de Anta Grande de Zambujeiro es largo, de 8,8 m de longitud y anchura variable de 1,7 m (entrada) a 2,8 m (conexión cámara), siendo su perfil bajo, de 1 m de altura de promedio. Está compuesto por 16 ortostatos y tenía una techumbre adintelada formada por tres losas transversales. En su interior presenta tres pilares que dividen el espacio, dispuestos a 2,80 m de la entrada a la cámara. En el punto de conexión con la cámara se dispone la piedra de *padieira* (bloque de cierre de la cámara), que descansa sobre una losa de cubierta sustentada por cuatro pilares. La cámara funeraria es de forma poligonal, estando formada por siete grandes ortostatos con una longitud máxima de 5,70 m y una anchura de 5,50 m del espacio sepulcral, alcanzando una altura de hasta 5 m. En el suelo de la cámara se localizó una laja de esquisto dispuesta contra la losa de cabecera, que dividía el espacio en dos sectores. Esta monumental estructural es contenida dentro de un túmulo subcircular de 60 m de diámetro y 9 m de altura, delimitado por un anillo perimetral de 6 m de anchura, formado por bloques pétreos trabados con arcilla. En el acceso se desarrollaba un vestíbulo abierto con un piso de arcilla apisonado sobre el que se realizaron depósitos votivos, uno de los cuales se efectuó en una fosa, estando formado por una láminas de sílex, elementos cerámico zoomórfico, varias placas de esquisto grabadas, realizado a fines del III milenio cal ANE, conforme al resultado de la datación radiocarbónica: 2480-2290 cal ANE 2σ . Este depósito ha sido interpretado como una práctica de selección y vaciado de materiales de procedentes de la cámara y su posterior recolocación en la fosa del corredor (Soares y Silva, 2010: 95-96, 98-101).

En este monumento se presentan seis menhires dentro de la estructura arquitectónica: cuatro se dispusieron al final del corredor, sirviendo de soporte de la losa de cubierta y piedra de cierre, otro se colocó en el punto de encuentro con la cámara, en su lateral sur, y el de mayor tamaño se reutilizó como losa de cabecera, tratándose de una estela decorada. Además, otras dos grandes estelas-menhires con cazoletas se localizan tumbadas en la zona externa, habiéndose colocado una a cada lado de la entrada (Calado, 2004: Bueno et al., 2007: 602; Soares y Silva, 2010: 101-102; Bueno et al., 2014: 7; Bueno et al., 2015a: 58).

Hipogeos (3600-2500 cal ANE)

A tenor de las dataciones radiocarbónicas este modelo arquitectónico de hipogeo se desarrolló en el sur de Portugal desde el segundo cuarto-mediados del IV milenio ANE, prolongándose su construcción y uso como estructuras funerarias colectivas hasta mediados del III milenio ANE, además de los procesos de reutilización a fines del III e incluso durante el II milenio ANE. Estas construcciones se concentran en tres ámbitos geográficos: Bajo Alentejo, Algarve Litoral occidental y Estuario del Tajo o región de Lisboa, en los que se presentan formas arquitectónicas, características constructivas y desarrollos cronológicos específicos, que refuerzan el sentido polimórfico y coetáneo del megalitismo funerario (Rocha, 2016).

En el Bajo Alentejo los hipogeos se presentan al sur de la Sierra de Mendro, en los municipios de Vidigueira, Serpa y Ferreira do Alentejo, donde se desarrolla el medio geológico de los Barros de

Beja y Serpa, caracterizados por la presencia de materiales blandos (arcillas, pizarras y micaesquistos) que permiten una doble cualidad: la excavación en el sustrato y la formación arquitecturas subterráneas estables. En esta zona es predominante la presencia de necrópolis de hipogeos compuestos por dos elementos estructurales excavados en distintos niveles, evidenciado unos perfiles escalonados: a) una estructura de acceso, que pudo ser un pozo vertical o corredor corto en rampa, que presentan elementos de cierre (lajas) en el punto de conexión con la cámara, estando precedida en algunos caso por una estancia a modo de antecámara; b) la cámara funeraria, de planta circular y volumen abovedado, construida en un nivel inferior. Este modelo apareció en el segundo tercio del IV milenio, consolidándose a mediados del IV milenio ANE, como se constata en la secuencia constructiva y estratigráfica de la necrópolis de Sobreira da Cima (Valera, 2013).

La necrópolis de Sobreira da Cima se emplaza en un cerro situado en de la margen derecha río Guadiana. Las tumbas fueron excavadas en un sustrato rocoso de micaesquistos. La necrópolis está formada por cinco sepulcros del Neolítico Final y Calcolítico. El sepulcro 1 se compone de una cámara ovalada de 3 m de longitud en su eje mayor, con orientación este-oeste, y un pozo de acceso circular en el lateral oeste de 1,20 de diámetro, que presenta una gran laja de anfibolita que cerraba la entrada a la cámara (Figura 5.37). El acceso fue clausurado por un relleno de arcilla con lajas de esquisto, donde se dispusieron depósitos de bloques/lingotes de anfibolita (Valera, 2013: 14-15). En su interior se documentó un contexto funerario formado por deposiciones primarias con individuos en conexión anatómica y deposiciones secundarias, con objetos muebles diversos, realizándose cuatro dataciones sobre restos óseos humanos que enmarcan el uso de esta tumba en la segunda mitad del IV milenio cal ANE, entre el 3500-2930 cal ANE (Valera, 2013: 41, 43).

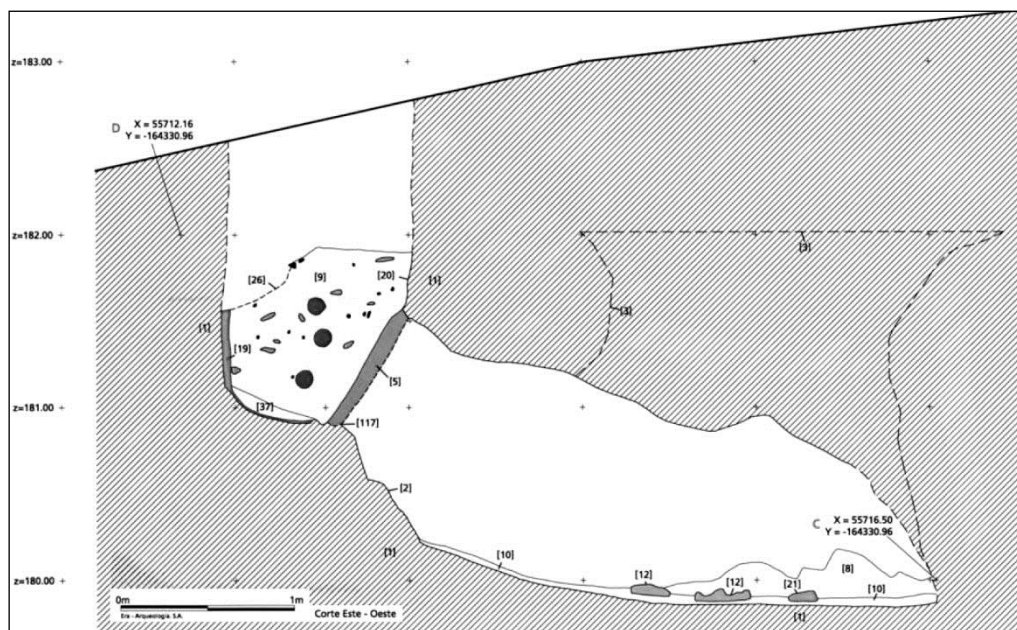


Figura 5.37. Sección constructiva longitudinal del sepulcro 1 de la necrópolis de Sobreira da Cima (Vidigueira, Beja, Bajo Alentejo) (Valera, 2013, figura 7).

El sepulcro 2, fue muy afectado por la maquinaria, preservando su pozo vertical de acceso, por lo que sería semejante a la forma arquitectónica del sepulcro 1 (Valera, 2013: 20). Los sepulcros 3 y 4 fueron gravemente dañados, siendo prácticamente destruidos, preservando partes pequeñas de las cámaras, lo que no ha posibilitado determinar la forma de las tumbas. La datación de un resto óseo humano del sepulcro 3 ha arrojado la fecha más antigua de la necrópolis y de los hipogeos del sur de Portugal, dando un resultado de 3630-3357 cal ANE 2σ , situando la construcción de éste a mediados del IV milenio cal ANE (Valera, 2013: 41, 43). La datación de un hueso humano del sepulcro 4 se sitúa en una cronología similar de uso del sepulcro 1, en el último tercio del IV milenio: 3359-3098 cal ANE 2σ (Valera, 2013: 41).

El sepulcro 5 se compone de una cámara circular con corredor de acceso, representando una forma de sepultura colectiva característica del segundo cuarto del III milenio cal ANE, conforme a la datación radiocarbónica sobre hueso humano del depósito funerario, que arrojó un resultado de 2863-2489 cal ANE 2σ (Valera, 2013: 41, 43). Este hipogeo destaca por presentar la arquitectura más compleja del grupo, sobre todo por la estructura de acceso, orientada hacia el noroeste (Figura 5.38). En él se documentó un depósito funerario formado por una acumulación de huesos desarticulados fruto de la reducción anatómica, en donde se evidenció un ajuar mobiliario escaso. Su cámara era de planta ovalada irregular de 3,5 m de máxima anchura, en el eje transversal, formada como una cúpula de perfil ojival, alcanzando 1 m de altura máxima en el centro. Presentaba en el área de ingreso a la cámara una especie de antecámara ovalada de desarrollo vertical, que salva un desnivel en rampa respecto al corredor de hasta 90 cm. La estructura de acceso se conforma como un corredor corto, de 2 m de longitud y de 1,20-1,30 m de anchura, en rampa descendente hacia la cámara, con paredes subrectangulares. En el extremo axial de entrada existían dos fosas de implantación de dos estelas de anfibolita (de una altura probable de 90 cm), dispuestas en paralelo a cada lado, circundadas por pequeños pedúnculos del mismo material anclados en las mismas fosas, conformando un acceso monumental que fue cerrado o clausurado en la fase 2 del hipogeo, mediante un relleno compacto de arcilla con lájas de esquisto y anfibolita, con depósitos votivos de bloques/lingotes de anfibolitas como en el sepulcro 1 (Valera, 2013: 26-29, 35).

Otra necrópolis de la zona es la de Outeiro Alto 2 (Brinches, Serpa). Está compuesta por tres hipogeos y una fosa funeraria del Neolítico Final, de la segunda mitad del IV milenio ANE, presentando grandes similitudes arquitectónicas con las sepulturas de Sobreira da Cima, aunque de dimensiones más reducidas y accesos dificultosos, con depósitos funerarios colectivos primarios y secundarios y prácticas mortuorias similares al megalitismo ortostático. Los hipogeos (4/5, 14 y 16/17) se caracterizan por poseer cámaras subterráneas de plantas subcirculares u ovaladas de hasta 2,3 m de diámetro máximo y una altura de 1,2 a 2 m en el centro, a las que se accedía a través de pozos verticales laterales, de hasta 1,4 m de profundidad provistos de pequeños corredores (de 70 cm de longitud por 30 cm de altura) que se encontraban cerradas por un dispositivo de lájas y arcilla (Valera y Filipe, 2012: 31-33). El mismo espacio fue

308

En el Algarve occidental los hipogeos se caracterizan por presentar las estructuras de acceso y las cámaras al mismo nivel, siendo excavados a la misma profundidad, predominando el modelo constructivo de corredor longitudinal que conecta con una o dos cámaras abovedadas de plantas circulares. La necrópolis de Monte Canelas (Portimão) fue construida y usada en las últimas centurias del IV milenio e inicios del III milenio ANE, excavados en sustratos calcáreos. Conforman una agrupación de cuatro sepulturas colectivas, situándose el hipogeo I en el extremo noroeste, y distribuyéndose los hipogeos II, III y IV en un radio de en torno a 15-20 m al suroeste del anterior. El Hipogeo I, se compondría de dos cámaras simétricas y un corredor de acceso en rampa orientado hacia el noroeste, girado hacia la Sierra de Monchique. Las dos cámaras estaban conectadas por un corredor cuadrangular, estrecho y corto, de apenas 60 cm de lado. La cámara norte es de planta irregular, midiendo 2,60 m en el eje menor (noreste-suroeste) y pudiendo alcanzar hasta cerca de 3 m en el eje contrario (noroeste-sureste). La cámara sur, más pequeña, es de planta ovalada achatada, de en torno a 2,60 m en el eje mayor (noreste-suroeste) y 2,30 en el menor, alcanzando hasta 1,7 m de altura. Poseía una claraboya superior, tapada por una laja de arenisca roja. Podría contar con un túmulo de cubrición, a tenor del último nivel estratigráfico de la cámara sur, definiendo un derrumbe de 1,10 m de espesor, compuesto por un relleno de bloques de piedras calizas de pequeño tamaño y arcilla. Esta sepultura colectiva contuvo los restos óseos de 171 individuos, organizados en dos niveles estratigráficos diferenciados. En el nivel de base se identificaron cinco deposiciones primarias, múltiples deposiciones secundarias y restos anatómicos con conexiones parciales, creándose osarios como consecuencia de la reducción periódica de los esqueletos. Las tres dataciones radiocarbónicas efectuadas (una sobre carbón vegetal y dos sobre restos óseos humanos) permiten fechar este nivel entre el 3380-2880 cal ANE. En el nivel superior, del III milenio ANE, desarrollado sobre el derrumbe de piedras y arcilla, predominan los depósitos secundarios, formado por la manipulación de huesos de individuos por parte de los grupos que ocuparon el asentamiento de Cabeço dos Mouros (Silva, 1997; Morán y Parreira, 2007: 81-83; Parreira, 2010: 402-403; Parreira y Silva, 2010: 422).

Los hipogeos II, III y IV son fosas en las que no ha podido, por el momento, determinarse su morfología y cronología absoluta. La presencia del conjunto artefactual del hipogeo III (una ofrenda de cuatro azuelas de anfibolita, una gubia de anfibolita y una lámina de sílex) permite sostener una correspondencia de esta estructura funeraria con la segunda mitad del IV milenio ANE (Morán y Parreira, 2007: 81-83, 65-86; Parreira, 2010: 402-403; Parreira y Silva, 2010: 422).

El monumento funerario de Barrada (Aljezur) se trata de un hipogeo excavado en el sustrato rocoso calcáreo del último cuarto del IV milenio ANE, con similitudes arquitectónicas con Monte Canelas I. Se compone de una antecámara y una cámara conectadas por un corredor, con el eje axial suroeste-noreste, con una dimensión total de 5 m de longitud. El acceso se realiza por una rampa descendente orientada al suroeste que la conectaba con la antecámara, de 2,70 m de longitud, 1,60 m de anchura y 0,70 m de altura. En el punto de conexión con la cámara se

desarrolla un pasillo o corredor corto de 0,50 m de longitud por 0,40 m de anchura. La cámara cupuliforme presenta una planta polilobulada conformada por tres ábsides o alveolos separados por lajas verticales de caliza que segmentaban el espacio sepulcral, contando estas estancias con diámetros y diferentes alturas, con un promedio en alzado de en torno a 1 m. El diámetro máximo de la cámara es de 3,60 m en el eje transversal, y 3,15 m en el eje axial. El ábside norte es de planta subcircular, teniendo un diámetro de 1,60 m. La entrada de la cámara presentaba un dispositivo de cierre formado por una acumulación compacta de bloques de piedra (caliza, grauvaca, esquisto y cuarzo) trabados con tierra. En esta sepultura colectiva las deposiciones funerarias se realizaron exclusivamente en la cámara, estando reducidas a escasos individuos (restos de cuatro adultos con apenas conexión anatómica y un número de restos indeterminados), acompañados de parco ajuar mobiliario (hachas y azuelas de anfibolita, geométricos de sílex, una pulsera de *Glycimeris sp.*, restos malacológicos y escaso fragmentos cerámicos), proponiéndose un uso sepulcral corto en un intervalo temporal concreto del último cuarto del IV milenio ANE (Barradas et al., 2013: 409-411)

En las áreas Lisboa y Setúbal, en la Estremadura, las grutas artificiales son excavadas totalmente en un sustrato rocoso calcáreo. Las formas más comunes se corresponden con construcciones subterráneas compuestas por corredores longitudinales, antecámaras cubiertas y cámaras circulares, ovales o elípticas, con una gran variabilidad de tamaños, generalmente con una abertura superior o claraboya, que se cubriría con una losa de piedra, que se ha interpretado como un dispositivo de cierre/apertura que permita la continuidad de las deposiciones funerarias una vez ya estaba colmatada parcialmente la cámara o colapsado el corredor (Gonçalves, 2003b). A tenor de la compleja secuencia estratigráfica de su interior y de las dataciones radiocarbónicas efectuadas en los hipogeos de São Pedro de Estoril y Monte Castelo se definen como sepulturas colectivas usadas durante un marco temporal extenso, desde el Neolítico Final, a mediados del IV milenio hasta fines del III milenio ANE, destacando las reiteradas reutilizaciones campaniformes de los espacios sepulcrales. Es plausible proponer, a partir de las dataciones sobre restos óseos del hipogeo 1 São Pedro de Estoril (3634-3374 cal ANE 2σ) y de Monte Castelo (3509-3147 cal ANE 2σ), que los primeros monumentos subterráneos se construyesen en la centurias centrales del IV milenio cal ANE (Gonçalves, 2009; Rocha, 2016: 171).

De manera general, a tenor de las formas y técnicas de construcción de los corredores es plausible la distinción de dos modelos básicos que se encuentran en las mismas necrópolis (Leisner y Leisner, 1956; Leisner, 1965; Gonçalves, 2003b; Soares, 2003) (Figura 5.39):

- Hipogeos con corredor longitudinal y cámara abovedada de planta circular o elipsoidal, con antecámaras, presentando estos elementos al mismo nivel constructivo, caso de los hipogeos de Alapraia I, São Pedro de Estoril I y II, Palmela I, II y IV, Quinta do Anjo I y III, entre otros.

- Hipogeos con corredores tallados en rampa descendente o de forma inclinada, con antecámaras y cámaras circulares, caso de los hipogeos de Alapraia II, III y IV, Palmela III, Carenque II y III, Quinta do Anjo II y IV, entre otros.

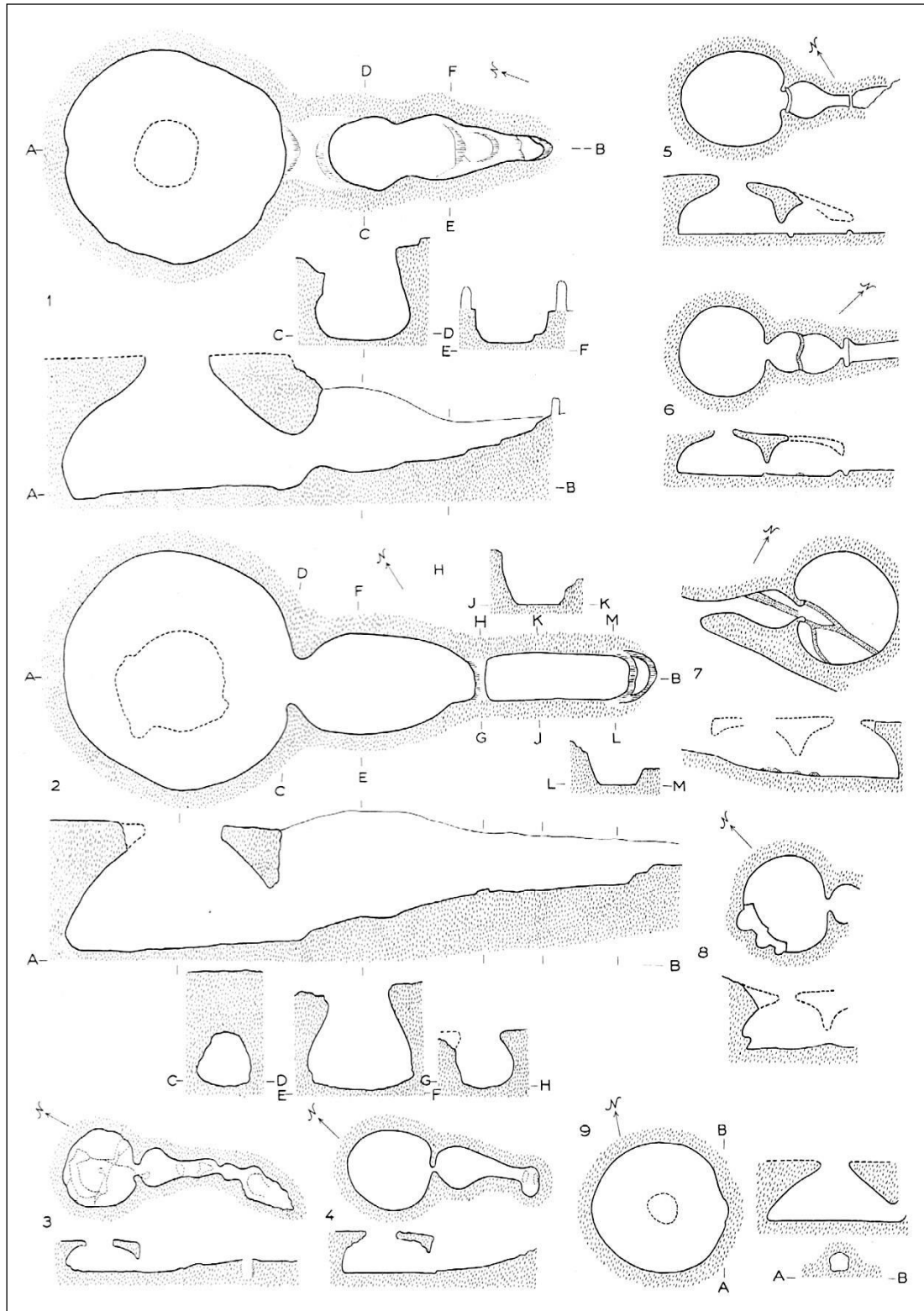


Figura 5.39. Grutas artificiales de la región de Lisboa [1. Alapraia 4; 2. Alapraia 1; 3. Carenque 3; 4. Carenque 2; 5-8. Palmela 1-4; 9. Alapraia 3] (Leisner y Leisner, 1956, Tafel 7).

Sepulcros de falsa cúpula (*tholoi*)

Los sepulcros de falsa cúpula se erigieron a fines del IV milenio cal ANE y espacialmente en la primera mitad del III milenio cal ANE, conforme a las dataciones radiocarbónicas disponibles en los tres ámbitos territoriales que se presentan en el sur de Portugal: el *tholos* de Cabeço de Arruda (Boaventura, 2011: 182) en la región de Lisboa; los dos sepulcros de la necrópolis de Perdigões (Valera et al., 2002; Valera et al. 2014a: 15), los *tholoi* integrados en el monumento de Olival da Pega 2 (Gonçalves, 1999; Gonçalves, 2003a: 197; Gonçalves, 2014), el *tholos* de Centirã 2 (Robles et al., 2013: 347) en el Alentejo; y, el monumento 7 de Alcalar en el Algarve (Morán y Parreira, 2004: 106, 117). Los resultados de las dataciones son coherentes con la temporalidad propuesta para este modelo arquitectónico en el sur de la Península, cuyo tratamiento estadístico bayesiano permite fijar el inicio de este nuevo tipo de arquitectura en la transición del IV al III milenios cal ANE, entre el 3070-2900 cal ANE con un 95% de probabilidad, aunque se tiene constancia cronológica de la continuidad en la construcción y uso durante la segunda mitad del III milenio ANE, como se ha atestiguado en las secuencias diacrónicas de la tumba 11 de El Barranquete (Almería) y el *tholos* de Centirã 2 (Brinches, Serpa) (Robles et al., 2013: 347-352; Aranda Jiménez y Lozano Medina, 2014; Lozano Medina y Aranda Jiménez, 2017: 27-28).

Este modelo arquitectónico, al igual que el resto de las zonas del sur (Andalucía y Extremadura) se caracteriza por presentar un corredor y una cámara circular abovedada, construida mediante un sistema de falsa cúpula, siendo excavadas parcialmente en el terreno y cubiertas dentro de estructuras tumulares provistas en algunos casos de anillos de contención y refuerzo de mampostería. Las bóvedas se edificaron mediante una superposición de hiladas de mampostería con reducción concéntrica progresiva desde la base de apoyo hasta el cierre, que parten desde la base de la cámara o desde el trasdós de las lajas de las paredes de las cámaras. Sus paredes están formadas por lajas de revestimiento o por fábricas de mampostería. Las cámaras son de planta circular u ovalada, oscilando en diámetros de 2 a 4 m. Los corredores son de formas rectangulares alargadas o trapezoidales, con posibles vestíbulos u atrios externos.

De forma genérica, pueden distinguirse dos tipos básicos de técnicas constructivas: a) sepulcros de falsa cúpula con paredes formadas por lajas de revestimiento de esquisto o pizarra; b) sepulcros de mampostería irregular, con empleo de mortero de barro para la trabazón de las fábricas. En algunos monumentos se ha evidenciado la combinación de las dos técnicas constructivas.

La necrópolis de sepulcros de falsa cúpula del complejo arqueológico de Perdigões (Reguengos de Monsaraz), un recinto de fosos de 16 hectáreas, se localiza en el extremo este del complejo, entre los fosos del recinto y el *cromeleque*. Está compuesta por dos sepulturas semisubterráneas excavadas en el terreno, dotadas de tres elementos diferenciados: a) atrios circulares u ovales de grandes dimensiones; b) corredores cortos y estrechos, de 1,8 m de longitud, con paredes

revestidas de lajas de esquisto, con orientaciones diferenciadas: tumba 1 hacia el este (89,5°) y tumba 2 hacia el sureste (130°); c) cámaras circulares de 3,5 m (tumba 1) o 3 m de diámetro (tumba 2) de diámetro, con paredes formadas por lajas de revestimiento. En las cámaras de estas sepulturas colectivas se han documentado depósitos funerarios secundarios, como consecuencia de los enterramientos sucesivos y una manipulación reiterada de los huesos, que expresan una multiplicidad de prácticas y gestos funerarios. Los ajuares mobiliarios de estas tumbas son ricos y diversos, siendo abundantes los recipientes cerámicos, vasos de caliza, alabardas y cuchillos de sílex, puntas de flecha de sílex, artefactos de hueso (alfileres, pulseras, ídolos falanges, “báculo”), elementos de marfil, ídolos placa, figuras zoomórficas y cuentas de collar de piedras verdes. En los atrios se recuperaron materiales (vasos de caliza, puntas de flecha, vasos cerámicos pequeños, alabardas, etc.) que formaban ofrendas estructuradas (Valera et al. 2002; Valera et al., 2014d). Las dataciones efectuadas de las dos tumbas sobre restos óseos humanos ofrecen resultados que permiten establecer una diacronía de dos fases. En una primera fase fueron construidas las dos tumbas, c. 2900-2500 cal ANE, de forma paralela a los fosos 3 y 4, como testimonian los resultados de las tres dataciones de la tumba 1, que se agrupan en el segundo cuarto del III milenio, en unos intervalos de 2872-2467 cal ANE 2σ , además de una datación de la tumba 2, de resultado similar: 2860-2498 cal ANE 2σ . La segunda fase se corresponde con la reutilización funeraria de la tumba 2, destinada a deposiciones secundarias de restos óseos cremados predominantemente, como se deduce del resultado de tres dataciones, que la encuadran en el tercer cuarto del III milenio, entre el 2570-2200 cal ANE. Por tanto, para la tumba 2 se propone un tiempo de uso más prolongado del espacio sepulcral y el consiguiente mantenimiento de esta área simbólica y ritual dentro del recinto hasta fines del III milenio ANE (Valera et al., 2014a: 15, 20, 22).

El *tholos* de Monte Velha 1 (Vila Verde Fíchaló, Serpa), se compone de una cámara y un corredor relativamente largo de planta asimétrica respecto al eje axial, que se edificaron sobre un emplazamiento explanado y rebajado, con aparejo ortostático dentro de una estructura tumular. La cámara es de planta circular, midiendo 3 m de diámetro, estando formadas sus paredes por lajas ortostáticas de esquisto. El corredor, formado por lajas de esquisto, de 4,5 m de longitud y de perfil más bajo que la cámara, es de trazado curvo y está orientado hacia el noreste, estando flanqueada por dos jambas laterales, donde se encajaban dos lajas verticales que formaban el dispositivo de cierre. Al exterior se desarrollaba un atrio de progresiva apertura hacia el exterior con orientación hacia el norte, formado por lajas y bloques. En este monumento funerario se han distinguido dos fases de uso funerario (Figura 5.40). La fase 1 se corresponde con la construcción y uso del espacio sepulcral en el primer tercio del III milenio ANE, conforme a los materiales documentados: vasos cerámicos carenados y esféricos, ollas globulares, láminas talladas de sílex de doble nervadura muy retocadas, hachas y azuelas, placas de esquisto grabadas, concentradas mayoritariamente en la cámara. La fase 2, se equipara con la reutilización de la cámara para la realización de un enterramiento secundario tras el derrumbe de la falsa cúpula. En el relleno se evidenció la presencia de dos lajas ancladas verticalmente que

formaban un ángulo agudo, que contenía en su interior un conjunto cerámico formado por un vaso campaniforme y dos vasos hemiesféricos, además de varios fragmentos cerámicos, junto a un fragmento de cráneo y otros restos óseos dispersos bajo las lajas, tratándose de un depósito secundario en posición secundaria. De esta fase se dató un fragmento del cráneo que arrojó una cronología de 2479-2211 cal ANE 2σ , situando esta reutilización funeraria en el último cuarto del III milenio, en el contexto del Horizonte Ferradeira (Monge Soares, 2008: 35-38, 42-43, 47-48).

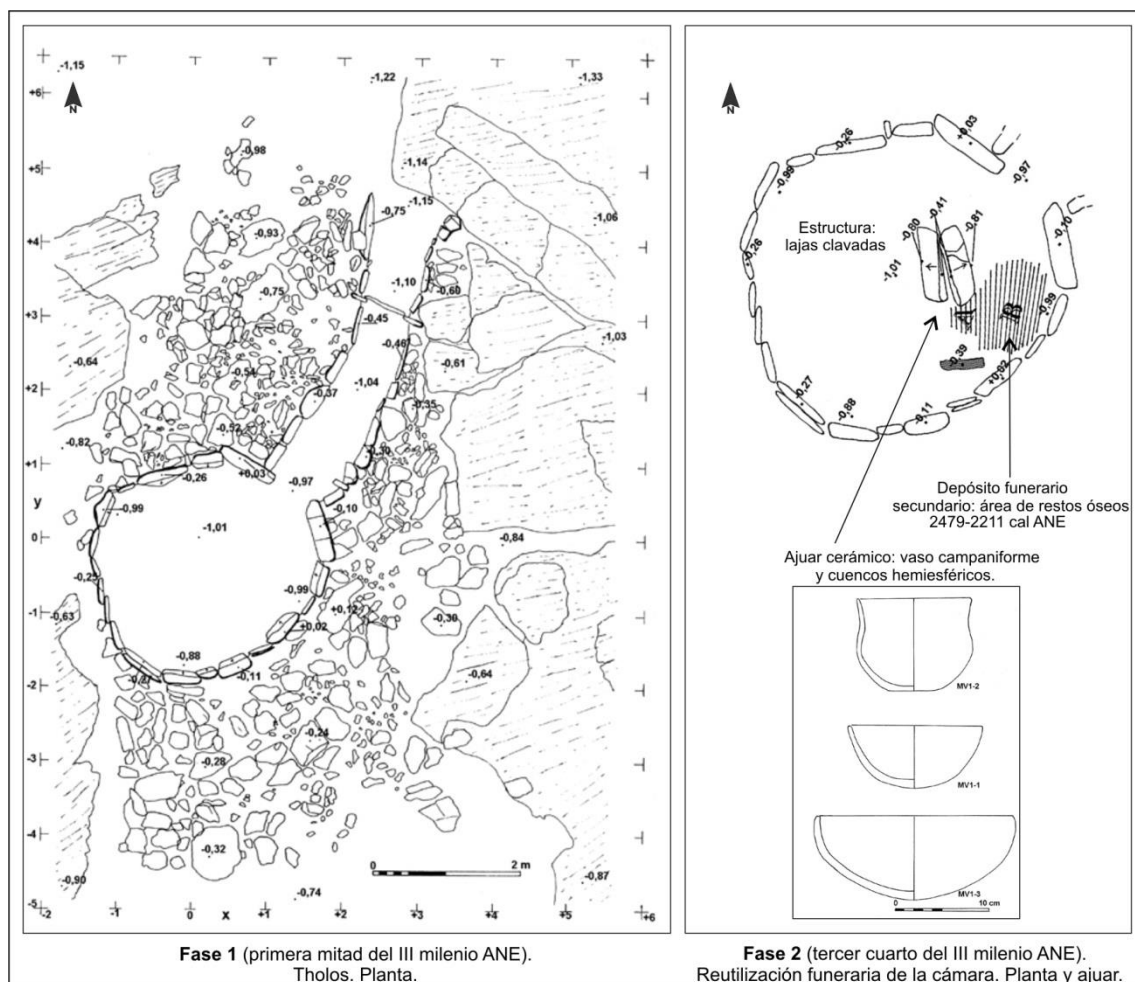


Figura 5.40. Tholos de Monte Velha 1 (Vila Verde de Ficalho, Serpa, Bajo Alentejo). Planta y ajuares de las fases del monumento (modificado de Monge Soares, 2008, figuras 4, 12 y 13).

La necrópolis de Alcalar (Portimão) se estructura en cuatro agrupaciones de tumbas, alcanzando un total de trece monumentos distribuidas alrededor del poblado provisto de foso circundante, distinguiéndose: el grupo de Vidigal Velho al norte (monumentos 12 y 13), Alcalar Oeste (monumentos 8, 11, 14, 15 y 16), Alcalar Centro (monumentos 1, 2, 3, 4, 5, 6 y 10) y Alcalar Este (monumentos 7 y 9). De esta necrópolis puede destacarse los monumentos de falsa cúpula contruidos con mampostería de Alcalar Este (tumbas 7 y 9), que conforman un grupo binario construido en un emplazamiento con ocupación previa del Neolítico Antiguo y Medio, desarrollado entre el 5300-4300 cal ANE, integrando y reutilizando estelas y menhires como elementos arquitectónicos en las áreas externas de los monumentos (Morán y Parreira, 2004; Morán y Parreira, 2007; Morán, 2015).

El *tholos* 7 es un monumento funerario de escala constructiva y técnica constructiva muy depurada. Presenta una estructura interna, formada por una cámara con nichos laterales y corredor, cuya forma fue excavada parcialmente en el sustrato de margas calcáreas, que fueron erigidas mediante mampostería de esquisto y grandes bloques calcáreos, contenidos dentro de un potente túmulo (Figura 5.41). En este monumento se han documentado varios proyectos arquitectónicos o fases constructivas (Morán y Parreira, 2004: 93-117; Morán y Parreira, 2007: 63-67; Morán 2015: 533-534).

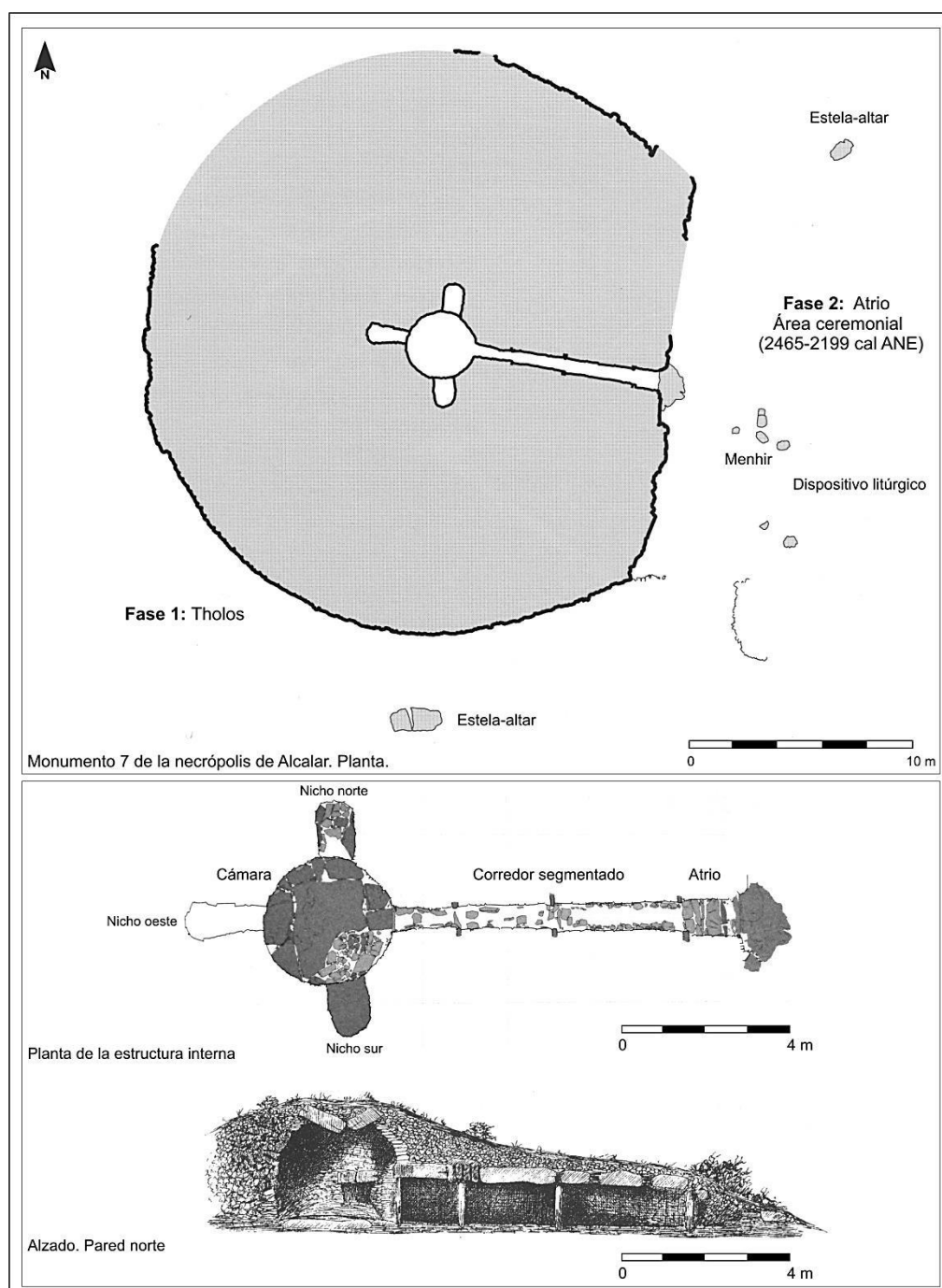


Figura 5.41. Tholos 7 de Alcalar. Plantas y alzado de la pared norte. Fases 1-2 del monumento (modificado a partir de Morán y Parreira, 2007, p.62; Morán y Parreira, 2004, plano 5; Estácio da Veiga, 1886, Estampa XVII).

La fase 1, de la primera mitad del III milenio ANE, se corresponde con el proyecto de construcción del monumento funerario. Estaba compuesto por un túmulo de casi 27 metros, construido sobre un nivel de suelo explanado y terraplenado, compuesto por un núcleo interno circundante de la cámara de bloques calcáreos de grandes dimensiones, para su contención y refuerzo, y un relleno de pequeñas piedras de (*cairn*), estando delimitado por un muro de mampostería de esquisto trabada con mortero de barro que circunda toda la construcción, de 1,10 m de anchura y 0,40 m de altura. Su morfología es subcircular, presentando en el frontal este una fachada rectilínea de 17,50 m de longitud y de hasta 0,80 m de altura, segmentada en dos partes por el acceso a la tumba. En el centro de la entrada se presenta la entrada al sepulcro, que contaba con un dispositivo de cierre (laja semicircular) y un atrio intratumular pequeño, que habilitaba el paso al corredor. Esta estructura interna presentan un eje axial orientado hacia el este (99° E) con una declinación de 7°, pudiendo relacionarse con un periodo de construcción y uso relacionado con los equinoccios de primavera y otoño.

Su acceso se realiza por un atrio intratumular de planta rectangular con dos paramentos murarios de esquisto trabados con barro de 0,70 m de alzado. Estaba flanqueado en el punto de conexión con el corredor por dos jambas laterales transversales dispuestas de forma simétrica cada lado. Su suelo lo forman dos niveles escalonados formados por una gran laja calcárea y una solería de esquisto.

El corredor, de 8,10 m de longitud total, está formado por paredes de mampostería con leve inclinación hacia el interior y techumbre adintelada de cinco grandes lajas de caliza, estaba segmentado en tres tramos por umbrales monolíticos y solerías de lajas aparejadas en "*cutelo*", evidenciando una reducción progresiva de longitud y anchura por tramos desde la entrada (3 m por 0,70 m), zona central (2,30 por 0,60 m) y conexión con la cámara (1,60 por 0,50 m). Los paramentos norte y sur evidencian que fueron construidos con aparejos diferenciados.

La cámara, de planta circular, con 2,85 m de diámetro, fue ejecutada con una cuidada mampostería de hasta 1,55 m de anchura en la base, formando una estructura abovedada con cubierta de falsa cúpula de perfil esférico, con reducción progresiva en alzado. Cuenta con un pavimento de lajas de caliza, así como con nichos laterales. Dos nichos se disponen de forma simétrica a ambos laterales respecto al eje axial, estando sobre elevados respecto al suelo en torno a 0,50 y con dinteles de caliza en su techumbre, con una anchura del espacio interno de 0,90 m, altura de 0,50 m y una longitud similar: 1,50 m el nicho norte y 1,30 m el nicho sur. Están formados por una base y dinteles de grandes losas calcáreas. En el extremo oeste de la cámara, en el centro del eje, se dispone otro nicho de similares características constructivas y mayores dimensiones: 1,80 m de longitud por 0,85 m de anchura, teniendo una solería interna de losas de esquisto y cubierta formada por cuatro lajas de esquisto sobrepuestas. Estos elementos laterales pudieron estar destinados a la colocación de depósitos funerarios secundarios, así como ofrendas y objetos votivos. En el nivel superior de trasdosado de la cámara se construyó una

estructura de contrafuerte de la cúpula, formada por lajas de esquisto trabadas con mortero de barro de 1,50 m de anchura, destinado al apoyo de las dos losas de cierre del techo de la cubierta.

La fase 2, de mediados del III milenio ANE, se caracteriza por la ejecución de un proyecto arquitectónico encaminado a la monumentalización del espacio frontal externo, conformándose un atrio y un área circundante en la que se dispusieron un conjunto de estructuras y dispositivos asociados a las prácticas rituales y ceremoniales llevadas a cabo, de forma similar y coetánea que en el cercano monumento 9. Así, al exterior de la fachada, y de forma paralela a ésta, se desarrolló un área ceremonial de 5 m de longitud, conformando un dispositivo litúrgico compuesto por un pavimento de lajas pétreas y un pequeño menhir de caliza, que se encontraba fragmentado y tumbado, erigido en la prolongación del eje axial del corredor, en torno a la que se registraron varias hogueras. Al exterior, al norte y al sur del túmulo, se colocaron dos “lajas-altar” de caliza, siendo dos estelas reutilizadas de cronología anterior, dispuestas en horizontal. La laja del lado sur contaba con 2,20 m de longitud y 1 m de anchura, tumbada a 3 m del monumento sobre una cama, en torno a la que se desarrolló un área pavimentada de lajas de esquisto. Este proyecto puede ser fechado por la datación radiocarbónica obtenida de la hoguera 4, localizada bajo el sector reestructurado de la fachada, asociada al uso ritual del espacio externo del monumento, con presencia de cerámicas campaniformes. La muestra de carbón vegetal datada (*Pistace lentiscus*), arrojó un resultado de 3880 ± 40 BP, proporciona una cronología 2465-2199 cal ANE 2σ , siendo considera un *terminus ante quem* para determinar la temporalidad de construcción de este proyecto y un rango temporal de uso de esta fase (Morán y Parreira, 2004: 106, 117).

La fase 3, se corresponde con la condenación del monumento. Esta práctica implicó varias acciones constructivas: la clausura del corredor y disposición de un relleno en talud de la fachada, desarrollado directamente sobre el área ceremonial del atrio, recubriendo la estela-altar, las hogueras, el dispositivo litúrgico con el menhir y el pavimento circundante. Este elemento constructivo, dispuesto a modo de “contrafuerte” contra la fachada, estaba formado por un relleno de lajas de esquisto y arcilla, alcanzando hasta 4 m anchura. La condenación del monumento implicó el incremento del volumen retumulado del túmulo, creando intencionalmente una imagen o aspecto de ruina, que cambiaría la funcionalidad del sitio. Este espacio frontal pudo continuar usándose después de la condenación, ya que se han documentado varias estructuras de combustión sobre los niveles constructivos de clausura y abandono, estando destinado este espacio a la realización de ofrendas y otros rituales. Así, en torno al dispositivo litúrgico se ha documentado la hoguera 5, cuya datación sobre carbón vegetal (*Quercus*) confirma una reutilización de este espacio en la Edad del Bronce, conforme a la cronología de 3280 ± 40 BP: 1682-1448 cal ANE 2σ (Morán y Parreira, 2004: 107, 112, 117). Con posterioridad, se han evidenciado diversas ocupaciones y violaciones romanas y medievales así como reutilizaciones más recientes del espacio arquitectónico.

En el monumento 9, edificado a escasos metros al norte del anterior, se evidenció la existencia de tres proyectos arquitectónicos (Figura 5.42). El primer proyecto se corresponde con la construcción de un *tholos* compuesto por un corredor y cámara contruidos con mampostería de esquisto y lajas de cubierta de caliza, orientando al este. Esta sepultura se erigió en el centro de un túmulo subcircular de 11 m de diámetro compuesto por bloques calcáreos trabados con una argamasa de arcilla, delimitado por un anillo de grandes monolitos y rematado en el nivel superior por grandes bloques calcáreos, que sirvieron de estructura de contrafuerte y apoyo de la gran losa de cubierta d la cámara. En la zona frontal presenta una fachada rectilínea de 10 m de longitud y 0,80 m de altura, formada por un alineamiento de bloques de caliza y mampostería de arenisca y esquisto, compartimentada por los dos monolitos que enmarcaban el acceso al monumento en el centro, conforme a su eje axial con dirección noroeste-sureste. El corredor se encuentra precedido de un pequeño atrio intratumular formado por dos lajas de caliza pareadas de 0,80 m de altura, que habilitaba el acceso a esta estancia cubierta con enlosado de lajas de caliza, estando segmentada en tres partes mediante puertas con escalones provistos de umbrale. El corredor se construyó con paredes de mampostería, evidenciando un estrechamiento gradual en cada tramo. La cámara de falsa cúpula, de 2,6 m de diámetro, fue edificada mediante mampostería de esquisto de 1,20 m de anchura, con una disminución progresiva desde la base. Presenta un enlosado de lajas de arenisca roja, regularizada con pequeñas lajas de esquisto trabadas con arcilla, estando el firme a una cota levemente inferior. A ambos lados del eje de la cámara, y con disposición simétrica, se presentan dos nichos laterales sobre elevados en torno a 0,50 m, con una base formada por una solería de lajas de arenisca y cubierta de un gran dintel de caliza, de 1,20 m de longitud y 0,70 m de anchura, evidenciándose la presencia de restos óseos en su interior.

El segundo proyecto afecta a la arquitectura del paisaje, estando dirigido a la creación de un área ceremonial en el espacio circundante y envolvente al monumento, materializándose mediante la disposición de varias estructuras litúrgicas, como ocurrió en Alcalar 7, ejecutadas de forma coetánea a mediados del III milenio cal ANE. En la zona externa se desarrollaba un gran atrio excavado en el sustrato de margas calcáreas, formando un recinto elipsoide con un pavimento de lajas de esquisto, y con varias estructuras asociadas a las prácticas rituales del monumento funerario: hogueras y áreas de deposición de ofrendas de recipientes cerámicos y artefactos líticos. Este espacio estuvo reservado a un uso ceremonial y funerario, como revela las deposiciones de varios individuos: restos óseos de dos niños, un joven y tres adultos (dos mujeres y un hombre). En el corredor se documentó un nivel con deposiciones secundarias, formando un osario bajo una losa del corredor que lo preservó, destacando la presencia de los restos óseos trasladados desde otro lugar a este sitio, formando un depósito funerario compuesto por los restos de un individuo adulto masculino (cráneo y huesos largos) contenidos dentro de dos vasos cerámicos, así como de varios objetos muebles en este mismo nivel: “ídolo” cilíndrico tipo Moncarapacho con decoración oculada, fragmentos cerámicos y cuentas de collar de “calaíta” (Morán y Parreira, 2007: 70; Morán, 2015: 537).

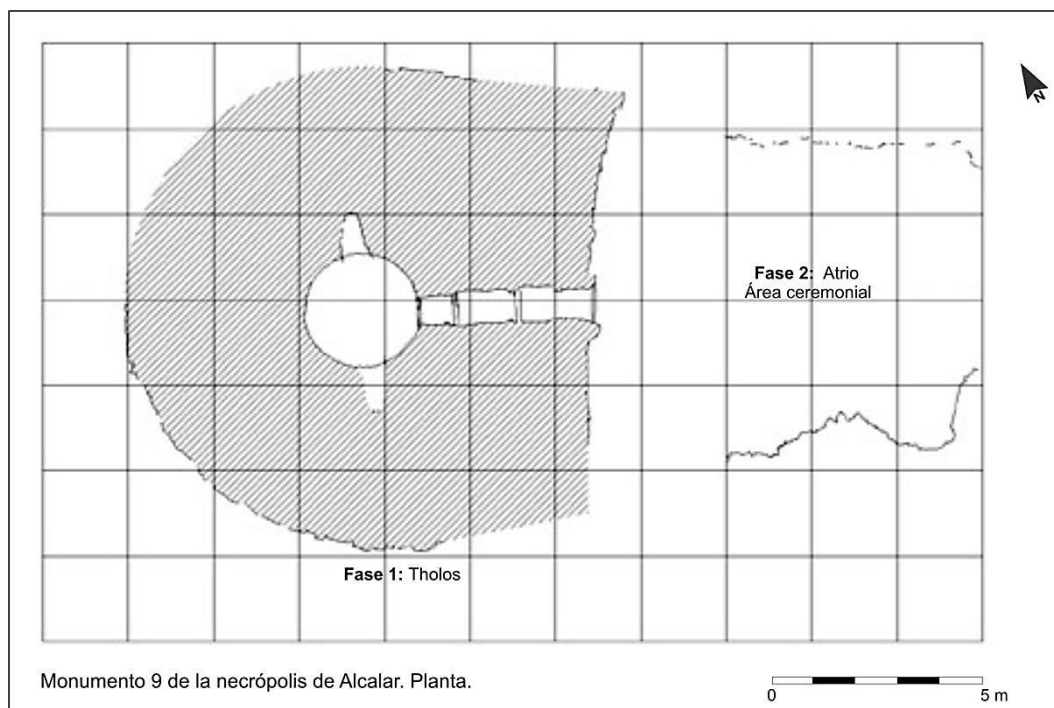


Figura 5.42. Planta del *tholos* 9 de Alcalar (Portimão, Algarve). Fases 1-2 del monumento (modificado de Morán, 2015, figura 2).

Posteriormente, el monumento fue clausurado mediante la disposición de un talud envolvente alrededor de la construcción tumular y una coraza pétreo formada por lajas de esquisto trabadas con arcilla roja que recubrió el túmulo por completo, además de la disposición de un empedrado de regular (de 1,50 de espesor) compuesto por bloques calcáreos, lajas de grauvaca y esquistos en el atrio. Esta práctica de condenación se concibe como una tercera fase constructiva del edificio tumular, representando la retumulación un aumento del tamaño del monumento (14 m) y quizás la configuración de un nuevo espacio litúrgico externo, en el que destacaba el contraste cromático de las dos litologías y los materiales empleados: el blanco de las calizas, el azul-ceniciento de los esquistos y el rojo de la arcilla (Morán y Parreira, 2004; Morán y Parreira, 2007: 69-70; Morán, 2015: 534-538).

En las antas de corredor, se acometieron proyectos arquitectónicos a inicios del III milenio ANE, que estuvieron dirigidos a la implantación de sepulturas de falsa cúpula en el mismo túmulo. Ello se ha constatado desde antiguo en las antas de corredor corto de dimensiones medias del Alentejo: Anta 2 y *Tholos* de Comenda y Anta 1 y *Tholos* de Farisoa (Leisner y Leisner, 1951a: 37-38, lám. X y XIV), Anta de Vale de Rodrigo 1 (Leisner y Leisner, 1956: 71, Tafel 4), generando en los dos primeros casos monumentos funerarios con dos arquitecturas pareadas con disposición asimétrica ejecutadas en fases diferenciadas mediante técnicas constructivas y materiales distintos: las antas con ortostatos de granito y los sepulcros de falsa cúpula con lajas de revestimiento de esquisto. Quizás, el monumento de mayor desarrollo arquitectónico sea el complejo funerario de Anta do Olival da Pega 2, del que se cuenta con una cronología entre el

3200-2500 cal ANE, estando compuesto por un monumento tipo anta con cámara ortostática y corredor erigido en una primera fase, de la segunda mitad del IV milenio ANE, que fue transformado por la construcción escalonada de tres *tholoi* durante la primera mitad del III milenio ANE, entre 3000-2500 cal ANE, siendo dispuestos a ambos lados del corredor alargado que define al eje axial central. Estos sepulcros de falsa cúpula fueron erigidos con fábricas diferenciadas de lajas de revestimiento y mampostería, evidenciando tamaños y plantas asimétricas (Gonçalves, 1999: 90-99; Gonçalves, 2014).

Fosas

Las fosas son construcciones artificiales o semi-artificiales, como se ha evidenciado en el sitio de Perdigoões, que se desarrollaron desde fines del IV milenio cal ANE e inicios del III milenio cal ANE, asociadas a prácticas funerarias colectivas. Estas estructuras fueron posteriormente cortadas por fosas de la segunda mitad del III milenio cal ANE, al reutilizarse el mismo ámbito espacial mortuario, estando destinadas predominantemente a enterramientos individuales (Valera, 2008, 2010a; Valera y Godinho, 2010; Valera et al., 2014c).

5.4.1.2.6. Fase 4: fin del megalitismo (2500-2000 cal ANE)

La fase 4 (2500-2000 cal ANE), se corresponde con la etapa final del megalitismo, entrando en colapso las prácticas funerarias colectivas desde mediados del III milenio cal ANE. Por el contrario, debió permanecer la memoria de estos sitios, que se plasmó en la reutilización de los viejos monumentos con la idea de reafirmar las nuevas identidades de los grupos sociales de las Edad del Cobre Final y Edad del Bronce Antiguo (Boaventura y Mataloto, 2013: 96-98). En el registro arqueológico se constata diversas pautas:

- La reiterada reutilización de los monumentos megalíticos con prácticas funerarias diferentes del megalitismo, apareciendo “enterramientos individuales” con ajuares poco definidos, destacando las cerámicas campaniformes decoradas y lisas, como se ha evidenciado en el *Tholos* de Monte Velha 1, datándose un depósito secundario óseo sobre el nivel de derrumbe, que arrojó una cronología de 2479-2211 cal ANE 2σ , situando esta reutilización funeraria en el último cuarto del III milenio, en el contexto de Horizonte Ferradeira (Monge Soares, 2008: 48), como se constata igualmente en el monumento de Santa Margarida 3, datándose la reutilización del sepulcro entre el 2300-2020 cal ANE (Gonçalves, 2003a: 50).
- La clausura de las sepulturas, traducida en diversas prácticas de cerramiento o bloqueo de los corredores de acceso, como se ha constatado en el anta de Santa Margarida 3, con anterioridad de su reutilización funeraria (Gonçalves, 2003a: 62) y en el dolmen de Vale de Rodrigo 2 (Larsson, 2000).

- El vaciado selectivo del interior de los sepulcros, como se apunta para el anta Grande de Zambujeiro, donde se constata esta práctica y la redeposición de los materiales en el interior de una fosa del corredor en el 2480-2290 cal ANE 2σ (Soares y Silva, 2010: 101).
- La condenación de los monumentos, caso de las tumbas 7 y 9 de Alcalar, mediante la disposición de estructuras de piedra y arcilla contra las fachadas, el sellamiento de los corredores y la retumulación integral de los sitios. Esta práctica de condenación en el monumento 7 es posterior al uso del área ceremonial externa, donde se desarrollaba un atrio con un dispositivo litúrgico, con un menhir y una zona pavimentada de lajas de esquisto, además de dos “estelas-altares” en los laterales norte y sur, datándose un carbón de la hoguera 4, que permitió fechar el uso de este espacio, en 2465-2199 cal ANE 2σ (Morán y Parreira, 2004: 106, 110-111 117; Morán, 2015: 537-538).

5.4.2. FORMAS ARQUITECTÓNICAS Y SECUENCIAS DE ANDALUCÍA Y SUR DE EXTREMADURA

Los diversos megalitismos de Andalucía y de Extremadura encuentran relaciones y conexiones con los territorios aledaños del sur de la Península Ibérica, en especial con las áreas portuguesas del Alentejo y Algarve, e incluso con la cuenca interior del Tajo en la Submeseta sur, como han puesto de manifiesto la mayoría de las investigaciones sobre las arquitecturas (Leisner y Leisner, 1956; Ferrer Palma, 1995: 71; Aguayo y García Sanjuán, 2006: 453; Cámara Serrano y Molina, 2015: 599) y sobre los complejos programas gráficos (grabados y pinturas) presentes en los monumentos funerarios (Bueno et al., 2004d: 32, 35; Bueno et al., 2013a: 27), revelando la existencia de redes de interacción social de escala suprarregional.

En términos numéricos, existe una dominancia de los monumentos funerarios (compuestos por cámaras) por encima de las arquitecturas de menhires (piedras verticales, alineamientos o círculos de piedras), siendo escasos en esta zona, en contraste con las vecinas regiones portuguesas del Alentejo y Algarve. No obstante, al igual que en el sur de Portugal, es posible distinguir dos grandes categorías de megalitismos: no funerario/prefunerario y funerario (Vera Rodríguez, 2004; Linares Catela, 2015). El megalitismo menhérico (no funerario o prefunerario) se caracteriza por la presencia de menhires, estelas-menhires, estructuras circulares e incluso alineamientos, localizados predominantemente en Andalucía occidental, proponiéndose una cronología del V-IV milenios ANE, durante el Neolítico Antiguo y Medio. El megalitismo funerario engloba a un conjunto de arquitecturas de diferentes formas y métodos constructivos: dólmenes, cuevas artificiales y sepulcros de falsa cúpula, erigidas desde fines del V milenio a inicios del II milenio ANE. El estudio del primer grupo de arquitecturas es incipiente, ciñéndose a las tres últimas décadas. Por el contrario, existe una larga tradición disciplinar de investigación de los monumentos funerarios desde fines del siglo XIX, que supone un mejor conocimiento de las formas, técnicas de construcción y prácticas mortuorias asociadas.

5.4.2.1. MEGALITISMO MENHÉRICO

5.4.2.1.1. Elementos generales

El megalitismo menhérico del sur de España se puede caracterizar por una serie de elementos generales: a) la constatación de tres formas arquitectónicas: menhires individuales, círculos de piedras y alineamientos, que se presentan en zonas con una fuerte presencia de conjuntos monumentales funerarios; b) la presencia mayoritaria de menhires y estelas como soportes reutilizados en los monumentos funerarios; c) su desarrollo dominante en diversas zonas de Andalucía occidental, de relativo reciente conocimiento.

Los menhires de Andalucía y del sur de Extremadura, en su diversas variedades arquitectónicas, tanto individuales (monolitos) como formando agrupaciones (círculos de piedras y alineamientos) se presentan asociados territorialmente a áreas o dentro de conjuntos megalíticos funerarios. De hecho, gran parte de los menhires y estelas-menhires documentados se presentan integrados en los diversas arquitecturas funerarias del IV y III milenios ANE: dólmenes (Soto, Alberite I y II, Viera, Los Gabrieles 1 y 4, entre otros), sepulcros de falsa cúpula (Palacio III, Montelirio, El Toriñuelo), hipogeos (tumba 7016 de El Seminario), como se ha puesto de relieve en algunos monumentos del sur de Portugal. Al respecto, pueden diferenciarse dos tipos de prácticas recurrentes en los monumentos funerarios:

- a) La reutilización como peculiares materiales de construcción, empleándose en diversas partes de los sepulcros y con funciones múltiples, destacando su uso frecuente como soportes de los paramentos, como losas de cubierta y como estelas en las áreas de entradas y en el interior del espacio funerario. Por ello, la mayoría de estos soportes se encuentran transformados materialmente, siendo fracturados, fragmentados y reformateados, adaptando su tamaño al sitio a ocupar y siendo regrabados y o repintados (Bueno et al., 2007: 601-602; Bueno et al., 2013a: 35; Bueno et al., 2014: 4, 10; Bueno et al. 2015a: 58; Bueno et al., 2015c: 446).
- b) El mantenimiento de los menhires en su emplazamiento original, integrándose como dispositivo o elemento arquitectónico del monumento funerario, como se ha constatado en el dolmen de las Casas de Don Pedro (Gavilán y Vera Rodríguez, 2004, 2005).

Estas evidencias arqueológicas llevan a proponer una consideración básica respecto a la temporalidad de estos viejos soportes pétreos. La documentación de menhires y estelas-menhires reutilizados o integrados en los dólmenes del IV milenio ANE, ha llevado a proponer una cronología anterior de estas arquitecturas con anterioridad a los monumentos funerarios, planteándose la existencia de un megalitismo menhérico, entendido como un megalitismo no funerario o prefunerario en los términos que definió Calado (1997), de cronología anterior a la construcción de los sepulcros megalíticos, que se desarrolló desde el Neolítico Antiguo-Medio (Gavilán y Vera Rodríguez, 2005: 535, 540; Linares Catela 2010a: 193 ; Vera Rodríguez et al., 2010: 121-122; Linares Catela, 2011b: 84-86; Bueno et al., 2013a: 35-36; Bueno et al. 2014: 10). Estas arquitecturas de menhires hubieron de originarse desde mediados del V milenio ANE, e incluso con anterioridad, desde el VI milenio ANE, de forma paralela a las vecinas regiones del Alentejo y Algarve portugués. Por el momento, no se disponen de dataciones radiocarbónicas que fijen la temporalidad de los menhires, contándose exclusivamente con la recurrente evidencia de monumentos con soportes reutilizados o que evidencian una estratigrafía con presencia de menhires previos a la construcción de un dolmen, caso del monumento de las Casas de Don Pedro, definiendo un *terminus ante quem* para la construcción del dolmen, de mediados-fines del V milenio, a tenor de los artefactos recuperados (Gavilán y Vera Rodríguez, 2005: 535).

En el estado actual de conocimiento los menhires se concentran predominantemente en determinadas áreas de Andalucía occidental: Sierra Morena occidental (provincias de Huelva y Córdoba), Tierra Llana de Huelva y Sierra de Cádiz, y Andalucía central, en la Depresión de Antequera. En el sureste de Andalucía, del mismo modo, se tiene constancia de estelas-menhires reutilizadas en monumentos funerarios, caso de la necrópolis de Fonelas (estela del sepulcro 1 o Moreno 3), y necrópolis de Gor-Gorafe (estela de Majadillas 77) (Ferrer Palma, 1976; Castellano et al., 2001: 59-60; Bueno et al., 2013c: 39; Bueno et al., 2015c: 451), por lo que hubo de existir igualmente un megalitismo menhírico con anterioridad a las arquitecturas sepulcrales. En el sur de Extremadura se tiene constancia de menhires agrupados en dos zonas: cuenca del río Ardila y comarcas del suroeste de la provincia de Badajoz. Su reconocimiento y discriminación territorial posibilitan realizar un análisis de este fenómeno por zonas geográficas.

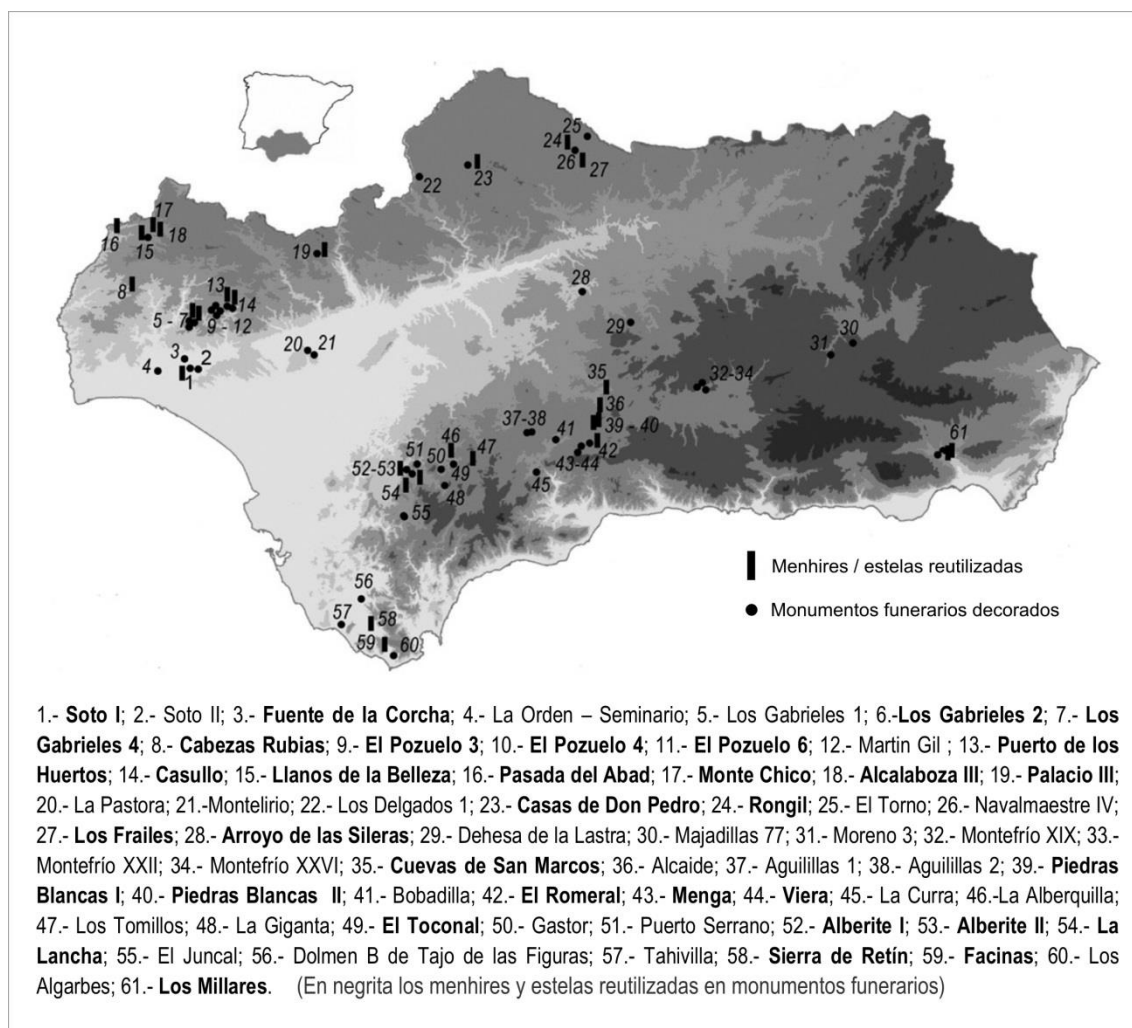


Figura 5.43. Menhires y estelas reutilizadas en monumentos funerarios de Andalucía. Localización en relación con los monumentos decorados (a partir de Bueno et al., 2013a, figura 22).

5.4.2.1.2. Menhires de Sierra Morena occidental

Las primeras evidencias de la existencia de un megalitismo menhírico en Andalucía se produjeron a fines de la década de 1980, documentándose varios menhires en el grupo de Aroche, Sierra de Huelva, poniéndose de relieve la existencia de dos menhires de granito: Montechico y Alcalaboya (Piñón Varela, 1988c). El desarrollo de posteriores trabajos en la rivera del Chanza y en el curso bajo del río Guadiana han puesto de relieve la existencia de otros sitios con menhires integrados en dólmenes, monolitos individuales y círculos de piedras (García Sanjuán et al., 2006; Linares Catela, 2010a; Vera Rodríguez et al., 2010; Linares Catela, 2011b), así como de menhires y estelas reutilizadas en varios monumentos funerarios de los conjuntos del Andévalo oriental y la campiña (Figura 5.44) (Linares Catela, 2010b; Linares Catela, 2011a, 2011b; Bueno et al., 2013a; Bueno et al., 2014; Bueno et al. 2015a; Bueno et al., 2015c; Linares Catela y Mora Molina, 2015).



Figura 5.44. Megalitismo menhírico en la provincia de Huelva. Menhires y monumentos funerarios con menhires y estelas reutilizadas.

En el curso alto de la rivera del Chanza (municipios de Aroche y Rosal de la Frontera) se presenta un territorio megalítico compuesto por dos formas arquitectónicas: menhires individuales (Monte Chico y Alcalaboza III) y recintos circulares u ovales (Pasada del Abad, El Torrejón, La Corteganesa, Llanos de la Belleza y, posiblemente, La Portilla), caracterizados por el empleo de bloques menhíricos de granito y grandes piedras de pizarra, que puede adscribirse a una cronología del Neolítico Antiguo-Medio, en el V milenio ANE (Linares Catela, 2010a; Vera Rodríguez et al. 2010: 121-123; Linares Catela, 2011b).

Los menhires debieron estar destinados a la demarcación espacial y apropiación de los territorios en los que se implantaron, dada su constante ubicación en los fondos de valle, en zona de suelo fértiles y óptimos para prácticas agropecuarias. Estos menhires son de granito, estando sus superficies decoradas con cazoletas, estando tumbados sobre el suelo (Figura 5.45). Se ubican en zonas llanas de la rivera de la Alcalaboza, tributaria de la rivera del Chanza, habiéndose localizado en superficie en sus alrededores hachas pulimentadas e instrumentos líticos tallados sobre microláminas y laminillas adscritos al Neolítico Medio. El menhir de Monte Chico, de morfología alargada cilíndrica, con la extremidad ahusada, y sección ovalada, mide 4,35 m de longitud y una anchura variable de 0,60-0,75 m de anchura, presentando en su extremidad una agrupación de varias cazoletas. El menhir de la Alcalaboza III es de morfología globular, midiendo 2 m de longitud, 1,25 m de anchura y 0,55 m de grosor máximo, con una de sus caras ocupada integralmente por cazoletas.

Los círculos de piedras, de igual modo que se propone para los recintos de menhires del Alentejo, debieron funcionar además como centros o sitios rituales de alto valor simbólico, destinados a la realización de múltiples actividades colectivas y prácticas rituales, pudiendo destacarse entre ellas las ceremonias y cultos asociadas al cambio de estaciones. Por un lado, cabe destacar que estas estructuras se ubican en los fondos de valle de horizonte despejado, desde los cuales es posible vislumbrar los episodios astronómicos de los ortos solares equinocciales y solsticiales. Por otro lado es reseñable, la composición estructural de estos círculos, con aplicación de patrones simétricos y duales, tanto en el empleo de las materias primas (granitos y pizarras) como por su disposición espacial combinada y alterna. Y, adicionalmente, es también remarcable que muchos de estos soportes presentan decoraciones, destacando como motivo dominante las cazoletas. Los círculos se ubican en las zonas de topografías más suaves del valle, cercanos a la rivera del Chanza, muy próximos a vegas con suelos fértiles, en zonas de paso y de tránsito por el valle, caso de la Pasada del Abad y Llanos de la Belleza. Se agrupan en dos áreas: una en el extremo oriental, con las estructuras de La Belleza y La Corteganesa; y la otra en el lateral Oeste, formada por las estructuras de El Torrejón y La Pasada del Abad. El megalito de la Portilla se posiciona en un cerro que conecta mediante vías de comunicación naturales los valles de las riveras del Chanza y Alcalaboza (Linares Catela, 2010a; Vera Rodríguez et al., 2010; Linares Catela, 2011b).

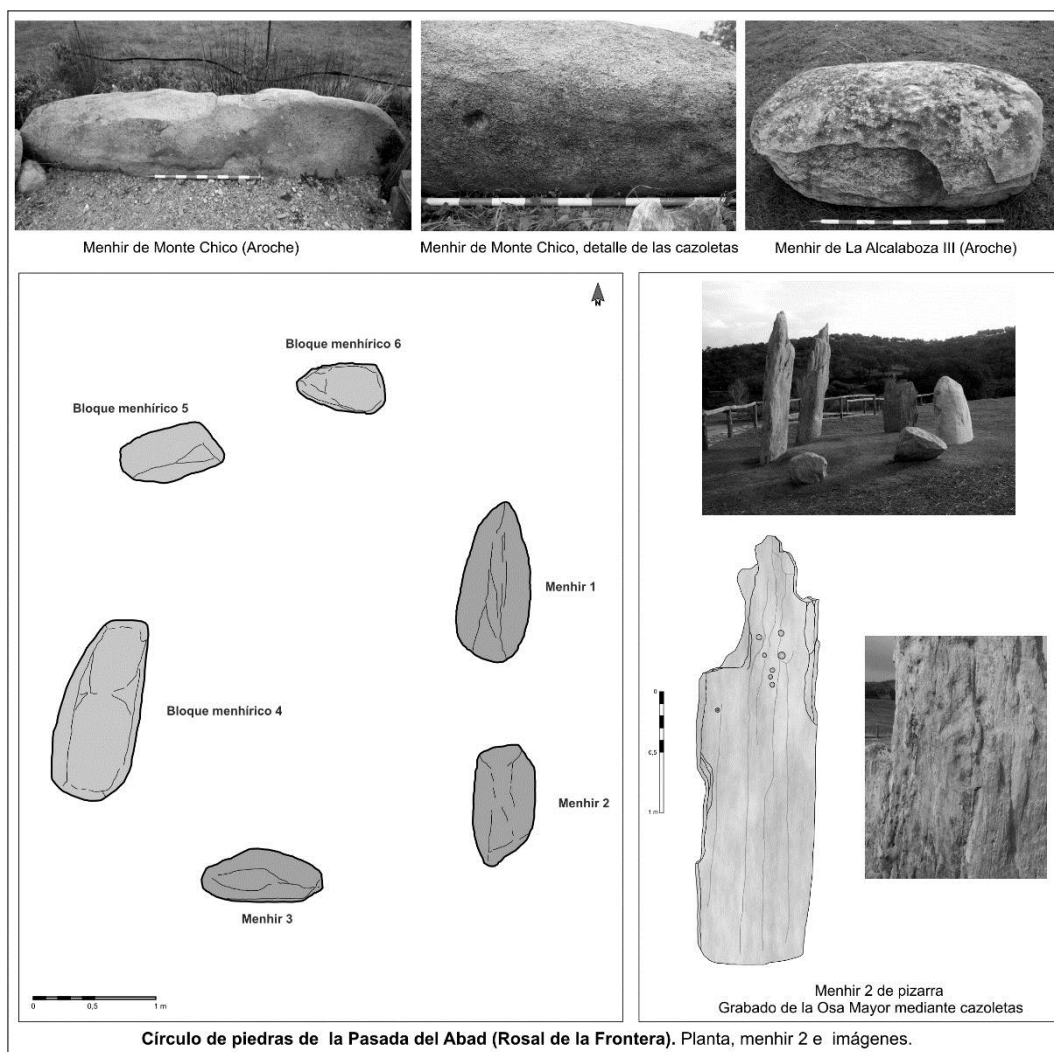


Figura 5.45. Megalitismo menhirico del alto valle del Chanza (Huelva).
Menhires de Montechico y Alcalaboza y círculo de piedras de La Pasada del Abad.

El círculo de piedras de La Pasada del Abad (Rosal de la Frontera) ha sido el único monumento excavado y documentado (Linares Catela, 2010a). Se sitúa sobre una loma de la margen derecha de la rivera del Chanza, en un sitio estratégico de horizonte despejado que marca el acceso oeste a un valle de 20 km que se extiende hasta el paraje de los Llanos de la Belleza (Aroche). Se define como un pequeño círculo de piedras o crómlech de planta circular, con tendencia elíptica, contando con un diámetro máximo externo de 4,50 m y un espacio interior en el eje este-oeste de 2,75 m y 3,50 m en el norte-sur (Figura 5.45). Está compuesto por seis monolitos de diferentes morfologías y materias primas (tres de granito y tres de pizarra) empotrados en profundas fosas de cimentación excavadas en el sustrato pizarroso. Se dispusieron conforme a un principio de simetría estructura y espacial, en función de las litologías y tamaños de las piedras, dado que los monolitos se agrupan por litologías y se dispusieron de mayor a menor tamaño, presentando intervalos de separación equidistantes entre los monolitos. Los tres menhires de pizarra, se colocaron en el frontal este y lateral sur. Son soportes de morfologías alargadas y secciones elípticas de grandes dimensiones, destacando los dos del

lateral este, superiores a 3,5 m respecto al suelo y contando con más de 1 m de anchura en torno a 0,50-0,60 m de espesor. Los tres soportes de granito son de morfologías globulares e irregulares. El bloque menhírico de granito de mayor tamaño (2,45 x 1,30 x 0,70 m), es de morfología globular, sección ovalada y bordes redondeados, presentando su tercio inferior en forma de “V” a efectos de garantizar su anclaje en la fosa, con una profundidad de más de 1 m. En la zona superior presenta una protuberancia tallada de forma ahusada y redondeada en el extremo superior. Los otros dos soportes son de formas irregulares y tamaños muy inferiores.

El eje axial simétrico de la estructura está en dirección este-oeste, habiéndose definido por la proyección lineal de la mitad del hueco entre los dos grandes menhires de pizarra dispuestos en el lateral este (90 ° E) con el gran bloque menhírico de granito dispuesto en el lateral oeste de la estructura. Por tanto, evidencia una orientación astronómica intencional relacionada con los ortos solares de los equinoccios de primavera y otoño. Los otros huecos entre los monolitos están orientados y alineados con los ortos solares de los solsticios de verano e invierno. El menhir 2 de pizarra del lateral Este de la estructura, en su tercio superior, presenta un grabado compuesto por un total de ocho cazoletas circulares de distintos tamaños y morfologías, que forman la constelación estelar de la Osa Mayor (*Ursa Maior*).

El monumento del Llano de La Belleza (Aroche) cierra el conjunto por el lateral este. Es un monumento complejo, en el que se ha identificado dos fases. La primera fase, se correspondería con una estructura circular de piedras anterior al dolmen, de gran tamaño, superior a 40 m de diámetro. La prospección geofísica ha determinado la existencia de anomalías dispuestas a intervalos regulares de separación, de entre 11-12 metros, correspondiéndose con fosas de 1–2 metros de diámetro, que pudieron estar destinadas a la implantación de menhires. La segunda fase constructiva, se corresponde con la construcción de un monumento funerario, compuesto por un túmulo circular de 40 m diámetro y hasta 3 m de altura. En su interior alberga una estructura megalítica compuesta por un corredor con orientación sur-sureste y una cámara poligonal formada por monolitos de diferentes litologías y morfologías: ortostatos de pizarra y bloques menhíricos cilíndricos y pseudocilíndricos de granito rosa, con una profusa decoración de cazoletas de 6-8 cm de diámetro. Estos cinco bloques deben corresponderse con soportes reutilizados de la anterior estructura circular, destacando los tres fracturados y recolocados en la pared norte, que formarían en origen un único menhir de unos 4-5 m de longitud y una anchura máxima de 1,15 m (García Sanjuán et al., 2006).

Del mismo modo, se ha constatado la presencia de menhires en otras áreas de la provincia de Huelva, curso medio de la rivera del Chanza y curso del Bajo Guadiana, en los territorios limítrofes con Portugal (Linares Catela 2011b: 105-108). En el curso medio de la rivera del Chanza, en el término municipal de Paymogo se ha constatado cuatro menhires (Chanzilla, Era de la Piedra, Pie de Sierra y Los Llanos), ubicados en zonas de topografías llanas y en las cercanías de suelos fértiles para prácticas agropecuarias.

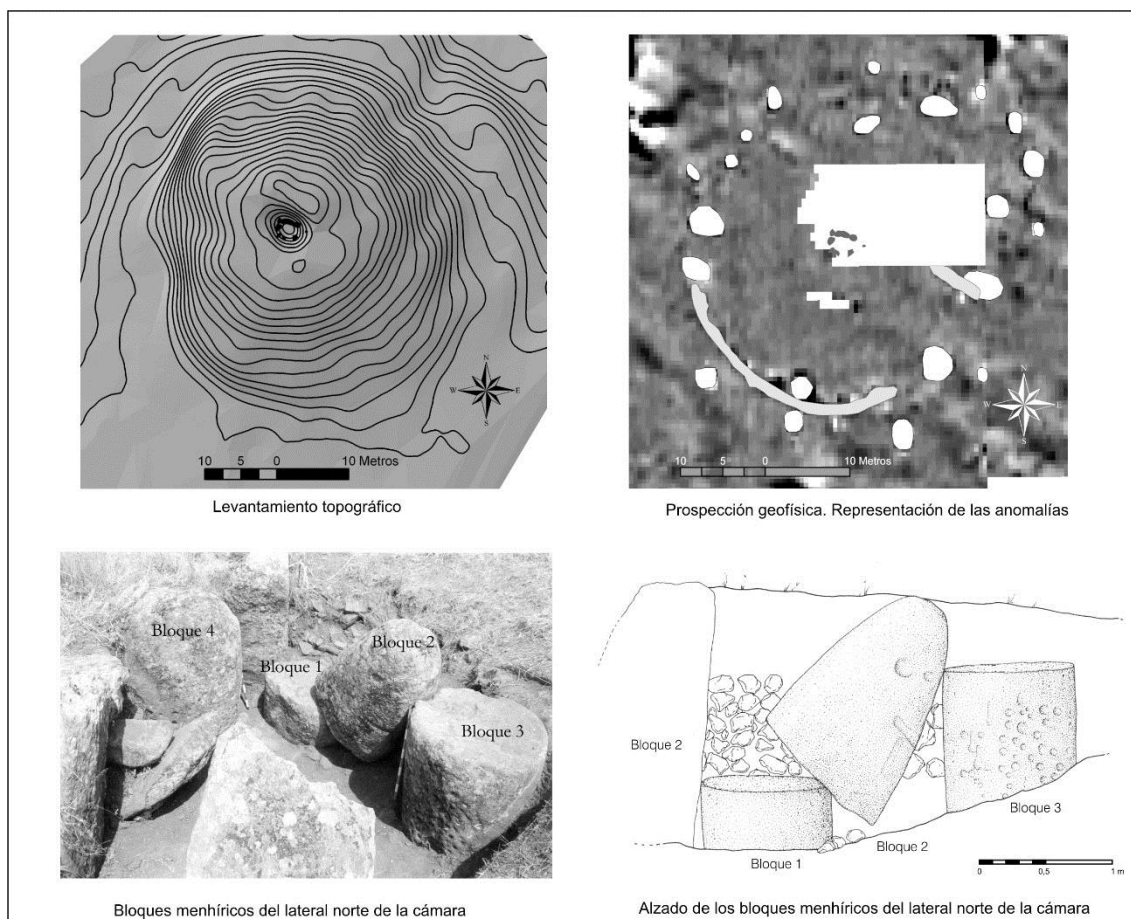


Figura 5.46. Monumento del Llano de la Belleza (Aroche, Huelva)
(a partir de García Sanjuán et al., 2006, figuras 6a, 8, 9b y 12).

Los menhires de Chanzilla, Era de la Piedra, Pie de Sierra, distribuidos en la zona de Pagos de Sierra, fueron elaborados sobre bloques de pizarra, encontrándose tumbados. Son de formatos cilíndricos alargados y de secciones ovales, habiéndose tallado y regularizado sus superficies mediante percusión directa y piqueteado continuo, con cazoletas en algunos de ellos. Alcanzan tamaños medios de 3 m de altura y hasta 1 m de anchura máxima, siendo las bases más estrechas para una adecuada inserción en las fosas de cimentación. El menhir de Los Llanos, el ubicado en la margen derecha de la cuenca de la rivera del Malagón, se conserva en posición vertical. Fue elaborado sobre un bloque de roca volcánica, midiendo 2,20 m de longitud, 1 m de anchura máxima y 0,40 m de grosor. En la cuenca baja del Guadiana se localiza otro grupo de menhires de grauvaca distribuidos en distintas áreas de su margen izquierda, estando asociados espacialmente a conjuntos megalíticos funerarios, en el municipio de El Granado, a la misma altura que los menhires de Lavajo (Alcoutim, Portugal). Estos megalitos ocupan un paisaje definido por la sucesión de lomas y cerros de suave topografía, que forman una peniplanicie de relieve homogéneo con suelos pobres y muy pedregosos, con sus usos dominantes destinados al pastoreo. El menhir de Piedra Hincada se ubica en un cerro alto que cuenta con amplia visibilidad sobre el entorno, con una correlación visual directa con otros megalitos de la zona, caso de los grupos megalíticos funerarios de Alto de Herrera Carabisardos y el Cabezo de la

Orza, así como con el menhir de Alto de las Piedras. Piedra Hincada es un monolito de morfología plana y rectangular, con las caras trabajadas mediante desbastado y piqueteado, alcanzando altura de 1,70 m y una anchura de 0,40 m. El cercano menhir del Alto de las Piedras se conserva anclado en su posición original, sobresaliendo en alzado 1,8 m de altura y alcanzando un 0,45 m de grosor máximo. Es de forma pseudocilíndrica alargada. En el mismo cerro se presentan los restos de otros menhires fracturados, pudiendo formar un recinto de piedras.

En el Andévalo oriental, se ha constatado varios monumentos funerarios en los que se ha reutilizado e integrado antiguos menhires en partes concretas de las construcciones. En el conjunto de Los Gabrieles (Valverde del Camino), se ha evidenciado la presencia de cuatro menhires integrados en la construcción en los dólmenes 2 y 4, manufacturados sobre rocas volcánicas básicas del medio geológico local. En el monumento 2, los dos menhires se emplazaron en el paramento sur de la cámara ortostática. El más pequeño se colocó en el tramo de acceso a la cámara. Se trata de un monolito de morfología cilíndrica alargada, de 1,50 de altura y 0,40 m de anchura máxima, sección ovalada y marcado aspecto “fálico”, por la morfología de glándula del extremo superior. Presenta la superficie piqueteada y un grabado en forma de “hoja de puñal”. El de mayor tamaño, junto a la cabecera, es un menhir de clara silueta antropomorfa, ensanchándose progresivamente desde la base hasta la zona superior, alcanzando 1,90 m de altura y 0,45 m de anchura máxima en la extremidad superior (Linares Catela, 2010b: 217-218; Linares Catela, 2011b: 144). En el monumento 4, un dolmen de galería acodada con dos cámaras, se ha documentado otros dos menhires. Uno se encuentra posicionado posiblemente *in situ* en su fosa de cimentación originaria, integrado como soporte portante de la pared norte de la cámara de mayor tamaño. Se trata de un menhir de morfología cilíndrica alargada y sección elíptica/ovalada, con la superficie piqueteada, contando con 1,85 m de altura y entre 0,40 m de anchura máxima. El otro, se documentó en estado fracturado en tres partes, una sobre el túmulo y dos en la periferia del monumento. Estos fragmentos conforman un menhir de hasta 4 m y anchura de 0,80 m, de morfología alargada, extremidad ahusada y sección subcuadrangular, con las superficies tratadas por piqueteado continuo. Este gran monolito pudo estar anclado en el túmulo y/o reutilizado como losa de cubierta (Linares Catela, 2010b: 219; Linares Catela, 2011b: 148-149).

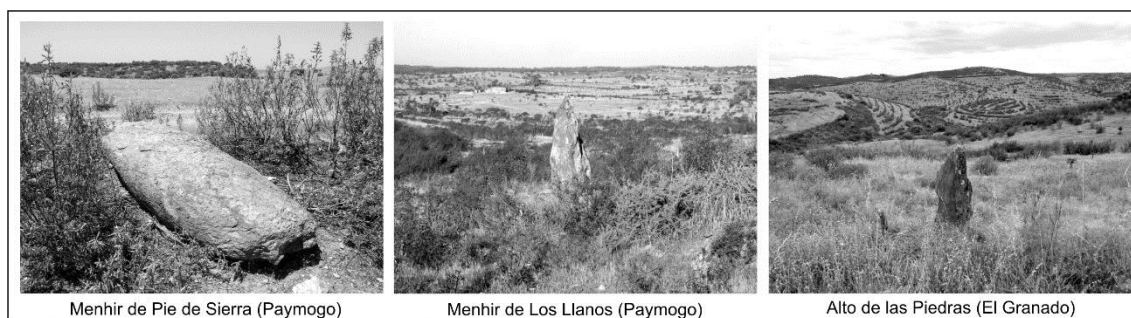


Figura 5.47. Menhires del curso medio del Chanza y del curso bajo del río Guadiana (Huelva).

En la Tierra Llana o campiña es sobradamente conocido el caso del dolmen de Soto (Trigueros), en el que se presentan abundantes estelas y estelas-menhires reutilizadas en el interior de la galería megalítica, de diversas morfologías, tamaños y tratamientos decorativos (Obermaier, 1924; Balbín y Bueno, 1996; Bueno et al., 2007, 2013, 2014, 2015a, 2015c; Linares Catela y Mora Molina, 2015). En el mismo contexto territorial, se han documentado varias estelas-menhires procedentes del dolmen de Fuente de la Corcha (Trigueros). Las estelas-menhires de grauvaca son de distintas morfologías antropomorfas, de formas rectangulares y perfiles alargados. Presentan unas superficies muy cuidadas producto de un tratamiento de las superficies mediante pulimento y piqueteado, además de grabados e incluso pigmentos rojos y negros. Los grabados se han realizado mediante varias técnicas: piqueteados, incisiones y abrasiones con secciones en “U” o “V”. Destacan los motivos geométricos: líneas rectas, líneas en zigzag y círculos, tendentes a configurar los detalles y atributos propios de las imágenes antropomorfas asociadas al megalitismo ibérico: además de cinturones, collares, objetos de diverso tipo y detalles de vestimenta, con claras similitudes con las estelas del sur de Francia (Linares Catela, 2011: 235-236; Bueno et al., 2013a: 34; Bueno et al., 2015c: 449).

5.4.2.1.3. Menhires de Sierra Morena central y campiña de Córdoba

En la provincia de Córdoba se tiene constancia de varios menhires y estelas menhires localizados en dos zonas de Sierra Morena (Alto Valle del Guadiato y Valle de Los Pedroches) y en la campiña.

La investigación arqueológica desarrollada en el dolmen de las Casas de Don Pedro (Belmez), ubicado en el Alto Valle del Guadiato, puso de manifiesto la existencia de un monumento megalítico prefunerario, compuesto por dos o tres menhires, previo al sepulcro megalítico. Su documentación e interpretación se sustentaron en sólidas evidencias estratigráficas y constructivas del sitio, constatándose una ocupación previa a la construcción de la cámara megalítica, notorias diferencias entre las fosas/zanjas y rellenos de cimentación de los menhires y ortostatos, diferentes morfologías y litologías entre estos soportes pétreos, así como una interfases de corte de la zanja de cimentación de la cámara sobre una fosa neolítica (Gavilán y Vera Rodríguez, 2005: 536-538).

En este sitio, sus investigadores documentaron tres fases, que se corresponden con las etapas de construcción inicial, transformación arquitectónica y uso funerario del monumento megalítico:

- Fase 1, de ocupación del Neolítico Medio, de mediados-fines del V milenio ANE, definida por la presencia de dos menhires al que se asocia un suelo de tierra batida con colorante rojo (hematites), tres hogares, una fosa con diversos artefactos en su interior (elementos de molturación, industria óseas y lítica, cerámica y hematites abrasionados) y varios

agujeros de poste, que circundaban a un menhir (Gavilán y Vera Rodríguez, 2005: 538). Esta fase define un horizonte megalítico prefunerario, que contenía cerámica decorada a la almagra y sin decorar e industria lítica tallada y artefactos óseos de cronología neolítica (Gavilán y Vera Rodríguez, 2004: 295-296).

- Fase 2, del Neolítico Final-Edad del Cobre, de mediados-fines del IV milenio e inicios del III milenio ANE, correspondiente a la construcción de un dolmen de cámara sencilla, en el que se evidenció un depósito funerario secundario compuesto por dos individuos.
- Fase 3, de la Edad del Cobre, en el III milenio ANE, caracterizada por la adicción de un corredor, transformando la construcción funeraria en un dolmen de corredor. La estructura de acceso fue reconstruida y cerrada en dos fases constructivas, modificándose reiteradamente la entrada del monumento.

Los menhires se encuentran emplazados *in situ*, dentro de las fosas de cimentación originarias, preservando su calzos compuestos por grandes bloques de conglomerado, siendo integrados en la cámara funeraria: uno, en la cabecera; el otro, en la pared norte, que pudo ser de cronología más antigua que el anterior. Los menhires fueron contruidos con conglomerados, una litología local distante 70 m respecto al sitio, siendo manufacturados mediante la técnica de piqueteado de la superficie. Estos monolitos son de formatos alargados y secciones ovaladas o subcilíndricas. Otro soporte, de idéntica materia prima y morfología, se localizaba en la cámara (Gavilán y Vera Rodríguez, 2005: 537). Al respecto, proponen que estos tres soportes fueron posicionados en el lugar en una secuencia diacrónica diferida en tres momentos dentro la segunda mitad del V milenio ANE, conformando una estructura prefuneraria compleja, compuesta por los menhires, el pavimento rojo, los hogares y las fosas (Gavilán y Vera Rodríguez, 2005: 539).

La presencia de esta estructura prefuneraria y en especial de los menhires, se relaciona con dos funciones complementarias: a) la demarcación territorial, que propiciaría la posesión y explotación de las tierras agrícolas de esta zona del Alto Valle del Guadiato, siendo una confluencia de vías de paso naturales; b) la configuración de un espacio sagrado en el que celebrar rituales. La posterior conversión de la estructura en un lugar funerario mediante la construcción de la sepultura megalítica en el Neolítico Final propiciaría la continuidad del lugar sagrado hasta inicios del II milenio ANE, funcionando como un hito territorial simbólico, como denota la adición del corredor en el III milenio y la ritualización funeraria del espacio sepulcral a fines de la Edad del Cobre e inicios de la Edad del Bronce Antiguo (Gavilán y Vera Rodríguez, 2005: 540)

En la comarca de Los Pedroches, los menhires conocidos se localizan predominantemente en el municipio de Villanueva de Córdoba. Estos monolitos de granito se asocian espacialmente a conjuntos formados por dos o tres dólmenes de cámaras o galerías trapezoidales de pequeño tamaño. El menhir de El Rongil, es un gran monolito alargado pseudocilíndrico, de sección

ovalada, de en torno a 4 m de longitud, que se encuentra tumbado y fracturado en dos partes, ubicándose en las cercanías del dolmen homónimo, siendo un galería ortostática de 2,5 m de longitud, orientada hacia el este, contenida en un túmulo circular delimitado por anillo peristáltico de 10 m de diámetro (Vera Rodríguez y Martínez Fernández, 2008). El menhir de La Sierrezuela, es de morfología cilíndrica y de reducido tamaño (1,10 m de altura y 0,50 m de grosor), ubicándose dentro de un conjunto megalítico, en el que se presentan un círculo de piedras de catorce monolitos y tres dólmenes, tratándose de pequeñas galerías cubiertas de planta trapezoidal, de entre 2-2,5m de longitud, contenidas dentro de túmulos circulares de 9-12 m de eje máximo (Vera Rodríguez y Martínez, 2008; Gutiérrez, 2011: 211-212).

En la campiña se presenta la gran estela-menhir del Arroyo de Las Sileras (Córdoba), siendo un soporte de arenisca, tumbado y fracturado, que presenta su superficie profusamente decorada mediante círculos concéntricos entrelazados y concatenados, similares a los motivos tradicionales del megalitismo de la fachada atlántica (Bueno et al., 2013a: 34).

5.4.2.1.4. Menhires de la provincia de Cádiz

En la provincia de Cádiz los menhires se presentan en dos zonas geográficas: Sierra de Cádiz, en los términos municipales de Villamartín y Ubrique, y en el Campo de Gibraltar, en el municipio de Tarifa. En ambas áreas los menhires se enclavan en áreas circundantes a conjuntos megalíticos funerarios, siendo reutilizados algunos de estos monolitos en las arquitecturas funerarias dolménicas.

En Villamartín, los menhires se localizan en el entorno del conjunto megalítico de Alberite, estando distribuidos linealmente a lo largo de Los Llanos. Por el momento, se han localizado cuatro menhires de rasgos antropomorfos con un rango medio de altura de 3 m, siendo elementos delimitadores de los territorios, funcionando a modo de hitos simbólicos y visibles que propiciaron la propiedad de las tierras de este valle (Bueno et al., 2010c: 220). El menhir de la Lancha, es un bloque natural de arenisca con oquedades, de 1,80 m de altura, erigido verticalmente en un túmulo (Bueno et al., 2010c: 213). En Tarifa, se localiza el menhir de Facinas, asociado a una necrópolis megalítica y a sitios con grabados rupestres, donde se presentan pinturas esquemáticas (Bueno et al., 2013a: 33).

Una pauta constante es la presencia de menhires y estelas reutilizadas del V milenio ANE en los monumentos funerarios de la zona, como se ha puesto de manifiesto en el conjunto dolménico de Alberite. En el monumento de Alberite I, se ha constado la presencia de dos menhires de siluetas antropomorfas, de en torno a 2 m de altura, dispuestos de forma simétrica y pareada en el frontal de acceso, en el punto de ingreso, con el objeto de enmarcar visualmente el acceso del atrio intratumular y su uso como elementos del último sistema de cierre y clausura de la tumba.

Además, en su interior se ha evidenciado la reutilización de varios soportes de cronología anterior a la tumba, caso del ortostato 20, que presenta un grabado circular en su trasdós (Bueno et al., 2007: 602-603; Bueno et al. 2010c.: 214; Bueno et al. 2013a: 32). En el monumento de Alberite II, se ha documentado una estela-menhir de morfología de láminas de hacha pulimentada, de cerca de 3 m de altura, presentando las dos caras un tratamiento técnico de piqueteado en toda la superficie, presentando una cara una profusa decoración de cazoletas encadenadas, enmarcadas algunas de ellas por círculos, ofreciendo grandes similitudes con los programas decorativos del megalitismo atlántico (Bueno et al. 2010c.: 216; Bueno et al. 2013a: 33; Bueno et al., 2015c: 447).

En otros dólmenes se ha evidenciado la reutilización de estelas-menhires en lugares de simbólicos, tanto en los espacios externos como internos. En el dolmen de Fuente Juncal (Ubrique) se ha constatado la presencia de dos estela-menhir reutilizadas, dispuestas de forma simétrica en la entrada al monumento, marcando visualmente y protegiendo el acceso a la tumba (Gutiérrez López, 2007; Bueno et al., 2007: 596-597; Bueno et al., 2013a: 40). En el dolmen del Toconal (Olvera), una galería de 12 m de longitud, se reutilizó una estela antropomorfa, siendo colocada en el paramento lateral junto a la cabecera (Bueno et al., 2007: 613, 616). Este soporte por su morfología, tratamientos y decoraciones se conforma como una estatua-menhir que puede representar en piedra la figura humana de un ancestro, cuyos motivos (pechos y un posible arco) son similares a los representados en las estelas del sur de Francia (Bueno et al., 2013a: 34; Bueno et al. 2015c: 444).

El menhir de La Alberquilla (Coripe, Sevilla), se localiza fuera de este ámbito provincial pero asociado territorialmente a las necrópolis de Olvera y Dehesa de Tomillo, en donde se han identificado varios menhires y estelas integradas en las construcciones funerarias, caso del menhir sobre túmulo de necrópolis de Tomillo (Bueno et al. 2010c.: 216-218; Bueno et al., 2013: 33). Este menhir se emplaza en una vía de paso natural al pie del Peñón de Zaframagón, que conecta la zona atlántica con las depresiones subbéticas, en la intersección entre las Cañadas Reales de Grazalema y Olvera. Su posicionamiento en torno a un cruce de vías de paso natural refuerza el valor de delimitación espacial y territorial de este menhir. El monolito de caliza dolomítica cuenta con 2,25 m de altura y 0,75 cm de grosor en la base. Su superficie ha sido piqueteada, presentando una decoración compuesta por círculos concéntricos y espirales en el tercio superior (Bueno et al., 2010c: 218-219; Bueno et al., 2013a: 34).

5.4.2.1.5. Menhires y estelas de las Tierras de Antequera

En la Depresión de Antequera los menhires se presentan de formas diversas: individuales, formando agrupaciones o reutilizados en los monumentos funerarios.

En la comarca de Antequera tan sólo se tiene constancia de dos menhires de dudosa certidumbre: por un lado, un menhir localizado en el entorno de la necrópolis de Alcaide, en Antequera (Berdichewsky, 1962: 224), y por otro, el menhir del Niño de Piedra, ubicado en el paraje de las Cruces en el municipio de Cuevas de San Marcos (Bueno et al., 2013a: 35).

Más recientemente se ha documentado un agrupamiento de bloques calizos localizados al noroeste de la Peña de Los Enamorados, conocido como Piedras Blancas I, que se interpretaron inicialmente como bloques menhíricos a tenor de la morfología de los soportes, siendo bloques de caliza de formas paralelepípedas y con los extremos apuntados (García y Weathley, 2009: 139). En su entorno se localizan varios sitios con materiales neolíticos, encuadrados en una cronología del IV milenio ANE. Inmediatamente al sureste de estos bloques pétreos se desarrolla una gran área de actividad de 0,6-1,5 hectáreas de superficie, caracterizada por la dispersión y abundante presencia de industria microlítica (pequeñas láminas, geométricos y desechos de talla) de tradición epipaleolítica, así como martillos, molederas y fragmentos de cerámica a mano. A unos doscientos metros al noreste se localiza una estructura ortostática de 5-6 m de longitud, que puede ser una cámara funeraria de fines de las Edad del Cobre o del Bronce Antiguo construida parcialmente contra las paredes del afloramiento rocoso de caliza. En el lateral norte de la Peña de los Enamorados se ubica el Abrigo de Matacabras, en los que se presentan pinturas rojas con motivos antropomorfos, zoomorfos y abstractos, característicos del arte esquemático (García y Weathley, 2009: 138-140; García Sanjuán et al., 2015: 217, 239-242).

Piedras Blancas I está formado por nueve bloques de caliza, de una longitud media de 3 m. Presentan formatos paralelepípedos y sus extremos pueden estar apuntados. Todos están tumbados y son prácticamente imperceptibles en el paisaje circundante. Estos bloques están distribuidos en dos hieleras con una dirección noroeste-sureste, alcanzando una longitud máxima de en torno a 120 m. La prospección geofísica realizada en el lugar ha detectado la existencia de anomalías (de 1,5 a 2 m de diámetro) en torno a las piedras (5, 6, 8 y 9), que sugieren la presencia de estructuras negativas subcirculares (fosas) y otras piedras soterradas, que siguieren la existencia de niveles de ocupación en este sector, así como en el extremo norte de la meseta (García Sanjuán et al., 2015: 231, 240). Ello permitiría argumentar o plantear la hipótesis de que estos bloques pétreos se tratasen de menhires, formando un alineamiento en un área de intensa ocupación, actividad y significado simbólico. Este sitio se ubica junto al abrigo de Matacabras, lugar exacto donde se proyecta la alineación del eje axial de simetría del dolmen de Menga, existiendo una conexión visual entre los dos, lo que redunda en la importancia de este lugar ancestral de cara al diseño del paisaje monumental de la Prehistoria Reciente en esta zona (García Sanjuán y Weathley, 2010: 28-31; García Sanjuán et al., 2015: 217). Sin embargo, los estudios geológicos y geotécnicos realizados en este yacimiento plantean una serie de resultados que dificulta por el momento la confirmación de esta hipótesis. En primer lugar, desde el punto de vista geológico, los bloques calizos del medio local evidencian una tendencia a la

rotura y caída por procesos naturales, de forma similar a los bloques documentados. En segundo lugar, la geotecnia, ha determinado que el sustrato en el que se presenta no reúne las condiciones adecuadas para la erección de grandes piedras verticales, debido a los altos índices de hinchamiento y expansividad del suelo, compuestos por arcillas de plasticidad media (García Sanjuán et al., 2015: 238-239). Consecuentemente, el equipo de investigación argumenta que la verificación de la naturaleza antrópica de estas piedras y su posible erección como monolito sólo podrá ser clarificada y confirmada mediante excavación arqueológica (García Sanjuán et al., 2015: 241-242).

En los tres monumentos megalíticos que forma el conjunto de Antequera se ha evidenciado la presencia de estelas reutilizadas, permitiendo argumentar la existencia de elementos verticales previos a los monumentos funerarios, ya fuesen individuales o formando grupos. En el dolmen de Menga la losa de cubierta de la cabecera se trata de una gran estela que presenta grabados. En el dolmen de Viera, pudieron reutilizarse hasta tres estelas, siendo dispuestas como las tres últimas losas de cubierta, cubriendo estos grandes soportes la antecámara y cámara, siendo los espacios internos más cuidados desde el punto de vista técnico y decorativo, destacando la regularidad de los soportes de las paredes y la mayor presencia de pinturas. En el *tholos* de El Romeral se ha constatado un menhir reutilizado en estado fragmentario en el corredor intratumular (Bueno et al., 2007: 612-614; Bueno et al., 2013a: 35; Bueno et al. 2013c: 256-257, 263).

5.4.2.1.6. Menhires del sur de Extremadura

En el sur de la provincia de Badajoz existe un conjunto de menhires distribuidos a lo largo de la cuenca del río Ardila, en la margen derecha del río Guadiana, en los términos municipales de Fregenal de la Sierra y Valencia del Ventoso. Este conjunto está compuesto por siete menhires de granito ubicados en zonas de transición entre los valles y montes de esta cuenca fluvial, cercanos a los cursos de agua, próximos a las zonas de paso naturales (vías pecuarias o cañadas), y en tierras adeshas adecuadas para prácticas agropecuarias. Cuatro de estos menhires se localizan en el municipio de Fregenal de la Sierra: Palanca del Moro (Berrocal Rangel, 1991), menhir de La Pepina I y II y Tres Términos (Domínguez et al., 1996, Peral et al., 2001), mientras que los tres restantes se ubican en el municipio de Valencia del Ventoso: El Rábano (Berrocal Rangel, 1991), Lagarto y de Fuente de Abajo (Domínguez et al., 1996; Peral et al., 2001), encontrándose la mayoría tumbados. Según la morfología y tratamiento de la superficie se propone la clasificación de estos menhires en tres tipos (Peral et al., 2001: 251): 1) Tipo A, representando por el bloque de granito natural de Lagarto, siendo un monolito de forma irregular de cerca de 3 m de altura, poco transformado, con abundantes cazoletas en su superficie; 2) Tipo B, monolito cilíndrico de sección circular u ovalada con la superficie desbastada, de aspecto fálico (Rábano, Palanca del Moro, Tres Términos y el menhir de Fuente

de Abajo, reutilizado como fuente-pilar), con dimensiones que oscilan entre 2- 4 m de longitud y con decoraciones en algunos de ellos, compuesta por cazoletas y grabados diversos, caso de Palanca del Moro y Rábano (Domínguez et al, 1996: 406); 3) Tipo C, monolito prismático, de sección cuadrada o poligonal, de aristas formadas y superficies trabajadas, de 1-1,5 m de longitud (Pepina I y II). Para estos autores, la aparición y desarrollo los menhires aconteció en esta zona de Extremadura en la transición del Neolítico Final al Calcolítico (segunda mitad del IV y primera mitad del III milenio ANE), como consecuencia de un proceso de expansión poblacional procedente del Alentejo central, emergiendo estas arquitecturas conjuntamente con los dólmenes de corredor corto (Peral et al., 2001: 239, 248-249). Los menhires de la cuenca del río Ardila evidencian un patrón de localización espacial que denota una estrategia de apropiación simbólica del medio por parte de comunidades ganaderas y pastoriles de poblamiento itinerante y agricultura incipiente, delimitando las zonas de explotación de los recursos y las áreas territoriales, funcionado de igual modo como elementos de cohesión social, lograda por la construcción colectiva de estos monumentos (Peral et al., 2001: 239, 255-256).

Para otros investigadores, los menhires de la cuenca de Ardila representan la existencia de un megalitismo no funerario, del mismo modo que en otras zonas del suroeste de la provincia de Badajoz, que se caracteriza por una serie de elementos comunes: a) su funcionalidad territorial, considerados como hitos en el paisaje que propiciaron la apropiación de las tierras; b) el esfuerzo físico colectivo en su erección; c) la presencia recurrente de sistemas gráficos (cazoletas y grabados) en estos soportes. Para estos menhires se propone una cronología anterior, debiendo originarse en el Neolítico Antiguo, por la similitud con los cercanos menhires del Alentejo y del Algarve portugués (Prada y Cerrillo Cuenca, 1996/2003: 52, 58).

En el suroeste de Badajoz se tiene constancia de otros menhires. En el conjunto megalítico de Monteporrino (Salvaleón), formado por catorce monumentos tumulares dolménicos de diversas formas (con predominio de sepulcros de cámaras sencillas, cámaras alargadas y sepulcros de corredor con cámaras poligonales) (Sanjuán Gago, 2006), se presenta un menhir cilíndrico de sección ovalada, de 3 m de altura, con las superficies muy regulariza por tallado y pulimento, que fue integrado en el dolmen de Monteporrino 12, manteniendo su posición original (Sanjuán Gago, 2007: 652, 667). En el entorno de los dólmenes se ha constatado la presencia de nueve menhires subcilíndricos de granito, de apenas 1 m de altura y 0,50 m de contorno en la base, tallado de forma fálica, marcándose la hendidura del glande en su extremidad superior, presentando algunos de ellos cazoletas y grabados lineales en su superficie (Sanjuán Gago, 2007: 657-666, 667-670). Del mismo modo, en la cercana comarca de Llanos de Olivenza, se tiene constancia de otros dos grandes monolitos cilíndricos de granito de aspecto fálico, encontrándose tumbados, caso del menhir de La Pitera (Barcarrota), de 4,35 m de longitud y 1,35 de grosor en la base, y el menhir de El Gamonal (Valverde de Leganés) de 4 m de longitud.

5.4.2.2. MEGALITISMO FUNERARIO

5.4.2.2.1. Elementos generales

El megalitismo funerario de Andalucía y sur de Extremadura se caracteriza por una serie de elementos generales: el polimorfismo arquitectónico y diversidad estructural de los monumentos en los dos ámbitos regionales tradicionalmente diferenciados (zona occidental y sureste), la larga duración temporal del fenómeno, el colectivismo funerario, la funcionalidad territorial y paisajística de los monumentos, la construcción en sitios con ocupación previa, la recurrente práctica reutilización de menhires y estelas-menhires en los monumentos funerarios y el desarrollo de unos complejos programas gráficos (grabados y pinturas) asociados a la muerte y a la representación de los ancestros.

El megalitismo funerario de Andalucía destaca por la amplia diversidad de formas arquitectónicas, coexistiendo temporalmente varios modelos arquitecturas y estructuras en las mismas áreas territoriales. De forma general, puede distinguirse cinco formas de construcciones funerarias: dólmenes de cámaras simples, dólmenes de corredor, dólmenes de galería, sepulcros de falsa cúpula y cuevas artificiales (Ferrer Palma, 1982; Cabrero, 1982, 1985; Cruz Auñón, 1983-1984; Rivero, 1988; Ferrer Palma, 1995, 2003; Piñón Varela, 2004; Aguayo y García Sanjuán, 2006; Cámara Serrano y Molina, 2015). En algunos casos de la región andaluza, determinados monumentos dolménicos (Soto, Alberite, Menga, Viera, La Casilla) y de falsa cúpula (La Pastora, Matarrubilla, Montelirio, El Romeral), se han destacado arquitectónicamente por su grandes dimensiones, escala constructiva, sofisticación técnica y solidez estructural (Obermaier, 1919: 32, 45; Obermaier, 1924: 29; Leisner y Leisner, 1943, 1956, 1959; Joussaume, 1985: 219; Briard, 1995: 111; Ramos Muñoz y Giles, 1996: 87; Guilaine, 2011b: 232; García Sanjuán y Lozano, 2016: 3; Fernández Flores y García Sanjuán, 2016: 85; entre otros).

A estas arquitecturas pétreas y subterráneas, como en el caso del sur de Portugal, podría unirse otras estructuras, caso de las fosas con estructuras tumulares y las cavidades naturales empleadas como espacios de enterramientos colectivos, en las que se evidencia un uso funerario colectivo, con gestos y prácticas similares a los documentados en las arquitecturas de piedras, así como dispositivos, estructuras y formas de organización espacial similares a los monumentos megalíticos. En el caso de las fosas con estructuras tumulares es reseñable la necrópolis de Campo de Hockey (San Fernando, Cádiz), con una cronología de fines del V e inicios del IV milenio ANE (Vijande, 2009; Ramos Muñoz et al., 2013) En el caso de las cuevas sepulcrales destacan dos sitios de las sierra Subbéticas cordobesas: Cueva de los Cuarenta (Vera Rodríguez, 2014) y Cueva de los Arrastraos (Martínez Sánchez et al., 2014), que cuentan con una cronología de la actividad funeraria desde mediados del IV milenio ANE.

El polimorfismo arquitectónico de los monumentos y estructuras funerarias ha sido interpretado en múltiples direcciones. Los Leisner distinguieron dos categorías básicas de monumentos para el sur peninsular: a) dólmenes (*richtungsbau*), que aglutina a un conjunto construcciones de techo plano y de plantas alargadas (cistas, cámaras sencillas, cámaras alargadas, cámaras con corredores y galerías cubiertas) con paredes formadas por ortostatos, contenidas dentro de construcciones tumulares; b) sepulcros de falsa cúpula (*massenbau* o *zentralbau*), que designa a construcciones de techo abovedado y plantas circulares, generalmente compuestas de paredes de mampostería o por zócalos revestidos de finas losas, con las cubiertas soportadas por las masas tumulares (Leisner y Leisner 1943, 1956, 1959). Para el análisis y clasificación de la enorme variedad de monumentos megalíticos estos investigadores rechazaron los postulados del evolucionismo, proponiendo en cambio que la diversidad de las formas de los sepulcros de inhumación colectiva dependía del sustrato cultural y de las influencias recíprocas entre los grupos y territorios, evidenciándose en las arquitecturas una persistencia de las formas más antiguas en las regiones cerradas internas de la Península Ibérica y una contemporaneidad parcial entre los tipos arquitectónicos (Leisner y Leisner, 1943: 246; Cerdán et al., 1952: 127, 129-130). En esta línea de argumentación, se ha añadido que la variabilidad de las arquitecturas funerarias en el territorio andaluz obedece a la diversidad de poblaciones existentes desde el Neolítico a la Edad del Bronce (Ferrer Palma, 1982: 122; Ferrer Palma, 1995: 72) y que la variedad y la complejidad arquitectónica formal de los monumentos responden a la geología, topografía y economía en las diversas regiones y áreas locales donde se construyeron (Cabrero, 1985: 238). Otros investigadores, han considerado que la diversidad de tumbas adinteladas y abovedas concentradas en el mismo territorio, caso del área de Huelva, representa la existencia de comunidades diversas de origen neolítico, compartiendo no obstante un mismo sustrato cultural, manifiesto en un ritual funerario colectivo desarrollado con esquemas semejantes en los dólmenes y sepulcros de falsa cúpula (Piñón Varela, 2004: 970). Incluso, se ha propuesto que el polimorfismo arquitectónico puede derivarse de las diferencias demográficas de las poblaciones en la Prehistoria Reciente (Aguayo y García Sanjuán, 2006: 456).

Otras razones argumentadas sobre la variabilidad arquitectónica y su desarrollo en ámbitos geográficos concretos inciden en la existencia de estilos regionales, caracterizados por la pervivencia de las formas constructivas y la permanencia de las tradiciones técnicas, plasmadas en las arquitecturas, en los programas gráficos mismos y en los soportes de especial valor simbólico (estelas) de los monumentos funerarios. Ello permite identificar y discriminar áreas o regiones donde las formas y las características constructivas de los diferentes megalitismos pudieron obedecer a factores combinados: la especialización arquitectónica, el mantenimiento de una tradición técnica y la fuerte impronta de las identidades culturales plasmadas en los monumentos (Bueno et al., 2004, 2007, 2014, 2015a, 2015c; Linares Catela, 2016).

El megalitismo del sur peninsular es concebido, por algunos autores, como un fenómeno cultural potente y perdurable de las sociedades prehistóricas, que se desarrolló en una secuencia

diacrónica extensa c. 4500-500 cal ANE (García Sanjuán et al., 2011: 147). Se propone una génesis para los monumentos compuestos de grandes piedras en el Neolítico Medio, apareciendo los menhires y dólmenes construidos con un planteamiento intencional de perduración temporal, configurando paisajes y espacios sagrados de uso constante. Posteriormente, en la transición entre Neolítico Final y Edad del Cobre, se erigieron nuevas arquitecturas (hipogeos y *tholoi*), propiciando la continuidad de este fenómeno y la multiplicación de las prácticas funerarias. En todos los modelos de monumentos funerarios se ha constatado la continua reutilización con fines funerarios y rituales a lo largo de la Edad del Cobre, además de continuos procesos de reapropiación de los monumentos y prácticas diversas de reuso durante la Edad del Bronce e Edad del Hierro. Por esto, un grupo de investigadores, plantea la permanencia del fenómeno megalítico durante el II y I milenio cal ANE, momentos en los que hubo de reforzarse el significado de estos lugares como arquitecturas contenedoras de la memoria de los antepasados (García Sanjuán, 2002; Lorrio y Montero, 2004; García Sanjuán 2005a, 2005b, 2008; García Sanjuán, et al. 2011; Aranda Jiménez, 2013, 2014, 2015; Aranda Jiménez y Lozano medina, 2014; Costela, 2015; Lozano Medina y Aranda Jiménez, 2017; Aranda Jiménez et al., 2017a).

El megalitismo funerario comporta el desarrollo de espacios sepulcrales colectivos, creándose arquitecturas y estructuras destinadas a albergar reiterados enterramientos escalonados en el tiempo. Para algunos autores, el ritual de inhumación colectivo es el elemento más característico del megalitismo funerario el sur peninsular, dado que se desarrolló tanto en estructuras monumentales construidas en vertical (dólmenes y *tholoi*) como en arquitecturas excavadas en el sustrato (cuevas artificiales). El colectivismo funerario es un sistema de enterramiento originario del Neolítico Reciente, gestado en las primeras centurias del IV milenio ANE, que aglutina diversas prácticas funerarias de inhumación y cremación de honda tradición y continuidad temporal, perdurando a lo largo del III milenio ANE, e, incluso, en los momentos finales de Edad del Cobre y durante la Edad del Bronce, regidos por rituales funerarios colectivos comunes, tanto en la organización como en la composición de los ajuares mobiliarios que acompañaban a los difuntos (Ferrer Palma, 1995: 73-74; Ramos Muñoz y Giles, 1996: 353; Piñón Varela, 2004: 911, 970). Algunos autores, destacaron que fue durante el Calcolítico cuando se asistió a un cambio profundo de las prácticas funerarias en Andalucía occidental, como consecuencia de la expansión de los enterramientos colectivos en los monumentos megalíticos (Acosta, 1995: 76). En el II milenio ANE, a pesar de la generalización de enterramientos individuales (cistas, covachas, fosas y urnas) desde la Edad del Bronce Antiguo, continuaron realizándose deposiciones funerarias en el interior de algunas sepulturas megalíticas, generándose depósitos colectivos en estos espacios sepulcrales reutilizados, como se ha documentado en varios sitios: tumba 11 de El Barranquete (Almería) (Aranda Jiménez y Lozano Medina, 2014; Aranda Jiménez et al, 2017a); en diversas necrópolis del río Grande en la provincia de Málaga, caso de El Tardón, Algane, Tesorillo de La Llaná (Fernández Ruiz y Márquez Romero, 2001; Fernández

Ruiz, 2004; Márquez Romero et al., 2009), o el dolmen de El Carnerín (Alcalá del Valle, Cádiz) (Martínez Rodríguez y Pereda, 1991; Costela, 2014), entre otros.

Para un grupo de investigadores, que siguen los postulados teóricos del materialismo histórico, el ritual de inhumación llevado a cabo en las estructuras y monumentos funerarios en el IV y III milenios ANE debe entenderse como una práctica social creada para enmascarar las diferencias sociales existentes en el seno de las comunidades. Por tanto, el pretendido colectivismo funerario que existió en las diversas manifestaciones megalíticas del sur peninsular se corresponde en realidad con una forma de encubrimiento de las disimetrías sociales, siendo una práctica que servía para la reproducción del orden social de los grupos del sureste en las fases del Neolítico Final (Cultura de Almería) y durante la Edad del Cobre (Cultura Millares) (Cámara Serrano, 2001; Molina y Cámara Serrano, 2004). Al respecto, estos autores proponen una secuencia diacrónica dentro de las pautas del colectivismo funerario, distinguiendo dos grandes fases. La primera, que aconteció entre el 3500-2500 cal ANE, que representa la fase de desarrollo inicial del proceso de enmascaramiento, atestiguándose una recurrencia de prácticas funerarias sustentadas en el ritual de inhumación colectiva, una pauta de construcción de las tumbas en emplazamientos cercanos a los poblados y una ocultación de las sepulturas. La segunda, a partir del 2500 y hasta el 2200 cal ANE, que se corresponde con un periodo incremento de las desigualdades sociales, como consecuencia del desarrollo de grupos sociales dominantes dentro de los poblados, manifiestas en los contextos funerarios por la exhibición del poder en individuos concretos que acumularon bienes de prestigio y objetos de gran valor social (Cámara Serrano y Molina, 2015: 606).

Uno de los elementos destacados de los monumentos megalíticos es su funcionalidad territorial, siendo interpretados como elementos configuradores de los paisajes en los que se enclavaron a lo largo de la Prehistoria Reciente. El análisis del emplazamiento de los monumentos y el estudio de los patrones de distribución de los conjuntos ha llevado a plantear para la mayoría de los monumentos, funciones territoriales y paisajísticas específicas, destacándose como elementos más relevantes su rol para la apropiación de las tierras, la demarcación espacial de áreas, la delimitación de las vías de desplazamiento, el control de límites territoriales, el establecimiento de fronteras, la conformación de paisajes monumentales, entre otros.

Otra de las funciones principales destacadas de los monumentos megalíticos del sur peninsular es su localización en relación con la delimitación espacial y control de los territorios (Cámara Serrano et al., 2010; Afonso et al., 2010). En el caso de la necrópolis de Los Millares, concentrada en un área única y en torno a un gran poblado central, se ha propuesto que su organización y distribución espacial responde a una estrategia de delimitación de un espacio jerarquizado, en el cual las tumbas de mayores dimensiones, monumentalidad constructiva y riqueza de ajuares, ocuparon los emplazamientos más idóneos para la construcción, sirviendo de elementos de ordenación y jerarquización interna en subgrupos, al contrario de las tumbas más

pequeñas y con ajuares menos ricos (Chapman, 1983, 1991; Cámara Serrano, 2001: 97-100 ; Cámara Serrano y Molina, 2004: 155-156; Molina y Cámara Serrano, 2008: 60-61; Cámara Serrano et al, 2010: 333-336).

En el caso del grupo de Tabernas la distribución de los megalitos revela una estrategia de emplazamiento de los sitios cuyo fin estuvo destinado a la demarcación o limitación de fronteras. En este grupo se ha constatado que las tumbas más monumentales se ubicaron en emplazamientos de mayor dominio visual que las más pequeñas, distribuidas de manera circundantes a las principales (Cámara Serrano, 2001: 82-83; Cámara Serrano y Molina, 2004: 149; Cámara Serrano et al., 2010: 329-332). Esta misma pauta de distribución, se ha evidenciado en los conjuntos dolménicos del Andévalo oriental, deduciéndose que el tipo de tumba y su posición responde a un patrón espacial jerárquico, existiendo tumbas principales, de mayor tamaño y monumentalidad, construidas en emplazamientos visuales preeminentes y tumbas secundarias satélites, de menor tamaño y estructuradas en torno a las primeras (Nocete et al., 2004; Nocete et al., 2010).

El estudio de la distribución de la necrópolis del Río Gor (Gor-Gorafe, Granada), revela que el emplazamiento preferente de los dólmenes a lo largo del valle obedece a la demarcación de la vía de paso que discurre por el cañón (Afonso et al, 2010: 282). Una pauta similar se ha constatado igualmente en Sierra Morena occidental, donde la ubicación de dólmenes y otros megalitos de las áreas de las sierra de Huelva y Sevilla revela un patrón locacional constante de cercanía y conexión visual con las vías pecuarias, interpretándose el papel de los megalitos como demarcadores de los caminos o zonas de paso (García Sanjuán et al., 2009).

En la necrópolis de Valencina de la Concepción (Sevilla), los estudios espaciales desarrollados sobre el asentamiento y las necrópolis han destacado dos pautas de organización espacial de los monumentos funerarios del III milenio ANE (Costa Caramé et al., 2010; Mejías García, 2013; Mejías García et al., 2015). Por un lado, las sepulturas de mayor tamaño, desarrollo constructivo y pericia técnica, es decir, las grandes monumentos de mampostería o lajas de revestimiento con largos corredores y cámaras de falsa cúpula (La Pastora, Matarrubilla, Ontiveros, Montelirio), se ubican en la periferia del asentamiento, sirviendo de elementos de referencia para la creación de grandes necrópolis monumentales, en torno a los que se distribuyeron varios modelos de arquitecturas subterráneas (hipogeos) y semisubterráneas (*tholoi*), como se ha constatado en la asociación espacial entre el monumento de Montelirio y las tumbas del PP4 (Mora Molina et al., 2013; Fernández Flores y Aycart, 2013; Fernández Flores y García Sanjuán, 2016). Por otro lado, los monumentos más pequeños en tamaño y menor desarrollo técnico, caso de los sepulcros de falsa cúpula más pequeños y las cuevas artificiales más básicas, se presentan de forma dispersa o formando pequeñas agrupaciones dentro del poblado, caso de las documentadas en la zona del Señorío de Guzmán (Cruz Auñón y Mejías García, 2013; López Aldana et al., 2015).

Del mismo modo, otros autores han destacado el papel de los megalitos como elementos configuradores de los paisajes, conforme a los esquemas de la primera monumentalidad prehistórica, sustentada en la conexión espacial de los monumentos con los hitos más significativos del medio, como se ha evidenciado en el caso de la relación del dolmen de Menga con la Peña de los Enamorados, donde se ubican el alineamiento de Piedras Blancas y el abrigo rocoso con pinturas de Matacabras, evidenciándose que la orientación de este monumento está en íntima relación con esta peculiar formación natural (García Sanjuán y Weathley, 2009: 140-142; García Sanjuán y Weathley, 2010). Esta funcionalidad paisajística se vería reforzada de forma simbólica con la orientación astronómica de los monumentos funerarios, constatándose que la mayor parte de los ejes de simetría y accesos de los monumentos funerarios de Andalucía y del sur peninsular están orientados hacia el este, hacia la salida y ascenso del sol, dentro de la órbita de los ortos de solsticios y equinoccios, pudiendo sostenerse que la disposición y emplazamiento de estas construcciones debieron estar relacionadas con determinadas prácticas astronómicas y rituales (Hoskin, 2001: 55-93; Hoskin, 2008: 89-90).

En la Península Ibérica, como se ha analizado en la Meseta Interior y en el sur de Portugal, es común la construcción de monumentos funerarios en sitios con ocupación previa, de cronología anterior a la erección de las arquitecturas dolménicas de inicios del IV milenio ANE. Este patrón, del mismo modo se ha evidenciado en Andalucía en varios sitios, destacando la constatación de un nivel infratumular con materiales del Neolítico Antiguo-Medio en el dolmen de Alberite (Villamartín, Cádiz), evidenciándose abundante material lítico y cerámico incorporado en los niveles constructivos de explanación y base del monumento (Ramos y Giles, 1996: 74, 158-170). En el dolmen de las Casas de Don Pedro (Belmez, Córdoba), se documentó una fase de ocupación de mediados-fines del V milenio ANE previa al monumento funerario, destacando la presencia de dos menhires, que posteriormente fueron preservados e integrados *in situ* en la cámara funeraria, a los que se asocian un pavimento rojo de tierra batida, varias hogueras y una fosa (Gavilán y Vera Rodríguez, 2005: 535, 539). Más recientemente, en el dolmen de Soto (Trigueros, Huelva), donde se ha puesto de manifiesto una fase de ocupación previa del lugar de la primera mitad y mediados del IV milenio ANE, compuesta por cabañas y otras estructuras excavadas en el terreno (fosas y un hipogeo) vinculadas espacialmente a una estructura de menhires, anteriores a la edificación del gran monumento megalítico funerario (Linares Catela y Mora Molina, 2015: 105-107). Este conjunto de evidencias puede ser interpretado como una práctica social intencional de perpetuación espacial y perduración temporal de determinados enclaves, en los que pudieron ubicarse estructuras habitacionales asociadas a menhires y estelas del V y IV milenios ANE y que tras un proceso de conversión arquitectónica del lugar, redundaron en la sacralización de estos espacios ancestrales.

En relación con el último punto, un hecho muy destacado es la presencia de menhires y estelas reutilizados en numerosos monumentos funerarios del suroeste peninsular (Bueno et al., 2007: 601-602; Bueno et al. 2013a: 31; Bueno et al. 2014: 10; Bueno et al., 2015a: 55; Bueno et

al., 2015c: 441), como se ha documentado en muchos monumentos de la Península Ibérica (Figura.5.48). Estos soportes reutilizados, en su mayor parte decorados, se localizan en diversas zonas del espacio externo, en especial en el frontal de acceso, caso del dolmen de Alberite I (Gutiérrez López, 2001: 142; Bueno et al., 2010c: 214; Bueno et al., 2013: 32) y, sobre todo, en los espacios internos, ocupando lugares distintos de las cámaras, empleándose como soportes de las paredes o como losas de cubierta, como se ha evidenciado en abundantes sitios: dolmen de Soto (Obermaier, 1924; Balbín y Bueno, 1996; Bueno et al., 2014: 10; Bueno et al., 2015a: 55; Bueno et al., 2015c: 447), dolmen de Casas de Don Pedro (Gavilán y Vera Rodríguez, 2004, 2005), dólmenes de Los Gabrieles 2 y 4 (Linares Catela, 2010b: 217, 219), dolmen de Viera (Bueno et al., 2013b: 263-264), entre otros. La recurrente presencia de estelas y estelas-menhires de morfologías antropomorfas, ubicadas predominantemente en zonas visibles (áreas de acceso externas, corredores, antecámaras y cámaras en los espacios externos) ha llevado a interpretar estos soportes como elementos protectores de las tumbas y guardianes de los muertos (Bueno y Balbín, 1996: ; Bueno y Balbín, 1997: 98; Bueno et al. 2014: 3). Su papel en los monumentos funerarios pudo residir en su valor como “piedras fundadoras”, pudiendo condicionar el sitio de emplazamiento y construcción de gran parte de los dólmenes del suroeste peninsular, caso de las galerías del IV milenio ANE (Soto, Gabrieles 1 y 4, Dolmen de Casas de Don Pedro, entre otros) y de los sepulcros de falsa cúpula del III milenio ANE (Palacio III). Por tanto, estos soportes reutilizados como materiales de construcción e integrados como dispositivos simbólicos, ya fuesen en estado completo, fracturados o fragmentados, debieron ser elementos de especial significación en los monumentos funerarios, pudiendo haber sido considerados como las viejas piedras de los ancestros, en los que se representa la figura humana (Bueno et al., 2014: 3-4, 10; Bueno et al. 2015a: 61; Bueno et al., 2015c: 448.)

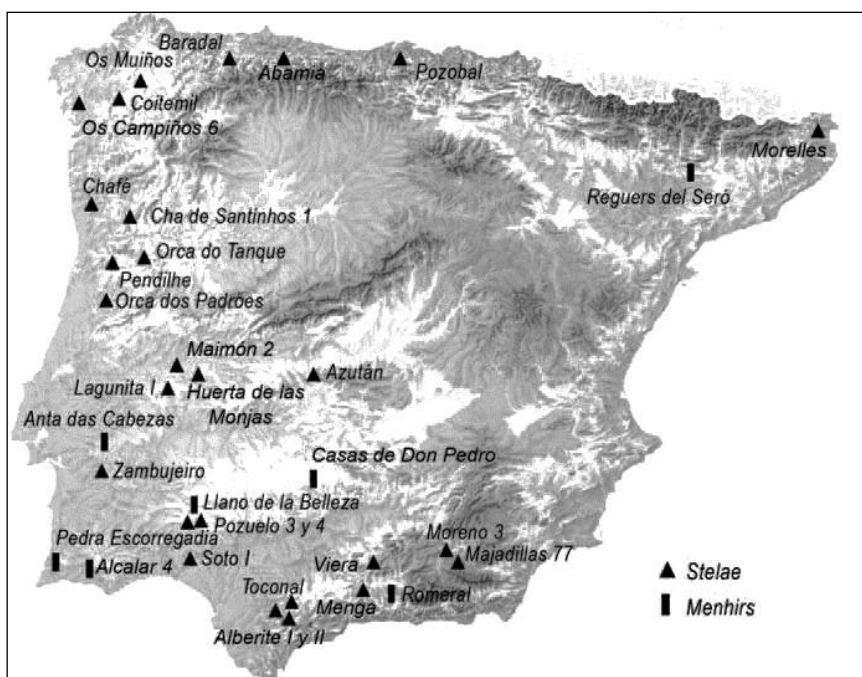


Figura 5.48. Estelas y menhires reutilizados en monumentos megalíticos funerarios de la Península Ibérica (Bueno et al., 2015c, figura 7).

Finalmente, hay que destacar que la región de Andalucía ocupa un lugar esencial dentro del arte megalítico de la Península Ibérica, dada la existencia de unos sistemas gráficos decorativos de fuerte dinamismo, tradición local y diversidad, desarrollados desde el Neolítico Medio, a partir de la segunda mitad del V milenio ANE (Bueno et al., 2004d: 30, 35). Estos sistemas gráficos, realizados con técnicas diversas de grabados (piqueados, incisiones, abrasiones, relieves) y pinturas (rojas, negras y emplastes blancos) y en diversos soportes (ortostatos y lajas de las paredes de las cámaras funerarias y soportes escultóricos antropomorfos, caso de las estelas y menhires), se presentan en el conjunto de arquitecturas funerarias del IV-III milenios ANE: dólmenes de cámara sencilla, dólmenes de corredor, galerías, cuevas artificiales y sepulcros de falsa cúpula (Bueno et al., 2004d: 36; Bueno et al., 2013a: 28). Los elementos decorativos y los soportes escultóricos antropomorfos conforman un código gráfico y simbólico asociado al mundo de la muerte, evidenciándose una manufactura recurrente de soportes de similares morfologías, una representación constante de motivos en sus superficies y una ubicación espacial reiterada en el interior de los monumentos funerarios, tanto de la Península Ibérica como en Europa occidental (Bueno et al., 2004d: 35; Bueno et al., 2007). La simbología megalítica del sur peninsular se erige como un área muy relevante dentro del contexto del megalitismo europeo occidental (Figura 5.49), ya que se presentan programas gráficos complejos (pinturas, grabados y esculturas) elaborados en diversos soportes (estelas y menhires), construcciones funerarias y al aire libre (afloramientos rocosos y abrigos), que indican la existencia de unos códigos gráficos de amplio desarrollo cronológico y sólidas interacciones ideológicas y territoriales (Bueno et al., 2013a: 25, 26, 32). Los temas y los motivos de las grafías representadas en las construcciones megalíticas de Andalucía pueden considerarse una especialización funeraria del arte esquemático (Bueno et al., 2004d: 35; Bueno et al., 2009: 164).

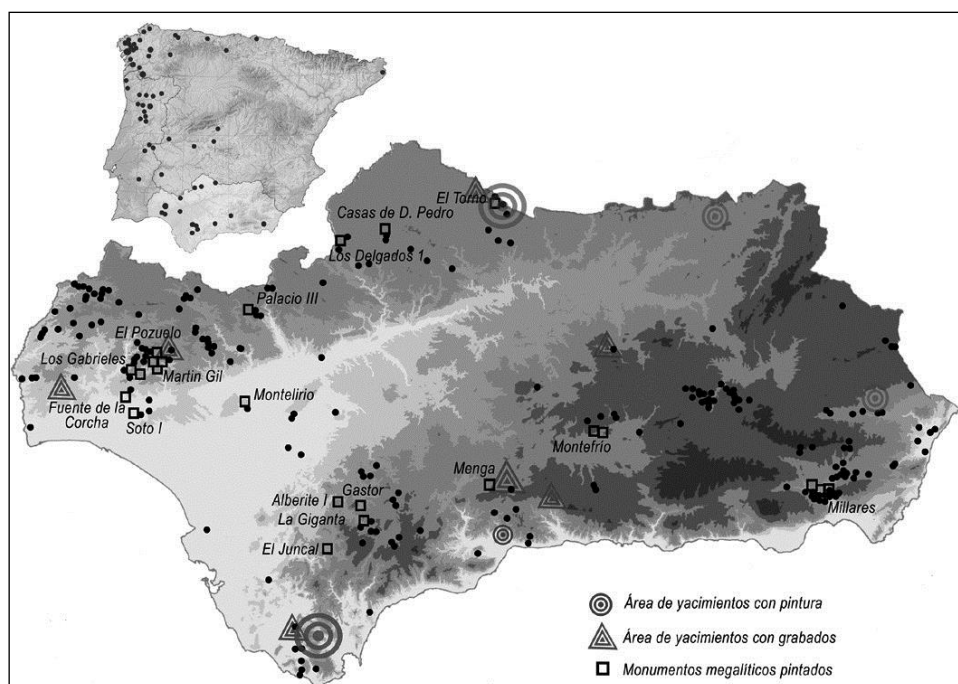


Figura 5.49. Monumentos megalíticos decorados de Andalucía en relación con los sitios con grabados y pinturas al aire libre. Indicación de los monumentos funerarios pintados (Bueno et al., 2013a, figura 4).

Los programas gráficos y los soportes escultóricos antropomorfos forman parte de los espacios arquitectónicos de los monumentos, participando como elementos simbólicos de una ideología funeraria sustentada en diversas prácticas de culto los ancestros o antepasados (Bueno et al. 2004d: 56; Bueno et al., 2007; Bueno et al., 2013a: 36). En este sentido, cabe destacar una serie de aspectos básicos que caracterizan esta manifestación simbólica del megalitismo de Andalucía asociada a estas arquitecturas:

- El papel de los programas gráficos en relación a la construcción y organización espacial de los monumentos megalíticos, formando parte los motivos decorativos y los soportes escultóricos de las arquitecturas funerarias, teniendo un papel determinante en la configuración de espacios funerarios de fuerte carga simbólica (Bueno et al., 2015a: 61). Estos programas gráficos debieron funcionar como recursos mnemotécnicos diseñados para la exhibición del pasado ancestral con el objeto de justificar y establecer un vínculo genealógico de las nuevas generaciones con los linajes ancestrales (Bueno et al., 2015a: 51-52, 65). Ello, al igual que la construcción de las arquitecturas, requeriría de la participación de individuos especialistas, sabedores de las técnicas de esculpido, grabado y pintura de los soportes y del espacio a ocupar en los monumentos (Bueno et al., 2015a: 63-64). En este sentido, es factible destacar varios aspectos comunes de los programas gráficos asociados a los megalitismo del suroeste peninsular:
 - a) El papel simbólico del color, creado diversos escenarios funerarios a través del contraste de la tonalidad y textura natural de los soportes (color natural), la coloración de los suelos y la aplicación de pinturas rojas (óxidos de hierro y cinabrio), negras (manganeso y carbones) y blancas (caolín y calcita) (Bueno et al., 2015a: 53-54, 61; Bueno et al., 2016e: 393).
 - b) La reutilización de estelas y menhires en los monumentos funerarios, posibilitando estos soportes el refuerzo de la imagen del pasado ancestral y la reproducción de una ideología funeraria de culto a los antepasados, dado que estos soportes escultóricos (en su mayoría antropomorfos), son elementos indicadores de antigüedad y de representación en piedra de los ancestros, (Bueno et al., 2015a: 60; Bueno et al. 2015c: 448).
- El desarrollo de programas gráficos complejos fundamentalmente en torno a dos formas arquitectónicas: a) los dólmenes de galería, siendo el tipo de monumento más significativo de la zona occidental (Bueno et al., 2004d: 36; Bueno et al., 2013a: 36, 41), que se gesta desde inicios del IV milenio ANE y cuenta con una larga tradición constructiva y decorativa a lo largo del Neolítico Tardío-Final, prolongándose hasta el III milenio ANE, caso de los monumentos de Soto (Balbín y Bueno, 1996), Alberite I (Bueno y Balbín, 1996) y Alberite II (Bueno et al., 2007), en los que se presentan grabados y pinturas policromas (rojas, negras y bases blancas) (Bueno et al., 2013a: 28); b) los sepulcros de falsa cúpula, contruidos

desde fines del IV e inicios del III milenio ANE, en los que se detecta una intensificación simbólica y una continuidad de los motivos decorativos tradicionales durante la Edad del Cobre, realizados predominantemente con pinturas (Bueno et al., 2013a: 40; Bueno et al., 2016e: 393), caso del *tholos* 9 de la necrópolis de Los Millares, con soportes con bases de pintura blanca (Molina y Cámara Serrano, 2004: 48; Bueno et al., 2013: 37), el *tholos* de Palacio III, con pinturas negras de manganeso (Bueno et al., 2007: 624; Bueno et al., 2009: 152, 156, 160) y el *tholos* de Montelirio, con pinturas rojas (compuestas por cinabrio y óxidos de hierro) y negras (posiblemente carbón vegetal) empleados en los soportes de las paredes, pigmentos rojos (cinabrio) y blanco (calcita) para las figurillas de barro (Bueno et al., 2016e: 387-388, 393).

- La existencia de monumentos funerarios en los que se presentan conjuntamente, e incluso en los mismos soportes, asociaciones de motivos realizados de forma coetánea con técnicas diferentes de grabados y pinturas (rojas, negras y bases blancas) (Bueno et al., 2009: 148; Bueno et al., 2013a: 28), como se ha evidenciado en diferentes sitios, tanto en las arquitecturas dolménicas adinteladas, caso de Los Gabrieles 1 y 4 (Piñón Varela y Bueno, 1983), Soto (Balbín y Bueno, 1996), Alberite I (Bueno y Balbín, 1996), como en las arquitecturas de falsa cúpula, caso de el *tholos* de Palacio III, con cazoletas, estelas antropomorfas y pinturas negras (Bueno et al., 2007: 624-625), o del *tholos* Montelirio, que presenta estelas con cazoletas reutilizadas como losas de cubierta y una decoración plástica de pinturas rojas de los soportes de las paredes del corredor y cámara (Bueno et al., 2016e: 373).
- La riqueza y variedad del arte sepulcral pintado de los monumentos megalíticos de Andalucía occidental, tanto en dólmenes del IV milenio ANE como en los sepulcros de falsa cúpula del III milenio ANE, en especial de las provincias de Huelva (dolmen de Soto), Cádiz (dolmen de Alberite I) y Sevilla (*tholoi* de Palacio III y Montelirio), al nivel de otras áreas de la Península, caso de Galicia y el norte de Portugal (Bueno et al., 2013a: 28). Los motivos representados son mayoritariamente geométricos (triángulos, líneas, bandas, etc.), las pinturas rojas (óxidos de hierro y cinabrio), pinturas negras (manganeso y carbón) y pinturas blancas (caolín, illita y calcita), pudiendo combinarse en los mismos monumentos, por sectores, e incluso en los mismos soportes, ya sean con motivo de la ejecución de una vez o de repintados, creando unos complejos programas gráficos policromados destinados a potenciar los rasgos y atributos humanos de los soportes y a exhibir simbólicamente los ancestros representados en los monumentos funerarios (Bueno et al., 2015a: 61-64).
- La presencia de una notoria estatuaria megalítica, compuesta por tres tipos de soportes antropomorfos: estelas-estatuas, estelas-placas y estelas-cruciformes, desarrollada fundamentalmente en la zona suroeste, que junto con la Meseta Interior, son las áreas más dinámicas y antiguas, donde se ha documentado una diversidad de motivos, técnicas y un abundante número de estelas, estatuas y menhires reutilizados en los monumentos

funerarios. Esta estatuaria megalítica presenta estrechas similitudes formales y vínculos espaciales con determinados objetos muebles (“ídolos-placa e “ídolos-cruciformes”, “betilos”, “estelas de arcilla” y “figurillas antropomorfas”), depositados a modo de ofrendas votivas en lugares específicos de las arquitecturas funerarias, caso de los altares en las estructuras de acceso y/o en áreas específicas en las cámaras, tanto en los dólmenes como en los sepulcros de falsa cúpula (Bueno et al., 2015c: 449-450, 452; Bueno et al., 2016e: 363, 377, 380).

- La asociación territorial y espacial entre los monumentos funerarios decorados y las manifestaciones de arte al aire libre, tanto con las pinturas como grabados (Bueno et al., 2009: 164; Bueno et al., 2013a: 28, 41), como se ha puesto de relieve en el caso de los conjuntos dolménicos del Andévalo y Sierra Morena occidental y los grabados rupestres, observándose ciertas similitudes de las decoraciones entre ambas manifestaciones (Linares Catela, 2010b: 229-231, 2010d: 2328, 2011a: 569, 2011b: 175-193, 2016: 114). En Andalucía, estos grabados rupestres se caracterizan por el desarrollo de motivos y temas atlánticos, con un predominio de formas circulares, concéntricas y espirales (Bueno et al. 2013a: 31).

5.4.2.2.2. Secuencia diacrónica y formas arquitectónicas

Tradicionalmente, a tenor de la diversidad regional de formas de los monumentos (tipos y tamaños) y de los ajuares mobiliarios se han distinguido dos ámbitos geográficos con diferentes secuencias diacrónicas de las arquitecturas y con tradiciones constructivas neolíticas: Andalucía occidental (provincias de Huelva, Sevilla, Cádiz, Córdoba y Málaga) y Andalucía oriental (Almería, Granada y Jaén), proponiéndose dos focos de génesis del megalitismo en el sur peninsular, uno en la zona del occidente ibérico y otro en el sureste (Arribas y Molina, 1984: 73).

Los Leisner establecieron una secuencia diacrónica de las primeras arquitecturas de clara génesis neolítica (Leisner 1943, 1956, 1959). En el área occidental de la Península Ibérica, defendieron que los primeros dólmenes surgieron en una cronología del Neolítico Antiguo Evolucionado, entre el 4500-4000 ANE, tratándose de arquitecturas de cámaras sencillas o pequeñas antas, creándose a partir de estas primeras construcciones funerarias dos tradiciones regionales: los dólmenes de cámara alargada o dólmenes de galería en Andalucía occidental y los sepulcros de corredor con cámara poligonal de siete ortostatos en el sur de Portugal (Leisner y Leisner, 1951a; Cerdán et al., 1952: 52; Leisner y Leisner, 1956). En el sudeste peninsular, se planteó la existencia de unos primeros monumentos funerarios surgidos en la segunda mitad del V milenio, conocidos como *rundgräber* (Leisner y Leisner, 1943), siendo sepulcros de cámaras circulares de mampostería que forjaron una tradición arquitectónica regional que desembocaría en el torno al 3000 ANE en los sepulcros de falsa cúpula (Guilaine, 1996: 136-137; Cámara Serrano, 2001: 60).

Superados los enfoques de estudio centrados en la génesis del megalitismo en la Península Ibérica se proponen otras lecturas de las secuencias diacrónicas desde fines de la década de 1970. Ante la carencia de dataciones radiocarbónicas y por el estudio tipológico de los ajuares la mayoría de las investigaciones de las dos últimas décadas del siglo XX sostuvieron que la eclosión del megalitismo del sur peninsular se produjo durante el Neolítico Final y fundamentalmente con el inicio del Calcolítico, en la transición del IV al III milenios ANE, coincidiendo con el inicio de la metalurgia del cobre, siendo el momento de mayor apogeo el III milenio ANE. Adicionalmente, se planteaba una continuidad y una prolongación a lo largo de la Edad del Bronce mediante la reutilización funeraria y votiva, a tenor de las evidencias del registro arqueológico, constatándose además una reocupación de los espacios sepulcrales en periodos concretos del Bronce Final y Edad del Hierro. Con esto, hasta hace pocas décadas el megalitismo de Andalucía se ha considerado por gran parte de los investigadores como un fenómeno circunscrito, cronológica y culturalmente, predominantemente a la Edad del Cobre, siendo el Calcolítico la fase de mayor apogeo (Ferrer Palma, 1982: 130, 132; Ferrer Palma, 1995: 72-73; Cabrero, 1982, 1985; Cruz-Auñón, 1983-84; Rivero, 1988: 26; Acosta, 1995: 71; Martín de la Cruz, et al. 2000: 248).

Para Andalucía occidental, Rosario Cabrero (1982, 1985) realizó un estudio tipológico y clasificación de los monumentos funerarios, que ha permanecido en vigor hasta momentos recientes, según la que se distinguen seis tipos básicos de sepulcros calcolíticos (Figura 5.50):

- Tipo I. Cista megalítica.
- Tipo II. Galería cubierta.
- Tipo III. Sepulcro de corredor.
- Tipo IV. *Tholos*.
- Tipo V. Cueva artificial.
- Tipo VI. Cueva natural.

Los cinco primeros formaban un gran grupo de monumentos contruidos artificialmente (cista megalítica, galería cubierta, sepulcro de corredor, “*tholos*” y cueva artificial), en los que se evidenciaron dos técnicas constructivas básicas: a) arquitecturas pétreas en vertical con sistema adintelado (ortostatos y losas de cubierta) o abovedado (*tholoi*); b) construcciones excavadas parcial o totalmente en el terreno (sepulcros de falsa cúpula e hipogeos). Los enterramientos en cuevas naturales se denominaron como sepulcros de formación natural (Cabrero 1985: 209). Del mismo modo, advirtió que en Andalucía occidental la forma arquitectónica predominante y más característica era sepulcro de galería cubierta, a pesar de que son más numerosas las cuevas artificiales (Cabrero García, 1985: 238).

A pesar de estos avances en la investigación en las últimas décadas, el establecimiento de una secuencia diacrónica del megalitismo en el territorio andaluz y del sur de Extremadura es una tarea muy complicada, por varios motivos. El primero, obedece a la escasez de las excavaciones arqueológicas sistemáticas centradas en la exploración de los proyectos arquitectónicos y en el establecimiento de las cronologías de los monumentos. El segundo factor, deviene por un número muy exiguo de dataciones radiocarbónicas disponibles, contándose con algo más de un centenar de fechas absolutas obtenidas sobre muestras de carbón vegetal y huesos humanos para este extenso ámbito territorial, procedentes de diferentes formas de arquitecturas funerarias: dólmenes, *tholoi*, hipogeos o cuevas artificiales (Linares Catela y García Sanjuán, 2010; García Sanjuán et al., 2011). El tercero, se concreta en la escasez de sitios en los que se haya realizado más de dos o tres dataciones radiocarbónicas que permitan establecer la temporalidad integral de un monumento, a excepción de los estudios recientes del *tholos* 11 de El Barranquete, en los que se ha realizado 12 dataciones sobre restos óseos humanos (Aranda Jiménez y Lozano Medina, 2014), y el *tholos* de Montelirio (Bayliss et al., 2016), en donde se ha efectuado 22 dataciones sobre hueso humano, que han permitido establecer la secuencia completa de la actividad funeraria en estos dos monumentos mediante la aplicación de modelos estadísticos bayesiano. El cuarto, por la realización de estudios centrados predominantemente en el establecimiento de secuencias regionales generales a partir del estudio comparativo de las cronologías de los diversos modelos constructivos funerarios, en los que se establecen fases globales del megalitismo (García Sanjuán et al., 2011). El quinto factor, puede corresponderse con la escasez de estudios centrados en la temporalidad de un modelo arquitectónico específico en este ámbito territorial, contando como único caso la reciente aportación sobre los sepulcros de falsa cúpula, estableciendo su secuencia diacrónica a partir de los modelados bayesianos (Lozano Medina y Aranda Jiménez, 2017).

Por todo ello, en este ámbito territorial, resulta muy complicado establecer una secuencia arquitectónica regional sólida y determinar la temporalidad de aparición y construcción de los diferentes modelos arquitectónicos, en especial de los dólmenes. En Andalucía occidental, son escasas las dataciones que permitan fijar una cronología rotunda de inicio de los primeros monumentos funerarios (dólmenes de cámara sencilla y alargada) en las primeras centurias del IV milenio ANE, e incluso del desarrollo de las galerías cubiertas desde mediados del IV milenio ANE, dado que la mayoría de los sitios datados han arrojado cronologías del III milenio ANE, correspondiéndose con los momentos de uso y reutilización funerarias de estos monumentos (Linares Catela y García Sanjuán, 2010: 144-146; García Sanjuán et al., 2011: 152). En Andalucía oriental, además no se cuenta con ninguna datación radiocarbónica que permita determinar que los *rundgräber* fuesen el modelo arquitectónico neolítico más antiguo, ni establecer la cronología de los dólmenes de corredor (Cámara Serrano y Molina, 2015: 606). De forma contraria, se cuenta con mejores contextos y evidencias cronológicas para los hipogeos y sepulcros de falsa cúpula, atestiguándose la aparición de los primeros hipogeos en el último tercio del IV milenio y la consolidación de los *tholoi* a inicios del III milenio ANE (Lozano Medina y

Aranda Jiménez, 2017), siendo construcciones que perduraron como sepulturas colectivas a lo largo de la Edad del Cobre.

El análisis de las dataciones radiocarbónicas disponibles ha posibilitado a un conjunto de investigadores plantear una secuencia del megalitismo de este ámbito territorial estructurada en tres fases cronológicas, comprendiendo un gran marco temporal: c. 4500-500 cal ANE. En cada fase se encuadra los distintos tipos de monumentos, correspondiéndose *grossa modo* con las etapas convencionales de la Prehistoria Reciente en la que se sucedieron las diferentes formas de organización social (García Sanjuán, 2006; García Sanjuán et al., 2011). Los límites temporales de cada fase se han establecido por las secuencias de dataciones de los monumentos del sur peninsular, procedentes de los contextos de construcción, depósitos mortuorios (colectivos e individuales) de los espacios sepulcrales y episodios de reutilización (García Sanjuán et al., 2011: 152). Estas fases que representan a los distintos megalitismos son:

- Fase 1: Tradición megalítica antigua (c. 4500-3300 cal ANE), donde se desarrollaron las fosas con estructuras tumulares, monumentos funerarios dolménicos (cámaras sencillas, cámaras alargadas, cámaras con corredor, galerías cubiertas) y los enterramientos en cuevas.
- Fase 2: Segunda tradición megalítica (c. 3300-2200 cal ANE), en la que surgieron los hipogeos y sepulcros de falsa cúpula, además de constatarse la continuidad constructiva y uso funerario de dólmenes.
- Fase 3: Tradición megalítica tardía (c. 2200-500 cal ANE), caracterizada por la presencia de estructuras y deposiciones funerarias colectivas con patrones megalíticos, así como por la reiterada reutilización de los monumentos.

5.4.2.2.3. Fase 1: tradición megalítica antigua (4500-3300 cal ANE)

La fase 1, denominada como tradición megalítica antigua (c. 4500-3300 cal ANE), se corresponde con las últimas centurias de Neolítico Medio y el Neolítico Reciente. En esta etapa engloban un conjunto de monumentos megalíticos caracterizados por “la monumentalización de determinados espacios mediante el uso de grandes piedras y su utilización como lugares de conmemoración funeraria y religiosa” (García Sanjuán et al., 2011: 147). Se plantea que estas sociedades agrarias del suroeste, al igual que las de otras zonas de Europa occidental, contaban con los suficientes recursos técnicos, tiempo y capacidad de organización para erigir grandes monumentos en piedras, dedicadas a la gloria y tributo de los ancestros, funcionando como elementos de reproducción ideológica y de vertebración del orden natural y social (García Sanjuán, 2006: 152).

De acuerdo con la secuencia diacrónica tradicional y con los resultados de las dataciones radiocarbónicas, las arquitecturas y estructuras megalíticas de esta primera fase aparecerían y se sucederían temporalmente en dos grandes bloques temporales:

- Emergencia de los primeros monumentos megalíticos y de una serie de arquitecturas funerarias c. 4500/4300-3700 ANE, que desarrollaron de forma coetánea: necrópolis de fosas con estructuras tumulares (Vijande, 2009; Ramos Muñoz, et al. 2013; Vijande et al., 2015; Fernández Rodríguez et al., 2014-2015), sepulturas proto-megalíticas, caso de los *rundgräber* (Leisner y Leisner, 1943; Guilaine, 1996), dólmenes de cámara sencilla, e incluso los primeros dólmenes de cámara alargada, a tenor de las dataciones del monumento de Alberite (Ramos Muñoz y Giles, 1996).
- Construcción, entre el 3700-3300 cal ANE, de determinadas formas arquitectónicas destinadas a un uso funerario colectivo: dólmenes de cámara alargada, caso del monumento de Menga (García Sanjuán, 2009), dólmenes de corredor, como se apunta para el monumento de Viera (Ferrer Palma, 1997; Aranda Jiménez et al., 2013), y los dólmenes de “galería cubierta”, cuya construcción sería más extendida en la segunda mitad del IV milenio ANE (García Sanjuán et al., 2011: 145). Del mismo modo, se constata la recurrencia de enterramientos colectivos en cuevas sepulcrales en las serranías de formaciones kársticas de las Sierras Subbéticas (Martínez Sánchez et al., 2014; Vera Rodríguez, 2014). A mediados del IV milenio, hubieron de construirse los primeros hipogeos, de forma paralela, a las cuevas artificiales de las regiones portuguesa del Bajo Alentejo, Algarve occidental e incluso de la península de Lisboa (Boaventura, 2011: 181; Boaventura y Mataloto, 2013: 85, 91-92; Valera, 2013: 41). No obstante, los resultados radiocarbónicos más antiguos pertenecen a la tumba 2 de la necrópolis Paraje de Monte Bajo, concentrándose las dos fechas en el último tercio del IV milenio cal ANE (Lazarich et al., 2010: 319; 2011: 561-562, 2015: 577).

Fosas con estructuras tumulares (4300-3700 cal ANE)

Las necrópolis de fosas con lajas o cubriciones pétreas podrían considerarse como una de las formas proto-megalíticas iniciales, pudiendo compartir algunos elementos comunes con los primeros monumentos funerarios contruidos en piedra, siendo coetáneos. Al respecto, en Andalucía, se cuenta con la necrópolis de Campo de Hockey (San Fernando), ubicada en la bahía gaditana, que se encuentra asociada a un área habitacional compuesta por dos fondos de cabaña y cinco pozos de almacenamiento de fines del V a inicios del IV milenio cal ANE (Vijande, 2009, 2010; Ramos Muñoz et al., 2013: 90-92)

En esta necrópolis se ha constatado la presencia de varios tipos de estructuras funerarias negativas (Vijande, 2009: 274). De forma general se distinguen dos grandes grupos de tumbas:

- 1) Fosas simples excavadas en el sustrato, que pueden tener elementos pétreos asociados, distinguiéndose entre: a) fosas simples excavadas en el sustrato; b) fosas con lajas (estelas), recostadas contra las paredes con un ángulo de inclinación de 45° y sobresaliendo, funcionando como elementos de señalización de las tumbas; c) fosas con lajas de cubrición; d) fosas revestidas por lajas verticales (cistas).
- 2) Fosas circulares provistas de estructuras tumulares, que cuentan con mayor visualidad y monumentalidad, distinguiendo entre: a) fosas con lajas de cubrición de pequeño y mediano tamaño; b) fosa circular de dos metros de diámetro y 1 m de profundidad con cubrición tumular, formada por lajas de mediano tamaño y gran tamaño, delimitado por un foso perimetral de 1,15 de anchura y 10 m de diámetro (tumba 11).

La estructura de mayor monumentalidad constructiva es la tumba 11, habiéndose enterrado dos individuos con un ajuar distintivo, destacando los pendientes o colgantes de ámbar rojo, un hacha pulimentada de sillimanita y un recipiente cerámico (Vijande et al., 2015: 9, 11, 12). En torno a esta estructura principal se dispusieron enterramientos individuales, conformando un área funeraria con patrones espaciales similares a las arquitecturas funerarias en piedra (Figura 5.51). Las estructuras estaban destinadas a enterramientos individuales (78 tumbas), aunque en algunos casos se han documentado deposiciones dobles (tres tumbas) o triples (dos tumbas), constatándose la presencia de 80 individuos que preservaban la conexión anatómica (Vijande, 2009: 274). Se colocaron conforme a un ritual funerario recurrente, siendo depositados los individuos en decúbito lateral, recostados sobre un lateral, con el cuerpo en posición fetal y con la manos a la altura del tórax o bajo la cabeza, acompañados de artefactos líticos tallados de reducido tamaño (raspadores, buriles, taladros, láminas de bore abatido, armaduras de geométricos, entre otros), recipientes cerámicos (ollas, cuencos, vasos decorados), así como fauna marina diversa (Vijande, 2009: 274; Ramos et al., 2013: 90-91).

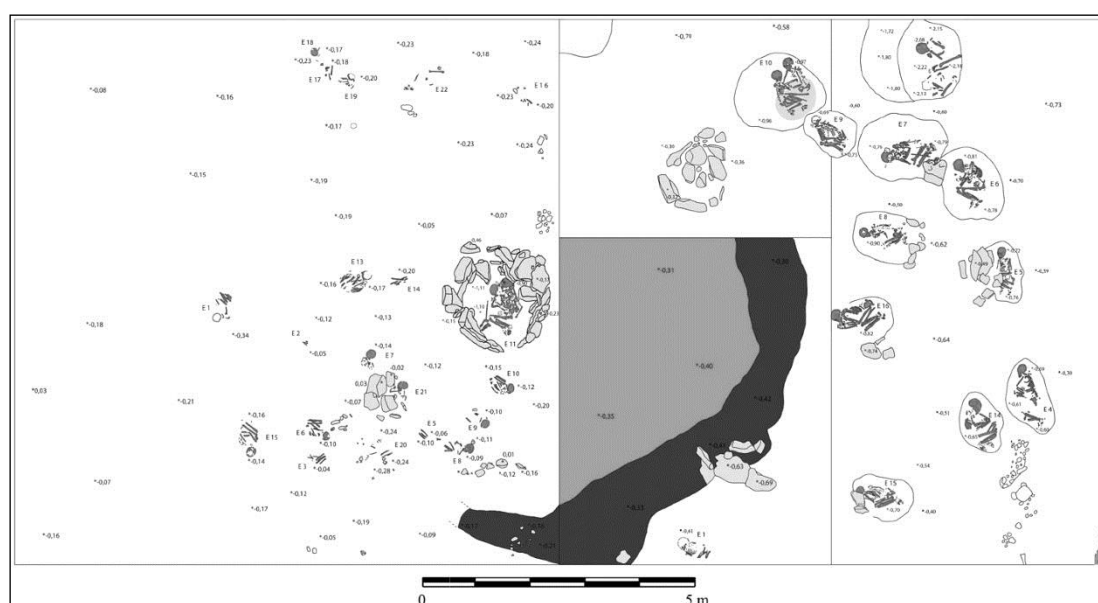


Figura 5.51. Necrópolis de Campo de Hockey (San Fernando, Cádiz). Tumba 11 en el centro (Vijande, 2009, figura 7).

Se han realizado cinco dataciones radiocarbónicas que sitúan el uso de la necrópolis entre las tres últimas centurias del V milenio y las dos primeras centurias del II milenio cal ANE, entre el 4250-3700 cal ANE. La datación más antigua, procede de un resto malacológico de la tumba 7, siendo una cista con lajas, que ha proporcionado una cronología de 5665 ± 50 BP: 4244-3983 cal ANE 2σ . Un resultado similar, se ha obtenido sobre un resto malacológico procedente de la tumba 11, siendo la construcción de mayor monumentalidad del grupo, arrojando un resultado de 5650 ± 40 BP: 4221-3990 cal ANE 2σ . De una fosa simple (Tumba 10), que contenía dos individuos depositado en su interior, se dató el resto óseo de un individuo dando un resultado de 5020 ± 50 BP: 3948-3708 cal ANE 2σ . Otra muestra datada sobre concha marina, procedente de una fosa circular del área doméstica ha proporcionado un resultado de 5485 ± 30 BP: 3983-3806 cal ANE 2σ . La última ha arrojado una cronometría del Bronce Pleno (Vijande, 2009: 273-274; Ramos Muñoz et al., 2013: 90; Vijande et al., 2015: 5).

En el asentamiento del Arroyo Saladillo (Antequera, Málaga), se ha documentado una la necrópolis de fosas del Neolítico Reciente, de fines del V milenio ANE a mediados del IV milenio ANE, destinadas a albergar enterramientos individuales colocados en decúbito lateral izquierdo y flexionados, algunos de ellos con ajuares específicos. Esta necrópolis destacan cuatro estructuras (S.90, S.94, S.95 y S.102), datadas a fines del V milenio cal ANE, tratándose de fosas provistas de losas de cubrición y túmulos circulares de entre 2-2,60 m de diámetro, formado por bloques de calcarenita, caliza, conglomerado y ofita, siendo definidas como construcciones pseudo-megalíticas (Fernández Rodríguez, 2014-2015: 40-44, 50).

Sepulturas proto-megalíticas

En el sureste de Andalucía, provincia de Almería, según el esquema tipológico tradicional las primeras construcciones funerarias en piedra conforman un conjunto de las sepulturas de cámaras simples y de ejecución técnica sencilla, que se han encuadrado en el Neolítico Medio-Reciente, correspondiente a una fase antigua de la Cultura de Almería, en una cronología que se desarrollaría desde fines del V milenio a inicios del IV milenio; aunque por el momento no se dispone de dataciones radiocarbónicas que permita fijar su temporalidad (Cámara Serrano y Molina, 2015: 606). Estas primeras construcciones en piedra se presentarían de forma paralela a los enterramientos en cuevas naturales y en fosas, caso de Cerro Virtud (Montero Ruiz et al., 1996, 1999).

Desde el punto de vista formal, dentro de los denominados *rundgräber*, se distinguen dos formas arquitectónicas (Figura 5.52):

- Cámaras circulares de muros de mampostería seca y techumbre plana, sin corredor, excavadas en el sustrato, denominados *rundgräber* por los Leisner (1943), caso de los

grupos de Urracal (Loma del Jas), de la necrópolis de Purchena (Loma de la Atalaya 4, 8, 11 y 12), grupo de Zurgueña (Lomas de las Eras, Palacés 1 y 2), La Lámpara 1 y 2, Jautón 2, estando asociadas a poblados estables, caso de Las Churuletas. Su construcción y uso se propone a inicios del IV milenio ANE (Guilaine, 1996: 136-137; Cámara Serrano, 2001: 59; Molina y Cámara Serrano, 2009: 40).

- Cistas rectangulares y poligonales cerradas, compuestas por losas pétreas, construidas dentro de estructuras tumulares circulares, siendo frecuentes en la comarca de los Vélez.

Estos sepulcros, tanto las cistas como las cámaras circulares (*rundgräber*), han sido encuadrados dentro de los sepulcros proto-megalíticos del conjunto de arquitecturas "pre-megalíticas" del Mediterráneo occidental, al encontrarse vínculos formales, características constructivas, uso y similitudes en la composición con los ajuares mobiliarios de las estructuras (Guilaine, 1996: 136-137). Estas arquitecturas se presentan en Cerdeña, Languedoc y Cataluña, constatándose modelos arquitectónicos semejantes a los del sureste peninsular: cofres dentro de túmulos, cistas tumulares, tumbas con círculos de piedras, fosas circulares con cubriciones tumulares, entre otros, planteándose que su funcionalidad estaba destinada al enterramiento individual. Estas sepulturas se encuadra cronológicamente en el V milenio cal ANE e inicios del IV milenio cal ANE, cuya emergencia se asocia a la aparición de individuos de un estatus social privilegiado (Guilaine, 1996: 124; Guilaine, 1998).

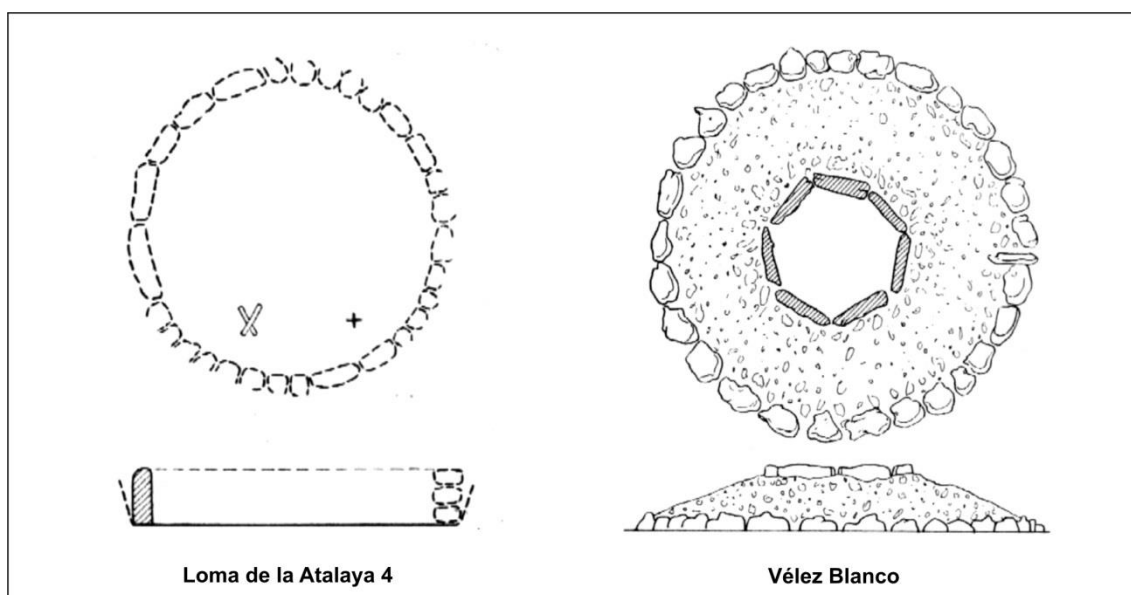


Figura 5.52. Sepulturas proto-megalíticas de Almería: *rundgräber* (Leisner y Leisner, 1943, Tafel, 1, 2; Tafel 2, 3)

Dólmenes de cámara sencilla

Tradicionalmente los dólmenes de cámara sencilla de Andalucía se han considerado como las arquitecturas funerarias más antiguas, al igual que se ha puesto de manifiesto en el resto de las regiones analizadas de la Península Ibérica. Estas construcciones son más comunes en Andalucía occidental, donde se presentan cámaras de tamaño reducido de formas poligonales, trapezoidales, rectangulares u ovaladas, erigidas dentro de túmulos circulares u ovales que pueden estar contenidos y delimitados por anillos peristálticos. De esta forma arquitectónica no se posee ninguna datación radiocarbónica que posibilite, por el momento, fijar una cronología de aparición y desarrollo de este modelo arquitectónico. De forma convencional, se ha propuesto que estas arquitecturas se erigieron desde las fases finales del Neolítico Medio y durante los primeros momentos del Neolítico Reciente, en una cronología relativa probable c. 4500/4300-3700/3500 ANE, a tenor de los ajuares materiales que contienen (armaduras de geométricos, láminas sin retocar, hachas y azuelas pulimentadas, cerámicas lisas o con terminaciones a la almagra), formas arquitectónicas, técnicas constructivas básicas y por los paralelos formales con construcciones similares en las regiones occidentales de la Península Ibérica.

Estas arquitecturas fueron denominadas por los Leisner como pequeños dólmenes de cámara única, caracterizadas por ser construcciones ortostáticas de planta de tendencia trapezoidal, con un espacio interno a modo de pequeñas galerías sin vestíbulo externo ni elementos de separación o segmentación en el espacio interior (Leisner y Leisner, 1956: 62). Estas construcciones son recurrentes en los ámbitos de Sierra Morena, documentándose en las provincias de Huelva, Sevilla y Córdoba, así como en las áreas de piedemonte y sierras de las provincias de Cádiz y Málaga, distribuyéndose en grupos o necrópolis de gran desarrollo territorial. Los dólmenes de cámara sencilla de la provincia de Córdoba se han documentado Valle del Guadiato y en la comarca de Los Pedroches. En el Alto Valle del Guadiato destaca la necrópolis Obatón (Fuente Obejuna), estando compuestas de sepulcros con cámaras ovaladas o trapezoidales (Leisner y Leisner, 1943, Tafel 54; Gavilán y Vera Rodríguez, 1994; Vera Rodríguez, 1995). En Los Pedroches, destaca la necrópolis de El Rongil (Villanueva de Córdoba) formada por tres pequeñas galerías cubiertas trapezoidales de 2-2,5 m de longitud construidas dentro de túmulos circulares de 9-12 m de diámetro, en torno a la que se ha documentado un gran menhir de granito (Marfil Lopera, 1997; Vera Rodríguez y Martínez, 2008; Gutiérrez, 2011). En las provincias de Cádiz y Málaga, se presentan igualmente dólmenes de cámara sencilla de diversas morfologías en las zonas de piedemonte y serranía, destacando el monumento de Cerro de la Corona (Totalán, Málaga), que presenta un cámara trapezoidal de 4 m de longitud, excavada parcialmente en la roca (Recio et al., 1998).

En el área del Andévalo y Sierra de la provincia de Huelva, se han distinguido varios modelos arquitectónicos, que han sido denominados de formas diversas, pudiendo discriminarse dos grandes grupos: cistas megalíticas y sepulcros de cámaras sencillas (Figura 5.53).

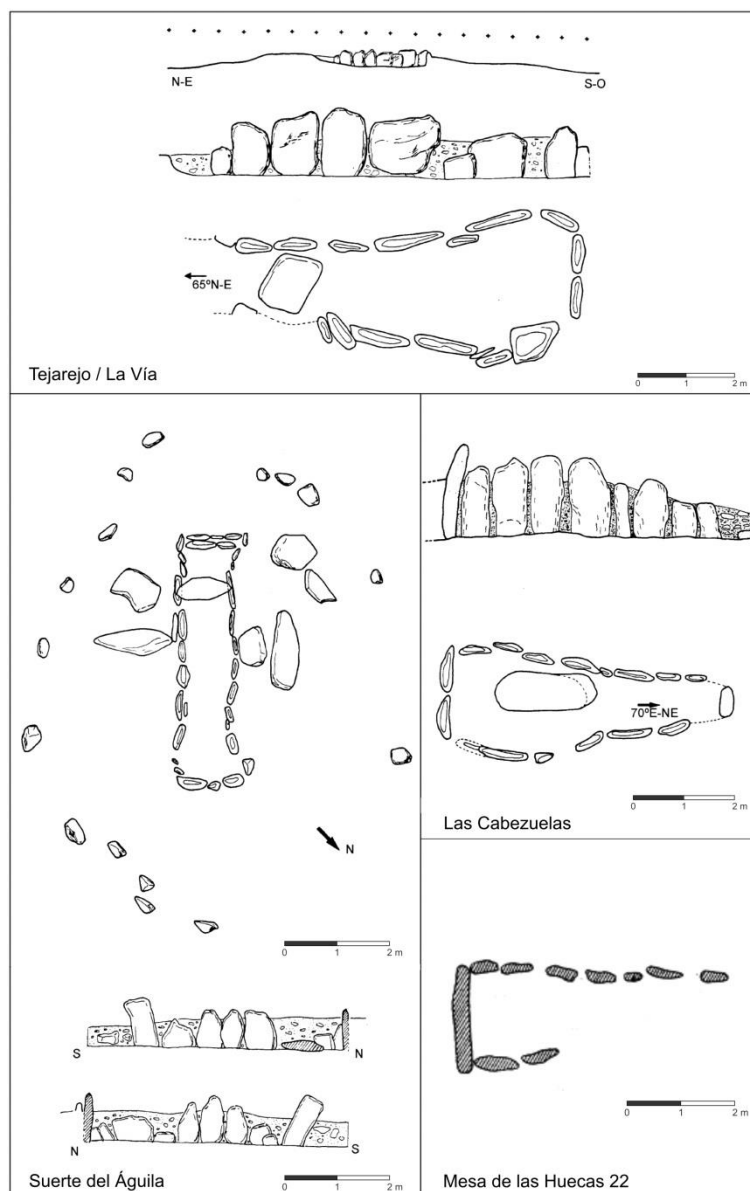


Figura. 5.53. Dólmenes de cámara sencilla de la provincia de Huelva (a partir de Piñón Varela, 2004, figura 104; Cerdán et al., 1952, Lámina VII, 2).

Las cistas megalíticas, se conforman como estructuras constituidas por pequeños ortostatos yuxtapuestos que delimitan un espacio rectangular, provistas de cubierta adintelada, distinguiendo dos subtipos: a) cistas rectangulares abiertas o cerradas, de pequeño tamaño, contenidas dentro de túmulos circulares de 7-8 m de diámetro; b) cistas rectangulares alargadas abiertas dentro túmulos circulares u ovals de hasta 10 m de diámetro, delimitados por anillos peristálticos, con orientación de los ejes axiales este-oeste, caso de Suerte del Águila/Barranco de Guadiana, necrópolis de Cortegana y necrópolis de Monteperro en Cortegana, Loma del Calvario, dolmen de Villablanca, entre otros. Los sepulcros de cámara sencilla, se han denominado indistintamente como pequeños dólmenes de galería y cámara única (Cerdán y Leisner, 1952: 54-55), galerías cubiertas de cámara de tendencia trapezoidal sin otros elementos (Cabrero, 1982, 1985), y sepulcros de corredor en "V" de espacio no diferenciado (Piñón Varela, 1986b, 1986c, 1987, 2004: 809-812). Son construcciones con cámaras de plantas de tendencia

trapezoidal, formadas por paredes ortostáticas de incremento progresivo de las alturas hasta la cabecera, compuesta generalmente por una única losa y techumbre adintelada. Las cámaras presentan su eje axial dominante este-oeste, aunque también se presentan en dirección noroeste-sureste y noreste-suroeste, por lo que sus accesos están orientados hacia posiciones diferentes respecto a los ortos solares. Su longitud media ronda los 5 m y su anchura máxima en el área de cabecera o próximo a ella entre 1-1,5 m, configurando un espacio interno alargado. Están contenidas dentro de túmulos circulares u ovales de 10-12 m de diámetro, caso de Los Gabrieles 2 y 5, El Pozuelo 8, Mesa de las Huecas 22, El Tejarejo/La Vía, Las Cabezuelas, Rocalero 1 y 2, entre otros muchos monumentos. Algunas de ellas presentan, por sus reducidas dimensiones, un aspecto cistoide.

Dólmenes de cámara alargada/dólmenes de galería (3800-3000 cal ANE)

Los dólmenes de cámara alargada y las “galerías cubiertas” son las arquitecturas funerarias más características y representativas del megalitismo de Andalucía occidental (Leisner y Leisner, 1956: 11; Ferrer Palma, 1982: 123; Cabrero, 1985: 238; Piñón Varela, 1987, 2004; Bueno et al., 2004d: 36; Aguayo y García Sanjuán, 2006: 457; entre otros). Estos modelos arquitectónicos, a tenor de las dataciones radiocarbónicas, se originaron y gestaron de manera arrítmica y asincrónica en el territorio andaluz. Los primeros monumentos de cámara alargada aparecieron en el tramo final del Neolítico Tardío, c. 3800/3700-3300 cal ANE (García Sanjuán et al. 2011: 145-146), como testimonian las dataciones de los dólmenes de Alberite (Ramos Muñoz et al., 1996: 183-186, 359), Menga (García Sanjuán, 2009: 19; García Sanjuán y Lozano, 2014: 5) y El Palomar (Cabrero et al. 1997: 136). Durante el Neolítico Final, c. 3600/3500-3400-3300 cal ANE, se asistirá a la presencia de las galerías cubiertas en la mayoría de los ámbitos territoriales de Andalucía, caso de Sierra Morena (Cabrero, 1985), Serranías Béticas de las provincias de Málaga y Cádiz (Ferrer Palma, 1986, 1987; Aguayo, 1995; Márquez Romero, 2000; Gutiérrez López, 2003), zonas de piedemonte y valle del Guadalquivir. Las dataciones de dólmenes de galería cubierta en el último tercio del IV milenio cal ANE, caso de Cuesta de Los Almendrillos (Alozaina, Málaga), con una fecha de 3330-3020 cal ANE 2σ (Fernández Ruiz y Márquez Romero, 2001: 77) y El Casullo (Berrocal, Huelva), con una cronología de 3332-3020 cal ANE 2σ (Linares Catela y García Sanjuán, 2010: 140, 143), atestiguan la implantación territorial y la consolidación como principal modelo arquitectónico ortostático funerario.

En el área de Huelva los dólmenes de cámara alargada y las galerías cubiertas suelen agruparse en necrópolis, pudiendo concentrarse en grupos muy compactos y focalizados en un ámbito espacial acotado, caso de la necrópolis de Soto, Los Gabrieles, Rocalero, o distribuyéndose de forma más extensiva, ocupando valles y zonas territoriales más amplias, organizándose en torno a los cursos de agua tributarios del río Tinto en la comarca del Andévalo oriental, caso de El Gallego-Hornueco y El Villar, o en torno la rivera de Huelva, en la Sierra de Huelva, caso de la necrópolis de Monte Acosta. En la comarca del Andévalo oriental y Tierra Llana estos conjuntos coexistieron temporalmente con otras arquitecturas, caso de los dólmenes de cámaras duales y

cámaras múltiples de los conjuntos de El Pozuelo, Las Huecas, Los Gabrieles, El Labradillo, etc. En la zona del Andévalo oriental se constata la permanencia del uso de los conjuntos dolménicos con cámaras alargadas o galerías cubiertas durante el III milenio ANE, como evidencian las dataciones radiocarbónicas obtenidas en varios dólmenes de la necrópolis de El Villar: La Venta y La Paloma (Nocete et al., 2004), y en dos monumentos del conjunto de El Gallego-Hornueco: Puerto de los Huertos y El Casullo (Linares Catela y García Sanjuán, 2010), testimoniando una actividad funeraria y el desarrollo de prácticas rituales de deposición en las áreas externas e internas de estos monumentos c. 2900-2500 cal ANE, e incluso su reutilización en la segunda mitad del III milenio, c. 2500-2200 cal ANE, tanto de los espacios sepulcrales internos, caso de Los Gabrieles 4 (Linares Catela, 2006, 2010b), como de las áreas externas, caso del dolmen de Soto (Nocete et al., 2011).

Con esto, es probable sostener la continuidad de los dólmenes de cámaras alargadas/galerías cubiertas como arquitecturas funerarias en el III milenio ANE, manifiesta en todas las áreas de Andalucía. Ello, habría que interpretarlo en una doble dirección complementaria: a) como el mantenimiento de una tradición constructiva a escala local o regional, heredada del IV milenio ANE, arraigada en la identidad cultural de los grupos sociales; b) por la reconstrucción y la reformulación de estas arquitecturas, acordes a los nuevos esquemas sociales e ideología funeraria de las comunidades de la Edad del Cobre, llevándose a cabo transformaciones estructurales y remodelaciones espaciales en estos monumentos (Linares Catela, 2011a, 2011b, 2016).

Estos monumentos se han caracterizado por la forma alargada de las cámaras megalíticas y por su espacio interno continuo o poco diferenciado (Leisner y Leisner, 1956; Ferrer Palma, 1982: 123; Cabrero, 1982, 1985: 238-239; Cruz Auñón, 1983-1984; Piñón Varela, 1986b: 83, 1986c: 110, 1987: 52, 2004: 802, 809). Tanto los dólmenes de cámara alargada como en las galerías cubiertas se identifican por su conformación como construcciones ortostáticas internas en los que predomina el eje longitudinal por encima de la anchura, estando contenidas dentro de túmulos circulares u ovales. Estos monumentos están formados por paramentos ortostáticos ejecutados por diferentes fábricas que, generalmente, presentan un incremento gradual de altura desde los accesos hacia las cabeceras, conseguido mediante el incremento gradual de la altura de los soportes, pudiendo tener suelos nivelados o en rampa descendente. Presentan techumbres adinteladas compuestas por losas transversales que apoyan sobre los ortostatos y sobre el túmulo. Generalmente, estas arquitecturas cuentan con estructuras alargadas longitudinales, pudiendo desarrollarse las galerías en múltiples variantes de formas trapezoidales, rectangulares e incluso seudopoligonales, tendentes a la simetría de los paramentos laterales y estando conformadas por una o dos losas de cabecera. No obstante, también se presentan estructuras ortostáticas con morfologías angulares o en codo, contando con un tramo (corredor) desalineado respecto al eje axial de la cámara: las galerías acodadas, caso de Los Gabrieles 4 y 6 (Cabrero, 1978, 1986).

Tradicionalmente se ha puesto de relieve que el espacio interno de estas construcciones se caracteriza por su continuidad e inexistencia de sectores, no existiendo elementos físicos o cambios sustanciales en la geometría y formas de las galerías que permitan delimitar e identificar partes o secciones estructurales. No obstante, en la mayoría de estos monumentos existieron múltiples fórmulas constructivas y espaciales encaminadas a la diferenciación y división de sectores internos, como se analizará más detenidamente en el bloque de síntesis (capítulo 10). De forma genérica destacamos un conjunto de elementos evidenciados en los monumentos de cámaras alargadas:

- a) Soportes perpendiculares adosados a las paredes y losas transversales, que se colocaron para segmentar los espacios y para crear sectores internos delimitados físicamente, caso de los vestíbulos y antecámaras, siendo una solución constructiva recurrente, como ya pusieron de manifiesto los Leisner a través del estudio de los dólmenes de La Casilla, Soto I y El Pozuelo 4, (Leisner y Leisner, 1956: 82, 99, Tafel 26).
- b) Cambio o inflexión en la anchura y altura del interior de las galerías megalíticas que coincide con la presencia de elementos verticales transversales, caso de los monumentos de Soto (Obermaier, 1924: 6) y Alberite (Ramos Muñoz y Giles, 1996: 87-91).
- c) Colocación de soportes verticales pareados junto a las paredes, conformando jambas de puertas o zonas de tránsito interna, caso del dolmen de Soto (Obermaier, 1924).
- d) Presencia de soportes verticales (estelas o pilares) junto a las paredes, conformando tramos, caso del dolmen de Soto (Obermaier, 1924), Alberite (Ramos Muñoz y Giles, 1996), El Juncal (Gutiérrez, 2007: 293), Las Rosas (Ramos Muñoz et al., 2013: 87), entre otros.
- e) Disposición de estelas en las áreas de cabecera, caso de los dólmenes de Puerto de los Huertos y El Casullo del conjunto del El Gallego-Hornueco (Linares Catela, 2010b: 225-226).
- f) Construcción de altares o estructuras de lajas verticales, que atestiguan la existencia de zonas destinadas a la deposición de ofrendas o depósitos funerarios secundarios, caso de Soto (Obermaier, 1924: 26), Los Gabrieles 4, donde se documentó una pila funeraria en el interior de la cámara (Cabreró, 1978: 93), El Casullo, donde se documentó un ídolo antropomorfo femenino de cerámica (Linares Catela, 2010b: 226), Santa Rita, cuya estructura rectangular de lajas contenía restos óseos seleccionados y objetos muebles (Inácio et al., 2010: 78-80, 82).
- g) El desarrollo de programas gráficos, con códigos asociativos de pinturas y grabados, concentrados en determinadas partes de las galerías, que propiciaron la demarcación simbólica de espacios y la exhibición de la ideología funeraria (Bueno et al., 2004d: 56; Bueno et al., 2013a: 36).
- h) Enterramientos, depósitos funerarios y ofrendas votivas concentradas o distribuidos en zonas específicas de algunos monumentos, como se ha puesto de manifiesto en el

dolmen de Soto (Obermaier, 1924: 20-22), o en Alberite, concentrados en el tramo de la cámara y especialmente en la célula terminal (Ramos Muñoz y Giles, 1996: 90-91).

Los dólmenes de cámara alargada / galerías cubiertas presentan dimensiones y morfologías diversas, realizándose diversas clasificaciones y tipologías a tenor de las distintas variables formales (Leisner y Leisner, 1956; Cabrero, 1982, 1985; Cruz-Auñón, 1983-1984; Piñón Varea, 1986, 1987, 2004). Tras la revisión de los cuadros tipológicos tradicionales y tras la observación detenida de la morfología, geometría y composición estructural de las estructuras internas de los monumentos ortostáticos alargados, sería factible la distinción de tres grandes categorías de dólmenes de cámaras alargadas / galerías cubiertas: monumentos con estructuras longitudinales simétricas, monumentos con estructuras longitudinales asimétricas, monumentos con estructuras acodadas.

Las plantas de los monumentos longitudinales simétricos o asimétricos son de formas trapezoidales alargadas, rectangulares alargadas, elípticas u ovaladas-alargadas. Estos monumentos se desarrollaron en tres escalas constructivas básicas: dólmenes con galerías inferiores a 10 m de longitud, dólmenes con galerías entre 10-15 m de longitud, dólmenes con galerías o construcciones internas de más 20 m de longitud, evidenciándose una multiplicación de elementos internos y pericia de las técnicas constructivas conforme al incremento del tamaño de los mimos.

Los dólmenes con galerías inferiores a 10 m de longitud (Figura 5.54), son los más comunes y predominantes en Andalucía, siendo mayoritarios en los ámbitos de piedemonte y serranías (Cabrero, 1985: 238-239), donde muchos cuentan con una longitud variable de entre 5-10 m, estando contenidos dentro de túmulos circulares con diámetros entre 10-15 m. Son los monumentos mayoritarios y más numerosos de Andalucía, siendo erigidos igualmente en zonas de campiña, caso del dolmen de La Sierrezuela (Posadas, Córdoba) (Lopera, 1993). Estos dólmenes se construyeron sobre la rasante del terreno, como es común en el área de Huelva (Cerdán et al. 1952; Cabreo, 1985, Piñón Varela, 2004, Linares Catela, 2011b), o en el interior de grandes zanjas excavadas en el terreno, siendo frecuentes en las áreas de piedemonte y serranías, caso de las áreas las Sierras de Grazalema y Ronda (Aguayo, 1995; Gutiérrez López, 2003, 2007), donde destacan las necrópolis de Encinas Borrachas y Las Angosturas en la Sierra de Ronda, o de la Axarquía, caso de la necrópolis de Las Chaperas en la Axarquía (Ferrer Palma, 1987; Márquez Romero, 2000). Se caracterizan por presentar plantas alargadas de tendencia trapezoidal, ovalado o rectangular alargado, con un espacio interior continuo, caso del dolmen de Cabezo de la Sepultura / Cumbres del Cano (Piñón Varela, 2004: 107-112) o Mascotejo (Linares Catela, 2010b, 2010c, 2011b), en la provincia de Huelva o, como es más frecuente, con elementos verticales internos que propician una división del espacio.

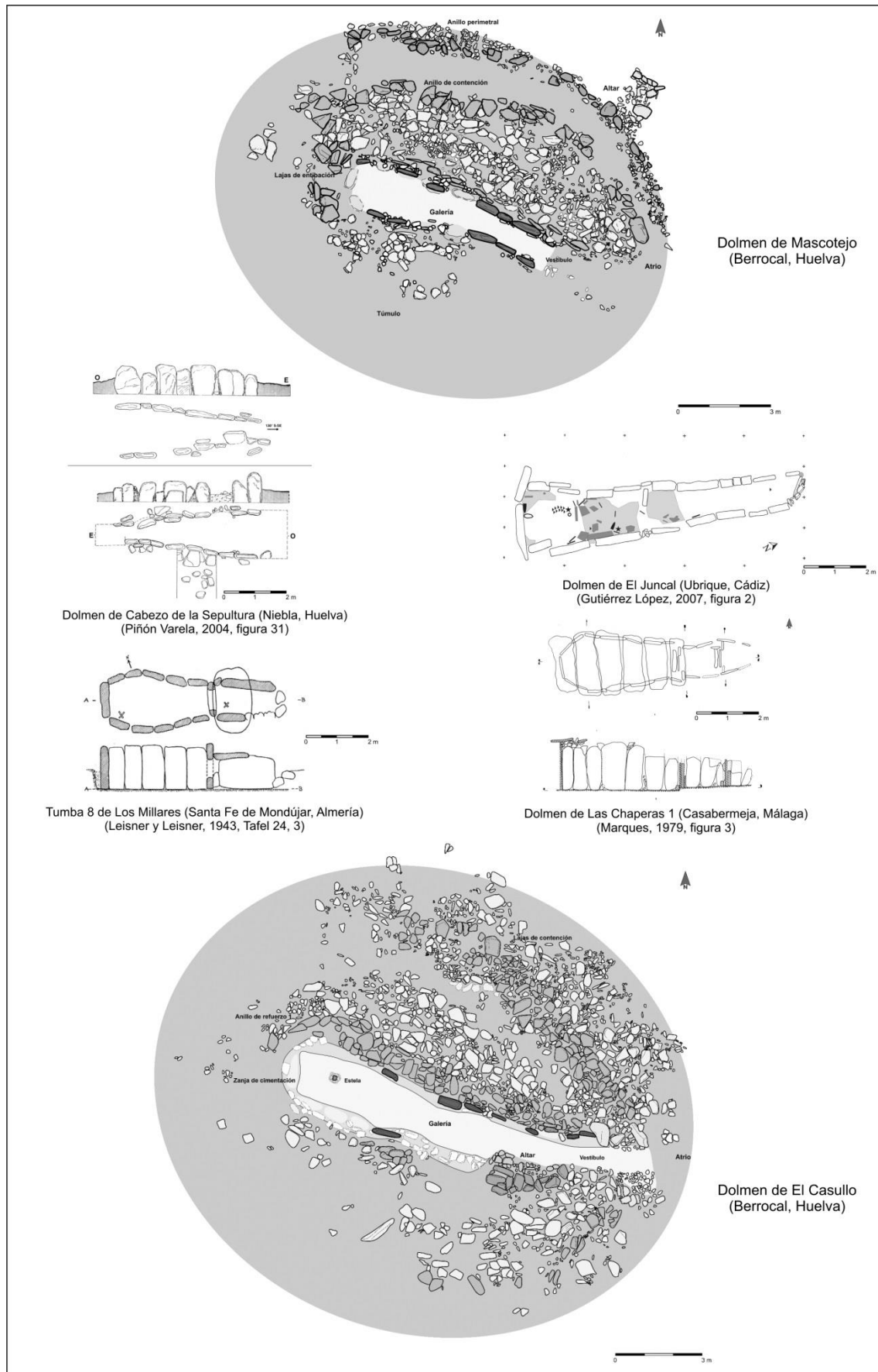


Figura 5.54. Dólmenes de cámara alargada y pequeñas galerías cubiertas de Andalucía: Mascotejo, Cabezo de la Sepultura, El Juncal, Los Millares 8, Las Chaperas 1 y El Casullo.

Esta segmentación se desarrolla bajo varias fórmulas: disposición de jambas laterales en los tramos finales, caso de los dólmenes de Juncal y las Rosas en la provincia de Cádiz, conformando células terminales o cámaras (Gutiérrez, 2007: 293; Ramos et al., 2013: 87); construcción de antecámaras cubiertas en los espacios de acceso, caso de la tumba 8 de Los Millares (Almería) (Leisner y Leisner, 1943, Tafel 24, 3); disposición de corredores cubiertos, caso de Anta das Cabeças (Arraiolos, Alentejo), de perfil más bajo (Leisner y Leisner, 1951b: 9-14), del sepulcro de Chaperas I (Casabermeja, Málaga), que posee un corredor cubierto segmentado en dos tramos por jambas laterales simétricas, que desemboca en una cámara ovalada alargada, presentando dos dispositivos de cierre dispuestos en los tramos de intersección entre las estructuras (Marqués, 1979: 114-116); la presencia de estelas dispuestas en el área de cabecera, en el eje axial, en las galerías de Puerto de los Huertos y El Casullo del conjunto de El Gallego-Hornueco (Berrocal-El Madroño, Huelva-Sevilla), donde se presentan monumentos circulares con túmulos de entre 10-15 m de diámetro y galerías cubiertas con ejes axiales es-oeste de entre 7-10 m de longitud, destacando el dolmen de Pico del Moro (Linares Catela, 2010b, c, d, 2011b; Linares Catela y García Sanjuán, 2010).

Los dólmenes con galerías de dimensiones medias se desarrollan con longitudes de entre 10-15 m, contando con túmulos circulares u ovales de 20-40 m de diámetro, caso de La Casilla, El Pozuelo 4, Soto II caracterizados por la presencia de soportes transversales y la distinción de sectores internos: corredores, antecámaras y cámaras. El monumento de La Casilla, perteneciente a la necrópolis de El Gandul (Alcalá de Guadaira, Sevilla), se construyó en un eje axial con orientación oeste-este, contando una galería de 15,20 m de longitud y de anchura variable (0,80 m en la entrada a 1,60 en la losa de cabecera), con presencia de una estela-jamba adosada al paramento sur en el tercio final, donde alcanza una altura de 1,70 m. Su entrada está orientada a 100° E. Está contenida dentro de un túmulo de 40 m de diámetro. En la misma necrópolis se presenta el dolmen de Cañada de Carrascal, de tamaño más reducido, en torno a 8,5 m de longitud, presentando dos jambas laterales que flaqueaban la entrada al sepulcro (Figura 5.55) (Leisner y Leisner, 1943, Tafel 62, 2, y Tafel 63).

Los grandes monumentos con construcciones internas superiores a 20 m de longitud, caso de Soto I, Alberite y Menga, se presentan dentro de túmulos superiores a dentro de túmulos de más de 50 m de diámetro. Son monumentos que contienen galerías o construcciones ortostáticas de marcada segmentación espacial dada la presencia de elementos y losas transversales verticales dispuestos junto a las paredes (Soto y Alberite) o pilares en el eje axial (Menga). El análisis detenido de estos monumentos se realizará en el capítulo 10. En este apartado, destacamos que la necrópolis de Soto estaba formada por cuatro galerías de diversos tamaños y escala constructiva. Destacando especialmente Soto I, pues representa el modelo clásico de la gran galería cubierta de Andalucía, determinando Hugo Obermaier (1924) las características arquitectónicas y técnicas constructivas básicas de este modelo. El dolmen de Soto II, situado a 250 m al noreste de Soto I, se encuentra prácticamente destruido en la actualidad (Figura 5.56).

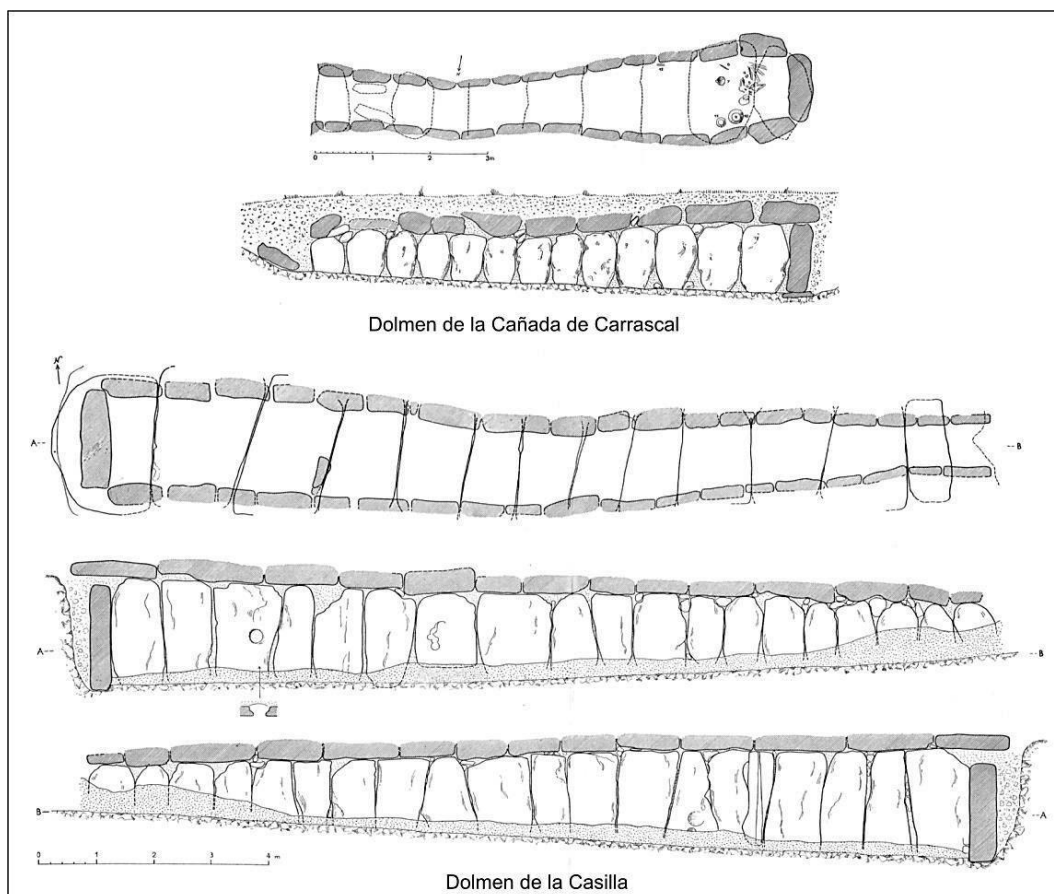


Figura 5.55. Dólmenes de galería cubierta de la Cañada de El Carrascal y La Casilla de la necrópolis de El Gandul (Alcalá de Guadaira, Sevilla). Plantas y secciones (Leisner y Leisner, 1943, Tafel 62, 2, y Tafel 63).

Soto II posee una estructura megalítica de 14 m de largo por 1,5 m de anchura en la entrada y 2,5 m en la cabecera, cuya losa estaba grabada (Obermaier, 1924: 27-29), estando contenido en un túmulo de más de 30 m de diámetro. Este soporte presenta grabada una figura humana sedente dotada de un hacha asociada a motivos serpentiformes, de similares características a la representada en la jamba derecha de entrada de Soto I (Bueno y Balbín, 1997: 158-160). En las excavaciones realizadas por Fernando Piñón Varela a inicios de la década de 1980 recuperó los restos óseos de entre 18-20 individuos enterrados, además de objetos mobiliarios que conformaban los ajuares calcolíticos, en su mayoría campaniformes: un brazal de arquero, una punta de lanza de cobre, seis láminas talladas, una hacha de piedra tallada y una punta de flecha (Piñón Varela, 2004: 239-255). Los enterramientos individuales efectuados en el interior ratifican la reutilización de este dolmen de galería en la segunda mitad del III milenio ANE, realizándose varias deposiciones funerarias encaminada a una práctica intencional de reapropiación del espacio arquitectónico ancestral, como es recurrente en la mayoría de los monumentos funerarios de Andalucía de diversas formas arquitectónicas.

Los dólmenes de galerías acodadas y los monumentos compuestos por varias cámaras dentro de un mismo túmulo, característicos de la comarca del Andévalo oriental y áreas periféricas, serán abordados de manera más detallada en el bloque de síntesis (capítulos 10 y 11), dado que son una de las problemáticas de investigación específicas de las tesis.

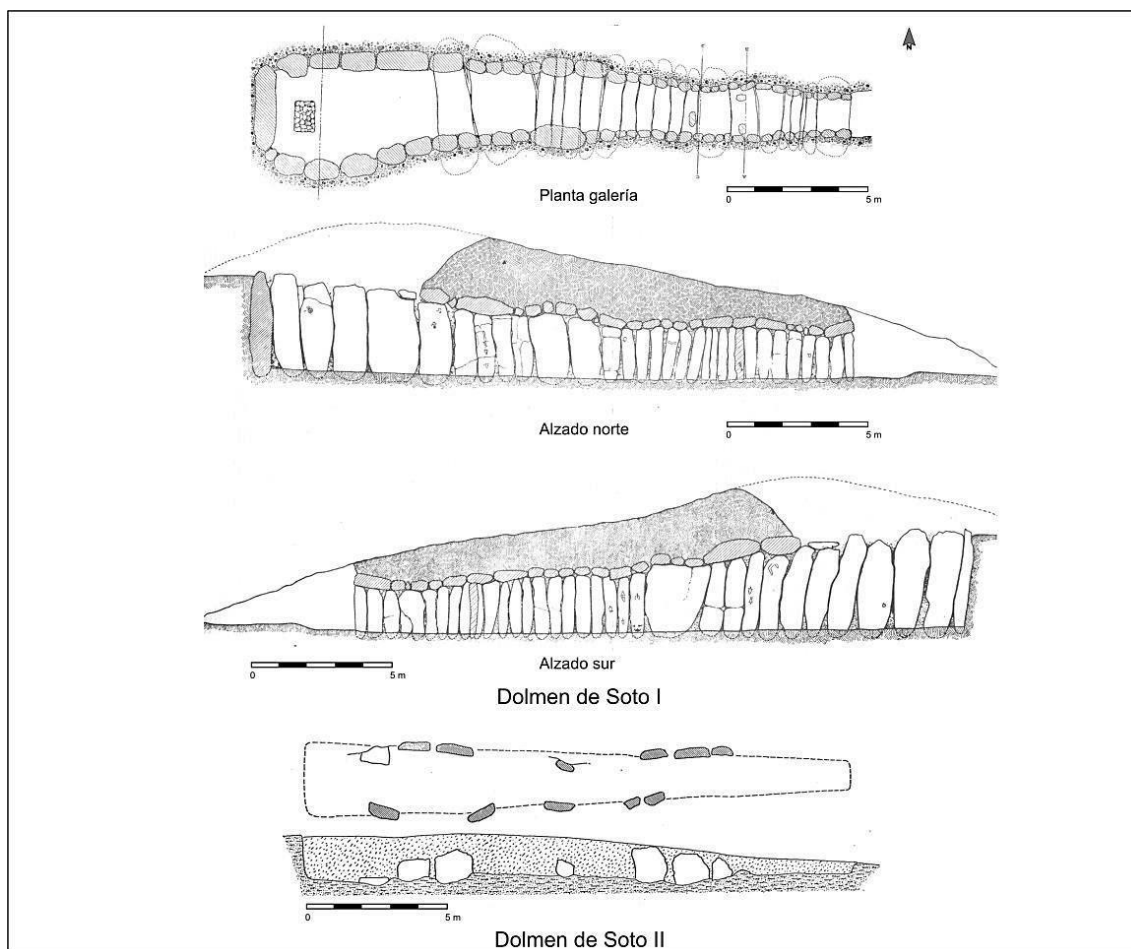


Figura 5.56. Dólmenes de Soto I y II (Trigueros, Huelva).
Planta y alzados (Obermaier, 1924, figuras 1, 5 y 6; Leisner y Leisner, 1943, Tafel, 73,3).

Dólmenes de corredor

Los dólmenes de corredor son mayoritarios en Andalucía oriental, destacando especialmente los conjuntos megalíticos de la provincia de Granada, caso de los grupos de la depresión de Gor-Gorafe de la comarca de Guadix, la necrópolis de Montefrío en la comarca de Loja, las necrópolis de Fonelas y Laborcillas en la comarca de Los Montes, la necrópolis del Pantano de los Bermejales en la comarca de Alhama y la necrópolis de Panoria en la Sierra Harana (Leisner y Leisner, 1943; Ferrer Palma, 1986, 1987; Ferrer Palma et al., 1988; Castellano et al., 2001; Montufo et al., 2010; Benavides et al., 2016; Aranda Jiménez et al., 2017b, 2017c). Estas arquitecturas funerarias se caracterizan por poseer dos estancias diferenciadas dispuestas en un eje longitudinal: una cámara (cuadrangular, rectangular, trapezoidal o poligonal) compuestas por paramentos ortostáticos, una o dos losas de cabecera, y techumbre adintelada; un corredor cubierto, de menor altura, separado de la cámara generalmente por jambas laterales o losa perforada que conformaba su puerta. Estas estructuras suelen erigirse dentro de grandes fosas o zanjas excavadas en el sustrato, adquiriendo algunos monumentos un aspecto semisubterráneo y de reducida perceptibilidad paisajística, caso de las tumbas de, siendo cubiertas por túmulos que pueden estar delimitados por anillos peristálticos. Las recientes 19 dataciones

radiocarbónicas tratadas con modelados bayesianos de las tumbas de la necrópolis de Panoria (Darro) apuntan tres elementos acerca de la temporalidad de estos dólmenes: a) una fase de inicio en el Neolítico Final, c. 3525-3195 cal ANE; b) un periodo de máxima actividad funeraria en la Edad del Cobre, c. 2680-2475, como testimonio la tumba 10; c) un mantenimiento del uso sepulcral hasta la Edad del Bronce Antigua, c. 2190-1950 cal ANE (Aranda Jiménez et al., 2017c: 9-12).

La depresión de Gor-Gorafe es una de las áreas de mayor concentración de tumbas megalíticas del sur peninsular, contabilizándose 240 sepulturas estructuradas territorialmente en grupos y subgrupos a lo largo del valle del río Gor, caso de Los Castellones, Las Majadillas, La Sabina, Conquín y Baños de Alicún (Figura 5.57). Estos monumentos funerarios se caracterizan por ser contruidos generalmente por bloques y lajas labradas de conglomerados y calizas del medio geológico local en una estructura excavada en el sustrato, dentro la cual se disponen las cámaras y los corredores, siendo cubiertos por una techumbre adintelada y por un túmulo circular, que en algunas sepulturas poseen varios anillos concéntricos. Las cámaras son de planta cuadrangular, rectangular, trapezoidal, pentagonal y poligonal, con suelos formados por enlosados o por el propio firme. Estas estructuras oscilan entre 0,75 m de longitud en las cámaras cuadrangulares, siendo sepulturas cistoides muy pequeñas, a 5 m de longitud en las sepulturas de trapezoidales, las de mayor tamaño (Alicún 9), siendo las cámaras pentagonales las formas más más numerosas. Los corredores son cortos, de perfil bajo y alineados con el eje axial, estando compuestos por dos ortostatos dispuestos de forma simétrica a cada lado, culminando en el punto de conexión con las cámaras con dos jambas laterales o con losas talladas que conforman puertas rectangulares u ovales. Estas sepulturas se orientan generalmente a levante, con grados variables de este a sureste (Castellano et al., 2001: 36-42).

A tenor del estudio morfológico de las cámaras de las sepulturas se ha propuesto una cronología relativa para las diecisiete formas arquitectónicas identificada en los conjuntos del valle del río Gor, planteándose una secuencia evolutiva. Las primeras tumbas aparecerían en el Neolítico Final, desde mediados del IV milenio ANE, siendo arquitecturas de tamaños reducidos, con cámaras de 1,10 m de lado, y ejecución técnica básica, existiendo dos formas básicas de cámaras: rectangulares (simples y con ortostatos marcados en la conexión con el corredor) y cuadrangulares (simples y con corredor lateralizado). En la transición entre el Neolítico Final y Edad del Cobre, de fines del IV e inicios del III milenio ANE, existen una mayor diversificación de formas de las sepulturas, con cámaras poligonales de seis ortostatos, trapezoidales con puerta adintelada y pentagonales. En la Edad del Cobre Pleno, durante la primera mitad del III milenio ANE, surgen nuevos monumentos y se consolidan las formas anteriores, discriminándose las siguientes formas de tumbas: poligonales (simple, circular con ocho o más ortostatos, con cámara en codo, hexagonal, heptagonal), trapezoidales y pentagonales “de botella” (López López y Castellano, 2001: 73-75).

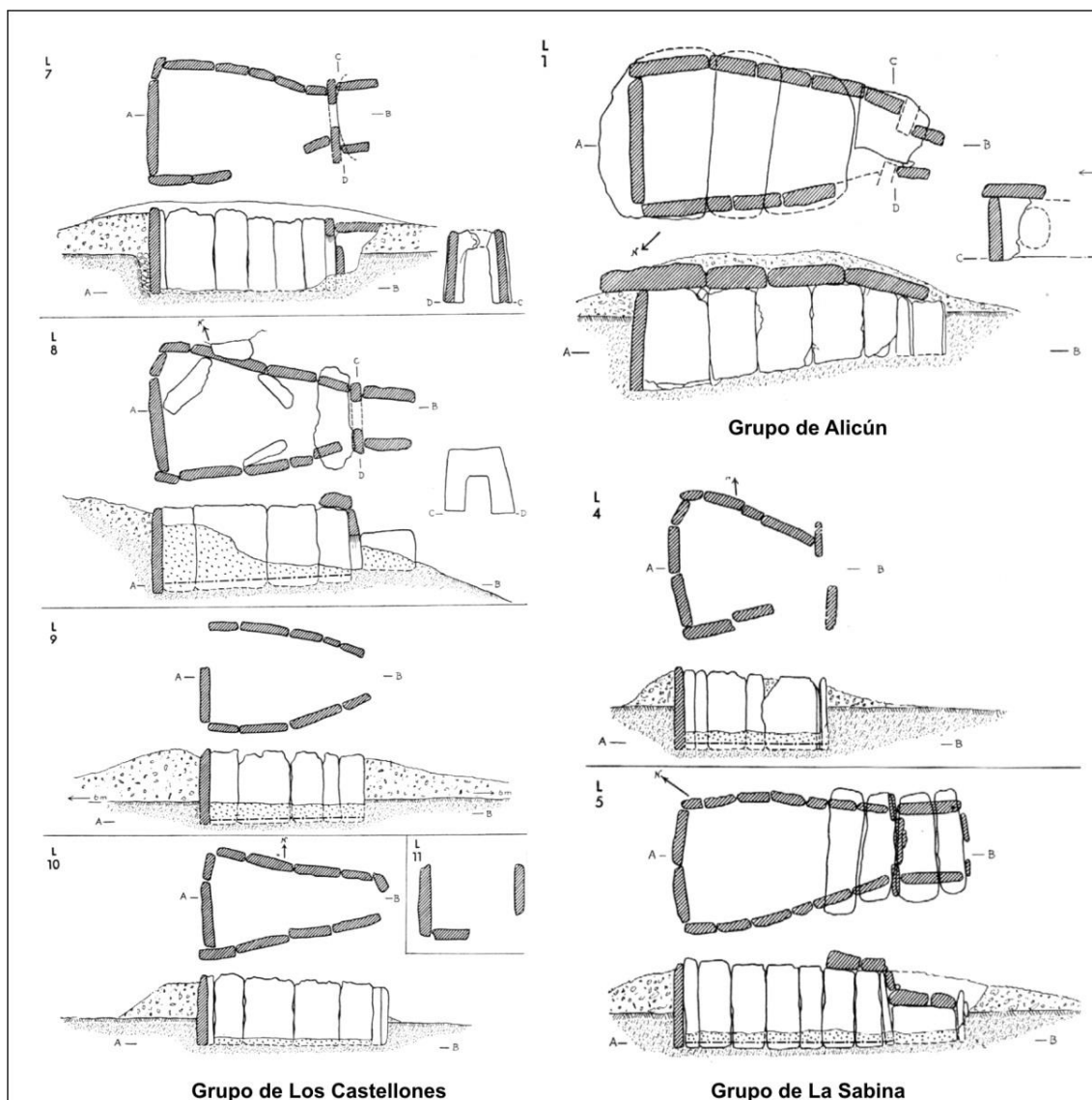


Figura 5.57. Dólmenes de corredor de la depresión de Gor-Gorafe (Granada).
Plantas y alzados (Leisner y Leisner, 1943, Tafel 35, 38 y 44).

El monumento de Viera (Antequera, Málaga) representa el modelo de corredor a escala constructiva monumental, formado por una gran estructura ortostática segmentada compuesta por un largo corredor rectangular y una cámara cuadrada de altura constante (2,25 m), erigidas en el interior de una zanja longitudinal con alineación este-oeste (Figura 5.58). Está cubierta por dos elementos diferenciados: un encanchado de piedras sobre la estructura y una masa tumular de tierra, conformando un túmulo circular próximo a 50 m de diámetro (Leisner y Leisner, 1943; Aguado et al., 2004). La estructura se dispone en un eje axial este-oeste, orientándose su acceso a 96° , en relación con el equinoccio de otoño, momento en que penetran los rayos del sol naciente hasta el fondo de la cámara (Hoskin, 2009: 184). Su acceso está precedido de un atrio intratumular de firme descendente, presentando un vestíbulo externo de 3 m de longitud que habilitaba la entrada. El corredor, de leve ensanchamiento progresivo, se caracteriza por su largo desarrollo longitudinal, alcanzando 14 m, estando demarcado en los extremos por dos losas perforadas de sección rectangular y cuadrangular, que conforman las puertas. La cámara

cuadrangular presenta unas reducidas dimensiones, de apenas 1,5 m de lado, destacando el formato regular de los soportes y la colocación vertical aplomada coincidente entre las caras, sin juntas, creando un espacio hermético. La cuidada factura de los soportes de calcarenitas, con técnicas de piqueteado y abrasión, en especial en la cámara, la presencia de ortostatos decorados (con cazoletas y base de pinturas rojas y negras sobre revoco blanca) y la constatación de una estela reutilizada en la cubierta del corredor, ha llevado a proponer que este monumento funerario cuenta con una secuencia arquitectónica compleja y dilatada, en la que se presentan elementos y materiales pertenecientes a distintos momentos. Así, donde se forma previa a la edificación del monumento funerario en la segunda mitad del IV milenio ANE, pudo existir en el emplazamiento que ocupan los dólmenes de Menga y Viera una construcción formada por estelas y menhires, ya fuese un alineamiento o un círculo, reutilizándose y refacturándose los soportes pétreos para su integración en sendos monumentos funerarios (Bueno et al., 2013b: 263-264). Las tres dataciones radiocarbónicas disponibles del monumento fechan dos episodios de la biografía de este monumento. La datación más antigua, obtenida de un carbón del nivel de base de construcción del túmulo, proporcionó una fecha de 4550 ± 140 BP: 3631-2916 cal ANE 2σ (Ferrer Palma, 1997a), constituyendo un *terminus post quem* que permite argumentar que este monumento se erigió en la segunda mitad del IV milenio cal ANE. Las otras dos muestras, obtenidas sobre objetos de hueso que formaban el ajuar funerario fijan la temporalidad de uso del monumento. La primera, sitúa el funcionamiento sepulcral de la cámara en la primera mitad del III milenio ANE, conforme a su resultado cronométrico de 4090 ± 30 BP: 2860-2500 cal ANE 2σ . La segunda, confirma el réuso del espacio funerario hasta la Edad del Bronce Antiguo, dado el resultado cronológico de la muestra: 3850 ± 30 BP: 2020-1880 cal ANE 2σ (Aranda Jiménez et al., 2013: 240-242).

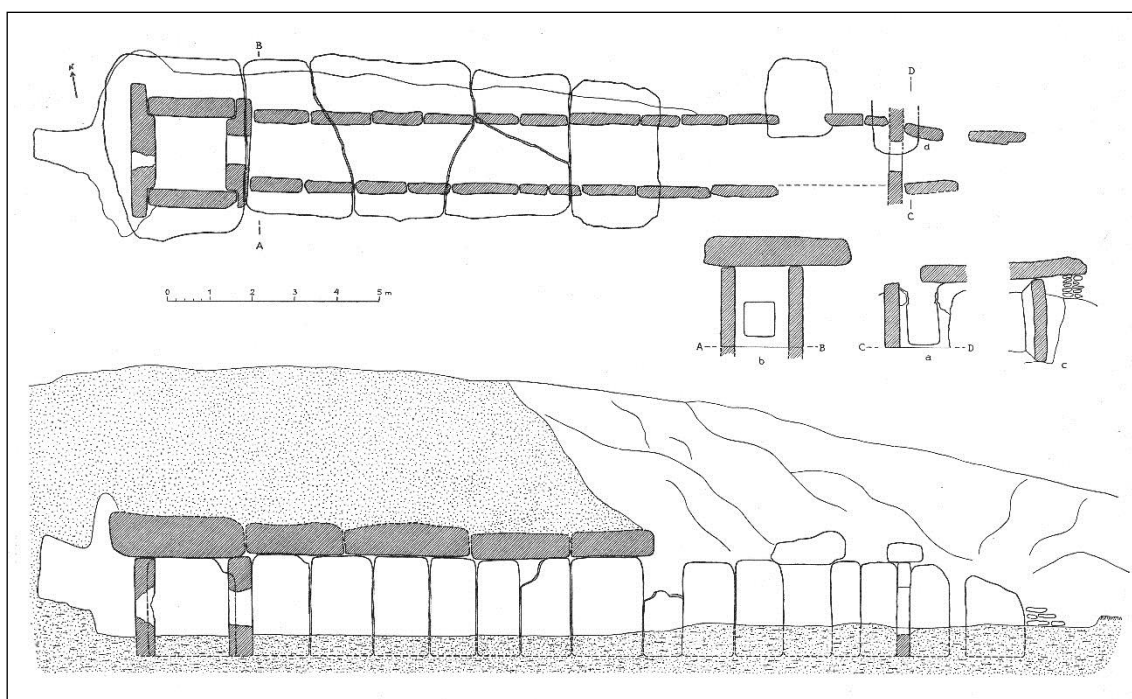


Figura 5.58. Monumento de Viera (Antequera, Málaga). Planta y alzado (Leisner y Leisner, 1943, Tafel 57).

Cuevas sepulcrales (3600-3100 cal ANE)

En las sierras Sierra Subbéticas cordobesas, en un medio geológico kárstico, se ha intervenido en varias cuevas sepulcrales en las que se ha constatado la presencia de construcciones, estructuras y elementos que denotan similitudes formales y espaciales con los monumentos megalíticos funerarios, en las que se llevaron a cabo múltiples enterramientos, generándose deposiciones colectivas con diversas prácticas y gestos mortuorios y ajuar mobiliario, de manera semejante a los documentados en las arquitecturas de piedra. La Cueva de los Arrastraos, ubicada en la Sierra de Alcaide (Carcabuey) se conforma como una cavidad subterránea con una sucesión de galerías con predominio de pasillos horizontales de escaso desnivel con diversas salas, divididos en cinco sectores, con un recorrido próximo a 300 m. En esta cueva se ha registrado una estructura de acceso formada por lajas pétreas superpuestas (Sector III) y una laja ortostática colocada en el punto de ingreso a una cavidad funeraria (Sector IV), enmarcando la entrada al espacio sepulcral (Figura 5.59). Se ha realizado dos dataciones radiocarbónicas sobre huesos humanos que sitúan el uso funerario de esta cueva en dos fases diferenciadas: a) Fase 1, en el Neolítico Final, durante el segundo tercio del IV milenio, conforme al resultado de la muestra ósea del sector IV, que arrojó un resultado de 4690 ± 30 BP: 3627-3371 cal ANE 2σ ; b) Fase 2, En la Edad del Cobre, a mediados del III milenio, como denota el resultado la muestra del sector II, que arrojó un resultado de 3990 ± 30 BP: 2573-2466 cal ANE 2σ (Martínez Sánchez et al., 2014: 54-57, 65).

La Cueva de los Cuarenta, situada en la Sierra de Horconera (Priego), es una diaclasa que cuenta con un pequeño acceso en pozo que habilita el acceso a cinco salas conectadas por pequeñas gateras y grietas con un desarrollo en vertical, en la que se han localizado catorce conjuntos funerarios colectivos ubicados en distintas partes: cavidades, cámaras, camarines o salas, donde se ha identificado restos pertenecientes a 637 individuos. Los depósitos funerarios son en su mayoría secundarios, evidenciándose prácticas y gestos mortuorios constantes de remoción y manipulación de los esqueletos, reducciones de los restos óseos de deposiciones anteriores, agrupación de cráneos (conjunto 10) y la disposición y concentración de huesos largos a modo de paquetes o haces (conjunto 1), que en origen pudieron corresponderse en algunos casos con enterramientos primarios. En menor medida, se constata la presencia de depósitos con conexiones o asociaciones anatómicas (conjuntos 1 y 3) que obedecen a deposiciones episódicas individuales (Vera Rodríguez, 2014: 113-115). En estos conjuntos se presentan estructuras y elementos dispuestos para la organización de depósitos funerarios, caso de la plataforma de piedras compuesta por un murete de lajas y bloques construida sobre el nivel de base de arcilla en el conjunto 2 o “Talud Negro” de la “Sala de los Muertos”, que delimita el espacio sepulcral (Figura 5.60), y la laja de clausura del camarín del conjunto 12 (“Sala de la Vigilanta”), a la que se accede por un angosto conducto comunicado con la “Sala del Lagarto”. Se han realizado cuatro dataciones radiocarbónicas sobre huesos humanos procedentes de diversos conjuntos (dos dataciones del conjunto 1, una del conjunto 3 y otra del conjunto 12), con resultado cronométricos homogéneos, situando el uso funerario de la cueva durante el tercer

cuarto del IV milenio cal ANE, c. 3500-3100 cal ANE 2σ (Vera Rodríguez, 2014: 82, 92, 93, 100, 112-113).

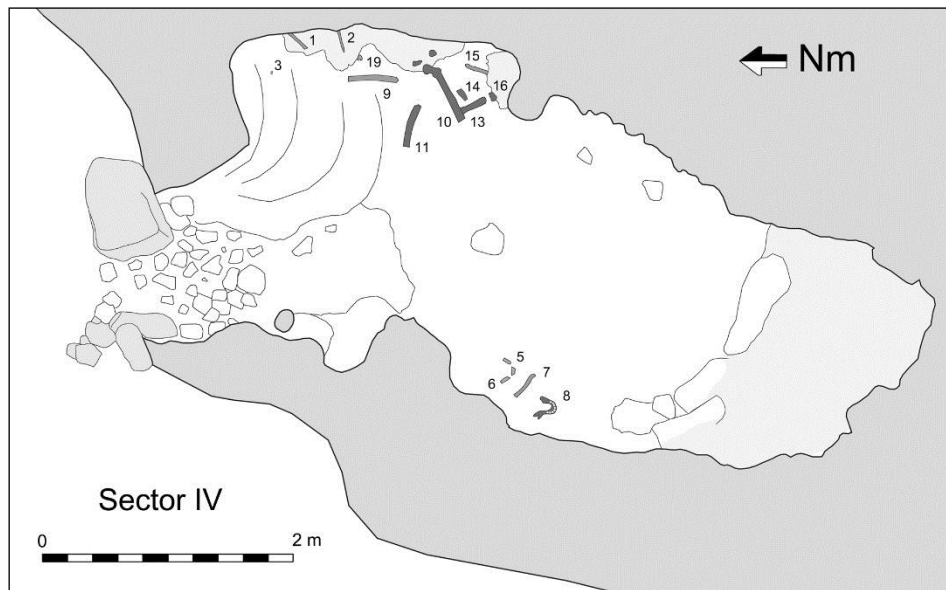


Figura 5.59. Cavity of Sector IV of the Cave of los Arrastras (Carcabuey, Córdoba). Planta (Martínez Sánchez et al., 2014, figura 5).



Figura 5.60. Conjunto 2 of the "Sala de los Muertos" of the Cave of los Cuarenta (Priego, Córdoba). Planta and alzado (Vera Rodríguez, 2014, figura 12).

5.4.2.2.4. Fase 2: segunda tradición megalítica (3300-2200 cal ANE)

La fase 2, de segunda tradición megalítica (c. 3300-2200 cal ANE), se corresponde con la Edad del Cobre, experimentándose un auge y apogeo de este fenómeno, dada la aparición de un modelo de construcción funeraria (los *tholoi*), la expansión territorial de los hipogeos y la continuidad del uso de los dólmenes en diversas regiones andaluzas y extremeñas (García Sanjuán, 2011: 147-152). Entre el 3300-2800 cal ANE se produjeron transformaciones y cambios sustanciales en la esfera ideológica y en las estructuras de organización social de las comunidades del sur peninsular. Los principales cambios sociales se evidencian en un notable incremento demográfico, un proceso de ocupación de nuevas tierras, la aparición de poblados fortificados, un proceso de intensificación económica creciente, el desarrollo de la metalurgia y la existencia de redes de intercambio de productos a larga distancia. Estas transformaciones se corresponden con modelos de organización tribales jerarquizados, regidos por mecanismos políticos de relaciones intergrupales con evidentes rasgos de disimetrías sociales, acordes a una nueva esfera ideológica. La predominancia de la construcción y uso de las arquitecturas funerarias de esta fase, en especial los *tholoi* e hipogeos, se contextualizan en una ideología funeraria con una nueva concepción de la muerte y desarrollo de prácticas mortuorias y rituales (García Sanjuán, 2006: 154).

Los monumentos datados se desarrollan en un arco cronológico de más de un milenio, entre el 3300-2200 cal ANE, siendo posiblemente el momento de máxima actividad funeraria de esta fase durante la primera mitad del III milenio, entre el 3000-2500 cal ANE, intervalo en el que se concentran buena parte de las dataciones radiocarbónicas de los hipogeos y sepulcros de falas cúpula. A partir de la segunda mitad del III milenio y durante gran parte del II milenio cal ANE se constata un intenso proceso de reutilización de los monumentos funerarios (García Sanjuán, 2011: 148; Aranda Jiménez y Lozano Medina, 2014: 378; Lozano Medina y Aranda Jiménez, 2017: 20-23).

Hipogeos o cuevas artificiales (3350-2200 cal ANE)

Los hipogeos o cuevas artificiales son una de las formas arquitectónicas funerarias más características del Neolítico Final y Edad del Cobre del sur de la Península Ibérica (Berdichewsky, 1964; Rivero, 1988; Muñoz Amilibia, 2000; Guilaine, 2015b: 212; Cruz Auñón et al., 2015). En Andalucía, los primeros hipogeos se construyeron en el último tercio del IV milenio ANE, siendo la datación más antigua la obtenida en tumba E-2 de la necrópolis de Paraje de Monte Bajo (Alcalá de los Gazules, Cádiz), con una fecha del nivel funerario de base c. 3350-2930 (Lazarich et al., 2010: 318, 2011: 561; 2015: 577). La mayoría de las cuevas artificiales datadas se concentran cronológicamente en la primera mitad y mediados del III milenio ANE, como testimonia la tumba E-2 de la necrópolis de Paraje de Monte Bajo, con una fecha de su actividad funeraria c. 2900-2670 cal ANE (Lazarich et al., 2010: 319, 2011: 561-562).

Las cuevas artificiales se mantuvieron en funcionamiento sepulturas colectivas en la segunda mitad del III milenio ANE, siendo el periodo de mayor actividad funeraria el último tercio del III milenio ANE, evidenciándose en numerosos hipogeos la presencia de enterramientos individuales y depósitos colectivos con ajuares campaniformes y materiales de la Edad del Bronce Antiguo, como se ha registrado en la necrópolis del Cerro de las Aguilillas (Ardales-Campillos, Málaga) (Ramos Muñoz et al., 1994, 1997, 1999) o Paraje de Monte Bajo (Lazarich et al., 2010: 316-319; 2011: 561), entre muchos otros. Durante la Edad del Bronce, se asiste a un intenso proceso de reutilización de las cuevas artificiales, que perduró hasta el Bronce Tardío-Final, caso de la necrópolis de Alcaide (Antequera, Málaga), constatándose que varias tumbas fueron reutilizada para la deposición de enterramientos colectivos. El hipogeo 15 cuenta con una secuencia funeraria desarrollada entre el Bronce Pleno y Bronce Tardío-Final, c. 1880-850 cal ANE (Baldomero, 2001). El hipogeo 14 cuenta con una actividad funeraria c. 1800-1150 cal ANE (Tovar et al., 2014).

En Andalucía, las cuevas artificiales se distribuyen en tres áreas geográficas principales: valle del Guadalquivir, Cuenca del río Guadalete y Cuenca del río Barbate (Figura 5.61). Estas arquitecturas se presentan en zonas donde existe un medio geológico propicio para el desarrollo de arquitecturas subterráneas, siendo excavadas en zonas con rocas sedimentarias blandas (areniscas, calcarenitas, lutitas), margas y arenas terciarias (Pajuelo et al., 2013: 292, 297). No obstante, estas arquitecturas se desarrollaron en formaciones geológicas con afloramientos rocosos masivos, caso de las unidades de calizas, caso en la necrópolis de Sierra Martilla (Loja, Granada), con las tumbas excavadas en areniscas calcáreas bioclásticas, integrando soportes verticales en los corredores y atrios, o la necrópolis de Los Algarbes (Tarifa, Cádiz), con una diversidad de estructuras excavadas en las areniscas. Generalmente conforman agrupaciones o necrópolis compuestas por una alto número de estructuras funerarias subterráneas de diversas formas, como consecuencia de la construcción secuenciada y reiterada a lo largo del III milenio ANE y, probablemente, en algunos casos a inicios del II milenio ANE, pudiendo ubicarse en áreas aledañas a los asentamientos o en emplazamientos más distanciados.

En cuanto a las formas de estas arquitecturas, tradicionalmente, se han distinguido varios modelos arquitectónicos, que según la clasificación tradicional se pueden agrupar en tres grandes grupos de monumentos o tipos (Rivero, 1988: 27-30):

- Tipo I, cámaras simples de diferentes morfologías excavadas en el terreno, con tres variantes formales: cámaras circulares de cubiertas abovedadas, cámaras circulares con paredes rectas y cámaras rectangulares/cuadrangulares de paredes abovedadas y techo plano. Las entradas a estas estructuras se localizan en la parte central, lateral de la bóveda o en las paredes.
- Tipo II, que designa un conjunto de arquitecturas subterráneas formadas por un corredor y una cámara, que puede ser circular o cuadrada. Atendiendo a la relación del corredor con

la cámara se puede distinguir tres variantes formales: a) con acceso en forma de pozo y corredor dispuesto en un lateral respecto a la cámara; b) con el corredor en rampa descendente hacia la cámara; c) con corredor y cámara construidos en el mismo nivel horizontal, predominando los hipogeos con corredores longitudinales y cámaras circulares de planta simétrica, caso de la necrópolis de Alcaide (Antequera, Málaga). Este conjunto está compuesto por 21 sepulcros excavados en la arenisca, existiendo una diversidad, manifiesta en los tamaños, plantas, composición estructural y sistemas de accesos, además de fosas circulares (Figura 5.62) (Berdichewsky, 1964; Marqués et al., 2004b; Marqués y Aguado, 2012; Tovar et al., 2014).

- Tipo III, que engloba a las cuevas semiartificiales o hipogeos mixtos, que integran elementos constructivos (paredes o techumbre) compuestos por mampostería de piedra o soportes pétreos (ortostatos y losas de cubierta), caso del Cerro de las Aguilillas (Ramos Muñoz et al., 1994, 1997, 1999) o la necrópolis de Paraje de Monte Bajo (Figura 5.62) (Lazarich et al., 2010, 2011, 2015).

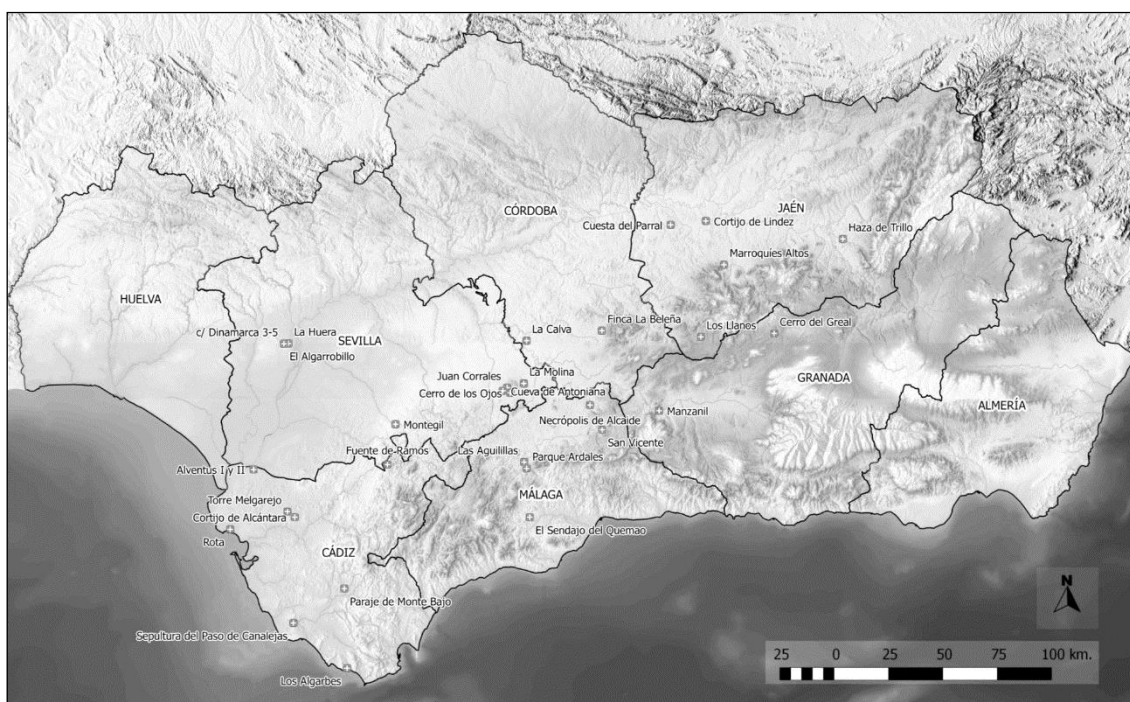


Figura 5.61. Principales cuevas artificiales de Andalucía (Pajuelo et al., 2013, figura 3).

Algunos autores, han propuesto que estas tumbas comparten un ritual funerario común (Cruz Auñón et al., 2015), definido a partir del estudio de los contextos de las cuevas artificiales de Andalucía, especialmente a partir del análisis de la necrópolis de Gilena (Cruz Auñón y Mejías García, 2009) y agrupaciones de Valencina de la Concepción, caso de La Huera (Méndez, 2013) y C/Dinamarca (Pajuelo y López Aldana, 2013; Pajuelo et al., 2013). Así, los rasgos principales evidenciados en los hipogeos son: la presencia de depósitos colectivos formado por la

reiteración de inhumaciones dentro de las cámaras sepulcrales, la delimitación espacial de zonas dentro de las tumbas, la presencia de dispositivos de cierre o bloqueo de los accesos como prácticas de clausura y la presencia de ajuares indicadores de sociedades de marcada centralización y jerarquización social del III milenio ANE, caso del equipamiento metálico y vasos campaniformes. Con esto, el ritual funerario desarrollado en las cuevas artificiales se caracterizaría por la deposición de inhumaciones primarias, colocándose los individuos en posición flexionada, ocasionalmente amortajados, dispuestos en el interior de las cámaras, previendo un espacio para ulteriores enterramientos. La graduación de las inhumaciones a intervalos diferidos en el tiempo, provocarían la alteración continua de los depósitos colectivos, evidenciándose prácticas funerarias de apilamientos y desarticulaciones de los esqueletos. El uso de estas construcciones se atribuye a grupos familiares con relaciones de parentesco parentesco-filial. La formación de necrópolis agregadas acontecería por la formación de nuevas unidades familiares. La clausura y el cierre de las sepulturas supondrían la ruptura de una unidad familiar concreta (Cruz Auñón et al., 2015: 83-84).

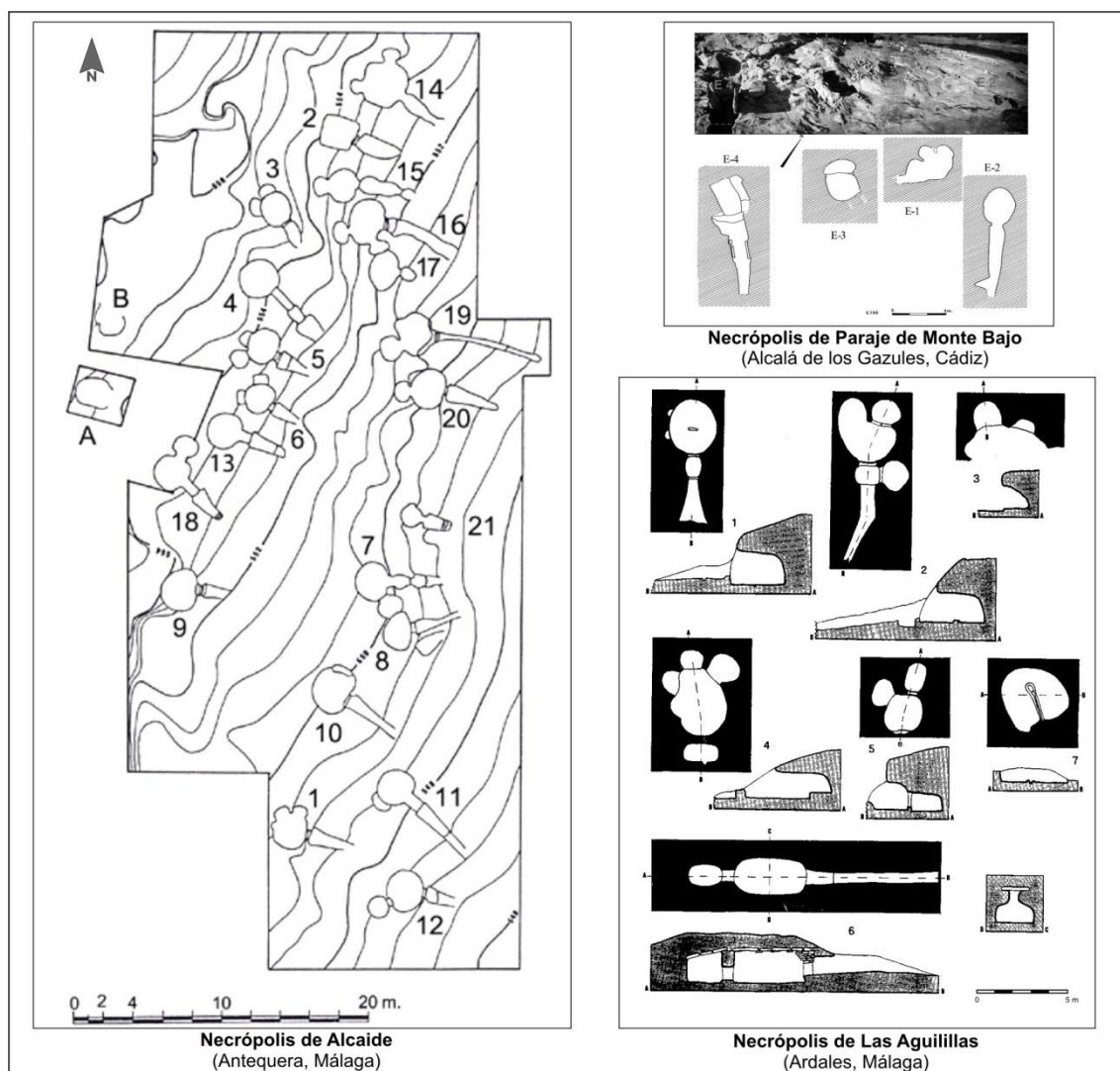


Figura 5.62. Necrópolis de cuevas artificiales: Alcaide (Tovar et al., 2014, figura 4), Paraje de Monte Bajo (Lazarich et al, 2010; figura 4) y Las Aguilillas (Ramos Muñoz et al., 1997, figura 2).

Sepulcros de falsa cúpula (3000-2200 cal ANE)

El *tholos* es el modelo de monumento funerario más innovador de la Edad del Cobre del sur peninsular, dado que representa una nueva concepción del espacio funerario, acorde a su funcionamiento como sepultura colectiva en la transición del IV al III milenio ANE. Estos monumentos se caracterizan por la presencia de dos estancias internas nítidamente diferenciadas: un corredor longitudinal adintelado y una cámara circular abovedada, alineadas generalmente en el mismo eje simétrico. La principal innovación es la introducción de una técnica de construcción en las arquitecturas funerarias del sur peninsular: la falsa cúpula. Los sepulcros de falsa cúpula evidencian características arquitectónicas y elementos constructivos que denotan la introducción de nuevos esquemas ideológicos y simbólicos en torno a la muerte, compartiendo rasgos formales y esquemas de organización del espacio sepulcral similar a los hipogeos de corredores y cámaras circulares abovedadas. Estas transformaciones se reflejan igualmente en las prácticas mortuorias, estando caracterizadas por una multiplicidad de gestos y conductas funerarias, destacando la manipulación continua y fragmentación de los restos esqueléticos así como de los objetos muebles, detectándose zonas acotadas destinadas a deposición de ofrendas u objetos votivos, tanto al interior como al exterior de los monumentos.

Algunos autores han puesto de relieve que el diseño arquitectónico de los *tholoi* obedece a la necesidad de facilitar la accesibilidad como sepultura colectiva, dado que la presencia del corredor denota una intencional funcionalidad ceremonial de propiciar un movimiento pautado hacia la cámara, sirviendo de conexión e interacción simbólica entre el espacio de los vivos y el espacio de los muertos, contenedores de los restos de los ancestros (García Sanjuán, 2006: 155). Esta característica es más notoria en los monumentos que poseen largos corredores y pequeñas cámaras (Las Pastora, Matarrubilla), donde se plasma una dualidad deliberada de tamaños desproporcionados entre ambos elementos. El movimiento a través de los largos corredores segmentados con puertas, jambas o estrechamientos demarcaría las fases o estadios de un desplazamiento ritualizado, propiciando una transición simbólica entre los ámbitos externos (espacio de los vivos) e interno (espacio de los muertos), que propiciaría la transformación material y temporal de la condición humana (García Sanjuán y Hurtado, 2001: 45; García Sanjuán, 2006: 155).

Estas arquitecturas cuentan con una secuencia diacrónica en la que pueden discriminarse dos grandes bloques temporales dentro del III milenio ANE, a tenor del estudio de la totalidad de las dataciones radiocarbónicas publicadas del sur de la Península Ibérica (Lozano Medina y Aranda Jiménez, 2017). El primer bloque se corresponde con la génesis del modelo y con el periodo de máxima actividad constructiva de los sepulcros de falsa cúpula, que abarca la primera mitad del III milenio ANE, dentro de la Edad del Cobre Pleno. El modelado bayesiano de las 41 muestras datadas permite sostener que, con un 68% de probabilidad, el inicio de los sepulcros de falsa cúpula hubo de acontecer entre el 3070-2900 cal ANE (Lozano Medina y Aranda Jiménez, 2017: 24). Entre el 3000-2500 cal ANE se asistió al periodo de máxima actividad constructiva de los

sepulcros de falsa cúpula, erigiéndose todas las formas arquitectónicas de los *tholoi*, de forma previa a la presencia de enterramientos con ajuares campaniformes (García Sanjuán et al., 2011: 148; Lozano Medina y Aranda Jiménez, 2017: 24; Aranda et al., 2017a).

En esta primera fase, c. 3000-2500 cal ANE, se asiste a la construcción del conjunto de formas de los monumentos de falsa cúpula en diferentes escalas constructivas en Andalucía, sur de Extremadura y Portugal. Los *tholoi* se caracterizan por un gran polimorfismo arquitectónico, variabilidad de tamaños y empleo de diferentes técnicas y materiales. De forma general, puede establecerse una serie de elementos comunes que caracterizan este modelo:

- Su composición estructural interna en dos estancias de geometría y tamaños diferenciados: corredor y cámara. Se construyeron en ejes axiales de orientaciones variables, estando los corredores orientados en múltiples direcciones dentro del rango de los ortos solares. Los de grandes monumentos como El Romeral (199°), Matarrubilla (17°) y La Pastora (243°), presentan una alineación que se corresponde con otros elementos astronómicos o referentes del paisaje (Hoskin, 2001, 2009).
- Los corredores longitudinales son de forma rectangulares alargadas o ligeramente trapezoidales, con estrechamiento progresivo hacia las cámaras, poseyendo techumbres adinteladas. Su sección interna puede ser rectangular o ligeramente trapezoidal. Generalmente, están segmentados por elementos verticales (jambas o losas perforadas) o por un gradual estrechamiento del espacio articulado en tramos. La longitud de los corredores es variable, presentándose con una extensión similar a la cámara, en torno al doble, estructuras muy largas, desproporcionadas respecto a las cámaras, con una nítida división en sectores.
- Las cámaras son circulares, con tamaños variables, existiendo un mayor número de monumentos de entre 2-4 m. Las cámaras estas cubiertas por bóvedas o falsas cúpulas. En algunos casos, caso de Los Millares o El Barranquete, presentan nichos o camarillas laterales, evidenciando una disposición simétrica. En su interior pueden presentar elementos verticales centrales (pilares o postes) o estructuras de lajas en el terreno, que segmentan el espacio.
- La edificación de las falsas cúpulas se puede realizar mediante diversas técnicas y materiales: a) aproximación de hiladas concéntrica de piedra seca, caso del *tholos* de El Romeral; b) aproximación de hiladas mediante mampostería de piedras trabada con mortero de barro, como es común en los sepulcros de falsa cúpula del Andévalo occidental, caso de la necrópolis de La Zarcita o necrópolis de La Veguilla (Piñón Varela, 2004); c) cúpulas formadas por arcilla, como se ha propuesto para el *tholos* de Montelirio (Castilleja de Guzmán, Sevilla), a tenor del estudio arquitectónico realizado y por la presencia de hoyos de poste dispuestos de forma perimetral al intradós las dos cámaras (Fernández Flores y García Sanjuán, 2016: 107), que se corresponden con un encofrado

de madera empleado para la edificación de la bóveda o cúpula de margas o arcillas limosas, siendo estable estructuralmente (Segovia et al., 2016: 172).

- Las bóvedas pueden arrancar desde la base o a media altura, desde el trasdós de la pared, disponiéndose sobre un nivel de basamento. Del mismo modo pueden ser cerradas por la misma cúpula o por una losa plana. Por tanto, las morfologías de las cúpulas son muy variables, conformándose diversos espacios abovedados.
- La multiplicidad de técnicas con las que fueron edificados, encontrándose vínculos y similitudes con los métodos y principios de construcción de las estructuras domésticas y defensivas de los poblados con estructuras de fortificación, caso de las necrópolis asociada a los poblados amurallados: Los Millares (Almagro y Arribas, 1963; Molina y Cámara Serrano, 2008), La Zarcita (Piñón Varela, 1986c, 1987, 1989, 1995, 2004).
- Para la formación de los paramentos se emplearon tres técnicas básicas: aparejo ortostático, mampostería de piedra y lajas de revestimiento, que se combinaron en muchos monumentos.
- Estas estructuras se construyeron tanto excavadas parcialmente en el sustrato, como es común, como erigidas en vertical sobre el terreno, estando contenidas dentro de túmulos circulares u ovales, que en ocasiones están reforzados por anillos concéntricos y delimitados por anillos peristálticos de muros de mampostería.
- Desarrollo en los espacios externos de estructuras asociadas a las entradas, a modo de atrios, con disposición de estelas, documentados en la necrópolis de Los Millares (Leisner y Leisner, 1943; Almagro Basch y Arribas, 1963), en Huerta Montero (Blasco y Ortiz, 1992), en Montelirio (Fernández Flores y García Sanjuán, 2016: 89-90), etc.

Tomando en consideración la composición estructural, técnicas constructivas y dimensiones de los monumentos de falsa cúpula podemos distinguir, de forma muy genérica y sintética, los siguientes modelos de *tholoi* en Andalucía:

- *Tholoi* de mampostería y/o lajas contenidos dentro de túmulos circulares, provistos de anillos concéntricos de refuerzo y anillos peristálticos, caso de la necrópolis de Los Millares (Figura 5.63) (Leisner y Leisner, 1943; Almagro Basch y Arribas, 1963), tumbas 7, 8 y 9 El Barranquete (Aranda Jiménez et al., 2017a), La Zarcita (Cerdán et al., 1952; Piñón Varela, 1986c, 1987, 1989, 2004).
- *Tholoi* de lajas de revestimiento excavados en el sustrato con cámaras de tamaños estandarizados, entre 2-3 m, caso de El Moro (Garrido Roiz y Orta, 1967), Las Canteras (Hurtado y Amores, 1984), Huerta Montero (Blasco y Ortiz, 1992), Palacio III (García Sanjuán y Weathley, 2006).
- *Tholoi* con aparejo ortostático, caso de La Granja de Toriñuelo (Leisner y Leisner, 1943), San Bartolomé de La Torre (Cerdán et al., 1952), que cuenta con una camarilla pequeñas abierta en el frontal de la cámara principal.

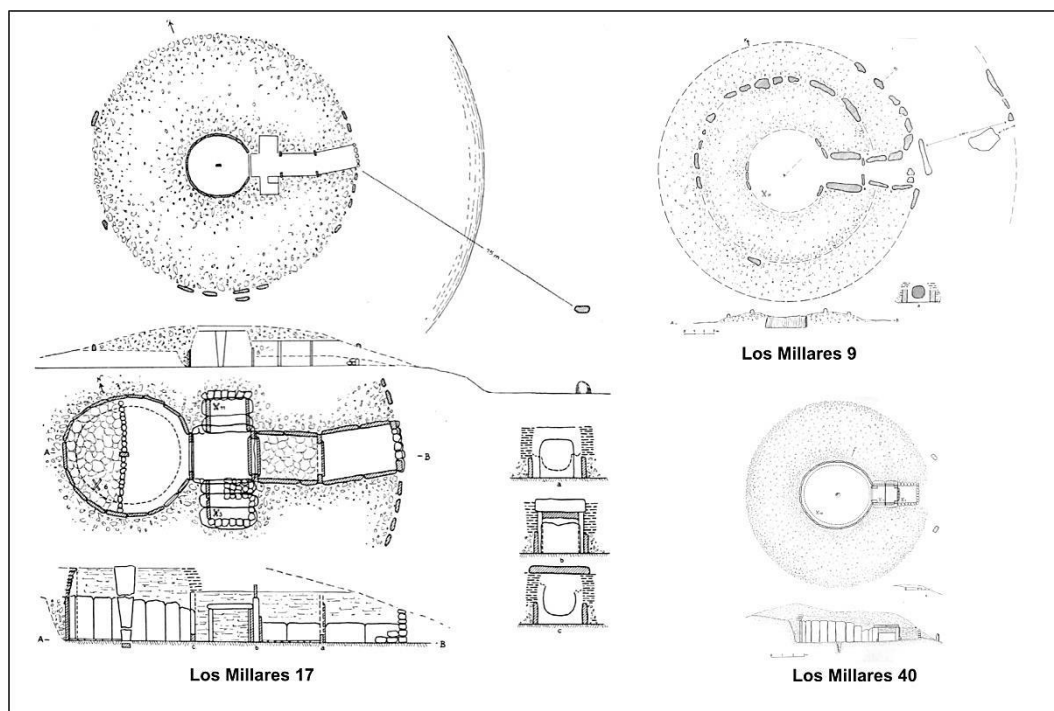


Figura 5.63. *Tholoi* de la necrópolis de Los Millares (Santa Fe de Mondújar, Almería). Plantas y alzados (Leisner y Leisner, 1943, Tafel 9, 13-1 y 19-1).

- *Tholoi* monumentales de largos corredores y cámaras circulares de mampostería de piedra seca, caso de El Romeral, o trabada con arcilla, caso de La Pastora, Matarrubilla, contruidos dentro de túmulos circulares superiores a 60 m de diámetro (Obermaier, 1919; Leisner y Leisner, 1943). El túmulo de El Romeral alcanza 85 m diámetro, destacando por su escala constructiva y ejecución técnica, presentando una estructura interna de 33,35 m, contando la cámara principal con 4,50 m de diámetro, siendo más pequeñas la camarilla construida en la prolongación del eje axial. El *tholos* de La Pastora cuenta con una estructura de 43 m de longitud, siendo la mayor parte perteneciente a un largo corredor de más de 30 m precedido de un atrio, en contraposición con la pequeña cámara, de poco más de 2 m diámetro (Figura 5.64). El *tholos* de Matarrubilla mide 37,75 m de longitud, denotando con similares proporciones; corredor de 35 m y cámara de 2,5 m de diámetro, teniendo en su interior una gran mesa o altar de mármol que ocupa todo el espacio (Figura 5.64) (Obermaier, 1919).
- *Tholoi* monumentales de largos corredores y cámaras circulares erigidos con lajas de revestimiento, caso de Cueva del Vaquero de la necrópolis de El Gandul (Leisner y Leisner, 1943) o Montelirio (Figura 5.64). (Fernández Flores y García Sanjuán, 2016), que presentan dos cámaras, una principal de mayor tamaño, y otra más pequeña, dispuesta en un lateral, desalineada respecto al eje de simetría.
- *Tholoi* contruidos o integrados en monumentos tumulares dolménicos previos, caso el *tholos* de Palacio III (García Sanjuán y Weathley, 2006).

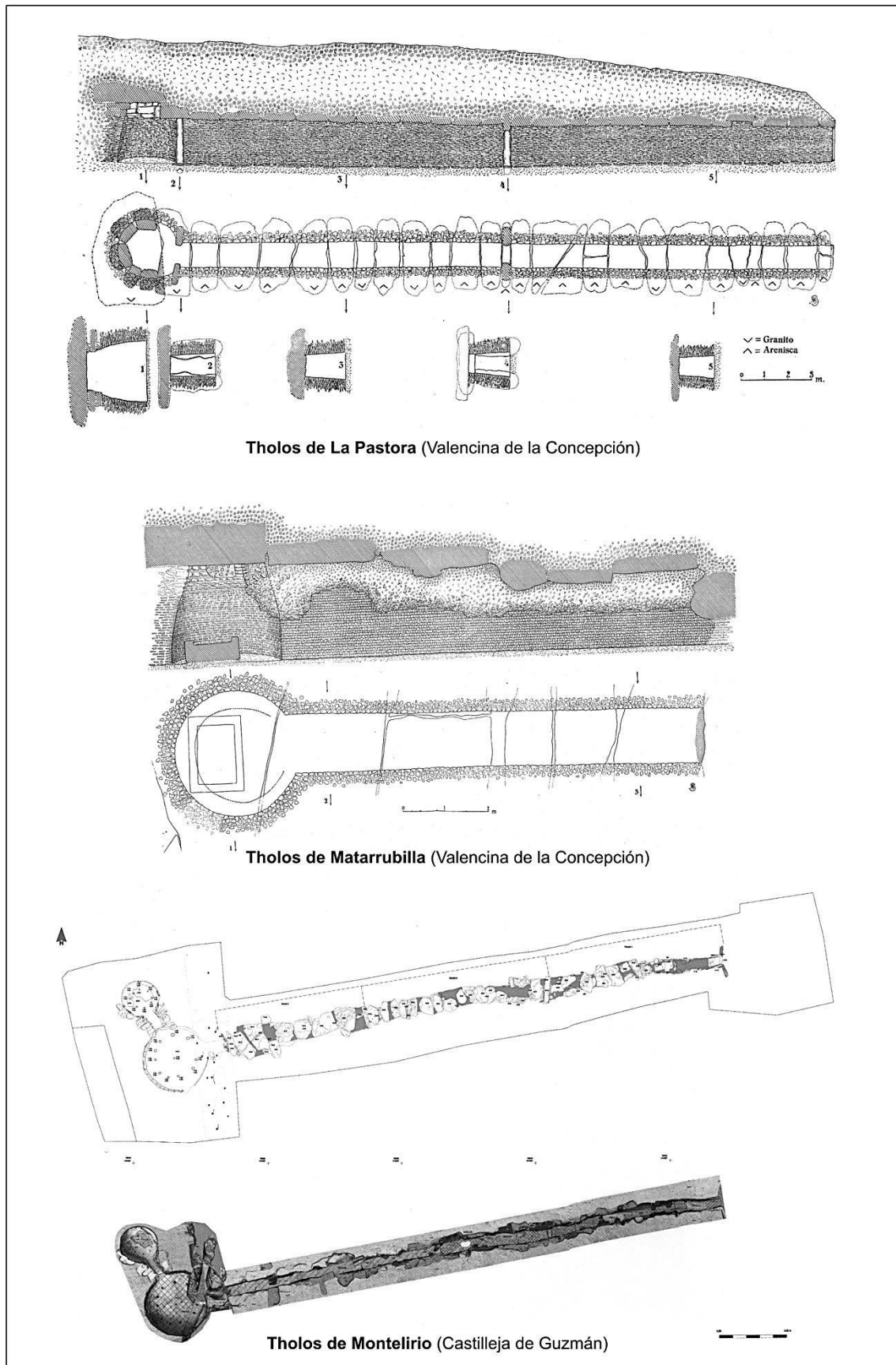


Figura 5.64. Grandes monumentos de falsa cúpula de las necrópolis de Valencina de la Concepción-Castilleja de Guzmán (Sevilla): La Pastora (Obermaier, 1919, Lámina I), Matarrubilla (Obermaier, 1919, Lámina III), Montelirio (Fernández Flores y García Sanjuán, 2016, figura 2).

En el área de Huelva, se presenta una variedad de sepulcros de falsa cúpula. De forma general, puede establecerse dos grandes grupos arquitectónicos (Piñón Varela, 2004: 818): a) sepulcros de cámara y corredor de falsa cúpula (Suerte del Bizco, Cabezo del Molino, Cabezo del Tesoro); b) sepulcros de cámara y corredor con falsa cúpula y cámara aneja (San Bartolomé de la Torre). Los sepulcros de cámara y corredor de falsa cúpula, están contruidos en túmulos circulares (de 8-12,5 m de diámetro) delimitados por anillos peristálticos, con cámaras abovedadas de diámetro regular (en torno a 2- 2,20 m) y corredores de tendencia trapezoidal, que pueden estar segmentados por lajas o “puertas perforadas”, caso de la Suerte del Bizco. Estas construcciones se erigieron mediante tres tipos de técnicas: con fábrica ortostática (El Moro), con cámara y corredor de mampostería (Cabezo del Molino), o combinando ambos sistemas, con la cámara erigida con muros de mampostería y corredores de lajas de revestimiento, caso de Suerte del Bizco y Cabezo del Molino de la necrópolis de La Zarcita, distribuida en torno al poblado de Cabezo de los Vientos (Figura 5.65).

El sepulcro de cámara y corredor con falsa cúpula y cámara aneja, está representado en el caso del *tholos* de San Bartolomé de la Torre (Figura 5.65). Era un sepulcro excavado en el sustrato de margas terciarias, compuesto por paredes de fábrica ortostática de lajas de pizarra rojiza. La estructura megalítica contaba con una longitud total de 13 metros, dividida en tres espacios: corredor, cámara principal y camarilla adosada a la anterior. El corredor de morfología ligeramente trapezoidal contaba con una longitud de más de 7,50 m, siendo el acceso más ancho que el espacio de conexión de la cámara, donde se disponía un umbral. En el lado izquierdo del corredor a unos dos metros de la entrada existía un pequeño nicho. La cámara era de morfología semicircular, medía 3,96 m por 3,20 m, teniendo un altar o pila funeraria pavimentada construida con lajas de pizarra. Adosada a la cabecera de la cámara principal se localizaba una cámara más pequeña, de 1,50 m de diámetro y suelo pavimentado.

El segundo bloque temporal, c. 2500-2200 cal ANE, se corresponde con la Edad del Cobre Final. En esta cronología se constata la continuidad de la construcción de sepulcros de falsa cúpula, caso del *tholos* de Centirã 2 (Brinches, Serpa) (Robles et al., 2013: 347) y las tumbas 9 y 11 de la necrópolis de El Barranquete (Níjar, Almería) (Aranda Jiménez y Lozano Medina, 2014: 379; Lozano Medina y Aranda Jiménez, 2017: 27; Aranda Jiménez et al., 2017a: 10). Del mismo modo, en muchos *tholoi* se verifica la presencia de niveles funerarios colectivos superpuestos en monumentos erigidos en la primera mitad del III milenio ANE, funcionando como espacios sepulcrales colectivos y como sitios de enterramientos con ajuares campaniformes, siendo recurrentes en los espacios internos y externos de estos monumentos y en los hipogeos, a la par que en los dólmenes. Desde el Bronce Antiguo, c. 2200 cal ANE, hasta el fin de la Edad del Bronce Final, c. 890-710 cal ANE, se constata un continuo reuso de los *tholoi*, sin aparente discontinuidad o ruptura entre la Edad Cobre y Bronce, atestiguándose exclusivamente un decrecimiento o *hiatus* c.1550 cal ANE, coincidente con la crisis de las sociedades del Bronce (Lozano Medina y Aranda Jiménez, 2017: 28).

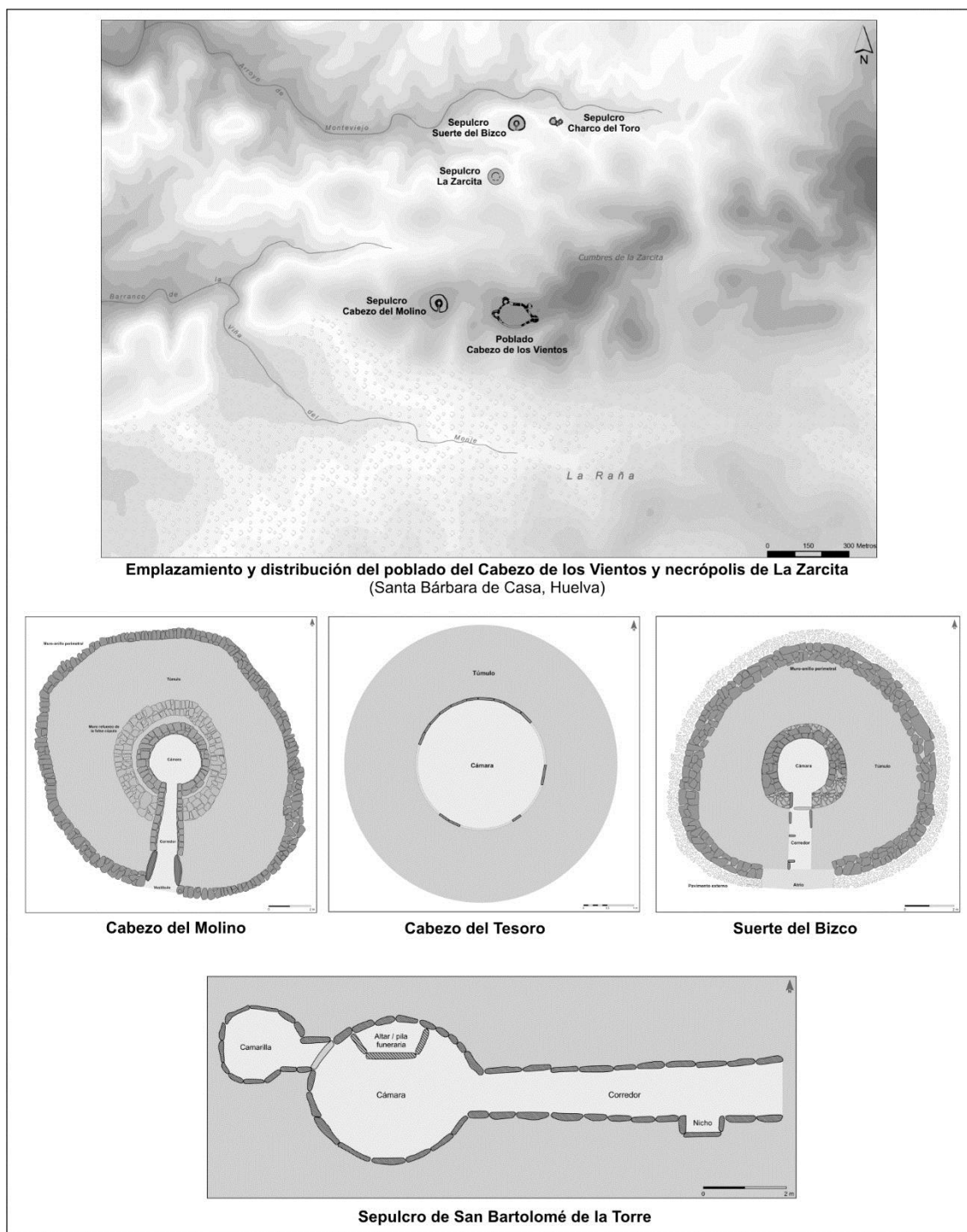


Figura 5.65. Sepulcros de falsa cúpula del área de Huelva. Tumbas de la necrópolis de La Zarcita: Cabezo del Tesoro (dibujado a partir de Cerdán et al., 1952, Lámina VIII), Cabezo del Molino y Suerte del Bizco (dibujado a partir de Piñón Varela, 2004, figuras 46 y 47), y sepulcro de San Bartolomé (dibujado a partir de Cerdán et al., 1952, Lámina IX).

5.4.2.2.5. Fase 3: tradición megalítica tardía (2200-500 cal ANE)

La fase 3, que representa la tradición megalítica tardía, se dio desde la Edad del Bronce Antiguo hasta la Edad del Hierro, c. 2200-500 cal ANE. Esta etapa viene precedida de un proceso de

desmonumentalización de las arquitecturas funerarias, iniciado con la construcción de los sepulcros de falsa cúpula a inicios de la Edad del Cobre y consolidado en la Edad del Bronce Antiguo con la expansión de los enterramientos individuales de tamaño más reducido (cistas, covachas, urnas o fosas), a excepción de cistas construidas con parámetros de monumentalización dentro de túmulo, caso de la necrópolis de La Atalaia o La Traviesa, que responden a enterramientos que representan determinadas formas de liderazgo social (García Sanjuán, 2006: 160-161). Ello acontece como consecuencia un proceso de individualización de los contenedores funerarios, siendo uno de los rasgos demarcadores del comienzo de la Edad del Bronce (García Sanjuán, 2006: 160; Costa Caramé y García Sanjuán, 2009; García Sanjuán et al., 2011: 149).

Esto se traduce, tal como evidencian las dataciones radiocarbónicas, en un declive en el uso de los dólmenes, *tholoi* e hipogeos desde el 2200-2100 cal ANE hasta el 1600-1500 cal ANE. Esta fase se ha caracterizado por tres pautas diferencias. La primera, se define por la construcción e integración de tumbas con enterramientos individuales (covachas y fosas) en sepulturas colectivas, sobre los túmulos de los monumentos, caso de las covachas en el *tholos* de Las Canteras (Hurtado y Amores, 1984) o de las fosas en el dolmen de Santa Rita (Inácio et al., 2008, 2010), o covachas en el interior de las cámaras de los sepulcros de falsa cúpula e hipogeos, como se ha documentado en la necrópolis de El Seminario (Linares Catela y Vera Rodríguez, 2015). La segunda, se materializó en la reutilización de los espacios sepulcrales de las sepulturas colectivas y en la recuperación de las tradiciones megalíticas en diversos periodos de la Edad del Bronce. Así, entre el 1600-1500 cal ANE se constata la reutilización de los antiguos dólmenes, caso de Tesorillo de la Llana (Márquez Romero et al., 2009), los hipogeos, caso de la necrópolis de Alcaide (Baldomero, 2001, Tovar et al., 2014), o los sepulcros de falsa cúpula, caso de la tumbas de la necrópolis de El Barranquete (Aranda Jiménez y Lozano Medina, 2014; Aranda Jiménez et al., 2017a). Del mismo modo, a inicios del Bronce Final, a partir del 1300 y hasta el 500 cal ANE se evidencia una diversidad de prácticas de reutilización de los *tholoi*, como se ha constatado en el *tholos* de Centirã 2, sepultura XI de la necrópolis de El Barranquete y tumba I de la necrópolis de la Encantada (García Sanjuán, 2005b; Robles et al., 2013; Aranda Jiménez y Lozano, 2014; Lozano Medina y Aranda Jiménez, 2017). La tercera, se concretó en la edificación de tumbas en la Edad del Bronce que reproducen patrones constructivos megalíticos, que por su diseño y morfología “emulan” o “imitan” los viejos monumentos (García Sanjuán et al., 2011: 151). Ello se ha propuesto para tumbas construidas ya en el II milenio, caso de la cista megalítica o tumba nº 5 de La Traviesa, datada entre el 2020-1690 cal ANE (García Sanjuán, 1999:166-167), el sepulcro de Tesorillo de La Llaná, reconstruido y/o reutilizado entre el 1610-1450 cal ANE (Márquez Romero et al., 2009: 81-88), el dolmen del Cortijo de El Tardón, datado entre el 2272-1686 cal ANE (Rodríguez Vinceiro y Márquez Romero, 2003: 331; Fernández Ruiz, 2004: 287-288), o el dolmen de El Carnerín de aspecto cistoide (Martínez Rodríguez y Pereda, 1991; Costela, 2014).

5.4.3. EL ÁREA DE HUELVA

El área de la provincia de Huelva destaca en el contexto del megalitismo del sur de la Península Ibérica por una serie de características que convierten este ámbito geográfico en una zona con dos peculiaridades específicas: a) la diversidad arquitectónica, estructural y compositiva de los monumentos megalíticos; b) la existencia de un megalitismo menhírico previo a los monumentos funerarios, desarrollado probablemente a partir del V milenio ANE; c) la presencia de dólmenes compuestos por varias cámaras erigidos dentro del mismo túmulo. Este último aspecto es el más relevante de todos, dado que la presencia de estas complejas arquitecturas es verdaderamente singular en el contexto de la Península Ibérica, siendo la única zona en la que se desarrollaron estos modelos de monumentos funerarios. El conjunto de las investigaciones ha interpretado esta particularidad como una manifestación de un estilo arquitectónico local o regional de posible cronología tardía o avanzada dentro del megalitismo del sur peninsular, construyéndose monumentos de formas únicas, en los que se aplicaron parámetros constructivos y combinaron técnicas constructivas diversas documentadas en otros modelos de monumentos funerarios (Cerdán et al., 1952, 1975; Leisner y Leisner, 1956, 1959; Arribas, 1960; Daniel, 1963; Bosch Gimpera, 1967; Ferrer Palma, 1982, 2003; Arribas y Molina, 1984; Joussaume, 1985; Cabrero, 1985, 1986, 1988, 1991; Piñón Varela, 1986b, 1986c, 1987, 1988b, 2004; Briard, 1995; Muñoz Amilibia, 2001; Aguayo y García Sanjuán, 2006; Nocete et al., 1999, 2004a; García Sanjuán y Linares Catela, 2009; Guilaine, 2011b; Linares Catela, 2011a, 2011b, 2016). A tenor de las dataciones radiocarbónicas disponibles hasta el momento estas arquitecturas, conjuntamente con los dólmenes de galería cubierta, se han encuadrado en una cronología que comprende desde el último tercio del IV milenio ANE hasta inicios del II milenio ANE, concentrándose la mayoría de las fechas en el III milenio ANE (Tabla 5.1).

5.4.3.1. PRIMERAS INVESTIGACIONES E INTERPRETACIONES

En la primera mitad del siglo XX en la provincia de Huelva sólo se conocía dos sitios asociados al megalitismo funerario: la Cueva de la Mora y el conjunto dolménico de Soto. La Cueva de la Mora (Jabugo), excavada a principios del siglo (años 1906 y 1923) (Díaz, 1923; Carbonell, 1925), presenta un registro y materiales votivos (caso de los ídolos-placa) que permiten sospechar un uso de las mismas durante el IV y III milenios, como se deduce de secuencia estratigráfica y materiales, revisada más recientemente (Pérez Macías et al., 1990). El dolmen de Soto I, excavado en 1923 por Armando de Soto y publicado por Hugo Obermaier (1924) puso de manifiesto la existencia de uno de los monumentos más notables de Europa occidental, destacando la grandiosa arquitectura de este dolmen de corredor largo, la depurada técnica constructiva de la galería, la riqueza decorativa de los ortostatos de las paredes (grabados) y la presencia de la estela antropomorfa reutilizada de la pared sur (soporte 21).

Además, comentó la presencia de una galería cercana, el dolmen de Soto II, cuya losa de cabecera poseía igualmente grabados, apuntando la existencia de una necrópolis. La inclusión de estos dos monumentos dolménicos en la monografía del megalitismo del sur por parte de los Leisner (1943), reiteró en la importancia del conjunto, poniéndose de relieve los elementos arquitectónicos comunes con las grandes galerías de Andalucía occidental y el uso del espacio sepulcral de ambas hasta fines de la Edad del Cobre, como se dedujo de la presencia de materiales campaniformes.

SITIO	CÓD. LAB.	FORMA ARQUIT.	CONTEXTO	MUESTRA	FECHA BP	FECHA CAL ANE 1σ (68%)	FECHA CAL ANE 2σ (95%)	REFERENCIA
EL CASULLO	CNA-346	Dolmen: galería	Suelo vestíbulo (US5)	Carbón	4410±50	3263-2923	3332-2909	Linares Catela y García Sanjuán, 2010
LA PALOMA	Beta-150153	Dolmen: galería	Suelo cámara (US5)	Hueso humano	422 ±40	2890-2700	2910-2660	Nocete et al. 2004a
LA VENTA	Beta-150157	Dolmen: galería	Suelo corredor (US5)	Carbón	4200±70	2890-2660	2920-2570	Nocete et al. 2004a
LA PALOMA	Beta-150154	Dolmen: galería	Suelo cámara (US5)	Carbón	4070±70	2860-2490	2880-2460	Nocete et al. 2004a
PUERTO DE LOS HUERTOS	CNA-342	Dolmen: galería	Suelo cámara (US10)	Carbón	4050±50	2833-2487	2862-2467	Linares Catela y García Sanjuán, 2010
PUERTO DE LOS HUERTOS	CNA-344	Dolmen: galería	Suelo vestíbulo (US11)	Carbón	4940±45	2548-2346	2570-2293	Linares Catela y García Sanjuán, 2010
LOS GABRIELES 4, Cámara 2	Beta-185649	Dolmen: galería acodada	Suelo cámara, (US4)	Carbón	3920±50	2470-2300	2570-2200	Linares Catela, 2006
LOS GABRIELES 4, Cámara 2	Beta-185648	Dolmen: galería acodada	Suelo cámara, (US3)	Carbón	3850±40	2410-2200	2460-2200	Linares Catela, 2006
LA VENTA	Beta-150158	Dolmen: galería	Suelo acceso (US 4)	Carbón	3820±50	2400-2140	2460-2130	Nocete et al. 2004a
SOTO I	Ua-35665	Dolmen: galería	Atrio. Escoria Cu. Área de fundición	Carbón (<i>Quercus ilex</i>)	3830±35	2339-2205	2457-2150	Nocete et al. 2011
LOS GABRIELES 4, Cámara 2	Beta-185650	Dolmen: galería acodada	Suelo funerario (US2)	Carbón	3700±50	2200-1980	2280-1940	Linares Catela, 2006
PUERTO DE LOS HUERTOS	CNA-341	Dolmen: galería acodada	Relleno (US8) zanja destrucción (UE15)	Carbón	3680±50	2137-1979	2200-1931	Linares Catela y García Sanjuán, 2010
EL POZUELO 6	Teledyne - 19080	Dolmen: cámaras múltiples	Suelo del corredor	Carbón	3580±120	2130-2080	2300-1600	Nocete et al. 2004a
CASULLO	CNA-345	Dolmen: galería	Suelo cámara (US3)	Carbón	2890±50	1190-998	1258-925	Linares Catela y García Sanjuán, 2010
LA VENTA	Beta-150152	Dolmen: galería	Suelo cámara (US4)	Hueso humano	2820±40	1016-916	1111-855	Nocete et al, 2004a
EL POZUELO 6	Teledyne 19078	Dolmen: cámaras múltiples	Suelo funerario	Carbón	2595±75	836-552	912-418	Nocete et al. 2004a
						CAL DNE	CAL DNE	
MASCOTEJO	CNA-343	Dolmen: galería	Suelo Cámara (US10)	Carbón	835±40	1172-1253	1051-1273	Linares Catela y García Sanjuán, 2010
PASADA DEL ABAD	Beta-185653	Círculo piedras	Sedimento relleno (US3)	Carbón	260±60	1530-1670	1480-1680	Linares Catela, 2010a
PASADA DEL ABAD	Beta-185651	Círculo piedras	Sedimento postdep. (US2)	Carbón	170±40	1680-1950	1650-1950	Linares Catela, 2010a

Tabla 5.1. Dataciones radiocarbónicas de los monumentos megalíticos funerarios de Huelva.

Como consecuencia de los trabajos de inventario, catalogación y de las excavaciones arqueológicas desarrolladas por el ingeniero Carlos Cerdán entre los años 1945-1950 en varios monumentos de la provincia de Huelva se puso de manifiesto tres cuestiones básicas:

- a) La existencia de un total de 50 sepulcros megalíticos.
- b) La diversidad arquitectónica de dos tipos de monumentos funerarios, los dólmenes, en espacial del conjunto de El Pozuelo, y los sepulcros de falsa cúpula, caso de La Zarcita y San Bartolomé de la Torre.
- c) La riqueza y variedad de los ajuares mobiliarios.

En la publicación conjunta de Cerdán con el matrimonio Leisner se llevó a cabo un estudio de los monumentos, discriminando dos categorías básicas a tenor de los principios arquitectónicos y técnicas constructivas: dólmenes y sepulcros de falsa cúpula (Cerdán et al., 1952). Posteriormente, estos monumentos fueron incluidos en las obras de síntesis del megalitismo del occidente Ibérico, apareciendo representados en las cartografías de distribución (Figura 5.66), sus plantas y ajuares (Leisner y Leisner, 1956, 1959).

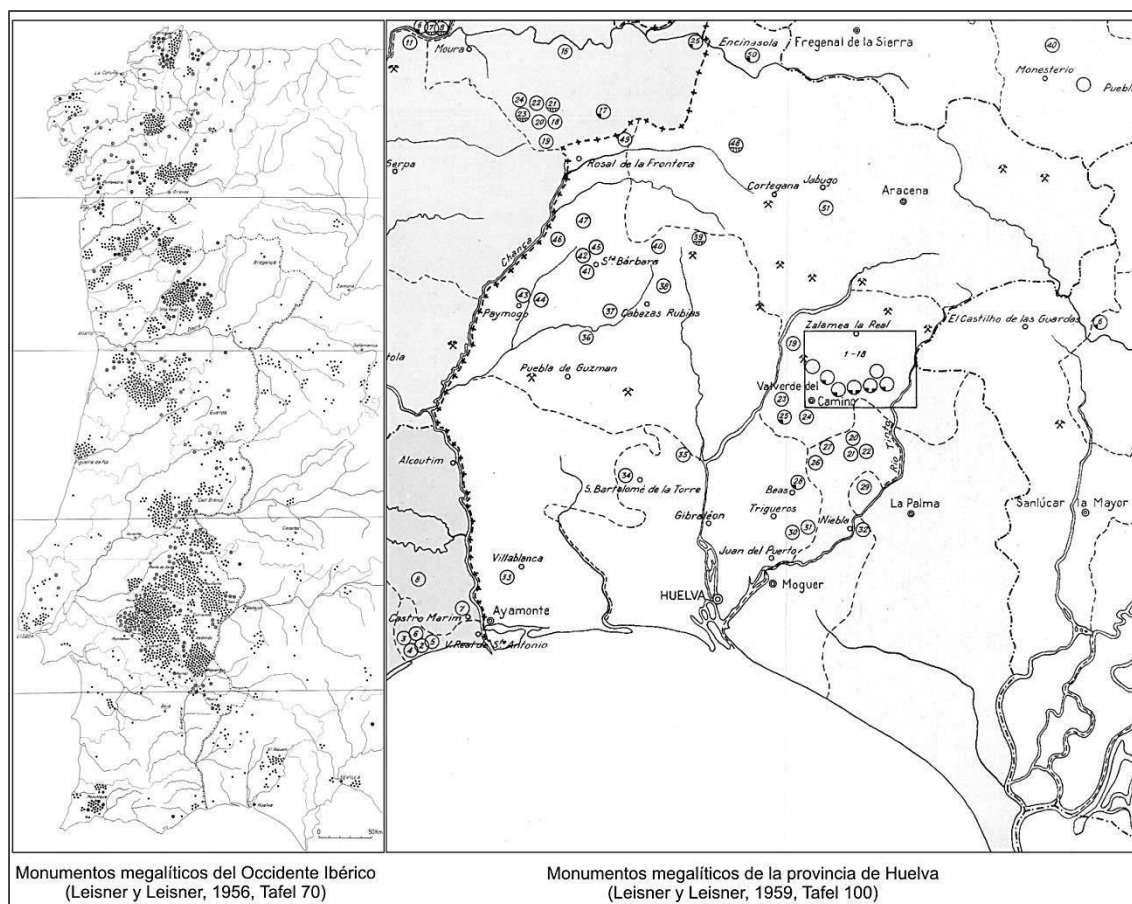


Figura 5.66. Cartografías de los monumentos megalíticos del Occidente Ibérico y de la provincia de Huelva (Leisner y Leisner 1956, Tafel 70; Leisner y Leisner, 1959, Tafel 100).

Los dólmenes de Huelva fueron incluidos en el cuadro tipológico de las arquitecturas del Occidente Ibérico dentro de los sepulcros megalíticos de cámara alargada (Leisner y Leisner, 1956: 59). Estos sepulcros fueron agrupados en las siguientes formas o grupos constructivos:

- Tipo 1: pequeños dólmenes de galería y cámara única, con plantas de tendencia trapezoidal, generalmente con una losa de cabecera. Se comenta que podrían tratarse las construcciones funerarias más antiguas del área de Huelva. Estas sepulturas de dimensiones reducidas se concentran en las serranías del Andévalo, caso del dolmen nº 18 (Las Cabezuelas o Valle de las Sepulturas), dólmenes nº 9 y 10 de El Pozuelo, dolmen nº 26 (Cabezo de la Sepultura o Cumbres del Cano), dolmen nº 33 (dolmen de Villablanca o Cabezo del Romeral), siguiendo el mismo patrón de otras zona de montañosas de Andalucía occidental, ocupando las altiplanicies y sierras de Sevilla, Córdoba y Málaga (Cerdán et al., 1952: 54).
- Tipo 2: grandes dólmenes de galería de cámara única, siendo el prototipo el representado por los dólmenes de Soto I y II, ubicados en un área de campiña fértil (Cerdán et al., 1952: 54-55).
- Tipo 3: dólmenes de galería de cámara única con sostenes centrales. Son sepulturas con una anchura superior a las galerías corrientes, requiriendo de puntos de apoyo intermedios para las losas de cubierta. En el área de Huelva está representada por el dolmen 4, que tendría losas de apoyo, de grosor similar a los ortostatos, dispuestos de manera longitudinal al eje de la galería, sosteniendo los puntos más débiles entre las hendiduras de las cubiertas, de forma similar al dolmen de Menga en Antequera, que se construyó en una escala más monumental (Cerdán et al., 1952: 56).
- Tipo 4: dólmenes de galería compuestos de varias cámaras, destacando la necrópolis de El Pozuelo (Figura 5.67) Así, en estos monumentos tumulares se caracterizaron por ser construcciones dolménicas complicadas, con dos o más galerías contiguas, que se juntan en un corredor común hacia la entrada, por una leve curva o un ángulo de las paredes exteriores. En esta construcciones, las cámaras tienen paredes independientes, aunque estén frecuentemente muy cerca una de la otra (Cerdán et al., 1952: 57). En la provincia de Huelva se evidenciaron diversas variantes formales (Cerdán et al., 1952: 57-58):
 - Dólmenes compuestos por varias galerías que se reúnen en una entrada única. Con dos galerías: dólmenes nº 1 y 3 de El Pozuelo, dolmen de Mesa de las Huecas 20, que cuentan con dos cámaras y un corredor de acceso. Destacan los monumentos de cinco cámaras, caso del dolmen nº 13 (Martín Gil), de planta cruciforme, y especialmente el dolmen de Mesa de las Huecas 21 (Cerdán, 1962: 70).
 - Dólmenes con cámaras anejas a las galerías principales, caso de los dólmenes nº 5 y 6 de El Pozuelo.

- Dólmenes de galería única con cámaras anejas, teniendo el suelo y una altura similar a las principales, caso del dolmen nº 2 de El Pozuelo, con una galería adosada a la principal, y el dolmen nº 7 de El Pozuelo, con cámaras poligonales dispuestas a ambos lados de un largo corredor.

Los sepulcros de falsa cúpula, concentrados en el área de la rivera del Chanza (Santa Bárbara-Paymogo-Cabezas Rubias), fueron clasificados en las siguientes formas (Cerdán et al., 1952: 99):

- Sepulcros circulares sin corredor, caso de La Zarcita (Cabezo del Tesoro), de grandes similitudes con el *tholos* de Farisoa, en Reguengos de Monsaraz (Leisner y Leisner, 1951a) y el sepulcro nº 40.
- Sepulcros con cámara circular de mampostería formadas por finas losas y corredor con losas de revestimiento, caso de La Zarcita 2 (Suerte del Bizco), que presenta el corredor compartimentado por losas transversales insertas en la pared.
- Sepulcros con paredes de la cámara y corredor revestidas de losas verticales. Se destacó el *tholos* de San Bartolomé de la Torre, con un corredor con pequeño compartimento interno, por su tamaño monumental. y por sus afinidades con la Cueva de El Romeral.

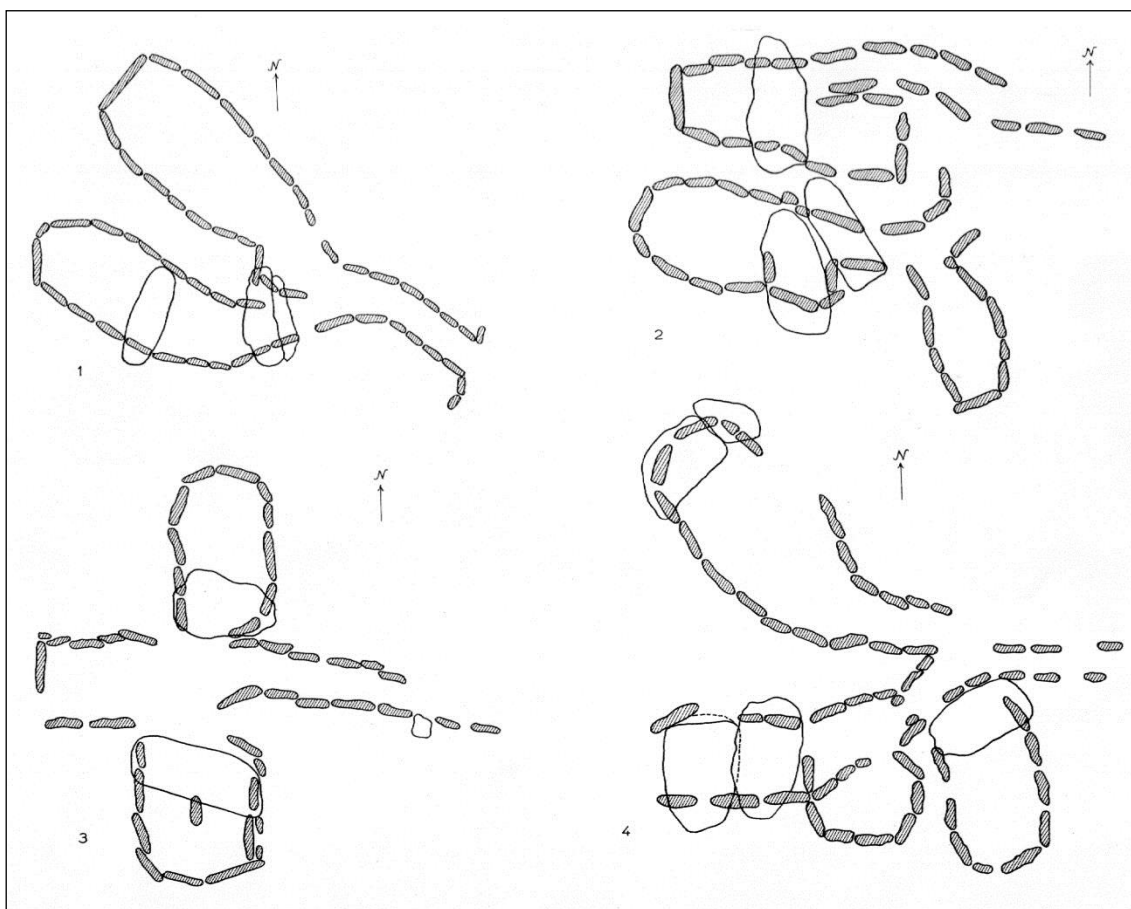


Figura 5.67. Plantas de dólmenes de varias cámaras: 1.- El Pozuelo 3; 2.- El Pozuelo 6; 3.- El Pozuelo 7; 4.- El Pozuelo 5 (Leisner y Leisner, 1956, Tafel 25).

La documentación de dólmenes compuestos de varias cámaras en el área de Huelva supuso una novedad para las investigaciones del megalitismo ibérico (Leisner y Leisner, 1956), dado que se presentaban (y se presentan) exclusivamente en esta región del reborde sur de Sierra Morena occidental. Los referentes formales posibles con los que establecer comparaciones arquitectónicas se encontraban en Irlanda y la Bretaña francesa. Por ello, los Leisner destacar el papel que debía jugar el área de Huelva dentro de las investigaciones del megalitismo de la Península Ibérica, contribuyendo su estudio al esclarecimiento de dos cuestiones básicas: a) la concepción del espacio construido interno de los monumentos; b) las formas de incremento del espacio sepulcral; c) la ampliación del concepto de sepulcro de galería, contando esta forma con una evolución a partir de los pequeños dólmenes sencillos, de forma independiente a los sepulcros de corredor (Cerdán et al., 1952: 52). Textualmente argumentaron que:

“Las posibilidades de aumentar el espacio sepulcral en armonía con las tendencias propias de los dos tipos arquitectónicos (dólmenes y sepulcros de falsa cúpula). El conjunto de varias cámaras alargadas, puestas paralelamente en el mismo túmulo, es una solución procedente de la arquitectura megalítica, mientras las cámaras anexas pudieran proceder de influencias de construcciones circulares más perfectas, influencias, sin embargo, modificadas conforme a las tendencias de la arquitectura dolménica, asemejándose varias de estas cámaras anexas, por su alargamiento a pequeñas galerías.

La importancia de los dólmenes de Huelva para estos problemas fundamentales de la arquitectura sepulcral de la Península aumenta todavía por la riqueza de los ajueres que suministraron, permitiendo reconocer las diferentes corrientes culturales que produjeron estas construcciones tan extrañas y singulares” (Cerdán et al., 1952: 52-53).

Por tanto, la investigación de las arquitecturas del área de Huelva es sustancial y determinante para el conocimiento de las arquitecturas de cámaras alargadas de la Península Ibérica, dado que es un área local muy bien delimitada, las sierras del Andévalo, donde se desarrollan los monumentos de cámara alargada con corredor bajo otras formas y técnicas constructivas, compuestos por varias estructuras dentro de un mismo túmulo: cámaras alargadas paralelas, cámaras alargadas con estancias laterales, cámaras alargadas con pilares centrales (Leisner y Leisner, 1956: 64-67). La existencia de estas complejas arquitecturas fue explicada por tres razones. La primera, por el tipo de emplazamiento seleccionado para la construcción, cuya topografía pronunciada impedía erigir dólmenes de mayor tamaño en las cimas, que contaban con escasa superficie plana, como sostuvieron estos autores:

“Sin duda, estas formaciones tan extrañas fueron motivadas en parte por la configuración del propio terreno. Los montículos, de declive bastante abrupto, en cuyas cumbres se asientan los dólmenes, no permitían una longitud mayor de las galerías. Pero, aún con esta restricción, tal solución del problema de aumentar el espacio sepulcral resulta inverosímil, y solamente puede ser explicada por una ligazón pronunciada del pueblo constructor a los principios arquitectónicos de la galería megalítica” (Cerdán et al., 1952: 57).

La segunda, más relevante, se debe a la tradición constructiva de sus artífices, pues ante la necesidad de crear dólmenes provistos de mayores espacios sepulcrales internos, desarrollaron soluciones y formas constructivas según los principios arquitectónicos de la galería cubierta. Estos principios se evidencian en una serie de recurrencias según los autores (Cerdán et al., 1952: 59-60):

- La tendencia del alargamiento de las plantas de las cámaras y corredores, común con los sepulcros megalíticos del suroeste de la Península Ibérica, existiendo galerías alargadas longitudinales y galerías o cámaras trapezoidales desarrolladas.
- Las galerías paralelas presentan formas alargadas, mientras que las cámaras anejas se aproximan a una forma poligonal, encontrándose similitudes con las morfologías de los sepulcros de falsa cúpula.
- Todas las cámaras anejas están construidas en el lado sur de las galerías principales, mirando su entrada hacia el norte.
- El predominio de cámaras principales y cámaras anejas poligonales, creadas por una curvatura en las paredes laterales y por la contraposición de las cabecera, formadas por una losa plana o por dos dispuestas en curva.
- La predominancia de corredores cortos, a excepción de El Pozuelo 7.
- La existencia de estructura de acceso externas, caso del atrio o vestíbulo de El Pozuelo 3.
- La presencia de antecámaras, entre el corredor y la cámara, delimitado por una losa transversal, en El Pozuelo 4, 5 y 6, o por la dilatación del espacio sepulcral, en el Pozuelo 3.
- La construcción de estas arquitecturas en túmulos circulares.

Una tercera razón, establecida en clave de hipótesis, es que estos dólmenes de varias cámaras fuesen construidos en una secuencia cronológica sucesiva. Ello, se sustentaba en dos evidencias materiales: a) en la recurrente asociación en la orientación del corredor en relación con las cámaras dispuestas a la derecha, provistas de una sola piedra de cabecera, común en las pequeñas galerías; b) en la diferencia de los ajuares entre las cámaras principales y las cámaras anejas, generalmente con materiales más tardíos. Sin embargo, la hipótesis de una ampliación de los dólmenes en un momento posterior a la construcción inicial es descartada, proponiéndose una cronología más tardía para estos monumentos, tal como ellos mismos argumentaron: “la idea de tal secuencia constructiva es difícil de sostener desde el punto de vista arquitectónico, siendo más verosímil atribuir al conjunto de estos grupos (núms. 5, 6 y 7) una posición cronológica más reciente” (Cerdán et al., 1952: 63).

5.4.3.2. EL FENÓMENO MEGALÍTICO ONUBENSE

A pesar de que los Leisner pusieron de relieve el papel de las arquitecturas megalíticas del área de Huelva para la comprensión de temas centrales de los monumentos ortostáticos del sur de la Península Ibérica, no hubo una continuidad investigadora en las décadas de 1960-1970 que explorasen los principios arquitectónicos y técnicas constructivas de las galerías cubiertas y cámaras alargadas de esta área hasta la década de 1980.

En la década de 1960 sólo es reseñable la excavación del *tholos* del Moro (Niebla), documentándose un sepulcro de falsa cúpula con corredor y cámara de planta asimétrica excavado en el terreno, teniendo sus paredes revestidas y una bóveda formada por el sistema de aproximación de hiladas (Garrido Roiz y Orta, 1967). En la década de 1970 cabe destacar las excavaciones efectuadas en los monumentos de Martín Gil o El Pozuelo 13 (Zalamea la Real), comprobándose que se trataba de un monumento de planta cruciforme con cinco cámaras (Gómez Ruiz, 1978), el conjunto de Los Gabrieles (Valverde del Camino), que propició la identificación de galerías cubiertas acodadas (dólmenes 4 y 6) (Cabrerero, 1978; Rothenberg y Blanco Freijeiro, 1981), los dólmenes de las Plazuelas (Villanueva de los Castillejos), que forman un grupo binario de un dolmen de galería con un sepulcro de cámara circular y falsa cúpula (Belén y Amo, 1985) y la tumba de El Tejar (Gibraleón), que se concibió como un sepulcro cistoide, todos encuadrados según en una cronología de la Edad del Cobre.

Consecuentemente, la no continuidad sistemática de las investigaciones propiciaría que las arquitecturas megalíticas de Huelva jugasen un papel secundario en el megalitismo de la Península Ibérica durante estas décadas. En las obras de síntesis del megalitismo Ibérica se destacaron tres formas arquitectónicas presentes en esta área: a) las galerías cubiertas, ejemplificada en el monumental dolmen de Soto, singular por su escala constructiva y gran alargamiento de la estructura ortostática segmentada por elementos verticales; b) los monumentos tumulares provistos de varias cámaras, caso de las necrópolis de El Pozuelo y Mesa de las Huecas, por su singularidad en el contexto peninsular; c) los sepulcros de falsa cúpula, tanto por sus variantes arquitectónicas, cámaras sin corredor (Cabezo del Tesoro) o con corredor (Suerte del Bizco y Sepulcro de San Bartolomé) como los ricos ajuares mobiliarios diversos de la Edad del Cobre que contuvieron.

Los monumentos tumulares de arquitecturas adinteladas (los dólmenes) y en concreto los que estaban provistos de varias cámaras fueron interpretados como la expresión de estilo arquitectónico local, resultado de la hibridación y el sincretismo cultural y cronológico de dos tradiciones constructivas, la de los dólmenes y la de los sepulcros de falsa cúpula. Las arquitecturas tumulares de varias cámaras, resultado de una composición arquitectónica producto de la adicción de cámaras a una galería principal, fueron calificadas como formas “transicionales”, “híbridas”, “combinadas”, “arcaizantes” o “tardías” (Arribas, 1960; Bosch

Gimpera, 1967; Garrido Roiz, 1971: 94, 110; Ferrer Palma, 1982: 123; Arribas y Molina, 1984: 77, 91; Joussaume, 1985: 222; Briard 1995: 112). Con esto, el localismo sincrético explicaría la gran variedad de soluciones constructivas y tipológicas presentes en los diferentes conjuntos dolménicos, las diferentes fórmulas de organización y composición estructural de los espacios internos, la presencia conjunta en el mismo monumento de cámaras con cabeceras planas formadas por una losa plana o por dos losas dispuestas en una trazado curvo, el alargamiento o reducción de los corredores, la desigual adaptación de los túmulos a la topografía de emplazamiento, entre otros elementos. Como consecuencia, probablemente, las arquitecturas megalíticas del área de Huelva tuviesen un rol o papel secundario dentro del megalitismo del sur peninsular.

Los estudios se reemprendieron en la década de 1980, realizándose trabajos de prospección, catalogación y excavaciones arqueológicas. Se dieron a conocer nuevos monumentos en la cabecera del río Tinto, caso de las galerías cubiertas de La Lancha, La Cantina, Pico del Moro, El Picote, entre otros (Pérez Macías et al., 1988) y algunos dólmenes de la necrópolis de Berrocal (Rivero et al. 1988). Pero, sobre todo, destacan las investigaciones sistemáticas de Rosario Cabrero y Fernando Piñón Varela, que culminaron en sendas tesis doctorales y numerosas publicaciones de síntesis provincial y regional. Estas investigaciones propiciaron nuevas interpretaciones y visiones sobre el fenómeno megalítico onubense.

Rosario Cabrero realizó un arduo trabajo de inventario y clasificación de las arquitecturas megalíticas de Andalucía occidental, distinguiendo seis tipos básicos de sepulcros calcolíticos: cista megalítica, galería cubierta, sepulcro de corredor, *tholos*, cueva artificial y cueva natural. Determinó que en Sierra Morena predominan los monumentos formados por grandes losas y cubierta adintelada (dólmenes) o de falsa cúpula (*tholoi*), con presencia ocasional de uso de la técnica de mampostería en sepulcros de falsa cúpula (Cabrero, 1982, 1985, 1986, 1988a, 1988b, 1991). Advirtió que en el área de Huelva, como en gran parte de Andalucía occidental la forma arquitectónica predominante y más característica era el sepulcro de galería cubierta (Tipo II), que desarrolló en diversas morfologías longitudinales o acodadas. Estas construcciones se caracterizaron por una serie de elementos comunes: a) la presencia de losas o muros de cerramiento ubicados en las entradas de acceso al monumento o de la cámara; b) la formación de los suelos generalmente sobre el sustrato natural rebajado o mediante pavimentos de arcilla compactada; c) la disposición de corredores cortos, de forma rectilínea o trapezoidales abiertos hacia el exterior, siendo simétricos a asimétricos respecto al eje axial de las construcciones (Cabrero García, 1985: 238). Desde el punto de vista de la técnica constructiva se especificó que estos monumentos eran sepulcros pequeños y de tosca ejecución, contruidos con losas mal trabajadas, caso de los conjuntos de El Pozuelo y Los Gabrieles, ubicados en lugares de sierra, en las inmediaciones de las zonas mineras de cobre, cuyos constructores eran comunidades de economías precarias y autosuficientes de la Edad del Cobre (Cabrero, 1985: 241-242).

El estudio estructural y morfológico de estos monumentos le llevó distinguir los siguientes subtipos (Figura 5.68) (Cabrero, 1985: 210-217):

- Tipo II. 1, galería cubierta con cámara de tendencia trapezoidal, con anchura máxima en la cabecera y mínima en la entrada. Es la forma mayoritaria en los ámbitos de Sierra Morena. Presenta tres variantes:
 - 1.A. Cámaras de tendencia trapezoidal (El Pozuelo 8, 9 y 10, Mesa de las Huecas 3).
 - 1.B. Cámaras de tendencia trapezoidal y vestíbulo (Los Gabrieles 3).
 - 1.C. Cámaras de tendencia trapezoidal y camarilla (Lapa del Moro).
- Tipo II. 2, galería cubierta con corredor indicado, caracterizada por una leve diferenciación entre el corredor y la cámara. Se distinguió dos variantes:
 - 2.A. Galería cubierta con corredor indicado sin vestíbulo (El Pozuelo 4, Gabrieles 1).
 - 2.B. Galería cubierta con corredor indicado con vestíbulo.
- Tipo II. 3, galería cubierta con cabecera circular (Gabrieles 2).
- Tipo II. 4, galería cubierta con corredor indicado y cabecera circular (Gabrieles 6).
- Tipo II. 5, galería cubierta irregular de cámaras múltiples, donde se agrupa al conjunto de monumentos provistos de varias cámaras con entrada o corredor común. Destacó esta sepultura por la complejidad arquitectónica y diversidad compositiva, presentándose plantas con las cámaras principales de formas variadas dentro de un mismo monumento (trapezoidales, de cabecera circular, cabecera circular y corredor indicado) y las cámaras anejas tendentes a formas circulares. Estas construcciones, presentes exclusivamente en Sierra Morena occidental, caso del conjunto de El Pozuelo (tumbas 1, 2, 3, 5, 6 y 7), y Mesa de las Huecas (1 y 2), se interpretaron como monumentos híbridos, resultantes de la mezcla de distintos subtipo (Cabrero, 1985: 216).
- Tipo II. 6, galerías cubiertas poco frecuentes, con plantas diversas:
 - 6.A. Galería de forma ovoide alargada, con cabecera recta y paredes convexas, características de las Sierras Subbéticas.
 - 6.B. Galería en forma de “L”, con paredes paralelas.
 - 6.C. Galerías con antecámara y cámara poligonales

II	1			2		3	4	5	6		
	A	B	C	A	B				A	B	C

Figura 5.68. Clasificación tipológica de las galerías cubiertas de Andalucía occidental (extraído de Cabrero, 1985, figura 2).

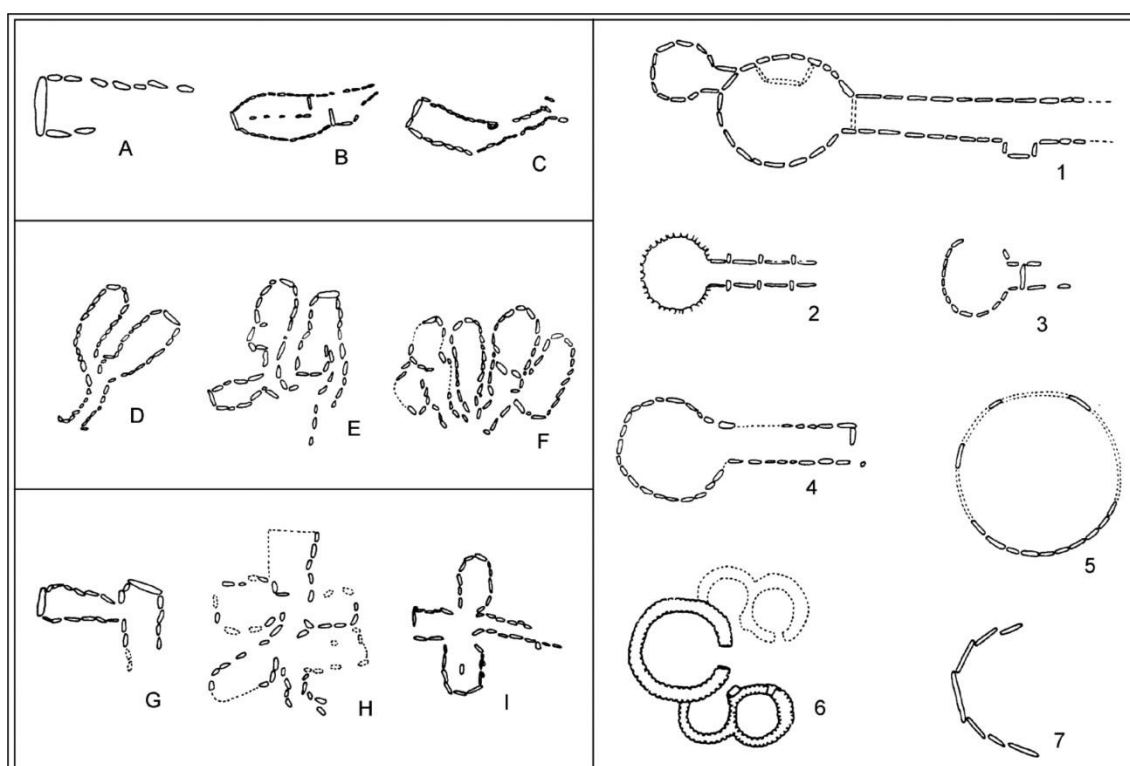
Fernando Piñón Varela, realizó estudio de las arquitecturas a través del inventario de los monumentos de la provincia (en torno a 110 sitios) y por la excavación de varios monumentos emblemáticos del sur peninsular: el dolmen de Soto, entre 1982-1984; los dólmenes 1, 5 y 6 de El Pozuelo, en los años 1981 y 1986, el conjunto de la Zarcita (1981-1987), tanto los sepulcros de falsa cúpula como el poblado del Cabezo de Los Vientos. Todo ello le brindó una prolija documentación compilada y sintetizada en su tesis doctoral, defendida en 1987 (publicada en 2004), así como varios artículos monográficos del Neolítico, Edad del Cobre y del megalitismo del área de Huelva (Piñón Varela, 1986a, 1986b, 1986c, 1987, 1988a, 1988b, 1988c, 1989, 1995, 2004).

El estudio de las formas de los monumentos, el análisis de las concepciones arquitectónicas y técnicas constructivas le lleva a distinguir cuatro grandes categorías de monumentos con diferentes tipos y formas (Figura 5.69), distinguiendo entre monumentos de técnica constructiva arquitebada y monumentos de técnica abovedada Huelva (Piñón Varela, 1986c, 1987, 1988c, 2004). Los monumentos construidos mediante sistemas arquitebados se caracterizan por el empleo de losas de cubrición o dinteles dispuestos directamente sobre los ortostatos que delimitan el espacios internos, reduciendo según este autor las posibilidades arquitectónicas de composición de los espacios sepulcrales dentro de los túmulos, No obstante, estas construcciones se presentan en una gran variedad de tamaños y formas, distinguiéndose tres tipos básicos en el área de Huelva: cistas megalíticas, sepulcros de corredor y dólmenes de cámara poligonal con corredor (Piñón Varela, 2004: 789). Todos los monumentos erigidos mediante sistema abovedado presentan una concepción arquitectónica nuclear y centralizada, que se plasma en una un patrón constructivo normativo, pues las sepulturas presentan una cámara de forma circular erigida mediante una techumbre de casquete hemisférico de mampostería, que fue excavada parcialmente en el terreno con el objeto de garantizar su estabilidad estructural (Piñón Varela, 2004: 797, 800). Esta diferenciación le lleva proponer la existencia de cuatro modelos arquitectónicos genéricos en el área de Huelva (Piñón Varela, 1986c, 1987, 1988c, 2004: 802):

- Cistas megalíticas, con plantas rectangulares o alargadas con cubiertas adinteladas, generalmente con orientación este-oeste, contenidas en túmulos de 7-8 m de diámetro (Suerte del Águila/ El Pozuelo 14, necrópolis de Corteganilla, necrópolis de Monteperro, Loma del Calvario).
- Sepulcros de corredor de espacio no diferenciado en “V”. Este tipo de monumento engloba a un conjunto de arquitecturas que tradicionalmente fueron definidas como galerías cubiertas o monumentos de cámaras alargadas (Cerdán et al., 1952; Leisner y Leisner 1956). Para Piñón Varela (2004: 809) estas construcciones no son en realidad galerías cubiertas sino sepulcros de corredor, al ser construcciones tumulares compuestas por una cámara precedida de un corredor. Dentro de este modelo arquitectónico distingue cuatro

formas básicas de sepulcros de corredor: en “V” de espacio no diferenciado, compuestos (convergentes y cruciformes), acodados y alargados.

- Sepulcros de cámara polygonal y corredor. Se caracterizan por presentar cámaras polygonales y largos corredores, formados por ortostatos de granito labrados y cubierta adintelada, dentro de túmulos circulares. Estos monumentos tienen tres rasgos comunes: el marcado escalonamiento entre el corredor y la cámara, la posición central de la estructura ortostática dentro del túmulo y el carácter semisubterráneo de la cámara. En función del tamaño de las construcciones existen dos variantes: 1) tumbas de túmulos circulares de 40 m de diámetro (La Belleza); 2) sepulcros de menor tamaño, con túmulos de 20 m de diámetro (El Chopo, Los Praditos 1) (Piñón Varela, 1988c; 2004: 816).
- Sepulcros de falsa cúpula, de notable variedad morfológica, pudiendo ser agrupada en tres grupos: sepulcros de cámara y corredor de falsa cúpula (Suerte del Bizco y Cabezo del Molino), sepulcros de cámara con falsa cúpula (Cabezo del Tesoro), sepulcros de cámara y corredor con falsa cúpula y cámara aneja (San Bartolomé de la Torre).



Formas. Tipología de los sepulcros de cámara y corredor de espacio no diferenciado onubenses: trapezoidal cistoide –A, Mesa de las Huecas 22; «alargado» –B, El Pozuelo 4; «acodado» –C, Los Gabrieles 4; «convergente» –D, El Pozuelo 2; E, El Pozuelo 6; F, Mesa de las Huecas 21; cruciformes –G, El Pozuelo 2; H, El Pozuelo 13 - Martín Gil; I, El Pozuelo 7. **Tipología de los sepulcros abovedados onubenses:** 1, San Bartolomé de la Torre; 2, Suerte del Bizco; 3, Los Pedernales; 4, El Moro; 5, Cabezo del Tesoro; 6, Charco del Toro; 7, El Tejar. Según Cerdán *et alii*, 1952, A, B, D, E, G, I, 1, 3; según Cabrero, 1978, C; según Cerdán, 1961, F; según Gómez, 1978, H; según Garrido y Orta, 1967, 2, 4, 5 y según Belén y Amo, 1985, 6, 7.

Figura 5.69. Tipos y formas de los monumentos de la provincia de Huelva (Piñón Varela, 2004, figura 188).

Para este prehistoriador la forma arquitectónica más peculiar del área de Huelva y que ofrece mayores posibilidades de investigación es el sepulcro de corredor de espacio no diferenciado en “V”, por la diversidad formal en que se presentan, por la concepción arquitectónica del espacio y por las sofisticadas técnicas con la que fueron erigidos.

Discrimina cuatro tipos básicos (Piñón Varela, 1986b, 1986c, 1987, 2004: 811-816):

- Sepulcros de corredor en “V” de espacio no diferenciado. Este es el tipo básico y más numeroso del área de Huelva, a partir del que se desarrollaron el resto de las formas de este grupo (Piñón Varela, 1986b: 83; 1986c: 110; 1987: 52; 2004: 832, 966). A tenor de sus tamaños existen dos variantes:
 - Sepulcros cistoides, de planta trapezoidal, con una longitud máxima de 4,5-5 m, insertos en un túmulo en su mayoría de 10-12 m de diámetro en el eje mayor (Los Gabrieles 2 y 5, El Pozuelo 8, Mesa de las Huecas, 22, Cabezo de la Sepultura, Las Cabezuelas, El Tejarejo).
 - Sepulcros de corredor en “V”, siendo una variación constructiva del anterior, con una planta ortostática alargada (entre 5-9 m de longitud), construidos en túmulos ovalados de 18 m en su eje axial (Los Gabrieles 1, Las Plazuelas 1, Esparraguera 2 y 4, La Mezquita).
- Sepulcros de corredor compuestos (convergentes y cruciformes), que aglutinan un conjunto de construcciones cuyas cámaras de formas acodadas o alargadas, se presentan en un mismo túmulo. Estos monumentos evidencian dos parámetros conceptuales: la agregación cuantitativa de espacios mortuorios y el engrandecimiento arquitectónico de los sepulcros de corredor en “V” (Piñón Varela, 2004: 812, 816). Su combinación da lugar a dos tipos de monumentos:
 - Sepulcros de corredor convergentes, que evidencian la aplicación del principio de por la multiplicación espacial de los ámbitos mortuorios (cámaras) reunidas en un mismo túmulo. Los más destacados son los monumentos con cámaras dobles convergentes (El Pozuelo 1 y 3, Mesa de las Huecas 20), así como los monumentos compuestos por cuatro cámaras (El Pozuelo 5 y 6) o cinco cámaras (Mesa de las Huecas 21), construidos dentro de túmulos circulares de en torno a 20 m diámetro.
 - Sepulcros de corredor cruciformes, que denotan un criterio de ordenación simétrica del espacio arquitectónico, similares a los dólmenes en transepto, caso de los monumentos 7 y 13 de El Pozuelo (Piñón Varela, 2004: 814).
- Sepulcros acodados, caso de los monumentos 4 y 6 de Los Gabrieles, caracterizados por la inflexión o trazado curvo de la estructura megalítica interna (Piñón Varela, 2004: 814).

- Sepulcros alargados, desarrollados a partir del modelo de sepulcro de cámara y corredor de espacio no diferenciado en “V”, caracterizándose por el alargamiento en el eje axial y monumentalización de la escala constructiva de las estructuras internas, el agrandamiento de los túmulos ovales delimitados por anillos peristálticos, la gradación progresiva del declive del suelo, el aumento gradual de la altura de los ortostatos desde la entrada a la cabecera, y la disposición de pilares y losa transversales; como se ha evidenciado en El Pozuelo 4, Soto 1 y Soto 2 (Piñón Varela, 2004: 816).

Al respecto de los sepulcros compuestos por varias cámaras, Piñón Varela retomó el planteamiento hipotético establecido por los Leisner (Cerdán et al., 1952: 63) sobre la posibilidad de que estos peculiares monumentos obedeciesen una historia constructiva acumulativa, es decir, a que sus formas respondiesen a la ejecución de procesos de construcción continuados en múltiples periodos o, como defendemos, a proyectos arquitectónicos articulados en distintas fases cronológicas. Este autor, tras el estudio de la composición de los túmulos, el análisis de las cámaras anejas y observación de los ajuares, rechaza rotundamente la hipótesis de que los monumentos compuestos se erigiesen en varias fases constructivas, defendiendo que todos estos monumentos fueron construidos de manera simultánea (Piñón Varela, 2004: 840-841, 904). Para este autor, las cámaras anejas no pueden considerarse como estructuras añadidas o camarillas secundarias, ni por el tamaño ni por estar supeditadas a estancias colindantes principales, ya que están construidas a la misma cota de suelo y presentan la misma altura a las que se adosan. Por otro lado, los materiales y la composición de los túmulos excavados (El Pozuelo 6 y 7) muestran una homogeneidad constructiva caracterizada por el exclusivo empleo de lajas de pizarra, con la intención de crear potentes colinas capaces de catalizar los empujes ejercidos por las losas de cubierta sobre las paredes ortostáticas, a modo de “*cairns*” de piedra, firmemente consolidados con arcilla. Además, los objetos muebles de las cámaras principales y las cámaras anejas estudiadas por los Leisner, caso de los dólmenes 2, 5, 6 y 7, de probable cronología más tardía, muestran unos ajuares muy similares, siendo de la misma tradición funeraria, temporalidad y tradición cultural (Piñón Varela, 2004: 911, 914).

Por tanto, este investigador concluye que:

“ninguno de estos enterramientos [sepulcros de corredor compuestos] posee cámaras anejas ni su configuración parece ser la resultante de un proceso continuado, semejante al de los sepulcros acumulativos (*multi-period*) británicos. Su presencia, en cambio, responde a una deliberada concepción del espacio funerario -cuyo modelo y módulo es el sepulcro de espacio no diferenciado- y del monumento, en tanto agrupación de tumbas. La variación de trazado y formas de estas supuestas cámaras anejas y de las principales sólo refleja su grave degradación” (Piñón Varela, 2004: 841).

Con esto, los monumentos de varias cámaras o compuestos, se desarrollaron a partir de la aplicación de los principios arquitectónicos del modelo del sepulcro de corredor en “V” de

espacio no diferenciado, en los que se evidencia los mismos patrones, módulos y técnicas constructivas. Como comenta el propio autor, a pesar de la complejidad estructural de los monumentos compuestos, esta es la razón por la que:

“se conserve la traza invariablemente trapezoidal de las estancias mortuorias (“cámaras”), se preserve su normativa gradación espacial (altura y anchura), se traslade la angostura de sus accesos a la pérdida de importancia de los corredores y, aun variándose inevitablemente la composición de los túmulos (El Pozuelo 6, 7, Soto 1), se mantenga la apariencia de su trazado oval. Así pues, los monumentos compuestos ejemplifican una deliberada multiplicación de espacios que reproducen en su forma y proporciones los sepulcros en “V” por agregación convergente o cruciforme (sencilla o múltiple) de elementos, o mediante su engrandecimiento (acodados y alargados). Por consiguiente, el tratamiento del espacio en ningún caso genera una compartimentación sino una agregación –en número y tamaño- acorde a los recursos técnicos del sistema arquitrabado. Los monumentos así erigidos constan de distintos ámbitos independientes entre sí y se integran en una misma elevación tumular” (Piñón Varela, 2004: 966).

Además, estableció una secuencia diacrónica de las arquitecturas del área de Huelva, tomando en consideración las formas de las construcciones, los ajuares muebles y su contextualización regional en el sur peninsular. Para ello, parte de dos premisas de partida: a) la contemporaneidad de las sepulcros sencillos con los sepulcros compuestos, como se deduce de las necrópolis; b) la uniformidad del ritual de inhumación colectivo, concebido como una tradición funeraria (Piñón Varela, 2004: 911). Establece una secuencia cronológica del fenómeno megalítico de Huelva estructurada en tres fases (Piñón Varela, 2004: 970-993; Figura 5.70):

- Fase 1, Neolítico Medio (c. 4500-3500 ANE), en la que aparecen los sepulcros de cámara y corredor de espacio no diferenciado de tamaño y aspecto “cistoide”, al igual que se proponía para los dólmenes de cámara sencilla del área de Alentejo (Poço de Gateira 1 y Gorginos 2) (Leisner y Leisner, 1951a), con los que encuentra similitudes estructurales y en la composición de los ajuares: geométricos trapezoidales, hojas y hojitas, hachas cilíndricas, escoplos de superficies piqueteadas, recipientes cerámicos de formas globulares y hemisféricas con tratamientos a la almagra.
- Fase 2, Neolítico Final (c. 3500-3000 / 3000-2500 ANE), caracterizado por la construcción de sepulcros de monumentos compuestos y alargados organizados en necrópolis.

En la segunda mitad del IV milenio ANE (c. 3500-3000) surgieron las necrópolis de la peniplanicie del Andévalo, estando formadas por sepulcros de cámara en “V” y sepulcros compuestos. El grupo más antiguo sería el conjunto de El Pozuelo (sepulcros de cámara en “V” y sepulcros compuestos convergentes y cruciformes), que sería el área nuclear a partir de donde se expandiría territorialmente hacia otras áreas de la provincia, surgiendo las necrópolis de Los Gabrieles (sepulcros acodados), Mesa de las Huecas (sepulcros

compuestos) y Soto (sepulcros alargados) a lo largo de la segunda mitad del IV milenio ANE. Esta es la fase más relevante en el área de Huelva, dada la conformación de los grupos dolménicos del Andévalo, la complejidad arquitectónica de los monumentos y la estandarización de los ajuares, que permiten su contrastación en el marco de las secuencias del megalitismo del sur de la Península Ibérica y del megalitismo atlántico. En la primera mitad del III milenio ANE (c. 3000-2500 ANE) se reutilizaron los espacios de los anteriores monumentos y se construyeron los sepulcros calcolíticos, distinguiendo cuatro variables formales: a) los sepulcros de cámara poligonal y corredor del área de Aroche; b) sepulcro de corredor trapezoidal, que pervivió en determinadas zonas, caso del dolmen de Las Plazuelas 1; c) sepulcros de falsa cúpula, caso de la necrópolis de La Zarcita; d) arquitecturas de falsa cúpula con aparejos ortostáticos (Las Plazuelas 2). Estos monumentos de la Edad del Cobre se caracterizan por el mantenimiento de la tradición constructiva dolménica neolítica.

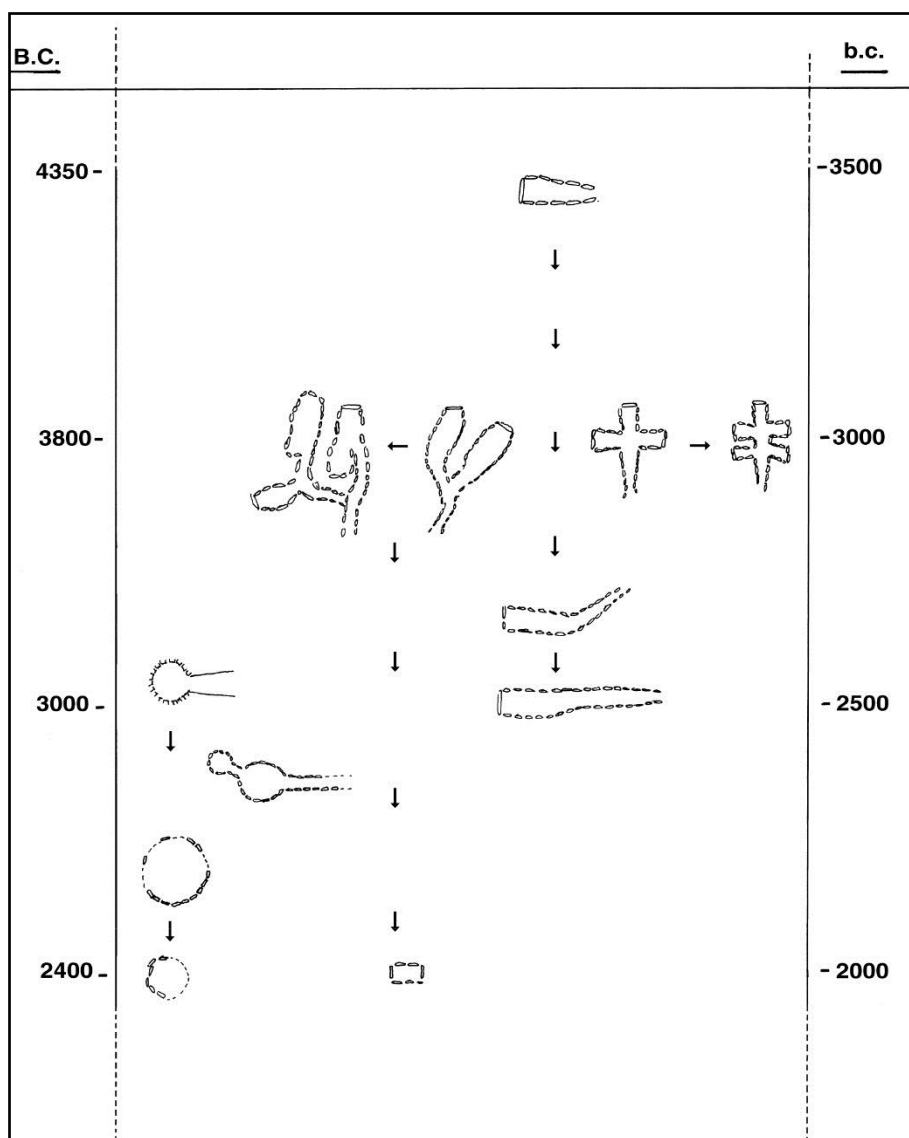


Figura 5.70. Secuencia diacrónica de las arquitecturas megalíticas funerarias de Huelva (Piñón Varela, 2004, figura 204).

- Fase 3, transición Edad del Cobre-Edad del Bronce (c. 2500-2000), caracterizada por la construcción de sepulturas circulares cistoides de tradición funeraria colectiva (El Tejar) y por la reutilización funeraria de los monumentos dolménicos, en los que se evidencia enterramientos individuales con ajuares campaniformes (cerámicas y puntas Palmela), caso de los monumentos de Soto 1 y 2.

5.4.3.3. **PROYECTO ODIEL-GRUPO MIDAS**

Desde el Proyecto Odiel y Grupo MIDAS III Milenio a.n.e., de la Universidad de Huelva, la investigación de las arquitecturas megalíticas del área de Huelva se enmarcó dentro de una línea de estudio general: las *Formaciones Sociales de Linaje* en el III milenio ANE, como parte de un proceso histórico de mayor alcance territorial y desarrollo diacrónico que afectó al sur de la Península Ibérica: el origen de la desigualdad social (Nocete 2001: 132; Nocete et al., 2004a: 76). Para explorar esta problemática histórica debía generarse un registro arqueológico que respondiese a la investigación de estas premisas de partida, dado que hasta entonces, según estos autores se contaba con una documentación y con unos discursos contruidos a partir del expolio sistemático de los lugares, tanto académico como clandestino, siendo la necrópolis de El Pozuelo el caso más paradigmático por su deficiente metodología de estudio (Orihuela, 1992, 1999: 304; Nocete et al., 1999, 2002, 2004a). Para superar este déficit de conocimiento científico desde este Proyecto se apostó por tres líneas de trabajo:

1. Programa de puesta en valor del conjunto megalítico de El Pozuelo, que contemplaba un conjunto de actuaciones: investigación, limpieza, consolidación de las tumbas y acondicionamiento para su visita, sitios visitables, acometidas en los años 1998-1999 realizados en los años 1998-1999 (Nocete et al., 1999; Nocete et al., 2004a), que será analizado en el capítulo 7, epígrafe 2. Para ello, fue fundamental el registro y la información generada a partir de las excavaciones de la tumba 6 de El Pozuelo.
2. Investigación de la necrópolis de El Villar, entre los años 2000-2002, mediante la excavación de dos tumbas: La Paloma y la Venta (Nocete et al., 2001, 2002), entendido como un laboratorio arqueológico “ante la necesidad de contar con registros arqueológicos eficientes para explorar la historia encerrada tras estas construcciones megalíticas” (Nocete et al., 2004a: 55).
3. Excavaciones arqueológicas de investigación y de apoyo a la conservación en el dolmen de Soto, entre los años 2006-2011, desarrolladas en el túmulo, anillo perimetral, espacio externo (área de acceso y perímetro circundante del dolmen) e interior de la galería megalítica, así como las labores de seguimiento y control arqueológico de las obras de restauración para la puesta en valor del monumento megalítico.

Mediante las intervenciones patrimoniales desarrolladas los en las necrópolis megalíticas de El Pozuelo y El Villar se realizaron un conjunto de estudios científicos (primeras dataciones

radiocarbónicas, estudios palinológicos, análisis petrográficos de materias primas, análisis microespacial, entre otros) que posibilitaron un avance en la investigación de aspectos concretos del megalitismo del Andévalo oriental (Nocete et al., 1999, 2001, 2002 y 2004a). Sus resultados, además fueron transferidos a la sociedad a través de la definición de una serie de contenidos didáctico-pedagógicos expuestos en el Centro de Visitantes de la Cultura Dolménica en Zalamea la Real, abierto en 2002, creándose a partir de éste un discurso patrimonial que contemplaba la difusión de los programas de investigación y conservación con el objetivo básico de “gestionar la información disponible sobre el megalitismo suroccidental... (y)...desarrollar un proyecto formativo dirigido a auspiciar una complicidad ciudadana activa en dicha tutela” (Nocete y Peramo 2004: 471), conforme a los planteamientos del Plan de Actuación sobre el Megalitismo de la Cuenca Minera de Huelva (Peramo y Nocete, 2009).

Según este equipo, la distribución en las necrópolis megalíticas en el marco territorial del Andévalo muestra un entramado político característico de una Formación Social de Linaje con tendencia a la verticalización interna de sus segmentos en el III milenio ANE, hasta consolidarse por medio de las necrópolis agregadas y jerarquizadas del II milenio ANE. Esta verticalización social es la expresión de unas relaciones clasistas iniciales, sustentadas en el poder de determinados grupos parentales (linajes) sobre otros grupos sociales o unidades de parentesco, ejerciendo dos mecanismos control: la disposición de la fuerza de trabajo directa para la construcción de las tumbas y el consumo restringido de productos de procedencia lejana, caso de los elementos de adorno, cuchillos de sílex, etc. En este entramado de relaciones sociales, según estos investigadores, las necrópolis megalíticas fueron elementos esenciales para la reproducción del orden social y para la configuración de los territorios de las comunidades de linajes del Andévalo, que contaban con una ordenación espacial de ámbitos territoriales cerrados y con un tipo de poblamiento nómada, características de las periferias. Estos grupos sociales fueron interpretados como “sociedades de resistencia” formadas por comunidades opuestas a los grandes centros políticos del suroeste peninsular: valle del Guadalquivir y valle del Guadiana (Nocete 2001: 132; Nocete et al., 2004a: 76; Nocete et al., 2005: 76). El ámbito geográfico que ocuparon estas sociedades de resistencia fue la actual comarca del Andévalo, donde las comunidades megalíticas ejemplificaron uno de los procesos de formación secundaria de sociedades clasistas de Formas de Linaje (Nocete y Peramo, 2010: 81).

A través del análisis de los patrones espaciales de localización de los monumentos funerarios en relación con los asentamientos, plantearon cuatro modelos diferenciados de organización territorial de las necrópolis megalíticas (Nocete et al., 2004a: 48-49; Nocete y Peramo, 2010: 74-76):

- Distribución de pequeños monumentos ubicados en los sitios de acceso a las plataformas interiores de la zona central del Andévalo, localizadas en el borde externo del perímetro de los ríos Tinto y Odiel. Estos márgenes fueron ocupados por tumbas provistas de túmulos

de 12 m de diámetro, dispuestas en sitios de fuerte dominio visual con el objeto de ser percibidas desde el espacio externo. Mediante su implantación se delimitaba una frontera o territorio ideológico disuasorio, uniforme y unitario, en el que se presentan suelos aptos para prácticas agropastoriles y pequeños asentamientos.

- Distribución de asociaciones pareadas de túmulos al exterior del territorio anterior. Se ubican en las cabeceras de los cauces fluviales, marcando las vías de comunicación hacia el oeste (Andévalo occidental) y hacia el sur (campaña o Tierra Llana).
- Distribución interna de cuatro concentraciones megalíticas en el área del Andévalo oriental: El Villar, El Pozuelo, Buitrón y Los Gabrieles, distanciadas y aisladas entre sí, sin aparente jerarquización entre ellos, conforme a una estructura de organización territorial interna de tipo modular, definiendo cada una su propia unidad productiva. En estas necrópolis se presentan las construcciones funerarias de mayor tamaño.
- Distribución espacial y asociación disimétrica dentro de las cuatro concentraciones mayores anteriores. Así, es constante la oposición en las tumbas de mayores dimensiones (con túmulos de más de 22 m de diámetro) ubicadas en unidades geomorfológicas dominantes frente un nutrido grupo de pequeñas tumbas (túmulos inferiores a 12 m de diámetro) en posiciones visualmente subordinadas. Esta contrastada organización jerárquica responde a la existencia de disimetrías sociales internas en los grupos de linajes del área del Andévalo oriental.

Estos modelos territoriales se desarrollaron como un proceso diacrónico que abarcaría, según estos investigadores, exclusivamente el III milenio ANE. Desestimaron la cronología tradicional asignada para los conjuntos megalíticos de Huelva, caso de El Pozuelo, pues el encuadre cultural de estas arquitecturas en el Neolítico y su origen en el V-IV milenio para éstos es totalmente erróneo y falso, puesto que la temporalidad antigua de estas tumbas sólo se había sostenido a partir de las cualidades formales de las construcciones (tipología simple y estética arcaica) y por la presencia de determinadas objetos en los ajuares: cerámicas y geométricos en los ajuares (Nocete et al., 1999: 34; Nocete et al., 2004a: 50). Por tanto, circunscribieron la construcción y uso de las tumbas megalíticas a un momento de la Prehistoria Reciente: el III milenio ANE, ligando su aparición, desarrollo y consolidación a un proceso histórico: las formaciones sociales desiguales o sociedades clasistas iniciales.

Las necrópolis megalíticas de la primera mitad del III milenio se caracterizan por estar compuestas por construcciones del tipo “galerías cubiertas” (La Venta, La Paloma, El Pozuelo 2, entre otras) y por el desarrollo de complejas prácticas rituales. La excavación de los dólmenes de La Paloma y La Venta en el año 2000 permitió abordar dos problemáticas de investigación principales: la cronología de los monumentos y las prácticas rituales asociadas a éstos, por el

análisis microespacial de los contextos funerarios (Nocete et al., 2001, 2002, 2004a). Hay que destacar que éstas son las primeras fechas radiométricas realizadas en los dólmenes de la provincia de Huelva (Tabla 5.1). Posteriormente, fueron incrementadas por las dataciones obtenidas en el monumento 4 de Los Gabrieles (Linares Catela, 2006) y en varios sitios del conjunto de El Gallego-Hornueco (Linares Catela y García Sanjuán, 2010). A partir de los resultados de las dataciones radiocarbónicas estos investigadores consideraron que estas construcciones funerarias contaban con un uso exclusivo en el III milenio ANE, como muestran cuatro de las siete fechas obtenidas de los contextos funerarios no alterados: depósitos funerarios. Sin embargo, los contextos arqueológicos que arrojaron las tres muestras con resultados cronométricos posteriores (del I milenio ANE), fueron desestimados, no realizándose su análisis, al argumentarse que estas procedían de sectores alterados (fosas de expolio) y, por tanto, no se correspondían con el uso funerario de las construcciones dolménicas (Nocete et al., 2004a: 65-68). Por tanto, las fases de condenación o de destrucción, así como las dataciones que los definen temporalmente, no fueron objeto de estudio.

En el dolmen de La Paloma se realizaron cuatro dataciones. Dos de las dataciones se efectuaron sobre los suelos funerarios no alterados de la cámara (suelo funerario: US5), permitiendo fijar la cronología para esta construcción funeraria en la primera mitad del III milenio ANE. La muestra La Paloma 1, realizada sobre muestra de hueso humano del suelo funerario US5 de la cámara, arrojó un resultado de 4220 ± 40 BP (2910-2660 cal ANE 2σ , 2890-2700 cal ANE 1σ). La muestra La Paloma 2, sobre carbón vegetal del mismo suelo funerario de la cámara, proporcionó un resultado cronométrico de 4070 ± 70 BP (2880-2460 cal ANE 2σ , 2860-2490 cal ANE 1σ). El estudio de los espacios internos y externos de la tumba les llevó a identificar la existencia de tres conductas diferenciadas (Nocete et al., 2004a: 71; Nocete y Peramo, 2010: 77-78):

- 1- La cámara estaba destinada a la deposición funeraria, como denotaba la presencia de dos concentraciones de restos óseos con productos recurrentes, compuesta por cuentas de piedras verdes, punta de flecha, cuchillo de sílex y vasos cerámicos, que se correspondería con dos enterramientos.
- 2- La entrada del corredor estaba dirigida a la deposición de placas decoradas, que se habían fracturado intencionalmente, junto a otros objetos completos (cuentas de collar, puntas de flecha y cuchillos de sílex).
- 3- La fracturación como práctica social, como se evidencian los depósitos de vasos cerámicos rotos por la mitad en el exterior, sobre todo en la entrada a la tumba.

Las dos dataciones procedentes de contextos alterados se corresponden con una fosa de expolio (US 3), La Paloma 3, y con el suelo funerario afectado o alterado por la práctica de expolio (US 10), La Paloma 4. Los resultados de las dataciones (no publicados), de la primera mitad del I milenio ANE, son concordantes con la estratigrafía arqueológica, fijando cronológicamente un nivel de destrucción y expolio.

En el dolmen de La Venta se realizaron tres dataciones, mostrando que su uso funerario fue más prolongado que La Paloma, desde el segundo al tercer cuarto del III milenio cal ANE. La Venta 1, realizada sobre una muestra de carbón del suelo del corredor (US4), proporcionó un resultado de 4200 ± 70 BP (2920-2570 cal ANE 2σ , 2890-2660 cal ANE 1σ). La Venta 2, hecha sobre una muestra de carbón del suelo del pasillo y puerta de entrada (US4), dio una fecha de 3820 ± 50 BP (2400-2140 cal ANE 1σ , 2460-2130 cal ANE 2σ). La Venta 3, sobre muestra de hueso humano del nivel de suelo de la cámara (US4), arrojó una datación de 2820 ± 40 (1111-855 cal ANE 2σ , 1016-916 cal ANE 1σ), siendo interpretada esta cronología reciente como consecuencia del proceso de rejuvenecimiento por efecto de la alta acidez del suelo de arcilla (Nocete et al., 2004a: 67). Del mismo modo, el estudio microespacial les permitió abordar y discriminar las conductas rituales, con un comportamiento diferencial marcado (Nocete et al., 2004a: 74; Nocete y Peramo, 2010: 78-80):

1. El proceso de construcción de la tumba en el espacio externo, desde la cantería de la piedra hasta la colocación de los materiales.
2. El uso y frecuentación periódica de la tumba como cementerio mediante unas complejas prácticas de ritualización, manifestada por la presencia de espacios y estructuras externas que conforman la dimensión y morfología del túmulo:
 - Rampa frontal, destinada al acceso a la tumba.
 - Doble circuito empedrado, interno y externo, al anillo peristáltico, cuyo fin se relaciona con el tránsito circundante de la tumba.
 - Menhir alineado con la cámara y dispuesto en el trazado del anillo peristáltico externo.

Con todo, el valor de la investigación de la necrópolis de El Villar reside según estos autores en que:

“Los resultados de los análisis cronológicos mediante C14 en La Paloma y La Venta nos confirman que nos hallamos ante los precedentes constructivos, territoriales y sociales de los Dólmenes de El Pozuelo, y que en ellos ya estaban implícitos los niveles de organización social que la desigualdad en el tamaño y ubicación de los cementerios de El Pozuelo señalaban, pues la estructura de ordenación funeraria que se ordena en torno a La Paloma y su posición jerárquica (tamaño y ubicación) son similares y previos a El Pozuelo. Con ello, la expresión de un sistema de organización social recurrente en un territorio a lo largo de todo el III Milenio ANE” (Nocete et al., 2004a: 68).

Según la propuesta de este equipo, desde mediados del III milenio ANE aparecen las necrópolis de grandes dólmenes, caso de El Pozuelo y Los Gabrieles, estando compuestas por construcciones dotadas de múltiples cámaras. En torno a éstas se desarrollaron diversas prácticas rituales en los espacios internos y externos, destacando la recurrencia en la fracturación de los productos cerámicos. Así, la monumentalización de los dólmenes y la proliferación de complejas prácticas rituales funerarias de la segunda mitad del III milenio ANE expresan y reproducen mediante la vinculación con los antepasados la delimitación de los

territorios y las desigualdades sociales de los linajes, características de las formaciones sociales clasistas iniciales. Al final del proceso, a inicios del II milenio ANE, desaparecen tres de las necrópolis (El Villar, Los Gabrieles, El Buitrón) de las cuatro principales del territorio interior, permaneciendo en uso una en exclusividad: El Pozuelo. Esta concentración era la de mayor monumentalidad, representaba el mayor coste social para su construcción y propiciaba la ocultación al interior de las tumbas de las prácticas de ritualización, siendo el espacio donde se expresaban las mayores disimetrías sociales. En esta concentración, contrasta la posición elevada y la monumentalidad de las tumbas respecto a la dispersión de las pequeñas aldeas circundantes (Nocete et al., 2004a: 76; Nocete y Peramo, 2010: 80-81).

Respecto a las excavaciones arqueológicas y estudios geoarqueológicos desarrollados en el dolmen de Soto, puede ponerse de relieve un conjunto de aspectos destacados por sus investigadores sobre la arquitectura, uso y cronología del monumento:

- El proceso constructivo del túmulo, de 80 metros de diámetro, desarrollado en las siguientes etapas: a) explanación y horizontalización del paleosuelo; b) la deposición de continuadas capas sucesivas y superpuestas de arcillas; c) la disposición de una última capa de cubrición del túmulo formada por de cantos de río (cuarcita, cuarzo y calcarenita) y arcilla roja en toda su extensión, que la haría muy visible en el paisaje circundante de la campiña. El túmulo sería de tendencia circular y alcanzaría en torno a 80 m de diámetro, destacando la densa capa de cubrición de guijarros de cuarzo, estando delimitado por un anillo peristáltico, compuesto por distintas litologías y formalizado por diversos sistemas constructivos. Este anillo servía de elemento delimitador y de sistema de retención de la masa tumular en las pendientes más pronunciadas. Con esto, este monumento sería una de construcciones de mayor tamaño, complejidad técnica, impacto visual en el paisaje por su color y volumen y belleza del Megalitismo occidental, contando con un diseño orientado a perpetuarse en el tiempo y en el espacio (Rodríguez Bayona et al., 2010: 2236).
- La documentación de un área de actividad metalúrgica de cobre, localizada en la zona frontal del atrio, en la que se recuperaron restos de escorias y crisoles derivados de los trabajos de mantenimiento y reciclaje de artefactos de metal asociados temporalmente al proceso de construcción del monumento megalítico (Nocete et al., 2011: 3287).
- La cronología del monumento, que se propone en el último cuarto del III milenio cal ANE, a tenor de una datación realizada sobre un fragmento de carbón vegetal (*Quercus ilex*) extraído de una escoria de cobre del área de actividad metalúrgica del atrio (Ua-35665), que arrojó un resultado cronométrico de 3830 ± 35 BP: 2457-2150 cal ANE 2σ , 2339-2205 cal ANE 1σ (Nocete et al., 2011: 3282), que sus investigadores relacionan con el proceso de construcción del dolmen.

BLOQUE IV

METODOLOGÍA DE INVESTIGACIÓN

CAPÍTULO 6

METODOLOGÍA DE INVESTIGACIÓN **DE LOS MONUMENTOS DEL ÁREA DE HUELVA**

6.1. PLANTEAMIENTOS GENERALES. MÉTODOS Y TÉCNICAS

El estudio de los monumentos megalíticos requiere de una metodología de investigación adaptada a los planteamientos y objetivos de conocimiento enunciados con anterioridad. Así, en este capítulo desarrollamos el método que aplicaremos en el estudio del área de Huelva, que posibilita un acercamiento a las tres esferas que se presentan en la materialidad arqueológica: la arquitectura, la obra de construcción y los usos.

La metodología de investigación se sustenta en una serie de premisas de partida que debemos examinar en cada construcción megalítica:

1. La necesidad de conocer la arquitectura integral, tanto en la forma, dimensiones, elementos estructurantes, espacialidad de las unidades arquitectónicas y materiales, como del sitio que ocupa, lo que posibilitará el desciframiento de los parámetros conceptuales, intencionalidades y la concepción del espacio construido de los proyectos arquitectónicos.
2. La posibilidad de identificar las diferentes fases constructivas y, por tanto, la diacronía de los monumentos, explorándose las temporalidades de construcción, uso, transformación y reutilización.
3. El establecimiento de la secuencia temporal y espacial de las obras de construcción, desarrolladas con unas técnicas constructivas y materiales particulares en cada fase constructiva, contemplando las estrategias de aprovisionamiento y explotación de las materias primas disponibles en el medio geológico.
4. El conocimiento del emplazamiento de las arquitecturas y el territorio en el que se localizan y distribuyen, al objeto de conocer el espacio circundante, el paisaje y la organización espacial de los grupos y los territorios donde se presentan.

A tenor de estas premisas, la metodología de investigación se centra en el desarrollo de una serie de análisis arqueológicos interrelacionados:

- Análisis de la obra de construcción. Elementos de la cadena operativa: emplazamiento y trabajos de acondicionamiento, materiales de construcción, transformación y tratamiento de los materiales, colocación y disposición (técnicas de construcción, principios constructivos y funciones arquitectónicas) y organización del trabajo. En este apartado, se incluye el estudio de los soportes pétreos con grafías (grabados o pinturas), ya sean ortostatos, estelas, losas de cubierta o jambas, al ser materiales que forman parte de manera insoluble de las arquitecturas, siendo elementos constructivos dispuestos con unas intencionalidades concretas.

- Análisis arquitectónico: formas arquitectónicas, principios, parámetros de construcción, e intencionalidades.
- Análisis espacial de las arquitecturas y de los materiales: concepción del espacio construido y usos (funerario, ritual, territorial).
- Análisis diacrónico: secuencia estratigráfica-estructural y dataciones radiocarbónicas. Las fases constructivas y los proyectos arquitectónicos.
- Análisis territorial: emplazamiento, espacio circundante, paisaje y territorio.

Para la consecución de estos planteamientos metodológicos contaremos con una documentación derivada de diversas técnicas de investigación que tienen por objeto la exploración de estos campos de conocimiento, que podemos sintetizar en cinco apartados: a) documentación arqueológica derivada de excavaciones arqueológicas en extensión; b) análisis arqueológicos mediante el método de la arqueología de la arquitectura; c) levantamientos topográficos y representación gráfica; d) estudios y prospecciones geoarqueológicas; e) estudios territoriales y paisajísticos.

Estos planteamientos se han contrastado en diversas excavaciones arqueológicas en extensión desarrolladas por nosotros en la provincia de Huelva, caso de los monumentos analizados en esta tesis (el grupo de Los Llanetes del conjunto de El Pozuelo y en la necrópolis de El Seminario); así como en otros grupos dolménicos de la comarca del Andévalo oriental (Los Gabrieles, El Gallego-Hornueco) y en el monumento megalítico de Soto I. En ellas se ha contado con una estrategia de intervención centrada en el conocimiento integral de las arquitecturas, los depósitos funerarios, las estructuras y materiales asociados a los diferentes usos.

Para la exploración sistemática de las arquitecturas hemos desarrollado una metodología centrada en la excavación, documentación y análisis de los elementos estructurantes (túmulos, construcciones internas y accesos en el caso de las arquitecturas funerarias), espacios internos (funerarios y sepulcrales), espacios externos (rituales, votivos...) y emplazamiento donde se desarrolló la obra de construcción, al objeto de conocer la secuencia estratigráfica y estructural completa de cada sitio o monumento funerario, su historia constructiva y los diversos proyectos arquitectónicos.

Esta estrategia metodológica se adapta a la naturaleza de cada modelo arquitectónico (construcciones tumulares dolménicas, recintos de terrazas e hipogeos) y a cada sitio en particular. Además, parte de los planteamientos de intervención han estado condicionados por dos elementos. El primero, por el estado de conservación de las arquitecturas. El segundo, por el contexto patrimonial de las investigaciones arqueológicas, dado que han estado asociadas a

actuaciones consolidación y puesta en valor. La mayoría de las arquitecturas tumulares dolménicas no preservan los túmulos y las losas de cubierta, conservándose las masas tumulares por debajo de las crestas de los ortostatos, estando parte de las estructuras internas al descubierto, observándose los “esqueletos megalíticos”. Este estado de conservación parcial, con evidente pérdida de materialidad de los túmulos y ausencia casi completa de losas de cubierta, se debe a diversos factores naturales y antrópicos, destacando especialmente los procesos de transformación que estuvieron sometidos estas arquitecturas durante su dilatada historia constructiva, que provocaron en algunos casos el dismantelamiento parcial, y el prolongado uso de estos monumentos. Las tumbas de El Seminario, por el contrario, al ser construcciones subterráneas totales o parciales, se han preservado soterradas tras su desuso, no teniéndose constancia de la presencia de masas tumulares que la recubriesen y/o delimitasen. Esta doble casuística, condiciona la estrategia de intervención y el tipo documentación de los elementos arquitectónicos. En el caso de las arquitecturas dolménicas, la consecución de la excavación de la superficie del túmulo conservado permite una primera identificación de la naturaleza del mismo, sin requerir una profundización o sondeo en vertical en la masa tumular. Su análisis estructural combinado con las construcciones ortostáticas internas, además, permite la identificación de fases constructivas diferenciadas. Estas evidencias materiales han servido de elementos de referencia para la continuidad de la práctica de excavación, proceso de documentación y análisis arqueológico, como detallaremos para cada sitio.

Por otro lado, las excavaciones arqueológicas de los grupos dolménicos de la comarca del Andévalo oriental (Los Llanetes, Los Gabrieles, El Gallego-Hornueco) y del monumento megalítico de Soto I, se han desarrollado de manera interrelacionada con las actuaciones de consolidación y puesta en valor de estos monumentos. En este sentido, se han generado investigaciones interdisciplinares para el estudio de los métodos, técnicas y materiales constructivos empleados en estos monumentos megalíticos, al objeto de obtener un conocimiento arquitectónico pormenorizado y una evaluación detallada del estado de conservación, evaluándose los daños materiales, alteraciones y patologías de deterioro. Mediante el análisis arquitectónico y documentación geoarqueológica se han determinado los criterios proyectuales de intervención y ejecución de las actuaciones de consolidación, con la finalidad de corregir las patologías de deterioro, garantizar la conservación preventiva de estos sitios y preservar la integridad física de estos yacimientos arqueológicos (Linares Catela, 2013).

Esta metodología toma determinados principios desarrollados en los estudios de los grandes túmulos alargados neolíticos del oeste de Francia, en donde varios equipos de investigación han desarrollado excavaciones que contemplan el análisis interrelacionado de los túmulos, cámaras y depósitos funerarios, el análisis de la obra de construcción y la identificación las diferentes fases constructivas, que se pueden correlacionar con los proyectos arquitectónicos acometidos en estos monumentos (Joussaume, 1997b, 1999, 2006; Mohen y Scarre, 2002; Laporte, 2010,

2011, 2013, 2015 a, 2016; Laporte et al., 2014), y en los dólmenes de corredor daneses, donde se ha realizado un estudio sistemático de los elementos arquitectónicos para el conocimiento de los principios, métodos y procesos de construcción en relación con la restauración de estos monumentos (Dehn y Hansen, 2000, 2006 a; Dehn, 2009, 2016).

El análisis de los elementos estructurantes, unidades arquitectónicas y materiales se sustenta en el método de la arqueología de la arquitectura. Esta herramienta de análisis de las arquitecturas cuenta un amplio desarrollo en España para edificios de distintas épocas (Parenti, 1996; Caballero Zoreda, 1996; Tabales, 2002, 2014; Mileto y Vegas, 2003, 2004, 2014; Vargas Lorenzo, 2013), pero con una reducida aplicación a las construcciones megalíticas (Mañana Borrazás et al., 2002; Ayán et al., 2003). En este sentido, contamos como referencia con el método desarrollado en el túmulo C de Prissé-la-Charrière, en el que se ha generado un estudio integral de la obra de construcción, proponiéndose una terminología específica para la definición de los elementos arquitectónicos que lo componen y nuevas técnicas de representación gráfica de este monumento (Laporte et. al., 2014; Cousseau, 2016a, 2016b).

Para todo ello, debe contarse con una adecuada documentación gráfica que permita el análisis formal de las arquitecturas, el estudio topográfico del emplazamiento y las secuencias estratigráficas y constructivas. Las principales técnicas de representación que pueden emplearse son:

- Levantamientos topográficos del emplazamiento de la construcción y del entorno con estación total, que pueden ser combinados con diversas técnicas de scanner 3d y fotogrametría área cercana (Linares Catela et al., 2013).
- Planimetrías: plantas, alzados y secciones constructivas detalladas que muestren la totalidad de los elementos arquitectónicos, unidades constructivas y su representación por fases.
- Perfiles estratigráficos, en los que se muestre la secuencia estratigráfica y estructural.
- Scanner y fotogrametría 3d, que permite comprender las arquitecturas en tres dimensiones (Cassen et al., 2013, 2014; Gaugne et al., 2012).
- Fotogrametría aérea cercana, que permite una visión detallada de las estructuras y espacios y su uso combinado con los levantamientos topográficos y modelados en 3d (Linares Catela et al., 2013).

El conocimiento del emplazamiento y del entorno territorial de las arquitecturas precisa estudios arqueológicos, geoarqueológicos y arqueométricos concretos:

- Prospecciones geofísicas del sitio, a efectos de detectar estructuras negativas del sustrato, caso de las canteras, fosos o incluso elementos de ocupaciones previas, como se ha practicado en numerosos monumentos megalíticos, caso del túmulo de la Motte de La Jacquille ubicado en la región de Ruffécois del departamento francés de Charente, que propició la identificación de cinco fosas, correspondiéndose con las canteras de extracción de las piedras para la construcción del túmulo, como se confirmó mediante la realización de sondeos arqueológicos externos (Ard et al, 2016a; Mathé et al., 2016).
- Prospecciones arqueológicas, al objeto de conocer los elementos del espacio circundante (elementos naturales y elementos antrópicos), localizar otros monumentos, asentamientos y sitios con grabados rupestres, entre otros elementos.
- Prospecciones geoarqueológicas y estudios geológicos, al objeto de conocer el medio geológico, realizar una cartografía detallada de las formaciones geológicas y localizar las potenciales materias primas empleadas en la construcción, como se ha realizado en el dolmen de Menga, conjunto de Antequera (Carrión, 2008; Carrión et al., 2009, 2010; Lozano et al., 2014), *tholos* de La Pastora, de la necrópolis de Valencina de la Concepción (Cáceres et al., 2013, 2014), el dolmen de La Chabola de la Hechicera en el País Vasco (Martínez Torres et al., 2014), o la necrópolis de Panoria en la Depresión de Guadix (Aranda Jiménez et al., 2017b).
- Estudios paleoambientales (antracología y palinología), para el conocimiento del paleopaisaje y las transformaciones ambientales del espacio circundante de las arquitecturas (Zapata y Figueria, 2000; Sadovnik et al., 2014).

Esta será la base documental, para efectuar un análisis territorial del espacio circundante, contando además con las cartografías de ubicación de los megalitos de la provincia de Huelva, lo que permitirá delimitar territorialmente los conjuntos (grupos y necrópolis), abordar cuestiones acerca de la organización espacial de los grupos de arquitecturas y definir los “territorios megalíticos” en ámbitos geográficos comarcales, supra-comarcales o regionales.

6.2. ANÁLISIS DE LA OBRA DE CONSTRUCCIÓN

El análisis arqueológico de la obra de construcción requiere del estudio del conjunto de elementos que conforman la cadena operativa o procesos de trabajo articulados durante la obra de construcción para la ejecución de las arquitecturas megalíticas, organizados en el espacio y ordenadas en una secuencia temporal. Para el estudio de las arquitecturas funerarias (construcciones ortostáticas adinteladas y construcciones excavadas en el terreno) y recintos de terrazas consideramos que los elementos de análisis fundamentales para conocer los procesos de construcción deben ser:

- Trabajos de acondicionamiento del emplazamiento.
- Selección y explotación de las materias primas.
- Transformación y tratamiento de los materiales de construcción.
- Técnicas de construcción, colocación y disposición de los elementos arquitectónicos.
- Organización del trabajo.

6.2.1. EL EMPLAZAMIENTO Y LOS TRABAJOS DE ACONDICIONAMIENTO

6.2.1.1. EMPLAZAMIENTO: TOPOGRAFÍA Y MEDIO GEOLÓGICO

La comprensión del lugar elegido para el emplazamiento de construcción precisa del análisis arqueológico de la geomorfología del sitio, la topografía del lugar y el medio geológico.

Estudio geomorfológico

El estudio geomorfológico se basa en el análisis de la unidad de relieve elegida para la construcción megalítica, definiéndose su orografía y morfología.

Estudio topográfico

El estudio topográfico del emplazamiento es determinante para la comprensión de dos aspectos fundamentales: el tipo de emplazamiento seleccionado y la transformación topográfica del lugar, como consecuencia de los trabajos de acondicionamiento desarrollados.

El conocimiento del tipo de emplazamiento requiere un levantamiento topográfico detallado del lugar, al objeto de representar con exactitud el relieve, la topografía y morfología del lugar seleccionado para la construcción. Este estudio permite establecer análisis e inferencias sobre el grado de adaptación de las arquitecturas al emplazamiento y las labores de transformación topográficas necesarias durante el proceso de ejecución de la obra, por varios condicionantes: acopio de materiales, áreas de transformación, disposición de medios efímeros o construcción de estructuras.

Estudio del medio geológico

El estudio del medio geológico facilita el conocimiento de las distintas formaciones geológicas regionales y locales, empleándose la documentación textual y cartografías del Mapa Geológico Nacional, MAGNA, (escala 1:50.000), y de la Investigación geológica y cartografía básica en la Faja Pirítica y áreas aledañas, elaborado en 1999 por la Junta de Andalucía y el Instituto Tecnológico Geominero de España (escala 1:25.000), donde se incluyen las denominaciones de las distintas formaciones geológicas.

Ante la necesidad del reconocimiento de las litologías del medio empleadas para la construcción de las arquitecturas se precisa de trabajos de campo exhaustivos. Así, para el caso del Grupo de los Llanetes, conjunto de El Pozuelo, se ha realizado un estudio geológico sistemático del entorno, elaborándose una cartografía geológica de detalle, a escala 1:2000.

6.2.1.2. TRABAJOS DE ACONDICIONAMIENTO. IDENTIFICACIÓN Y TIPOS

La identificación de los trabajos de acondicionamiento y la determinación de sus tipos precisa de dos análisis complementarios del nivel de base de la obra de construcción: a) el estudio de las huellas tecnológicas; b) el estudio topográfico.

Los trabajos de acondicionamiento desarrollados para la construcción de las arquitecturas megalíticas dejan huellas tecnológicas, estructuras y restos materiales reconocibles en el registro arqueológico. El análisis arqueológico para la identificación y el reconocimiento de los trabajos de acondicionamiento se centra en la documentación de nivel de base de la obra de construcción de las arquitecturas tumulares funerarias, destacando cuatro elementos de exploración:

- La superficie de los afloramientos o terrenos rebajados al interior y exterior de los túmulos. La morfología resultante define la topografía del emplazamiento derivada de los diversos procesos de construcción del sitio.
- Las unidades estratigráficas de las bases de los túmulos. Generalmente, estas unidades han sido identificadas con los paleosuelos o con suelos de ocupación previos a la construcción de los megalitos. Sin embargo, mediante el análisis arqueológico es posible identificar la existencia de los rellenos de arcilla que forman la base de cimentación de la construcción tumular.
- Las áreas externas de las construcciones tumulares.
- Estructuras de arcilla: rampas de acceso y de transporte de materiales.

Los trabajos de acondicionamiento documentados son de diversa índole, pudiendo centrar el análisis en una serie de grupos:

- Transformación de los afloramientos rocosos, para su integración en las arquitecturas, modificándose parcialmente su morfología mediante:
 - Extracción de materialidad: grandes bloques.
 - Desbaste de superficies rocosas.
 - Tallado de la superficie del afloramiento.
- Rebajes de las tierras o de los afloramientos rocosos, ya sea por acciones de:
 - Excavación.
 - Regularización.
 - Nivelación.
- Explanación de tierras y arcilla sobre las que se disponen las construcciones, mediante :
 - Relleno de tierra y /arcilla, definiendo un nivel de constructivo de base.
 - Regularización del terreno.
 - Compactación del firme del terreno.

El estudio topográfico del sustrato rebajado y regularizado donde se construyen las arquitecturas es fundamental, ya que la topografía del emplazamiento originaria del lugar suele influir en la ejecución y tipos de trabajos de acondicionamiento desarrollados en el transcurso de la obra de construcción y en las condiciones de estabilidad de las arquitecturas una vez concluidas. Así, la construcción y disposición de elementos arquitectónicos verticales en superficies planas y regulares reduce la posibilidad de riesgos de accidentes de construcción durante el proceso de la obra, además de la aparición de patologías de deterioro estructural. Por el contrario, la existencia de desniveles y diferencias topográficas sensibles pueden provocar patologías de deterioro que condicionarían situaciones de inestabilidad.

A modo de ejemplo, los ortostatos dispuestos en zanjas de cimentación en suelos nivelados cuentan con menores potencialidades para la aparición patologías de deterioro, permaneciendo en la posición vertical originaria. Sin embargo, cuando se disponen en zanjas con diferencias de cotas topográficas entre las dos caras, suelen presentar con el tiempo desplomes o basculamientos transversales al túmulo, debido también a las fuerzas del empuje lateral de la masa tumular sobre la parte inferior de estos soportes pétreos, sobre todo si el suelo interior de la estructura presenta un desnivel descendente respecto a la cota de asiento del túmulo.

Todo ello requiere un levantamiento topográfico minucioso del sustrato rocoso donde apoyan las construcciones: disposición de plataformas constructivas talladas en los afloramientos, zanjas de cimentación de los ortostatos y suelos interiores de los corredores y cámaras.

6.2.2 LOS MATERIALES DE CONSTRUCCIÓN: SELECCIÓN Y EXPLOTACIÓN

El conocimiento de las materias primas empleadas en la construcción de las arquitecturas requiere de una metodología geoarqueológica específica que ayude a determinar los criterios de selección y formas de explotación (fuentes de aprovisionamiento o canteras) articulados en el proceso de la obra de construcción. Esta metodología se fundamenta en la aplicación de una serie de estudios geológicos, geotécnicos y arqueológicos al objeto de conocer los materiales de construcción (caracterización y áreas de procedencia), las funciones y los principios constructivos de estas arquitecturas. Los principales elementos de análisis son:

- Caracterización del tipo de sustrato rocoso del emplazamiento: resistencia, calidad, deformación y rotura del afloramiento rocoso.
- Características de los soportes pétreos verticales: dimensionado, carga admisible, resistencia a compresión, carga crítica o ángulo de inclinación.
- Identificación y caracterización litológica de los soportes pétreos verticales y de otras materiales de construcción.
- Identificación y caracterización de las arcillas empleadas en las arquitecturas, determinando el tipo de suelo, la consistencia, la plasticidad, la expansividad, y su función constructiva en cada elemento estructural.
- Determinación de las áreas de procedencia de los materiales y localización de las fuentes de aprovisionamiento y canteras del entorno.

De manera general, la realización de estudios geoarqueológicos y geotécnicos dirigidos al conocimiento de los procesos de construcción de los monumentos megalíticos son reducidos. En la Península Ibérica contamos con escasas experiencias, siendo las investigaciones más destacadas las efectuadas en torno al conjunto megalítico de Antequera (Menga, Viera y El Romeral) (Carrión, 2008; Carrión et al., 2009, 2010; Lozano et al. 2014) y el dolmen de la Chabola de la Hechicera, en el País Vasco (Martínez Torres et al., 2014), que han proporcionado datos sobre las materias primas, la construcción y las medidas de conservación necesarias. El estudio geológico y geotécnico del grupo de Los Llanetes se constituye en la segunda experiencia conocida para el sur de la Península Ibérica, proponiéndose una metodología de investigación geoarqueológica aplicada para el estudio de dos tipos de modelos arquitectónicos: construcciones ortostáticas adinteladas (dólmenes) y recintos de terrazas.

6.2.2.1. ESTUDIO GEOTÉCNICO DEL EMPLAZAMIENTO, DE LOS SOPORTES PÉTREOS Y ARCILLAS

6.2.2.1.1. Estudio geotécnico del emplazamiento

El estudio geotécnico del lugar de emplazamiento permite conocer las propiedades materiales del sustrato rocoso donde se construyen las arquitecturas megalíticas: calidad del sustrato, capacidad portante, deformación y rotura del afloramiento. En este sentido, se precisa de una serie de análisis geotécnicos realizados en el afloramiento acondicionado para la implantación de las construcciones y en el afloramiento no alterado del entorno, destacando fundamentalmente:

- Determinación de la resistencia de la roca con esclerómetro, para calcular la resistencia a compresión simple de la roca y a tracción, mediante medidas de rebote con un esclerómetro o martillo de Schmidt, proporcionando datos sobre la resistencia a compresión, las condiciones de rotura por tracción y la carga máxima admisible de los afloramientos rocosos.
- Determinación del RQD del macizo rocoso mediante estaciones geomecánicas, midiéndose la calidad del sustrato rocoso. Estos ensayos se realizan mediante la descripción y toma de medidas (con brújula, clinómetro de precisión de $\pm 2^\circ$ y calibre de precisión de $\pm 0,05$ mm) de las características de la matriz rocosa (medida y espaciado de las fracturas del sustrato) y sus discontinuidades: foliación y diaclasado. Esto, según el índice RQD (*Rock Quality Designation*), permite clasificar los afloramientos en términos de calidad (muy mala, mala, media, buena y muy buena) establecidas en función de las discontinuidades del sustrato (expresadas en mm) y fracturación, tal como se muestra en la siguiente tabla:

RQD %	Calidad
<25	Muy mala
25-50	Mala
50-75	Media
75-90	Buena
90-100	Muy buena

Tabla 6.1. Clasificación de la calidad del macizo rocoso según el índice RQD.

- Carga admisible del sustrato rocoso por hundimiento, a través del método de Serrano y Olalla, midiéndose la carga admisible por hundimiento de los ortostatos de filita apoyados sobre el sustrato rocoso de pizarra. El ensayo mide un valor de resistencia a compresión simple de la matriz rocosa en combinación con el índice RQD, proporcionando unos valores que según la clasificación de Bieniawski (González de Vallejo et al., 2002), son:

- Capacidad de carga de los ortostatos (tanto vertical como levemente desplomados) sobre el sustrato rocoso, que están relacionadas proporcionalmente con las dimensiones y pesos de los ortostatos.
 - Presión de tierras/arcillas ejercidas por encima del plano de cimentación de los ortostatos.
 - Carga y sobrecarga de las losas de cubierta.
-
- Ángulo de rozamiento interno y residual del sustrato rocoso, que proporciona datos acerca del ángulo en que la base de los ortostatos pueden bascular o desplomarse dentro de las zanjas de cimentación. También puede ayudar a calcular el ángulo mínimo que debe tener la pared interna de las zanjas de cimentación profundas a efectos la colocación de los ortostatos en el interior mediante su deslizamiento desde la cota superior de la zanja hasta la base, así como de la morfología adecuadas de las partes enterradas de los ortostatos en la zanja: secciones en “U” o “V”. Para determinar el ángulo de rozamiento interno de la roca sobre un plano concreto se realiza un ensayo denominado “tilt test”, que consiste en poner en contacto dos bloques de roca por una discontinuidad plana y determinar el ángulo necesario para que el bloque superior deslice sobre el inferior.

6.2.2.1.2. Estudio geotécnico de los soportes pétreos

El estudio geotécnico de los soportes pétreos permite conocer las propiedades materiales: resistencia a compresión, peso y carga. En este sentido, se precisa de un conjunto de análisis realizados en el afloramiento acondicionado para la implantación de las construcciones y en el afloramiento no alterado del entorno, destacando fundamentalmente:

- Determinación de la resistencia de la roca con esclerómetro, para calcular la resistencia a compresión simple de la roca, mediante medidas de rebote con un esclerómetro o martillo de Schmidt, aportando datos sobre la dureza y resistencia a compresión de los soportes pétreos.
- Cálculo de los pesos y cargas de los ortostatos y losas de cubierta. Los pesos se calculan en función de las dimensiones de cada uno de los ortostatos y de las losas de cubierta completas (longitud, anchura y grosores máximos), multiplicados por el valor medio de densidad de las filitas: $2,08 \text{ g/cm}^3$. A partir de ello, se calculan las cargas (expresada en Kp/cm^2) que ejercen los ortostatos sobre la zanja de cimentación, y las tensiones transmitidas que ejercen sobre los túmulos, tanto en términos de cada ortostato como del conjunto de los elementos que forman las paredes megalíticas de las fábricas ortostáticas. Respecto a las losas de cubierta puede calcularse la carga y el reparto de los pesos ejercido de éstos sobre los puntos de apoyo de las crestas de los ortostatos, por tanto,

pueden determinarse las condiciones de apoyo en el proceso de colocación y la estabilidad de la estructuras según el reparto de pesos.

- Carga crítica de pandeo, que determina las capacidades de carga y soporte los ortostatos respecto a los pesos de las cubiertas y masas tumulares. Estos elementos provocarían esfuerzos axiales sobre los ortostatos, induciendo a la aparición de flexiones en los soportes verticales, los cuales limitarían significativamente la resistencia a compresión de los mismos. Así, cuando se supera la denominada carga crítica de pandeo, se producen situaciones de inestabilidad elástica, apareciendo deformaciones y roturas en los soportes verticales (ortostatos, pilares, jambas y estelas). Existen distintos tipos de pandeo flexional en función de la esbeltez de los soporte, es decir de su grosor.

En el caso de los soportes de filita de los dólmene de Los Llanetes se trata de soportes predominantemente esbeltos, pudiendo tratarse como elementos estructuralmente aislados. Por esto, para el cálculo de la carga de presión crítica de pandeo se emplea la fórmula de Euler, tomándose como variables de las mediciones la longitud del soporte, la elasticidad, su sección transversal y las condiciones de unión de sus extremos.

- Empujes laterales del túmulo sobre los ortostatos del dolmen, que son relevantes a efectos de conocer la capacidad de carga lateral admisible de las fábricas ortostáticas y las condiciones de estabilidad de los túmulos. Para calcular el empuje en reposo del túmulo sobre los ortostatos del dolmen, se aplica la teoría de Jaky, teniendo en cuenta como variables la profundidad del túmulo, la densidad de la masa tumular y el ángulo de rozamiento interno de la zanja de cimentación. Suponiendo una densidad del terreno de 1,90 Tn/m² y un ángulo de rozamiento interno del terreno de 32°, se pueden considerar unas cargas laterales de los túmulos de Los Llanetes en función de su alzado o profundidad conservada:

Altura Túmulo (m)	Prep (Kp/cm ²)
0,5	0,43
1	0,85
1,5	1,28
2	1,70

Tabla 6.2. Cargas laterales.

- Ángulos de inclinación de los soportes verticales, tomándose dos tipos de medidas en cada soporte: en paralelo y en perpendicular al eje constructivo que definen las paredes internas de las fábricas ortostáticas. La toma sistemática e individualizada de los ángulos de inclinación en cada elemento vertical (ortostato, pilar, estela, jamba) proporciona datos acerca de:

- La colocación y disposición intencional de los elementos verticales. El análisis e identificación de patrones regulares de los ángulos de inclinación en paralelo y perpendicular de los ortostatos, así como su disposición agrupada dentro de las paredes, pueden ser elementos de apoyo para estudiar: a) la forma de colocación de los ortostatos durante el proceso de la obra de construcción, tanto de manera individualizada como agrupada en relación asociativa; b) la determinación y clasificación de las diferentes fábricas ortostáticas: vertical coincidente, vertical superpuesta ordenada, vertical superpuesta arbitraria, inclinada hacia la cabecera con apoyos laterales, inclinada hacia los accesos con apoyos laterales, o mixta; c) la diferenciación de episodios o fases constructivas, por la observación de contrastes en los ángulos de inclinación de las fábricas ortostáticas o de elementos verticales concretos (jambas, estelas, ortostatos).
- Patologías de deterioro de los desplomes y basculamientos de los soportes verticales. Estas patologías de deterioro pueden obedecer a diferentes motivos: deficiencias estructurales de la construcción, pérdida de las losas de cubierta tras los desmontes y/o pérdidas de las masas tumulares, descalce y rotación de los ortostatos dentro de las zanjas de cimentación o empujes laterales del túmulo.

6.2.2.1.3. Estudio geotécnico de las arcillas

El estudio geotécnico de las arcillas permite conocer las propiedades de estos materiales: resistencia, consistencia, compacidad, densidad, composición granulométrica, plasticidad y grado de expansividad. Este estudio combina dos técnicas de trabajo: prospección geotécnica con toma de muestras y análisis de laboratorio.

Prospección geotécnica y toma de muestras

Mediante la prospección geotécnica se realiza un reconocimiento y toma de muestras de las arcillas del terreno y de las empleadas como elementos constructivos, a efectos de su caracterización y comparación. Para esto, deben combinarse diversos métodos de muestreo: sondeos de testificación (sondeos mecánicos y toma de muestras inalteradas), toma de muestras SPT y toma de muestras manuales para análisis.

▪ Sondeos de testificación

Se realizan en los túmulos y áreas externas, al objeto de caracterizar las arcillas empleadas en la construcción de las masas tumulares y paleosuelos, así como el sustrato de base en el que se construyen las arquitecturas dolménicas, con apoyo de estaciones geomecánicas. Se puede combinar el uso de dos técnicas de reconocimiento:

- a) Sondeos mecánicos de testificación, obteniéndose en un perfil estratigráfico la secuencia de los niveles sedimentarios antrópicos y naturales y la detección de elementos constructivos.
 - b) Toma de muestras inalteradas, para obtener muestras de perfil inalterado en columna de las arcillas del emplazamiento. El ensayo de toma de muestra inalterada consiste en la hincada de un tomamuestras de dimensiones estándar aplicándose el ensayo de penetración SPT. El perfil del terreno queda alojado en el interior de un tubo de PVC de 2 pulgadas de diámetro de manera que, sellado por ambos lados, mantiene de una forma lo más aproximada posible sus características naturales.
- Toma de muestras SPT (*standard penetration test*)

Su uso habitual es para realizar sondeos geotécnicos, obteniéndose datos sobre la resistencia y compacidad de los terrenos. El tomamuestras SPT es un cilindro bipartido y hueco por dentro que puede alojar en su interior la sección de terreno atravesado mientras se clava. Se contabiliza el número de golpes necesarios para hincar cuatro tramos de 15 cm. El golpeo se realiza con una maza de 63,5 kg que cae libremente desde una altura de 76 cm sobre la cabeza de golpeo. El ensayo finaliza al hincar los 60 cm del tomamuestras o cuando se llega al rechazo, generalmente al sustrato rocoso, condición en la que se requieren más de 50 golpes para hincar un tramo de 15 cm.

En el caso de las arquitecturas dolménicas se ha utilizado para sacar manualmente muestras de las arcillas de asiento y basamento de los túmulos y plataformas circulares de mampostería en piedra. El procedimiento utilizado ha sido el clavado del toma muestras en horizontal mediante golpeo manual con una maza. De esta forma se han obtenido muestras para su posterior análisis en laboratorio.

A la vez se contabiliza el número de golpes que se precisa para hincar totalmente los 50 cm del tomamuestras SPT en el interior de las arcillas. La correlación de los golpes medidos del SPT con los datos obtenidos de golpeo en la toma de muestra inalterada permite establecer resultados acerca de la densidad relativa, resistencia (condicionada por la distribución granulométrica, forma y tamaño de las partículas) y compacidad (mediante medida del ángulo de rozamiento), la carga admisible y los asientos en suelos granulares y arcillosos (González de Vallejo et al., 2002).

- Toma de muestras de arcilla para su análisis
- Se realiza un muestreo exhaustivo de las arcillas geológicas y de las arcillas empleadas en los elementos arquitectónicos como material de construcción, seleccionándose las áreas más adecuadas para la toma manual de muestras en bloque:

- Muestreo de las arcillas del medio geológico:
 - Arcilla geológica: alterita.
 - Arcilla de paleosuelo
- Muestreo de las arcillas de los elementos constructivos:
 - Túmulos: asiento y basamento de la construcción tumular, relleno de las masas tumulares, plataformas de nivelación.
 - Suelos de las construcciones ortostáticas: pavimentos de arcilla de los atrios, pavimentos de arcilla del interior de corredores y cámaras.
 - Morteros de agarre, rejuntado y acabado de barro en estructuras diversas.
 - Terrazas: asiento y basamentos de los muros de contención, rellenos del núcleo de arcilla interno al intradós del muro de contención.
 - Plataforma circular: mortero de agarre de los muros mampostería ordinario trabados con barro, núcleo de relleno de y pavimento de arcilla.
 - Rampas: asiento de basamento y cimentación de las rampas.

Análisis y ensayos de laboratorio

Los análisis de laboratorio realizados sobre las arcillas están encaminados a conocer la granulometría, los límites líquido y plástico y la expansividad. Mediante los ensayos granulométricos se determina el tamaño del grano de la muestras, permitiendo establecer una clasificación de los suelos (arcillas y tierras) en función del peso y diámetro de las partículas. Los análisis de los límites líquidos y plásticos (ensayos Atterberg y Casagrande), se realizan para determinar la consistencia y plasticidad de las arcillas. Los análisis de expansividad (ensayos Lambe, presión de hinchamiento e hinchamiento libre) proporcionan datos sobre la estabilidad, compacidad y resistencia de las arcillas ante el aumento de volumen de una muestra por absorción de agua.

▪ **Análisis granulométrico: ensayo granulométrico por tamizado**

Este ensayo consiste en hacer pasar las muestras por tamices de diferente luz de malla, en los que quedan retenidas las partículas de tamaño de grano superior a dicha luz. Con esto se consigue calcular el porcentaje en peso de dichas partículas en relación con su diámetro, lo que gráficamente forma una curva granulométrica, utilizada para identificar, clasificar y comparar las muestras de arcillas estudiadas.

Según la clasificación granulométrica de U.S.C.S. (*Unified Soil Classification System*) los suelos se pueden dividir en función del tamaño del grano: el tamaño del grano en arcilla es aquel de diámetro inferior a 0,08 mm, el tamaño arena entre 0,08 y 5 mm, tamaño grava entre 5 y 76 mm y tamaño bolo par un diámetro superior a 76 mm.

ARCILLAS Y LIMOS	ARENA			GRAVA		BOLOS
	FINA	MEDIA	GRUESA	FINA	GRUESA	
Diámetro (mm)	0,08	0,4	2	5	20	76

Tabla 6.3. Clasificación suelos según la U.S.C.S.

Según el Código Técnico de la Edificación, los suelos se pueden dividir en las siguientes categorías en función del diámetro de sus partículas:

TIPO DE SUELO	SUBTIPO	DIÁMETRO (MM)
Bolos		> 60,0
Gravas	Gruesas	20,0 – 60,0
	Medias	6,0 – 20,0
	Finas	2,0 – 6,0
Arenas	Gruesas	0,60 – 2,00
	Medias	0,20 – 0,60
	Finas	0,06 – 2,00
Limos	Gruesos	0,020 – 0,060
	Medios	0,006 – 0,020
	Finos	0,002 – 0,006
Arcillas		< 0,002

Tabla 6.4. Clasificación suelos según CTE.

- Análisis de los límites líquido y plástico: ensayo de límites Atterberg y método Casagrande
Dado que la granulometría no siempre deja clara la identificación del suelo, se deben utilizar unos índices que definen la consistencia de los suelos en función del contenido en agua a través de la determinación de los porcentajes de humedad de los suelos, conocidos como límites Atterberg. De esta manera se determina el límite plástico (W_P), el límite líquido (W_L) y el índice de plasticidad ($IP = W_L - W_P$), el cual representa el intervalo de humedades para pasar del estado semisólido al semilíquido. En función de los límites y la granulometría, es posible clasificar la muestra según el sistema establecido por la USCS.

Además, se utiliza la Carta de Plasticidad de Casagrande, que consiste en representar en una gráfica los valores del límite líquido frente al índice de plasticidad. Así, los suelos con un límite líquido superior a 50 son de alta plasticidad, por lo que pueden admitir mucha agua y experimentar deformaciones importantes. Del mismo modo, Casagrande definió una línea A, que diferencia los suelos limosos y de menor intervalo de humedad para pasar del estado semisólido al semilíquido (por debajo de la línea A), de los arcillosos (por encima de la línea A).

En función de estos índices de plasticidad y los contenidos de humedad se puede obtener un Índice de Fluidez (IL) que se puede relacionar con la consistencia de la muestra. Esta correlación, debido a las similitudes de las muestras de arcillas analizadas, se utilizará

para comparar la consistencia de las mismas, representándose los cálculos del Índice de Fluidez.

▪ Análisis de expansividad: ensayos Lambe, presión de hinchamiento e hinchamiento libre

La expansividad se define como el aumento de volumen de una muestra por absorción de agua. Se puede determinar mediante tres tipos de ensayos: Lambe, presión de hinchamiento e hinchamiento libre. Los valores de estos tres ensayos sirven para fijar el grado de expansividad potencial de un material, en nuestro caso la arcilla (Tabla 6.5).

Grado	Expansividad	Finos (%)	Límite líquido	Índice Lambe (kPa)	Presión de hinchamiento (kPa)	Hinchamiento libre
I	Baja	<30	<35	<80	<25	<1
II	Baja a media	30-60	35-50	80-150	25-125	1-4
III	Media a alta	60-95	50-65	150-230	125-300	4-10
IV	Muy alta	>95	>65	>230	>300	>10

Tabla 6.5. Grados de expansividad y valores medios de parámetros geotécnicos.

En el caso de la arcilla este análisis es bastante significativo, ya que el grado de expansividad permite establecer interpretaciones acerca de la estabilidad, compacidad y resistencia de las arcillas ante el aumento de volumen de una muestra por absorción de agua. Esto puede proporcionar datos para determinar las funciones constructivas de los distintos elementos arquitectónicos que incorporan la arcilla como material de construcción. Si la arcilla no es expansiva, es decir, que plantea unos índices bajos de expansividad, no cambia de volumen, ya que existe una baja absorción de agua e hinchamiento de la misma. Por tanto, estas arcillas son estables y resistentes ante la presencia y circulación de aguas pluviales, empleándose por varias funciones constructivas: asiento y basamento de construcciones tumulares y muros, rellenos compactos (en suelos, pavimentos, zanjas de cimentación), y material impermeabilizantes (rellenos de los trasdosados de los ortostatos, elementos de sellamiento y rejuntado de huecos). Por el contrario, si las arcillas cuentan con un alto grado de expansividad, los elementos constructivos pueden tener un alto grado de inestabilidad ante la presencia y encharcamiento de agua de lluvia, pudiendo provocar patologías de deterioro desde el momento de construcción, incluso determinados accidentes en el trabajo y posteriores reparos.

6.2.2.2. ANÁLISIS GEOLÓGICO E IDENTIFICACIÓN DE LAS LITOLOGÍAS

El análisis geológico para la identificación de las litologías empleadas como materiales de construcción en las arquitecturas megalíticas precisa de la realización de tres estudios combinados y complementarios: petrografía, geología estructural y morfología de los materiales. Esto se fundamenta sobre todo en la experiencia de investigación desarrollada en torno a los

soportes pétreos verticales (ortostatos, pilares, jambas, estelas) y losas de cubierta de filita conservadas en el conjunto monumental de Los Llanetes.

Estudio petrográfico

El objetivo del estudio petrográfico es la identificación litológica de las rocas y caracterización mineralógica de las litologías empleadas, realizándose dos técnicas: a) petrografía *a visu* o macroscópica; b) estudio petrográfico de las láminas delgadas mediante microscopio óptico. La determinación litológica se realiza por la composición mineralógica (tipos, tamaños y asociaciones de minerales), por la textura, esquistosidad, etc.

Geología estructural: foliaciones

Se fundamenta en el estudio de las familias de discontinuidades de las filitas, al ser rocas con marcados planos de foliación que tienen su origen en la evolución tectónica de la zona, como consecuencia a las deformaciones estructurales, que provocan la existencia de pliegues con diferentes formaciones y orientaciones en función del esfuerzo al que esté sometido el material. El estudio de las familias de discontinuidades o clivajes permite abordar determinados aspectos de la identificación litológica, caracterización y limitaciones estructurales como material de construcción y localización de las áreas de procedencia en el medio geológico del entorno.

El análisis de las foliaciones se centra en el estudio de los ortostatos, al ser los principales elementos constructivos que definen y estructuran las fábricas ortostáticas de las construcciones dolménicas. Las medidas de las foliaciones de los ortostatos (medidas de clivaje) analizan esencialmente las relaciones que existen entre las familias de discontinuidades (S_0 , S_1 , S_2), pudiéndose representar los valores de dirección y buzamiento proyectables en la falsilla de Schmidt.

6.2.2.3. IDENTIFICACIÓN DE LAS ÁREAS DE PROCEDENCIA

Para la localización de áreas de procedencia de los materiales que componen las diferentes construcciones megalíticas es preciso articular una metodología geoarqueológica transversal, consistente en la aplicación de técnicas de investigación de la arqueología y de la geología, desarrollándose un conjunto de trabajos interrelacionados: prospección arqueológica; prospección y cartografía geológica de detalle del entorno; estudio petrográfico comparativo; estudio comparativo entre la geología estructural del área y la morfología de los soportes pétreos; y, estudio geomorfológico.

Prospección arqueológica

La prospección arqueológica del entorno está encaminada a la identificación en las áreas de aprovisionamiento y canteras, siendo preferentes el análisis arqueológico de los afloramientos de superficie donde se presenten masivamente los materiales usados en las arquitecturas megalíticas (rocas de distinta litología y arcillas), restos de bloques de piedra e incluso instrumental asociado a los diversos procesos de captación, explotación y extracción.

En las potenciales áreas seleccionadas para el aprovisionamiento de materiales líticos debe observarse en superficie la presencia de bloques, lajas y cantos desprendidos de los afloramientos rocosos, pudiendo identificarse las fuentes de aprovisionamiento con una cierta exactitud. La identificación de las canteras requiere la presencia de afloramientos masivos sometidos a procesos de extracción de la piedra: en bloque, frente de extracción, trincheras y fosos, en torno a los que se presenten bloques fracturados que hayan sido extraídos en diferente estado, así como instrumental de piedra asociado a esos proceso de trabajo: martillos, percutores o cinceles. Las canteras se pueden localizar en sitios diferentes, tanto en el mismo emplazamiento de construcción, como en el entorno próximo, a distancias relativamente cercanas.

Prospección y cartografía geológica

Los trabajos de campo de prospección geológica están dirigidos al estudio de las distintas formaciones geológicas regionales y locales, el reconocimiento de las litologías y la elaboración de una cartografía geológica de detalle en el entorno del grupo dolménico de Los Llanetes. El área de estudio sistemático ha sido de 10,6 km², en la que cual se ha hecho una revisión exhaustiva de la cartografía realizada por el Instituto Tecnológico Geominero de España (IGME) que confeccionó el Mapa Geológico Nacional (MAGNA, escala 1:50.000) y por la Junta de Andalucía (escala 1:25.000). El trabajo consiste en la localización y representación cartográfica de las diferentes litologías, la toma una serie de puntos de control (estaciones geomecánicas y medidas con esclerómetro), la toma de muestras de las litologías existentes en el entorno, sobre todo las que presentan mayores similitudes con los materiales de las arquitecturas, y la elaboración de una cartografía geológica a escala 1:2000.

El estudio petrográfico comparado

Estudio petrográfico con el objetivo de la identificación litológica de los afloramientos de rocas, posibles áreas de aprovisionamiento y canteras, empleándose del mismo modo dos técnicas de la petrografía: estudio macroscópico o *a visu* y estudio microscópico a través de las láminas delgadas. Para ello, es preciso el estudio mineralógico (asociación y tamaño de los minerales y textura de la roca) comparado de muestras de materiales de construcción de las arquitecturas en sus diversos formatos (bloques, lajas y cantos) y litologías (filitas, pizarras, andesitas, cuarzo) con muestras procedentes de los afloramientos geológicos, áreas potenciales de aprovisionamiento y canteras identificadas.

Estudio comparativo entre la geología estructural y la morfología de los soportes pétreos verticales

El estudio comparado entre la morfología estructural de los afloramientos y la de los soportes pétreos de las arquitecturas es determinante para la identificación de las áreas de procedencia: fuentes de aprovisionamiento y canteras.

En el caso de las arquitecturas dolménicas de Los Llanetes, el análisis geoarqueológico se fundamenta en el estudio comparativo de la geología estructural de los afloramientos de filitas y la morfología de los soportes pétreos verticales (ortostatos, jambas, pilares estelas). La historia tectónica de la comarca del Andévalo ha generado una geología estructural con rocas plegadas, falladas y diaclasadas muy característica. El tipo de plegamiento que afectó a estas rocas en la orogenia Hercínica y en parte probablemente también en la Alpina, generó pliegues de longitud de onda kilométrica y amplitud hectométrica con direcciones de plano axial NO-SE.

A partir del estudio de la geología estructural, el estilo regional del plegamiento y las distintas relaciones entre foliaciones a escala de afloramiento, es posible determinar por comparación las áreas de procedencia de los materiales de las construcciones dolménicas, en especial los soportes pétreos: ortostatos. Esto requiere la toma de medidas de campo en aquellos afloramientos litológicamente más afines a los ortostatos de los dólmenes efectos de su comparación y representación de estos datos en la falsilla de Schmidt. La comparación con los obtenidos de la orientación de las foliaciones o clivaje permite establecer medidas comparativas de grados de similitud o coincidencia (bajo, medio, alto o muy alto) entre los afloramientos y los ortostatos, pudiendo concretarse con mayor exactitud las áreas de aprovisionamiento y las canteras.

Las familias de discontinuidades (foliaciones o clivajes) existentes en los soportes pétreos verticales son fundamentales para poder determinar las áreas de procedencia de éstos. La orientación de las distintas familias de medidas en los ortostatos puede variar ligeramente en función de la capa a la que afecte, dependiendo fundamentalmente de la orientación de los esfuerzos que las provocan. Cada cambio en la orientación de los esfuerzos que deforman una roca genera una nueva fase de plegamiento con su correspondiente familia de foliación o clivaje y que deforma a todas las anteriores.

El estudio comparado entre las familias de discontinuidades de las filitas (en los afloramientos y soportes verticales) y los tipos de soportes verticales (morfología, tamaño y tratamientos) permite establecer asociaciones entre éstos y del tipo de afloramiento del que proceden: afloramientos masivos o bloques desprendidos.

Estudio geomorfológico: topografía y orografía

El estudio de la topografía de la zona es fundamental para entender las posibles trayectorias de desplazamiento de las materias primas explotadas en el terreno, es decir, el transporte de los materiales desde las áreas de procedencia hacia el emplazamiento de construcción de las arquitecturas. Para ello, es preciso contar con dos trabajos que permitan caracterizar detalladamente el relieve y topografía del entorno:

- Levantamientos topográficos detallados del entorno, que permite representar con exactitud el relieve, los lugares seleccionados para el emplazamiento, la ubicación y distancia de las fuentes de aprovisionamiento y canteras.
- Estudio de las pendientes, con modelos digitales del terreno con representación de porcentajes de desniveles topográficos a intervalos de 5 %. Se considera que los relieves favorables para el transporte de materiales desde las áreas de aprovisionamiento o canteras son los que proporcionan unos porcentajes de desnivel topográfico entre el 0-20 %. Por encima de los valores del 20%, el transporte de materiales de gran tamaño, caso de bloques para su laboreo y empleo como ortostatos y losas de cubierta, requeriría un trabajo y esfuerzo excesivo.

6.2.3. TRANSFORMACIÓN Y TRATAMIENTO DE LOS MATERIALES

Estos trabajos se ejecutan tras la captación y transporte de las materias primas desde las áreas de aprovisionamiento y canteras en el emplazamiento de la obra de construcción. Las materias primas empleadas en la construcción de las arquitecturas megalíticas son diferentes según las formas o modelos arquitectónicos del área de Huelva. El conocimiento de los procesos de transformación y tratamientos técnicos de los materiales de construcción se fundamenta en un análisis tecnológico que cuenta con dos variables de estudio:

- Las técnicas de laboreo de los materiales, a través de las huellas tecnológicas detectables en las piedras, así como en los diversos tratamientos de la arcilla.
- Identificación de los instrumentos empleados, tanto por el estudio de las improntas tecnológicas como por la documentación en estos sitios de herramientas de piedra asociados a diversos procesos de trabajo (martillos, percutores y cinceles), que pueden definir áreas de actividad en las que se lleva a cabo la transformación y tratamientos de los materiales en bruto.

En cada forma arquitectónica predomina el uso de materiales con morfologías y tratamientos específicos. Así, en el caso de las arquitecturas dolménicas (construcciones ortostáticas de cubiertas adinteladas), se emplean mayoritariamente dos materiales: piedra y arcilla. Las piedras son de distinta litología (filita, pizarra, esquisto, grauvaca, riodacita, andesita y cuarzo), según el

medio geológico. Sus formatos y tamaños son diferentes según los usos, pudiendo agruparse en tres categorías: bloques de gran tamaño, lajas grandes/medianas y lajas pequeñas. En la mayoría de las construcciones los soportes pétreos de gran tamaño están sometidos a un proceso de laboreo hasta su formalización como ortostatos, pilares, jambas, estelas, losas de cubierta y grandes lajas de los anillos perimetrales. Ocasionalmente, pueden integrarse, bloques en bruto en las estructuras internas (corredores y cámaras). Por el contrario, las lajas grandes/medianas y pequeñas se emplean en múltiples elementos arquitectónicos y estructuras (masas tumulares, anillos peristálticos y muros), presentando diversos tratamientos.

En el caso de los recintos de terrazas (terrazas, plataformas circulares y rampas) documentados en Los Llanetes, conjunto megalítico de El Pozuelo, se emplean dos materiales: piedra y arcilla. Las piedras son de distinta litología: filita, pizarra, andesita y cuarzo). Sus formatos y tamaños son diferentes según los usos (bloques de gran tamaño, lajas grandes/medianas y lajas pequeñas), pudiendo presentar tratamientos específicos o usando los bloques tal cual han sido obtenidos de las áreas de aprovisionamiento o extraídos en las canteras.

En el caso de las arquitecturas funerarias excavadas en el terreno (hipogeos) de El Seminario los materiales de construcción mayoritarios se emplean en las construcciones mixtas, siendo estructuras semisubterráneas que cuentan con sistema de cubrición abovedado en las cámaras, denominadas como sepulcros de falsa cúpula. Estas arquitecturas presentan lajas de pizarra trabajadas, de tamaños grandes y medianos para el revestimiento de las paredes y techumbre del corredor, así como lajas de mediano-pequeño tamaño para la construcción de la falsa cúpula mediante una mampostería ordinaria trabada con mortero de arcilla. Los hipogeos emplean diversos materiales pétreos (lajas de pizarra, bloques de calcarenita y cantos de cuarcita) para la construcción de los pavimentos de los atrios, incorporando además en estos espacios estelas con diversos tratamientos tecnológicos.

6.2.3.1. SOPORTES PÉTREOS: TIPOS Y TRATAMIENTOS

El análisis tecnológico de los soportes pétreos se realiza teniendo en cuenta el tamaño, morfología, huellas de laboreo y disposición dentro del elemento constructivo correspondiente. De manera genérica, a través del análisis arqueológico, se centra en el estudio en tres tipos de soportes: bloques, lajas y cantos, detallándose las técnicas de laboreo, improntas y empleo de estos materiales en las siguientes tablas:

SOPORTES PÉTREOS	TÉCNICAS DE LABOREO	HUELLAS E INSTRUMENTOS	ELEMENTO CONSTRUCTIVO
BLOQUES GRANDES: Bloques alargados y rectangulares (superior a 1 m de longitud)	Sin tratamientos		
	Desbastado	Desbastado por percusión directa: martillo y percutor.	Ortostatos. Estelas. Jambas. Pilares. Losas de cubierta.
	Talla	Lascado por percusión directa: percutor.	
	Piqueteado	Piqueteado continuo y discontinuo por percusión directa: martillo, percutor. Piqueteado continuo y discontinuo por percusión indirecta: cincel.	
	Pulimento	Superficie pulida: pulidor.	
	Abrasión	Superficie abrasionada: pulidor.	
	Incisión	Surco por piqueteo continuo directo: cincel. Surco o línea con piqueteo continuo indirecto y pulimento: cincel y pulidor.	
BLOQUES MEDIANOS: Bloques rectangulares y ovalados (entre 60 cm y 1 m de longitud)	Sin tratamientos		Muros de mampostería seca de las plataformas circulares. Muros laterales de las rampas.
	Desbastado	Desbastado por percusión directa: martillo y percutor.	Estelas. Lajas del anillo peristáltico. Mampostería ortostática. Muros de las plataformas circulares: mampostería ortostática. Muros de contención de las terrazas. Piedras de cierre de corredores.
	Talla	Lascado por percusión directa: percutor.	
	Piqueteado	Piqueteado continuo y discontinuo por percusión directa: martillo, percutor. Piqueteado continuo y discontinuo por percusión indirecta: cincel.	
BLOQUES PEQUEÑOS: Bloques poliédricos e irregulares (inferiores a 60 cm de longitud)	Sin tratamientos		Muros de la plataformas circulares. Muros laterales de las rampas. Muros de contención de las terrazas. Masas tumulares: rellenos. Piedras demarcadoras de los accesos.

Tabla 6.6. Análisis de las técnicas de laboreo y tratamientos de los bloques pétreos.

SOPORTES PÉTREOS	TÉCNICAS DE LABOREO	HUELLAS E INSTRUMENTOS	ELEMENTO CONSTRUCTIVO
LAJAS GRANDES: Lajas rectangulares y fragmentos de ortostatos, losas de cubierta, estelas. (superiores a 60 cm de longitud)	Sin tratamientos		Muros de mampostería seca de las plataformas circulares. Muros de contención de las terrazas. Túmulos: masas tumulares, anillos de refuerzo y lajas de contención. Lajas de entibación. Lajas de revestimiento de las paredes y techumbres.
	Desbastado	Desbastado por percusión directa: martillo y percutor.	Anillos peristálticos. Muros de mampostería seca de las plataformas circulares. Lajas de entibación. Lajas de revestimiento de las paredes y techumbres.
	Talla	Lascado por percusión directa: percutor.	
	Piqueteado	Piqueteado continuo y discontinuo por percusión directa: martillo, percutor. Piqueteado continuo y discontinuo por percusión indirecta: cincel.	
LAJAS MEDIANAS (entre 30 y 60 cm de longitud)	Sin tratamientos		Plataforma circular: muros de mampostería seca, escalonamientos y rampas de acceso. Muros de contención de las terrazas. Túmulos: masas tumulares, plataformas de nivelación, anillos de refuerzo y lajas de contención. Lajas de vestíbulo de atrios. Lajas de entibación.
	Desbastado	Desbastado por percusión directa: martillo y percutor.	Plataformas circulares: escalonamientos y rampas de acceso. Lajas de vestíbulo de atrios.
	Talla	Lascado por percusión directa: percutor	
LAJAS PEQUEÑAS: (inferiores a 30 cm de longitud)	Sin tratamientos		Muros de mampostería seca de las plataformas circulares Muros de mampostería trabados con arcilla. Muros de contención de las terrazas. Túmulos: masas tumulares y plataformas de nivelación. Pavimentos: empedrados Calzos de cimentación
	Desbastado	Desbastado por percusión directa: martillo y percutor.	Plataformas circulares: escalonamientos y rampas de acceso. Lajas de vestíbulo de atrios. Muros de mampostería trabados con arcilla.
	Talla	Lascado por percusión directa: percutor	

Tabla 6.7. Análisis de las técnicas de laboreo y tratamientos de las lajas y mampuestos.

SOPORTES PÉTREOS	TÉCNICAS DE LABOREO	HUELLAS E INSTRUMENTOS	ELEMENTO CONSTRUCTIVO
CANTOS GRANDES: Cantos esféricos y ovalados (superiores a 30 cm de longitud)	Sin tratamientos		Muros de mampostería seca de las plataformas circulares. Túmulos: masas tumulares, anillos de refuerzo. Accesos intratumulares: pavimentos de atrios y vestíbulos.
CANTOS MEDIANOS: Cantos esféricos, ovalados e irregulares (entre 10 y 30 cm de longitud)	Sin tratamientos		Muros de mampostería seca de las plataformas circulares. Túmulos: masas tumulares, plataformas de nivelación, anillos de refuerzo. Calzos de zanjas de cimentación. Pavimentos: empedrados. Estructuras externas diversas.
	Desbastado y talla	Desbaste y lascado por percusión directa: martillo y percutor.	Calzos de cuarzo de las zanjas de cimentación.
CANTOS PEQUEÑOS: Cantos esféricos, ovalados e irregulares (inferiores a 10 cm de longitud)	Sin tratamientos		Pavimentos: empedrados. Deambulatorios. Calzos de zanjas de cimentación. Estructuras externas diversas. Túmulos: masas tumulares.
	Desbastado y talla	Desbaste y lascado por percusión directa: martillo y percutor.	Calzos de cuarzo de las zanjas de cimentación.

Tabla 6.8. Análisis de las técnicas de laboreo y tratamientos de los cantos.

6.2.3.2. ARCILLA / TIERRA: TRATAMIENTOS

En las arquitecturas dolménicas del área de Huelva la arcilla es un material que se emplea de manera recurrente y masiva para la formalización constructiva de múltiples elementos arquitectónicos, usándose para rellenos internos, bases de asiento y cimentación de los muros, en las masas tumulares, morteros de agarre y rejuntado y pavimentos, como se detallará más adelante en los casos de análisis arqueológico.

Su empleo en los diversos elementos constructivos requiere de una serie de tratamientos previos a su aplicación. Así, tras la extracción de las arcillas del medio geológico cercano, se debía proceder a una serie de trabajos (cribado, mezcla con otras arcillas o adición de áridos), con el objeto de conseguir las propiedades materiales adecuadas de consistencia, resistencia, compacidad, plasticidad o firmeza, necesarias para cada fin constructivo en cada unidad arquitectónica: asiento y cimentación, morteros de agarre y rejuntado, rellenos y firmes o suelos. Mediante los análisis granulométricos se puede concretar la composición de las arcillas/tierras, permitiendo clasificar los materiales y discriminar los distintos tratamientos empleados a partir del contenido diferencial de los materiales.

6.2.4. TÉCNICAS DE CONSTRUCCIÓN, PRINCIPIOS CONSTRUCTIVOS Y FUNCIONES ARQUITECTÓNICAS

El estudio de las técnicas constructivas parte de dos premisas básicas. La primera, es que las formas de colocación y disposición de los materiales puede ser diferente en cada forma o modelo arquitectónico, que en nuestro caso podemos agrupar en cuatro grandes categorías: arquitecturas tumulares con construcciones ortostáticas adinteladas (dólmenes), arquitecturas tumulares con construcciones abovedadas (*tholoi*), arquitecturas subterráneas (hipogeos e hipos mixtos) y recintos de terrazas. Cada una de éstas, cuentan con elementos estructurantes que debieron regir las obras de construcción para la formalización de las arquitecturas, como detallaremos más adelante. Su análisis, en este sentido, debe aproximarnos a una parte esencial de la comprensión del proceso de construcción: las formas de disposición y técnicas de colocación de los materiales, que pueden agruparse y entenderse adecuadamente desde el análisis arqueológico en los elementos estructurantes.

La segunda, dado que para los diferentes procesos de colocación y disposición precisarían medios técnicos, dispositivos de construcción y útiles, es posible que éstos se preserven de manera parcial en el registro arqueológico. La identificación de estructuras (plataformas constructivas, rampas), elementos (hoyos de poste, piedras de replanteo) y herramientas asociadas a las fases de colocación del proceso de construcción, requiere de una serie de condicionantes de partida: a) plantearse su existencia y la posibilidad de reconocimiento en las excavaciones arqueológicas; b) su análisis mediante métodos de registro y documentación que los discriminen respecto a otros tipos de estructuras, ya sean previas, bajo el túmulo, o de otra naturaleza; c) la conservación de los mismos, pues muchos de estos dispositivos están contruidos con materiales efímeros, desmontándose tras su uso, o pudiéndose integrar en otros elementos estructurales, caso de las rampas fosilizadas en los túmulos.

La identificación y reconocimiento de los trabajos asociados a las técnicas de construcción (colocación y disposición) de distintas las arquitecturas es posible a través del estudio de:

- Las unidades estratigráficas de las bases de los túmulos. Generalmente estas unidades han sido identificadas con los paleosuelos o con suelos de ocupación previos a la construcción de los megalitos. Sin embargo, mediante el análisis arqueológico es posible identificarse la existencia:
 - Rellenos de arcilla que forman la base de cimentación de la construcción tumular.
 - Hoyos de poste de puntales o estructuras de madera.
- Las unidades constructivas de los túmulos. En el interior de las masas tumulares pueden preservarse restos de estructuras, niveles o suelos de tránsito, áreas de acopio y

transformación de materiales de construcción, asociados a la obra de construcción. Este conjunto de estructuras son elementos de construcción efímeros, que se dispusieron en el proceso de ejecución de la obra y posteriormente fueron desmontados total o parcialmente, preservándose muy deficientemente. No obstante, pueden observarse restos, huellas o improntas de:

- Estructuras de piedra: plataformas.
 - Estructuras de arcilla: rampas de acceso y para el transporte de materiales, caso de las losas de cubierta.
 - Estructuras de madera: hoyos de poste.
- Las bases de los suelos del interior de los corredores y cámaras, donde pueden preservarse hoyos de poste excavados en el sustrato que deben corresponderse con puntales de madera que fueron necesarios para trabajos de entibación, apuntalamientos de ortostatos, sujeción de losas de cubierta con postes o estructuras de madera, u otros fines.
 - Unidades estratigráficas y constructivas del exterior de los túmulos, donde pueden preservarse elementos materiales que definan áreas de acopio, transformación de las materias primas, así como la presencia de estructuras asociadas al transporte de los mismos dentro del ámbito de la obra de construcción, caso de las rampas de arcilla.

6.2.4.1. ELEMENTOS ESTRUCTURANTES DE LAS ARQUITECTURAS ORTOSTÁTICAS ADINTELADAS

El análisis arqueológico de las construcciones dolménicas se fundamenta en el estudio de las técnicas constructivas de los elementos estructurantes que la forman: fábricas ortostáticas, cubiertas adinteladas, construcciones tumulares y sistemas de accesos.

Fábricas ortostáticas

Las fábricas ortostáticas se componen por un conjunto de estructuras cuya función constructiva estuvo destinada a la formación de los paramentos verticales internos, sirviendo como soporte de las losas de cubierta o dinteles. Su disposición y combinación agrupada define formalmente el espacio arquitectónico interno de las construcciones dolménicas. Para la ejecución en el plano horizontal de la pared megalítica se precisaba de un conjunto de elementos que garantizaran la fijación en el intradós (cimentación) y estabilidad (en intradós y trasdós) de los ortostatos en su posición vertical, para lo que se dispusieron elementos de apoyo en su base de cimentación y trasdosado (pared intratumular, arcilla o lajas de entibación).

Las fábricas ortostáticas contaban con una función estructural doble: formación de los paramentos verticales de la estructura megalítica interna y soporte de apoyo de las losas de cubierta.

Los elementos constructivos objeto de análisis de las fábricas ortostáticas (Tabla 6.9) son:

- **Ortostatos**, que definen la pared megalítica, siendo preciso el estudio de la morfología, dimensiones, tratamientos, disposición y colocación. En función de la observación y análisis de la forma de disposición combinada de los ortostatos en los paramentos verticales de los corredores, antecámaras y cámaras (ortostato coincidente aplomado, ortostato superpuesto ordenado, ortostato superpuesto arbitrario, ortostato inclinado con apoyos laterales o mixto) pueden identificarse una diversidad de fábricas ortostáticas:
 - Fábrica ortostática vertical coincidente: paredes con ortostatos dispuestos en un eje vertical aplomado con encuentros coincidentes entre las caras laterales.
 - Fábrica ortostática vertical superpuesta ordenada: paredes con ortostatos dispuestos en un eje vertical aplomado con solapamientos consecutivos.
 - Fábrica ortostática vertical superpuesta arbitraria: paredes con ortostatos dispuestos en un eje vertical aplomado con solapamientos desordenados.
 - Fábrica ortostática inclinada hacia la cabecera con apoyos laterales: paredes con ortostatos dispuestos de manera levemente inclinada en su eje vertical con apoyos de las caras laterales, con desplome hacia la cabecera.
 - Fábrica ortostática inclinada hacia los accesos con apoyos laterales: paredes con ortostatos dispuestos de manera inclinada en su eje vertical inclinada con apoyos de las caras laterales, en dirección hacia el acceso.
 - Fábrica ortostática mixta: combinación de fábricas.
- **Elementos de compartimentación espacial**: losas transversales, jambas, pilares, y estelas, cuya función fue la segmentación del espacio interno y la configuración de áreas de especial significado en los espacios externos de acceso a las tumbas.
- **Zanjas de cimentación**, excavadas en el sustrato, para la disposición en su interior de las piedras verticales: ortostatos, estelas, jambas y pilares. Existen varios tipos:
 - Zanjas de cimentación corridas y continuas.
 - Zanjas de cimentación discontinuas.
 - Fosas de cimentación.
- **Basamentos y zócalos de cimentación**, de varios tipos constructivos:
 - Zócalo de mampostería.
 - Zócalo de arcilla y piedras.

- **Calzos y arcilla de cimentación**, que se usaron como material de relleno de las zanjas o fosas para la fijación y estabilización vertical de las piedras verticales, pudiendo discriminarse varios tipos en función del tamaño y morfología de las piedras empleadas:
 - Guijarros de pequeño tamaño de cuarzo mezclados con arcilla.
 - Cantos de piedras de mediano tamaño con arcilla.
 - Cantos de piedra de gran tamaño con arcilla.

- **Elementos de refuerzo de trasdosado**, que se dispusieron para asegurar la estabilidad de los paramentos en los puntos de contacto con los túmulos. Pueden documentarse varias soluciones constructivas:
 - Pared intratumular, compuesta por mampuestos de piedra trabados con arcilla, que se desarrolla en el tramo de la base del trasdosado.
 - Lajas de entibación, colocadas en el trasdós de los ortostatos. Se disponían para fijar la estabilidad de los ortostatos y servir de elemento de encuentro y separación de la masa tumular. Las lajas de entibación se presentan de manera vertical (en base, en toda la pieza, en el extremo superior) o en un plano horizontal.
 - Relleno de arcilla, entre lajas de entibación y los ortostatos, que sirvió como material aislante para evitar la filtración de tierras y aguas procedentes del túmulo.

- **Rellenos entre juntas de ortostatos**, que fueron aplicados con diversos tratamientos para evitar la filtración de tierra, arcilla y circulación de aguas procedentes de las masas tumulares, consiguiendo el sellamiento respecto a la masa tumular y estanqueidad del espacio arquitectónico interno. Este relleno se disponía en el hueco entre ortostatos y su área inmediata de trasdosado. Según la anchura de las juntas se pueden discriminar diversos tipos:
 - Inexistencia de rellenos entre juntas, en el caso de paredes formadas por ortostatos muy regulares, de formas rectangulares alargadas y aristas laterales rectas.
 - Relleno de arcilla y pequeñas piedras, en las juntas finas y estrechas.
 - Relleno de arcilla y de pequeñas lajas verticales, en las juntas anchas.

- **Suelos internos**, que definían el área de tránsito del espacio arquitectónico del interior de la construcción megalítica y el ámbito de deposición del espacio sepulcral y ritual. El análisis arqueológico se centra en el estudio de los distintos tipos de suelos:
 - Afloramiento rocoso/sustrato rebajado.
 - Pavimento de arcilla.
 - Pavimento de arcilla y guijarros de cuarzo.
 - Pavimento de lajas: enlosado.

ELEMENTOS ESTRUCTURANTES	ELEMENTOS ARQUITECTÓNICOS	TIPOS DE ESTRUCTURAS
FÁBRICAS ORTOSTÁTICAS	Ortostatos	Ortostato coincidente aplomado. Ortostato superpuesto ordenado. Ortostato superpuesto arbitrario. Ortostato inclinado con apoyos laterales.
	Elementos de compartimentación	Losa transversal. Jamba. Pilar. Estela.
	Zanjas de cimentación	Zanja de cimentación continua. Zanja de cimentación discontinua. Fosa de cimentación.
	Basamentos de cimentación	Zócalo de mampostería. Zócalo de arcilla y piedras.
	Calzos y arcilla de cimentación	Arcilla y guijarros de cuarzo. Arcilla y cantos de mediano tamaño. Arcilla y cantos de gran tamaño.
	Elementos refuerzo de trasdosado	Pared intratumular. Lajas de entibación. Relleno de arcilla.
	Relleno entre juntas de ortostatos	Relleno de arcilla y piedras pequeñas. Relleno de arcilla y lajas verticales.
CUBIERTAS	Suelos internos	Afloramiento rocoso/sustrato rebajado. Pavimento de arcilla. Pavimento de arcilla y guijarros de cuarzo. Pavimento de lajas: enlosado.
	Losas de cubierta	Cubierta de sección plana. Cubierta de sección ovalada. Cubierta de sección esférica.
TÚMULOS	Elementos de sellamiento	
	Plataformas constructivas	Plataforma de asiento del túmulo. Plataforma de apoyo y nivelación.
	Masas tumulares	Masas tumulares con estructuras de compartimentación interna: anillos de refuerzo y lajas de contención. Masas tumulares con superposición de capas de piedra y arcilla: ordenados-alternos, irregulares. Masas tumulares de arcilla. Masas tumulares superpuestas heterogéneas.
ACCESOS	Anillos peristálticos	Anillos continuos: piedras verticales o lajas oblicuas. Anillos discontinuos: lajas o bloques.
	Atrio o vestíbulo intratumular	Rampa de arcilla y piedras: ascendente, descendente. Escalonamiento tallado en el afloramiento. Pavimentos: arcilla, piedras, enlosado. Elementos: altares, estelas, etc.
	Atrio externo	Rampa: ascendente, descendente. Pavimentos: arcilla, piedras, enlosado. Elementos: altares, estelas, hogueras, etc.

Tabla 6.9. Elementos estructurantes de las arquitecturas ortostáticas adinteladas.

Techumbre: cubiertas adinteladas.

Se compone por un conjunto de estructuras cuya función constructiva estaba destinada a la formación de la cubrición de los espacios arquitectónicos internos. Por el estado de conservación de la mayoría de las arquitecturas megalíticas del área de Huelva contamos solamente con una información parcial, dado que se preservan escasos sitios con losas de cubierta y, salvo el dolmen de Soto I, todos han perdido los elementos arquitectónicos dispuestos sobre las cubiertas, al conservarse generalmente los túmulos por debajo de la cota de asiento de las losas de cubierta en las paredes que forman los ortostatos, como consecuencia de los diferentes procesos de transformación arquitectónicos llevados a cabo en estos monumentos.

Por ello, sólo podremos analizar las losas de cubiertas conservadas, estudiando su morfología (cubiertas de sección plana, ovalada o esférica), disposición y formas de colocación. La documentación de los sitios con losas conservadas y el análisis de la composición y altura de las paredes ortostáticas permite inferir la existencia de diversos sistemas de disposición de las losas de cubierta:

- Sistema de cubiertas de perfil plano.
- Sistema de cubiertas de perfil descendente desde la cabecera hacia el acceso.
- Sistema de cubiertas de perfil escalonado.

En todo caso, creemos que debieron existir, elementos constructivos diversos formados por piedras y arcilla sobre las cubiertas a efectos de garantizar la impermeabilidad y estanqueidad del espacio arquitectónico interno, tales como: a) piedras de relleno y tapado de los huecos entre las losas de cubiertas, trabadas con arcilla; b) nivel de cubrición de piedras trabadas con arcilla, para sellar la techumbre de la estructura pétrea interna.

Túmulos

Los túmulos se componen por un conjunto de estructuras y elementos constructivos que conforman el volumen externo del espacio construido de los dólmenes, desarrollándose en los planos horizontal y vertical, cubriendo y conteniendo integralmente las estructuras ortostáticas internas. En las construcciones tumulares se analizan fundamentalmente tres elementos arquitectónicos: plataformas constructivas, masas tumulares y anillos peristálticos.

- **Plataformas constructivas.** En la base de los túmulos, ya sea en la superficie completa o alrededor del perímetro externo, se presentan un grupo de elementos arquitectónicos diferenciados, que cumplieron funciones constructivas distintas. El análisis arqueológico se centra en la identificación de varios tipos de plataformas constructivas:
 - Plataforma de asiento del túmulo, formada por un nivel de relleno de arcilla que define un basamento sobre la que se erigió la construcción tumular.

- Plataforma de apoyo y nivelación del túmulo, formada por un elemento dispuesto en torno al perímetro del túmulo, que se construía a efectos de su nivelación en las áreas de mayores desniveles topográficos, sirviendo de base para el apoyo y disposición de las piedras que forman el anillo peristáltico. Existen distintos tipos de plataformas:
 - Plataforma de apoyo y nivelación tallada en el afloramiento rocoso, definiendo un perfil escalonado que delimita el volumen del túmulo.
 - Plataforma de apoyo y nivelación de piedra y arcilla, que sirve de base para la disposición de las piedras del anillo peristáltico.
- **Túmulos: masas tumulares**, que definen el volumen construido externo de la construcción megalítica, conteniendo en su interior las cámaras funerarias. Están contruidos generalmente por bloques y lajas de piedra y arcilla, empleadas como material de relleno y agarre entre los mampuestos. En nuestra área de estudio los túmulos son predominantemente de morfología circulares, existiendo también algunas formas arquitectónicas con túmulos ovales. Tipos de masas tumulares:
 - Masas tumulares con estructuras de compartimentación interna, existiendo elementos específicos para la formación de las masas tumulares:
 - Anillos de refuerzo internos, dispuestos alrededor de la construcción ortostática interna, compuestos por piedras colocadas en posición oblicua o subvertical con rellenos entre los huecos, al objeto de estabilizar la construcción tumular.
 - Lajas de contención, que conforman elementos horizontales continuos en el tramo medio del túmulo, para definición del volumen construido del túmulo.

La disposición de estas estructuras para la construcción de las masas tumulares conforma, generalmente, túmulos de morfología oval y de perfil escalonado.

- Masas tumulares con superposición de capas de piedras y arcilla, asociados a túmulos de forma circular y perfil esférico continuo. Tipos diferenciados:
 - Masas tumulares superpuestas ordenadas y alternas, con intercalación de niveles constructivos combinados en una secuencia repetitiva y homogénea, formando túmulos muy regulares, compacto y densos.
 - Masas tumulares superpuestas irregulares, con niveles constructivos combinados en una secuencia variable, definiendo túmulos más irregulares y menos compactos.
- Masas tumulares de arcilla, que se formaliza por la superposición ordenada de capas de diferentes tipos de arcilla.

- Masas tumulares superpuestas heterogéneas, con estructuras y materiales diversos organizados en diferentes secuencias constructivas, como producto de reiterados episodios de construcción o retomulación. Se caracterizan por túmulos de morfología más irregular, con un perfil diferencial entre sectores concretos, evidenciándose una discontinuidad entre los elementos constructivos que los componen.

Anillos peristálticos

Los anillos peristálticos se forman por piedras que se desarrollan en el borde perimetral externo del túmulo. Su función constructiva debió ser múltiple y complementaria, sirviendo como elementos de contención de las masas tumulares, como elemento de delimitación física y como elemento de ornamentación externo de construcción megalítica, definiendo las fachadas en las áreas frontales. A tenor de la forma de colocación, disposición y morfología de las piedras empleadas puede discriminarse variantes:

- Anillos continuos
 - Anillos de piedras verticales, de lajas o bloques, dispuestos en zanja de cimentación.
 - Anillo de lajas de piedras oblicuas, dispuestas sobre plataformas de apoyo y nivelación de piedra y arcilla.
- Anillos discontinuos
 - Anillos de lajas discontinuos, dispuestos a tramos en zanjas o fosas de cimentación.
 - Anillos de bloques discontinuos, dispuestos a determinados intervalos espaciales sobre el sustrato, sobre la plataforma de asiento o en una fosa de cimentación.

Accesos

En las arquitecturas dolménicas de Huelva se han documentado varios sistemas de acceso cuya función constructiva era habilitar el tránsito pautado al interior de las construcciones, dado su uso como sepultura colectiva, estando dotadas además de dispositivos de cierre que la preservaban de las condiciones externas, pudiendo estar formados por losas de piedra, muretes de mampostería, estructuras de tierra/arcilla (tapial) o incluso posibles cerramientos formados por elementos de madera. Su disposición en un sector concreto de la construcción estaba relacionada con la orientación preferente de la estructura, siendo un elemento de referencia para la definición del eje constructivo de la arquitectura, si es simétrica, o de la dirección del corredor.

En los accesos, por su posición estratégica de conexión al interior de las tumbas y su conexión con los espacios externos frontales, se suelen presentar otros elementos que estaban asociados

a las prácticas funerarias y rituales de los monumentos: estelas, altares, hogueras o estructuras votivas, entre otros. De manera genérica, pueden diferenciarse dos tipos de accesos:

- Acceso intratumular, que conforma un atrio o vestíbulo contenido dentro del espacio que delimita el túmulo. Se construyeron de diversas formas:
 - Afloramiento o sustrato rebajado y tallado.
 - Rampa de arcilla y piedras, tanto de perfil ascendente o como descendente desde el exterior.
 - Escalonamiento tallado en el afloramiento rocoso.
 - Pavimentos: de arcilla, empedrado o enlosado.
- Acceso externo, que se desarrolla al exterior de la construcción tumular. Se suelen formar por diversas soluciones constructivas.
 - Afloramiento o sustrato rebajado y tallado.
 - Rampa de arcilla y piedras, de perfil plano a ascendente.
 - Pavimentos, de arcilla o empedrado, que puede conectarse con un deambulatorio circundante a la construcción tumular.

6.2.4.2. ELEMENTOS ESTRUCTURANTES DE LOS RECINTOS DE TERRAZAS

Los recintos de terrazas se han documentado en el grupo dolménico de Los Llanetes, perteneciente al conjunto megalítico de El Pozuelo. Esta forma arquitectónica se caracteriza por la presencia de un conjunto de estructuras abiertas de fábricas de mampostería de piedra y estructuras de arcilla diversas (terrazas, plataformas y rampas), dispuestas alrededor de las construcciones dolménicas con nuevos planteamientos arquitectónicos, intencionalidades, otras concepciones de los espacios construidos y técnicas constructivas, que condicionaron la transformación de las antiguas arquitecturas, una mayor modificación de la topografía del emplazamiento y, por tanto, una mayor perceptibilidad de las arquitecturas en el paisaje en el que se enclavaban. Todo ello, hay que ponerlo en relación con la aparición de nuevas formas de monumentalización, generándose grandes construcciones abiertas, destinadas a la acogida de un público en espacios abiertos y provistos de elementos que facilitaban el tránsito y la articulación espacial de los diversos rituales colectivos.

El estudio de este modelo arquitectónico requiere un análisis arqueológico del conjunto de elementos estructurantes que forman estos recintos monumentales, que son fundamentalmente tres: las terrazas, las plataformas circulares y las rampas (Tabla 6.10).

ELEMENTOS ESTRUCTURANTES	ELEMENTOS ARQUITECTÓNICOS	TIPOS DE ESTRUCTURAS
TERRAZAS	Afloramiento rocoso excavado	Rebaje escalonado. Rebaje regular: pavimento.
	Muros de contención	Rebaje escalonado en el sustrato rocoso. Cama de asiento de arcilla. Muro de contención. Relleno interno de arcilla. Pavimento del área de tránsito: afloramiento rebajado, empedrado, arcilla.
PLATAFORMAS CIRCULARES DE MAMPOSTERÍA Y ARCILA	Acondicionamiento del emplazamiento	Rebaje escalonado del afloramiento rocoso. Regularización del sustrato. Modificación y reutilización de estructuras previas.
	Cama asiento y basamento de arcilla del muro	Arcilla de asiento. Arcilla de basamento del muro.
	Muro de mampostería circundante	Mampostería de piedra seca: - Mampostería ordinaria de piedra seca. - Mampostería ordinaria a hueso. - Mampostería ortostática. Mampostería de piedra con mortero de barro: - Mampostería ordinaria regular. - Mampostería ordinaria irregular.
	Rellenos internos de arcilla	Núcleo de relleno de arcilla. Cama de asiento del pavimento.
	Pavimentos de arcilla	Pavimento de arcilla. Pavimento de arcilla y pequeñas lajas.
	Accesos	Accesos abiertos: sencillos, compartimentados. Escalonamientos. Rampas.
RAMPAS	Rampas talladas en el afloramiento rocoso	Excavación y rebaje del afloramiento. Talla y regularización del firme: pavimento.
	Rampas construidas con muros de mampostería	Arcilla de asiento y basamento. Muros laterales de mampostería ordinaria: piedra seca o piedra con mortero de arcilla. Núcleo de relleno interno: arcilla y pequeñas piedras. Pavimento: enlosado.

Tabla 6.10. Elementos estructurantes de los recintos de terrazas.

Terrazas

La construcción de las terrazas modificaba las pendientes de la topografía de los emplazamientos, generándose espacios de tránsito de tendencia plana, a diferentes cotas, circundantes respecto a las arquitecturas dolménicas. Se han documentado diferentes tipos de terrazas:

- Terrazas excavadas en el afloramiento rocoso. Por el tipo de rebaje y morfología del mismo puede discriminarse:
 - Rebajes escalonados del afloramiento, mediante la excavación y tallado, para la definición del trazado y anchura de la terraza.
 - Rebajes regulares, mediante la nivelación del afloramiento para definición del firme.

- Terrazas con muros de contención, que precisaban de un conjunto de elementos constructivos para su formación:
 - Rebajes escalonados y regulares, para definición de la terraza y de acondicionamiento de la base de asiento y cimentación del muro de contención.
 - Cama de asiento de arcilla, dispuesta como elemento constructivo de cimentación del muro de contención.
 - Muro de contención exterior, de perfil ataludado al exterior, formado por mampostería ordinaria de piedra seca, dispuesto en el borde exterior de la terraza, cumpliendo varias funciones constructivas: formalización, delimitación y sujeción del núcleo de relleno interno de la terraza.
 - Relleno interno de arcilla y piedras, formado por distintas tongadas, hasta cota de enrase y nivelación con la cabeza del muro de contención.
 - Pavimento del área de tránsito, distinguiéndose tres soluciones constructivas, que incluso pueden disponerse de manera combinada: 1) firme del afloramiento del sustrato rocoso rebajado; 2) empedrado de pequeñas lajas y cantos; 3) arcilla compactada.

Plataformas circulares de mampostería y arcilla

Las plataformas circulares de mampostería se desarrollan espacialmente en las cimas de los emplazamientos donde se ubican las arquitecturas dolménicas, integrando y transformando estas construcciones en su interior, en cerros que cuentan con un horizonte despejado. Se definen como grandes estructuras de tendencia circular y de morfologías planas, construidas por diversas fábricas de muros de mampostería y rellenos internos de arcilla, a las que se accedía desde el exterior mediante estructuras (puertas, escalonamientos y rampas) dispuestas en sectores significativos respecto a las arquitecturas pétreas del interior, a las formaciones naturales del espacio circundante y a las orientaciones de los ortos solares. Su arquitectura requiere de la presencia de una serie de elementos constructivos interrelacionados, que son objeto de análisis arqueológico:

- Acondicionamiento del emplazamiento, para la construcción de la plataforma, pudiendo diferenciarse en el análisis tres tipos de trabajos efectuados para definición de la anchura, trazado y disposición del muro:
 - Rebaje escalonado del afloramiento rocoso.
 - Regularización del sustrato.
 - Modificación y reutilización de estructuras previas, mediante diversas acciones constructivas, reutilizándose y transformándose determinados elementos arquitectónicos (túmulo, anillo peristáltico, fábricas ortostáticas) para la ejecución material de la plataforma.

- Asiento y basamento de arcilla del muro, como elementos constructivos de nivelación y estabilización del muro circundante de la plataforma. En el análisis arqueológico puede diferenciarse dos tipos de niveles constructivos de arcilla:
 - Arcilla de asiento, a modo de relleno dispuesto en sectores que lo precisaban hasta conseguir la regularización y nivelación topográfica.
 - Arcilla de basamento del muro, como cama de cimentación dispuesta en la base del muro al objeto de lograr su estabilidad vertical.

- Muro de mampostería circundante, que define el borde externo y perímetro de la plataforma circular. Cumplía con diversas funciones constructivas: definición de la morfología, contención del relleno interno y nivel superior de la plataforma. El análisis detenido de los materiales, disposición y colocación de los aparejos, permite la distinción de varios tipos de fábricas de mampostería, que pueden obedecer a funciones arquitectónicas y/o fases constructivas diferenciadas. Tipos de mampostería:
 - Mampostería de piedra seca, pudiendo distinguirse genéricamente entre:
 - Mampostería ordinaria de piedra seca, compuesta por piedras de distintos tamaños con aporte de ripios y tierra.
 - Mampostería ordinaria a hueso, compuesta por piedras de distintos tamaños y morfologías sin empleo de ningún elemento de trabazón.
 - Mampostería ortostática, formada por grandes bloques de piedra superpuestos, alcanzando dos hiladas en alzado.

 - Mampostería de piedra con mortero de barro, de diferente tipo:
 - Mampostería ordinaria regular trabada o rejuntada con arcilla, compuesta por piedras de dimensiones y formas regulares, seleccionadas de manera previa a su disposición.
 - Mampostería ordinaria irregular trabada o rejuntada con arcilla, compuesta por piedras de distintos tamaños, morfologías y materias primas.

- Rellenos internos de arcilla, distinguiendo dos tipos:
 - Núcleo de relleno de arcilla. Se dispone en aquellos sectores del interior de la plataforma que precisan de aporte de material, echándose distintas tongadas de arcilla, que se compactan, regularizan y nivelan respecto a una cota determinada del trasdós del muro de mampostería circundante.

 - Cama de asiento del pavimento de arcilla, compuesto por un relleno de arcilla y pequeñas lajas de piedra adosado al trasdós del muro perimetral para definir un

nivel constructivo plano, uniforme y compacto sobre el que construir el pavimento de la plataforma.

- Pavimentos de arcilla, que definían el firme y nivel de tránsito de la plataforma circular, estando dispuestos en toda la superficie hasta cota de enrase con la cabeza del muro perimetral. Su análisis arqueológico y geotécnico permite la distinción entre:
 - Pavimentos de arcilla, con aporte de árido fino, siendo elementos constructivos horizontales muy uniformes, compactos y de poco grosor.
 - Pavimentos de arcilla con pequeñas lajas de piedra, con aporte de árido de tamaño mediano, siendo elementos constructivos horizontales compactos y de mayor grosor.
- Accesos, que habilitaban el tránsito y paso desde el exterior hacia el interior de la plataforma, con una disposición espacial y orientación con unas connotaciones simbólicas y significativas respecto al espacio circundante. Su análisis arqueológico se centra en la caracterización de diferentes estructuras de acceso:
 - Accesos abiertos, definidos por una discontinuidad en el muro perimetral externo, existiendo un hueco marcado a ras del firme externo que define un área de tránsito o “puerta”. Puede distinguirse entre:
 - Acceso abierto simple, formado por un hueco continuo.
 - Acceso abierto compartimentado, cuando en la misma estructura se enclava un elemento de piedra en vertical (estela o menhir) en la mitad la oquedad, generando una compartimentación o segmentación del espacio.
 - Escalonamientos, formados por un hueco hecho en el muro perimetral de la plataforma, pudiendo estar enmarcados por lajas de piedras dispuestas de manera transversal y/o vertical. Cuentan con dos niveles o escalones contruidos mediante mampuestos planos dispuestos regularmente en una cota uniforme.
 - Rampas, contruidas con muros de mampostería y pavimento de enlosado de piedras. Se disponen adosadas a las caras externas del muro perimetral, siendo un elemento en pendiente continuo que habilitaba la conexión directa del exterior con el interior de la plataforma.

Rampas

Las rampas son estructuras que debieron cumplir varias funciones arquitectónicas: salvar desniveles topográficos entre terrazas, conectar sectores, definir los accesos a las plataformas..., al objeto de habilitar y facilitar el tránsito en estos recintos monumentales. El análisis arqueológico se centra en la caracterización constructiva de los diferentes tipos de rampas:

- Rampas talladas en el afloramiento rocoso, dispuestas entre las terrazas, construidas mediante diversos trabajos de:
 - Excavación y rebaje del afloramiento en rampa, para definir su morfología y pendiente.
 - Talla y regularización del firme de la rampa, para formalización de su pavimento.
- Rampas construidas con muros de mampostería, adosadas a las plataformas circulares, como estructuras de acceso y probablemente entre los espacios de conexión de las terrazas. Se construyeron mediante cuatro elementos constructivos:
 - Arcilla de asiento y basamento, dispuesta para la cimentación de los muros y el núcleo de relleno interno.
 - Muros laterales de mampostería ordinaria, de piedra seca o trabada con mortero de barro o arcilla.
 - Núcleo de relleno interno, compuesto de por arcilla y pequeñas lajas de piedra, que sirven también como cama de asiento del pavimento de la rampa.
 - Pavimento, formado un enlosado de lajas de piedra trabadas con arcilla en el nivel superior.

6.2.4.3. ELEMENTOS ESTRUCTURANTES DE LAS ARQUITECTURAS SUBTERRÁNEAS Y SEMISUBTERRÁNEAS

Los hipogeos analizados en nuestra tesis son estructuras funerarias excavadas total o parcialmente en el sustrato que incorporan en su forma, concepción del espacio construido interno, técnicas constructivas, materiales y usos semejantes a las arquitecturas funerarias formadas por grandes bloques de piedra (dólmenes) o mampuestos (sepulcros de falsa cúpula). Las tumbas de la necrópolis de El Seminario están provistas de diversos sistemas de acceso, corredores y cámaras, conteniendo en ellas los rasgos característicos que definen la concepción espacial y funeraria de las sepulturas colectivas: accesibilidad, espacio funerario compartido y reorganización continua del espacio sepulcral.

Dependiendo del tipo de excavación y rebaje del terreno se pueden presentar dos tipos de tumbas: 1) Hipogeo o cueva artificial, cuando el espacio construido interno era totalmente

subterráneo; 2) Hipogeo mixto, en el que su espacio construido interno estaba formado por una parte excavada o subterránea y otra parte (cubrición) se desarrollaba en vertical, superando la rasante del terreno externo. Estos dos modelos arquitectónicos presentan diferencias en cuanto a las técnicas constructivas y materiales empleados en los elementos estructurantes, pero que pueden compartir y combinar soluciones constructivas de las dos formas en una misma sepultura, ya que su uso reiterado durante largos ámbitos temporales supuso la transformación espacial y material de las tumbas, introduciéndose elementos constructivos que modificaron su concepción arquitectónica primaria.

El análisis arqueológico de los hipogeos se fundamenta en el estudio de los elementos estructurantes: sustrato excavado, sistema de acceso, paredes y cubrición (Tabla 6.11).

ELEMENTOS ESTRUCTURANTES	ELEMENTOS ARQUITECTÓNICOS	TIPOS DE ESTRUCTURAS
SUSTRATO EXCAVADO	Excavación integral de la sepultura	Corredor subterráneo. Cámara subterránea.
	Excavación parcial de la sepultura	Corredor con cubierta adintelada de lajas. Cámara con cubierta de falsa cúpula.
SISTEMA DE ACCESO	Accesos escalonados tallados en el sustrato	Escalones tallados en el sustrato.
	Accesos escalonados tallados y pavimentados	Escalones con pavimentos de lajas y bloques de piedra. Escalones con empedrado de guijarros, cantos y pequeñas piedras.
	Acceso en pozo vertical	Pozo excavado en el sustrato.
PAREDES Y SUELO	Paredes y suelo excavados en el sustrato	Paredes rectas o curvilíneas. Elementos de compartimentación verticales: jambas. Elementos de compartimentación horizontales: escalones, umbrales, bancos.
	Fábrica de lajas de revestimiento	Lajas de piedra. Jambas de piedras. Zanjas de cimentación: continuas y discontinuas. Calzos y relleno de tierra de cimentación. Elementos de refuerzo de trasdosado: relleno de arcilla y lajas de entibación. Relleno de tierra entre juntas de lajas.
CUBRICIÓN	Cubiertas de corredores tallados en el sustrato	Corredor con techumbre curva. Corredor con techumbre rectilínea.
	Cubiertas de cámaras talladas en el sustrato	Bóveda esférica. Bóveda achatada.
	Cubiertas adinteladas de los corredores	Lajas de cubierta. Estructura de apoyo en trasdosado. Sustrato rebajado.
	Cubierta de falsa cúpula de las cámaras: fábrica abovedada	Basamento de apoyo. Bóveda o falsa cúpula de mampostería de lajas. Cubrición de cantos de cuarcita y arcilla.

Tabla 6.11. Elementos estructurantes de las arquitecturas excavadas en el terreno: hipogeos y construcciones mixtas.

Sustrato excavado: estructura subterránea

La forma de los hipogeos se define por la excavación del sustrato, que fue realizada con diversas herramientas de piedra. El análisis de las improntas y huellas tecnológicas puede ayudar a comprender el instrumental empleado en su construcción.

Teniendo en cuenta dos variables de análisis (tipo de excavación de la sepultura y morfología) puede discriminarse dos tipos de excavación:

- Excavación integral de la sepultura, que definía una arquitectura subterránea, con los corredores y cámaras construidos integralmente en bajo el sustrato.
- Excavación parcial de la sepultura, que definía una arquitectura semisubterránea, formada por rebajes escalonados del sustrato que formaba el contorno abierto de la sepultura, precisando de la disposición de elementos constructivos verticales para la formación de los corredores y cámara con sistemas de cubrición en piedra.

Sistemas de acceso

Su concepción como sepulturas colectivas precisaban de un sistema de acceso permanente al interior de la tumbas y a la vez de la existencia de dispositivos de cierre que garantizaran su preservación respecto a las condiciones externas. Los accesos eran espacios abiertos que marcaban el área de entrada a las tumbas, a modo de atrios, en los que podían disponerse estelas y jambas que enmarcaban el hueco de acceso.

Su disposición es un sector concreto de la construcción está relacionado con la orientación preferente de la estructura, siendo un elemento de referencia para la definición del eje constructivo o eje de simetría.

Desde el análisis arqueológico podemos diferenciar distintos tipos de accesos:

- Accesos escalonados tallados en el sustrato.
- Accesos escalonados provistos de pavimentos de piedra, pudiendo diferenciarse escalones formados por diversos pavimentos trabados y dispuestos sobre una cama de asiento o basamento de arcilla:
 - Pavimento de lajas y bloques de piedras.
 - Empedrado de guijarros, cantos y pequeñas piedras.
- Accesos en pozo vertical.

Además, desde el análisis arqueológico debe determinarse la existencia y forma de los dispositivos de cierre documentados, estando formados por muretes de mampostería ordinaria irregular, estructura de relleno arcilla y piedra, o incluso posibles cierres de elementos vegetales.

Paredes y suelos

Las paredes de los hipogeos y construcciones mixtas pueden estar formadas por el sustrato excavado o por la disposición de lajas de piedra que revisten la oquedad excavada para la construcción del corredor y la cámara.

▪ **Paredes y suelos excavados en el sustrato**

El análisis arqueológico de las paredes internas y del suelo tallado en el sustrato permite definir la morfología de los corredores y cámaras, los tipos de paredes (rectas o curvilíneas), e identificar la presencia de elementos de compartimentación espacial tallados en el sustrato, que pueden contar con una conexión y continuidad espacial con otros elementos desarrollados en los suelos.

- Elementos de segmentación en vertical:
 - Jambas dispuestas en el acceso al corredor, con continuidad de escalones tallados en la base.
 - Jambas en la conexión corredor-cámara, con posible asociación de umbrales en la base.
- Elementos de compartimentación en horizontal:
 - Escalones, tallados en el atrio.
 - Umbrales, tallados en el suelo, en los puntos de conexión espacial entre atrio-corredor y corredor-cámara.
 - Bancos, tallados adosados en la base de cámara.

▪ **Fábrica de lajas de revestimiento**

Conjunto de elementos cuya función constructiva estaba destinada al revestimiento de las paredes de los corredores y cámaras, sirviendo para la formalización horizontal y vertical del espacio arquitectónico interno y como soporte conjuntamente con el sustrato rebajado y/o lajas de apoyo del trasdosado de las losas de cubierta o dinteles del corredor. Para la ejecución de esta fábrica se precisaba de un conjunto de elementos dispuestos para la fijación en el intradós (cimentación) y la estabilidad en el intradós y trasdós de las lajas en su posición vertical. Los elementos constructivos de análisis de las fábricas de lajas de revestimiento son:

- Lajas de piedra, que definen la pared interna de las cámaras y corredores, siendo preciso el estudio de la morfología, dimensiones, tratamientos, disposición y colocación.
- Jambas, cuya función como elementos de compartimentación es la segmentación del espacio interno, estando dispuestas transversalmente en los puntos de conexión que definen los sectores: acceso-corredor, corredor-cámara

- Zanjas de cimentación, excavadas en el sustrato, para disposición en su interior de las piedras verticales (lajas y jambas), pudiendo identificarse varios tipos:
 - Zanjas de cimentación corridas y continuas.
 - Zanjas de cimentación discontinuas.
- Calzos y relleno de tierra cimentación, como material de relleno de las zanjas para la fijación y estabilización de las lajas verticales.
- Elementos de refuerzo de trasdosado, que se disponían para asegurar la estabilidad de las lajas en los puntos de contacto con el rebaje escalonado del sustrato, existiendo dos soluciones constructivas:
 - Relleno de arcilla, compacto y uniforme, dispuesto entre el trasdosado de la laja de revestimiento y el sustrato rebajado
 - Lajas de entibación, ancladas desde la base, para dar estabilidad a las lajas de revestimiento y cerrar los huecos de trasdosado entre lajas.
- Rellenos de tierra entre juntas de lajas, para evitar la filtración de tierra, arcilla y circulación de aguas procedentes del exterior, consiguiendo la estanqueidad del espacio interno.

Cubrición

La cubrición es diferente en las arquitecturas de hipogeos o en las construcciones semihipogéicas.

- **Arquitecturas subterráneas**

En las construcciones excavadas totalmente en el sustrato la cubrición la definía el propio sustrato tallado. El análisis arqueológico de los restos conservados permite definir la morfología de cerramiento de los corredores y cámaras. Los corredores pueden presentar techumbres planas, rectilíneas o curvas. Las cubiertas de las cámaras son bóvedas circulares talladas en el sustrato, tanto de perfil esférico como achatadas.

- **Arquitecturas semisubterráneas**

En las estructuras semisubterráneas, los sistemas de cubrición documentados son diferenciados en los corredores y cámaras.

Los corredores presentaban una cubierta adintelada de perfil plano formada por varios elementos constructivos:

- Lajas de cubiertas, de secciones planas.
- Estructura de apoyo de trasdosado, compuesta por lajas trabadas con arcilla, donde se asentaban la lajas de cubierta.
- Sustrato rebajado, como apoyo de los extremos de las lajas de cubrición.

Las cámaras presentan un sistema cubrición definido por una fábrica abovedada. Para la construcción de una falsa cúpula se precisa de una serie de elementos constructivos:

- Basamento de apoyo de la falsa cúpula, compuesta por una estructura circular construida sobre un nivel de rebaje en el trasdós de las paredes de la cámara, formada por lajas asentadas y trabadas con mortero de arcilla. Su función arquitectónica era definir un nivel constructivo de asiento, plano, resistente y homogéneo, sobre la que erigir la falsa cúpula.
- Bóveda de falsa cúpula, formada por una fábrica de mampostería de lajas trabadas y rejuntadas con mortero de arcilla.
- Cubrición de cantos de cuarcita y arcilla, dispuesta sobre la bóveda, a efectos de definir el volumen externo de la cúpula y crear un nivel constructivo que impermeabilizara la cámara de las aguas.

Posiblemente, sobre los elementos de cubrición de los corredores y cámaras, se dispondría una masa tumular de tierra que definiría el volumen construido externo, haciéndola visible y reconocible en el lugar de emplazamiento.

6.2.5. ORGANIZACIÓN DEL TRABAJO

El análisis arqueológico de la secuencia de la obra de construcción nos permite el conocimiento de la organización del trabajo. El estudio de la secuencia constructiva de las arquitecturas o cadenas operativas debe tener en cuenta tres dimensiones de análisis de la obra de construcción: la secuencia temporal, la secuencia espacial y la organización técnica.

El estudio de las secuencias temporales y espaciales de la obra de construcción permite poner en orden el conjunto de trabajos y acciones constructivas que se desarrollaron en la obras de construcción.

La construcción de las arquitecturas megalíticas suponía la articulación de un conjunto de procesos de trabajo desarrollados y organizados en el tiempo y en el espacio. El orden en el que se desarrollaron los trabajos y el espacio donde se ejecutaban las labores precisaba de una serie de acciones constructivas combinadas que se desarrollaban en una secuencia específica durante el proceso de ejecución de la obra de construcción. Estas acciones constructivas pueden ser identificadas y clasificadas desde el análisis arqueológico, llegando a establecerse diferentes categorías de trabajo: acondicionamiento del terreno; aprovisionamiento, acopio y transformación de materiales; cimentación; colocación y disposición de elementos; recolocación de elementos; desplazamiento de materiales y retirada de material; que implican el desarrollo de una serie de trabajos (Tabla 6. 12).

CATEGORÍAS DE TRABAJO DE LAS SECUENCIAS CONSTRUCTIVAS	TRABAJOS Y ACCIONES CONSTRUCTIVAS
Acondicionamiento del terreno	Excavación Tallado Rebaje Regularización Nivelación Explanación Compactación
Aprovisionamiento, acopio y transformación de materiales	Captación, explotación y transporte Amontonamientos y acopios Tratamientos y laboreo de los materiales
Cimentación	Excavación en vertical: zanja o fosa de cimentación Disposición de horizontal: basamento o asiento de cimentación
Colocación y disposición de elementos	Colocación vertical: - En zanja o fosa de cimentación. - Sobre zócalo, asiento o basamento. Colocación horizontal: - Sobre basamento o asiento - Trabado / yuxtapuesto Adosamiento Superposición Compartimentación Empotramiento Relleno Colmatación Sellamiento Cubrición Tapado Rejuntado Compactación
Recolocación de elementos	Reconstrucción Refuerzo Recalce Reposición Recrecido Reempleo
Desplazamiento de materiales	Dislocación Basculamiento Desplome Caída
Retirada o extracción de materiales y elementos	Golpeo y fracturación Desmonte Excavación Rebaje Destrucción Vaciado

Tabla 6.12. Análisis de las acciones constructivas en la secuencia de la obra de construcción.

La identificación de la secuencia temporal y espacial de las acciones constructivas en la materialidad construida es posible mediante un análisis de dos elementos básicos:

- Las relaciones estratigráficas y estructurales existentes entre las unidades arquitectónicas y elementos estructurantes.
- El análisis espacial de la propia arquitectura y del emplazamiento de la obra. Por un lado, la manera de cómo se realizaron los trabajos de acondicionamiento y cimentación, se disponían los elementos constructivos y dónde se colocaban los materiales en las arquitecturas obedece a una secuencia y organización espacial desarrolla durante la obra de construcción. Por otro, desde el análisis espacial pueden identificarse áreas de actividad en las que se articularon procesos de trabajo específicos: acopio de materias primas; labores de transformación y tratamientos de los materiales (soportes pétreos), documentándose espacios con restos desechados de fragmentos de bloques pétreos, pequeñas lajas de piedra derivadas de los procesos de desbaste y talla o instrumentos de trabajo fracturados (martillos, percutores, cinceles).

El estudio de la organización técnica de la obra de construcción permite definir el grado sofisticación técnica y la identificación de labores especializadas. Para ello, debe realizarse un análisis de dos apartados:

- El grado de normalización y regularización de los métodos, técnicas constructivas y materiales.
- La identificación de una división espacial y técnica de los trabajos, sustentada en la existencia de una secuencia planificada y repetitiva de los trabajos que fueron ejecutados durante la obra de construcción.

6.3. ANÁLISIS ARQUITECTÓNICO. ELEMENTOS FORMALES Y ESPACIALES

6.3.1. ANÁLISIS DE LAS FORMAS ARQUITECTÓNICAS

La forma arquitectónica que adopta cada monumento megalítico es el resultado de su historia constructiva, siendo particular y específica para cada sito, ya sea como producto de la consecución de múltiples fases constructivas o de la formalización de un proyecto arquitectónico ya consolidado. En la mayoría de los casos, las formas de los monumentos funerarios son el resultado de la ejecución de múltiples fases de construcción, sintetizándose en ellos varios proyectos arquitectónicos, que condicionaron su perdurabilidad y permanencia temporal.

El análisis de la forma arquitectónica de cada monumento posibilita conocer el/los modelo/s arquitectónico/s en el que se fundamentó, ya que en la materialidad construida se plasma parte de sus propiedades. Cada modelo arquitectónico debe contar con unos elementos conceptuales (parámetros, principios, intencionalidades, concepción del espacio) y materiales (técnicas constructivas y formas) específicos, que formalmente deben ser reconocibles desde el análisis arqueológico.

El análisis de las formas arquitectónicas se centra en el estudio de tres variables:

- Análisis morfológico, centrado en el estudio de las formas de los elementos estructurantes (túmulos, corredores, cámaras, accesos) y de las unidades arquitectónicas que conforman cada monumento megalítico.
- Análisis métrico, teniendo en cuenta la longitud, anchura, altura del monumento megalítico, de cada unidad arquitectónica y de cada elemento constructivo. Este estudio métrico permite aproximarnos al conocimiento de la escala constructiva y a la identificación de patrones o módulos constructivos en cada modelo arquitectónico.
- Análisis estructural, centrado en la observación de las relaciones constructivas y espaciales entre los elementos estructurales. Las diferentes formas de ejecución material y organización espacial de los elementos estructurantes posibilita la identificación de los modelos arquitectónicos.

La identificación de similitudes formales, de patrones métricos recurrentes, de formas de relaciones y asociaciones estructurales reiterativas entre los elementos que definen las formas arquitectónicas, permite el establecimiento de modelos arquitectónicos. La clasificación arqueológica de las formas arquitectónicas concreta los diferentes tipos arquitectónicos, que pueden ser representativos de estilos constructivos locales o regionales.

Las arquitecturas funerarias de la provincia de Huelva se presentan en diferentes tipos de construcciones que adoptan diversas formas arquitectónicas en función de la historia constructiva de cada sitio, que es particular y específica para cada monumento. No obstante, la ejecución de cada proyecto constructivo puede estar basada en un modelo arquitectónico previo, en un prototipo, que además puede dar origen a otros modelos. La sucesión de proyectos constructivos pueden representar un sumatorio de modelos arquitectónicos en muchos monumentos funerarios, que son producto de procesos de monumentalización específicos, preservándose e integrándose materialmente sectores o elementos constructivos concretos de cada forma arquitectónica.

Desde el análisis arqueológico puede determinarse los modelos arquitectónicos, a través de la identificación de las formas arquitectónicas que se reproducen sin apenas variantes y del estudio de las fases constructivas de cada monumento. Para ello, el análisis debe centrarse en la identificación de cinco similitudes: morfológicas, técnicas constructivas, planteamientos arquitectónicos, temporalidad y usos. Así, desde el análisis morfológico deben verificarse similitudes de formas, tamaños y relaciones estructurales entre los espacios arquitectónicos internos (corredores, antecámaras y cámaras) y externos (túmulos y estructuras externas). Desde el análisis de la obra de construcción deben verificarse formas de emplazamiento y técnicas constructivas comunes, con esquemas recurrentes en las formas de disposición y empleo de materiales de las unidades arquitectónicas que definen los elementos estructurantes de cada tipo de monumento. Por otro lado, deben compartir esquemas conceptuales en los planteamientos arquitectónicos: parámetros y principios, intencionalidades y concepciones del espacio construido. Su desarrollo debe darse en un contexto temporal definido y en un ámbito regional reconocible. Finalmente, los usos de los espacios internos y externos deben regirse por prácticas sociales comunes, tanto en los espacios funerarios y sepulcrales (sepulturas colectivas) como en los espacios rituales.

Cada modelo arquitectónico se desarrolla materialmente en diversas formas arquitectónicas, que desde el análisis arqueológico podemos identificar y clasificar como tipos arquitectónicos. Un análisis básico de las arquitecturas funerarias, denominadas tradicionalmente como dólmenes (arquitecturas tumulares compuestas por construcciones ortostáticas adinteladas de múltiples formas y desarrollos constructivos), *tholoi* (arquitecturas tumulares provistas de estructuras de corredor y cámara de falsa cúpula) e hipogeos (arquitecturas excavadas en el terreno con corredores y cámaras circulares) nos permite presentar esquemáticamente las formas arquitectónicas que serán objeto de análisis en los casos objeto de estudio de la tesis, y que pueden presentarse y contrastarse en otras áreas geográficas del sur de la Península Ibérica.

6.3.2. IDENTIFICACIÓN Y ANÁLISIS DE LOS PRINCIPIOS Y PARÁMETROS DE CONSTRUCCIÓN

En el capítulo 3 definimos de manera global el conjunto de principios y parámetros que rigen los planteamientos de construcción de las arquitecturas megalíticas, destacando los siguientes elementos con sus variantes: simetría, asimetría y efectos de perspectiva.

El análisis arqueológico de las formas, tamaño, posición y correspondencia estructural entre las partes, nos permitirá identificar la existencia de principios de simetría o asimetría por los que se desarrolla la obra de construcción y se formalizan los proyectos arquitectónicos. El análisis arquitectónico de los principios de simetría se centra en la identificación de tres parámetros básicos:

- Simetría estructural, que puede ser explorada en las unidades constructivas de los túmulos, corredores y cámaras.
- Simetría dual, mediante la identificación y análisis de la disposición pareada de elementos y estructuras arquitectónicas de similares características constructivas y materiales.
- Simetría /asimetría espacial, determinada por la existencia de una implantación dual en el territorio y una organización espacial dual de las arquitecturas.

Los elementos de análisis a través de los que pueden ser identificados los principios de simetría en las arquitecturas son múltiples, pudiendo destacar determinados elementos de referencia, que resumimos en la Tabla 6.13. Por oposición, lógicamente, las construcciones se rigen por principios constructivos asimétricos, que del mismo modo obedecen a razones materiales y conceptuales de cada modelo arquitectónico.

Los efectos de perspectiva desarrollados pueden ser identificados a partir del estudio de una serie de estructuras, dispositivos y elementos arquitectónicos que provocan una determinada visión a los espectadores que contemplaron estos monumentos. Para ello, hay que identificar cómo se desarrollaron los efectos de perspectiva (Tabla 6.14):

- Perspectiva lineal, mediante la disposición de elementos en paralelo que generen una visión de mayor espacio, volumen y profundidad.
- Anamorfosis, mediante la disposición y organización estructural de determinados elementos que provocan una sensación de deformación del espacio y distorsión visual.
- Perspectiva invertida, que posiblemente, fue introducida en las arquitecturas megalíticas en soluciones constructivas primarias, con la disposición de elementos verticales que pudieron provocar una distorsión del espacio y la carencia de profundidad en el campo de visión.

PRINCIPIOS SIMÉTRICOS	ELEMENTOS DE ANÁLISIS	ELEMENTOS DE IDENTIFICACIÓN
SIMETRÍA ESTRUCTURAL	Eje axial de las arquitecturas	Eje simétrico de la construcción. Plantas de las arquitecturas.
	Túmulos	Masas tumulares con estructuras de compartimentación. Masas tumulares superpuestas ordenadas Anillos peristálticos.
	Estructuras internas: corredores y cámaras	Cámaras sencillas: cuadradas/rectangulares, trapezoidales y ovaladas. Galerías longitudinales Dólmenes de corredor y cámara circular. Hipogeos de corredor y cámara circular. Sepulcros de falsa cúpula.
	Accesos	Accesos simétricos: plataformas circulares. Accesos compartimentados: plataformas circulares.
SIMETRÍA DUAL	Formas y disposición de las cámaras y corredores	Cámaras duales convergentes. Cámaras en transepto. Cámaras duales paralelas. Cámaras duales convergentes. Corredores duales. Antecámaras duales. Antecámaras compartimentadas.
	Posicionamiento de piedras o elementos verticales pareados	Jambas. Estelas. Ortostatos pareados o duales.
	Empleo de materiales de construcción: litologías	Disposición pareada o dual de rocas.
SIMETRÍA ESPACIAL	Emplazamientos binarios	Grupos binarios de arquitecturas.
	Distribución espacial dual	Grupos duales en el territorio.

Tabla 6.13. Análisis de los principios de simetría en las arquitecturas megalíticas de Huelva.

EFFECTOS DE PERSPECTIVA	ELEMENTOS DE ANÁLISIS	ELEMENTOS DE IDENTIFICACIÓN
PERSPECTIVA LINEAL	Estructura internas paralelas	Corredores largos longitudinales. Galerías longitudinales alargadas.
	Estructura internas paralelas compartimentadas	Elementos de compartimentación transversales: jambas, pilares, losas. Puertas perforadas sucesivas.
	Plataformas de nivelación escalonados	Plataformas de nivelación de los túmulos tallados en el sustrato. Plataformas constructivas.
	Accesos escalonados	Atrios externos escalonados tallados en el sustrato.
	Recintos de terrazas superpuestas	Terrazas talladas en el sustrato con disposición lineal. Terrazas con muros de contención con disposición lineal.
ANAMORFOSIS	Disimetría en el eje axial de construcción de los corredores y cámaras	Plantas disimétricas de corredores y cámaras.
	Disposición diferencial de las fábricas arquitectónicas	Fábricas ortostáticas diferenciales en las dos paredes enfrentadas.
PERSPECTIVA INVERTIDA	Elementos verticales de los tramos de acceso	Estelas. Jambas. Pilares.

Tabla 6.14. Análisis de los efectos de perspectiva en las arquitecturas megalíticas de Huelva.

6.3.3. IDENTIFICACIÓN Y ANÁLISIS DE LAS INTENCIONALIDADES

La determinación de las intencionalidades constructivas precisa que se desarrolle un análisis arquitectónico centrado en el estudio de las formas de monumentalidad, la perceptibilidad y el simbolismo, pudiendo destacarse los elementos de análisis arqueológico que propician el estudio y discriminación de las intencionalidades constructivas, resumidas en la siguiente tabla:

INTENCIONALIDADES	ELEMENTOS DE ANÁLISIS	ELEMENTOS DE IDENTIFICACIÓN
MONUMENTALIDAD	Episodios y fases constructivas de los proyectos arquitectónicos	Secuencia estratigráfica y estructural: historia constructiva.
	Procesos de monumentalización	Construcción primaria: modelo arquitectónico.
		Transformaciones constructivas: - Multiplicación - Compartimentación - Disposición de nuevas estructuras - Destrucción y/o condenación
		Reutilización: estructuras funerarias y/o de culto.
PERCEPTIBILIDAD: IMPACTO VISUAL	Paisaje	Eje axial de las construcciones. Orientación de las estructuras: accesos.
	Emplazamiento	Relación con los afloramientos rocosos. Trabajos de acondicionamiento.
	Dispositivos y estructuras externas: ▪ Accesos externos frontales (atrios) ▪ Espacios externos	Piedras verticales: estelas, menhires. Altas. Estructuras.
SIMBOLISMO	Materiales de construcción	Litologías, color, propiedades, etc.
	Elementos verticales y horizontales primarios y reemplazados	Estelas y menhires.
	Soportes con grafías	Grabados y pinturas.

Tabla 6.15. Análisis de las intencionalidades en las arquitecturas megalíticas de Huelva.

6.3.4. ANÁLISIS DE LA CONCEPCIÓN DEL ESPACIO CONSTRUIDO Y SUS USOS

El conocimiento de la concepción espacial de las arquitecturas megalíticas precisa establecer un análisis centrado en tres ámbitos del espacio construido: espacio interno (cubierto y/o limitado), espacio externo (abierto) y espacio circundante (envolvente).

Espacio interno

El espacio construido interno de las arquitecturas funerarias se concibió como un ámbito cubierto y de acceso limitado, funcionando fundamentalmente como una sepultura colectiva o múltiple. El conocimiento del espacio funerario y sepulcral requiere de un análisis espacial en una triple dirección: la arquitectura de las cámaras, los sistemas de acceso y los depósitos funerarios (Tabla 6.16).

El conocimiento de la arquitectura interna de las cámaras requiere de un análisis morfológico, estudio de las fábricas constructivas de las paredes y cámaras, la identificación de los elementos de segmentación que generen sectores espaciales con usos funerarios y sepulcrales

diferenciados y las transformaciones arquitectónicas acometidas en el proceso de gestión como sepultura colectiva. Así mismo, su definición concreta como sepultura colectiva exige un análisis de los sistemas de acceso de las diferentes formas arquitectónicas, pues su uso permanente requiere de la presencia de dispositivos de cierre que garanticen su preservación del exterior y a la vez su accesibilidad, caso de puertas de madera, losas de piedra, muretes de mampostería, etc. Del mismo modo, la comprensión de las prácticas funerarias llevadas a cabo en estas arquitecturas deben partir de su consideración como sepulturas colectivas sometidas a periódicas y reiteradas prácticas de reorganización espacial y remodelación material de los depósitos albergados en su interior, dado que su funcionamiento estuvo regido por tres rasgos distintivos: perennidad, socialización y transformación continua del espacio funerario (Masset, 1993, 1999; Masset y Soulier, 1995; Leclerc, 1999; Chambon, 2003; Gallay, 2006; Chambon y Leclerc, 2008; Joussaume, 2008).

En el caso de los monumentos funerarios dolménicos del grupo de Los Llanetes del conjunto de El Pozuelo, las limitaciones son grandes, existiendo una imposibilidad absoluta del conocimiento de las prácticas funerarias por varios motivos adicionales. Ello, nos exige reflexionar sobre varias cuestiones centrales respecto al registro arqueológico y los materiales encontrados en el interior de los espacios funerarios, evaluando críticamente su representatividad, distribución espacial y cronología, dado que realmente son un sesgo o una parte limitada de la muestra total de los materiales que lo conformaron.

- 1) La nula preservación de los restos óseos de los individuos enterrados así como de objetos manufacturados sobre hueso, marfil o madera, preservándose en fragmentos minúsculos o ausentes totalmente, por la alta acidez de las arcillas de las formaciones geológicas de del Andévalo y de buena parte de Sierra Morena, como ya pusieron de manifiesto anteriores investigaciones (Valdés et al., 1998; Nocete et al., 2002, 2004a; Linares y García Sanjuán, 2010), impidiendo del mismo modo efectuar dataciones sobre estos materiales.
- 2) La propia naturaleza de la concepción y uso de estos monumentos como sepulturas colectivas, debiendo haber estado sometidas a continuas operaciones de limpieza del espacio funerario/sepulcral y de mantenimiento del mismo nivel de suelo desde inicios del IV milenio hasta el último tercio del III milenio ANE, como se atisba por la ausencia de un desarrollo estratigráfico vertical de gran potencia en el interior de las construcciones y por la presencia de materiales de distintas épocas en los mismos niveles o suelos. Así, los ámbitos mortuorios (cámaras) y deposicionales/votivos (antecámaras) debieron estar sometidos a periódicas y reiteradas prácticas de reorganización espacial y remodelación material de los depósitos albergados en su interior, dado su funcionamiento previsible como sepulturas colectivas, así como a operaciones de limpieza, que pudieron condicionar

una presencia o ausencia de determinados depósitos, preservándose mayoritariamente parte de los ajuares y materiales de las deposiciones más recientes.

- 3) La continua transformación constructiva y espacial de los suelos de los espacios internos de los monumentos funerarios. Así, parece existir una correspondencia entre los proyectos arquitectónicos acometidos en los monumentos y uso de los espacios internos, dado que de manera genérica a cada fase se asocia una obra de limpieza, reparo, acondicionamiento del firme preexistente o de reforma y disposición de un nuevo pavimento, que puede llevar aparejado el vaciado intencional de estos ámbitos, de forma parcial o total, como se ha documentado arqueológicamente en los suelos del interior de los distintos modelos de dólmenes: de cámara única-ovalada, de cámara alargada, de “galería cubierta”, de cámaras duales.
- 4) Las posteriores transformaciones de fines del III milenio ANE producidas por la aparición de un nuevo modelo constructivo, los recintos de terrazas, que implicaron una transformación estructural y espacial completa de los monumentos funerarios, además de los distintos usos, reutilizaciones y expolios de las arquitecturas y los emplazamientos desde la Edad del Bronce a Época Contemporánea al ser estructuras abiertas.
- 5) El limitado sistema de registro de las excavaciones antiguas, caso de las realizadas por Cerdán en 1946, que consecuentemente eran acordes a los planteamientos y metodología de intervención del momento de la arqueología prehistórica española. Esto supone asumir, que los materiales funerarios recuperados en las excavaciones de Cerdán, de partida, exigen un análisis sobre su representatividad, dado el sesgo propio del sistema de excavación.

Por otro lado, la caracterización de los depósitos funerarios de las tumbas de la necrópolis de El Seminario, demanda un conjunto de análisis espaciales y contextuales relacionados (secuencia estratigráfica de los suelos, estudio antropológico y estudio de los materiales), al objeto de conocer los gestos y prácticas funerarias. Esta metodología se detalla en el capítulo correspondiente.

Espacio externo

El espacio construido externo de las arquitecturas funerarias se define por el volumen del túmulo y por un conjunto de estructuras dispuestas al exterior, que conforman un espacio funerario y ritual que es visible. Para ello, el análisis del espacio construido externo se centra en el estudio de las características formales del túmulo (morfología y elementos arquitectónicos), que definían el aspecto exterior del monumento funerario, y en la identificación de las estructuras (estelas, altares, hogueras, estructuras votivas), que estaban asociados a prácticas rituales de diversa índole: cultos a los muertos y/o ancestros, deposiciones votivas y ofrendas ceremoniales, a los

que se pueden asociar una serie de materiales significativos, organizados en depósitos agrupados o individualizados, tanto en los túmulos como a estos dispositivos externos, reforzando la monumentalidad de las arquitecturas (Tabla 6.16).

Espacio circundante.

El espacio circundante de las arquitecturas funerarias puede ser analizado espacialmente por dos variables: la conexión con los elementos del paisaje y la conexión con otros sitios, monumentos y áreas de hábitat. Para determinar el grado de asociación y conexión espacial con los elementos naturales distintivos del paisaje (formaciones rocosas, montañas, cursos de agua, horizonte...), no basta sólo con la constatación de una relación visual directa, sino que deben verificarse materialmente determinadas relaciones entre las arquitecturas y el espacio circundante: eje axial de la construcción, orientación de los accesos, elección del emplazamiento, entre otros. Del mismo modo, es preciso realizar un análisis espacial que evidencie las asociaciones y conexiones entre las arquitecturas funerarias que conformaban las necrópolis, con otros tipos de monumentos, con los grabados rupestres y con los asentamientos, al objeto de comprender la organización territorial.

En los recintos de terrazas construidos en torno a las arquitecturas dolménicas se plasma una concepción del espacio construido diferente de las construcciones funerarias, al ser estructuras abiertas que integran en su interior los dólmenes pretéritos, condicionando su espacio interno. No obstante, guarda ciertas similitudes en la concepción del espacio circundante, pudiendo incluso emplearse parámetros de análisis parecidos. En la Tabla 6.17 exponemos de manera sintética los elementos de análisis y estudio que permiten conocer la concepción del espacio construido en estas formas de monumentalización del grupo de Los Llanetes, caracterizada por tres elementos estructurantes que definen sus espacios arquitectónicos: las plataformas circulares, como espacio interno; las terrazas, como estructuras definitorias del espacio externo; y el paisaje del entorno, como espacio circundante.

ESPACIO CONSTRUIDO	ELEMENTOS DE ANÁLISIS	ELEMENTOS DE ESTUDIO
ESPACIO INTERNO	Arquitectura de las cámaras	Morfología y dimensiones.
		Estudios comparativos.
		Fábricas arquitectónicas de paredes y techumbres.
		Elementos de compartimentación y segmentación espacial: jambas, estelas, etc.
		Estructuras “rituales”: pilas, celdas, nichos, etc.
	Transformaciones constructivas.	
	Accesos	Tipos de accesos.
	Depósitos funerarios: gestos, prácticas y materiales	Dispositivos de cierre: puertas, losas, muretes de mampostería, etc.
		Secuencia estratigráfica de los suelos funerarios: deposiciones.
		Estudio antropológico:
- Identificación de los restos óseos.		
- Posición y colocación de los restos óseos: articulados, desarticulados, conexión anatómica, etc.		
- Tipo de deposición: primaria-secundaria.		
- Número de individuos y sexo.		
- Patologías.		
Estudio de los materiales:		
- Tipos y número.		
- Organización y distribución espacial.		
- Asociación contextual con los individuos.		
- Depósitos estructurados: ofrendas, votivos.		
ESPACIO EXTERNO	Túmulo	Morfología y dimensiones.
		Elementos arquitectónicos.
	Estructuras externas y materiales	Atrios monumentales: estelas, altares, etc.
		Estructuras externas: hogueras, estelas, etc.
		Depósitos de materiales: grupos / individuales.
ESPACIO CIRCUNDANTE	Conexión-asociación con elementos del paisaje	Eje axial de la construcción.
	Conexión-asociación con otros sitios y asentamientos	Orientación de los corredores de acceso.
		Elección del emplazamiento.
		Emplazamiento: necrópolis, otros monumentos, grabados y áreas de hábitat.
		Distribución espacial.
		Organización territorial.

Tabla 6.16. Análisis del espacio construido de las arquitecturas funerarias de Huelva.

ESPACIO CONSTRUIDO	ELEMENTOS DE ANÁLISIS	ELEMENTOS DE ESTUDIO
ESPACIO INTERNO Plataformas circulares	Arquitecturas ortostáticas abiertas	Morfología y dimensiones
		Transformaciones constructivas
		Orientación de las estructuras
	Plataformas circulares	Morfología y dimensiones
		Fábricas de los muros de mampostería
		Topografía interior: rellenos de arcilla
		Nivel de tránsito: suelos/pavimentos de arcilla
	Accesos	Tipos de accesos: - Puertas - Escalonamientos - Rampas
		Orientación y disposición de los accesos
		Disposición de elementos verticales
ESPACIO EXTERNO Terrazas	Terrazas	Acondicionamiento topográfico: aterrazamientos
		Tipos de terrazas
		Morfología y dimensiones
		Trazado
		Elementos arquitectónicos asociados
	Estructuras externas y materiales asociadas a las terrazas	Estructuras externas: hogueras, estelas, fosas...
		Depósitos de materiales: grupos o individuales
ESPACIO CIRCUNDANTE Paisaje	Conexión-asociación con elementos del paisaje	Eje axial de la construcción Orientación de las puertas de acceso Elección del emplazamiento
	Conexión-asociación con otros sitios y asentamientos	Emplazamiento de las necrópolis, otros monumentos, grabados y áreas de hábitat Distribución espacial Organización territorial

Tabla 6.17. Análisis del espacio construido de los recintos de terrazas de Huelva.

6.4. ANÁLISIS DIACRÓNICO. CRONOLOGÍA DE LAS ARQUITECTURAS

La historia constructiva de cada monumento megalítico es particular, contando con un desarrollo temporal específico. Su análisis diacrónico requiere de dos elementos de estudio: la secuencia estratigráfica y estructural y las dataciones radiocarbónicas de los episodios de construcción y periodos de uso, que permitirá establecer las fases.

6.4.1. SECUENCIA ESTRATIGRÁFICA Y ESTRUCTURAL

El estudio de las secuencias estratigráficas y estructurales en las arquitecturas megalíticas es un apartado esencial para el conocimiento de la cronología relativa de las fases constructivas y, por tanto, de la diacronía de las arquitecturas megalíticas. Ello requiere el desarrollo dos análisis arqueológicos complementarios: a) la identificación y delimitación individualizada de las unidades estratigráficas y unidades constructivas; b) la identificación de las acciones constructivas y los episodios de construcción, obteniéndose una secuencia espacial y temporal de la obra de construcción.

En las arquitecturas megalíticas, como en cualquier yacimiento arqueológico, el conjunto de unidades estratigráficas pueden ser de origen sedimentario y/o constructivo, distinguiendo entre: a) Unidad Estratigráfica (UE), el estrato o unidad sedimentaria de génesis antrópica y/o natural; b) Unidad Estratigráfica Construida (UEC), que es toda estructura creada intencionalmente con diversas técnicas constructivas, que pueden agruparse en Complejos Estructurales (CE) mediante la asociación de estructuras coherentes e interrelacionadas dispuestas durante el proceso de la obra de construcción, definiendo las unidades arquitectónicas que componen los elementos estructurantes.

El reconocimiento, caracterización en Ficha de Registro y la delimitación espacial de las diversas unidades estratigráficas y estructurales se realiza siguiendo los principios generales de la estratificación arqueológica: superposición, horizontalidad y continuidad original, estableciéndose los diferentes tipos de relaciones estratigráficas a partir del Método Harris (1991). Del mismo modo, la aplicación de los parámetros metodológicos de la arqueología de la arquitectura (Laporte et al., 2014), permite el estudio sistemático en las relaciones estructurales entre los elementos constructivos, obteniéndose un orden relativo de la secuencia de la obra de construcción y de las técnicas y procesos de trabajo llevados a cabo en el empleo de materiales de construcción y ejecución de las estructuras arquitectónicas.

El análisis estratigráfico se fundamenta en el estudio de las relaciones existentes entre los sedimentos (UE) y las estructuras o unidades arquitectónicas (UEC y CE), estableciéndose agrupaciones o correlaciones estratigráficas por fases. El análisis combinado de las

estratigrafías, estructuras y acciones constructivas acometidas durante el proceso de la obra de construcción.

6.4.2. DATACIONES RADIOCARBÓNICAS DE LOS EPISODIOS DE CONSTRUCCIÓN Y PERIODOS DE USO

El análisis de los elementos estructurales ha permitido la correlación de cada estructura con el proyecto arquitectónico en la que se originó y la identificación del orden en el que fue ejecutado cada elemento arquitectónico dentro de la secuencia de operaciones de los procesos de construcción y transformación material. El estudio espacial de cada sector permite determinar su funcionalidad, la identificación material de elementos que representen los usos de cada espacio, y las prácticas sociales acometidas en estos lugares. La contrastación de la secuencia estratigráfica-estructural con los resultados de las dataciones radiocarbónicas posibilita la asignación cronológica a cada una de las fases identificadas, estableciéndose la temporalidad del monumento megalítico.

El conocimiento de la secuencia cronológica de las arquitecturas megalíticas precisa de la realización de dataciones radiocarbónicas que exploren su desarrollo diacrónico integral, siendo esencial la identificación y muestreo de tres ámbitos temporales: a) la construcción y uso primario; b) los procesos de transformación arquitectónicos, espaciales y sus usos asociados; c) las reutilizaciones posteriores.

Estas temporalidades deben ser comunes y recurrentes en las construcciones funerarias del sur de la Península Ibérica. Sin embargo, no se identifican y se datan de manera sistemática las secuencias estratigráficas y estructurales completas que propicien el establecimiento de las fases de construcción, transformación y usos de los monumentos, contándose con escasos sitios en los que se han realizado dataciones de los diferentes episodios con aplicación de modelos bayesianos (Aranda Jiménez y Lozano Medina, 2014). En muchos casos, no se explicita con claridad el contexto arqueológico del que proceden las muestras. La mayoría de las dataciones proceden de muestras de carbones o de huesos de los suelos funerarios, obteniéndose una cronología *post quem* para la construcción de las diversas formas arquitectónicas: dólmenes, *tholoi* e hipogeos (García Sanjuán et al., 2011; Boaventura, 2011; Balsera et al., 2015; Lozano Medina y Aranda Jiménez, 2017), es decir, unos rangos temporales cercanos, pero posteriores, a la construcción de los monumentos (Scarre, 2010, 2011). No obstante, utilizaremos las fechas de los sitios datados, a modo de referencia y comparación para el conocimiento del desarrollo diacrónico y sincrónico de las diferentes arquitecturas, sometiendo los resultados a una evaluación y revisión a tenor de nuestra propuesta de análisis y estudio.

Un análisis diacrónico exhaustivo de las arquitecturas funerarias requiere del conocimiento de las secuencias estructurales y estratigráficas y de un muestreo de aquellas unidades arquitectónicas

o elementos constructivos representativos de los diversos episodios de construcción, transformación y usos de los monumentos megalíticos. En nuestro caso, las unidades de muestreo y tipo de materiales objeto de dataciones radiocarbónicas son diferenciados en las formas arquitectónicas objeto de estudio: arquitecturas ortostáticas adinteladas (dólmenes), hipogeos y recintos de terrazas, ya que cuentan con unas particularidades en cuanto a la preservación de los tipos de materiales datables (carbón y restos óseos) y contextos arqueológicos que faciliten unas cronologías veraces de las distintas fases constructivas. Todas las dataciones radiocarbónicas se han realizado mediante la técnica de Espectrometría de Masas con Acelerador (AMS), en dos laboratorios, uno de ámbito internacional (Beta Analytic) y otro nacional, el Centro Nacional de Aceleradores (CNA), con dilatada trayectoria y reconocida experiencia en la datación de yacimientos arqueológicos (Santos et al., 2015).

En las arquitecturas ortostáticas adinteladas (dólmenes) de la comarca del Andévalo todas las dataciones radiocarbónicas se han realizado sobre muestras de carbón, por varios motivos. En primer lugar, porque la mayoría de las construcciones fueron excavadas previamente con una metodología en la que no se especificaban protocolos de documentación y recuperación de restos óseos. En segundo lugar, porque en los espacios sepulcrales y funerarios no se preservan los restos óseos debido a la alta acidez de las arcillas, como ya pusieron de manifiesto anteriores investigaciones desarrollados en esta comarca y otros ámbitos de Sierra Morena (Valdés et al., 1998; Nocete et al., 2002, 2004a; Linares y García Sanjuán, 2010). Y, por último, por ser el único macrorresto vegetal conservado, presente de manera mayoritaria en todas las unidades estratigráficas y constructivas significativas.

Para evitar el efecto de madera vieja, en el caso del grupo de Los Llanetes, se ha realizado de manera previa un estudio antracológico al objeto de identificar las especies y hacer una selección adecuada de las muestras para datación. En este sentido, las muestras de carbón datadas son preferentemente especies de vida corta (*Rosácea*, *Ericácea*, *Olea*, *Arbustus sp.*, *Leguminosa*, entre otras), e incluso discriminándose en los taxones si las restos se corresponden con tallos o ramas, siendo preferenciales las segundas para las dataciones. No obstante, se han realizado dataciones radiocarbónicas sobre especies de vida larga (*Quercus quercus*, *Quercus ilex*) presentes en contextos concretos, caso de los niveles de combustión de las hogueras, que proporcionan una datación de un episodio temporal específico, o cuando no se ha localizado una especie de vida corta en determinadas unidades asociada a estructuras que pueden definir niveles constructivos (zanjas y fosas de cimentación, hoyos de poste o pavimentos).

En las construcciones dolménicas se ha centrado el muestreo en aquellos contextos arqueológicos que pueden propiciar la secuencia cronológica completa de los episodios de construcción, transformación y usos acometidos en torno a estas arquitecturas, destacándose algunos elementos y unidades seleccionados para datación:

- Paleosuelos antropizados y/o niveles de ocupación precedentes, que pueden definir un marco cronológico relativo anterior a la construcción, es decir, un rango temporal *post quem* de construcción de las arquitecturas.
- Elementos y unidades de la construcción primaria, datándose muestras de carbón de:
 - Arcilla de asiento o basamento del túmulo.
 - Arcilla de los hoyos de poste de elementos de madera (puntales) y estructuras de madera asociados a los procesos colocación.
 - Arcilla de las masas tumulares.
 - Arcilla de las zanjas de cimentación de los ortostatos.
- Elementos de uso funerario y sepulcral del interior: suelos y pavimentos de los corredores y cámaras.
- Elementos constructivos y estructuras externas, que definen los usos de los espacios de accesos frontales externos (atrios):
 - Atrios intratumulares: suelos de los vestíbulos de acceso.
 - Atrios externos: suelos, hogueras, estructuras votivas.
- Elementos de procesos de transformación de las arquitecturas:
 - Zanjas de cimentación con elementos verticales alterados, fracturados o desmontados.
 - Estructuras adosadas y superpuestas a las construcciones primarias: masas tumulares, zanjas de cimentación, suelos o pavimentos internos en corredores, cámaras y espacios externos, estructuras internas y externas.
 - Elementos de transformación y desmonte de estructuras: fosas, zanjas, niveles de colmatación y relleno.
- Elementos de procesos de reutilización de las arquitecturas, tras su abandono:
 - Estructuras de otras formas y tipos: fosas.
 - Rellenos sedimentarios y suelos del interior de las cámaras con presencia de materiales de otras épocas.
 - Niveles de expolio y remoción del interior y exterior (“retumulaciones”).
 - Hogueras.

En los recintos de terrazas, el muestreo se ha centrado en los elementos que definen el periodo de construcción y usos:

- Asiento o basamento de arcilla de los muros de las terrazas, plataformas y rampas.
- Pavimentos de arcilla, pavimentos de piedra.

El conjunto de dataciones de los niveles constructivos de las estructuras en correlación con las fases identificadas nos ha permitido fijar la secuencia y cronología de los diversos modelos arquitectónicos del grupo de Los Llanetes, dotando de contenido temporal a los proyectos y formas arquitectónicas.

En las arquitecturas excavadas en el terreno de las necrópolis de El Seminario las dataciones radiocarbónicas de los tres tipos de tumbas (hipogeo, hipogeo mixto y sepulcro de falsa cúpula) se han realizado sobre muestras de restos óseos humanos, al preservarse en buen estado y aportar suficiente colágeno. En estas tumbas se articuló una metodología de excavación que contempló de manera integrada el análisis de las arquitecturas, el análisis microespacial de los suelos funerarios y el estudio antropológico de los restos óseos, con el objeto de caracterizar los sucesivos depósitos funerarios: identificación de restos, número de individuos, tipos de enterramientos o depósitos, colocación y disposición de los individuos y materiales, en definitiva, los elementos de análisis que permiten determinar los gestos y las prácticas funerarias de estas sepulturas colectivas.

A tenor de los diferentes contextos de los depósitos funerarios en correspondencia con sus arquitecturas (estado primario o elementos de transformaciones constructivas y espaciales), se dieron dos casuísticas de muestreo:

- Datación de la totalidad de individuos, caso del hipogeo 1336, depositados sucesivamente en el mismo espacio sepulcral sin haber sufrido transformaciones constructivas. Por tanto, se pudo determinar la temporalidad de uso y ritmo de las deposiciones.
- Datación de los diferentes episodios de las tumbas, seleccionándose restos óseos de los diferentes suelos funerarios, que pueden asociarse a las formas arquitectónicas primarias de estas tumbas o a las transformaciones sucesivas de los espacios sepulcrales. En el caso del hipogeo mixto 7016, se dataron los niveles funerarios asociados a las diferentes formas en las que se transforma su arquitectura: hipogeo primario, hipogeo mixto con cámara circular de falsa cúpula, covacha excavada en la cámara y estructura cuadrangular con un depósito secundario. En el caso de la tumba 7055, se dataron los sucesivos niveles funerarios de la sepultura colectiva con forma y técnica constructiva de *tholos* y el depósito funerario de una covacha construida en la cámara.

Las dataciones han sido calibradas con la curva IntCal13 (Reimer et al., 2013), usando el programa OxCal (versión 4.2) (Bronk Ramsey, 2009) y el método probabilístico (Pearson y Stuiver, 1993 a, 1993 b; Stuiver y Becker, 1993). Al objeto de hacer una cronología con una escala temporal más concreta y acotada se han aplicado métodos de datación de la estadística Bayesiana en combinación con su estudio comparado con la secuencia estratigráfica-estructural de los monumentos megalíticos y de las construcciones funerarias. Para ello, de manera previa se ha realizado una selección de las muestras y análisis de los contextos datados, tanto de los carbones vegetales procedentes de los diversos elementos (constructivos y rituales) y espacios

(internos: funerarios y votivos; externos: deposicionales) del grupo de Los Llanetes como de los restos óseos humanos de los depósitos funerarios de las tumbas de El Seminario.

El modelado bayesiano de las dataciones radiocarbónicas calibradas permite determinar los intervalos de probabilidad cronológica de manera más acotada, es decir, posibilita reducir los límites temporales de los resultados cronométricos a unos rangos temporales más cortos y restringidos (Bronk Ramsey, 1995, 2008), como se ha puesto de manifiesto para las cronologías neolíticas de los monumentos tumulares del sureste de Inglaterra (Bayliss et al., 2007). Para ello, es fundamental el tratamiento y división de las muestras por grupos o fases y estudio de las muestras en el contexto de las secuencias estratigráficas. Este modelado posibilita establecer unos resultados estadísticos probables más constreñidos, fijando los límites de comienzo y final (*Boundary*) de las fases.

En este sentido, nosotros hemos realizado una clasificación y agrupación de las dataciones radiocarbónicas de los sitios excavados y analizados en la tesis de dos formas complementarias:

- 1) Por fases arqueológicas, que se corresponde con los diferentes episodios constructivos (proyectos arquitectónicos, obras de construcción, reformas y reparos) y cada secuencia de deposiciones funerarias-votivas desarrollada por modelos arquitectónicos, conteniendo o representado ciclos temporales de intervalos concretos;
- 2) Por modelos arquitectónicos, que contienen y aglutinan varias fases, definiendo ciclos de mayor desarrollo temporal, que en definitiva se corresponden con diferentes monumentos arquitectónicos y/o formas de monumentalidad.

El modelado bayesiano de las dataciones se ha realizado con el programa OxCal 4.2. (Bronk Ramsey, 2009), aplicándose diversos modelos desarrollados en este software (*sequence sequential model*, *sequences contiguous model*, *phases sequential model*, *combine model*) según cada caso de estudio, representadas con intervalos de cinco años. Para determinar las secuencias diacrónicas de cada monumento o construcción funeraria se han aplicado dos modelos fundamentalmente: modelo de secuencia secuencial en series (*sequence sequential model*) modelo de secuencia continuo (*sequences contiguous model*), dado que se conoce el desarrollo estratigráfico-estructural de cada sitio, posibilitando ordenar las muestras de las dataciones radiocarbónicas y por tanto establecer la cronología de las fases arqueológicas identificadas con unos intervalos de alta certidumbre para cada fecha y su duración, estableciéndose los límites de principio/fin y o transición entre fases.

Estos modelos, de igual modo, son los que se han empleado para establecer la secuencia diacrónica integral de los grupos objeto de análisis de la tesis. El modelado bayesiano de las dataciones de Los Llanetes ha permitido conocer la secuencia diacrónica de los sitios y acotar los límites temporales de las dos formas de monumentalidad básicas: a) las “arquitecturas dolménicas funerarias”, desarrolladas en distintos modelos constructivos o monumentos, entre el

IV y III milenios ANE; b) los “recintos de terrazas”, que en algunos sitios están provistos de plataformas circulares (monumento 1), formados en la transición entre el III-II milenios ANE. En el caso de las tumbas de El Seminario, el estudio diacrónico de las dataciones ha supuesto la fijación cronológica de cuatro modelos constructivos (hipogeos, hipogeos mixtos, sepulcros de falsa cúpula y covachas) organizados en necrópolis que caracterizaron diversas formas de “monumentalismo funerario” en el III milenio ANE, además de concretar de las diferentes fases de construcción y uso documentadas en estas sepulturas colectivas, pudiendo asociarse las formas arquitectónicas, transformaciones constructivas y las deposiciones funerarias de las cámaras, e incluso una correspondencia entre las arquitecturas y los gestos y prácticas funerarias.

6.5. ANÁLISIS TERRITORIAL

Los monumentos megalíticos pueden cumplir funciones territoriales diversas, pudiendo destacarse tres elementos fundamentales: la apropiación de un sitio, la organización espacial y la definición de límites territoriales de los grupos. Para conocer estas funciones se precisa de una serie de análisis territoriales:

- Estudio del emplazamiento y del espacio circundante, desarrollándose diferentes trabajos:
 - Análisis geomorfológico y topográfico del emplazamiento y del entorno, al objeto de determinar cuestiones sobre situación.
 - Prospecciones arqueológicas, identificándose las áreas de aprovisionamiento, canteras, otras arquitecturas megalíticas, áreas de hábitat, entre otras, representados en cartografía de detalle, que ayuden a conocer espacialmente los elementos formadores de los paisajes.
 - Estudio y cartografía geológica.
- Cartografía de distribución espacial de los grupos y conjuntos, al objeto de conocer la organización espacial y relaciones visuales entre las arquitecturas, así como definir los diferentes territorios megalíticos.